# TESTIMONIOS PARA LA IGLESIA, TOMO 3

**Elena G. de White**

# Los Tiempos del Tomo 3

En 1872, cuando fue escrito el primer Testimonio del tomo 3, todo el esfuerzo denominacional de los adventistas del séptimo día se concentraba en los Estados Unidos, y mayormente se llevaba a cabo en los estados del centro y del noreste del país. Había ochenta y seis ministros ordenados y licenciados que predicaban el mensaje y supervisaban la obra. Teníamos y operábamos una casa publicadora y una pequeña institución médica, ambas en Battle Creek, Míchigan. Durante un cuarto de siglo Dios había conducido a su pueblo tan rápidamente como ellos pudieron avanzar inteligentemente y al unísono; primero hacia una clara comprensión de las doctrinas enseñadas en la Palabra, luego en la comprensión de su responsabilidad de publicar el mensaje; después hacia la organización de la iglesia; y por fin hacia una mejor manera de vivir. Pero la iglesia tenía ante sí nuevas experiencias y grandes oportunidades para avanzar. Los consejos del tomo 3 preparan el camino para ello.

Durante los críticos veinticinco años previos, el pastor Jaime White había sido el dirigente de la nueva causa. Él había comenzado la obra de publicaciones, trabajado incansablemente para la organización de la iglesia, establecido la obra médica, y había permanecido a la cabeza tanto de la línea administrativa como de la editorial. Había ido a la vanguardia preparando el camino. Con su aguda previsión financiera y su devoción total a la iglesia en crecimiento, fue reconocido como el líder. Siendo éste el caso, era natural que otros no advirtiesen que debían adelantarse y asumir responsabilidades en las diversas empresas de la creciente denominación. Este tomo comienza con una discusión sobre este problema y una apelación para que portadores de la carga asumieran el trabajo en la sede central y aliviaran a Jaime White, que estaba quebrantándose bajo el peso. Vez tras vez, a lo largo de este tomo, se hace referencia a la obra en expansión, al aumento de las responsabilidades, y a la necesidad de hombres más jóvenes que asumieran el mando y llevaran las cargas. Se enunciaron claramente los riesgos de considerar a un solo hombre como el gran líder.

Las experiencias de este período son semejantes a las del águila que está enseñando a volar a sus pichones, primero llevándolos sobre su lomo y luego dejándolos que desarrollen su fuerza, pero con el padre suficientemente cerca como para prestar ayuda cuando es necesario. La propia salud decadente de Jaime White, su convicción de que otros debían adelantarse para levantar las cargas, y los frecuentes pedidos que se le hacían para que prestara servicio en otras partes, todo tendía a separarlo de los intereses administrativos en Battle Creek. Mientras el pastor White y su esposa continuaban manteniendo su hogar a mitad de camino entre el sanatorio y la casa publicadora, en la ciudad donde estaban las oficinas centrales, a menudo los encontramos en lugares distantes. En los veranos de 1872 y 1873 pasaron períodos de descanso en las montañas de Colorado, y por algunos meses estuvieron también en California. Un período aún más largo lo pasaron en la costa occidental en 1874, donde el pastor White comenzó la publicación de Signs of the Times. De ese modo otros se vieron forzados a asumir

responsabilidades de liderazgo en las oficinas centrales, y la obra se fortaleció.

Éste también fue un período crítico porque, mientras la iglesia comenzaba a definir su rumbo en asuntos de liderazgo y organización, algunos se inclinaban por darle demasiado énfasis a una independencia individual, y estaban en peligro de repetir la experiencia de Coré, Datán y Abiram, rebelándose contra la autoridad debidamente constituida. Esparcidos a lo largo del tomo 3 hay consejos que inspiran una influencia definidamente estabilizadora a través de estas experiencias. Aquí y allá se mencionan en declaraciones magníficas algunos de los grandes principios de organización y liderazgo.

El período de tres años de los tiempos de este tomo también marcó la conclusión de la primera década en la enseñanza y práctica de la reforma pro salud. Se dieron consejos para precaverse contra los extremos por una parte y contra la indiferencia por la otra. Vez tras vez, en artículos generales y testimonios personales, Elena G. de White apuntó a

los grandes principios de la temperancia y del correcto estilo de vida, y exhortó a la gente a progresar en su experiencia nueva y útil de la reforma pro salud.

Todo esto fue colocando las piedras fundamentales para una expansión más amplia. Fue en este período cuando los creyentes comenzaron a captar una vislumbre del mundo entero como el campo de labor. Era una visión asombrosa. Presentaba un desafío. Entonces no veían la importancia de la pequeña escuela de iglesia iniciada en Battle Creek por Goodloe H. Bell, un maestro de experiencia que había aceptado el adventismo a través de sus contactos como paciente en el sanatorio. Fue a comienzos del verano de 1872 cuando él comenzó este trabajo escolar. Un poco más tarde ese mismo año se comenzaron a trazar planes para una escuela más adelantada a fin de preparar obreros. En diciembre, cuando el Testimonio no 22 llegó a las manos de nuestro pueblo, descubrieron que empezaba con una apelación en favor de dicha escuela y con instrucciones sobre cómo se la debería conducir.

“La educación adecuada” es el título del artículo de treinta páginas en el que se expone la gran visión básica sobre la educación de nuestra juventud. ¿Cómo podríamos abarcar el mundo con nuestro mensaje a menos que tuviéramos un cuerpo de ministros educados? ¿Cómo podríamos tener un cuerpo de ministros educados a menos que tuviésemos una escuela? Decididos a prestar atención a la instrucción y enfrentar el desafío expuesto tan claramente en las páginas 147-179 de este tomo, nuestros antepasados establecieron un sistema educacional que comenzó con el Colegio de Battle Creek. Su edificio principal fue dedicado el 4 de enero de 1875.

Sólo algunos meses antes de esta ocasión épica, el pastor John N. Andrews, uno de nuestros principales ministros, fue enviado a Suiza para iniciar la proclamación del mensaje en Europa. En los consejos dados pocos meses antes, Elena G. de White había escrito sobre la necesidad de “misioneros para ir a otras naciones para predicar la verdad en una manera precavida, cuidadosa” (p. 227). Al embarcarse el pastor Andrews [rumbo a

Europa] en el otoño de 1874, los adventistas del séptimo día comenzaron a dirigir la vista hacia otras tierras.

Es interesante notar lo oportuno del tiempo cuando los mensajes de instrucción y consejo nos llegaron a lo largo de los años. Desde el año 1859, los adventistas del séptimo día habían progresado en la aceptación de sus responsabilidades hacia Dios al comprender su mayordomía tocante a la benevolencia sistemática; pero al principio no percibieron la plena obligación del diezmo, la décima parte de los ingresos. Ahora en dos artículos, en el corazón del tomo 3, se aclaró la base del cálculo del compromiso del diezmo cuando la mensajera del Señor escribió en cuanto a una “décima parte” del “ingreso” y de las “nueve décimas partes” que quedaban. No fue sino hasta 1879 que este concepto más amplio de la benevolencia sistemática llegó a ser una parte de la línea de conducta denominacional, pero ese paso que ha contribuido tanto para asegurar un ingreso constante y sumamente necesario para la obra creciente, tuvo sus raíces en esos consejos de los

dos capítulos, “Diezmos y ofrendas” y “Benevolencia sistemática”, que fueron publicados a comienzos de 1875. El concepto más pleno de la verdadera mayordomía se discernió cuando se nos hizo ver que los llamados a la benevolencia están ideados por Dios, no meramente para reunir dinero, sino como un medio para desarrollar y perfeccionar el carácter del dador.

Como podría esperarse, un programa de evangelización agresivo condujo a conflictos con otros grupos religiosos, que a menudo nos desafiaban a debatir y argumentar. Diez años antes, Moisés Hull, uno de nuestros ministros, había perdido el rumbo al colocarse en el terreno del enemigo mediante tales discusiones. Ahora repetidos consejos ofrecían orientación al señalar los peligros y los frutos tan reducidos de tales esfuerzos contenciosos. El tomo 3 abunda en dichos consejos.

Así que los temas de este tomo son diversos, y van desde el consejo a un agricultor rico y su esposa sin educación, hasta las instrucciones para

el ministro y el ejecutivo. Los artículos generales llenan la mayor parte de este tomo. Aquí y allá se encuentran mensajes personales, publicados para beneficio de todos, porque, como escribió Elena G. de White, muchos de ellos tienen que ver con experiencias “que en diversos aspectos representan los casos de otros”.

Unas pocas revelaciones notables forman la base de la mayor parte de este tomo. Durante este período las visiones prominentes eran menos frecuentes, pero más amplias. Vez tras vez se hace referencia a las visiones abarcantes del 10 de diciembre de 1871 y del 3 de enero de 1875. Esta última es descrita por Jaime White en una nota al pie de la página 625. Las circunstancias de la primera serán descritas más plenamente aquí: Fue en Bordoville, Vermont, donde se dio esta visión. Un informe de la reunión celebrada en ese lugar, el 9 y 10 de diciembre, fue enviado a la Review por el pastor A. C. Bourdeau, en cuya casa se celebró. En él vemos que la Sra. White había trabajado “especialmente para la iglesia”. En una reunión vespertina “se dieron testimonios especiales a

individuos presentes; y cuando fueron confirmados [por aquellos a quienes fueron dirigidos], irrumpieron luz y libertad". Dos hijos de uno de los creyentes y la esposa de uno de ellos vinieron el domingo de tarde para despedirse de la Sra. White. Se habían mantenido en un "estado de rebeldía". Luego el pastor Bourdeau ofrece un cuadro vívido de lo que ocurrió:

"En este momento, la Hna. White sintió el verdadero peso de sus casos, y un ansia especial por su salvación, y les dio valiosas instrucciones. Entonces se arrodilló con ellos y oró por ellos con gran fervor, fe y tenacidad, para que pudieran regresar al Señor. Ellos cedieron y oraron, prometiendo servir al Señor. El Espíritu del Señor se acercó más y más. La Hna. White se sentía sin obstáculos y pronto, inesperadamente para todos, estuvo en visión. Permaneció en esta condición durante quince minutos.

"Se esparcieron las noticias, y pronto la casa estaba llena. Los pecadores temblaron, los creyentes lloraron, y los apóstatas regresaron a

Dios. La obra no se limitó a los presentes, como nos hemos enterado desde entonces. Algunos que habían permanecido en la casa se sintieron poderosamente convencidos [de pecado]. Se vieron ellos mismos como nunca se habían visto antes. El ánel de Dios estaba sacudiendo el lugar. La brevedad del tiempo, el terror y la cercanía de los juicios venideros y el tiempo de angustia, la mundanalidad de la iglesia, su carencia de amor fraternal, y su falta de preparación para encontrar al Señor, impresionaron fuertemente las mentes de todos".--The Review and Herald, 26 de diciembre de 1871.

Los Fideicomisarios del Patrimonio White.

Capítulo 1

# Una apelación a los que llevan cargas

Queridos hermanos y hermanas: Me siento constreñida en esta oportunidad a cumplir un deber descuidado por largo tiempo. Durante los años previos a la grave y prolongada enfermedad de mi esposo, él realizó más trabajo que el que dos hombres deberían haber hecho en el mismo tiempo. Él esperaba ansiosamente el momento cuando se le podría aliviar de la presión de las preocupaciones, cuando obtendría descanso mental y físico. A través de los Testimonios fue advertido de su peligro. Se me mostró que estaba haciendo demasiado trabajo intelectual. Transcribo aquí un Testimonio escrito, dado el 26 de agosto de 1855:

“Estando en Paris, Maine, se me mostró que la salud de mi esposo estaba en una condición crítica, que su ansiedad mental había sido excesiva para sus fuerzas. Cuando la verdad presente se publicó

por primera vez, él se esforzó grandemente y trabajó recibiendo sólo poco aliento o ayuda de sus hermanos. Desde el principio él ha llevado cargas que eran demasiado agotadoras para su fuerza física.

“Estas cargas, si hubieran sido compartidas equitativamente, no habrían necesitado ser tan desgastadoras. Mientras mi esposo asumía muchas responsabilidades, algunos de sus hermanos en el ministerio no estaban dispuestos a asumir ninguna. Y aquellos que rehuían cargas y responsabilidades no comprendían las cargas de él, y no estaban tan interesados en el progreso de la obra y la causa de Dios como deberían haber estado. Mi esposo sintió esta falta [de apoyo] y colocó su hombro bajo cargas demasiado pesadas que casi lo aplastaron. Se salvarán más almas como resultado de estos esfuerzos adicionales, pero dichos esfuerzos han afectado su constitución y lo han privado de fuerza. Se me ha mostrado que en gran medida él debiera poner a un lado su ansiedad; Dios está deseoso de que él se vea libre de esa labor extenuante, y que dedique más tiempo al estudio de las Escrituras y a

la sociabilidad con sus hijos, tratando de cultivar la mente de ellos.

“Vi que no es nuestro deber estar preocupándonos con problemas individuales. Debiera evitarse ese trabajo mental que se soporta a causa de los errores de otros. Mi esposo puede continuar trabajando con todas sus energías, como lo ha hecho, y como resultado descender a la tumba, y que se pierdan sus esfuerzos por la causa de Dios; o ahora puede ser aliviado, mientras le queda algo de fuerza, y vivir por más tiempo y sus trabajos ser más eficientes”.

Repito un Testimonio dado en 1859: “En mi última visión se me mostró que el Señor quería que mi esposo se entregara más al estudio de las Escrituras, para que fuera más competente a fin de trabajar más efectivamente en palabra y doctrina tanto al hablar como al escribir. Vi que en el pasado hemos agotado nuestras energías debido a la ansiedad y la preocupación por colocar a la iglesia en una posición correcta. No se requiere esa labor agotadora en diversos lugares, llevando las

cargas de la iglesia; porque la iglesia debiera llevar sus propias cargas. Nuestra tarea es instruirlos en la Palabra de Dios, urgirlos para que sientan la necesidad de una religión práctica, y definir tan claramente como sea posible la posición correcta respecto a la verdad. Dios quisiera que levantemos nuestras voces en la gran congregación sobre puntos de la verdad presente que son de importancia vital, los cuales debieran ser presentados con claridad y decisión, y también expuestos por escrito, para que los mensajeros silenciosos puedan presentarlos ante la gente por todas partes. Se requiere de nosotros que nos consagremos más cabalmente al trabajo esencial; debemos ser fervientes para vivir a la luz del rostro de Dios. Si nuestras mentes estuvieran menos preocupadas por las dificultades de la iglesia, estarían más libres para ejercitarse en los temas de la Biblia; y una aplicación más profunda a la verdad bíblica acostumbraría a la mente a explayarse en ese cauce de pensamiento, y de ese modo seríamos más idóneos para la importante obra que nos incumbe.

“Se me mostró que Dios no nos impuso esas cargas pesadas que hemos llevado en el pasado. Es nuestro deber hablar a la iglesia y mostrarles la necesidad de esforzarse por ellos mismos. Se les ha prestado excesiva atención. La razón por la que no se nos debiera exigir que asumamos cargas pesadas y nos ocupemos en trabajos intrincados es porque el Señor quiere que realicemos una obra de otro carácter. Él no quisiera que agotemos nuestras energías físicas y mentales, sino que las mantengamos en reserva, para que en ocasiones especiales, cada vez que realmente se necesite ayuda, puedan oírse nuestras voces.

“Vi que se darían pasos importantes, en los cuales se demandaría nuestra influencia para dar liderazgo; que surgirían corrientes y ocasionalmente se introducirían errores en el seno de la iglesia, y entonces se buscaría nuestra influencia. Pero si estamos agotados por tareas previas, no poseeremos ese juicio sereno, discreción y dominio propio necesarios para la ocasión importante en la que Dios quisiera que tuviéramos una parte prominente.

“Satanás ha debilitado nuestros esfuerzos al afligir a la iglesia de tal modo que abrirnos paso a través de la oscuridad y la incredulidad demanda de nosotros casi el doble de trabajo. Estos esfuerzos para poner las cosas en orden en las iglesias han agotado nuestra fuerza, y tras ellos han venido el cansancio y la debilidad. Vi que tenemos una obra que hacer, pero el adversario de las almas resistirá todo esfuerzo que tratemos de realizar. La gente puede haber caído en un estado de apostasía, de modo que Dios no puede bendecirlos, y esto será descorazonador; pero no debiéramos desanimarnos. Debiéramos cumplir nuestro deber presentando la luz, y dejarle la responsabilidad a la gente”.

Transcribo aquí de otro Testimonio, escrito el 6 de junio de 1863: “Se me mostró que todavía se necesita nuestro testimonio en la iglesia, que debiéramos esforzarnos para ahorrarnos pruebas y preocupaciones, y preservar una actitud mental devota. Aquellos que están en la oficina tienen el deber de exigirles más a sus cerebros, y mi esposo

el de exigirle menos al suyo. Él pasa mucho tiempo atendiendo asuntos diversos que confunden y cansan su mente, y lo incapacitan para el estudio o para escribir, lo cual impide que su luz resplandezca en la Review como debiera.

"La mente de mi esposo no debiera recargarse ni estar abrumada de trabajo. Debe tener descanso, y a él se le debe permitir que escriba y atienda asuntos que otros no pueden hacer. Aquellos que están ocupados en la oficina podrían liberarlo de un gran peso de preocupación si se dedicaran a Dios y sintieran un interés profundo en la obra. No deberían existir sentimientos egoístas entre aquellos que trabajan en la oficina. Ellos están ocupados en la obra de Dios, y han de darle cuenta a él por sus motivos y por la manera en que se ejecuta este ramo de la obra. Se les pide que disciplinen su mente. Muchos sienten que no hay culpa alguna en ser olvidadizo. Éste es un gran error. El olvido es pecado. Conduce a muchos errores y a mucho desorden y equivocaciones. No deben olvidarse las cosas que necesitan hacerse. A la mente se le debe exigir; debe ser disciplinada

hasta que recuerde.

“Mi esposo ha tenido muchas preocupaciones, y ha hecho muchas cosas que otros deberían haber llevado a cabo, pero que él temía que las hicieran, no fuera que en su descuido cometiesen errores que no se pudieran remediar fácilmente, lo que implicaría pérdidas. Esto le ha causado gran perplejidad. Aquellos que trabajan en la oficina debieran aprender. Debieran estudiar y practicar y ejercitar su propio cerebro; porque tienen sólo esta rama del negocio, mientras que mi esposo tiene la responsabilidad de muchos departamentos de la obra. Si un operario comete una falla, debiera sentir que le corresponde reparar los daños de su propio bolsillo, y no debiera permitírsele a la oficina que sufra pérdida debido a su negligencia. No debiera dejar de llevar responsabilidades, sino que debiera intentar nuevamente, evitando repetir sus errores. De esta manera aprenderá a ser cuidadoso en aquello que la Palabra de Dios siempre requiere, y entonces sólo cumplirá con su deber.

“Mi esposo debiera tomar tiempo para hacer aquellas cosas que su juicio le dice que preservarían su salud. Él ha pensado que debe deshacerse de las cargas y responsabilidades que pesaban sobre él, y dejar la oficina, o su mente se arruinaría. Se me mostró que cuando el Señor lo libre de su puesto, le dará una evidencia clara de que ha sido liberado, así como se la dio cuando depositó la carga sobre él. Pero él ha llevado demasiadas cargas, y aquellos que trabajan con él en la oficina y también sus compañeros de ministerio, han estado demasiado dispuestos a que él las lleve. En términos generales, se han retraído de llevar cargas y han simpatizado con aquellos que estaban murmurando contra él, y lo han dejado que quede solo mientras él se doblegaba bajo la censura, hasta que Dios vindicó su propia causa. Si ellos hubieran tomado su parte de las cargas, mi esposo habría sido aliviado.

“Vi que Dios requiere ahora de nosotros que cuidemos en forma especial la salud que nos ha dado, porque nuestra obra aún no ha terminado. Todavía debemos dar nuestro testimonio y tendrá

influencia. Debiéramos preservar nuestra fuerza para laborar en la causa de Dios cuando se necesite nuestro trabajo. Deberíamos cuidar de no asumir cargas que otros pueden y deben llevar. Necesitamos estimular una disposición alegre, llena de esperanza y serenidad; porque nuestra salud depende de que lo hagamos. La obra que Dios nos pide que realicemos no impedirá que cuidemos nuestra salud, para que podamos recuperarnos del efecto del trabajo muy exigente. Cuanto más perfecta sea nuestra salud, más perfecta será nuestra labor. Cuando abusamos de nuestras fuerzas y nos agotamos, estamos más expuestos a resfriarnos, y en esas circunstancias hay peligro de que la enfermedad asuma una forma peligrosa. No debemos dejarle a Dios el cuidado de nuestra persona, cuando él ha depositado sobre nosotros esa responsabilidad".

El 25 de octubre de 1869, mientras estaba en Adams Center, Nueva York, se me mostró que algunos de los ministros que estaban entre nosotros no llevaban toda la responsabilidad que Dios quería que llevasen. Esta falta acumula tarea extra sobre

aquellos que llevan cargas, especialmente sobre mi esposo. Algunos ministros no actúan ni se atreven a hacer algo en la causa y la obra de Dios. Deben tomarse decisiones importantes; pero como el hombre mortal no puede ver el fin desde el principio, algunos rehuyen arriesgarse y avanzar como lo indica la providencia de Dios. Alguien debe avanzar; alguien debe atreverse en el temor de Dios, confiándole el resultado al Señor. Aquellos ministros que rehuyen esta parte del trabajo están perdiendo mucho. Están descuidando de obtener esa experiencia que Dios planeó que tuvieran para hacerlos hombres fuertes y eficientes sobre quienes se pueda confiar en cualquier emergencia.

Hermano A, usted rehuye correr riesgos. No está dispuesto a arriesgarse cuando no puede ver el camino perfectamente claro. Sin embargo, alguien debe hacer precisamente esta tarea; alguien debe caminar por fe, o no se avanzará ni se logrará nada. A usted lo paraliza el temor de cometer errores y dar pasos en falso, y que entonces se le eche la culpa. Se excusa de asumir responsabilidades porque ha cometido algunos errores en el pasado.

Pero usted debiera avanzar de acuerdo con su mejor juicio, confiándole el resultado a Dios. Alguien debe hacer esto, y es una situación que pone a prueba a cualquiera. Uno no debiera llevar solo toda esta responsabilidad, pero se la debería compartir equitativamente con mucha reflexión y oración ferviente.

Durante la enfermedad de mi esposo, el Señor probó a su pueblo para revelar lo que estaba en sus corazones; y al hacerlo les mostró lo que ellos desconocían que había en su corazón y que no estaba de acuerdo con el Espíritu de Dios. Las circunstancias angustiosas bajo las cuales fuimos colocados hicieron salir del interior de nuestros hermanos aquellas cosas que de otro modo nunca habrían sido reveladas. El Señor demostró a su pueblo que la sabiduría del hombre es necedad, y que a menos que posean una firme confianza en Dios y dependencia de él, los planes y cálculos demostrarán ser un fracaso. Debemos aprender de todas estas cosas. Si se cometen errores, debieran enseñarnos e instruirnos, pero no llevarnos a rehuir las cargas y responsabilidades. Los siervos de Dios

debieran asumir un compromiso individual donde hay mucho en juego, y donde deben considerarse asuntos de vital importancia y resolverse cuestiones importantes. No pueden deponer la carga y al mismo tiempo hacer la voluntad de Dios. Algunos ministros son deficientes en su capacitación necesaria para fortalecer las iglesias, y no están dispuestos a gastarse en la causa de Dios. No tienen una disposición para darse enteramente a la obra, con interés indiviso y celo sin mengua, con incansable paciencia y perseverancia. Con estas virtudes en ejercicio activo, las iglesias deberían mantenerse en orden, y las labores de mi esposo no serían tan pesadas. No todos los ministros recuerdan constantemente que el trabajo debe resistir la inspección del juicio, y que todo hombre será recompensado según hayan sido sus obras.

Hermano A, usted tiene una responsabilidad que cumplir con respecto al Instituto de Salud.[1] Usted debiera meditar, debiera reflexionar. Frecuentemente el tiempo que usted ocupa en la lectura es el mejor para reflexionar y estudiar lo que debe hacerse a fin de poner las cosas en orden

en el Instituto y en la oficina. Mi esposo asume estas cargas porque ve que alguien debe hacer el trabajo para estas instituciones. Cuando otros no toman el liderazgo, él cubre la brecha y suple la deficiencia.

Dios le ha informado y advertido a mi esposo respecto a la preservación de su fuerza. Se me mostró que él fue criado por el *Más tarde conocido como el Sanatorio de Battle Creek. Señor, y que el hecho de que él viva es un milagro de su misericordia, no con el propósito de acumular nuevamente sobre sí las cargas bajo las cuales una vez cayó, sino para que el pueblo de Dios pueda beneficiarse con su experiencia en promover los intereses generales de la causa, y en conexión con la obra que el Señor me ha dado y con la carga que él ha puesto sobre mí para que yo la lleve.

Hermano A, usted debiera ejercer gran cuidado, especialmente en Battle Creek. Al platicar con otros, su conversación debiera versar sobre los temas más importantes. Tenga cuidado de respaldar el precepto con el ejemplo. Éste es un puesto

importante y requerirá esfuerzos. Mientras usted esté aquí, debiera tomar tiempo para examinar las muchas cosas que necesitan hacerse y que requieren reflexión solemne, atención cuidadosa, y la oración más ferviente y fiel. Usted debiera sentir un interés tan grande en las cosas relacionadas con la causa, con el trabajo en el Instituto de Salud y con la oficina de publicaciones, como el que siente mi esposo; usted debiera sentir que la obra es suya. Usted no puede hacer el trabajo que Dios ha capacitado especialmente a mi esposo para que haga, ni él puede hacer el trabajo que Dios ha capacitado especialmente a usted para que cumpla. Sin embargo, los dos juntos, unidos en armoniosa labor, usted en su oficina y mi esposo en la suya, pueden lograr mucho.

La obra en la cual tenemos un interés común es grande; y ciertamente son pocos los obreros eficientes, voluntarios y que llevan cargas. Dios le dará fuerza, mi hermano, si usted avanza y espera en él. Nos dará a mi esposo y a mí fuerzas en nuestro trabajo unido, si hacemos todo para su gloria, de acuerdo con nuestra capacidad y energía

para trabajar. Usted debería estar ubicado donde tenga una oportunidad más favorable para ejercitar su don de acuerdo con la capacidad que Dios le ha dado. Debiera confiar completamente en Dios y darle una oportunidad para enseñarle, dirigirlo e impresionarlo. Usted siente un profundo interés en la obra y en la causa de Dios, y necesita acudir a él en busca de luz y dirección. Él le dará luz. Pero, como embajador de Cristo, se requiere que usted sea fiel, que corrija los errores con mansedumbre y amor, y sus esfuerzos no resultarán infructuosos.

Desde que mi esposo se recuperó de su debilidad, hemos trabajado fervientemente. No hemos considerado nuestra conveniencia o placer. Hemos viajado y colaborado en congresos campestres, y hemos abusado de nuestras fuerzas sin disfrutar de las ventajas del descanso, lo que nos ha debilitado. Durante el año 1870 asistimos a doce congresos. En una cantidad de esas reuniones, la carga del trabajo descansaba casi enteramente sobre nosotros. Viajamos desde Minnesota a Maine, y a Missouri y Kansas.

Mi esposo y yo unimos nuestros esfuerzos para mejorar el Health Reformer* y hacerlo una revista interesante y útil, que fuera deseada no sólo por nuestro pueblo, sino por toda clase de gente. Ésta fue una carga severa para él. También introdujo mejoras muy importantes en la Review y el Instructor. Realizó una labor que debería haber sido compartida por tres hombres. Y mientras todo este trabajo caía sobre él en la obra de publicaciones, los departamentos administrativos en el Instituto de Salud y en la Asociación Publicadora requirieron del esfuerzo de dos hombres para aliviarlos de apremios financieros.

Hombres infieles a quienes se les había confiado el trabajo en la oficina y en el Instituto, habían puesto los asuntos en la peor condición posible debido a su egoísmo y falta de consagración. Había negocios pendientes que tenían que ser atendidos. Mi esposo cubrió la brecha y trabajó con todas sus energías. Se estaba desgastando. Podíamos ver que estaba en peligro; pero no podíamos ver cómo podía detenerse, a menos que cesara las faenas de la oficina. Casi

cada día surgía un nuevo motivo de perplejidad, alguna nueva dificultad causada por la infidelidad de los hombres que se habían encargado del trabajo. Su cerebro estaba recargado al máximo. Pero los asuntos más difíciles están ahora superados, y la obra está avanzando prósperamente.

En la Asociación General, mi esposo rogó ser liberado de las cargas que llevaba; pero a pesar de sus ruegos, se le encargó la tarea de editar la Review y el Reformer, con el mensaje alentador de que a los hombres que llevaran cargas y responsabilidades se les ayudaría a establecerse en Battle Creek. Pero todavía no ha llegado ayuda para quitarle las cargas del trabajo financiero en la oficina.

Mi esposo se está desgastando rápidamente. Hemos asistido a los cuatro congresos campestres del Oeste, y nuestros hermanos nos están urgiendo para que asistamos a las reuniones del Este. Pero no nos animamos a asumir cargas adicionales. Cuando regresamos de los congresos del Oeste, en

julio de 1871, encontramos una gran cantidad de asuntos de negocios que se habían dejado acumular en ausencia de mi esposo. Todavía no hemos visto la oportunidad para descansar. Mi esposo debe ser liberado de las cargas que lleva. Hay demasiadas personas que usan el cerebro de él en vez de usar el propio. En vista de la luz que Dios se ha complacido en darnos, les rogamos, mis hermanos, que alivien a mi esposo. No estoy dispuesta a asumir las consecuencias de que por ser emprendedor se dedique como lo ha hecho en el pasado. Él les sirvió fiel y desinteresadamente por años, y finalmente cayó bajo la presión de las cargas puestas sobre él. Entonces sus hermanos, en quienes él había confiado, lo desampararon. Lo dejaron caer en mis manos, y lo abandonaron. Por casi dos años yo fui su enfermera, su asistente, su médico. No deseo pasar por la misma experiencia una segunda vez. Hermanos, ¿nos quitarán las cargas y nos permitirán preservar nuestras fuerzas como Dios quisiera, para que la causa en general pueda beneficiarse mediante los esfuerzos que podamos hacer con su fuerza? ¿O nos abandonarán para que nos debilitemos de modo que nos

volvamos inútiles para la causa?

La porción precedente de esta apelación fue leída en el congreso campestre de New Hampshire, en agosto de 1871.

Cuando regresamos de Kansas en el otoño de 1870, el Hermano B estaba en casa enfermo con fiebre. La Hermana Van Horn, en este mismo tiempo, estaba ausente de la oficina a consecuencia de una fiebre causada por la muerte repentina de su madre. El Hermano Smith también estaba ausente de la oficina, en Rochester, Nueva York, recuperándose de una fiebre. Había mucho trabajo sin terminar en la oficina, sin embargo el Hermano B dejó su puesto del deber para gratificar su propio placer. Este hecho en su experiencia es una muestra de lo que él es. Toma los deberes sagrados livianamente.

El curso de acción que él siguió significó una gran ruptura de la confianza depositada en él. ¡Cuánto contrasta esto con la vida de Cristo, nuestro Modelo! Él fue el Hijo de Jehová y el

Autor de nuestra salvación. Trabajó y sufrió por nosotros. Se negó a sí mismo, y toda su vida fue una escena continua de afanes y privación. Si él hubiera decidido hacerlo, podría haber pasado sus días en un mundo de su propia creación, con comodidad y abundancia, y reclamando para sí todos los placeres y deleites que el mundo podría darle. Pero no consideró su propia conveniencia. Vivió no para agradarse a sí mismo, sino para hacer el bien y prodigar sus bendiciones sobre otros.

El Hermano B estaba enfermo con fiebre. Su caso era crítico. Para ser justa con la causa de Dios, me siento forzada a declarar que su enfermedad no fue el resultado de una devoción incansable a los intereses de la oficina. La exposición imprudente [a la intemperie] en un viaje a Chicago, para su propio placer, fue la causa de su enfermedad larga, tediosa y sufrida. Dios no lo apoyó en el plan de dejar el trabajo, cuando tantos que habían ocupado puestos importantes en la oficina estaban ausentes. En el mismo tiempo cuando no debiera haberse excusado de ausentarse ni siquiera una hora,

abandonó su puesto del deber, y Dios no lo apoyó.

Para nosotros no hubo período de descanso, por más que lo necesitábamos. La Review, el Reformer y el Instructor deben ser editados. Se habían dejado muchas cartas sin contestar hasta que nosotros regresáramos para examinarlas. Las cosas estaban en una condición lamentable en la oficina. Todo necesitaba ponerse en orden. Mi esposo comenzó su labor y yo le ayudé en lo que pude; pero eso era poco. Trabajó incesantemente para corregir asuntos comerciales confusos y para mejorar el estado de nuestros periódicos. No podía depender de la ayuda de ninguno de sus hermanos en el ministerio. Su cabeza, corazón y manos estaban llenos. Los hermanos A y C no lo animaron, aunque sabían que estaba solo bajo las cargas en Battle Creek. No sostuvieron sus manos. Escribieron en una forma sumamente desalentadora sobre la pobre condición de salud en que se encontraban, diciendo que estaban tan agotados que no podía dependerse de ellos para realizar ninguna tarea. Mi esposo comprendió que no podía esperar nada de parte de ellos. A pesar de su doble trabajo durante todo el

verano, no podía descansar. Y, sin tener en cuenta su debilidad, se afirmó para realizar la obra que otros habían descuidado.

El Reformer estaba casi muerto. El hermano B había defendido los puntos de vista extremos del Dr. Trall. Esto había influido sobre el doctor para publicar sus ideas en el Reformer con mayor firmeza que la que habría usado corrientemente, descartando la leche, el azúcar y la sal. La postura de eliminar enteramente el uso de estas cosas puede parecer buena en su orden; pero no había llegado el momento para asumir una posición general sobre estos puntos. Y aquellos que adoptan la posición de ellos y abogan por el desuso completo de la leche, la manteca y el azúcar, no debieran tener estas cosas en su mesa. El hermano B, aun cuando adoptaba esta posición en el Reformer con el Dr. Trall--respecto a los efectos perjudiciales de la sal, la leche y el azúcar--, no practicaba las cosas que enseñaba. Estas cosas se usaban diariamente sobre su mesa.

Muchos de nuestro pueblo habían perdido su

interés en el Reformer, y diariamente se recibían cartas con este pedido desalentador: “Por favor, cancele mi suscripción al Reformer”. Se recibieron cartas del Oeste, donde el país es nuevo y la fruta escasa, preguntando: “¿Cómo viven en Battle Creek los amigos de la reforma de la salud? ¿Prescinden enteramente de la sal? Si es así, no podemos actualmente adoptar la reforma pro salud. No podemos conseguir sino poca fruta, y hemos abandonado el uso de la carne, el té, el café y el tabaco; pero necesitamos tener algo para sostener la vida”.

Nosotros habíamos pasado algún tiempo en el Oeste y conocíamos la escasez de fruta, y simpatizábamos con nuestros hermanos que en forma concienzuda estaban tratando de armonizar con el cuerpo de adventistas observadores del sábado. Se estaban desanimando y algunos se estaban apartando de la reforma pro salud, temiendo que en Battle Creek fueran radicales y fanáticos. No podíamos despertar interés en ninguna parte del Oeste para conseguir suscriptores al Health Reformer. Veíamos que los escritores en

el Reformer se estaban alejando de la gente y los estaban dejando detrás. Si asumimos posiciones que los cristianos conscientes, que son ciertamente reformadores, no pueden adoptar, ¿cómo podemos esperar que beneficiaremos a esa clase a la que sólo podemos alcanzar desde el punto de vista de la salud?

No debemos ir más rápido que aquellos cuyas conciencias e intelectos están convencidos de las verdades que defendemos. Debemos encontrar a la gente donde está. Algunos de nosotros hemos necesitado muchos años para arribar a nuestra posición actual en la reforma pro salud. El logro de una reforma en la dieta es un trabajo lento. Tenemos que encontrarnos con apetitos poderosos, porque el mundo está dado a la glotonería. Si le concediéramos a la gente tanto tiempo como el que nosotros hemos requerido para llegar al estado avanzado actual en la reforma, seríamos muy pacientes con ellos, y les permitiríamos avanzar paso por paso, como lo hemos hecho nosotros, hasta que sus pies estén firmemente establecidos sobre la plataforma de la reforma pro salud. Pero

debiéramos ser muy cautelosos en no avanzar demasiado rápido, a menos que nos veamos obligados a desandar nuestros pasos. En las reformas sería mejor quedar un paso detrás de la marca que ir un paso después de ella. Y si se comete algún error, que sea del lado cercano a la gente.

Sobre todas las cosas, con nuestra pluma no debiéramos defender posiciones que no ponemos a prueba en forma práctica en nuestras propias familias, sobre nuestras propias mesas. Esto es un disimulo, una especie de hipocresía. En Míchigan podemos arreglarnos mejor prescindiendo de sal, azúcar y leche, que muchos de los que viven en el extremo Oeste o en el lejano Este, donde hay escasez de fruta. Pero hay muy pocas familias en Battle Creek que no consuman estos productos. Sabemos que un uso abundante de estas cosas es positivamente dañino para la salud, y pensamos que en muchos casos, si no se usaran en absoluto, se disfrutaría de un estado de salud mucho mejor. Pero actualmente no nos sentimos preocupados por estas cosas. La gente está tan atrasada que

consideramos que todo lo que ellos pueden sobrellevar es que tracemos la línea señalando sus indulgencias perjudiciales y narcóticos estimulantes. Damos testimonio positivo contra el tabaco, los licores espirituosos, el rapé, el té, el café, las carnes [de distintos animales], la manteca, las especias, los pasteles con grasa, los bizcochos o pasteles rellenos de fruta picada y carne o grasa de animales, una gran cantidad de sal, y todas las sustancias estimulantes usadas como artículos de alimento.

Si encontramos personas que no han recibido luz en cuanto a la reforma pro salud, y presentamos primero nuestros puntos de vista más fuertes, hay peligro de que se desanimen al ver cuánto tienen que abandonar, y en consecuencia no harán ningún esfuerzo para reformarse. Debemos conducir a la gente paciente y gradualmente, recordando el hoyo del cual nosotros fuimos sacados.

Nota:

1. Modernamente llamado Good Health.

Capítulo 2

# Capacidad no santificada

Se me ha mostrado que el hermano B tiene serios defectos de carácter que lo descalifican para estar vinculado estrechamente con la obra de Dios, donde deben llevarse importantes responsabilidades. Tiene suficiente capacidad mental, pero el corazón, los afectos, no han sido consagrados a Dios; por lo tanto no se puede confiar en él como una persona calificada para una tarea tan importante como la publicación de la verdad en las oficinas de Battle Creek. Un error o un descuido del deber en este trabajo afecta la causa de Dios en general. El hermano B no ha visto sus fallas, por lo tanto no se reforma.

Nuestros caracteres se forman con hábitos de integridad mediante las cosas pequeñas. Usted, mi hermano, ha estado dispuesto a subestimar la importancia de los pequeños incidentes de la vida cotidiana. Éste es un gran error. Nada con lo cual tenemos algo que ver es realmente pequeño. Cada

acción es de cierta importancia, ya sea del lado del bien o del lado del mal. Somos probados y se forman nuestros caracteres sólo al practicar los principios en las pequeñas transacciones de la vida corriente. Se nos examina y somete a prueba en las circunstancias diversas de la vida, y de ese modo adquirimos fuerzas para resistir las pruebas más grandes e importantes que se nos llama a soportar, y se nos califica para posiciones aún más trascendentes. La mente debe ser educada mediante pruebas diarias para tener hábitos de fidelidad, con el fin de adquirir un sentido de las demandas de lo correcto y del deber por encima de la inclinación y el placer. Las mentes así disciplinadas no vacilan entre el bien y el mal, como la caña tiembla en el viento; sino que tan pronto como se les someten los asuntos, disciernen que hay principios involucrados, e instintivamente eligen lo correcto sin debatir largamente el asunto. Son leales porque se han formado en hábitos de fidelidad y verdad. Al ser fieles en las cosas pequeñas, adquieren fuerza, y les resulta fácil ser fieles en cuestiones mayores.

La educación del hermano B no ha sido tal como para fortalecer esas eleyadas cualidades morales que lo capacitarían para permanecer solo con la fuerza de Dios en defensa de la verdad, en medio de la oposición más severa, firme como una roca a los principios, fiel al carácter moral, indiferente a la alabanza humana o a la censura o a las recompensas, prefiriendo la muerte antes que violar la conciencia. Se necesita tal integridad en la oficina de publicaciones, de donde salen verdades solemnes, sagradas, sobre las cuales el mundo ha de ser probado.

La obra de Dios requiere hombres de elevadas facultades morales que se ocupen en su proclamación. Se necesitan hombres cuyos corazones estén fortalecidos con un santo fervor, hombres de un propósito firme a los que no se mueva fácilmente, que puedan deponer cada interés egoísta y darlo todo por la cruz y la corona. La causa de la verdad presente padece por falta de hombres que sean leales a un sentido de lo correcto y del deber, cuya integridad moral sea firme, y cuya energía esté a la altura de las oportunidades

de la providencia de Dios. Tales cualidades son de más valor que riquezas incalculables invertidas en la obra y la causa de Dios. Energía, integridad moral y un propósito firme de parte de lo correcto son cualidades que no pueden suplirse con ninguna cantidad de oro. Los hombres que poseen estas cualidades ejercerán influencia por todas partes. Sus vidas serán más poderosas que la excelsa elocuencia. Dios llama a hombres de corazón, hombres de intelecto, hombres de integridad moral, a quienes pueda hacer depositarios de su verdad, y que representarán correctamente sus principios sagrados en su vida diaria.

En algunos respectos el hermano B tiene una capacidad que sólo pocos poseen. Si su corazón estuviera consagrado a la obra, podría llenar un cargo importante en la oficina con la aceptación de Dios. Necesita convertirse y humillarse como un niñito, y buscar la religión pura y de corazón, a fin de que su influencia en la oficina, o en la causa de Dios en cualquier parte, sea lo que debe ser. El carácter de su influencia ha dañado a todos los que están relacionados con la oficina, pero muy

especialmente a los jóvenes. Su posición como jefe le dio influencia. No se condujo concienzudamente en el temor de Dios. Ha favorecido a algunos más que a otros. Descuidó a los que, por su fidelidad y capacidad, merecían aliento especial, y causó zozobra y perplejidad a aquellos por quienes tendría que haberse interesado en forma especial. Aquellos que vinculan sus afectos e interés a uno o dos, y los favorecen en detrimento de otros, no debieran retener su puesto en la oficina por un solo día. Esta parcialidad no santificada hacia personas especiales que puede complacer el afecto por algunos, en descuido de otros que son concienzudos y temerosos de Dios, y a su vista de más valor, ofende a Dios. Debiéramos valorar lo que Dios valora. Él considera de mayor valor el ornato de un espíritu manso y sereno que la belleza externa, el adorno superficial, las riquezas o el honor mundanal.

Los verdaderos seguidores de Cristo no formarán amistades íntimas con aquellos cuyos caracteres tienen defectos serios, y cuyo ejemplo no sería seguro imitar, mientras que es su privilegio

asociarse con personas que guardan una consideración cuidadosa por el cumplimiento del deber en los negocios y en la religión. Las personas carentes de principios y de un espíritu devoto generalmente ejercen una influencia más efectiva para moldear la mente de sus amigos íntimos que la que ejercen aquellos que parecen bien balanceados y capaces de controlar e influir sobre los que tienen defectos de carácter y carecen de espiritualidad y de una actitud devota.

La influencia del hermano B, si no es santificada, pone en peligro las almas de los que siguen su ejemplo. Su tacto hábil y su inventiva son admirados, y hace que aquellos relacionados con él le den crédito por calificaciones que no posee. En la oficina era descuidado con su tiempo. Si esto lo hubiera afectado sólo a él, habría sido un asunto pequeño; pero su posición como jefe le daba influencia. Su ejemplo ante los que estaban en la oficina, especialmente los aprendices, no era circunspecto y consciente. Si con su talento ingenioso, el hermano B poseyera un alto sentido de obligación moral, sus servicios serían

inestimables en la oficina. Si sus principios hubieran sido tales que nada lo hubiera movido de la estricta línea del deber, que ningún atractivo que se presentara hubiera podido comprar su consentimiento a una mala acción, entonces su influencia habría moldeado a otros; pero sus deseos de placer lo sedujeron y lo apartaron de su puesto del deber. Si él hubiera permanecido en la fuerza de Dios, insensible a la censura o la adulación, firme a los principios, fiel a sus convicciones sobre la verdad y la justicia, habría sido un hombre superior y habría ganado una influencia convincente por todas partes. El hermano B carece de frugalidad y economía. Carece del tacto que lo capacitaría para adaptarse a las providencias de Dios y que haría de él alguien que presta servicios de emergencia. Él ama la alabanza humana. Las circunstancias lo desvían y está sujeto a la tentación, y no se puede confiar en su integridad.

La experiencia religiosa del hermano B no era sólida. Actuaba por impulso, no por principio. Su corazón no era recto con Dios, y no tenía delante de sí el temor de Dios ni su gloria. Actuaba mucho

como un hombre ocupado en asuntos comunes; tenía muy poco sentido del carácter sagrado de la obra en la cual estaba ocupado. No había practicado la abnegación ni la economía, por lo tanto no tenía experiencia en estos asuntos. A veces trabajaba fervientemente y manifestaba un buen interés en la obra. Luego nuevamente descuidaba su tiempo y gastaba momentos preciosos en conversaciones sin importancia, impidiendo que otros cumplieran con su deber y dándoles un ejemplo de insensatez e infidelidad. La obra de Dios es sagrada y demanda hombres de estricta integridad. Se necesitan hombres cuyo sentido de la justicia, aun en los asuntos más pequeños, no les permita emplear su tiempo en forma descuidada e incorrecta; hombres que comprendan que están manejando recursos que pertenecen a Dios, y que no se apropiarían injustamente de un centavo para su propio uso; hombres que serán justos como también fieles y exactos, cuidadosos y diligentes en su trabajo, tanto en la ausencia de su empleador como en su presencia, probando por su fidelidad que no son meramente siervos que agradan a los hombres y atienden fielmente su deber sólo cuando

son observados, sino que son trabajadores concienzudos, fieles, íntegros, que hacen lo recto, no para recibir la alabanza humana, sino porque aman y escogen lo correcto movidos por un alto sentido de su obligación para con Dios.

Los padres no son cuidadosos en la educación de sus hijos. No ven la necesidad de moldear sus mentes mediante la disciplina. Les dan una educación superficial, manifestando mayor cuidado por lo ornamental que por esa educación sólida que desarrollaría y dirigiría las capacidades como para sacar a relucir las energías del alma, y hacer que las facultades de la mente se expandan y fortalezcan por el ejercicio. Las habilidades de la mente necesitan que se las cultive, con el fin de que se las pueda ejercitar para la gloria de Dios. Debiera dársele cuidadosa atención a la cultura del intelecto, de modo que los diversos órganos de la mente puedan tener un mismo vigor al ejercitarlos, cada uno en su función peculiar. Si los padres permiten que sus hijos sigan la inclinación de su mente, su propia inclinación y placer, descuidando el deber, sus caracteres se formarán conforme a ese

patrón, y no serán competentes para ninguna posición responsable en la vida. Debieran restringirse los deseos e inclinaciones de los jóvenes, fortalecerse los puntos débiles de su carácter y reprimir sus tendencias demasiado fuertes.

Si a una facultad se le permite permanecer inactiva, o se la deja desviar de su curso correcto, no se lleva a cabo el propósito de Dios. Debieran desarrollarse completamente todas las facultades. Debiera cuidarse cada una de ellas, porque cada una influye sobre las demás, y todas deben ejercitarse a fin de que la mente esté debidamente equilibrada. Si se cultivan uno o dos órganos y se usan continuamente porque sus hijos deciden dirigir la fuerza de la mente en una dirección, descuidando otras facultades mentales, llegarán a la madurez con mentes desequilibradas y caracteres faltos de armonía. Serán aptos y fuertes en una dirección, pero grandemente deficientes en otras áreas igualmente importantes. No serán hombres y mujeres competentes. Sus deficiencias serán visibles y malograrán todo el carácter.

El hermano B ha cultivado una propensión casi ingobernable por las visitas a lugares de interés y por los viajes de placer. Se malgastan tiempo y recursos para gratificar su deseo de excursiones de placer. Su amor egoísta por el placer conduce al descuido de deberes sagrados. Al hermano B le encanta predicar, pero nunca ha emprendido esta tarea sintiendo sobre sí el ¡ay! si no predica el evangelio (Ver 1 Corintios 9:16)*. Frecuentemente ha dejado el trabajo que demandaba su atención en la oficina, para cumplir con invitaciones de algunos de sus hermanos en otras iglesias. Si hubiera sentido la solemnidad de la obra de Dios para este tiempo y salido [al campo] poniendo su confianza en Dios, practicando la abnegación y exaltando la cruz de Cristo, habría logrado algo de beneficio. Pero frecuentemente tenía tan poca comprensión de la santidad de esta obra, que aprovechaba la oportunidad de visitar otras iglesias para convertir la ocasión en una escena de autogratificación; en síntesis, en un viaje de placer. ¡Qué contraste entre su proceder y el practicado por los apóstoles, que salieron con la carga de la palabra de vida, y con la

manifestación del Espíritu predicaron a Cristo crucificado! Señalaron el camino viviente mediante la abnegación y la cruz. Tuvieron comunión con su Salvador en sus sufrimientos, y su mayor deseo era conocer a Cristo Jesús, y a él crucificado. No tenían en cuenta su propia conveniencia, ni consideraban sus vidas preciosas para ellos. Vivían no para gozar, sino para hacer el bien y para salvar almas por las cuales Cristo murió.

El hermano B puede presentar argumentos sobre puntos doctrinales, pero no ha experimentado en sí mismo las lecciones prácticas de la santificación, la abnegación y la cruz. Puede hablar al oído, pero al no haber sentido en su corazón la influencia santificadora de estas verdades, ni haberlas practicado en su vida, falla en hacerlas llegar a la conciencia con un sentido profundo de su importancia y de su carácter solemne en vista del juicio, cuando cada caso debe decidirse. El hermano B no ha educado su mente, y su comportamiento fuera de la reunión no ha sido ejemplar. Aparentemente la carga de la obra no ha recaído sobre él, sino que ha sido frívolo y juvenil,

y por su ejemplo ha rebajado la norma de la religión. Las cosas sagradas y comunes han sido colocadas sobre un mismo nivel.

El hermano B no ha estado dispuesto a sobrellevar la cruz; no ha estado dispuesto a seguir a Cristo desde el pesebre a la sala del juicio y al Calvario. Ha atraído sobre sí una penosa aflicción al buscar su propio placer. Todavía tiene que aprender que su propia fuerza es debilidad y su sabiduría, insensatez. Si él hubiera sentido que estaba ocupado en la obra de Dios, y que estaba en deuda con Aquel que le había dado tiempo y talentos, y que requería que fuesen mejorados para su gloria, si hubiera permanecido fielmente en su puesto, no habría sufrido esa enfermedad larga y tediosa. Su exposición [a la intemperie] en ese viaje de placer le causó meses de sufrimiento y le habría causado la muerte si no hubiera sido por la oración de fe ferviente y efectiva elevada en su favor por aquellos que sentían que no estaba preparado para morir. Si hubiera muerto en ese momento, su caso habría sido mucho peor que el de un pecador sin luz. Pero Dios oyó

misericordiosamente las oraciones de su pueblo y le prorrogó la vida, para que pudiera tener oportunidad de arrepentirse de su infidelidad y redimir el tiempo. Su ejemplo había influido sobre muchos en Battle Creek en la dirección equivocada.

El hermano B se recuperó de su enfermedad, pero él y su familia se sintieron muy poco humillados bajo la mano de Dios. La obra del Espíritu Santo, y la sabiduría procedente de él, no se manifiestan para que nos sintamos felices y satisfechos con nosotros mismos, sino para que nuestras almas puedan renovarse en conocimiento y verdadera santidad. Cuánto mejor habría sido para este hermano si su dolencia lo hubiera inducido a efectuar un fiel escudriñamiento de corazón, a descubrir las imperfecciones de su carácter, para que pudiera eliminarlas, y con espíritu humilde salir del horno como oro purificado, reflejando la imagen de Cristo.

La iglesia le ayudó a sobrellevar la enfermedad que él mismo se había acarreado. Se proveyeron

personas que lo cuidaran y en gran medida la iglesia sobrellevó sus gastos; sin embargo ni él ni su familia apreciaron esta generosidad y bondad de parte de la iglesia. Sintieron que merecían todo lo que se hizo por ellos. Cuando el hermano B se levantó de su enfermedad, se sintió mal dispuesto hacia mi esposo porque él desaprobó su conducta, que era tan censurable. Se unió con otros para lastimar la influencia de mi esposo, y desde que dejó la oficina no se ha sentido bien. Resistió pobremente la prueba de ser examinado por Dios.

El hermano B no ha aprendido aún la lección que tendrá que aprender si finalmente quiere ser salvo: negar el yo y resistir su deseo de placer. Tendrá que ser nuevamente humillado y probado aun más de cerca, porque fracasó en soportar las pruebas del pasado. Ha desagradado a Dios al justificar al yo. Tiene apenas poca experiencia en participar de los sufrimientos de Cristo. Ama la ostentación y no economiza sus recursos. El Señor sabe. Él pesa los sentimientos internos y las intenciones del corazón. Él comprende al hombre. Prueba nuestra fidelidad. Requiere que le amemos

y sirvamos con toda la mente y el corazón y las fuerzas. Los amantes del placer pueden aparentar una forma de piedad que incluso implique cierta abnegación, y pueden sacrificar tiempo y dinero, y sin embargo el yo no ha sido subyugado, y la voluntad no se ha sometido a la voluntad de Dios.

La influencia de las niñas D fue muy mala en Battle Creek. No habían sido educadas. Su madre había descuidado su sagrado deber y no había reprimido a sus hijas. No las había criado en el temor y admonición del Señor. Las había consentido y protegido para que no llevaran responsabilidades hasta el punto de que no sintieron agrado por los simples deberes domésticos. La madre había educado a las hijas para que pensaran mucho en los vestidos, pero no destacó ante ellas el adorno interior. Estas jóvenes eran vanas y orgullosas. Sus mentes eran impuras; su conversación, corrupta; y sin embargo había un grupo en Battle Creek que se asociaba con esta manera de pensar, pero que no podía relacionarse con ellas sin descender a su nivel. Estas niñas no fueron tratadas tan severamente como el caso lo

demandaba. Aman la compañía de los jóvenes, y ellos son el tema de su meditación y conversación. Tienen modales corruptos, son obstinadas y confían en ellas mismas.

Toda la familia ama la ostentación. La madre no es una mujer prudente y seria. No está capacitada para educar hijos. Para ella es más importante vestir a sus hijas para una exhibición que procurar el adorno interior. No se ha disciplinado. Su voluntad no ha sido puesta en conformidad con la voluntad de Dios. Su corazón no es recto con Dios. Desconoce la operación de su Espíritu en el corazón, que pone los deseos y afectos en conformidad con la obediencia de Cristo. No posee cualidades nobles de la mente y no discierne las cosas sagradas. Ha permitido que sus hijas hagan lo que les agrada. La terrible experiencia que ella ha tenido con dos de sus hijos mayores no ha hecho en su mente la impresión profunda que demandaban las circunstancias. Ha educado a sus hijos para amar la vestimenta, la vanidad y la insensatez. No ha disciplinado a sus dos hijas menores. A D, bajo una influencia

adecuada, sería un joven digno; pero tiene mucho que aprender. Sigue la inclinación antes que el deber. Ama hacer su propia voluntad y placer, y no tiene un conocimiento correcto de los deberes que recaen sobre un cristiano. Alegremente se ufanaría de interpretar como su deber la autogratificación y el seguimiento de su propia inclinación. No ha vencido la autogratificación. Tiene una obra que hacer a fin de aclarar su visión espiritual, para que pueda entender en qué consiste estar santificado para Dios, y aprender las elevadas demandas de Dios sobre él. Los serios defectos de su educación han afectado su vida.

Si el hermano B, con sus buenas aptitudes, fuera un jefe de oficina bien equilibrado y fiel, su trabajo sería de gran valor para la obra, y podría ganar el doble de salario. Pero durante los años pasados, considerando sus deficiencias y su influencia no consagrada, la oficina podría haberlo pasado mejor sin él, aun si sus servicios hubieran sido gratuitos. El hermano y la hermana B no han aprendido la lección de la economía. La gratificación del gusto y el deseo de placer y

ostentación, han ejercido una influencia dominante sobre ellos. Para ellos sería más ventajoso tener salarios pequeños que grandes, porque lo gastarían todo de cualquier modo, aunque fuera mucho. Gozarían de la vida mientras usan lo que ganan, y luego, cuando la aflicción los sorprendiera, estarían totalmente desprevenidos. Gastarían veinte dólares semanales lo mismo como si fueran doce. Si el hermano y la hermana B hubieran sido administradores ahorrativos, negándose ellos mismos, ya podrían haber tenido una casa propia y además medios a los que acudir en caso de adversidad. Pero ellos no economizarán como otros lo han hecho, de quienes a veces han dependido. Si descuidan aprender estas lecciones, sus caracteres no serán hallados perfectos en el día de Dios.

El hermano B ha sido el objeto del gran amor y condescendencia de Cristo, y sin embargo nunca ha sentido que podría imitar al gran Ejemplo. Pretende una porción mejor en esta vida que la que fue dada a nuestro Señor, y toda su vida ha procurado esto. Nunca ha sentido las profundidades de ignorancia y pecado de las que Cristo se propuso levantarlo y

unirlo a su naturaleza divina.

Es un asunto terrible ministrar en cosas sagradas cuando el corazón y las manos no son santos. Ser un colaborador de Cristo implica tremendas responsabilidades; estar como su representante no es un asunto pequeño. Las enormes realidades del juicio probarán la obra de cada hombre. El apóstol dijo: “No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor... Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo”. (2 Corintios 4:5, 6) La suficiencia del apóstol no estaba en él, sino en la benigna influencia del Espíritu de Cristo, la que llenó su alma y puso cada pensamiento en sujeción a la obediencia de Cristo. El poder de la verdad que acompaña a la palabra predicada será un sabor de vida para vida o de muerte para muerte. Se les requiere a los ministros que sean ejemplos vivientes de la mente y el espíritu de Cristo, epístolas vivientes, conocidas y leídas por todos los

hombres. Tiemblo cuando considero que hay algunos ministros, aun entre los adventistas del séptimo día, que no están santificados por las verdades que predican. Nada menos que el poderoso y penetrante Espíritu de Dios obrando en los corazones de sus mensajeros para dar el conocimiento de la gloria de Dios, puede ganarles la victoria.

La predicación del hermano B no se ha caracterizado por la aprobación del Espíritu de Dios. Puede hablar con fluidez y presentar con claridad un argumento, pero su predicación ha carecido de espiritualidad. Sus apelaciones no han tocado el corazón con una nueva ternura. Ha habido una cantidad de palabras, pero los corazones de los oyentes no han sido avivados y enternecidos con una sensación del amor del Salvador. Los pecadores no han sido convictos y atraídos a Cristo por una impresión de que “Jesús de Nazaret pasaba por allí”. (Lucas 18:37, DHH) Los pecadores debieran recibir una clara impresión de la cercanía y la buena voluntad de Cristo para darles salvación en el momento presente. Debiera

presentarse ante la gente a un Salvador, mientras que el corazón del orador tendría que estar subyugado e imbuido con su Espíritu. El mismo tono de la voz, la mirada, las palabras, debieran poseer un poder irresistible para mover los corazones y controlar las mentes. Debiera encontrarse a Jesús en el corazón del ministro. Si Jesús está en las palabras y en el tono de la voz, si éstas están endulzadas con su tierno amor, serán una bendición de más valor que todas las riquezas, placeres y glorias de la tierra; porque dichas bendiciones no vendrán y se irán sin cumplir una obra. Se profundizarán las convicciones, se harán impresiones, y se levantará la pregunta: “¿Qué debo hacer para ser salvo?” (Hechos 16:30)

Capítulo 3

# Mentes desequilibradas

A cada uno de nosotros Dios ha confiado cometidos sagrados, de los cuales nos tiene por responsables. Es su propósito que eduquemos la mente, a fin de que podamos ejercitar los talentos que nos ha dado, de tal manera que realicemos la mayor suma de bien y reflejemos la gloria del Dador. A Dios le debemos todas las cualidades de la mente. Esas facultades pueden ser cultivadas, dirigidas y dominadas tan cabalmente que cumplan el propósito para el cual fueron dadas. Es nuestro deber educar la mente, de modo que saque a luz las energías del alma y desarrolle toda facultad. Cuando todas las facultades estén en ejercicio, el intelecto se fortalecerá y se alcanzará el propósito por el cual fueron dadas.

Muchos no están haciendo la mayor suma de bien, porque ejercitan el intelecto en una dirección y descuidan de dar atención esmerada a aquellas cosas para las cuales piensan que no son aptos.

Dejan así dormir algunas facultades débiles, porque la obra que las ejercitaría y por consiguiente las fortalecería, no les agrada. Deben ejercitarse y cultivarse todas las facultades de la mente. La percepción, el juicio, la memoria y todas las potencias del raciocinio deben tener igual fuerza a fin de que la mente esté bien equilibrada.

Si se usan ciertas facultades con descuido de las demás, el designio de Dios no se realiza plenamente en nosotros; porque todas las facultades ejercen su influencia una sobre otras y dependen en gran medida unas de otras. No se puede usar eficazmente una de ellas sin la operación de todas, para que el equilibrio se conserve cuidadosamente. Si toda la atención y fuerza se concentran en una, mientras las otras permanecen dormidas, el desarrollo es intenso en ésta, y conducirá a extremos porque no todas las facultades habrán sido cultivadas. Algunas mentes están atrofiadas y les falta el debido equilibrio. No todas las mentes están, por naturaleza, constituidas de igual manera. Tenemos mentes diferentes; algunas son fuertes en ciertos puntos y muy débiles

en otros. Y estas deficiencias tan evidentes no necesitan ni debieran existir. Si los que las poseen fortalecieran los puntos débiles de su carácter, cultivándolos y ejercitándolos, llegarían a ser fuertes.

Es agradable, pero no muy provechoso, ejercer aquellas facultades que son por naturaleza las más fuertes, mientras descuidamos las débiles, que necesitan ser fortalecidas. Las facultades más débiles deben recibir cuidadosa atención, a fin de que todas las potencias del intelecto queden bien equilibradas y todas hagan su parte como una maquinaria bien regulada. Dependemos de Dios para la preservación de todas nuestras facultades. En su relación con Dios, los cristianos se hallan en la obligación de educar su mente de manera que todas las facultades queden fortalecidas y se desarrollen más plenamente. Si descuidamos esto, nunca alcanzarán aquéllas el propósito para el cual fueron destinadas. No tenemos derecho a descuidar ninguna de las facultades que Dios nos ha dado. Vemos monomaníacos en todas partes del país. Con frecuencia son cuerdos acerca de todos los

temas menos uno. La razón de ello es que un órgano de la mente se ejercitó especialmente mientras se dejó dormir a los demás. El que estuvo en constante uso se gastó y enfermó, y el hombre naufragó. Dios no fue glorificado por esta conducta. Si el hombre hubiera ejercitado de igual manera todos los órganos, éstos habrían alcanzado un desarrollo sano; no se le habría impuesto todo el trabajo a uno y por lo tanto, ninguno se habría arruinado.

Los predicadores deben ser precavidos, para no estorbar los propósitos de Dios mediante sus propios planes. Corren el peligro de cercenar la obra de Dios, de limitar su ocupación a ciertas localidades, y de no cultivar un interés especial en la obra de Dios en sus diversos departamentos. Algunos concentran su mente sobre un tema, con exclusión de otros que pueden ser de igual importancia. Son hombres de una sola idea. Toda la fuerza de su ser se concentra en el tema que ocupa su mente en el momento. Pierden de vista toda otra consideración. Este asunto favorito preocupa sus pensamientos y es el tema de su

conversación. Asimilan ávidamente todas las pruebas referentes a este asunto y tanto se espacian en ellas que cansan la mente que debe seguirlos.

Con frecuencia se pierde tiempo explicando puntos que son realmente baladíes y que debieran darse por sentados sin presentar pruebas, porque son obvios. Pero los puntos realmente vitales deben ser presentados tan clara y enérgicamente como lo permitan el lenguaje y las pruebas. El poder de concentrar la mente sobre un tema con exclusión de todos los demás, es bueno hasta cierto punto; pero el ejercicio constante de esta facultad cansa los órganos encargados de esa obra; les impone un recargo excesivo y como resultado no se alcanza a realizar la mayor cantidad de bien. Un conjunto de órganos tiene que sufrir el desgaste principal mientras que los otros permanecen dormidos. La mente no puede ejercitarse así en forma sana, y por consiguiente la vida se acorta.

Todas las facultades deben sobrellevar una parte de la labor, obrando armoniosamente, equilibrándose unas a otras. Los que dedican toda

la fuerza de su mente a un tema adolecen de grandes deficiencias en otros puntos, pues sus facultades no son cultivadas por igual. El tema que consideran encadena su atención, y los induce a seguir profundizando más y más el asunto. A medida que se interesan y absorben en el tema, ven más conocimientos y luz. Pero son pocas las mentes que pueden seguirlos, a menos que hayan dedicado al tema los mismos pensamientos profundos. Existe el peligro de que estos hombres aren y planten las semillas de la verdad a tal profundidad que las tiernas y preciosas hojas nunca lleguen a la superficie.

A menudo se realiza trabajo duro e innecesario, que nunca será apreciado. Si los que tienen la facultad de concentrarse tan intensamente la cultivan a expensas de las demás, no pueden tener una mente bien proporcionada. Son como máquinas en las cuales un solo juego de engranajes trabaja a la vez. Mientras que algunas ruedas se herrumbran en la inactividad, otras se están gastando por el uso constante. Los hombres que cultivan una o dos facultades, y no las ejercitan

todas por igual, no pueden realizar en el mundo la mitad del bien que Dios quiso que realizaran. Son hombres unilaterales; utilizan solamente la mitad del poder que Dios les ha dado, mientras que la otra mitad se herrumbra e inutiliza por la inactividad.

Si las personas dotadas de esta clase de mente tienen un trabajo especial que requiere reflexión, no deben ejercitar todas sus facultades en ese asunto con exclusión de todo otro interés. Aunque dediquen la mayor parte de su atención al tema que estudian, los otros ramos de la obra deben recibir el beneficio de una parte de su tiempo. Esto será mejor para ellos y para la causa en general. Un ramo de la obra no debe recibir la atención exclusiva en detrimento de todos los demás. En sus escritos, algunos deben precaverse constantemente de no oscurecer puntos que son claros, cubriéndolos con muchos argumentos que no serán de interés vital para el lector. Si se espacian tediosamente en ciertos puntos, dando todo detalle que se les ocurra, su trabajo estará casi perdido. El interés del lector no será bastante profundo para

estudiar el asunto hasta el final. Se pueden hacer confusos los puntos más esenciales de la verdad si se presta atención a todo detalle minucioso. Se abarca mucho terreno, pero la obra a la cual se dedica tanta labor no producirá todo el bien que podría hacer si despertara interés general.

En esta época, cuando fábulas agradables surgen a la superficie y atraen la mente, la verdad presentada en estilo fácil apoyada en algunas pocas pruebas indubitables, es mejor que la investigación destinada a hacer un despliegue abrumador de evidencias; porque entonces las diversas mentes no considerarán el argumento tan claro como antes de que las evidencias les fueran presentadas. Para muchos, los asertos positivos resultan mucho más convincentes que los largos argumentos. Los tales toman muchas cosas por sentadas y las pruebas no les ayudan a decidir el caso.

## Adventistas opositores

Nuestros oponentes más encarnizados se encuentran entre los adventistas del primer día. No

participan en la lucha honradamente. Seguirán cualquier curso de acción, por irrazonable e inconsistente que sea, para encubrir la verdad y tratar de que parezca que la ley de Dios no tiene vigencia. Se jactan de que el fin justifica los medios. Hombres de su grupo, en quienes no tenían confianza, iniciarán una diatriba contra el día de reposo del cuarto mandamiento, y le darán publicidad a sus declaraciones, por falsas, injustas y hasta ridículas que sean, si pueden hacerlas efectivas en contra de la verdad que odian.

Esta lucha injusta de hombres irrazonables no debiera afectarnos o desconcertarnos. Aquellos que aceptan lo que estos hombres hablan y escriben contra la verdad y se complacen con ello, no son los que se convencerían de la verdad o que honrarían la causa de Dios si la aceptasen. Podemos emplear mejor el tiempo y la energía que explayándonos en las argucias de nuestros oponentes que trafican con calumnias y tergiversaciones. Mientras se emplea un tiempo precioso en seguir las vueltas y giros de opositores deshonestos, la gente receptiva a la convicción [del

Espíritu Santo] está muriendo por falta de conocimiento. Se presenta ante las mentes una serie de argucias de la propia invención de Satanás, mientras la gente está clamando por alimento sustancioso a su debido tiempo.

Para fabricar objeciones se necesitan individuos que hayan educado sus mentes para luchar contra la verdad. Y no es sabio que las saquemos de sus manos y las pasemos a miles de personas que nunca habrían pensado en ellas si no las hubiéramos divulgado al mundo. Esto es lo que nuestros opositores quieren que hagamos, que les prestemos atención y que se las publiquemos. Esto es especialmente cierto en cuanto a algunos. Es su principal objetivo al escribir sus falsedades y al desfigurar la verdad y los caracteres de aquellos que la aman y la defienden. Al tratar sus errores y falsedades con un despreciativo silencio, se extinguirán más rápidamente y dejarán de ser notados. Ellos no quieren que se los deje solos. Aman la oposición. Si no fuera por esto, no tendrían sino poca influencia.

Los adventistas del primer día, como clase, son los más difíciles de alcanzar. Generalmente rechazan la verdad, como lo hicieron los judíos. Hasta tanto sea posible, debiéramos seguir adelante como si esa gente no existiera. Estas personas son elementos de confusión, y entre ellos existen inmoralidades en un grado alarmante. Sería la mayor calamidad que muchos de ellos abrazaran la verdad. Tendrían que desaprender todo y aprender de nuevo, o nos causarían grandes problemas. Hay ocasiones cuando sus tergiversaciones evidentes tendrán que enfrentarse. Cuando éste sea el caso, deberá hacerse rápida y brevemente, y luego continuar con nuestro trabajo. El plan de la enseñanza de Cristo debería ser el nuestro. Él era claro y sencillo, atacaba directamente la raíz del asunto, y enfrentaba la mente de todos.

No es el mejor plan ser muy explícito y decir sobre un punto todo lo que pueda decirse, cuando unos pocos argumentos cubrirían el tema y serían suficientes para todos los propósitos prácticos a fin de convencer o silenciar a los oponentes. Usted puede eliminar hoy todos los argumentos que les

sirven de apoyo, y cerrar la boca de los impugnadores de modo que no puedan decir nada, y mañana recorrerán nuevamente los mismos asuntos. Así será, vez tras vez, porque no aman la luz ni vendrán a la luz, a menos que sus tinieblas y errores les sean quitados. Un plan mejor es guardar una reserva de argumentos que verter un caudal de conocimiento sobre un tema que se daría por sentado sin argumentos detallados. El ministerio de Cristo duró sólo tres años, y una obra grande fue hecha en ese breve período. En estos últimos días hay una obra grande que hacer en un tiempo breve. Mientras muchos se están alistando para hacer algo, hay almas que perecerán por falta de luz y conocimiento.

Si los hombres que están ocupados en presentar y defender la verdad de la Biblia se ponen a investigar y mostrar la falacia y las inconsecuencias de hombres que deshonestamente convierten la verdad de Dios en una mentira, Satanás levantará suficientes opositores como para mantener sus plumas constantemente ocupadas, mientras que otras ramas de la obra quedarán

abandonadas y sufrirán.

Debemos tener una mayor porción del espíritu de aquellos hombres que estaban ocupados en la construcción de los muros de Jerusalén. Estamos haciendo una gran obra y no podemos descender. Si Satanás ve que puede mantener a hombres contestando las objeciones de los oponentes, silenciando sus voces e impidiéndoles que hagan la obra más importante para el tiempo actual, habrá logrado su objetivo.

Por demasiado tiempo el libro Sabbath History [Historia del sábado] no ha llegado a manos de la gente. Necesitan esta obra preciosa aunque todavía no se la haya perfeccionado. Nunca podrá prepararse de manera que pueda silenciar totalmente a los opositores irrazonables, que son inestables y que falsean las Escrituras para su propia destrucción. Éste es un mundo ocupado. Los hombres y mujeres que se ocupan en los negocios de la vida no tienen tiempo para meditar, ni para leer lo suficiente la Palabra de Dios como para comprender todas sus verdades importantes. Los

argumentos largos y detallados interesarán sólo a unos pocos; porque la gente tiene que leer mientras anda a la carrera. Usted no podrá eliminar de las mentes de los adventistas del primer día las objeciones al mandamiento sobre el sábado, más de lo que el Salvador del mundo, por su gran poder y milagros, pudo convencer a los judíos de que él era el Mesías, después que ellos habían decidido rechazarlo. Como los obstinados e incrédulos judíos, estos opositores han escogido las tinieblas antes que la luz, y si les hablara un ángel directamente desde las cortes del cielo, dirían que era Satanás.

El mundo ahora necesita trabajo. Están viniendo pedidos de todas direcciones como el clamor macedónico: “Pasa y ayúdanos”. Argumentos claros y precisos, que se destaquen como hitos, harán más para convencer las mentes, que una larga serie de argumentos muy abarcantes, pero que nadie sino las mentes investigadoras tendrán interés en seguir. El Sabbath History debiera darse a la gente. Mientras esté circulando una edición, y la gente se esté beneficiando con

ella, debieran hacerse mayores mejoras, hasta que se haya hecho todo lo posible para llevar el libro a un nivel de perfección. Nuestro éxito consistirá en alcanzar las mentes corrientes. Aquellos que tienen talento y posición se sienten tan por encima de la sencillez de la obra, y se consideran tan satisfechos con ellos mismos, que no sienten necesidad de la verdad. Están exactamente donde estaban los judíos, llenos de justicia propia y autosuficiencia. Están sanos y no tienen necesidad de un médico.

Capítulo 4

# Amistad Íntima con Mundanos

Hermano E, el 10 de diciembre de 1871 se me mostró que usted y sus hermanas estaban en una condición muy peligrosa, y que lo que la hace más grave es que usted no comprende su verdadera situación. Lo vi envuelto en tinieblas. Estas tinieblas no descendieron sobre usted repentinamente. Usted comenzó a entrar gradualmente en la bruma de las tinieblas en forma casi imperceptible, hasta que se han vuelto para usted como la luz; sin embargo la nube se está volviendo más densa cada día. De vez en cuando veía un destello de luz que lo separaba a usted de las tinieblas; luego la oscuridad se cerraba nuevamente en torno suyo, más firme y más densa que antes.

Sus escuelas de canto han sido siempre una trampa para usted. Ni usted ni sus hermanas tienen una profundidad de experiencia que los capacite para entrar en contacto con las influencias que

encuentran en sus escuelas de canto, sin ser afectados. Se requerirían mentes más fuertes, con mayor decisión de carácter que las que ustedes tres poseen, para relacionarse con la sociedad en donde están y no ser afectados. Escuche las palabras de Cristo: “Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa. Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos”. (Mateo 5:14-16) ¿Su ejemplo e influencia han tenido ese carácter positivo que ha impresionado a sus asociados y creado en ellos una convicción espiritual? No creo. Usted ha sido afectado negativamente. La oscuridad ha caído sobre usted y ha opacado su luz de modo que no ha brillado como para despejar las tinieblas que hay en torno a otros. Usted se ha estado separando más y más de Dios.

Usted, mi hermano, no tiene sino una pálida idea de lo que ha estado haciendo. Se ha estado

interponiendo directamente en el camino del progreso de sus hermanas en la vida divina. Ellas, más especialmente F, han sido enredadas con los ardides hechiceros y satánicos del espiritismo, y si F se ha de librar de este fango impío de Satanás, que ha pervertido su sentido de las cosas eternas, tendrá que hacer un esfuerzo poderoso. Se escapará por un tris. A usted lo han cegado, engañado y hechizado. Usted no se ve a sí mismo. Todos ustedes están muy débiles cuando podrían estar fuertes en la verdad preciosa y salvadora, fortalecidos, establecidos y afirmados en la Roca que es Cristo Jesús. Lamento profundamente. Tiemblo por usted. Veo tentaciones a cada lado, y a usted con tan poco poder para resistirlas.

Hermano E, se me mostró que usted está infatuado; usted está engañado en cuanto a sus motivos y el verdadero propósito de su corazón. Lo vi en compañía de la hija del hermano G. Ella nunca ha cedido su corazón a Cristo. Se me mostró que se sintió conmovida y convicta de pecado. Pero la conducta de usted no fue de tal naturaleza que profundizara su convicción, o le diera la impresión

de que estos asuntos tenían especial importancia. Usted profesa que considera sagrada la salvación del alma y la verdad presente. Ella no respeta el sábado en base a un principio. Ama la vanidad del mundo y disfruta del orgullo y las diversiones de la vida. Pero usted se ha estado apartando tan gradualmente de Dios y de la luz, que no ve la separación que la verdad produce necesariamente entre aquellos que aman a Dios y los que son más amadores del placer que de Dios. Vi que usted se sentía atraído a su compañía. Las reuniones religiosas y los deberes sagrados eran de menor importancia, mientras que la presencia de una mera criatura, que no tiene conocimiento de la verdad o de las cosas celestiales, lo fascinó. Usted no ha hecho caso de la abnegación y de la cruz, que están directamente en el camino de cada discípulo de Cristo.

Se me mostró que si usted hubiera estado caminando en la luz habría adoptado decididamente su posición en favor de la verdad. Su ejemplo habría mostrado que usted consideraba la verdad que profesa de tal importancia que sus

afectos y corazón sólo podían ir donde fuera discernible la imagen de Cristo. Cristo ahora le dice: ¿A quién tendrás, a mí o al mundo? Su decisión debe hacerse aquí. ¿Seguirá usted los impulsos de un corazón no santificado, apartándose de la abnegación y la causa de Cristo, pasando por encima de la cruz sin levantarla? ¿O levantará esa cruz, por pesada que sea, y hará algún sacrificio por causa de la verdad? Quiera Dios ayudarlo a ver dónde está, para que pueda apreciar verdaderamente las cosas eternas. Usted tiene ahora tan poco discernimiento espiritual que coloca lo santo y sagrado en un mismo nivel con lo común. Usted tiene responsabilidades. Su influencia afecta a sus hermanas en gran medida. Su única seguridad está en separarse del mundo. Se me mostró, mi hermano, que usted lleva a jóvenes consigo a escenas de entretenimiento en horas cuando existe un interés religioso, y también va a escuelas de canto con mundanos que están enteramente en tinieblas y donde todos a su alrededor tienen ángeles malignos. ¿Qué aspecto tiene su luz débil y mortecina en medio de estas tinieblas y tentaciones? Los ángeles de Dios no le

ayudan en estas ocasiones. Usted queda abandonado a sus propias fuerzas. Satanás se complace grandemente con su posición; porque puede hacerlo más eficiente en su servicio que si no profesara ser un cristiano que guarda todos los mandamientos de Dios. El Testigo [Fiel y] Verdadero se dirige a la iglesia laodicense: “Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo. Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas. Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepiéntete”. (Apocalipsis 3:15-19)

Usted está ciego e infatuado. Se ha sentido fuerte cuando era la encarnación de la debilidad. Usted puede ser fuerte en el Poderoso. Puede ser

un instrumento de justicia si está dispuesto a sufrir por causa de Cristo. Usted y sus hermanas pueden redimir el tiempo si lo desean, pero costará un esfuerzo. Su hermana menor está ligada a alguien que no es digno de sus afectos. Él tiene serios defectos de carácter. No tiene reverencia por las cosas sagradas y santas; su corazón no ha sido cambiado por el Espíritu de Dios. Es egoísta, jactancioso y ama el placer más que el deber. No tiene experiencia en la abnegación y la humillación.

Al formar una amistad, debiera ejercerse gran cautela, no sea que se cultive una familiaridad con alguien cuyo ejemplo no sería seguro imitar, porque el efecto de dicha familiaridad es apartar de Dios, de la devoción y del amor a la verdad. Es positivamente peligroso para usted tener una relación estrecha con amigos que no poseen una experiencia religiosa. Si cualquiera de ustedes, o los tres, siguen la orientación del Espíritu de Dios, o valoran la salvación de su alma, no escogerán como sus amigos especiales e íntimos a aquellos que no mantienen una consideración seria por las

cosas religiosas, y que no viven bajo su influencia práctica. Usted debiera darle el primer lugar a los asuntos eternos. Nada puede tener una influencia más sutil y positivamente peligrosa sobre la mente, y servir de modo más efectivo para desterrar las impresiones y convicciones del Espíritu de Dios, que asociarse con personas frívolas y descuidadas, y cuya conversación trata del mundo y de la vanidad. Cuanto más cautivantes puedan ser en otros respectos, tanto más peligrosa es su influencia como compañeros, porque ponen muchos atractivos agradables en torno a una vida irreligiosa.

Dios tiene derechos sobre ustedes tres que no pueden desechar a la ligera. Jesús los ha comprado con el precio de su propia sangre. “No sois vuestros, porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios”. (1 Corintios 6:19, 20) ¿No tienen un sacrificio que hacer para Dios? Delante de cada uno de ustedes hay grandes responsabilidades que cumplir en la vida de todos los días. Su registro está pasando

diariamente ante Dios. Grandes peligros yacen ocultos en su camino. Si yo pudiera, lo tomaría en mis brazos y lo llevaría a salvo por encima de ellos; pero no se me permite hacerlo. Usted está en el período más crítico de la historia de su vida. Si usted despierta las energías del alma y las encauza para asegurarse el logro de las cosas de interés eterno, y si subordina todo lo demás a este fin, usted tendrá éxito en perfeccionar un carácter cristiano. Todos ustedes pueden librar la lucha espiritual contra los pecados que los acosan, y, mediante Cristo, salir victoriosos. Pero no será un juego de niños. Será una lucha severa, que implicará abnegación y llevar la cruz. El peligro está en que usted no comprenda plenamente sus reincidencias y su condición insegura. A menos que usted vea la vida como es, que deseche las fantasías brillantes de la imaginación y capte las lecciones serias de la experiencia, despertará cuando sea demasiado tarde. Entonces comprenderá el terrible error que ha cometido.

Su educación no ha sido la que se necesita para formar caracteres sólidos y fuertes, por lo tanto

ahora tiene que obtener la educación que debiera haber recibido años atrás. Su madre fue demasiado indulgente con ustedes. Una madre no puede amar a sus hijos demasiado bien, pero puede amar equivocadamente y permitir que su afecto la ciegue en cuanto a los mejores intereses de ellos. Ustedes han tenido una madre indulgente y tierna. Ella ha protegido demasiado a sus hijos. Su vida casi fue aplastada por las cargas que sus hijos tendrían que haber llevado, y que ellos podrían haber sobrellevado mejor que ella.

La falta de firmeza y abnegación en sus caracteres es un serio impedimento para obtener una experiencia religiosa genuina que no será arena resbaladiza. Debieran cultivarse la firmeza y la integridad. Estas cualidades son positivamente necesarias para una vida cristiana exitosa. Si usted tiene integridad de alma no será desviado de lo correcto. Ningún motivo será suficiente para moverlo de la línea recta del deber; usted será leal y fiel a Dios. Las súplicas del afecto y del amor, las ansias de amistad, no lo afectarán para apartarlo de la verdad y el deber; no sacrificará el deber a la

inclinación.

Si usted, mi hermano, se siente atraído a unir los intereses de su vida a una niña joven y sin experiencia, con una educación realmente deficiente en los deberes corrientes y prácticos de la vida cotidiana, comete un error; pero esta deficiencia es pequeña comparada con su ignorancia respecto a sus deberes para con Dios. Ella no ha carecido de luz; ha tenido privilegios religiosos, y sin embargo no ha sentido su pecaminosidad miserable sin Cristo. Si en su infatuación, usted puede apartarse repetidamente de la reunión de oración, donde Dios se encuentra con su pueblo, a fin de disfrutar la compañía de alguien que no ama a Dios y que no ve atractivos en la vida religiosa, ¿cómo puede esperar que Dios prospere dicha unión? No se apresure. No debieran alentarse los matrimonios que se contraen a temprana edad. Si las jóvenes o los jóvenes no respetan las demandas de Dios, si no prestan atención a los requerimientos que los atan a la religión, hay peligro de que no considerarán debidamente las demandas del esposo o de la

esposa. El hábito de estar frecuentemente en la compañía de la persona de su elección, y de hacer eso sacrificando también los privilegios religiosos y sus horas de oración, es peligroso; usted experimenta una pérdida que no puede darse el lujo de sufrir. El hábito de quedarse en vela tarde por la noche es algo usual; pero no agrada a Dios, aunque ambos sean cristianos. Estas horas extemporáneas perjudican la salud, descalifican la mente para los deberes del día siguiente, y tienen una apariencia de mal. Mi hermano, espero que tenga suficiente respeto propio como para evitar esta forma de noviazgo. Si procura en forma exclusiva la gloria de Dios se conducirá con una cautela deliberada. No sufrirá un sentimentalismo enfermizo que ciegue su visión hasta el punto de que no pueda discernir las altas demandas que Dios le hace como cristiano.

Queridos jóvenes, me dirijo a ustedes tres. Que vuestro blanco sea glorificar a Dios y alcanzar su semejanza moral. Inviten al Espíritu de Dios a que moldeé sus caracteres. Ahora es su oportunidad áurea para lavar los mantos de su carácter y

emblanquecerlos en la sangre del Cordero. Considero que éste es el momento crucial en el destino de cada uno de ustedes. ¿A quién elegirán, dice Cristo, a mí o al mundo? Dios pide una entrega incondicional del corazón y los afectos a él. Si ustedes aman a amigos, hermanos o hermanas, padre o madre, casas o tierras, más que a mí, dice Cristo, no son dignos de mí. La religión pone el alma bajo la máxima obligación ante sus demandas, de caminar de acuerdo con sus principios. Así como el imán misterioso apunta al norte, de la misma manera las demandas de la religión apuntan a la gloria de Dios. Por sus votos bautismales ustedes están comprometidos a honrar a su Creador y a negar resueltamente el yo y crucificar sus afectos y concupiscencias, e incluso someter sus pensamientos en obediencia a la voluntad de Cristo.

Eviten entrar en tentación. Cuando los rodeen las tentaciones y no puedan controlar las circunstancias que los exponen a ellas, entonces pueden reclamar la promesa de Dios y exclamar con confianza y poder consciente: “Todo lo puedo

en Cristo que me fortalece”. (Filipenses 4:13) Para todos ustedes hay fuerza en Dios. Pero jamás sentirán su necesidad de esa fuerza que es lo único que puede salvarlos, a menos que adviertan su debilidad y pecaminosidad. Jesús, su precioso Salvador, los llama ahora a colocarse firmemente sobre la plataforma de la verdad eterna. Si sufren con él, él los coronará con gloria en su reino eterno. Si están dispuestos a sacrificarlo todo por él, entonces él será su Salvador. Pero si escogen su propio camino andarán en tinieblas hasta que sea demasiado tarde para asegurarse la recompensa eterna.

¿Qué han estado ustedes dispuestos a sufrir por causa de la verdad? Tienen un período muy corto en el cual cultivar los rasgos nobles de sus caracteres. En cierta medida, todos ustedes han estado insatisfechos y han sido desdichados. Han tenido muchas quejas. Se han expresado con incredulidad y han censurado a otros. Especialmente esto es cierto en cuanto a F y H. Sus corazones se han llenado de orgullo, y a veces hasta de amargura. Han descuidado su aposento

privado para orar, y no han amado los ejercicios de los deberes religiosos. Si hubieran perseverado en sus esfuerzos por crecer en Cristo, su Cabeza viviente, ahora serían fuertes y competentes para bendecir a otros con su influencia. Si hubieran cultivado una energía constante, uniforme, sin vacilaciones, ahora serían fuertes para resistir la tentación. Pero estas preciosas cualidades se pueden ganar únicamente a través de una entrega del alma a las demandas de la religión. Entonces los motivos serán elevados, y el intelecto y los afectos estarán equilibrados por principios nobles. Dios obrará con nosotros si sólo nos ocupamos en una conducta saludable. Debemos sentir la necesidad de unir nuestros esfuerzos humanos y proceder fervoroso con el poder divino. Podemos levantarnos en [el poder de] Dios, fuertes para vencer. Usted, hermano E, ha cometido un grave error por carecer de energía de propósito para actuar y resistir.

Qué gran error se comete en la educación de los niños y jóvenes por obrar con favoritismos, al consentirlos y mimarlos. Se vuelven egoístas e

inútiles, y carecen de energía en las cosas pequeñas de la vida. No son educados para adquirir fuerza de carácter en el cumplimiento de los deberes cotidianos, por humildes que sean. Ustedes descuidan de hacer voluntaria y alegremente el deber que tienen directamente por delante para llevar a cabo, y que alguien debe hacerlo. En todos nosotros hay un gran deseo de encontrar una obra más grande y más exaltada.

Nadie está calificado para realizar un trabajo grande e importante a menos que haya sido fiel en el cumplimiento de los deberes pequeños. Es en forma gradual como se forma el carácter y como se educa el alma para emplear fuerzas y energías proporcionales a la tarea que debe cumplirse. Si somos criaturas de circunstancias, seguramente fracasaremos en perfeccionar caracteres cristianos. Ustedes deben dominar las circunstancias y no permitir que las circunstancias los dominen. Pueden encontrar energía en la cruz de Cristo. Ahora pueden crecer gradualmente, y conquistar dificultades y vencer la fuerza del hábito. Necesitan ser estimulados por la fuerza

vivificadora de Jesús. Debieran ser atraídos a Cristo y vestirse con su divina belleza y excelencia. La hija del hermano G tiene que obtener una educación; no es más competente para los deberes y dificultades de la vida como esposa que una escolar de diez años.

La religión debería inspirarlos y guiarlos en todos sus esfuerzos, y tener un control absoluto sobre sus afectos. Si se rinden sin reservas en las manos de Cristo, haciendo que su poder sea la fuerza de ustedes, entonces su visión moral será clara para discernir un carácter de calidad para no ser engañados por las apariencias ni cometer grandes errores en su amistad. Su poder moral debe ser agudo y delicado, para que pueda soportar pruebas severas y no echarse a perder. Su integridad de alma debiera ser tan firme que la vanidad, la ostentación o la adulación no lo muevan.

Oh, es una gran cosa ser recto con Dios, tener el alma en armonía con su Hacedor, de modo que en medio del contagio del mal ejemplo, que por su

apariencia engañosa seduciría al alma apartándola del deber, puedan enviarse ángeles en su rescate! Pero recuerde, si usted invita a la tentación, no tendrá ayuda divina para impedir que sea vencido. Los tres personajes ilustres soportaron el horno de fuego, porque Jesús entró con ellos a la llama ardiente. Si hubieran entrado en el fuego por su propia cuenta, habrían sido consumidos. Así será con usted. Si usted no camina deliberadamente hacia la tentación, Dios lo sostendrá cuando la tentación llegue.

Capítulo 5

# La causa en Nueva York

Estando en Vermont, el 10 de diciembre de 1871, se me mostraron algunas cosas respecto a Nueva York. La causa en ese estado parecía hallarse en una condición deplorable. Había pocos obreros, y no eran tan eficientes como su profesión de fe en las verdades sagradas para este tiempo les demandaba que fueran. Algunos de ellos, que ministran en palabra y doctrina, no son obreros cabales. Aunque creen la teoría de la verdad, y han estado predicando por años, nunca serán obreros competentes hasta que trabajen en base a un plan diferente. Han pasado mucho tiempo en las iglesias, sin estar calificados para beneficiarlas. Ellos mismos no están consagrados a Dios. Antes de estar preparados para ayudar a otros, necesitan un espíritu de paciencia para sufrir por causa de Cristo: “para beber la copa”, y “para ser bautizados con el bautismo”. Se necesitan obreros abnegados, devotos, para hacer adelantar las cosas en Nueva York de acuerdo con la norma bíblica. Estos

hombres no han estado en la línea de su deber mientras viajaban entre las iglesias. Si Dios los ha llamado a su obra, es para salvar a los pecadores. Debieran probarse ellos mismos yendo a campos nuevos, para conocer personalmente si Dios les ha confiado la obra de salvar almas.

Si los hermanos Taylor, Saunders, Cottrell y Whitney, y el hermano y la hermana Lindsay hubieran trabajado en campos nuevos, estarían mucho más adelantados de lo que están ahora. El hecho de enfrentar la oposición de los adversarios los habría impulsado a acudir a sus Biblias en busca de argumentos para defender su posición, y esto habría aumentado su conocimiento de las Escrituras y los habría hecho conscientes de su capacidad en Dios para enfrentar la resistencia en cualquier forma. Aquellos que se conforman con repetir y repetir los mismos temas en las iglesias serán deficientes en la experiencia que debieran tener. Serán débiles y no fuertes para querer y hacer y sufrir por causa de la verdad. Serán obreros ineficientes.

Aquellos que tienen la causa de Dios en el corazón y sienten amor por las almas preciosas por las cuales Cristo murió, no buscarán su propia comodidad o placer. Harán como Cristo hizo. Saldrán a “buscar y a salvar lo que se había perdido”. (Lucas 19:10) Él dijo: “No he venido a llamar a justos, sino a pecadores, al arrepentimiento”. (Mateo 9:13)

Si los ministros en Nueva York desean ayudar a la iglesia, no hay mejor manera de hacerlo que yendo a campos nuevos y trabajando para traer almas a la verdad. Cuando la iglesia vea que los ministros están inflamados con el espíritu de trabajo, que sienten profundamente la fuerza de la verdad, y que están tratando de traer a otros al conocimiento de la misma, esto les infundirá nueva vida y vigor a los miembros. Sus corazones se sentirán conmovidos para hacer lo que pueden a fin de ayudar en la obra. No hay un grupo de personas en el mundo que estén más dispuestas a sacrificar sus medios para promover la causa que los adventistas del séptimo día. Si los ministros no los desaniman completamente con su indolencia e

ineficiencia, y con su falta de espiritualidad, generalmente responderán a cualquier apelación que pueda hacerse que parezca meritoria a su juicio y a sus conciencias. Pero desean ver fruto. Y es correcto que los hermanos de Nueva York demanden fruto de sus ministros. ¿Qué han hecho? ¿Qué están haciendo?

Los ministros en Nueva York debieran estar mucho más adelantados de lo que están. Pero no se han ocupado en esa clase de trabajo que requiere esfuerzo ferviente y fuerte oposición. Si lo hubieran hecho, se habrían sentido impulsados a acudir a sus Biblias y a la oración a fin de poder responder a sus oponentes; y al ejercitar sus talentos éstos se habrían duplicado. Hay ministros en Nueva York que han estado predicando por años, pero de quienes no puede dependerse para dar una serie de conferencias. Se han empequeñecido. No han ejercitado sus mentes estudiando la Palabra y enfrentando oposición, como para que pudieran llegar a ser fuertes en Dios. Si como fieles soldados de la cruz de Cristo, hubieran ido “fuera del campamento”, dependiendo

de Dios y de sus propias energías, antes que apoyándose tan marcadamente en sus hermanos, habrían obteni do experiencia, y ahora estarían capacitados para ocuparse en la obra doquiera su ayuda fuera más necesaria. Si en términos generales los ministros en Nueva York hubieran permitido que las iglesias trabajaran por su propia cuenta, y no se hubieran interpuesto, tanto las iglesias como los ministros habrían progresado en espiritualidad y en el conocimiento de la verdad.

Muchos de nuestros hermanos y hermanas en Nueva York han sido negligentes en cuanto a la reforma pro salud. No hay sino un número pequeño de genuinos reformadores de la salud en el estado. Los hermanos en Nueva York han recibido luz y discernimiento espiritual. Pero la verdad que ha llegado al entendimiento, la luz que ha brillado sobre el alma, que no ha sido apreciada ni estimada, testificará contra ellos en el día de Dios. Se ha dado la verdad para salvar a aquellos que crean y obedezcan. Serán condenados, no porque no tuvieran la luz, sino porque la tuvieron y no caminaron en ella.

Dios ha provisto al hombre de abundantes medios para satisfacer el apetito natural. Ha esparcido ante él, en los productos de la tierra, una abundante variedad de alimentos agradables al paladar y nutritivos para el sistema. Nuestro bondadoso Padre celestial ha dicho que de tales alimentos podemos “comer abundantemente”. Podemos disfrutar de las frutas, los vegetales, los granos, sin hacer violencia a las leyes de nuestro ser. Estos artículos, preparados en la manera más sencilla y natural, nutrirán el cuerpo y preservarán su vigor natural sin el uso de la carne.

Dios creó al hombre un poco menor que los ángeles y le otorgó atributos que si se usan debidamente, lo harán una bendición para el mundo y harán que glorifique al Dador. Pero aunque hecho a la imagen de Dios, el hombre, por su intemperancia, ha violado los principios y la ley de Dios en su naturaleza física. La intemperancia de cualquier tipo entorpece los órganos perceptivos y debilita tanto el poder del cerebro y los nervios que no se aprecian las cosas eternas, sino que se las

coloca sobre el mismo nivel que las comunes. Las facultades superiores de la mente ideadas para propósitos elevados, son puestas en cautiverio de las pasiones más bajas. Si nuestros hábitos físicos no son correctos, nuestras facultades mentales y morales no pueden ser fuertes; porque existe una gran compatibilidad entre lo físico y lo moral. El apóstol Pedro comprendió esto y levantó su voz de advertencia a sus hermanos: “Amados, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma”. (1 Pedro 2:11)

No hay sino poco poder moral en el profeso mundo cristiano. Se ha cedido a hábitos incorrectos y se han descuidado leyes físicas y morales, hasta que la norma general de virtud y piedad se ha vuelto excesivamente baja. Los hábitos que rebajan la norma de salud física debilitan la fuerza mental y moral. La complacencia de apetitos y pasiones antinaturales tiene una influencia dominante sobre los nervios del cerebro. Los órganos animales son fortalecidos, mientras que el aspecto moral se debilita. Es imposible que un hombre intemperante

sea cristiano, porque las facultades superiores son puestas en esclavitud de las pasiones.

Aquellos que han tenido luz sobre el tema de comer y vestir con sencillez en obediencia a las leyes físicas y morales, y que se apartan de la luz que señala su deber, rehuirán el deber en otras cosas. Si embotan sus conciencias para evitar la cruz que tendrán que llevar para estar en armonía con la ley natural, violarán los Diez Mandamientos a fin de rehuir la censura. Algunos, decididamente, no quieren soportar la cruz y menospreciar la vergüenza. Hay quienes se reirán de sus principios. La conformidad con el mundo está ganando terreno entre el pueblo de Dios, que profesan ser peregrinos y extranjeros, que esperan y velan por la aparición del Señor. Entre los profesos observadores del sábado en Nueva York hay muchos que están más firmemente aferrados a las modas y concupiscencias mundanales que a cuerpos sanos, mentes íntegras o corazones santificados.

Dios está probando a distintos individuos en

Nueva York. Ha permitido que algunos tengan un grado de prosperidad, para mostrar lo que está en sus corazones. El orgullo y el amor al mundo los han separado de Dios. Los principios de la verdad son virtualmente sacrificados, mientras que profesan amar la verdad. Los cristianos debieran despertar y actuar. Su influencia es reveladora, y moldea las opiniones y hábitos de otros. Tendrán que llevar la pesada responsabilidad de decidir por su influencia el destino de otras almas.

El Señor, mediante verdades precisas y directas para estos últimos días, está separando a un pueblo del mundo y purificándolo para sí. Las modas orgullosas y malsanas, el amor a la ostentación y a ser aprobados, todo debe ser dejado con el mundo si es que hemos de ser renovados en conocimiento a la imagen de Aquel que nos creó. “Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador

Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras". (Tito 2:11-14)

La iglesia en _____ necesita el zarandeo. Es necesaria una conversión completa antes que puedan estar en condiciones de trabajar. El egoísmo, el orgullo, la envidia, la malicia, conjeturas malignas, calumnias, murmuraciones y chismografía han sido albergados entre ellos, hasta el punto de que el Espíritu de Dios tiene poco que ver con ellos. Mientras que algunos que profesan conocer a Dios permanezcan en su estado actual, sus oraciones son una abominación a la vista de Dios. No respaldan su fe con sus obras, y habría sido mejor para algunos que nunca hubieran profesado la verdad, antes que haber deshonrado su profesión como lo están haciendo. Aunque profesan ser siervos de Cristo, son siervos del enemigo de la justicia; y sus obras testifican de ellos que no están relacionados con Dios y que sus corazones no están en obediencia a la voluntad de Cristo. Hacen de la religión un juego de niños;

actúan como niños quisquillosos.

Los hijos de Dios, en todo el mundo, son una gran fraternidad. Nuestro Salvador ha definido claramente el espíritu y los principios que debieran gobernar las acciones de aquellos que, por sus vidas consecuentes y santas, se distinguen del mundo. El amor mutuo y el amor supremo a su Padre celestial, debieran ejemplificarse en su conversación y obras. La condición actual de muchos de los hijos de Dios es como la de una familia de hijos ingratos y pendencieros.

Hay peligro de que incluso ministros en Nueva York sean de esa clase que está siempre aprendiendo y nunca pueden llegar al conocimiento de la verdad. No practican lo que aprenden. Son oidores, pero no hacedores. Estos ministros necesitan una experiencia en la verdad que los capacitará para comprender el carácter elevado de la obra. Estamos viviendo en un tiempo sumamente solemne e importante, de la historia de esta tierra. Estamos en medio de los peligros de los últimos días. Ante nosotros hay eventos graves y temibles.

Cuán necesario es que todos los que temen a Dios y aman su ley se humillen ante él, y se aflijan y lamenten, y confiesen los pecados que han separado a Dios de su pueblo. Lo que debiera despertar la mayor alarma es que no sentimos ni comprendemos nuestra condición, nuestro estado pecaminoso, y que estamos satisfechos de permanecer como somos. Debiéramos acudir a la Palabra de Dios y a la oración, buscando al Señor en forma individual y ferviente, para que podamos encontrarlo. Debiéramos hacer de esto nuestra primera ocupación.

Los miembros de la iglesia son responsables por los talentos que se les han confiado, y es imposible para los cristianos enfrentar sus responsabilidades a menos que ocupen esa elevada posición que está en armonía con las verdades sagradas que ellos profesan. La luz que brilla en nuestro sendero nos hace responsables de permitir que también brille para otros de tal manera que glorifiquen a Dios.

## Parientes en la iglesia

El progreso de la iglesia en _____ en cosas espirituales no está en proporción con la luz que ha brillado sobre su camino. Dios ha confiado talentos a cada uno para que sean mejorados prestándolos a los banqueros, para que cuando venga el Maestro pueda recibir lo suyo con ganancia. La iglesia en _____ está compuesta mayormente de material valioso, pero sus miembros no alcanzan la alta norma que es su privilegio lograr.

El capital humano de la iglesia se encuentra mayormente en las ramas de tres familias que están vinculadas por el matrimonio. Hay más talento en la iglesia, y más material para formar buenos obreros, que el que pueden emplear ventajosamente en esa localidad. La iglesia entera no está creciendo en espiritualidad. No están ubicados favorablemente para desarrollar fortaleza ejercitando los talentos que Dios les ha dado. No hay lugar para que todos trabajen. Uno se coloca en el camino del otro. Hay una falta de vigor espiritual. Si esta iglesia fuera menos una iglesia de

familia, cada uno sentiría su responsabilidad individual.

Si el talento y la influencia de varios de sus miembros se emplearan en otras iglesias, donde serían escogidos para que ayuden donde es realmente necesario, obtendrían una experiencia del más alto valor en las cosas espirituales, y al llevar de esta manera responsabilidades y cargas en la obra de Dios serían una bendición para otros. Al estar ocupados en ayudar a otros, seguirían el ejemplo de Cristo. Él no vino para ser servido, sino para servir a otros. No se agradó a sí mismo. No se asió de ninguna reputación, sino que tomó sobre sí la forma de un siervo, y pasó su vida haciendo bien. Podría haber pasado sus días en la tierra con comodidad y en abundancia, y haberse apropiado de los placeres de esta vida. Pero él no vivió para gozar; vivió para hacer el bien y para salvar a otros del sufrimiento, y nosotros hemos de seguir su ejemplo.

Si estuvieran consagrados a Dios, los hermanos I y J podrían llevar mayores responsabilidades que

las que llevan. Ellos han pensado que deberían responder prontamente a cualquier pedido que se hiciera solicitando recursos materiales, y que ésta era la carga principal que tenían que llevar en la causa de Dios. Pero Dios requiere de ellos más que esto. Si hubieran educado sus mentes para hacer un estudio más crítico de la Palabra de Dios, con el fin de llegar a ser obreros en su causa, y si hubiesen trabajado para la salvación de los pecadores tan fervientemente como lo han hecho para obtener las cosas de esta vida, habrían desarrollado fuerza y sabiduría para ocuparse en la obra de Dios donde los obreros se necesitan grandemente.

Estos hermanos, al permanecer en una comunidad familiar, están perdiendo su vigor mental y espiritual. No es el mejor plan para los hijos, que una, dos o tres familias vinculadas por matrimonios se establezcan a pocos kilómetros la una de la otra. La influencia no es buena sobre las familias. Los negocios de una son los negocios de todas. Las perplejidades y problemas que cada familia debe experimentar en mayor o menor grado y que, en la medida de lo posible, deberían

conservarse dentro de los límites del círculo familiar, se extienden a las conexiones familiares y ejercen una influencia sobre las reuniones religiosas. Hay asuntos que una tercera persona no debiera conocer, por amigable y estrecha que pueda ser la relación. Debieran guardarlos los individuos y la familia [inmediata]. Pero la relación estrecha entre varias familias que están en un trato constante, tiende a dañar la dignidad que debiera mantenerse en cada familia. Al cumplir con el delicado deber de reprender y amonestar, existirá el peligro de lastimar los sentimientos, a menos que sea hecho con la máxima ternura y cuidado. Los mejores modelos de carácter están sujetos a errores y faltas, y debiera ejercerse sumo cuidado para no convertir cosas pequeñas en algo demasiado grande.

La relación familiar y de la iglesia como existe en _____ es muy agradable para los sentimientos naturales, pero no es la mejor, si se toman en cuenta todas las cosas, para el desarrollo de caracteres cristianos simétricos. La relación estrecha y los vínculos familiares de unos con

otros, aunque estén unidos en el ámbito de la iglesia, debilitan su influencia. No se preservan esa dignidad, esa alta estima, confianza y amor que hacen que una iglesia sea próspera. Todas las familias serían mucho más felices si estuvieran separadas y se visitaran ocasionalmente, su influencia mutua sería diez veces mayor.

Al estar unidas estas familias por el matrimonio y al mezclarse como lo hacen en su relación mutua, cada una se vuelve consciente de las faltas y errores de las otras, y se siente en la obligación de corregirlos; y debido a que estos familiares realmente se quieren, se resienten por cosas pequeñas que no notarían si no estuvieran tan estrechamente vinculados. Experimentan agudos sufrimientos mentales, porque surgen sentimientos negativos en algunos que no han sido tratados imparcialmente y con toda la consideración que merecían. A veces surgen celos mezquinos y granos de arena se convierten en montañas. Estos pequeños malentendidos y desavenencias triviales causan más severo sufrimiento mental que las pruebas que provienen de otras fuentes.

Estas cosas hacen que hombres y mujeres verdaderamente concienzudos y de intenciones nobles se vuelvan débiles para sobrellevar pruebas, y no estén desarrollando el carácter que podrían cultivar si estuvieran ubicados en un lugar diferente. Se vuelven enanos en su crecimiento mental y espiritual, lo que amenaza con destruir su utilidad. Sus trabajos e intereses se limitan mayormente a ellos mismos. Su influencia se estrecha cuando debiera ampliarse y llegar a ser más general, para que al ser colocados en una variedad de circunstancias, puedan poner en ejercicio las facultades que Dios les ha dado, de tal manera que contribuyan más a su gloria. Todas las facultades de la mente son capaces de mejorar grandemente. Las energías del alma deben despertarse y ponerse en acción para la gloria de Dios.

## Obreros para Dios

Dios necesita misioneros. Hay hombres con aptitudes en la iglesia de _____ que crecerán en

capacidad y poder cuando ejerciten sus talentos en la obra y causa de Dios. Si estos hermanos se educaran ellos mismos para hacer de la causa de Dios su primer interés, y sacrificaran sus placeres e inclinaciones por causa de la verdad, la bendición de Dios descansaría sobre ellos. Estos hermanos, que aman la verdad y que por años se han gozado por la luz creciente proyectada sobre las Escrituras, debieran permitir que su luz resplandezca sobre aquellos que están en la oscuridad. Dios será para ellos sabiduría y poder, y se glorificará al trabajar con los que lo siguen enteramente y mediante ellos "Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará". (Juan 12:26) El que tiene buena voluntad y es fiel recibirá la sabiduría y el poder de Dios.

Los hermanos en _____ han estado dispuestos a dar de sus medios para diversas empresas, pero se han negado a darse ellos mismos. No han dicho: Heme aquí, Señor; envíame a mí. No es la fuerza de los instrumentos humanos, sino el poder y la sabiduría de Aquel que los emplea y trabaja con ellos, lo que da éxito a los hombres al llevar a cabo la obra que es preciso hacer. Al ofrecer nuestros

bienes al Poseedor del cielo y de la tierra mientras rehusamos entregarnos a nosotros mismos, no podemos encontrar su aprobación ni asegurar su bendición. Los hermanos y hermanas en _____ deben establecer en sus corazones el principio de colocarlo todo, incluso ellos mismos, sobre el altar de Dios.

En Battle Creek se necesitan hombres que puedan tomar cargas y llevar responsabilidades, y que estén dispuestos a hacerlas. Vez tras vez se ha extendido el ruego, pero apenas si ha habido alguna respuesta. Algunos habrían contestado al pedido si sus intereses mundanales hubieran sido promovidos al hacerlo. Pero como no había perspectivas de aumentar sus recursos viniendo a Battle Creek, no podían ver que era su deber hacerlo. “El obedecer es mejor que los sacrificios”. (1 Samuel 15:22) Y sin obediencia y amor desinteresado, las ofrendas más ricas son demasiado mezquinas para ser presentadas al Poseedor de todas las cosas.

Dios llama a los hermanos y hermanas de

_____ para que se levanten y vengan en ayuda del Señor contra los poderosos. La razón por la que hay tan poca fuerza entre los que profesan la verdad es que no ejercitan la capacidad que Dios les ha dado. Muchos han envuelto su talento en un pañuelo y lo han ocultado en la tierra. Los talentos se aumentan al usarlos. Dios examinará y pondrá a prueba a su pueblo.

El hermano y la hermana I han llevado cargas fielmente en la causa de Dios, y ahora sus hijos no debieran retraerse y dejar que las cargas sigan descansando tan pesadamente sobre ellos. Es hora de que las facultades mentales más frescas de los hijos se ejerciten y que trabajen en forma más especial en la viña del Maestro.

Algunos de los hermanos y hermanas en Nueva York han sentido la inquietud de que se anime al hermano y la hermana K, especialmente a la hermana K, a trabajar en las iglesias. Pero éste no es el lugar propicio para que ellos demuestren su capacidad. Si Dios ciertamente ha colocado sobre ellos la carga del trabajo, no es [para que trabajen]

para las iglesias; porque generalmente éstas están más adelantadas que ellos. Hay un mundo ante el hermano y la hermana K, un mundo que yace en la maldad. Su campo de labor es amplio. Tienen abundancia de espacio para ensayar sus dones y probar su vocación sin entrar en las labores de otras personas ni edificar sobre un fundamento que no han colocado. El hermano y la hermana K han sido muy lentos en obtener una experiencia en materia de abnegación. Las iglesias los aventajan en cuanto a la negación del apetito. Por lo tanto no pueden ser de beneficio para las iglesias en este respecto; más bien son un obstáculo.

El hermano K no ha sido una bendición para la iglesia en _____, sino una gran carga. Él ha sido un obstáculo directo para su progreso. No ha estado en condición de ayudar cuando y donde más necesitaban ayuda. No ha representado correctamente nuestra fe; su conversación y su vida no han mostrado santidad. Se ha quedado muy atrasado, y no ha estado listo ni dispuesto para discernir las sugerencias de la providencia divina. Fue un obstáculo para los pecadores; no ha estado

en una posición tal que su influencia recomiende nuestra fe a los incrédulos.

Su ejemplo ha sido un obstáculo para la iglesia y para sus vecinos no creyentes. Si el Hermano K hubiera estado totalmente consagrado a Dios, sus obras habrían sido fructíferas y habrían producido mucho bien. Pero lo que distingue en forma más especial al pueblo de Dios de los cuerpos religiosos populares no es sólo su profesión, sino sus caracteres ejemplares y el principio del amor desinteresado. La influencia poderosa y purificadora del Espíritu de Dios sobre el corazón, llevada a cabo mediante palabras y obras, los separa del mundo y los señala como el pueblo peculiar de Dios. El carácter y la disposición de los seguidores de Cristo serán como los de su Maestro. Él es el modelo, el ejemplo santo y perfecto dado a los cristianos para que lo imiten. Sus verdaderos seguidores amarán a sus hermanos y estarán en armonía con ellos. Amarán a sus vecinos como Cristo les ha dado el ejemplo y harán cualquier sacrificio si por ello pueden persuadir a las almas a que dejen sus pecados y se conviertan a la verdad.

La verdad, profundamente enraizada en los corazones de los creyentes, brotará y llevará fruto en justicia. Sus palabras y acciones son los canales mediante los cuales los principios puros de la verdad y la santidad son transmitidos al mundo. Hay bendiciones y privilegios especiales para aquellos que aman la verdad y caminan de acuerdo con la luz que han recibido. Si descuidan hacerlo, su luz se les volverá tinieblas. Cuando el pueblo de Dios se vuelve autosuficiente, el Señor los deja librados a su propia sabiduría. Se promete misericordia y verdad a los humildes de corazón, a los obedientes y fieles.

El hermano K se ha interpuesto en el camino de sus hijos. Si hubiera estado consagrado a Dios, teniendo puesto su corazón en la obra, y viviendo la verdad que profesaba, habría sentido la importancia de mandar a su casa después de sí, como hizo el fiel Abraham.

La falta de armonía y amor entre los dos hermanos K es un descrédito para la causa de Dios.

Ambos están equivocados. Ambos tienen una obra que hacer para someter el yo y cultivar las virtudes cristianas. Dios es deshonrado por las disensiones, y no exagero cuando digo, por el odio que existe entre estos dos hermanos naturales. El hermano A K es grandemente culpable. Ha acariciado sentimientos que no han estado de acuerdo con la voluntad de Dios. Él conoce las peculiaridades de su hermano B K, que tiene un temObreros peramento irritable y desdichado. Frecuentemente no puede ver lo bueno cuando se encuentra directamente en su camino. Ve sólo lo malo y se desanima muy fácilmente. Satanás hace ante él una montaña de un grano de arena. Teniendo en cuenta todas las cosas, en muchos aspectos el hermano B K ha seguido un curso de acción menos censurable que su hermano, porque ha sido menos dañino para la causa de la verdad presente.

Estos hermanos consanguíneos deben reconciliarse plenamente antes que puedan suprimir de la causa de Dios la deshonra que su desunión ha causado. “En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que

no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios". (1 Juan 3:10) "El que dice que está en la luz, y aborrece a su hermano, está todavía en tinieblas". (1 Juan 2:9) Aquellos que trabajan para Dios debieran ser vasos limpios, santificados para el uso del Maestro. "Limpiaos los que lleváis los vasos del Señor". (Isaías 52:11, NRV) "Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto? Y nosotros tenemos este mandamiento de él: El que ama a Dios, ame también a su hermano". (1 Juan 4:20, 21)

Los embajadores de Cristo tienen ante ellos una obra de responsabilidad sagrada. Son sabor de vida para vida, o de muerte para muerte. Su influencia decide el destino de almas por quienes Cristo murió. El hermano y la hermana K carecen de experiencia. No han vivido en santidad. No han tenido un conocimiento profundo y cabal de la voluntad divina. No han estado avanzando firmemente y ascendiendo en la vida divina, como para que su experiencia pudiera ser de valor para la

iglesia. Su curso de acción ha sido una carga no pequeña para la iglesia.

La vida pasada de la hermana K no ha sido de tal naturaleza que su experiencia pudiera ser una bendición para otros. Ella no ha vivido de acuerdo con sus convicciones del deber. Ha violado demasiadas veces su conciencia. Ha buscado los placeres y ha entregado su vida a la vanidad, la frivolidad y las modas, a pesar de la luz de la verdad que ha brillado sobre su sendero. Conocía el camino, pero descuidó de caminar en él. El Señor le dio a la hermana K un Testimonio de advertencia y reprensión. Ella creyó en el Testimonio y se separó del grupo donde eran amantes de los placeres más que de Dios. Luego, cuando examinó su vida pasada, tan llena de descuidos y errores, se entregó a la incredulidad y a una melancolía insensible. La desesperación extendió sus oscuras alas sobre ella. Su casamiento con el hermano K cambió algo el orden de las cosas, pero desde entonces ha estado a veces muy deprimida y desalentada.

La hermana K tiene un buen conocimiento de las profecías y puede escudriñarlas y hablar sobre ellas con gran facilidad. Algunos de los hermanos y hermanas han estado ansiosos de instar a los esposos K a salir como obreros activos. Pero hay peligro de que trabajen desde una perspectiva equivocada. Las ventajas educacionales de la hermana K han sido superiores a las de muchos que la rodean. Al actuar públicamente, ella ha dependido de su propia fuerza más que del Espíritu de Dios. Ella ha albergado un espíritu de independencia orgullosa y ha pensado que estaba calificada para enseñar antes que para ser enseñada. Con su falta de experiencia en las cosas espirituales, no está preparada para trabajar entre las iglesias. No posee el discernimiento ni la fuerza espiritual necesarios para edificarlas. Si ella y su esposo se ocuparan en algún aspecto de esta obra, por sencillo que fuera, tendrían que comenzar ejerciendo una buena influencia en la iglesia. Deberían realizar sus labores donde más se necesitan.

Hay un trabajo que hacer en campos nuevos.

Los pecadores que nunca han oído el mensaje de advertencia necesitan ser amonestados. Aquí el hermano y la hermana K tienen amplio lugar para trabajar y demostrar su vocación. Nadie debería ponerles trabas en sus esfuerzos en campos nuevos. Hay pecadores que salvar en todas direcciones. Pero algunos ministros se inclinan por ir vez tras vez al mismo territorio entre las iglesias, cuando sus labores no pueden ayudarlas y su tiempo se malgasta.

Deseamos que todos los siervos del Señor sean obreros. La obra de amonestar a las almas no debiera limitarse sólo a los ministros, pero hermanos que tienen la verdad en su corazón y que han ejercido una buena influencia en el hogar, debieran sentir que descansa sobre ellos la responsabilidad de dedicar una parte de su tiempo a salir entre sus vecinos y por los pueblos aledaños para ser misioneros de Dios. Debieran llevar nuestras publicaciones y conversar con la gente y, en el espíritu de Cristo, orar por aquellos a quienes visiten. Esta obra despertará el espíritu de investigación y reforma.

Por años el Señor ha estado llamando la atención de su pueblo a la reforma pro salud. Ésta es una de las grandes ramas de la obra de preparación para la venida del Hijo del hombre. Juan el Bautista salió en el espíritu y el poder de Elías a fin de preparar el camino del Señor y convertir a la gente a la sabiduría de los justos. Fue un representante de aquellos que viven en los últimos días a quienes Dios ha confiado verdades sagradas para presentar ante el pueblo a fin de preparar el camino para la segunda venida de Cristo. Juan fue un reformador. El ángel Gabriel, directamente desde el cielo, les dio al padre y a la madre de Juan una plática sobre la reforma pro salud. Dijo que no debía beber vino o bebidas fuertes, y que debería ser lleno del Espíritu Santo desde su nacimiento.

Juan se separó de amigos y de los lujos de la vida. La sencillez de su vestimenta, un manto tejido con pelo de camello, era un reproche constante a la extravagancia y la ostentación de los sacerdotes judíos y del pueblo en general. Su dieta,

puramente vegetal, de langostas y miel silvestre, reprendía la indulgencia al apetito y la glotonería que prevalecían por todas partes. El profeta Malaquías declara: “He aquí, yo os envío el profeta Elías, antes que venga el día de Jehová, grande y terrible. Él hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres”. (Malaquías 4:5, 6) Aquí el profeta describe el carácter de la tarea. Aquellos que tienen que preparar el camino para la segunda venida de Cristo están representados por el fiel Elías, así como Juan vino en el espíritu de Elías para preparar el camino para el primer advenimiento de Cristo. Debe debatirse el gran tema de la reforma y la mente del público tiene que ser despertada. La temperancia en todas las cosas ha de relacionarse con el mensaje, para apartar al pueblo de Dios de su idolatría, su glotonería, y su extravagancia en la vestimenta y en otras cosas.

Debe presentarse a la gente la abnegación, la humildad y la temperancia requeridas de los justos, a quienes Dios conduce y bendice en forma especial, en contraste con los hábitos extravagantes

y destructores de la salud de aquellos que viven en esta era degenerada. Dios ha mostrado que la reforma pro salud está tan estrechamente relacionada con el mensaje del tercer ángel como la mano lo está con el cuerpo. En ninguna parte se encontrará una causa tan grande de degeneración física y moral como en el descuido de este importante tema. Las personas que complacen el apetito y la pasión, y cierran sus ojos a la luz por temor de ver complacencias pecaminosas que no están dispuestos a abandonar, son culpables ante Dios. Quienquiera que se aparta de la luz en una ocasión, endurece su corazón para hacer caso omiso de la luz en otros asuntos. Quienquiera que viola las obligaciones morales en la cuestión de la comida y la vestimenta, prepara el camino para violar las demandas de Dios respecto a intereses eternos. Nuestros cuerpos no son nuestros. Dios demanda que cuidemos la habitación que nos ha dado, para que podamos presentarle nuestros cuerpos en un sacrificio vivo, santo y aceptable. Nuestros cuerpos pertenecen a Aquel que los hizo, y tenemos la obligación de estar informados en cuanto a los mejores medios para preservarlos de

su deterioro. Si debilitamos el cuerpo mediante la indulgencia propia, la complacencia del apetito y por vestirnos de acuerdo con modas que destruyen la salud, a fin de estar en armonía con el mundo, llegamos a ser enemigos de Dios.

El hermano y la hermana K no han apreciado la luz sobre la reforma pro salud. No le han visto un lugar en conexión con el mensaje del tercer ángel. La Providencia ha estado guiando al pueblo de Dios para que se aparte de los hábitos extravagantes del mundo, lejos de la indulgencia del apetito y la pasión, para abrazar los principios de la abnegación y la temperancia en todas las cosas. El pueblo a quien Dios está dirigiendo será un pueblo peculiar. No serán como el mundo. Pero si siguen las instrucciones de Dios cumplirán sus propósitos, y cederán su voluntad a la voluntad divina. Cristo morará en el corazón. El templo de Dios será santo. Su cuerpo, dice el apóstol, es el templo del Espíritu Santo. Dios no requiere de sus hijos que se nieguen ellos mismos hasta el punto de perjudicar el vigor físico. Les pide que obedezcan la ley natural, para preservar la salud física. El

camino de la naturaleza es la senda que Dios marca, y es suficientemente amplio para todo cristiano. Dios, con una mano generosa, nos ha provisto de dádivas ricas y variadas para nuestro sustento y nuestro gozo. Pero a fin de que disfrutemos del apetito natural, que preservará la salud y prolongará la vida, él lo restringe. Él dice: Cuidado; reprime, niega el apetito antinatural. Si creamos un apetito pervertido, violamos las leyes de nuestro ser y asumimos la responsabilidad de abusar de nuestros cuerpos y de acarrearnos enfermedades.

El espíritu y poder de Elías han estado conmoviendo corazones para reformarlos y dirigirlos hacia la sabiduría de los justos. El hermano y la hermana K no se han convertido a la reforma pro salud, a pesar del cúmulo de evidencias que Dios ha dado sobre el tema. La abnegación es esencial para una religión genuina. Los que no han aprendido a negarse ellos mismos están desprovistos de una piedad vital y práctica. No podemos esperar otra cosa sino que los reclamos de la religión entrarán en contacto con los

afectos naturales y los intereses mundanales. Hay lugar para todos en la viña del Señor. Nadie debiera estar ocioso. Los ángeles de Dios están todos activos, ascendiendo al cielo y descendiendo nuevamente a la tierra con mensajes de misericordia y advertencia. Estos mensajeros celestiales están laborando en mentes y corazones. Por todas partes hay hombres y mujeres cuyos corazones son susceptibles de ser inspirados con la verdad. Si aquellos que tienen un conocimiento de la verdad trabajaran ahora al unísono con el Espíritu de Dios, veríamos que se cumple una gran obra.

Están abiertos campos nuevos en los cuales todos pueden comprobar su vocación mediante el esfuerzo fundado en la experiencia de sacar almas de las tinieblas y el error, y establecerlas sobre los principios de la verdad eterna. Si el hermano y la hermana K sienten que Dios los ha llamado a ocuparse en su obra, tienen suficiente que hacer para llamar pecadores al arrepentimiento; pero a fin de que Dios trabaje en ellos y a través de ellos, necesitan una conversión cabal. La obra de

preparar a un pueblo en estos últimos días para la venida de Cristo, es una obra sumamente sagrada, solemne, y requiere obreros consagrados y abnegados. Los que sean humildes, y tengan fe, energía, perseverancia y decisión, encontrarán mucho que hacer en la viña de su Maestro. Hay responsabilidades que cumplir que requieren perseverancia y el ejercicio de todas sus energías. Lo que Dios acepta es el servicio voluntario. Si la verdad que profesamos es de importancia tan infinita como para decidir el destino de las almas, cuán cuidadosos debiéramos ser en su presentación.

“La senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto”. (Proverbios 4:18) Hermano y hermana K, si ustedes hubieran caminado en la luz que brillaba en su camino, si se hubiesen acercado más a Dios, creyendo constantemente en la verdad y caminando con humildad ante Dios en la luz que él ha dado, tendrían ahora una experiencia que sería de inestimable valor. Si hubiesen mejorado los talentos que Dios les prestó, habrían brillado como

luces en el mundo. Pero la luz se vuelve tinieblas para aquellos que no caminen en ella. A fin de ser aceptados y bendecidos por Dios como lo fueron nuestros padres, debemos ser fieles, al igual que ellos. Debemos mejorar nuestra luz como los fieles y antiguos profetas mejoraron la suya. Dios requiere de nosotros resultados en armonía con la gracia que nos ha concedido, y no aceptará menos de lo que demanda. Todas sus justas demandas deben ser satisfechas plenamente. A fin de cumplir con nuestras responsabilidades, debemos colocarnos en ese elevado terreno que el orden y el progreso de la verdad bendita y sagrada nos ha preparado.

El hermano L no comprende la influencia santificadora de la verdad de Dios sobre el corazón. Él no es tan paciente, humilde y tolerante como debiera ser. Se irrita fácilmente; surge el yo, y dice y hace muchas cosas sin la debida reflexión. No ejerce en todo momento una influencia salvadora. Si estuviera imbuido con el Espíritu de Cristo, con una mano podría tomarse del Poderoso, mientras que con la mano de la fe y del amor podría alcanzar

al pobre pecador. El hermano L necesita la influencia poderosa del amor divino, porque él renovará y refinará el corazón, santificará la vida, y elevará y ennoblecerá todo el ser. Entonces sus palabras y obras tendrán sabor de cielo antes que de su propio espíritu.

Si se siembran palabras de vida eterna en el corazón, se producirán frutos de justicia y paz. Mi querido hermano, usted debe vencer el espíritu de autosuficiencia y de importancia propia. Debería cultivar un espíritu dispuesto a ser instruido y aconsejado. No importa lo que otros puedan decir o hacer, usted debiera decir: ¿Qué tiene que ver eso conmigo? Cristo me ha ordenado seguirlo. Usted debiera cultivar un espíritu de mansedumbre. Necesita adquirir experiencia en la piedad genuina, y a menos que la obtenga, no puede ocuparse juiciosamente en la obra de Dios. Su espíritu debe ser suavizado y subyugado siendo obediente a la voluntad de Cristo. En todo momento usted debiera mantener la humilde dignidad de un seguidor de Jesús. Nuestro porte, nuestras palabras y acciones, predican a otros. Somos epístolas vivientes,

conocidas y leídas por todos los hombres.

Usted debería tener cuidado de no predicar la verdad por rivalidad o contienda, porque si lo hace con toda seguridad tornará la batalla contra usted mismo y promoverá la causa del enemigo antes que la verdad de Dios. Cada vez que se envuelve en un debate, debería hacerlo por un sentido del deber. Si usted hace de Dios su fuerza y se somete a él, y permite que la verdad se lleve la victoria, las estratagemas de Satanás y sus dardos ardientes caerán sobre él, y usted será fortalecido, librado del error y de todo camino falso. Usted necesita ser cauteloso y no avanzar precipitadamente valiéndose de su propia fuerza. La obra es importante y sagrada, y usted necesita mucha sabiduría. Debiera pedir el consejo de sus hermanos que han tenido experiencia en la obra. Pero, sobre toda otra cosa, debiera obtener un conocimiento cabal de sus propias debilidades y peligros, y fortalecer los puntos débiles de su carácter, para que su fe no naufrague.

Estamos viviendo en medio de los peligros de

los últimos días, y si tenemos un espíritu de autosuficiencia e independencia estaremos expuestos a los ardides de Satanás y seremos vencidos. Usted debe desechar la importancia propia y ocultarse en Dios, dependiendo sólo de él para su fuerza. Las iglesias no necesitan sus esfuerzos. Si usted está consagrado a Dios, puede trabajar en campos nuevos y Dios trabajará con usted. Dios aceptará la pureza del corazón y la vida. Él no estimará cualquier cosa que no sea esto. Debemos sufrir con Cristo si hemos de reinar con él.

El hermano M podría haber logrado mucho si años atrás lo hubiera dado todo para Cristo. Él no ha sido santificado mediante la verdad; su corazón no ha sido recto con Dios. Ha ocultado su talento en la tierra. ¿Qué dirá el que usó mal sus talentos cuando el Maestro le pida que dé cuenta de su mayordomía? El hermano M no ha honrado la causa de Dios. Es peligroso contender con la providencia de Dios y estar insatisfecho con casi todo, como si hubiera habido un arreglo especial de las circunstancias para tentar y destruir. La tarea de

podar y purificar con el fin de prepararnos para el cielo es una obra grande y nos costará mucho sufrimiento y pruebas, porque nuestras voluntades no están sujetas a la voluntad de Cristo. Debemos pasar por el horno hasta que el fuego haya consumido la escoria y estemos purificados y reflejemos la imagen divina. Aquellos que siguen sus inclinaciones y están gobernados por las apariencias no son buenos

jueces de lo que Dios está haciendo. Están llenos de descontento. Ven fracaso donde ciertamente hay triunfo, una gran pérdida donde hay ganancia; y, como Jacob, están listos para exclamar: “Contra mí son todas estas cosas” (Génesis 42:36), cuando las mismas cosas de las que se quejan están todas obrando conjuntamente para su bien.

Si no hay cruz, no hay corona. ¿Cómo puede uno ser fuerte en el Señor sin pruebas? Para tener fuerza debemos hacer ejercicio. Para tener una fe fuerte, debemos ser colocados en circunstancias donde nuestra fe sea ejercitada. El apóstol Pablo,

justo antes de su martirio, exhortó a Timoteo: “Participa de los sufrimientos del evangelio por el poder de Dios” (2 Timoteo 1:8, NRV) Se necesita pasar por mucha tribulación para entrar al reino de Dios. Nuestro Salvador fue probado de todas las maneras posibles, y sin embargo triunfó en Dios continuamente. Es nuestro privilegio ser fuertes con la fuerza de Dios bajo todas las circunstancias y gloriarnos en la cruz de Cristo.

Capítulo 6

# Experiencia no digna de confianza

Querida hermana N: En la visión que se me dio el 10 de diciembre de 1871, vi que algunas cosas habían sido un gran obstáculo para su recuperación de la salud. Sus rasgos peculiares de carácter le han impedido recibir el beneficio que podría haber recibido, y mejorar su salud como podría haber mejorado. Usted sigue una rutina especial y no se deja apartar de ella. Tiene sus ideas, y las lleva a cabo aunque frecuentemente no están en armonía con las leyes físicas, sino simplemente con su juicio.

Usted tiene una mente fuerte y una voluntad decidida, y piensa que entiende su propio caso mejor que otros, porque sigue sus sentimientos. Está guiada por sus sentimientos y gobernada por su experiencia. Usted ha probado este plan y aquel otro a su entera satisfacción, y ha llegado a la

conclusión de que su juicio era el mejor a seguir en su propio caso. ¿Pero cuál ha sido su norma? Respuesta: Sus sentimientos. Ahora, mi hermana, ¿qué relación tienen sus sentimientos con los hechos reales en el caso? Muy poca. Los sentimientos son un criterio pobre, especialmente cuando están bajo el control de una imaginación fuerte y una voluntad firme. Usted posee una mente muy resuelta y tiene ante usted un curso de acción bien delineado; pero no ve su caso desde un punto de vista correcto. Su juicio no es seguro para confiar en él cuando se relaciona con su propio caso.

Se me mostró que usted ha experimentado cierta mejoría, pero no tanto, ni tan rápido, o tan cabalmente, como podría haber sido, porque ha tomado su caso en sus propias manos. Por esta razón, y para que usted pudiera considerar que es su deber ser guiada por el juicio de los que tienen más experiencia, deseé que usted viniese al Instituto de Salud. Los médicos del Instituto de Salud entienden la enfermedad, sus causas y el debido tratamiento, mejor de lo que usted puede

hacerlo; y si usted abandona voluntariamente sus ideas fijas y acepta el juicio de ellos, hay esperanza de que se recupere. Pero si se niega a hacerlo, no veo esperanza de que llegue a ser lo que podría ser con el debido tratamiento.

Como lo he dicho antes, usted, mi hermana, confía en la experiencia. Su experiencia determina que usted siga cierto curso de acción. Pero lo que muchos denominan experiencia no es experiencia en absoluto; es simplemente hábito, o mera indulgencia seguida ciega y frecuentemente en forma ignorante, con una determinación firme, fija, y sin una reflexión o indagación inteligente relativa a las leyes vigentes en el logro del resultado.

La verdadera experiencia es una variedad de experimentos cuidadosos hechos con la mente libre de prejuicios y no dominada por opiniones y hábitos establecidos previamente. Los resultados se registran con diligencia cuidadosa y con un deseo ansioso de aprender, mejorar y efectuar una reforma en cada hábito que no esté en armonía con leyes físicas y morales. La idea de que otros

nieguen lo que usted ha aprendido por experiencia le parece necia e incluso cruel. Pero hay más errores que se adoptan y retienen firmemente debido a ideas falsas acerca de lo que es experiencia, que por ninguna otra causa, porque lo que generalmente se califica como experiencia no lo es en absoluto; ya que nunca ha habido una prueba cabal mediante un experimento real y una investigación acabada, con un conocimiento del principio involucrado en la acción.

Se me mostró que su experiencia no es digna de confianza, porque es contraria a la ley natural. Está en conflicto con los principios inmutables de la naturaleza. La superstición, mi querida hermana, que surge de una imaginación enferma, la pone en conflicto con la ciencia y los principios. ¿Qué cederá? Sus fuertes prejuicios e ideas muy fijas respecto a qué curso de acción es mejor seguir referente a usted le han impedido por largo tiempo sentirse bien. He tenido conocimiento de su caso por años, pero me he sentido incompetente para presentar el asunto de un modo tan claro que usted pueda verlo y comprenderlo, y poner en práctica la

luz que se le ha dado.

Hay muchos inválidos hoy que permanecerán siempre así porque no pueden convencerse de que su experiencia no es confiable. El cerebro es la capital del cuerpo, el asiento de todas las fuerzas nerviosas y de la acción mental. Los nervios procedentes del cerebro controlan el cuerpo. Mediante los nervios del cerebro, las impresiones mentales son transmitidas a todos los nervios del cuerpo como por cables telegráficos; y controlan la acción vital de cada parte del sistema. Todos los órganos de movimiento son gobernados por las comunicaciones que reciben del cerebro.

Si su mente se impresiona y usted se convence de que un baño la perjudicará, la impresión mental se comunica a todos los nervios del cuerpo. Los nervios controlan la circulación de la sangre; por lo tanto la sangre, a través de la impresión de la mente, se restringe a los vasos sanguíneos, y los buenos efectos del baño se pierden. Todo esto es porque la mente y la voluntad impiden que la sangre fluya libremente e irrigue la superficie para

estimular, despertar y promover la circulación normal. Por ejemplo, usted tiene la impresión de que si se baña se enfriará. El cerebro envía esta información a los nervios del cuerpo, y los vasos sanguíneos, sujetos en obediencia a su voluntad, no pueden cumplir su función y causar una reacción efectiva después del baño. No hay razón en la ciencia ni en la filosofía por la cual un baño ocasional, tomado con un cuidado deliberado, no debiera producirle sino un beneficio verdadero. Especialmente es así donde se práctica poco ejercicio para mantener los músculos activos y para facilitar la circulación de la sangre a través del sistema. Un baño libera la piel de la acumulación de impurezas que se están reuniendo constantemente, y mantiene la piel húmeda y elástica, aumentando y uniformando así la circulación.

Las personas sanas de ninguna manera debieran descuidar el baño. De todos modos debieran bañarse tan a menudo como dos veces por semana. Los que no están sanos tienen impurezas de la sangre, y la piel no está en una condición

saludable. La multitud de poros, o pequeños orificios, a través de los cuales el cuerpo respira se tapan y llenan de desechos. La piel necesita ser limpiada en forma cuidadosa y cabal, para que los poros puedan hacer su trabajo de liberar el cuerpo de impurezas; por lo tanto, las personas débiles que están enfermas ciertamente necesitan las ventajas y bendiciones del baño por lo menos dos veces por semana, y frecuentemente aun más que esto es positivamente necesario. Ya sea que una persona esté enferma o sana, se respira con mayor libertad y facilidad si se práctica el baño. Mediante él los músculos se vuelven más flexibles, la mente y el cuerpo son igualmente vigorizados, el intelecto gana en inteligencia, y se vivifica cada facultad. El baño es un calmante de los nervios. Promueve la transpiración general, aviva la circulación, vence obstrucciones en el sistema, y actúa benéficamente sobre los riñones y los órganos urinarios. El baño ayuda a los intestinos, el estómago y el hígado, dando energía y nueva vida a cada uno. También promueve la digestión, y en vez de que el sistema se debilite, se fortalece. En lugar de aumentar la propensión a enfriarse, un baño, debidamente

tomado, fortalece contra el frío porque la circulación mejora; también los órganos uterinos, que están más o menos congestionados, reciben alivio, porque la sangre es atraída a la superficie y se obtiene una circulación de la sangre más fácil y regular a través de todos los vasos sanguíneos.

Se dice que la experiencia es la madre de la ciencia. La experiencia genuina es ciertamente superior al conocimiento libresco. Pero los hábitos y costumbres oprimen a los hombres y mujeres como si fueran grilletes, y generalmente echan la culpa a las experiencias sufridas, según lo que se suele entender como experiencia. Muchos han abusado de la preciosa experiencia. Se han aferrado a sus hábitos dañinos, los que decididamente están debilitando la salud física, mental y moral; y cuando usted procura instruirlos, explican su conducta refiriéndose a su experiencia. Pero la verdadera experiencia está en armonía con la ley natural y la ciencia.

Aquí es donde hemos enfrentado las mayores dificultades en asuntos religiosos. Pueden

presentarse los hechos más simples y colocarse ante la mente las verdades más claras, respaldadas por la Palabra de Dios; pero el oído y el corazón están cerrados, y el argumento supremamente convincente es: “Mi experiencia”. Algunos dirán: “El Señor me ha bendecido al creer y hacer como lo he hecho; por lo tanto no puedo estar equivocado”. Se aferran a “mi experiencia”, y rechazan las verdades más elevadoras y santificadoras de la Biblia a causa de lo que a ellos les agrada llamar experiencia. Se acarician muchos de los hábitos más crasos bajo el pretexto de la experiencia. Muchos no alcanzan ese mejoramiento físico, intelectual y moral que es su privilegio y deber alcanzar, por defender la confiabilidad y seguridad de su experiencia, aunque esa experiencia errada se oponga a los hechos revelados más claros. Se verá que los hombres y mujeres cuyos hábitos erróneos han destruido su constitución física y su salud recomendarán su experiencia como una guía segura para que otros la sigan, cuando es precisamente esta experiencia lo que los ha despojado de su vitalidad y salud. Podrían darse muchos ejemplos para mostrar cómo

ha habido hombres y mujeres que se han engañado al depender de su experiencia.

El Señor hizo al hombre recto en el comienzo. Éste fue creado con una mente perfectamente equilibrada; el tamaño y la fuerza de todos sus órganos estaban desarrollados en forma perfecta. Adán era un tipo de hombre perfecto. Cada facultad de la mente estaba bien proporcionada, cada una tenía una función peculiar, y sin embargo todas dependían unas de otras para un uso pleno y adecuado de cualquiera de ellas. Se les permitió a Adán y Eva comer de todos los árboles del huerto, excepto de uno. El Señor le dijo a la santa pareja: El día que comiereis del árbol del conocimiento del bien y del mal, ciertamente moriréis. Eva fue seducida por la serpiente para creer que Dios no haría como dijo que haría. “Ciertamente no moriréis”, dijo la serpiente. Eva comió y se imaginó que experimentaba las sensaciones de una vida nueva y más exaltada. Llevó el fruto a su esposo, y lo que tuvo una influencia irresistible sobre él fue la experiencia de ella. La serpiente había dicho que no moriría, y ella no sintió ningún

efecto perjudicial del fruto, nada que pudiera interpretarse como significando la muerte; antes bien, tal como había dicho la serpiente, experimentó una sensación placentera que ella imaginó que era como la que sentían los ángeles. Su experiencia estaba en contra de la orden positiva de Jehová, y Adán se dejó seducir por la experiencia de su esposa. Así ocurre con el mundo religioso en general. Se transgreden las órdenes expresas de Dios, y “por cuanto no se ejecuta luego sentencia sobre la mala obra, el corazón de los hijos de los hombres está en ellos dispuesto para hacer el mal”. (Eclesiastés 8:11)

A pesar de las órdenes más positivas de Dios, los hombres y las mujeres seguirán sus propias inclinaciones y luego se atreverán a orar sobre el asunto, para convencer a Dios de que consienta permitirles ir en contra de su expresa voluntad. El Señor no se agrada con tales oraciones. Satanás viene junto a esas personas, como lo hizo con Eva en el Edén, y causa una impresión en ellas, mediante un ejercicio mental al que describen como la experiencia más maravillosa que el Señor

les ha dado. Una experiencia verdadera estaría en perfecta armonía con la ley natural y la ley divina. Una experiencia falsa se colocará en contra de la ciencia y de los principios de Jehová. El mundo religioso está cubierto con un triste manto de oscuridad moral. La superstición y el fanatismo controlan las mentes de los hombres y las mujeres, y enceguecen su juicio de modo que no disciernan su deber hacia sus semejantes ni su deber de rendir una obediencia incuestionable a la voluntad de Dios.

Balaam le preguntó a Dios si podría maldecir a Israel, porque al hacerlo tenía la promesa de recibir una gran recompensa. Y Dios dijo: “No irás”; pero los mensajeros lo urgieron y le presentaron mayores incentivos. Se le había mostrado a Balaam la voluntad de Dios sobre este asunto, pero él estaba tan ansioso de conseguir la recompensa que se aventuró a preguntarle a Dios por segunda vez. El Señor le permitió a Balaam que fuera. Luego tuvo una maravillosa experiencia, ¿pero quién querría ser guiado por una experiencia tal? Hay quienes entenderían claramente su deber si

estuviera en armonía con sus inclinaciones naturales. Las circunstancias y la razón pueden indicar claramente su deber; pero cuando van en contra de su inclinación natural, estas evidencias son frecuentemente desechadas. Luego estas personas se atreverán a acudir a Dios para saber cuál es su deber. Pero con Dios no se juega. Él permitirá que esas personas sigan los deseos de su propio corazón. “Mi pueblo no oyó mi voz... Los dejé, por tanto, a la dureza de su corazón; caminaron en sus propios consejos”. (Salmos 81:11, 12)

Aquellos que desean seguir un curso de conducta que complazca sus gustos están en peligro de que se les deje seguir sus propias inclinaciones, mientras suponen que son las impresiones del Espíritu de Dios. Mediante las circunstancias y los hechos se les indica a algunos en forma suficientemente clara cuál es su deber; pero debido a las instancias de amigos, en armonía con sus propias inclinaciones, se desvían de la senda del deber y no toman en cuenta las claras evidencias en el caso; luego, con aparente rectitud,

oran extensa y fervientemente en busca de luz. Poseen un sentimiento ferviente sobre el asunto e interpretan que esto es el Espíritu de Dios. Pero están engañados. Esta conducta entristece al Espíritu de Dios. Tenían luz, y al comienzo de todo tendrían que haber comprendido su deber; pero unos pocos atractivos agradables encaminan sus mentes en la dirección errónea, y ellos se los presentan al Señor e insisten en su caso, y el Señor les permite que se salgan con la suya. Se inclinan tan fuertemente a seguir su propio curso de acción que Dios les permite que lo hagan y que sufran las consecuencias. Se imaginan que tienen una experiencia maravillosa.

Mi querida hermana, la firmeza es una influencia fuerte y dominante en su mente. Usted ha adquirido fuerza para resistir y luchar contra la oposición, y llevar adelante empresas difíciles e intrincadas. Usted no ama las disputas. Es sumamente sensible y tiene sentimientos profundos. Es estrictamente concienzuda y se la debe convencer [rigurosamente] antes que ceda a las opiniones de otros. Si su salud física no hubiera

tenido fallas, usted habría llegado a ser una mujer eminentemente útil. Usted ha estado enferma por largo tiempo, y esto ha afectado su imaginación de modo que sus pensamientos se han concentrado en usted misma, y la imaginación ha afectado al cuerpo. Sus hábitos no han sido buenos en muchos respectos. Su alimentación no ha sido de la cantidad o calidad correctas. Usted ha comido demasiado y de una calidad pobre de alimento, el cual no podía convertirse en una buena sangre. Ha educado al estómago para seguir este tipo de dieta. Su juicio le ha hecho creer que esto era lo mejor, porque era lo que menos la alteraba. Pero ésta no era una experiencia correcta. Su estómago no estaba recibiendo de su alimento el vigor que debería. Ingerido en un estado líquido, su alimento no le daría un vigor o tono saludable al sistema. Pero cuando cambie este hábito y coma más sólidos y menos líquidos, su estómago se sentirá alterado. No obstante, usted no debiera ceder en este punto; debería educar su estómago para llevar una dieta más sólida. Usted ha usado demasiada ropa y al hacerlo ha debilitado la piel. No le ha dado a su cuerpo una oportunidad para respirar.

Los poros de la piel, o pequeñas aberturas a través de las cuales el cuerpo respira, se han cerrado, y el sistema se ha llenado de impurezas.

Su hábito de salir a caballo al aire libre y al sol ha sido muy benéfico. Su vida al aire libre la ha sostenido como para tener la medida de fuerza física que ahora disfruta. Pero usted ha descuidado otro ejercicio que es aun más esencial que éste. Ha dependido de su carruaje para recorrer aun una corta distancia. Ha pensado que si caminaba incluso un corto trecho esto la perjudicaría, y se ha sentido cansada al hacerlo. Pero en esto su experiencia no es digna de confianza.

La misma energía que usted usa al entrar y salir de un carruaje, y al subir y bajar las escaleras, podría igualmente emplearla en caminar y llevar a cabo los deberes corrientes y necesarios de la vida. Usted ha sido muy incompetente en cuanto a los deberes domésticos. No ha sentido que podría cuidar las ropas o la alimentación de su esposo. Ahora bien, mi hermana, esta ineptitud existe más en su imaginación que en su incapacidad para

realizar estas tareas. Usted piensa que será cansador y desgastador hacer esto y aquello; y lo es. Pero usted tiene fuerza que si la usa en forma práctica y económica realizaría mucho bien y la haría mucho más útil y feliz. Usted tiene tanto temor de llegar a ser una inútil que no ejercita la fuerza con la que el Señor la ha bendecido. En muchas cosas usted ha ayudado a su esposo. Al mismo tiempo ha puesto a prueba su paciencia y fuerza. Cuando él pensaba que usted podría cambiar algunos de sus hábitos y mejorar, usted ha sentido que él no comprendía su caso. Sus amigos han sentido que usted podría ser más útil en su casa y no tan incompetente. Esto la ha apenado. Usted pensó que ellos no la comprendían. Algunos han insistido neciamente con su opinión sobre su caso, y esto también la ha afligido. Usted ha sentido que Dios, en respuesta a la oración, la ayudaría, y de esta manera ha recibido ayuda muchas veces. Pero usted no ha obtenido esa fuerza física que era su privilegio disfrutar, porque no ha hecho su parte. No ha trabajado en unión plena con el Espíritu de Dios.

El Señor le ha dado un trabajo para hacer, y él no se propone hacerlo por usted. Usted debiera obrar en base a principios, en armonía con la ley natural, sin tener en cuenta los sentimientos. Debiera empezar a actuar en base a la luz que Dios le ha dado. Quizás no sea capaz de hacer esto de golpe, pero puede hacer mucho avanzando gradualmente por fe, creyendo que Dios será su ayudador, que él la fortalecerá. Usted podría hacer ejercicio caminando y cumpliendo deberes que requieren un trabajo liviano en su familia, y no depender tanto de otros. El saber que puede hacer algo aumentará su fuerza. Si sus manos se emplearan más y su cerebro se ejercitara menos en planear para otros, su fuerza física y mental aumentaría. Su cerebro no está ocioso, pero los otros órganos del cuerpo no realizan el trabajo correspondiente. El ejercicio, para que sea una ventaja definida para usted, debiera ser sistemático y recaer sobre los órganos debilitados para que puedan fortalecerse por el uso. La cura del movimiento es de gran beneficio para una clase de pacientes que están demasiado débiles para hacer ejercicio. Pero todos los que están enfermos y

confían en este tratamiento, dependiendo de él, mientras que descuidan ejercitar sus músculos, cometen un gran error.

Hay millares de enfermos y moribundos a nuestro alrededor que podrían sanarse y vivir si lo quisieran; pero su imaginación se lo impide. Temen que empeorarán si trabajan o hacen ejercicio, cuando éste es justamente el cambio que necesitan para sanarse. Sin esto nunca mejorarán. Debieran ejercitar el poder de la voluntad, elevarse por encima de sus dolores y debilidad, ocuparse en un empleo útil y olvidar que tienen espaldas, costados, pulmones y cabezas doloridos. Descuidar el ejercicio de todo el cuerpo, o de una porción de él, acarreará condiciones mórbidas. La inacción de cualquiera de los órganos del cuerpo tendrá como consecuencia una reducción en el tamaño y la fuerza de los músculos, y hará que la sangre circule lentamente a través de los vasos sanguíneos.

Si hay tareas por hacer en su vida doméstica, usted no piensa que podría hacerlas, sino que depende de otros. A veces le resulta sumamente

inconveniente obtener la ayuda que necesita. Frecuentemente usted gasta el doble de la fuerza requerida para efectuar la tarea, en planear y buscar a alguien que le haga el trabajo. Si usted solamente se propusiera hacer esas pequeñas tareas y deberes familiares, recibiría bendiciones y se fortalecería, y su influencia en la causa de Dios sería mucho mayor. Dios hizo a Adán y Eva en el Paraíso, y los rodeó con todo lo que era útil y hermoso. Les plantó un hermoso jardín. No faltó ninguna hierba ni flor ni árbol que podría servir para uso u ornamento. El Creador del hombre sabía que Adán y Eva no podrían ser felices si no estuvieran ocupados. El Paraíso deleitaba sus almas, pero esto no era suficiente; debían tener un trabajo que pusiera en ejercicio los órganos maravillosos del cuerpo. El Señor había hecho los órganos para que se usaran. Si la felicidad hubiera consistido en no hacer nada, se hubiera dejado al hombre, en su estado de santa inocencia, sin ocupación. Pero el que formó al hombre sabía lo que sería para su máxima felicidad, y apenas lo hizo, le asignó una tarea. A fin de ser feliz debía trabajar.

Dios nos ha dado a todos algo que hacer. Al ejecutar los diversos deberes que tenemos que cumplir, que están en nuestro camino, nuestras vidas serán útiles y seremos bendecidos. No sólo los órganos del cuerpo se fortalecerán por el ejercicio, sino que la mente también adquirirá fuerza y conocimiento mediante la actividad de esos órganos. El ejercicio de un músculo, mientras que a otros son dejados sin hacer nada, no fortalecerá los inactivos más que el ejercicio continuo de uno de los órganos de la mente desarrollará y fortalecerá los órganos que no son puestos en uso. Cada facultad de la mente y cada músculo tiene su función característica, y es necesario que todos se ejerciten a fin de desarrollarse debidamente y retener un vigor saludable. Cada órgano y músculo cumplen una función en el organismo viviente. Cada rueda en la maquinaria debe ser una rueda viva, activa, útil. Las obras magníficas y maravillosas de la naturaleza necesitan mantenerse en movimiento activo a fin de cumplir el objetivo para el cual fueron ideadas. Cada facultad tiene una influencia sobre las otras, y todas necesitan ejercitarse a fin de

desarrollarse armoniosamente. Si se ejercita un músculo del cuerpo más que otro, el que se usa llegará a ser mucho más grande y destruirá la armonía y belleza del desarrollo del sistema. Una variedad de ejercicios requerirá el uso de todos los músculos del cuerpo.

Aquellos que son débiles e indolentes no debieran ceder a su inclinación a ser inactivos, privándose así del aire y la luz del sol, sino que debieran practicar ejercicio al aire libre caminando o trabajando en el jardín. Se fatigarán mucho más, pero esto no los perjudicará. Usted, mi hermana, se cansará, pero esto no la dañará; después de ello su descanso será más dulce. La inacción debilita los órganos que no son ejercitados. Y cuando estos órganos se usan, se experimenta dolor y cansancio porque los músculos se han debilitado. No es un buen plan renunciar al uso de ciertos músculos porque se siente dolor cuando se ejercitan. Frecuentemente el dolor se debe al esfuerzo de la naturaleza por dar vida y vigor a aquellas partes que han quedado parcialmente sin vida a causa de la inacción. El movimiento de estos músculos

largamente en desuso causará dolor, porque la naturaleza los está despertando a la vida.

Caminar, en todos los casos donde es posible, es el mejor remedio para los cuerpos enfermos, porque en este ejercicio todos los órganos del cuerpo son puestos en uso. Muchos que dependen de la cura del movimiento podrían lograr más a través del ejercicio muscular que lo que los movimientos pueden hacer por ellos. En algunos casos la falta de ejercicio hace que los intestinos y los músculos se debiliten y encojan, y estos órganos que se han debilitado por falta de uso se fortalecerán mediante el ejercicio. No hay ejercicio que pueda sustituir a la caminata. Mediante ella la circulación de la sangre mejora grandemente.

El uso activo de los miembros será de la mayor ventaja para usted, hermana N. Usted ha tenido muchas ideas propias y ha sido muy sanguínea, lo que la ha perjudicado. Mientras tenga temor de ponerse confiadamente en las manos de los médicos y piense que entiende su caso mejor que ellos, no puede beneficiarse, sino sólo perjudicarse

con el tratamiento que ellos le den a su caso. A menos que los médicos puedan obtener la confianza de sus pacientes, jamás podrán ayudarlos. Si usted se prescribe a sí misma y piensa que sabe mejor que los médicos qué tratamiento debiera tener, no puede recibir beneficio. Debe ceder su voluntad y sus ideas, y no querer controlar las cosas para resistir el juicio y consejo de ellos en su caso.

Que el Señor le ayude, mi hermana, para tener no sólo la fe, sino las obras correspondientes.

Capítulo 7

# La fidelidad en los deberes domésticos

Estimada hermana O: Creo que usted no es feliz. Al buscar una gran obra que hacer, pasa por alto los deberes actuales que se encuentran directamente en su camino. No es feliz porque está mirando por encima de los pequeños deberes diarios de la vida en busca de alguna obra más elevada y más grande. Se siente inquieta, intranquila y descontenta. Le gusta más dictar que ejecutar órdenes. Le gusta más decir a otros lo que deben hacer que hacerlo usted misma con alegría.

Usted podría haber hecho más feliz el hogar de sus padres si hubiera estudiado menos sus inclinaciones, y más la necesidad ajena. Cuando desempeña los deberes comunes y ordinarios de la vida, no dedica su corazón a la tarea que está realizando. Su mente se aleja de él y piensa en un trabajo más agradable, superior o más honorable.

Alguien debe hacer esas mismas cosas que no le causan placer y hasta le desagradan. Estos deberes sencillos, si se hacen con buena voluntad y fidelidad, le darán una educación que usted necesita para que le lleguen a gustar los deberes domésticos. Hay en ello una experiencia que le es altamente esencial obtener, pero no la aprecia. Usted murmura contra su suerte, haciendo así desgraciados a los que la rodean, y sufriendo usted misma una grave pérdida. Tal vez nunca se la llame para realizar un trabajo que implique presentarse ante el público. Pero todos las tareas que cumplimos y que son necesarias, ya sea lavar los platos, poner la mesa, atender a los enfermos, cocinar o lavar, son de importancia moral; y mientras no podamos desempeñar estos deberes con alegría y felicidad, no estamos listos para llevar a cabo otros deberes mayores y superiores. Las tareas humildes que se nos presentan deben ser hechas por alguien; y los que las cumplen deben sentir que están haciendo un trabajo necesario y honorable, y que al cumplir su misión, por humilde que sea, realizan la obra de Dios tan ciertamente como Gabriel cuando era enviado a los profetas.

Todos se desempeñan en su orden y en sus respectivas esferas. La mujer en su hogar, al desempeñar los sencillos deberes de la vida que deben ser realizados, puede y debe manifestar fidelidad, obediencia y amor tan sinceros como los que manifiestan los ángeles en su esfera. La conformidad con la voluntad de Dios hace que sea honorable cualquier trabajo que deba ser hecho.

Lo que usted necesita es amor y afecto. Su carácter necesita ser moldeado. Debe poner a un lado sus preocupaciones, y en su lugar albergar amabilidad y amor. Niéguese a sí misma. No fuimos creados ángeles, sino un poco inferiores a ellos; sin embargo, nuestra obra es importante. No estamos en el cielo, sino en la tierra. Cuando estemos en el cielo, entonces estaremos preparados para hacer la obra sublime y elevadora del cielo. Aquí en este mundo es donde debemos ser probados. Debemos estar armados para el conflicto y para el deber.

El deber más sublime que incumbe a las jóvenes es el que han de cumplir en sus propios

hogares, al beneficiar a sus padres, hermanos y hermanas con afecto y verdadero interés. Allí es donde se puede manifestar abnegación y olvido propio, al cuidar a los demás y actuar en su favor. Este trabajo nunca degradará a una mujer. Es el cargo más sagrado y elevado que ella puede ocupar. ¡Qué influencia puede ejercer una hermana sobre sus hermanos! Si ella vive correctamente, puede determinar cuál será el carácter de sus hermanos. Sus oraciones, su amabilidad y afecto pueden valer mucho en una familia. Hermana mía, estas nobles cualidades no pueden comunicarse a otras mentes, a menos que existan primero en la propia. El contentamiento de espíritu, el afecto, la amabilidad y la alegría del genio que manifieste a todo corazón le devolverán lo que usted dé a los demás. Si Cristo no reina en el corazón, habrá descontento y deformidad moral. El egoísmo requerirá de los demás lo que no estamos dispuestos a darles. Si Cristo no está en el corazón, el carácter será desapacible.

No son solamente las obras y las batallas grandes las que prueban el alma y exigen valor. La

vida diaria causa perplejidades, pruebas y desalientos. Es el trabajo humilde el que con frecuencia exige paciencia y fortaleza. Se necesitará confianza propia y resolución para afrontar y vencer todas las dificultades. Asegúrese de que el Señor esté con usted, para que sea en todo lugar su consuelo. Necesita mucho un espíritu manso y tranquilo, sin él no puede tener felicidad. Dios le ayude, hermana mía, a buscar mansedumbre y justicia. Lo que usted necesita es el Espíritu de Dios. Si está dispuesta a ser cualquier cosa o a no ser nada, Dios la ayudará, la fortalecerá y la bendecirá. Pero, si descuida los pequeños deberes, nunca le serán confiados otros mayores.

Capítulo 8

# Orgullo y Pensamientos Vanos

Queridos hijos P y Q: Ustedes están engañados acerca de ustedes mismos. Ustedes no son cristianos. Ser verdaderos cristianos es ser semejantes a Cristo. Ambos están lejos del blanco en este respecto; sin embargo espero que no permanezcan engañados hasta que sea demasiado tarde para formar caracteres para el cielo.

Su ejemplo no ha sido bueno. No han llegado al punto de obedecer las palabras de Cristo: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame”. (Mateo 16:24) Aquí hay lecciones que ustedes no han aprendido. La negación del yo no ha sido parte de su educación. Han descuidado estudiar las palabras de vida. “Escudriñad las Escrituras” (Juan 5:39), dijo el Maestro celestial. Él sabía que esto era necesario para todos a fin de que llegaran a ser verdaderos

seguidores de Cristo. A ustedes les encanta leer libros de cuentos, pero no encuentran interesante la Palabra de Dios. Deberían limitar su lectura a la Palabra de Dios y a los libros que son de un carácter espiritual y útil. Al hacer esto, cerrarán una puerta contra la tentación y serán bendecidos.

Si hubieran perfeccionado la luz que ha sido dada en Battle Creek, estarían ahora mucho más adelantados en la vida divina de lo que están. Ambos son vanidosos y orgullosos. No han sentido que deben dar cuenta de su mayordomía. Son responsables ante Dios por todos sus privilegios y todos los medios que han pasado por sus manos. Han buscado su propio placer y su gratificación egoísta a expensas de la conciencia y de la aprobación de Dios. No actúan como siervos de Cristo, responsables ante el Salvador que los compró con su propia sangre. “¿No sabéis que al ofreceros a alguien para obedecerle, sois siervos de aquel a quien obedecéis, o del pecado para muerte, o de la obediencia para justicia? Pero gracias a Dios, que aunque fuisteis esclavos del pecado, habéis llegado a ser obedientes de corazón a ese

modelo de enseñanza al cual estáis entregados; y liberados del pecado, habéis llegado a ser siervos de la justicia” (Romanos 6:16-18, NRV)

Ustedes profesan ser siervos de Cristo. ¿Le rinden entonces una obediencia pronta y voluntaria? ¿Preguntan fervientemente cómo agradarán mejor a aquel que los ha llamado a ser soldados de la cruz de Cristo? ¿Exaltan ambos la cruz y se glorían en ella? Contesten estas preguntas a Dios. Todos los actos de ustedes, por secretos que piensen que hayan sido, están abiertos para su Padre celestial. Nada le es oculto ni encubierto. Conoce todos sus actos y los motivos que los impulsan. Él tiene pleno conocimiento de todas sus palabras y pensamientos. Ustedes tienen el deber de dominar sus pensamientos. Tendrán que guerrear contra una imaginación vana. Pueden pensar que no es pecado permitir que los pensamientos divaguen sin restricción. Pero no es así. Son responsables ante Dios por acariciar pensamientos vanos; porque de las vanas imaginaciones nace la comisión de pecados, la ejecución de aquellas cosas en las cuales la mente

se espació. Gobiernen sus pensamientos, y entonces les será mucho más fácil gobernar sus acciones. Sus pensamientos necesitan ser santificados. Pablo escribe a los corintios: “Derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo”. (2 Corintios 10:5) Cuando asuman tal actitud, ustedes comprenderán mejor la obra de consagración. Sus pensamientos serán puros, castos y elevados; sus acciones puras y sin pecado. Sus cuerpos serán conservados en santificación y honor, para que los puedan presentar “en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional”. (Romanos 12:1) Se les requiere que sean abnegados tanto en las cosas pequeñas como en las grandes. Deben entregarse completamente a Dios; en su estado actual no son aprobados por él.

Ustedes han ejercido una influencia no santificada sobre la juventud en_____. Su amor por la ostentación conduce a un desembolso de recursos que es incorrecto. No comprenden los derechos que el Señor tiene sobre ustedes. No se

han familiarizado con los dulces resultados de la abnegación. Los frutos de ella son sagrados. Servirse y agradarse a ustedes mismos ha sido la norma de su vida. Gastar sus recursos para gratificar el orgullo ha sido su práctica. ¡Oh, cuánto mejor habría sido que ustedes hubieran restringido sus deseos y hecho algún sacrificio para la verdad de Dios, y al negar así la atracción de la concupiscencia de los ojos, la concupiscencia de la carne y el orgullo de la vida, hubieran tenido algo para poner en la tesorería de Dios! En vez de comprar cosas frívolas, pongan lo poco que tienen en el banco del cielo, para que cuando venga el Maestro ustedes puedan recibir tanto el capital como el interés.

¿Han investigado ustedes cuánto podrían hacer para honrar a su Redentor aquí en la tierra? ¡Oh, no! Se han complacido en honrarse ustedes mismos y en recibir honor de otros, pero no han sentido ansias de indagar cómo ser aprobados por Dios. La religión pura e incontaminada resultaría un ancla para ustedes. A fin de responder a los grandes fines de la vida, deben evitar el ejemplo de aquellos que

están buscando su propio placer y deleite, y que no tienen temor de Dios. Dios ha hecho amplias provisiones para ustedes. Él ha dispuesto que si cumplen con las condiciones trazadas en su Palabra, y se separan del mundo, recibirán fuerza de él para reprimir toda influencia degradante y desarrollar lo noble, bueno y elevador. Cristo será en ustedes “una fuente de agua, que brota para vida eterna”. (Juan 4:14, NRV) La voluntad, el intelecto y toda emoción, cuando los controla la religión, tienen un poder transformador.

“Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios”. (1 Corintios 10:31) He aquí un principio que yace en el fundamento de todo acto, pensamiento y motivo: la consagración de todo el ser, tanto el aspecto físico como el mental, al control del Espíritu de Dios. Deben crucificarse la voluntad no santificada y las pasiones, lo que puede considerarse como una obra estricta y severa. Sin embargo debe hacerse, o ustedes oirán la terrible sentencia de los labios de Jesús: “Apartaos”. Pueden hacer todas las cosas mediante Cristo, que los fortalece. Ustedes son de

esa edad cuando la voluntad, el apetito y las pasiones claman por ser complacidos. Dios los ha implantado en su naturaleza para propósitos elevados y santos. No es necesario que se conviertan en una maldición para ustedes al ser degradados. Pero llegarán a serlo cuando se nieguen a someterse al control de la razón y la conciencia. Refrenarse, negarse, son palabras y actos con los cuales ustedes no están familiarizados por experiencia. Las tentaciones los han dominado. Las mentes no santificadas no reciben esa fuerza y aliento que Dios les ha provisto. Son impacientes y poseen un fuerte deseo por algo nuevo, algo para gratificar, complacer y excitar la mente; y a esto se llama placer. Satanás tiene encantos seductores para cautivar el interés y excitar la imaginación de los jóvenes en particular, para poder asegurarlos en su trampa. Ustedes están edificando sobre la arena. Necesitan clamar fervientemente: “Oh Señor, convierte lo más íntimo de mi alma”. Pueden ejercer una influencia para el bien sobre otros jóvenes, o pueden ejercer una influencia para el mal.

Que el Dios de paz los santifique por completo, alma, cuerpo y espíritu.

Capítulo 9

# La Obra en Battle Creek

En una visión que se me dio en Bordoville, Vermont, el 10 de diciembre de 1871, se me mostró que la posición de mi esposo ha sido muy difícil. Ha sobrellevado un peso de preocupaciones y trabajo. Sus hermanos en el ministerio no han tenido que llevar estas cargas, y no han apreciado sus esfuerzos. La constante presión que ha recaído sobre él lo ha abrumado mental y físicamente. Se me mostró que su relación con el pueblo de Dios era similar, en algunos respectos, a la de Moisés con Israel. Hubo murmuradores contra Moisés, al estar en circunstancias adversas, y ha habido murmuradores contra mi esposo.

En las filas de los observadores del sábado nadie ha hecho tanto como mi esposo. Él ha dedicado su interés casi enteramente a la edificación de la causa de Dios, sin tener en cuenta sus intereses personales y a expensas de los placeres sociales con su familia. En su devoción a

la causa frecuentemente ha arriesgado su salud y su vida. Ha sentido tanta presión con la carga de esta tarea que no ha tenido el tiempo apropiado para el estudio, la meditación ni la oración. Dios no le ha pedido que esté en esta situación, ni siquiera por el interés y el progreso de la obra de publicaciones en Battle Creek. Hay otras ramas de la obra, otros intereses en la causa, que han sido descuidados debido a su devoción por esta línea de trabajo. Dios nos ha dado a ambos un Testimonio que llegará a los corazones. Él ha abierto ante mí muchos canales de luz, no sólo para mi beneficio, sino para el beneficio de su pueblo en general. También le ha dado a mi esposo gran luz sobre temas bíblicos, no sólo para él, sino para otros. Vi que debería escribirse y hablarse de estas cosas, y que nueva luz continuaría brillando sobre el mundo.

Vi que podríamos lograr diez veces más para acrecentar la causa al ocuparnos entre el pueblo de Dios, llevando un testimonio variado para satisfacer las necesidades de la causa en diferentes lugares y bajo diversas circunstancias, que lo que podríamos hacer quedándonos en Battle Creek. Se

necesitan nuestros dones en el mismo campo escribiendo y hablando. Mientras mi esposo esté sobrecargado, como lo ha estado, con un cúmulo de preocupaciones y asuntos financieros, su mente no puede ser tan fructífera en la Palabra como lo sería en otras circunstancias. Y él se halla expuesto a los asaltos del enemigo; porque ocupa un puesto donde existe una presión constante, y habrá hombres y mujeres, como ocurrió con los israelitas, que serán tentados a quejarse y murmurar contra él, que ocupa el puesto de mayor responsabilidad en la causa y obra de Dios.

Al estar bajo estas cargas que ninguna otra persona se aventuraría a tomar, mi esposo, bajo la presión de la ansiedad, ha hablado a veces sin la debida consideración y con aparente severidad. A veces ha censurado a los que estaban en la oficina porque no eran cuidadosos. Y cuando han ocurrido errores innecesarios, él ha considerado justificable sentir indignación por la causa de Dios. Este curso de acción no siempre ha tenido los mejores resultados. A veces trajo como consecuencia que aquellos que fueron reprobados dejaron de hacer

las mismas cosas que deberían haber hecho, porque temían que no las harían en forma correcta; y entonces se les echaría la culpa por ello. En la medida en que éste ha sido el caso, la carga ha caído más pesadamente sobre mi esposo.

Lo mejor para él habría sido ausentarse de la oficina más de lo que lo ha hecho, y dejar que otros hicieran el trabajo. Y si después de una prueba paciente y justa, demostraran ser infieles o incapaces para el trabajo, tendría que despedírselos, dejando que se ocuparan en negocios donde sus desaciertos y errores afectarían sus intereses personales y no la causa de Dios.

Estaban aquellos que estuvieron a la cabeza del negocio de la Asociación Publicadora quienes, por no decir algo peor, fueron infieles. Y si aquellos que estaban asociados con ellos como fideicomisarios hubieran estado al tanto de lo que pasaba y sus ojos no hubiesen estado cegados y su sensibilidad paralizada, esos hombres habrían sido separados de la obra mucho antes de cuando lo fueron.

Cuando mi esposo se recuperó de su larga y severa enfermedad, se encargó del trabajo confuso y desordenado, tal como fue dejado por hombres infieles. Trabajó con todo el tesón y la fuerza de la mente y el cuerpo que poseía, para poner en orden el trabajo y librarlo de la vergonzosa confusión en la que lo habían sumido aquellos que le daban un lugar prominente a sus propios intereses y que no sentían que la tarea en la que estaban ocupados era sagrada. La mano de Dios se ha extendido para juzgar a estos infieles. Su curso de acción y sus resultados deberían constituir una advertencia a otros para no hacer como ellos han hecho.

La experiencia de mi esposo durante el período de su enfermedad fue desdichada. Había trabajado en esta causa con interés y devoción como ningún otro hombre lo había hecho. Había corrido riesgos y asumido posiciones avanzadas según la Providencia lo había dirigido, sin tener en cuenta la censura o las alabanzas. Había permanecido solo, y batallado en medio de sufrimientos físicos y mentales, ignorando sus propios intereses, mientras

las personas a quienes Dios había designado para que se mantuvieran a su lado lo dejaron cuando él más necesitaba su ayuda. No sólo había sido abandonado para batallar y luchar sin su ayuda y comprensión, sino que frecuentemente había tenido que enfrentar su oposición y quejas contra uno que estaba haciendo diez veces más que cualquiera de ellos para establecer la causa de Dios. Todas estas cosas habían ejercido su influencia; habían moldeado la mente que en un tiempo estaba libre de sospechas, y que tenía una actitud confiada, y habían hecho que perdiera confianza en sus hermanos. Aquellos que tuvieron parte en crear esta situación, en gran medida serán responsables por el resultado. Dios los habría dirigido si le hubieran servido ferviente y devotamente.

Se me mostró que mi esposo les había dado a sus hermanos evidencias inequívocas de su interés en la obra de Dios y su devoción a ella. Después de pasar años sufriendo privaciones y trabajando incesantemente para establecer los intereses de la obra de publicaciones sobre una base firme, le entregó al pueblo de Dios aquello que era suyo y

que simplemente podría haber retenido y recibido las ganancias de ello si hubiera decidido hacerlo. Este acto mostró a la gente que no estaba tratando de obtener ventajas personales, sino que buscaba promover la causa de Dios.

Cuando mi esposo fue sorprendido por la enfermedad, muchos actuaron con la misma insensibilidad hacia él que la que los fariseos mostraban hacia los desgraciados y oprimidos. Los fariseos les decían a los sufrientes que sus aflicciones eran consecuencias de sus pecados, y que los juicios de Dios habían caído sobre ellos. Al hacer esto aumentaban el peso de sus sufrimientos. Cuando mi esposo cayó bajo la carga de las preocupaciones, hubo quienes fueron implacables.

Cuando empezó a recuperarse, de modo que en su debilidad y pobreza comenzó a trabajar algo, les pidió a los que estaban al frente de los asuntos en la oficina, que le dieran un cuarenta por ciento de descuento en un pedido de libros por valor de cien dólares. Estaba dispuesto a pagar sesenta dólares por los libros que él sabía que le costaban a la

Asociación sólo cincuenta dólares. Pidió este descuento especial en vista de sus labores y sacrificios pasados en favor del departamento de publicaciones, pero se le negó este pequeño favor. Se le dijo fríamente que sólo podían darle un descuento del veinticinco por ciento. Mi esposo pensó que esto era muy duro, sin embargo trató de soportarlo en forma cristiana. Dios anotó en el cielo esta decisión injusta y desde ese momento tomó el caso en sus propias manos, y ha devuelto las bendiciones quitadas, como hizo con el fiel Job. Desde que se tomó esa decisión despiadada, el Señor ha estado obrando en favor de su siervo, y lo ha levantado por encima de su previa condición de salud del cuerpo, claridad y fuerza mental, y libertad de espíritu. Y desde entonces mi esposo ha tenido el placer de distribuir con sus propias manos, publicaciones por valor de miles de dólares, sin costo alguno. Dios no olvidará completamente ni abandonará para siempre a aquellos que han sido fieles, aunque a veces cometan errores.

Mi esposo ha tenido celo por Dios y la verdad, y a veces este celo lo ha llevado a trabajar en

exceso a expensas de su fuerza física y mental. Pero el Señor no ha considerado esto como un pecado tan grande como el descuido y la infidelidad de sus siervos en reprobar las injusticias. Aquellos que alabaron a los infieles y adularon a los profanos fueron partícipes de su pecado de descuido e infidelidad.

Dios ha escogido a mi esposo y le ha dado aptitudes especiales, capacidad natural y cierta experiencia para conducir a su pueblo en una obra de vanguardia. Pero ha habido murmuradores entre los adventistas que guardan el sábado como los hubo en el antiguo Israel y, mediante sus sugerencias e insinuaciones, estos individuos celosos, suspicaces, han dado ocasión a los enemigos de nuestra fe a desconfiar de la honestidad de mi esposo. Estas personas celosas de la misma fe han presentado asuntos ante los incrédulos en una luz falsa, y las impresiones hechas impiden que muchos abracen la verdad. Consideran a mi esposo como un hombre intrigante, egoísta, avaro, y tienen temor de él y de la verdad sustentada por nosotros como pueblo.

Cuando se restringía el apetito del antiguo Israel, o cuando se les imponía cualquier requerimiento estricto, ellos desacreditaban a Moisés diciendo que era arbitrario, que quería dominarlos y regirlos por completo, cuando era solamente un instrumento en la mano de Dios para conducir a su pueblo a una posición de sumisión y obediencia a la voz divina.

El Israel moderno ha murmurado y sentido celos de mi esposo porque él ha abogado en favor de la causa de Dios. Ha fomentado la liberalidad, ha reprendido a los que amaban este mundo y ha censurado el egoísmo. Él ha pedido donaciones para la causa de Dios y, para estimular la liberalidad en sus hermanos, ha tomado la iniciativa, dando él mismo donaciones generosas; pero muchas personas murmuradoras y celosas, incluso han interpretado esto diciendo que deseaba beneficiarse personalmente con los recursos de sus hermanos y que se había enriquecido a expensas de la causa de Dios, cuando los hechos en este caso son que Dios ha confiado medios en sus manos

para ponerlo por encima de privaciones, de modo que no necesite depender de la misericordia de personas volubles, murmuradoras y celosas. Como no hemos buscado egoístamente nuestro propio interés, sino que hemos cuidado de la viuda y de los huérfanos, Dios en su providencia ha obrado en nuestro favor y nos ha bendecido con prosperidad y en abundancia.

Moisés sacrificó un reino en perspectiva, una vida de honor y lujo mundanales en cortes reales, escogiendo más bien ser afligido con el pueblo de Dios que disfrutar de los placeres del pecado por un tiempo, teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que todos los tesoros de los egipcios. Podríamos haber hecho eso al haber escogido una vida de comodidad, libre de trabajos y cuidados. Pero esa no fue nuestra elección. Escogimos una labor activa en la causa de Dios, una vida itinerante, con todas sus penurias, privaciones y exposición a distintos peligros, antes que una vida de indolencia. No hemos vivido para agradarnos a nosotros mismos, sino que hemos tratado de vivir para Dios, para agradarle y

glorificarle. No nos propusimos trabajar para hacernos de propiedades, pero Dios ha cumplido su promesa dándonos cien veces tanto en esta vida. Él puede probarnos quitándonos esos bienes. Si así ocurre, oramos para ser sumisos y soportar humildemente la prueba.

Mientras él nos confíe talentos de dinero e influencia, trataremos de invertirlos en su causa, para que si el fuego los consume y la adversidad los reduce, podamos tener la satisfacción de saber que algunos de nuestros tesoros están donde el fuego no puede consumir ni la adversidad arrebatar. La causa de Dios es un banco seguro que nunca puede fallar, y la inversión de nuestro tiempo, nuestro interés y nuestros recursos en ella es un tesoro en los cielos que no falla.

Se me mostró que mi esposo ha tenido que triplicar el esfuerzo que tendría que haber hecho. Le ha sido difícil soportar que los hermanos R y S no le ayudaran a llevar sus responsabilidades, y ha lamentado que no le auxiliaran en los asuntos comerciales relacionados con el Instituto y la

Asociación Publicadora. Ha habido un progreso continuo en la obra de publicaciones desde que los infieles fueron separados de ella. Y a medida que el trabajo aumentaba, debería haber habido hombres que compartieran las responsabilidades; pero algunos que podrían haber hecho esto no sintieron deseos de hacerlo, porque ello no aumentaría sus posesiones tanto como algunos negocios más lucrativos.

En nuestra oficina no hay ese talento que debería haber. La obra demanda que las personas más escogidas y selectas se ocupen de ella. Con el actual estado de cosas en la oficina mi esposo todavía sentirá la presión que ha sentido, pero que no debiera llevar por más tiempo. Es sólo por un milagro de la misericordia de Dios que él ha resistido tanto tiempo bajo la carga. Pero ahora hay muchas cosas que debieran considerarse. Por su diligencia perseverante y devoción al trabajo él ha mostrado lo que se puede hacer en el departamento de publicaciones. Hombres con un espíritu desinteresado combinado con un juicio santificado pueden convertir en un éxito las tareas de la

oficina. Mi esposo ha llevado la carga solo por tanto tiempo que esto ha tenido un efecto terrible sobre su fortaleza física, y existe la necesidad positiva de un cambio. Hay que liberarlo al máximo de preocupaciones, para que pueda seguir trabajando en la causa de Dios, predicando y escribiendo.

Cuando regresamos de Kansas en el otoño de 1870, ambos tendríamos que haber tenido un período de descanso. Se necesitaban semanas de vernos libres de preocupaciones para reponer nuestras energías exhaustas. Pero cuando encontramos casi abandonado el importante puesto en Battle Creek, nos sentimos compelidos a encargarnos de la obra con dobladas energías, y trabajamos más allá de nuestras fuerzas. Se me mostró que mi esposo no debería seguir allí por más tiempo a menos que hubiera hombres que sintieran las necesidades de la causa y llevaran las cargas del trabajo, mientras que él simplemente actuara como un consejero. Debe deponer la carga, porque Dios tiene una obra importante para que él realice al escribir y hablar la verdad. Nuestra

influencia al trabajar en el vasto campo será más efectiva para la edificación de la causa de Dios. Hay mucho prejuicio en muchas mentes. Declaraciones falsas nos han puesto en una posición incorrecta ante la gente, y esto se interpone para que muchos abracen la verdad. Si se les hace creer que aquellos que ocupan puestos de responsabilidad en la obra en Battle Creek son intrigantes y fanáticos, llegan a la conclusión de que toda la obra está equivocada y que nuestros puntos de vista de la verdad bíblica deben ser incorrectos, y temen investigar y recibir la verdad. Pero no hemos de decir a la gente que nos mire a nosotros; por lo general no hemos de hablar de nosotros mismos para vindicar nuestros caracteres; pero debemos hablar la verdad, exaltar la verdad, hablar de Jesús, exaltar a Jesús, y esto, acompañado del poder de Dios, quitará prejuicios y desarmará la oposición.

A los hermanos R y S les encanta escribir, como también a mi esposo. Y Dios ha permitido que su luz brille sobre su Palabra, y lo ha guiado [a mi esposo] a un campo de pensamientos fructíferos

que serán una bendición para el pueblo de Dios en general. Mientras él llevaba una carga triple, algunos de sus compañeros de ministerio permitieron que la responsabilidad recayera pesadamente sobre él, consolándose con el pensamiento de que Dios había puesto al hermano White a la cabeza de la obra y lo había calificado para ello, y que el Señor no los había preparado para ese puesto; por lo tanto ellos no habían asumido la responsabilidad ni llevado las cargas que podrían haber llevado.

Tendría que haber hombres que sintieran el mismo interés que mi esposo ha sentido. Nunca ha habido un período más importante en la historia de los adventistas del séptimo día que el presente. En vez de que la obra de publicaciones disminuya, la demanda de nuestras publicaciones está aumentando grandemente. Habrá más para hacer en vez de menos. Ha habido tantas murmuraciones contra mi esposo, él ha contendido por tanto tiempo contra los celos y la falsedad, y visto tan poca fidelidad en los hombres, que se ha vuelto suspicaz de casi todos, aun de sus propios

hermanos en el ministerio. Los hermanos en el ministerio han sentido esto, y por temor de no actuar sabiamente, en muchos casos no han actuado para nada. Pero ha llegado el tiempo cuando estos hombres deben trabajar en forma unida para levantar las cargas. Los hermanos que ministran carecen de fe y confianza en Dios. Creen en la verdad, y en el temor de Dios debieran unir sus esfuerzos y llevar las cargas de esta obra que Dios ha colocado sobre ellos.

Si después que uno hizo lo mejor que podía según su criterio, otro cree advertir algún detalle donde podría haber mejorado el asunto, debe dar a su hermano con bondad y paciencia el beneficio de su juicio, pero no puede censurarlo ni poner en duda su integridad de propósito, como no quisiera él tampoco que se sospechara de él o se le censurara injustamente. Si el hermano que toma a pecho la causa de Dios ve que ha fracasado en sus fervorosos esfuerzos para obrar, se afligirá por ello; porque estará inclinado a recelar de sí mismo y a perder la confianza en su propio juicio. Nada debilitará tanto su valor como el darse cuenta de

sus errores en la obra que Dios le señaló y que él ama más que a su propia vida. Cuán injusto sería entonces que sus hermanos, al descubrir sus errores, hundieran más y más la espina en su corazón, intensificando sus sentimientos, cuando con cada golpe debilitan su fe y valor y confianza en sí mismo para trabajar con éxito en la edificación de la causa de Dios.

Con frecuencia la verdad y los hechos deben ser presentados claramente a los que yerran para hacerles ver y sentir su error a fin de que se reformen. Pero esto debe hacerse siempre con ternura compasiva, no con dureza o severidad, sino considerando uno mismo las propias debilidades, no sea que también resulte tentado. Cuando el que cometió la falta vea y reconozca su error, en vez de agraviarle y tratar de hacerle sentir más intensamente lo que ha hecho, se le debe consolar. Cristo dijo en su sermón del monte: “No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con que medís, se os medirá”. (Mateo 7:1, 2) Nuestro Salvador reprendió los juicios

precipitados. “¿Por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano... y he aquí la viga en el ojo tuyo?” (Cap. 7:3, 4) Sucede con frecuencia que mientras alguien está dispuesto a discernir los errores de sus hermanos, tal vez comete mayores faltas él mismo y, sin embargo, no lo ve.

Todos los que seguimos a Cristo debemos tratarnos unos a otros exactamente como deseamos que el Señor nos trate en nuestros errores y debilidades, porque todos erramos y necesitamos su compasión y perdón. Jesús consintió en revestirse de la naturaleza humana, para que supiera compadecerse de los mortales pecaminosos y errantes e interceder ante su Padre en favor de ellos. Se ofreció para ser el abogado del hombre y se humilló para familiarizarse con las tentaciones que asediaban al hombre, a fin de que pudiese socorrer a los que son tentados y fuera un tierno y fiel sumo sacerdote.

Con frecuencia es necesario reprender claramente el pecado y desaprobar el mal. Pero los ministros que trabajan por la salvación de sus

semejantes no deben ser implacables con los errores que hay entre ellos ni hacer prominentes los defectos que hay en sus organizaciones. No deben exponer o reprender sus debilidades. Deben preguntarse si, en caso de que otro siguiera esta conducta con ellos mismos, produciría el efecto deseado; ¿aumentaría su amor por el que recalcase sus errores o acrecentaría su confianza en él? Especialmente los errores de los ministros dedicados a la obra de Dios deben ser mantenidos en un círculo tan pequeño como sea posible, porque son muchos los débiles que se aprovecharían de saber que los que ministran en palabra y doctrina tienen debilidades como los otros hombres. Es algo muy cruel que las faltas de un ministro sean expuestas a los incrédulos si ese ministro es tenido por digno de trabajar en el futuro por la salvación de las almas. Ningún bien puede provenir de esta exposición, sino solamente daño. Al Señor le desagrada esta conducta, porque socava la confianza del pueblo en aquellos a quienes él acepta para hacer avanzar su obra. El carácter de todo colaborador debe ser custodiado celosamente por sus hermanos en el ministerio.

Dios dice: “No toquéis... a mis ungidos, ni hagáis mal a mis profetas”. (1 Crónicas 16:22) Debe estimarse el amor y la confianza. La falta de este amor y confianza de un ministro hacia otro, no aumenta la felicidad del que es así deficiente, sino que al mismo tiempo que labra la desdicha de su hermano, él mismo es desdichado. Hay en el amor mayor poder que en la censura. El amor se abrirá paso a través de las vallas, mientras que la censura cerrará toda vía de acceso al alma.

Mi esposo necesita un cambio. Pueden ocurrir pérdidas en la oficina de publicaciones por falta de su larga experiencia, pero la pérdida de dinero no puede compararse en absoluto con la salud y la vida del siervo de Dios. El ingreso de recursos puede no ser tan grande por falta de gerentes ahorrativos, pero si [la salud de] mi esposo fallara nuevamente, ello descorazonaría a sus hermanos y debilitaría sus manos. Los recursos no pueden considerarse como un equivalente.

Hay mucho por hacer. Debiera haber misioneros en el campo que estuviesen dispuestos,

si es necesario, a ir a países extranjeros a presentar la verdad a la gente que se encuentra en tinieblas. Pero entre los jóvenes hay poca disposición a consagrarse a Dios y dedicar sus talentos a su servicio. Están demasiado inclinados a rehuir responsabilidades y cargas. No están obteniendo la experiencia de llevar cargas o el conocimiento de las Escrituras que debieran tener para capacitarlos para el trabajo que Dios aceptaría de sus manos. Es el deber de todos ver cuánto pueden hacer por el Maestro que murió por ellos. Pero muchos están tratando de hacer tan poco como sea posible y acarician la vaga esperanza de entrar finalmente en el cielo. Es su privilegio tener estrellas en su corona por las almas salvadas por su intermedio. Pero, ¡qué pena!, prevalecen por doquiera la indolencia y la pereza espiritual. El egoísmo y el orgullo ocupan un gran lugar en sus corazones, y apenas hay poco espacio para las cosas espirituales.

En la oración que Cristo enseñó a sus discípulos estaba el pedido: “Perdona nuestras deudas como nosotros perdonamos a nuestros deudores”. No podemos repetir esta oración desde

el corazón y atrevernos a no ser perdonadores, porque le pedirnos al Señor que perdone nuestras deudas contra él de la misma manera como nosotros perdonamos a quienes nos ofenden. Pero pocos comprenden la verdadera importancia de esta oración. Si aquellos que no son perdonadores comprendieran la profundidad del significado de la oración, no se atreverían a repetirla y pedirle a Dios que los trate como ellos tratan a sus semejantes mortales. Y sin embargo este espíritu de dureza y de falta de perdón existe en un grado alarmante aun entre hermanos. Hermanos que son severos unos con otros.

**Pruebas peculiares**

La posición que mi esposo ha ocupado por tan largo tiempo en la causa y la obra de Dios lo ha enfrentado a pruebas peculiares. Su adaptación a los negocios y su claro discernimiento han inducido a sus hermanos de ministerio a descargar responsabilidades sobre él que ellos mismos tendrían que haber llevado. Esto ha hecho que sus cargas sean muy grandes. Y sus hermanos, al no

asumir su parte de las cargas, han perdido una valiosa experiencia que era su privilegio obtener si hubieran ejercitado sus mentes en el área de velar por el bien de la obra, de ver y sentir lo que debe hacerse para la edificación de la causa.

Grandes pruebas recayeron sobre mi esposo por el hecho de que sus hermanos en el ministerio no estuvieron a su lado cuando él más necesitaba su ayuda. El chasco que sintió repetidamente cuando las personas de quienes dependía lo defraudaron en tiempos de mayor necesidad, casi destruyó su capacidad de esperar y creer en la lealtad de sus hermanos en el ministerio. Su espíritu se ha herido tanto que sintió que tenía motivos para estar angustiado, y permitió que su mente se explayara sobre sus desalientos. Dios desea que él cierre este canal de tinieblas, porque está en peligro de naufragar en este punto. Cuando su mente se deprime, es natural para él hacer mención del pasado y explayarse en sus sufrimientos anteriores; y una actitud irreconciliable toma posesión de su espíritu, porque Dios le ha permitido verse tan asediado de pruebas que han recaído

innecesariamente sobre él.

El Espíritu de Dios se ha dolido porque él no ha confiado sus caminos plenamente a Dios ni se ha entregado enteramente en sus manos, para impedir así que su mente ande en el canal de la duda y la incredulidad respecto a la integridad de sus hermanos. Al hablar de dudas y desalientos no ha remediado el mal, sino que ha debilitado sus propias facultades y le ha dado ventajas a Satanás para molestarlo y angustiarlo. Él ha errado al hablar de sus desalientos y explayarse sobre los aspectos desagradables de su experiencia. Al hablar así esparce tinieblas en vez de luz. A veces él mismo ha colocado una carga de desaliento sobre sus hermanos, lo cual no le ha ayudado en lo más mínimo, sino que sólo ha debilitado sus manos. Él debería tener la regla de no hablar con incredulidad o desaliento, ni explayarse en sus aflicciones. Sus hermanos generalmente lo han amado y se han compadecido de él, y le han excusado esta falta, conociendo la presión de las preocupaciones que lo abruman y su devoción a la causa de Dios.

Mi esposo ha trabajado incansablemente para llevar la obra de publicaciones a su actual estado de prosperidad. Vi que sus hermanos le han manifestado más solidaridad y afecto de lo que él pensaba. Revisaban ansiosamente la revista para encontrar algo de su pluma. Si hay un tono de alegría en sus escritos, si él habla en forma animadora, los corazones de ellos se iluminan y algunos hasta lloran con tiernos sentimientos de gozo. Pero si se expresan lobreguez y tristeza, los rostros de sus hermanos y hermanas, al leer tal cosa, se entristecen, y el espíritu que caracteriza sus escritos se refleja en ellos.

El Señor está tratando de enseñarle a mi esposo a tener un espíritu perdonador y a olvidarse de los pasajes oscuros en su experiencia. El recuerdo de un pasado ingrato sólo entristece el presente, y él vuelve a vivir la porción desagradable de la historia de su vida. Al hacerlo se aferra a la oscuridad y está hundiendo la espina más profundamente en su espíritu. Ésta es la debilidad de mi esposo, lo que está desagradando a Dios. Esto trae oscuridad y no luz. Él puede sentir un alivio aparente y

momentáneo al expresar sus sentimientos; pero esto sólo agudiza la sensación de cuán grandes han sido sus sufrimientos y pruebas, hasta que el cuadro total se magnifica en su imaginación, y los errores de sus hermanos, que han contribuido a acarrearle estas pruebas, parecen tan serios que las faltas de ellos le parecen más de lo soportable.

Mi esposo ha acariciado esta oscuridad por tanto tiempo al revivir las desdichas del pasado, que tiene poco poder para controlar su mente cuando se explaya en estas cosas. Circunstancias y eventos que en un tiempo no le habrían preocupado, se agrandan ante él convirtiéndose en faltas serias de parte de sus hermanos. Se ha vuelto tan sensible a las faltas bajo las cuales ha sufrido que ahora debiera estar lo menos posible en la vecindad de Battle Creek, donde ocurrieron muchas de las circunstancias desagradables. Dios sanará su espíritu herido, si él se lo permite. Pero al hacerlo, tendrá que enterrar el pasado. No debiera hablar más ni escribir acerca de él. A Dios le desagrada categóricamente que mi esposo vuelva a contar sus dificultades y sus agravios peculiares del

pasado. Si hubiera considerado estas cosas pensando que no le fueron hechas a él, sino al Señor, de quien él es instrumento, entonces habría recibido una gran recompensa. Pero él ha interpretado las murmuraciones de sus hermanos como cometidas contra sí mismo, y se ha sentido llamado a explicarles a todos cuán equivocado y perverso era que se quejaran de él cuando no merecía la censura y el abuso de ellos. Si mi esposo hubiera sentido que podía dejar todo este asunto con el Señor, y que las murmuraciones y negligencias de ellos eran contra el Maestro en vez de ser contra el siervo que está al servicio del Maestro, no se habría sentido tan agraviado, y esto no lo habría herido. Debiera haber dejado esto con el Señor, cuyo siervo él es, para que Dios peleara sus batallas en su favor y para que vindicase su causa. Entonces habría finalmente recibido una preciosa recompensa por todos sus sufrimientos por la causa de Cristo.

Vi que mi esposo no tendría que explayarse en los hechos dolorosos de nuestra experiencia. Ni debiera escribir sobre los agravios sufridos, sino

mantenerse tan lejos de ellos como es posible. El Señor sanará las heridas del pasado si él aparta su atención de ellas. “Porque esta leve y momentánea tribulación, produce una eterna gloria, que supera toda comparación. Así, fijamos nuestros ojos, no en lo que se ve, sino en lo que no se ve. Porque lo que se ve es temporal, pero lo que no se ve es eterno”. (2 Corintios 4:17, 18, NRV) Cuando sus hermanos que han cometido errores los confiesan, él debiera aceptar las confesiones y generosa y noblemente, tratar de animar a aquellos que han sido engañados por el enemigo. Debiera cultivar un espíritu perdonador y no detenerse en las faltas y errores de otros, porque al hacerlo no sólo debilita su propia alma, sino que tortura la mente de sus hermanos que han errado, cuando quizás han hecho todo lo que podían hacer mediante la confesión para corregir sus errores pasados. Si Dios ve necesario que se les presente alguna porción de su conducta pasada, para que puedan comprender cómo evitar errores en el futuro, él hará esta obra; pero mi esposo no debiera confiar que él mismo puede hacerlo, porque esto despierta escenas pasadas de sufrimiento que el Señor quisiera que él

olvidase.

Capítulo 10

# Parábolas de los Perdidos

## La oveja perdida

Se me remitió a la parábola de la oveja perdida. Se deja a las noventa y nueve en el desierto, y se inicia la búsqueda de aquella que se extravió. Cuando se la encuentra, el pastor la pone sobre sus hombros y regresa gozoso. No lo hace murmurando ni censura a la pobre oveja perdida por haberle causado tantas molestias, sino que regresa lleno de alegría con el peso de ésta sobre sus hombros. Y se requiere una demostración de gozo aún mayor. Se llama a los amigos y vecinos para que se regocijen con el pastor, “porque he encontrado mi oveja que se había perdido”. El haber hallado la oveja perdida constituye el motivo del regocijo; nadie se interesa más en el hecho de que se haya extraviado, porque el gozo de haberla encontrado de nuevo supera la pena de la pérdida y todos los cuidados, perplejidades y peligros que se afrontaron al buscar a la oveja perdida y al traerla

de nuevo a un lugar seguro. “Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento”. (Lucas 15:6, 7)

**La dracma perdida**

La dracma perdida representa a los pecadores extraviados y errantes. El cuidado con que la mujer buscó la dracma perdida les enseña a los seguidores de Cristo una lección con respecto a su deber hacia los que yerran y se extravían de la senda recta. La mujer encendió su candil para tener más luz, luego barrió la casa y buscó diligentemente hasta encontrar la moneda.

Aquí se define claramente cuál es el deber de los cristianos hacia aquellos que necesitan ayuda porque se han apartado de Dios. No se debe abandonar en las tinieblas y el error a aquellos que han errado, sino que deben emplearse todos los medios de que se disponga para traerlos de nuevo a la luz. Se enciende el candil y, mediante fervientes oraciones en procura de luz celestial para encarar

los casos de aquellos que se encuentran cercados por las tinieblas y la incredulidad, se escudriña la Palabra de Dios para hallar puntos claros de la verdad, a fin de que los cristianos se encuentren tan fortificados con los argumentos que surgen de ella, con sus amonestaciones, amenazas y expresiones de ánimo, que puedan alcanzar a los que se han apartado. La indiferencia y la negligencia tendrán que hacer frente al desagrado de Dios.

Cuando la mujer encontró la dracma, llamó a sus amigos y vecinos y les dijo: “Gozaos conmigo, porque he encontrado la dracma que había perdido. Así os digo que hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente”. (Lucas 15:9, 10) Si los ángeles de Dios se regocijan cuando los pecadores ven y confiesan sus errores y retornan al compañerismo de sus hermanos, cuánto más deberían alegrarse los seguidores de Cristo, siendo pecadores ellos mismos, ya que cada día necesitan del perdón de Dios y de sus hermanos, al ver regresar a su hermano o hermana que fuera engañado por los sofismas de Satanás y siguiera una conducta equivocada que le ocasionó

sufrimiento.

En lugar de mantener a distancia a los errantes, los hermanos deben ir a su encuentro. En lugar de censurarlos porque están en las tinieblas, deben encender sus propias lámparas para obtener más gracia divina y un conocimiento más claro de las Escrituras, de modo que puedan disipar las tinieblas de aquellos que están en el error, gracias a la luz que les traen. Y cuando tienen éxito, y los apóstatas comprenden su error y se avienen a seguir en pos de la luz, deben recibirlos alegremente, y no con un espíritu de murmuración o haciendo un esfuerzo para darles a entender la magnitud de su pecado, por cuya causa se ha requerido preocupación extraordinaria, ansiedad, y fatigoso trabajo. Si los puros ángeles de Dios saludan el evento con alegría, cuánto más deben regocijarse sus hermanos, quienes a sus vez han necesitado comprensión, amor y ayuda cuando han errado y no han sabido cómo salir del paso al encontrarse en las tinieblas.

## El hijo pródigo

Se me llamó la atención a la parábola del hijo pródigo. Pidió a su padre que le diera su porción de la herencia. Deseaba separar sus intereses de los de su padre y manejar su parte según su propia inclinación. El padre aceptó esta petición, y el hijo, egoístamente, se apartó de él, a fin de no sentirse molesto con sus consejos y reproches.

Pensaba que sería muy feliz cuando pudiera emplear su parte de la herencia de acuerdo con su propio placer, sin sentirse coartado por las advertencias o las restricciones. No deseaba sentir la molestia de la obligación mutua. Si compartía la propiedad con su padre, éste tenía derecho sobre él como hijo. Pero no sentía obligación alguna hacia su generoso progenitor, y fortaleció su espíritu rebelde y egoísta con la idea de que le pertenecía una parte de la propiedad del autor de sus días. Exigió esa parte cuando en justicia no podía pedir nada ni debiera haber recibido nada.

Después que el egoísta hubo recibido el tesoro

del cual era tan indigno, se alejó como si hasta quisiera olvidarse de que tenía padre. Despreció la restricción y se decidió plenamente a obtener el placer del modo y la manera que mejor le pareciese. Después de haber gastado en sus complacencias pecaminosas todo lo que su padre le diera, se produjo una hambruna en el país, y se sintió atenaceado por la necesidad. Entonces comenzó a lamentarse por su conducta pecaminosa y sus placeres extravagantes, porque se encontraba desprovisto de todo y necesitaba los medios que había dilapidado. Se vio obligado a descender de su vida de satisfacciones pecaminosas al oficio degradante de porquerizo.

Después de haber caído hasta el fondo, pensó en la amabilidad y bondad paternas. Entonces sintió la necesidad de un padre. Por su propia culpa se encontraba sin amigos y sufriendo privaciones. Su desobediencia y pecado habían dado como consecuencia que se encontrara ahora separado de su progenitor. Pensó en los privilegios y bondades que los jornaleros de éste gozaban libremente, mientras él, que se había alejado de la casa de su

padre, perecía de hambre. Humillado por la adversidad, decidió volver a él y confesar humildemente su falta. Era un pordiosero que carecía de ropas confortables e incluso decentes. Estaba arruinado por causa de las privaciones y enflaquecido por el hambre.

Cuando se encontraba a cierta distancia de su hogar, su padre vio al vagabundo, y lo primero que hizo fue pensar en aquel hijo rebelde que le abandonara años antes para entregarse a una vida de pecado sin restricciones. Sus sentimientos paternos se conmovieron. A pesar de todas las señales de degradación, discernió su propia imagen en el hijo. No esperó a que éste recorriera toda la distancia, sino que se apresuró a ir a su encuentro. No le dirigió reproches, sino que, con la más tierna compasión y piedad por el hecho de que a causa de su propia conducta pecaminosa se había atraído tantos sufrimientos, se apresuró a darle pruebas de su amor y de su perdón.

A pesar de que su hijo estaba demacrado y su rostro indicaba claramente la vida disoluta que

había llevado, a pesar de venir cubierto con los andrajos de un pordiosero y con los pies desnudos sucios por el polvo del camino, el padre sintió la más profunda piedad cuando éste cayó postrado humildemente delante de él. No se contuvo en su dignidad; no fue exigente. No desplegó ante él la conducta errónea y pecaminosa del pasado, para hacerle sentir cuánto había caído. Lo levantó y lo besó. Estrechó a su hijo rebelde contra su corazón y envolvió en su propia rica túnica su cuerpo casi desnudo. Lo abrazó contra su pecho con tanto calor, y manifestó tanta piedad, que si alguna vez el hijo había dudado de la bondad y amor de su padre, no podía seguir haciéndolo. Si era consciente de su pecado cuando decidió regresar a la casa del autor de sus días, tuvo una sensación aun más profunda de su ingrata conducta cuando se le recibió de esta manera. Su corazón, ya vencido, se quebrantó ahora debido a que comprendía que había contristado el amor de ese padre.

El hijo penitente y tembloroso, que sentía gran temor de ser repudiado, no estaba preparado para tal recibimiento. Sabía que no lo merecía, y de este

modo reconoció el pecado que cometiera al abandonar a su padre: “He pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo”. (Lucas 15:21) Sólo pedía que se le aceptara como jornalero. Pero el padre pidió a sus siervos que le dieran señales especiales de respeto y que lo vistieran como si siempre hubiera sido su hijo obediente.

El padre hizo del regreso de su hijo una ocasión de regocijo especial. El hijo mayor, que se encontraba en el campo, no sabía que su hermano había regresado, pero escuchó las demostraciones generales de regocijo y preguntó a los siervos qué significaba todo aquello. Se le explicó que su hermano, a quien creían muerto, había regresado, y que su padre había dado muerte al becerro grueso para él debido a que lo recibía como si hubiera resucitado de los muertos. Entonces el hermano se enojó y no quiso ir a verlo ni a recibirlo. Se sentía muy indignado debido a que se recibía ahora con tanto honor al infiel, que había abandonado a su padre y le había dejado a él la pesada responsabilidad de cumplir con los deberes que

debían haber compartido ambos. Este hermano se había entregado a una vida de maldad y libertinaje, había dilapidado los bienes que su padre le diera, hasta verse reducido a la necesidad, mientras que él había sido fiel en el hogar al llevar a cabo todos sus deberes de hijo; y ahora, este disoluto llega a casa y lo reciben con respeto y honor superiores a todo lo que él jamás había recibido.

El padre suplicó a su hijo mayor que fuera y recibiese a su hermano con alegría, debido a que estaba perdido, pero había sido hallado; estaba muerto en delitos y pecados, pero vivía de nuevo; había adquirido sensibilidad moral y aborrecía su vida de pecado. Pero el hijo mayor manifestó: “He aquí, tantos años te sirvo, no habiéndote desobedecido jamás, y nunca me has dado ni un cabrito para gozarme con mis amigos. Pero cuando vino éste tu hijo, que ha consumido tus bienes con rameras, has hecho matar para él el becerro gordo”. (Lucas 15:29, 30)

El anciano le aseguró a su hijo que siempre estaba con él, y que todo lo que tenía era suyo, pero

que era correcto que manifestara su alegría de esa manera porque su “hermano era muerto, y ha revivido; se había perdido, y es hallado”. (Lucas 15:32) Para el padre, el hecho de que el perdido era hallado, el muerto había revivido, sobrepujaba todas las demás consideraciones.

Esta parábola fue dada por Cristo para representar la manera en que nuestro Padre celestial recibe a los errantes y arrepentidos. El padre es aquel contra el cual se ha pecado; sin embargo, en la compasión de su alma, lleno de piedad y perdón se encuentra con el pródigo y le revela la gran alegría que significa para él que éste su hijo, a quien creía muerto a todo afecto filial, haya llegado a ser sensible a su gran pecado y negligencia, y haya vuelto a su padre, apreciando su amor y reconociendo sus requerimientos. Sabe que el hijo aquel, que se había entregado a una vida de pecado y que ahora está arrepentido, necesita de su piedad y amor. Ha sufrido; ha sentido su necesidad, y viene hacia su padre confiando en que es el único que puede suplir su gran necesidad.

El regreso del hijo pródigo fue fuente de la mayor alegría. Las quejas del hijo mayor eran naturales, pero incorrectas. Sin embargo, ésa es frecuentemente la actitud que asume un hermano contra el otro. Se esfuerzan demasiado por hacer notar dónde han errado los que se encuentran en el error, y en recordarles siempre sus equivocaciones. Los que han errado necesitan compasión, ayuda y aceptación. Sufren, y con frecuencia están abatidos y desalentados. Necesitan sobre todo un amplio perdón.

Capítulo 11

# Trabajo Entre las Iglesias

En el trabajo realizado para la iglesia en Battle Creek en la primavera de 1870, no hubo esa completa dependencia de Dios como lo demandaba la importante ocasión. Los hermanos R y S no confiaron en Dios, ni avanzaron apoyados en la fuerza de él y su gracia, tan plenamente como debieran haberlo hecho.

Cuando el hermano S piensa que una persona está equivocada, frecuentemente es demasiado severo. No ejercita esa compasión y consideración que habría mostrado hacia sí mismo bajo las mismas circunstancias. También está en peligro de juzgar mal y de errar al tratar con otras mentes. Tratar con las mentes humanas es la obra más hermosa y crítica dada alguna vez a los mortales. Aquellos que se ocupan en esta obra deberían tener un discernimiento claro y buena capacidad de discriminación. Una genuina independencia de criterio es completamente diferente de ser

precipitado. No debiera renunciarse fácilmente a esa virtud de poseer un criterio independiente, lo que conduce a una opinión cautelosa, piadosa, deliberada; no hay que hacerlo hasta que la evidencia es suficientemente fuerte como para tener la certeza de que estamos equivocados. Esta independencia [de opinión] conservará la mente serena e inalterable en medio de los numerosos errores que prevalecen, y conducirá a aquellos que ocupan puestos de responsabilidad a revisar cuidadosamente las evidencias de cada lado del asunto, y no dejarse regir por la influencia de otros o del ambiente, para formar conclusiones sin un conocimiento inteligente y cabal de todas las circunstancias.

La investigación de casos en Battle Creek se parecía mucho al procedimiento en el cual un abogado examina a un testigo, y había una ausencia definida del Espíritu de Dios. Había unos pocos unidos en este trabajo que eran activos y celosos. Algunos eran santurrones y autosuficientes, y se confiaba en sus testimonios, y su influencia afectó el juicio de los hermanos R y S. Debido a algunas

deficiencias triviales, las hermanas T y U no fueron recibidas como miembros de la iglesia. Los hermanos R y S debieran haber tenido [el suficiente] criterio y discriminación para poder ver que estas objeciones no tenían suficiente peso como para excluir a estas hermanas de la iglesia. Ambas habían estado largo tiempo en la fe y habían sido leales a la observancia del sábado por dieciocho o veinte años.

La hermana V, que sacó a relucir estas cosas, tendría que haber esgrimido razones de más peso en contra de sí misma por las que ella no tendría que haber llegado a ser un miembro de la iglesia. ¿Estaba ella sin pecado? ¿Eran todos sus caminos perfectos ante Dios? ¿Era perfecta en paciencia, abnegación, bondad, tolerancia, y poseía un temperamento calmo? Si no tenía las debilidades de las mujeres corrientes, entonces podría lanzar la primera piedra. Esas hermanas que fueron excluidas de la iglesia eran dignas de un lugar en ella; eran amadas por Dios. Pero se las trató neciamente, sin causa suficiente. Hubo otros casos que fueron manejados sin más sabiduría celestial y

ni siquiera con un criterio sólido. El juicio y la facultad de discriminación del hermano S han sido pervertidos por muchos años a través de la influencia de su esposa, quien ha sido un instrumento de Satanás sumamente efectivo. Si él hubiera poseído la virtud genuina de la independencia [de criterio] habría tenido el respeto propio adecuado y con la debida dignidad habría fortalecido su propia casa. Cuando ha comenzado un curso de conducta destinado a infundir respeto en su familia, generalmente ha llevado el asunto demasiado lejos y ha sido severo y ha hablado en forma áspera y altanera. Al tomar conciencia de esto después de un tiempo, entonces va al extremo opuesto y renuncia a su independencia.

En este estado mental recibe informes de su esposa, renuncia a su juicio, y es engañado fácilmente por sus intrigas. A veces ella fingía sufrir mucho y contaba las privaciones que había soportado y cómo sus hermanos la habían descuidado, en la ausencia de su esposo. Sus engaños y artificios astutos para abusar de la mente de su esposo han sido grandes. El hermano S no ha

recibido plenamente la luz que el Señor le ha dado en el pasado respecto a su esposa o no hubiera sido engañado por ella como lo ha sido. Ha sido esclavizado muchas veces por el espíritu de ella porque su propio corazón y vida no se han consagrado plenamente a Dios. Sus sentimientos se inflamaron contra sus hermanos, y los oprimió. El yo no ha sido crucificado. Debiera tratar fervientemente de colocar todos sus pensamientos y sentimientos en sujeción a la obediencia de Cristo. La fe y la abnegación habrían sido los vigorosos ayudantes del hermano S. Si se hubiera vestido con toda la armadura de Dios y escogido no otra defensa que la que el Espíritu de Dios y el poder de la verdad le dan, habría sido fuerte en la fortaleza de Dios.

Pero el hermano S es débil en muchas cosas. Si Dios le requiriese exponer y condenar a un prójimo, reprobar y corregir a un hermano, o resistir y destruir a sus enemigos, esto sería para él una tarea comparativamente natural y fácil. Pero una guerra contra el yo, sometiendo los deseos y afectos de su propio corazón, y escudriñando y

controlando los motivos secretos de su corazón, es una lucha más difícil. ¡Cuán poco dispuesto está a ser fiel en un desafío como éste! La guerra contra el yo es la batalla más grande que jamás se haya librado. La renuncia del yo, entregando todo a la voluntad de Dios y siendo uno vestido de humildad, poseyendo ese amor que es puro, pacífico, susceptible a las súplicas, lleno de bondad y buenos frutos, no es un logro fácil. Y sin embargo es su privilegio y deber ser un perfecto vencedor aquí. El alma debe someterse a Dios antes que pueda ser renovada en conocimiento y verdadera santidad. La vida santa y el carácter de Cristo es un ejemplo fiel. Su confianza en su Padre celestial era ilimitada. Su obediencia y sumisión fueron sin reserva y perfectas. No vino para ser servido, sino para servir a otros. No vino para hacer su propia voluntad, sino la voluntad de aquel que lo envió. En todas las cosas se sometió a Aquel que juzga rectamente. De los labios del Salvador del mundo se oyeron estas palabras: “No puedo yo hacer nada por mí mismo”. (Juan 5:30)

Se hizo pobre y sin reputación. Tuvo hambre y

frecuentemente sed, y muchas veces se cansó en sus labores; pero no tenía dónde recostar su cabeza. Cuando las sombras frías y húmedas de la noche se cernían en torno a él, frecuentemente la tierra era su lecho. Sin embargo él bendijo a aquellos que lo odiaban. ¡Qué vida! ¡Qué experiencia! ¿Podemos nosotros, los profesos seguidores de Cristo, soportar alegremente la privación y el sufrimiento como lo hizo nuestro Señor, sin murmurar? ¿Podemos beber el vaso y ser bautizados con el bautismo? Si lo hacemos, podremos compartir con él su gloria en el reino celestial. Si no, no tendremos parte con él. El hermano S tiene una experiencia que adquirir, sin la cual su trabajo hará un daño definido. A él lo afecta demasiado lo que otros le dicen de los que yerran; tiende a decidir de acuerdo con las impresiones hechas en su mente, y procede con severidad, cuando un curso de acción más benigno sería por lejos mejor. No tiene en cuenta sus propias debilidades, y cuán difícil le resulta que se cuestione su propia conducta, aun cuando esté equivocado. Cuando llega a la conclusión de que un hermano o una hermana están equivocados, se siente inclinado a llevar el asunto a

su término e insiste en censurar, aunque al hacerlo hiere su propia alma y pone en riesgo las almas de otros.

El hermano S debiera rehuir los juicios de la iglesia y no tener nada que ver con el arreglo de dificultades, si hay forma de evitarlo. Tiene un don valioso, que se necesita en la obra de Dios. Pero debiera separarse de influencias que afectan sus sentimientos, confunden su juicio y lo inducen a proceder en forma insensata. Esto no debiera ni necesita ocurrir. Él ejercita muy poca fe en Dios. Piensa demasiado en sus debilidades corporales y fortalece la incredulidad explayándose en sus pobres sentimientos. Dios tiene fuerza y sabiduría en reserva para aquellos que la buscan fervientemente, creyendo en fe. Se me mostró que el hermano S es un hombre fuerte en algunos puntos, mientras que en otros es tan débil como un niño. Su conducta en el trato con los que yerran ha tenido una influencia que se desparrama. Tiene confianza en su capacidad para trabajar en poner las cosas en orden donde cree que se necesita, pero no ve el asunto rectamente. Entreteje su propio

espíritu en sus labores, y no discrimina, pero a menudo trata a los demás sin ternura. Hay algo así como exagerar el asunto al cumplir el deber estricto en su trato con los individuos. “A otros salvadlos, arrebatándolos del fuego; a otros mostradles compasión, aborreciendo aun la ropa manchada por la carne contaminada”. Judas 23 (NRV).

El deber, el severo deber, tiene una hermana gemela, que es la bondad. Si el deber y la bondad se fusionan, se obtendrá una ventaja definida; pero si se separa el deber de la bondad, si el tierno amor no se mezcla con el deber, se producirá un fracaso, y como consecuencia habrá un daño grande. No ha de forzarse a los hombres y las mujeres, pero muchos pueden ser ganados mediante la bondad y el amor. El hermano S ha sostenido en alto el látigo del evangelio, y sus propias palabras han sido frecuentemente el estallido de ese látigo. Esto no ha influido para estimular a otros a un mayor celo y provocarlos a las buenas obras, sino que ha despertado su espíritu combativo para repeler su severidad.

Si el hermano S hubiera caminado en la luz, no habría cometido tantos errores serios. “El que anda de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero el que anda de noche, tropieza, porque no hay luz en él”. (Juan 11:9, 10) La senda de la obediencia es la senda de la seguridad. “El que camina en integridad anda confiado”. (Proverbios 10:9) Camina en la luz, y “entonces andarás por tu camino confiadamente, y tu pie no tropezará”. (Proverbios 3:23) Aquellos que no caminan en la luz tendrán una religión enfermiza, atrofiada. El hermano S debiera sentir la importancia de caminar en la luz, aunque eso signifique crucificar el yo. Es un esfuerzo serio, motivado por el amor a las almas, que fortalece el corazón y desarrolla las gracias cristianas.

Mi hermano, usted por naturaleza tiene un carácter independiente y altanero. Estima su capacidad para actuar más favorablemente de lo que corresponde. Ora para que el Señor lo humille y lo capacite para su trabajo, y cuando él contesta su oración y lo somete bajo el proceso de disciplina

necesario para el logro del objetivo, usted frecuentemente se deja llevar por las dudas y el desaliento, y piensa que tiene razón para desanimarse. Cuando el hermano W le hacía advertencias y lo refrenaba para que no se ocupara de las dificultades de la iglesia, usted frecuentemente sentía que él lo estaba reprimiendo.

Me fueron mostradas sus labores en Iowa. Se fracasó en forma definida para reunir [a las almas] con Cristo. Usted distrajo, confundió y esparció a las pobres ovejas. Tuvo celo, pero no según ciencia. Sus labores no fueron con amor, sino con firmeza y severidad. Usted fue exigente y dominante. No fortaleció a la [oveja] enferma ni vendó a la lisiada. Su aspereza poco juiciosa empujó a algunos fuera del redil que nunca podrán ser alcanzados y traídos de vuelta. Las palabras dichas apropiadamente son como manzanas de oro con figuras de plata. Las palabras inconvenientes son lo inverso. Su influencia será como granizo desolador.

Usted se ha sentido inquieto, bajo restricción,

cuando el hermano W le ha hecho advertencias, lo ha aconsejado y reprobado. Usted ha pensado que si pudiera actuar libremente y por su cuenta, podría hacer una obra grande y buena. Pero la influencia de su esposa ha perjudicado grandemente su utilidad. Usted no ha gobernado bien su propia casa; ha fallado en ordenar a los suyos que sigan su ejemplo. Ha pensado que sabía cómo administrar los asuntos de su casa. ¡Pero cuán engañado ha estado! Ha seguido demasiado a menudo los impulsos de su propio espíritu, lo que ha causado perplejidades y desalientos, y esto ha nublado su discernimiento y lo ha debilitado espiritualmente de modo que sus trabajos han mostrado muchas imperfecciones.

Las labores de los hermanos R y S fueron prematuras. Estos hermanos tenían ante ellos su experiencia pasada con sus errores, lo que debiera haber sido suficiente para impedirles que se ocuparan en una tarea que no estaban capacitados para cumplir. Había bastante que se necesitaba hacer. Era un lugar difícil en el cual levantar una iglesia. Los rodeaban influencias adversas. Cada

paso tendría que haberse dado con la debida cautela y consideración acompañada de oración.

Estos dos hermanos habían sido advertidos y censurados repetidamente por avanzar en forma imprudente, y no debieran haber asumido las responsabilidades que tomaron. ¡Oh, cuánto mejor habría sido para la causa de Dios en _____, si ellos hubieran trabajado en campos nuevos! La sede de Satanás se encuentra en _____, como también en otras ciudades impías, y él es un enemigo artero contra el cual contender. Había elementos desordenados entre los observadores del sábado en _____ que eran un obstáculo para la causa. Pero hay un tiempo apropiado para hablar y actuar, una oportunidad áurea que rendirá los mejores resultados del trabajo realizado.

Si se hubiera dejado que las cosas se desarrollaran más plenamente antes de tocarlas, los elementos desordenados, no consagrados, se habrían separado y no habría existido un partido opositor. De ser posible, esto siempre se debería evitar. La iglesia haría mejor si sufriera

mortificación y ejercitara más paciencia, que si se apresurase a imponer las ideas, y provocar un espíritu combativo. Aquellos que realmente amaban la verdad por causa de la verdad deberían haber proseguido su curso de acción teniendo en mente la gloria de Dios y permitido que la luz de la verdad brillara ante todos.

Podrían haber anticipado que los elementos de confusión e insatisfacción entre ellos crearían problemas. Satanás no permanecería quieto al ver el surgimiento de una compañía [de creyentes] en _Trabajo ____ para vindicar la verdad y despejar la sofistería y el error. Se encendería su ira y lanzaría una guerra contra aquellos que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesús. Pero esto no debería haber impacientado o desanimado a los creyentes fieles. Estas cosas tendrían que haber influido para que el verdadero creyente fuera más precavido, vigilante y devoto; más tierno, compasivo y amante hacia aquellos que estaban cometiendo un error tan grande respecto a asuntos eternos. Como Cristo ha soportado, y continúa soportando nuestros errores, nuestra

ingratitud y nuestro amor inadecuado, del mismo modo nosotros deberíamos soportar a los que prueban nuestra paciencia. ¿Los seguidores del Jesús desinteresado y abnegado serán diferentes de su Señor? Los cristianos debieran tener corazones bondadosos y pacientes.

## El sembrador del evangelio

La parábola del sembrador del evangelio, que Cristo presentó ante sus oyentes, contiene una lección que debiéramos estudiar. Aquellos que predican la verdad presente y esparcen la buena simiente obtendrán los mismos resultados que el sembrador del evangelio. Todas las clases de personas se verán afectadas en mayor o menor medida por la presentación de la verdad directa y convincente. Algunos serán oyentes junto al camino. Serán afectados por las verdades habladas; pero no han cultivado las facultades corrientes: han seguido la inclinación antes que el deber, y los hábitos malos han endurecido sus corazones hasta que se han vuelto como el camino duro y trillado. Pueden profesar que creen la verdad; pero no

tendrán un sentido preciso de su carácter sagrado y elevado. No se separan de la amistad con los amantes de los placeres y de la sociedad corrupta, sino que se colocan donde son tentados constantemente, y pueden ser perfectamente representados por el campo que no tiene cerca. Invitan a las tentaciones del enemigo y finalmente pierden el interés que parecían tener por la verdad cuando la buena simiente cayó en sus corazones.

Otros son oyentes en pedregales. Reciben fácilmente cualquier cosa nueva y excitante. Reciben con gozo la palabra de verdad. Hablan fervientemente, con ardor y celo en cuanto a su fe y esperanza, e incluso pueden reprochar a creyentes de larga experiencia por alguna aparente deficiencia o por su falta de entusiasmo. Pero cuando son probados por el calor de la prueba y la tentación, cuando se les aplica la tijera de podar de Dios para que puedan rendir fruto que alcance la perfección, su celo muere y sus voces se silencian. Ya no se jactan de la fuerza y el poder de la verdad.

Esta clase está dominada por los sentimientos.

No tienen profundidad ni estabilidad de carácter. Los principios no son profundos, no están implícitos en los motivos de la acción. Por palabra han exaltado la verdad, pero no son hacedores de ella. La semilla de verdad no ha echado raíces debajo de la superficie. El corazón no ha sido renovado por la influencia transformadora del Espíritu de Dios. Y cuando la verdad requiere hombres y mujeres trabajadores, cuando deben hacerse sacrificios por causa de la verdad, ellos están en otra parte; y cuando vienen las pruebas y persecuciones, desertan porque no tienen profundidad de tierra. La verdad, clara, directa y rigurosa, es colocada sobre el corazón y revela la deformidad del carácter. Algunos no soportarán esta prueba, pero frecuentemente cierran los ojos ante sus propias imperfecciones; aunque su conciencia les diga que las palabras habladas por los mensajeros de Dios, que se relacionan tan estrechamente con sus caracteres cristianos, son verdad; sin embargo, no escucharán la voz. Se ofenden a causa de la Palabra y renuncian a la verdad antes que someterse para ser santificados mediante ella. Se lisonjean de que pueden llegar al

cielo en una forma más fácil.

Todavía hay otra clase que está representada en la parábola. Hay hombres y mujeres que escuchan la Palabra y que se convencen de la verdad y la aceptan sin ver la pecaminosidad de sus corazones. El amor al mundo ocupa un gran lugar en sus afectos. En asuntos comerciales a ellos les encanta conseguir lo mejor del convenio. Mienten, y por engaño y fraudes ganan recursos que siempre les resultarán como una espina; porque esto tendrá más peso que sus buenos propósitos e intenciones. La buena semilla sembrada en sus corazones es ahogada. Frecuentemente están tan embargados de preocupaciones y ansiedad, temiendo que no obtendrán ganancias, o que perderán lo que han ganado, que colocan en primer lugar sus asuntos temporales. No nutren la buena simiente. No asisten a reuniones donde sus corazones pueden ser fortalecidos mediante privilegios religiosos. Temen que enfrentarán alguna pérdida en las cosas temporales. El engaño de las riquezas los conduce a jactarse de que es su deber afanarse y ganar todo lo que puedan, para poder ayudar a la causa de

Dios; y sin embargo cuanto más aumentan sus riquezas terrenales, menos inclinados están sus corazones a desprenderse de su tesoro, hasta que se apartan totalmente de la verdad que amaron. La buena semilla es ahogada porque fue tapada con innecesaria ansiedad y preocupaciones mundanales, con el amor a los placeres del mundo y los honores que dan las riquezas.

**El trigo y la cizaña**

En otra parábola que Jesús presentó a sus discípulos, comparó el reino de los cielos a un campo en el cual un hombre sembró buena simiente, pero, mientras dormía, el enemigo sembró cizaña. Se le preguntó entonces al padre de la familia: “¿No sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde, pues, tiene cizaña? Él les dijo: Un enemigo ha hecho esto. Y los siervos le dijeron: ¿Quieres, pues, que vayamos y la arranquemos? Él les dijo: No, no sea que al arrancar la cizaña, arranquéis también con ella el trigo. Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega; y al tiempo de la siega yo diré a los segadores: Recoged

primero la cizaña, y atadla en manojos para quemarla; pero recoged el trigo en mi granero". (Mateo 13:27-30) Si se hubiera ejercido fidelidad y vigilancia, si nadie hubiese dormido y manifestado negligencia, el enemigo no habría tenido una oportunidad tan favorable para sembrar la cizaña entre el trigo. Satanás no duerme nunca. Siempre vela y aprovecha toda oportunidad de mandar sus agentes a diseminar el error, pues halla suelo propicio en muchos corazones no santificados.

Los que creen sinceramente en la verdad se entristecen y ven sus pruebas y pesares muy acrecentados por causa de los elementos que están entre ellos y los molestan, desalientan y descorazonan en sus esfuerzos. Pero el Señor quiere enseñarles a sus siervos una lección de gran cuidado en todos sus movimientos. "Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro". No arranquéis por la fuerza la cizaña, no sea que al desarraigarla, se desarraiguen también las preciosas plantas. Tanto los ministros como los miembros de la iglesia deben ser cautelosos, no sea que manifiesten un celo que no esté de acuerdo con el conocimiento.

Hay peligro de hacer demasiado para curar en la iglesia dificultades que, si se las dejara en paz, con frecuencia se solucionarían solas. Es una conducta equivocada intervenir prematuramente en cualquier iglesia. Debemos ejercer el mayor cuidado, paciencia y dominio propio para soportar estas cosas, y no dedicarnos a ponerlas en orden, trabajando con nuestro propio espíritu.

La obra hecha fue prematura, y ocasionó una separación inoportuna en esa pequeña iglesia. Si los siervos de Dios pudieran haber sentido la fuerza de la lección que dio nuestro Salvador en la parábola del trigo y la cizaña, no habrían iniciado la obra que emprendieron. Antes que se den pasos que hayan de brindar aun a los más indignos la menor ocasión de quejarse por verse separados de la iglesia, el asunto debe ser hecho siempre objeto de la más cuidadosa consideración y ferviente oración. Se tomaron medidas que crearon un partido opositor. Algunos eran oidores del lado del camino, otros correspondían al terreno pedregoso, y otros aun pertenecían a esa clase que recibió la verdad mientras había en el corazón una cantidad

de espinas que ahogaron la buena semilla; éstos no habrían perfeccionado nunca un carácter cristiano. Pero había unos pocos que podrían haber sido nutridos y fortalecidos, y haberse establecido en la verdad; pero la posición asumida por los hermanos R y S provocó una crisis prematura; y luego se manifestó falta de sabiduría y juicio en el trato con la facción.

Aun cuando las personas merezcan ser separadas de la iglesia tanto como Satanás mereció ser echado del cielo, habrá quienes simpaticen con ellas. Hay siempre una clase de personas que siente más la influencia de los humanos que la del Espíritu de Dios y de los sanos principios; y dada su falta de consagración, están siempre dispuestas a ponerse de parte del mal y a conceder su compasión y compañía a los que menos las merecen. Estos simpatizantes ejercen una influencia poderosa sobre los demás; ven las cosas en una luz pervertida, hacen mucho daño y muchas almas quedan arruinadas. Satanás, al rebelarse, arrastró consigo a una tercera parte de los ángeles. Éstos se apartaron del Padre y del Hijo, y se

unieron con el instigador de la rebelión. Teniendo presente estos hechos, debemos obrar con la mayor cautela. ¿Qué podemos esperar sino pruebas y perplejidad en nuestra relación con hombres y mujeres singulares? Debemos soportar esto y evitar la necesidad de arrancar la cizaña, no sea que el trigo sea desarraigado también.

“En el mundo tendréis aflicción” (Juan 16:33), dice Cristo, pero en mí tendréis paz. Las pruebas a las cuales son sometidos los cristianos en la tristeza, la adversidad y el oprobio, son los medios designados por Dios para separar el tamo del trigo. Nuestro orgullo, egoísmo, malas pasiones y amor de los placeres mundanales, deben ser todos vencidos; por lo tanto Dios nos manda aflicciones para probarnos, y mostrarnos que existen estos males en nuestro carácter. Debemos vencer por su fuerza y por su gracia, a fin de participar de la naturaleza divina, habiendo escapado de la corrupción que está en el mundo por la concupiscencia. “Porque esta leve y momentánea tribulación -- dice Pablo --, produce una eterna gloria, que supera toda comparación. Así, fijamos

nuestros ojos, no en lo que se ve, sino en lo que no se ve. Porque lo que se ve es temporal, pero lo que no se ve es eterno” (2 Corintios 4:17, 18, NRV) Las aflicciones, las cruces, las tentaciones, la adversidad y nuestras variadas pruebas, son los medios que emplea Dios para refinarnos, santificarnos y hacernos dignos de su alfolí celestial.

El daño hecho a la causa de Dios por las acciones prematuras no puede nunca repararse plenamente. La causa de Dios no ha progresado como habría podido hacerlo, y no es apreciada por la gente como antes que se hiciera esa obra. Con frecuencia, hay entre nosotros personas cuya influencia parece ser simplemente un cero a la izquierda; su vida parece inútil; pero si se les permite que se vuelvan rebeldes y combativas, se truecan en celosos obreros de Satanás. Esta obra está más de acuerdo con los sentimientos del corazón natural. Es muy necesario el examen propio y la oración secreta. Dios ha prometido sabiduría a quienes se la pidan. A menudo emprenden la labor misionera quienes no están

preparados para ella. Cultivan un celo exterior mientras descuidan la oración secreta. Cuando tal es el caso, se causa mucho daño, pues estos obreros procuran regir las conciencias de otros por sus propias normas. Necesitan mucho dominio propio. Las palabras apresuradas despiertan contienda. El hermano S corre el peligro de ceder a un espíritu de crítica mordaz. Esto no cuadra en los ministros de justicia.

Hermano S, usted tiene mucho que aprender. Se ha sentido inclinado a echar la culpa de sus fracasos y desalientos sobre el hermano W; pero una detenida investigación de sus motivos y conducta revelaría que estos desalientos tienen otras causas que se hallan en usted mismo. Al seguir las inclinaciones de su corazón natural se reduce a la servidumbre. El espíritu severo y torturador que alberga a veces, cercena su influencia. Hermano mío, usted tiene que hacer para sí mismo una obra que ninguna persona puede hacer por usted. Cada uno deberá dar cuenta de sí mismo a Dios. Él nos ha dado su ley como espejo en el cual podemos descubrir los defectos de

nuestro carácter. No hemos de mirar este espejo con el propósito de ver reflejados los defectos de nuestro vecino ni de observar si él llega a la altura de la norma, sino para ver nuestras imperfecciones a fin de eliminarlas. El conocimiento no es todo lo que necesitamos; debemos seguir la luz. No se nos deja elegir por nuestra cuenta, para obedecer lo que nos agrada y desobedecer cuando nos conviene más. La obediencia es mejor que el sacrificio.

Capítulo 12

# A Padres Ricos

En el congreso campestre celebrado en Vermont, en 1870, me sentí urgida por el Espíritu de Dios a dar un testimonio franco sobre el deber de padres ancianos y adinerados en cuanto a la disposición de sus bienes. Se me había mostrado que algunos hombres que generalmente son sagaces, prudentes y perspicaces respecto a la transacción de negocios, que se distinguen por su prontitud y minuciosidad, manifiestan una falta de previsión y presteza respecto a un plan adecuado de distribución de sus bienes mientras están vivos. No saben cuán pronto puede concluir su tiempo de prueba; sin embargo pasan de un año a otro con sus negocios sin arreglar y con frecuencia sus vidas finalmente se cierran sin tener el uso de sus facultades mentales [para arreglar sus asuntos]. O pueden morir repentinamente, sin un momento de advertencia, y sus bienes se distribuyen de una manera que ellos no habrían aprobado. Son culpables de negligencia; son mayordomos infieles.

Los cristianos que creen la verdad presente debieran manifestar sabiduría y previsión. No debieran descuidar el arreglo para la distribución de sus medios, esperando una oportunidad favorable para arreglar sus negocios durante una larga enfermedad. Tendrían que tener sus negocios ordenados en una forma tal que, si en cualquier momento fueran llamados a abandonarlos y no tuvieran oportunidad de opinar en cuanto a su arreglo, pudieran definirse como ellos lo habrían hecho si hubieran estado vivos. Muchas familias han sido despojadas deshonestamente de todos sus bienes y se han visto sometidas a la pobreza porque se descuidó el trabajo que podría haberse hecho bien en una hora. Aquellos que hacen su testamento no deberían escatimar esfuerzos o gastos para obtener consejo legal y hacer que sea redactado en un modo que resista la prueba.

Vi que los que profesan creer la verdad debieran mostrar su fe por sus obras. Con las riquezas injustas, deberían hacerse de amigos para que finalmente puedan ser recibidos en las

mansiones eternas. Dios ha hecho a los hombres mayordomos de recursos materiales. Ha puesto en sus manos el dinero con el cual llevar adelante la gran obra para la salvación de las almas por las cuales Cristo dejó su hogar, sus riquezas, su gloria, y se hizo pobre para poder, mediante su propia humillación y sacrificio, llevar a Dios muchos hijos e hijas de Adán. En su providencia el Señor ha ordenado que la obra en su viña sea sostenida por los medios confiados a las manos de sus mayordomos. Un descuido de parte de ellos en responder a los llamamientos de la causa de Dios para llevar adelante su obra muestra que son siervos infieles e indolentes.

Se me habían mostrado algunas cosas referentes a la causa en Vermont, pero más especialmente en Bordoville y sus alrededores. Lo que sigue es del Testimonio para la iglesia, no 20:

“Hay una obra que debe cumplirse en favor de muchos que viven en Bordoville. Vi que el enemigo estaba trabajando activamente para conseguir sus objetivos. Hombres a quienes Dios

ha confiado recursos materiales han traspasado a sus hijos la responsabilidad que el Cielo les ha asignado de ser mayordomos para Dios. En vez de rendirle a Dios las cosas que son suyas, sostienen que todo lo que tienen les pertenece, como si hubieran obtenido sus posesiones mediante su propio poder, capacidad y sabiduría.

“Algunos colocan sus recursos más allá de su control poniéndolos en las manos de sus hijos. Su intención secreta es colocarse en una posición donde no se sentirán responsables de dar de sus bienes para esparcir la verdad. Los tales aman de palabra, pero no de hecho y en verdad. No comprenden que lo que están manejando es el dinero del Señor, no el suyo.

“Los padres deberían tener gran temor de confiar a los hijos los recursos que Dios ha colocado en sus manos, a menos que tengan la más segura evidencia de que sus hijos tienen mayor interés, amor y devoción por la causa de Dios que la que poseen ellos mismos, y que estos hijos serán más fervientes y celosos en promover la obra de

Dios, y más generosos para llevar adelante las diversas empresas vinculadas con ella que requieren recursos materiales. Pero muchos ponen sus recursos en las manos de sus hijos, depositando así en ellos la responsabilidad de su propia mayordomía, porque Satanás los impulsa a hacerlo. Con ello, colocan esos medios en forma efectiva en las filas del enemigo. Satanás trabaja en el asunto para favorecer sus propósitos e impide que lleguen a la causa de Dios los medios que ésta necesita para ser abundantemente sustentada.

"Muchos que han hecho una elevada profesión de fe son deficientes en buenas obras. Si mostraran su fe por sus obras ejercerían una influencia poderosa del lado de la verdad. Pero no aumentan los talentos de bienes materiales que Dios les ha prestado. Aquellos que piensan calmar su conciencia dejando sus propiedades en testamento a sus hijos, o impidiendo que llegue a la causa de Dios y permitiendo que pase a las manos de hijos incrédulos e irresponsables, para que las malgasten o las acumulen y les rindan culto, tendrán que rendir cuenta ante Dios; son mayordomos infieles

del dinero de su Señor. Permiten que Satanás les saque ventaja a través de estos hijos, cuyas mentes están bajo su control. Los propósitos de Satanás se cumplen de muchas maneras, mientras que los mayordomos de Dios parecen estar embotados y paralizados; no comprenden su gran responsabilidad y que el día de la rendición de cuentas debe venir en breve".

Se me mostró que el tiempo de prueba de algunos en los alrededores de pronto iba a concluir, y que era importante que su trabajo estuviera terminado como para ser aceptado por Dios, para que en el arreglo final de cuentas puedan oír del Maestro las palabras "Bien hecho". También se me mostró la inconsistencia de aquellos que profesan creer la verdad mientras retienen sus recursos de la causa de Dios, para que puedan dejarlos a sus hijos. Muchos padres y madres son pobres en medio de la abundancia. En cierta medida, reducen sus propias comodidades personales y frecuentemente se abstienen de aquellas cosas que son necesarias para disfrutar de vida y salud, mientras que tienen amplios recursos a su disposición. Sienten que les

está vedado, por decirlo así, apropiarse de sus medios para su propia comodidad o con propósitos caritativos. Tienen ante sí un objetivo, esto es, guardar sus bienes para dejarlos a sus hijos. Esta idea es tan prominente, se encuentra tan entretejida con todas sus acciones, que sus hijos aprenden a anticipar el momento cuando la propiedad será de ellos. Dependen de ello, y esta perspectiva ejerce una influencia importante, aunque no favorable, en sus caracteres. Algunos llegan a ser derrochadores, otros se vuelven egoístas y avaros, y aun otros llegan a ser indolentes y precipitados. Muchos no cultivan hábitos de economía; no procuran llegar a ser independientes. Andan a la deriva, y tienen poca estabilidad de carácter. Las impresiones recibidas en su infancia y juventud forman parte de la textura de su carácter y llegan a ser el principio motor de su vida madura.

Aquellos que se han familiarizado con los principios de la verdad debieran seguir de cerca la Palabra de Dios como su guía. Debieran dar a Dios las cosas que son de Dios.

Se me mostró que varios en Vermont estaban cometiendo un gran error al apropiarse de los medios que Dios había confiado a su custodia. Estaban pasando por alto las demandas de Dios sobre todo lo que tienen. El enemigo de la justicia había cegado sus ojos, y estaban tomando un curso de acción que resultaría desastroso para ellos y para sus queridos hijos.

Los hijos estaban influyendo sobre sus padres para que dejaran su propiedad en las manos de ellos a fin de apropiarse de ella de acuerdo con su criterio. Con la luz de la Palabra de Dios, tan sencilla y clara respecto al dinero prestado a los mayordomos, y con las advertencias y reprensiones que Dios ha dado mediante los Testimonios en cuanto a la distribución de los recursos; si con toda esta luz ante ellos, los hijos, ya sea directa o indirectamente influyen sobre sus padres para que repartan su propiedad mientras vivan, o para que la den en testamento principalmente a los hijos a fin de que pase a manos de ellos después de la muerte de sus padres, asumen enormes responsabilidades. Los hijos de padres ancianos que profesan creer la

verdad, debieran, en el temor de Dios, aconsejar y suplicar a sus padres que sean fieles a su profesión de fe y que tomen un curso de acción referente a sus recursos, que Dios pueda aprobar. Los padres debieran depositar para ellos tesoros en el cielo destinando sus recursos ellos mismos para el avance de la causa de Dios. No debieran privarse ellos mismos del tesoro celestial dejando un exceso de recursos a personas que tienen suficiente; al hacer esto no sólo se privan del precioso privilegio de depositar en los cielos un tesoro que no falla, sino que roban de la tesorería de Dios.

En el congreso declaré que cuando la propiedad es dejada en testamento principalmente a los hijos, mientras que no se destina nada a la causa de Dios, o si acaso, una cantidad mezquina indigna de ser mencionada, esta propiedad frecuentemente resultaría en una maldición para los hijos que la heredan. Sería una fuente de tentación y abriría una puerta por la cual estarían corriendo el riesgo de caer en muchas concupiscencias peligrosas y dañinas.

Los padres deberían ejercer el derecho que Dios les ha dado. Les ha confiado los talentos que tendrían que usar para su gloria de acuerdo a su voluntad. Los hijos no debieran llegar a ser responsables de los talentos del padre. Mientras tienen mentes sanas y buen juicio, los padres debieran -- con piadosa consideración y con la ayuda de consejeros adecuados que tengan experiencia en la verdad y un conocimiento de la voluntad divina -- disponer de sus bienes. Si tienen hijos que están enfermos o que están luchando con la pobreza, y que harán un uso juicioso de los recursos, debieran ser tenidos en cuenta. Pero si tienen hijos incrédulos que poseen abundancia de las cosas de este mundo, y que están sirviendo al mundo, cometen un pecado contra el Amo de todo, que los ha hecho sus mayordomos, al colocar medios en las manos de ellos meramente porque son sus hijos. No se deben considerar livianamente los requerimientos de Dios.

Y debiera entenderse claramente que por el hecho de que los padres han hecho su testamento, esto no les impedirá dar recursos a la causa de Dios

mientras vivan. Debieran hacerlo. Tendrían que tener la satisfacción aquí, y la recompensa en el más allá, de disponer de sus recursos extra mientras vivan. Debieran hacer su parte para promover la causa de Dios. Debieran usar los medios que el Amo les ha prestado para llevar adelante la obra que necesita hacerse en su viña.

El amor al dinero yace a la raíz de casi todos los delitos cornetidos en el mundo. Los padres que retienen egoístamente sus recursos para enriquecer a sus hijos, y que no ven las necesidades de la causa ni las alivian, cometen un error terrible. Los hijos a quienes piensan bendecir con sus recursos son malditos a través de ellos.

El dinero dejado a los hijos frecuentemente se convierte en una raíz de amargura. A menudo disputan sobre la propiedad que se les dejó y en caso de un testamento, rara vez están todos satisfechos con la distribución hecha por el padre. Y en vez de que los recursos dejen una animada gratitud y reverencia por su memoria, crean insatisfacción, murmuración, envidia y falta de

respeto. Hermanos y hermanas que estaban en paz entre ellos entran a veces en desacuerdo, y las disensiones familiares son a menudo el resultado de los recursos heredados. Las riquezas son deseables sólo como un medio para suplir las necesidades presentes y de hacer bien a otros. Pero las riquezas heredadas, más frecuentemente llegan a ser una trampa para el poseedor que una bendición. Los padres no debieran tratar que sus hijos enfrenten las tentaciones a las que los exponen al dejarles recursos que ellos mismos no han hecho ningún esfuerzo para ganar.

Se me mostró que algunos hijos que profesan creer en la verdad, en una manera indirecta han influido sobre el padre para que guarde sus recursos para sus hijos en vez de asignarlos a la causa de Dios mientras vive. Aquellos que han influenciado sobre su padre para que cambie la administración de sus bienes para beneficiarlos a ellos, poco saben lo que están haciendo. Están acumulando sobre ellos mismos una doble responsabilidad, la de inclinar la mente del padre para que no cumpla el propósito de Dios en la

distribución de los medios que Dios le prestó, a fin de ser usados para su gloria, y la responsabilidad adicional de convertirse en mayordomos de medios que el padre debería haber prestado a los banqueros, para que el Amo pudiera recibir lo suyo con intereses.

Muchos padres cometen un gran error al sacar sus propiedades de sus manos y colocarlas en las de sus hijos mientras ellos mismos son responsables por el uso o abuso del talento que Dios les ha prestado. La transferencia de los bienes no hace más felices ni a los padres ni a los hijos. Y los padres generalmente lamentan esta acción de su parte, incluso si viven pocos años más. El amor a los padres por parte de los hijos no aumenta con este curso de acción. Los hijos no sienten mayor gratitud ni obligación hacia sus padres por su liberalidad. A la raíz del asunto parece haber una maldición, que aflora en egoísmo de parte de los hijos y en desdicha y sentimientos miserables de dependencia restringida de parte de los padres.

Si los padres, mientras viven, ayudaran a sus

hijos a valerse por ellos mismos, esto sería mejor que dejarles una suma grande de dinero al morir. Los hijos a quienes se les permite confiar principalmente en sus propios esfuerzos llegan a ser mejores hombres y mujeres, y están mejor capacitados para la vida práctica que aquellos hijos que han dependido de los bienes de su padre. Los hijos a quienes se les permite depender de sus propios recursos generalmente valoran sus aptitudes, mejoran sus privilegios, y cultivan y dirigen sus facultades para cumplir un propósito en la vida. Frecuentemente desarrollan caracteres con rasgos de laboriosidad, frugalidad y valor moral, que yacen en el fundamento del éxito en la vida cristiana. Aquellos hijos por quienes los padres hacen más, frecuentemente sienten la menor obligación hacia sus progenitores. Los errores de los que hemos hablado han existido. Los padres han transferido la administración de sus bienes a sus hijos.

En el congreso campestre, en 1870, apelé a aquellos que tenían recursos a que los usaran en la causa de Dios como sus fieles mayordomos, y que

no dejaran esta obra a sus hijos. Es una tarea que Dios les ha dejado a ellos para que lo hagan, y cuando el Amo los llame a rendir cuentas, ellos puedan, como fieles mayordomos, devolverle lo que les ha prestado, tanto el capital inicial como el interés.

Me fueron presentados los hermanos X, Y y Z. Estos hombres estaban cometiendo un error respecto a la asignación de sus recursos. Algunos de sus hijos estaban influyendo sobre ellos en este asunto, y estaban acumulando sobre sus almas responsabilidades que no estaban en condiciones de llevar. Estaban abriendo una puerta e invitando al enemigo a entrar con sus tentaciones para hostigarlos y destruirlos. Los dos hijos menores del hermano X estaban en gran peligro. Se estaban asociando con individuos de una clase de carácter que no los elevaría, sino que los degradaría. La influencia sutil de estas amistades estaba ejerciendo una influencia imperceptible sobre estos jóvenes. La conversación y la conducta de malos compañeros eran de tal carácter que los separaba de la influencia de sus hermanas y de los esposos

de sus hermanas. Mientras hablaba sobre este tema en el congreso, me sentí profundamente afectada. Conocía a las personas que estaban ante mí a quienes había visto en visión. Les insistí a quienes me oían en la necesidad de una completa consagración a Dios. No mencioné nombres porque no se me permitía hacer esto. Debía explayarme sobre los principios, apelar a los corazones y conciencias, y dar una oportunidad para desarrollar el carácter a aquellos que profesaban amar a Dios y observar sus mandamientos. Dios les enviaría advertencias y admoniciones, y si realmente deseaban hacer su voluntad tenían una oportunidad. Fue dada la luz, y luego tendríamos que esperar y ver si ellos vendrían a la luz.

Dejé el congreso con una carga de ansiedad en mi mente en relación con las personas cuyo peligro se me había mostrado. En unos pocos meses nos llegaron noticias de la muerte del hermano Y. Su propiedad fue dejada a sus hijos. En el pasado mes de diciembre tuvimos una cita para celebrar reuniones en Vermont. Mi esposo estaba indispuesto y no pudo ir. A fin de atenuar un

chasco demasiado grande, consentí en ir a Vermont en compañía de la hermana Hall. Hablé a la gente con cierta libertad, pero las reuniones de nuestra conferencia no estuvieron libres de obstáculos. Sabía que el Espíritu del Señor no podía tener un camino libre de impedimentos hasta que se hicieran confesiones y hubiese un quebrantamiento del corazón ante Dios. No pude guardar silencio. El Espíritu del Señor estaba sobre mí y relaté brevemente la esencia de lo que he escrito. Mencioné los nombres de algunos presentes que estaban interponiéndose en el camino de la obra de Dios.

Se había demostrado ante ellos el resultado de dejar la propiedad a los hijos mediante un testamento, y también de que los padres traspasaran la responsabilidad de su mayordomía a sus hijos mientras aún vivían. La codicia había inducido a los hijos del hermano Y a seguir un curso de conducta erróneo. Esto era especialmente cierto de uno de sus hijos. Trabajé fielmente, contando las cosas que había visto en relación con la iglesia, especialmente respecto a los hijos del

hermano Y. Uno de estos hermanos, él mismo, un padre, tenía corrompido el corazón y la vida, y era un descrédito para la causa preciosa de la verdad presente; su baja norma moral estaba pervirtiendo a la juventud.

El Espíritu del Señor vino a las reuniones, y algunos hicieron confesiones humildes, acompañadas de lágrimas. Después de la reunión tuve una entrevista con los hijos menores del hermano X. Les rogué y les imploré que por el bien de sus almas dieran un cambio radical a su conducta, abandonaran la compañía de aquellos que los estaban conduciendo a la ruina, y buscaran las cosas que contribuyeran a su paz. Mientras intercedía por estos jóvenes, mi corazón se sintió atraído a ellos, y anhelé verlos sometidos a Dios. Oré por ellos y los insté a orar por ellos mismos. Estábamos ganando la victoria; estaban cediendo. Se oyó la voz de cada uno de ellos en oración humilde y penitencial, y sentí que ciertamente la paz de Dios descansaba sobre nosotros. Parecía que a nuestro alrededor había ángeles, y me vi envuelta en una visión de la gloria de Dios. Nuevamente se

me mostró el estado de la causa. Vi que algunos se habían descarriado lejos de Dios. La juventud estaba en un estado de apostasía.

Me fue mostrado que los dos hijos menores del hermano X eran por naturaleza jóvenes de buen corazón, concienzudos, pero que Satanás había cegado su percepción. Sus compañeros no eran todos de ese grupo que fortalecería y mejoraría la moral de ellos o aumentaría su comprensión y amor por la verdad y las cosas celestiales. “Un pecador destruye mucho bien”. (Eclesiastés 9:18) El ridículo y la conversación corrupta de estos compañeros habían tenido su efecto para desvanecer las impresiones serias y religiosas.

Es un error que los cristianos se asocien con aquellos cuya moral es relajada. Un trato íntimo y cotidiano que ocupa el tiempo sin contribuir en ninguna medida a la fuerza del intelecto o a la moral es peligroso. Si la atmósfera moral que rodea a las personas no es pura y santificada, sino que está contaminada con corrupción, aquellos que la respiran encontrarán que actúa casi

insensiblemente sobre el intelecto y el corazón para envenenar y arruinar. Es peligroso estar relacionado con aquellos cuyas mentes se mueven naturalmente en un nivel bajo. Aquellos que por naturaleza son concienzudos y aman la pureza, en forma gradual e imperceptible se colocarán en el mismo nivel y participarán y simpatizarán con las estupideces y la aridez moral con las que constantemente son puestos en contacto.

Era importante que las amistades de estos jóvenes cambiaran. “Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres”. (1 Corintios 15:33) Satanás ha actuado mediante sus agentes para arruinar a estos jóvenes. Nadie puede impedir en forma más efectiva o desterrar las impresiones serias y los buenos deseos, que la compañía con personas vanas, descuidadas y de mente corrompida. Cualesquiera sean los atractivos que puedan poseer tales personas mediante su ingenio, sarcasmo y espíritu divertido, el hecho de que tratan la religión con liviandad e indiferencia es suficiente razón para no asociarse con ellas. Cuanto más cautivantes sean en otros respectos, más

debiera temerse su influencia como compañeros, porque ponen tantos atractivos peligrosos en torno a una vida irreligiosa.

Estos jóvenes debieran escoger como sus compañeros a aquellos que aman la pureza de la verdad, cuya moral está incontaminada y cuyos hábitos son puros. Deben cumplir con las condiciones delineadas en la Palabra de Dios, si en verdad han de llegar a ser hijos de Dios, miembros de la familia real, hijos del Rey celestial. “Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré”. (2 Corintios 6:17) Dios ama a estos jóvenes, y si ellos siguen las sugerencias de su Espíritu y caminan en su consejo, él será su fuerza.

Dios le ha dado al hermano A Y buenas aptitudes, percepciones rápidas y una buena comprensión de su Palabra. Si su corazón estuviera santificado, podría ejercer una influencia para bien sobre sus hermanos, como también sobre sus vecinos y sobre aquellos con quienes se relaciona. Pero el amor al dinero se ha apoderado tan

firmemente de su alma, y ha estado tan entrelazado con todas las transacciones de la vida, que se ha amoldado al mundo en vez de ser transformado mediante la renovación de la mente. Sus facultades se han pervertido y degradado por el amor sórdido a las ganancias, lo que lo ha vuelto egoísta, tacaño y arrogante. Si sus cualidades hubieran sido puestas en uso activo en el servicio de su Maestro, en vez de ser usadas para servir sus propios intereses egoístas, las cualidades mentales que Dios le ha dado le impartirían energía, humildad y eficiencia a su carácter, lo que necesariamente impondría respeto y le daría influencia sobre todos aquellos con quienes se relacionara.

Se me mostró que la propiedad dejada por el padre había sido ciertamente una raíz de amargura para sus hijos. Había perturbado grandemente su paz y felicidad, y su confianza mutua. El hermano A Y no necesitaba la propiedad de su padre. Tenía suficientes talentos para manejar lo que Dios le había confiado a fin de administrarlo. Si hiciera un arreglo adecuado para distribuir lo que tenía, al menos estaría entre aquellos que fueron fieles en lo

pequeño. La adición de la administración de la propiedad de su padre, que él había deseado codiciosamente, era una responsabilidad más pesada que lo que él podía manejar.

Por varios años el amor al dinero ha estado extirpando el amor a la humanidad y el amor a Dios. Y como los recursos de su padre estaban a su alcance, deseaba retener en sus manos todo lo que le fuera posible. Se condujo en forma egoísta hacia sus hermanos porque estaba en una situación ventajosa y podía hacerlo. Sus hermanos no tuvieron los debidos sentimientos. Sintieron amargura hacia él. Él se ha beneficiado grandemente a expensas de otros, hasta que su proceder ha desacreditado la causa de Dios. Ha perdido el dominio de sí mismo. Su mayor objetivo ha sido conseguir ganancias, ganancias egoístas. El amor al dinero en el corazón fue la raíz de todo este mal. Se me mostró que si él hubiera encauzado sus facultades para trabajar en la viña del Señor habría hecho mucho bien, pero estas aptitudes pervertidas pueden hacer mucho daño.

Los hermanos B no han tenido la ayuda que deberían haber tenido. A B ha trabajado en forma muy desventajosa. Ha tomado sobre sí demasiadas cargas, lo que ha debilitado sus labores de modo que no ha aumentado su vigor espiritual y su valor como debería haberlo hecho. La iglesia, que tiene la luz de la verdad y que debería ser fuerte en Dios para querer y hacer, y si es necesario, para sacrificarse por causa de la verdad, ha sido semejante a niños débiles. Ha requerido el tiempo y el trabajo del hermano A B para arreglar dificultades que nunca deberían haber existido. Y cuando estas dificultades han surgido debido al egoísmo y a corazones no santificados, se las podría haber eliminado en una hora, si hubiera habido humildad y un espíritu de confesión.

Los hermanos B cometen un error al permanecer . Debieran cambiar su ubicación y no visitar este lugar más que unas pocas veces por año. Tendrían mayor libertad para dar su testimonio. Estos hermanos no se han sentido libres para hablar la verdad y expresar los hechos tal como han ocurrido. Si hubieran vivido en otra

parte, habrían estado más libres de cargas, y su testimonio habría tenido una influencia diez veces mayor en aquellas ocasiones en que visitasen esta iglesia. Mientras se ha recargado al hermano A B con problemas insignificantes de la iglesia y se lo ha mantenido, tendría que haber estado trabajando en el extranjero. Ha servido a las mesas hasta que su mente se ha nublado, y no comprende la fuerza y el poder de la verdad. No ha estado atento a las verdaderas necesidades de la causa de Dios. Ha estado perdiendo espiritualidad y valor. Se ha descuidado la obra de mantener la benevolencia sistemática. Algunos de los hermanos, cuyo total interés en un tiempo era el progreso de la causa de Dios, se han vuelto cada vez más egoístas y mezquinos en vez de llegar a ser más abnegados y de aumentar su devoción y amor por la verdad. Se han vuelto menos piadosos y más semejantes al mundo. El padre C es uno de ellos. Necesita una nueva conversión. El hermano C ha sido favorecido con privilegios superiores, y si no los mejora, vendrán condenación y oscuridad iguales a la luz que él ha tenido, por no mejorar los talentos que Dios le ha prestado para que los acreciente.

Los hermanos en Vermont han agraviado al Espíritu de Dios al permitir que decline su amor por la verdad y su interés en la obra de Dios.

El hermano D B abusó de sus fuerzas la temporada pasada mientras se ocupaba de campos nuevos con la carpa sin ayuda adecuada. Dios no le requiere a este hermano, ni a ninguno de sus siervos, que perjudique su salud por exponerse a diversos inconvenientes y trabajar en forma agotadora. Los hermanos deberían haber sentido un interés [en la causa] que se habría mostrado por sus obras. Podrían haber obtenido ayuda si hubieran estado atentos a los intereses de la causa de Dios y sentido el valor de las almas. Aunque el hermano D B sintió un profundo aprecio por la obra de Dios y el valor de las almas, lo que requería un esfuerzo continuo, una iglesia grande en _____, por sus dificultades mezquinas impidió que el hermano A B ayudara a su hermano. Estos hermanos debieran actuar con renovado valor, liberarse de las pruebas y desalientos que los han retenido y debilitado su testimonio, y reclamar fuerzas del Todopoderoso.

Ellos tendrían que haber dado un testimonio claro y directo a los hermanos X y Y, y comunicar la verdad en forma certera, y haber hecho lo que pudieran para conseguir que estos hombres hicieran un arreglo apropiado para distribuir sus bienes. El hermano A B, al tomar tantas cargas, está disminuyendo su fuerza mental y física.

Si el hermano C hubiera estado caminando en la luz durante los pocos años últimos, habría sentido el valor de las almas. Si hubiera estado cultivando un amor por la verdad podría haberse capacitado para enseñar la verdad a otros. Podría haber ayudado al hermano D B en su trabajo con la carpa. Por lo menos podría haber asumido las cargas de la iglesia local. Si él hubiese tenido amor por sus hermanos y hubiera sido santificado mediante la verdad, podría haber sido un pacificador en vez de un agitador de conflictos, lo cual, unido a otras dificultades, requirió que el hermano A B no pudiera estar al lado de su hermano en un tiempo sumamente importante, lo que determinó que el hermano D B trabajara mucho más allá de sus fuerzas. Y sin embargo,

después que el hermano D B hubo hecho todo lo que podía, no se completó la obra que podría haberse terminado si hubiera habido el interés que tendría que haber habido en _____ para proporcionar ayuda cuando era tan necesaria. Sobre esa iglesia descansa una tremenda responsabilidad por su descuido del deber.

Se me mostró que el proceder del hermano X al dividir su propiedad entre sus hijos equivalía a transferirles la responsabilidad que él no debería haber abandonado. Ahora ve que el resultado de su conducta no ha aumentado el afecto de sus hijos hacia él. Ellos no han tenido un sentido de obligación y gratitud hacia sus padres por lo que han hecho por ellos. Estos hijos eran jóvenes y sin experiencia. No estaban capacitados para llevar la responsabilidad que fue depositada sobre ellos. Sus corazones no estaban consagrados, y consideraban a amigos leales como si fueran enemigos intrigantes, mientras que aquellos que apartarían a los verdaderos amigos eran aceptados. Estos agentes de Satanás estaban sugiriendo continuamente ideas falsas a las mentes de estos

jóvenes, y los corazones de hermanos y hermanas, padre y madre, estaban en desacuerdo.

El padre X cometió un error. Si hubiera confiado más en los esposos de sus hijas, que amaban la verdad sinceramente, y hubiera estado más dispuesto a ser ayudado por el consejo de estos hombres de experiencia, podrían haberse prevenido grandes errores. Pero ésta es la manera como el enemigo generalmente triunfa en asuntos de administración referentes a la asignación de recursos materiales.

Fue el designio de Dios que estos casos mencionados fueran revelados para que todos pudieran ver el efecto que el engaño de las riquezas tiene sobre el corazón. El resultado en estos casos, que es evidente para todos, debiera constituir una advertencia a los padres y madres y a los hijos ambiciosos. La Palabra de Dios define la codicia como idolatría. Es imposible que los hombres y mujeres guarden la ley de Dios y amen el dinero. Los afectos del corazón debieran fijarse en las cosas celestiales. Nuestro tesoro debiera

depositarse en el cielo, porque donde está nuestro tesoro, allí también estará nuestro corazón.

Capítulo 13

# La educación debida

Tratar con las mentes juveniles es la obra más hermosa en que se hayan empeñado jamás hombres y mujeres. Debe ejercerse el mayor cuidado en la educación de los jóvenes, a fin de variar la manera de instruirlos, con el propósito de despertar las facultades más elevadas y nobles de la mente. Los padres y los maestros no están ciertamente preparados para educar debidamente a los niños si no han aprendido primero la lección del dominio propio, la paciencia, la tolerancia, la bondad y el amor. ¡Qué puesto importante es el de los padres, tutores y maestros! Son muy pocos los que comprenden las necesidades más esenciales de la mente, y cómo se ha de dirigir el intelecto que se desarrolla, los pensamientos y sentimientos en constante crecimiento de los jóvenes.

Hay una época para desarrollar a los niños, y otra para educar a los jóvenes; es esencial que en la escuela se combinen ambas en extenso grado. Se

puede preparar a los niños para que sirvan al pecado, o para que sirvan a la justicia. La primera educación de los jóvenes amolda su carácter, tanto en su vida secular como en la religiosa. Salomón dice: “Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él”. (Proverbios 22:6) Este lenguaje es positivo. La preparación que Salomón recomienda consiste en dirigir, educar y desarrollar. Para hacer esta obra, los padres y los maestros deben comprender ellos mismos el “camino” por el cual debe andar el niño. Esto abarca más que tener simplemente un conocimiento de los libros. Abarca todo lo que es bueno, virtuoso, justo y santo. Abarca la práctica de la ternplanza, la piedad, la bondad fraternal y el amor mutuo y hacia Dios. A fin de alcanzar este objetivo, debe recibir atención la educación física, mental, moral y religiosa de los niños.

La educación de los niños, en el hogar y en la escuela, no debe ser como el adiestramiento de los animales; porque los niños tienen una voluntad inteligente, que debe ser dirigida para que controle todas sus facultades. Los animales necesitan ser

adiestrados, porque no tienen razón ni intelecto. Pero a la mente humana se le debe enseñar el dominio propio. Debe educársela para que rija al ser humano, mientras que los animales son controlados por un amo, y se les enseña a someterse a él. El amo es mente, juicio y voluntad para la bestia. Un niño puede educarse de tal manera que no tenga voluntad propia, como el animal. Aun su individualidad puede fundirse con la de aquel que dirige su adiestramiento; para todos los fines y propósitos, su voluntad está sometida a la voluntad del maestro.

Los niños así educados serán siempre deficientes en energía moral y responsabilidad individual. No se les ha enseñado a obrar por la razón y los buenos principios; sus voluntades han sido controladas por otros y su mente no ha sido despertada para que se expanda y fortalezca por el ejercicio. Sus temperamentos peculiares y capacidades mentales, no han sido dirigidos ni disciplinados para ejercer facultades más poderosas cuando lo necesiten. Los maestros no deben detenerse allí, sino que deben dar atención especial

al cultivo de las facultades más débiles, a fin de que se cumplan todos los deberes, y se las desarrolle de un grado de fuerza a otro a fin de que la mente alcance las debidas proporciones.

En muchas familias, los niños parecen bien educados, mientras están bajo la disciplina y el adiestramiento; pero cuando el sistema que los sujetó a reglas fijas se quebranta, parecen incapaces de pensar, actuar y decidir por su cuenta. Estos niños han estado durante tanto tiempo bajo una regla férrea sin que se les permitiera pensar o actuar por su cuenta en lo que les correspondía, que no tienen confianza en ellos mismos para obrar de acuerdo con su propio juicio u opinión. Y cuando se apartan de sus padres para actuar por su cuenta, el juicio ajeno los conduce en dirección equivocada. No tienen estabilidad de carácter. No se les ha hecho depender de su propio juicio mientras era posible, y por lo tanto su mente no se ha desarrollado ni fortalecido debidamente. Han estado durante tanto tiempo absolutamente controlados por sus padres, que fían completamente en ellos; sus padres son para ellos

mente y juicio.

Por otro lado, no se debe dejar a los jóvenes que piensen y actúen independientemente del juicio de sus padres y maestros. Debe enseñárseles a los niños a respetar el juicio experimentado y a ser guiados por sus padres y maestros. Se los debe educar de tal manera que sus mentes estén unidas con las de sus padres y maestros, y se los ha de instruir para que comprendan lo conveniente que es escuchar sus consejos. Entonces, cuando se aparten de la mano guiadora de sus padres y maestros, su carácter no será como el junco que tiembla bajo el viento.

En el caso de que no se les enseñe a los jóvenes a pensar debidamente y actuar por su cuenta, en la medida en que lo permitan su capacidad e inclinación mental, a fin de que por este medio pueda desarrollarse su pensamiento, su sentido de respeto propio, y su confianza en su propia capacidad de obrar, el adiestramiento severo producirá siempre una clase de seres débiles en fuerza mental y moral. Y cuando se hallen en el

mundo para actuar por su cuenta, revelarán el hecho de que fueron adiestrados como los animales, y no educados. Su voluntad, en vez de ser guiada, fue forzada a someterse por la dura disciplina de padres y maestros.

Aquellos padres y maestros que se jactan de ejercer el dominio completo de la mente y la voluntad de los niños que están bajo su cuidado, dejarían de jactarse si pudieran ver la vida futura de los niños así dominados por la fuerza o el temor. Carecen casi completamente de preparación para compartir las severas responsabilidades de la vida. Cuando estos jóvenes ya no estén bajo el cuidado de sus padres y maestros, y estén obligados a pensar y actuar por su cuenta, es casi seguro que seguirán una conducta errónea y cederán al poder de la tentación. No tienen éxito en esta vida; y se advierten las mismas deficiencias en su vida religiosa. Si los instructores de los niños y los jóvenes pudieran ver desplegados delante de ellos el resultado futuro de su disciplina errónea, cambiarían su plan de educación. Esa clase de maestros que se congratulan de dominar casi por

completo la voluntad de sus alumnos, no son los que tienen más éxito, aunque momentáneamente las apariencias sean halagadoras.

Dios no quiso nunca que una mente humana estuviera bajo el dominio completo de otra. Los que se esfuerzan por que la individualidad de sus alumnos se funda en la suya, para ser mente, voluntad y conciencia de ellos, asumen terribles responsabilidades. Estos alumnos pueden, en ciertas ocasiones, parecerse a soldados bien adiestrados. Pero, cuando se elimine la restricción, no actuarán en forma independiente, basados en principios firmes que existan en ellos. Los que tienen por objeto educar a sus alumnos para que vean y sientan que tienen dentro de ellos el poder de ser hombres y mujeres de principios firmes, preparados para afrontar cualquier situación de la vida, son los maestros de mayor utilidad y éxito permanente. Puede ser que su obra no sea vista bajo los aspectos más ventajosos por los observadores descuidados, y que sus labores no sean apreciadas tan altamente como las del maestro que domina la mente y la voluntad de sus alumnos

por la autoridad absoluta; pero la vida futura de los alumnos demostrará los mejores resultados de ese mejor plan de educación.

Existe el peligro de que tanto los padres como los maestros ordenen y dicten demasiado, mientras que no mantienen suficientes relaciones sociales con sus hijos o alumnos. Con frecuencia se muestran demasiado reservados y ejercen su autoridad en una forma fría y carente de ternura, que no puede conquistar el corazón de sus hijos y alumnos. Si se acercaran a los niños y les demostraran que los aman, y manifestasen interés en todos sus esfuerzos, y aun en sus juegos, siendo a veces niños entre los niños, podrían hacer muy felices a éstos y conquistarían su amor y su confianza. Y los niños respetarían y amarían más temprano la autoridad de sus padres y maestros.

Los hábitos y principios de un maestro deben considerarse como de mayor importancia que su preparación literaria. Si es un cristiano sincero, sentirá la necesidad de interesarse por igual en la educación física, mental, moral y espiritual de sus

alumnos. A fin de ejercer la debida influencia, debe tener perfecto dominio de sí mismo y su propio corazón debe estar henchido de amor por sus alumnos, cosa que se revelará en su mirada, sus palabras y actos. Debe ser de carácter firme, para poder amoldar la mente de sus alumnos, como también instruirlos en las ciencias. La primera educación de los jóvenes modela generalmente su carácter para toda la vida. Los que tratan con los jóvenes deben ser cuidadosos para despertar sus cualidades mentales, a fin de que sepan dirigir sus facultades de manera que puedan ejercitarlas con el mayor provecho.

## Confinamiento estrecho en la escuela

El sistema de educación llevado a cabo por generaciones ha sido destructivo para la salud y aun para la vida misma. Muchos niños han pasado cinco horas diarias en aulas indebidamente ventiladas, que no son suficientemente grandes como para acomodar en forma saludable a los estudiantes. El aire de esas aulas se convierte pronto en veneno para los pulmones que lo inhalan.

A niños pequeños, cuyos miembros y músculos no son fuertes, y cuyos cerebros no están bien desarrollados, se los mantiene encerrados puertas adentro para su perjuicio. Para comenzar, muchos apenas se aferran a la vida. El encierro en la escuela día tras día los vuelve nerviosos y enfermizos. Sus cuerpos han quedado pequeños a causa de su sistema nervioso agotado. Y si la lámpara de la vida se apaga, los padres y maestros no consideran que ellos tuvieron una influencia directa en la extinción de la chispa vital. Cuando están junto a la tumba de los hijos, los afligidos padres consideran su pérdida como un designio especial de la Providencia, cuando, por una ignorancia inexcusable, su propio mal proceder ha destruido la vida de ellos. Atribuir entonces su muerte a la Providencia es una blasfemia. Dios quería que los pequeños viviesen y fuesen disciplinados, para que pudieran tener caracteres hermosos que lo glorificaran en este mundo y lo alabaran en el mundo mejor.

Los padres y maestros, al asumir la responsabilidad de educar a estos niños, no

comprenden el compromiso que asumen ante Dios de familiarizarse con el organismo físico, para que puedan tratar los cuerpos de sus niños y alumnos de tal manera que preserve la vida y la salud. Miles de niños mueren debido a la ignorancia de padres y maestros. Las madres pasarán horas de trabajo innecesario con sus propios vestidos y los de sus hijos arreglándolos a fin de exhibirlos, y luego asegurarán que no pueden encontrar tiempo para leer y obtener la información necesaria a fin de cuidar de la salud de su familia. Piensan que es menos problemático confiar los cuerpos de ellos a los médicos. A fin de estar en conformidad con la moda y las costumbres, muchos padres han sacrificado la salud y las vidas de sus hijos.

Familiarizarse con el maravilloso organismo humano, los huesos, músculos, estómago, hígado, intestinos, corazón y los poros de la piel, y entender la relación de un órgano con otro para la acción saludable de todos, es un estudio en el cual la mayoría de las madres no se interesan. No saben nada de la influencia del cuerpo sobre la mente y de la mente sobre el cuerpo. Parecen no entender la

mente, que vincula lo finito con lo infinito. Cada órgano del cuerpo fue hecho para servir a la mente. La mente es la capital del cuerpo. Por lo general a los niños se les permite comer carnes, especias, manteca, queso, puerco, pasteles grasosos y condimentos. También se les permite comer alimentos insalubres en forma irregular y entre las comidas. Estas cosas hacen su obra de trastornar el estómago, excitando los nervios para una acción antinatural, y debilitando el intelecto. Los padres no comprenden que están sembrando la semilla que producirá enfermedad y muerte.

Muchos niños se han arruinado para toda la vida exigiendo demasiado al intelecto, sin fortalecer las facultades físicas. Muchos han muerto en la infancia debido al proceder de padres y maestros poco juiciosos, que forzaron sus jóvenes intelectos mediante la adulación o el temor, cuando eran demasiado tiernos para ver el interior de un aula. Sus mentes fueron abrumadas con lecciones cuando ni siquiera se las tendría que haber expuesto a la actividad intelectual sino esperar hasta que la constitución física fuera

suficientemente fuerte como para soportar el esfuerzo mental. A los niñitos se los tendría que dejar tan sueltos como corderitos para que corran afuera y sean libres y felices; se les deberían conceder las oportunidades más favorables para colocar en ellos el fundamento de una constitución sana.

Los padres deberían ser los únicos maestros de sus hijos hasta que éstos hayan llegado a los ocho o diez años de edad. Tan pronto como sus mentes puedan comprenderlo, los padres deberían abrir ante ellos el gran libro de la naturaleza de Dios. La madre tendría que tener menos interés por lo artificial en su casa y por la preparación de su vestido para exhibirlo, y encontrar tiempo con el fin de cultivar -- en ella y en sus hijos --, un amor por los capullos hermosos y las flores que se abren. Al atraer la atención de sus hijos a los diferentes colores y la variedad de formas de las flores, ella puede hacer que conozcan a Dios, quien hizo todas las cosas hermosas que los atraen y deleitan. Ella puede conducir sus mentes a su Creador y despertar en sus tiernos corazones el amor por su

Padre celestial, quien ha manifestado tan grande amor hacia ellos. Los padres pueden asociar a Dios con todas sus obras creadas. La única aula para niños de ocho a diez años debería ser al aire libre, en medio de las flores que se abren y de las hermosas escenas de la naturaleza. Y su único libro de texto debería ser el de los tesoros de la naturaleza. Estas lecciones, grabadas en las mentes de los niños en medio de las escenas agradables y atractivas del ambiente natural, no se olvidarán pronto.

A fin de que los niños y jóvenes tengan salud, alegría, vivacidad, y músculos y cerebros bien desarrollados, deberían estar mucho al aire libre y tener ocupación y entretenimiento bien regulados. Los niños y jóvenes a quienes se confina en la escuela con sus libros, no pueden tener una constitución física sana. El ejercicio del cerebro aplicado al estudio, sin el ejercicio físico correspondiente, tiene la tendencia de atraer la sangre al cerebro, y la circulación de la sangre a través del sistema se altera y funciona en forma desequilibrada. El cerebro tiene demasiada sangre

y las extremidades muy poca. Debería haber normas que limiten sus estudios a ciertas horas, y luego se debiera dedicar una porción de su tiempo al trabajo físico. Y si sus hábitos de alimentación, vestimenta y sueño armonizan con las leyes físicas, obtendrán una educación que no sacrifique la salud física y mental.

## Deterioro físico de la humanidad

El libro de Génesis contiene un relato bien definido de la vida social e individual, y sin embargo no registro alguno de que un niño naciera ciego, sordo, lisiado, deformado o imbécil. No muestra un solo caso de una muerte natural en la infancia, niñez o temprana adultez. No se informa acerca de hombres y mujeres que murieran de enfermedad. Las notas necrológicas en el libro de Génesis rezan así: “Y fueron todos los días que vivió Adán novecientos treinta años; y murió”. (Génesis 5:5) “Y fueron todos los días de Set novecientos doce años; y murió”. (Génesis 5:8) Concerniente a otros, el registro declara: Y vivió hasta tener una edad avanzada, y murió. Era tan

raro que un hijo muriese antes que el padre que un caso tal se consideró digno de registrarse: “Y murió Harán antes que su padre Taré”. (Génesis 11:28) Harán tuvo hijos antes de morir.

Dios dotó al hombre con una fuerza vital tan grande que éste ha resistido la acumulación de la enfermedad que recayó sobre la raza humana como consecuencia de hábitos pervertidos y ha continuado viviendo por seis mil años. Este hecho en sí es suficiente para evidenciarnos la fuerza y energía eléctrica que Dios le dio al hombre en su creación. Se necesitaron más de dos mil años de delitos y complacencia de las pasiones bajas para acarrearle enfermedad corporal a la humanidad en un grado apreciable. Si Adán, en su creación, no hubiera sido dotado con una fuerza vital veinte veces mayor que la que tienen los hombres actualmente, la raza humana, con sus hábitos actuales de vida en violación de la ley natural, se habría extinguido. En el tiempo del primer advenimiento de Cristo la humanidad se había degenerado tan rápidamente que pesaba sobre esa generación una acumulación de enfermedades, que

acarreaba una marea de dolor y un peso de miseria inexpresables.

Se me ha presentado la condición miserable del mundo en la actualidad. Desde la caída de Adán la raza humana se ha ido degenerando. Se me mostraron algunas de las razones por la deplorable condición actual de hombres y mujeres que fueron formados a la imagen de Dios. Y una idea de cuánto debe hacerse para detener, aun en cierta medida, la decadencia física, mental y moral, hizo que mi corazón se enfermara y desmayase. Dios no creó a la humanidad en su actual condición débil. Este estado de cosas no es la obra de la Providencia, sino la obra del hombre; lo han causado los hábitos erróneos y los abusos, por la violación de las leyes que Dios ha hecho para gobernar la existencia de los seres humanos. A través de la tentación a complacer el apetito, Adán y Eva cayeron primero de su elevado estado, santo y feliz. Y es a través de la misma tentación que la raza humana se ha debilitado. Han permitido que el apetito y la pasión tomen el trono, y que la razón y el intelecto sean puestos en sujeción.

La violación de la ley física y su consecuencia, el sufrimiento humano, han prevalecido durante tanto tiempo que los hombres y las mujeres consideran el estado actual de enfermedad, sufrimiento, debilidad y muerte prematura, como la suerte que le corresponde a la humanidad. El hombre salió de la mano de su Creador perfecto y con una forma hermosa, y tan lleno de energía vital que pasaron más de mil años antes que sus apetitos y pasiones corrompidas, y las violaciones generales de la ley física, ejercieran su efecto en forma marcada en la raza humana. Las generaciones más recientes han sentido la presión de los achaques y enfermedades aún más rápida y fuertemente con cada generación. Las fuerzas vitales se han debilitado grandemente debido a la indulgencia del apetito y la pasión concupiscente.

Los patriarcas desde Adán a Noé, con pocas excepciones, vivieron casi mil años. Desde los días de Noé la duración de la vida ha ido disminuyendo. Los que sufrían enfermedades en tiempos de Cristo eran traidos a él de cada ciudad, pueblo y villa para

que él los sanara, porque estaban afligidos con todo tipo de enfermedad. Y las enfermedades han ido aumentando constantemente a través de las generaciones sucesivas desde aquel período. Debido a la violación continua de las leyes de la vida, la mortalidad ha aumentado a un grado terrible. Los años del hombre se han acortado, de modo que la generación actual pasa a la tumba aún antes de la edad cuando las generaciones que vivieron los primeros pocos miles de años después de la creación entraban en acción.

Las enfermedades se han transmitido de padres a hijos, de generación en generación. Los infantes en la cuna sufren miserablemente debido a los pecados de sus padres, que han disminuido su fuerza vital. Sus hábitos erróneos de alimentación y vestir, y su libertinaje general, son transmitidos como una herencia a los hijos. Muchos nacen locos, deformes, ciegos, sordos, y un grupo muy grande tienen deficiencias intelectuales. La extraña ausencia de principios que caracteriza a esta generación, y que se revela en su descuido de las leyes de la vida y la salud, es asombrosa. Prevalece

la ignorancia sobre este tema, mientras la luz está brillando a su alrededor. La principal preocupación de la mayoría es: ¿Qué comeré?, ¿qué beberé?, ¿y con qué me vestiré? Pese a todo lo que se dice y escribe sobre cómo deberíamos tratar nuestros cuerpos, por lo general el apetito es la gran ley que gobierna a los hombres y las mujeres.

Las facultades morales se debilitan porque los hombres y las mujeres no viven en obediencia a las leyes de la salud ni hacen de este gran tema un deber personal. Los padres legan a su descendencia sus propios hábitos pervertidos, y enfermedades repugnantes corrompen la sangre y debilitan el cerebro. La mayoría de los hombres y las mujeres permanecen en la ignorancia de las leyes de su ser, y complacen el apetito y la pasión a expensas del intelecto y la moral, y parecen dispuestos a mantenerse ignorantes del resultado de su violación de las leyes de la naturaleza. Complacen el apetito depravado con el uso de venenos lentos que corrompen la sangre y socavan las fuerzas nerviosas, y en consecuencia se acarrean enfermedades y muerte. Sus amigos califican el

resultado de esta conducta como el designio de la Providencia. En esto insultan al Cielo. Ellos se rebelaron contra las leyes de la naturaleza y sufrieron el castigo por abusar de ellas de esta manera. Por todas partes prevalecen ahora el sufrimiento y la mortalidad, especialmente entre los niños. ¡Cuán grande es el contraste entre esta generación y las que vivieron durante los primeros dos milenios!

## Importancia de la educación en el hogar

Pregunté si no podía prevenirse esta marea de miseria y hacerse algo para salvar a la juventud de esta generación de la ruina que los amenaza. Se me mostró que una causa grande del deplorable estado de cosas existente es que los padres no se sienten bajo la obligación de educar a sus hijos a que se ajustaren a las leyes físicas. Las madres aman a sus hijos con un amor idolátrico y complacen su apetito sabiendo que esto perjudicará su salud y que con ello les acarrearán enfermedades y desdicha. Esta bondad cruel se manifiesta en una gran medida en la generación actual. Los deseos de

los hijos son gratificados a expensas de la salud y de una constitución feliz porque por el momento es más fácil para la madre complacerlos que rehusarles aquello por lo cual claman.

De esta manera las madres están sembrando la semilla que brotará y dará fruto. Los niños no son educados para negar sus apetitos y restringir sus deseos. Y se vuelven egoístas, exigentes, desobedientes, ingratos e impíos. Las madres que están haciendo este trabajo cosecharán con amargura el fruto de la semilla que han sembrado. Han pecado contra el Cielo y contra sus hijos, y Dios las tendrá por responsables.

Si la educación se hubiera conducido por generaciones sobre un plan completamente diferente, la juventud de esta generación no sería ahora tan depravada e inservible. Los administradores y maestros de escuelas deberían haber sido quienes entendieran la fisiología y se interesaran no sólo en educar a los jóvenes en las ciencias, sino en enseñarles cómo preservar la salud de modo que pudiesen usar su conocimiento

en la forma más provechosa después de haberlo obtenido. Tendría que haber establecimientos conectados con las escuelas que lleven adelante diversas ramas de trabajo, para que los estudiantes pudieran tener empleo y el ejercicio necesario fuera de las horas de clases.

El empleo y los entretenimientos de los estudiantes debieran haberse regulado en relación con las leyes físicas y tendrían que haberse adaptado a fin de preservarles el tono saludable de todas las facultades del cuerpo y la mente. Entonces podrían haber obtenido un conocimiento práctico de los negocios mientras estaban consiguiendo su educación literaria. Tendría que haberse despertado la sensibilidad moral de los estudiantes en la escuela para que vieran y sintiesen que la sociedad tiene el derecho de esperar algo de ellos y que deberían vivir en obediencia a las leyes naturales de modo que por su existencia e influencia, por precepto y ejemplo, pudieran ser de beneficio y bendición para la sociedad. Se le debiera recalcar a la juventud que todos ejercen una influencia que le está diciendo

constantemente a la sociedad que ha de mejorar y elevarse o rebajarse y degradarse. Lo que primeramente deberían estudiar los jóvenes es conocerse ellos mismos y cómo mantener sus cuerpos sanos.

Muchos padres mantienen a sus hijos en la escuela casi el año completo. Estos niños siguen mecánicamente la rutina del estudio, pero no retienen lo que aprenden. Muchos de estos estudiantes permanentes parecen casi destituidos de vida intelectual. La monotonía del estudio continuo cansa la mente, y los alumnos se interesan poco en sus lecciones; y para muchos el aplicarse a los libros llega a ser doloroso. No tienen un amor íntimo por la meditación ni la ambición de adquirir conocimiento. No estimulan en ellos mismos hábitos de reflexión e investigación.

Los niños necesitan grandemente la debida educación a fin de que puedan ser útiles en el mundo. Pero cualquier esfuerzo que exalte la cultura intelectual por encima de la preparación moral está mal encaminado. Instruir, cultivar, pulir

y refinar a los jóvenes y niños debiera ser la preocupación principal tanto de los padres como de los maestros. Son pocos los que razonan rigurosamente y piensan en forma lógica debido a que las influencias falsas han frenado el desarrollo del intelecto. La suposición de padres y maestros de que el estudio continuo fortalecería el intelecto ha demostrado ser errónea, porque en muchos casos ha tenido el efecto opuesto.

En la educación temprana de los niños muchos padres y maestros no entienden que se necesita dar la mayor atención a la constitución física, para que pueda asegurarse una condición saludable del cuerpo y el cerebro. Ha sido la costumbre animar a los niños a asistir a la escuela cuando son meros bebés, que necesitan el cuidado de una madre. Con una edad delicada frecuentemente se los hacina en aulas mal ventiladas, donde se sientan en posiciones incorrectas sobre bancos pobremente construidos; y como resultado los tiernos cuerpos juveniles de algunos se han llegado a deformar.

La disposición y los hábitos de los jóvenes muy

probablemente se manifestarán en la madurez. Usted puede doblar un árbol tierno en casi cualquier forma que decida hacerlo, y si permanece y crece como usted lo ha doblado, será un árbol deformado y siempre testificará del daño y el abuso recibidos de su mano. Después de años de crecimiento, usted puede tratar de enderezar el árbol, pero todos sus esfuerzos resultarán infructuosos. Siempre será un árbol torcido. Este es el caso con la mente de los jóvenes. Debieran ser educados en forma cuidadosa y tierna en la infancia. Se los puede educar en la dirección correcta o en la errónea, y en su vida futura seguirán el camino en el que fueron orientados durante la juventud. Los hábitos formados en la juventud crecerán con el desarrollo y se fortalecerán con la fuerza, y generalmente serán los mismos en la vida futura, sólo que se fortalecerán continuamente.

Estamos viviendo en una época cuando casi todo es superficial. Hay poca estabilidad y firmeza de carácter, porque la instrucción y educación de los niños desde la cuna es superficial. Sus

caracteres están construidos sobre arena movediza. La abnegación y el dominio propio no han sido moldeados en sus caracteres. Han sido mimados y consentidos hasta que se los ha echado a perder para la vida práctica. El amor al placer controla las mentes, y los niños son halagados y consentidos para su ruina. Debiera instruirse y educarse a los niños para que sepan que vendrán tentaciones y que enfrentarán dificultades y peligros. Se les debiera enseñar a dominarse ellos mismos y a vencer noblemente las dificultades; y si no se precipitan voluntariosamente en el peligro ni se colocan innecesariamente en el camino de la tentación; si rehúyen influencias malignas y la sociedad viciosa, y luego en forma inevitable se ven forzados a estar con compañías peligrosas, tendrán fuerza de carácter para mantenerse de parte de lo correcto y preservar los principios, y saldrán en la fuerza de Dios con su moral incontaminada. Si los jóvenes que han sido educados debidamente ponen su confianza en Dios, sus facultades morales resistirán la prueba más poderosa.

Pero pocos padres comprenden que sus hijos

son lo que su ejemplo y disciplina los han hecho, y que son responsables por los caracteres que sus hijos desarrollan. Si los corazones de los padres cristianos fueran obedientes a la voluntad de Cristo, obedecerían el mandato del Maestro celestial: “Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas”. (Mateo 6:33) Si aquellos que profesan ser seguidores de Cristo hicieran sólo esto, darían, no sólo a sus hijos, sino al mundo incrédulo, ejemplos que representarían correctamente la religión de la Biblia.

Si los padres cristianos vivieran en obediencia a los requerimientos del Maestro divino, preservarían la sencillez en el comer y el vestir, y vivirían más en armonía con la ley natural. Entonces no dedicarían tanto tiempo a la vida artificial, creándose problemas y cargas que Cristo no ha puesto sobre ellos, sino que positivamente les ordenó que evitaran. Si el reino de Dios y su justicia fuera para los padres la primera y suprema consideración, se perdería poco tiempo precioso en adornos externos innecesarios mientras que las

mentes de sus hijos son descuidadas casi completamente. El tiempo precioso dedicado por muchos padres a vestir a sus hijos para exhibirlos en sus escenas de diversión sería empleado mejor, muchísimo mejor, en cultivar sus propias mentes a fin de que pudieran ser competentes para instruir debidamente a sus hijos. No es esencial para la salvación ni la felicidad de estos padres, que usen el precioso tiempo de prueba que Dios les ha prestado en arreglos de vestidos, en visitas sociales y en chismografía.

Muchos padres argumentan que tienen tanto que hacer que no les queda tiempo para cultivar su mente, o educar a sus hijos para la vida práctica, ni para enseñarles cómo pueden llegar a ser corderos del rebaño de Cristo. Recién en el ajuste final de cuentas, cuando los casos de todos serán decididos y los hechos de toda nuestra vida serán expuestos ante nosotros en la presencia de Dios y del Cordero y de todos los santos ángeles, comprenderán los padres el valor casi infinito del tiempo malgastado. Muchos verán entonces que su conducta equivocada ha determinado el destino de sus hijos.

No sólo han fracasado en obtener para ellos mismos las palabras de alabanza del Rey de gloria: “Bien, buen siervo y fiel;... entra en el gozo de tu señor” (Mateo 25:21), sino que oyen cómo se pronuncia sobre sus hijos la terrible condena: “Apartaos de mí” (Mateo 25:41) Esto separa a sus hijos para siempre de los goces y glorias del cielo, y de la presencia de Cristo. Y ellos mismos reciben también la condena: Apártate de mí, “siervo malo y negligente”. (Mateo 25:26) Jesús nunca dirá: “Bien hecho” a aquellos que no se han ganado las palabras “Bien hecho” mediante sus vidas fieles de abnegación y sacrificio propio a fin de hacer bien a otros y de promover su gloria. Aquellos que viven principalmente para agradarse ellos en vez de hacer bien a otros, enfrentarán una pérdida infinita.

Si los padres pudieran cobrar conciencia de la tremenda responsabilidad que descansa sobre ellos en la obra de educar a sus hijos, más de su tiempo sería dedicado a la oración y menos a la ostentación innecesaria. Reflexionarían y estudiarían y orarían fervientemente a Dios en busca de sabiduría y ayuda divina para educar a sus

hijos de tal manera que puedan desarrollar caracteres que Dios aprobará. No estarían ansiosos de saber cómo pueden educar a sus hijos para que sean alabados y honrados por el mundo, sino cómo pueden educarlos a fin de que formen caracteres hermosos que Dios pueda aprobar.

Se necesita mucho estudio y oración ferviente en busca de sabiduría celestial para saber cómo tratar con las mentes juveniles, porque mucho depende de la dirección que los padres les dan a las mentes y voluntades de sus hijos. Encaminar sus mentes en la dirección correcta y en el momento oportuno es una obra sumamente importante, porque su destino eterno puede depender de las decisiones hechas en algún momento crítico. ¡Cuán importante, entonces, es que las mentes de los padres estén tan libres como sea posible de preocupaciones complejas y desgastadoras, centradas en las cosas temporales, para que puedan pensar y actuar con serena consideración, sabiduría y amor, y hacer de la salvación de las almas de sus hijos la primera y suprema consideración! El gran objetivo que los padres debieran tratar de lograr

para sus queridos hijos debiera ser el adorno interior. Los padres no pueden darse el lujo de permitir que visitantes y desconocidos reclamen su atención, y les roben el tiempo -- que es el gran capital de la vida --, haciéndoles imposible que cada día den a sus hijos esa instrucción paciente que deben impartirles con el fin de imprimir en ellos la dirección correcta para sus mentes en desarrollo.

Esta vida es demasiado corta para ser malgastada en diversiones vanas e insignificantes, en visitas no provechosas, en arreglos de ropa innecesarios con propósitos de ostentación, o en entretenimientos excitantes. No podemos darnos el lujo de derrochar el tiempo que Dios nos ha dado con el objeto de bendecir a otros y para hacernos tesoros en el cielo. No tenemos demasiado tiempo para el cumplimiento de los deberes necesarios. Necesitamos dedicar tiempo al cultivo de nuestros propios corazones y mentes a fin de capacitarnos para el trabajo de nuestra vida. Al descuidar esos deberes esenciales y conformarnos a los hábitos y costumbres de la sociedad elegante y mundana, nos

hacemos a nosotros mismos y a nuestros hijos un gran perjuicio.

Las madres que tienen que educar mentes juveniles y formar caracteres infantiles no debieran buscar la excitación del mundo a fin de estar contentas y felices. Tienen un trabajo importante para la vida, y ellas y los suyos no pueden permitirse el lujo de gastar el tiempo de un modo improductivo. El tiempo es uno de los talentos importantes que Dios nos ha confiado y del cual nos pedirá cuenta. Malgastar el tiempo es malgastar el intelecto. Las facultades de la mente son susceptibles de un elevado refinamiento. Es el deber de las madres cultivar sus mentes y mantener sus corazones puros. Debieran mejorar cada instrumento a su alcance para su progreso intelectual y moral, a fin de estar capacitadas para perfeccionar las mentes de sus hijos. Aquellos que complacen su inclinación a estar en compañía de otras personas pronto se sentirán intranquilos a menos que estén visitando a otros o recibiendo visitas. Los tales no tienen la capacidad de adaptarse a las circunstancias. Los deberes

sagrados y necesarios del hogar les parecen vulgares y carentes de interés. No tienen amor por el autoexamen o la disciplina propia. La mente siente ansias de las escenas variadas y excitantes de la vida mundana; los niños son descuidados para complacer la inclinación; y el ángel que registra escribe: “Siervos inútiles”. El plan de Dios es que nuestras mentes no estén sin un propósito, sino que cumplan algo bueno en esta vida.

Si los padres comprendieran que la educación de sus hijos para que sean útiles en esta vida es un deber solemne que Dios les ha ordenado; si adornaran el templo interior de las almas de sus hijos e hijas para la vida inmortal, veríamos un gran cambio y mejoramiento en la sociedad. No se manifestaría entonces una indiferencia tan grande respecto a la piedad práctica, y no sería tan difícil despertar la sensibilidad moral de los niños para que entiendan los derechos que Dios tiene sobre ellos. Pero los padres se vuelven más y más descuidados en la educación de sus hijos en las ramas útiles. Muchos padres permiten que sus hijos formen hábitos erróneos y sigan su propia

inclinación, y fallan al no grabar en sus mentes el peligro de tal comportamiento y la necesidad de que estén controlados por principios.

Frecuentemente los niños comienzan a hacer cierto trabajo con entusiasmo, pero, al sentirse confundidos o cansados con el mismo, desean cambiar y encargarse de algo nuevo. De ese modo pueden emprender varias cosas, desanimarse y abandonarlas; y así pasan de una cosa a otra, sin perfeccionar nada. Los padres no debieran permitir que el amor al cambio domine a sus hijos. No debieran estar tan ocupados en otras cosas que no tengan tiempo para disciplinar pacientemente las mentes en desarrollo. Unas pocas palabras de aliento, o algo de ayuda en el momento oportuno, puede hacerles superar sus problemas y su desánimo, y la satisfacción que obtendrán al ver completada la tarea que emprendieron los estimulará a un mayor esfuerzo.

Muchos niños, por falta de palabras de estímulo y un poco de ayuda en sus esfuerzos, se descorazonan y cambian de una cosa a otra. Y

llevan consigo este triste defecto en su vida madura. Fracasan en tener éxito en cualquier tarea que emprendan, porque no han sido enseñados a perseverar en circunstancias desanimadoras. Así la vida entera de muchos resulta ser un fracaso, porque no tuvieron la disciplina correcta cuando eran jóvenes. La educación recibida en la infancia y juventud afecta toda su carrera de trabajo en la vida madura, y su experiencia religiosa lleva la estampa correspondiente.

## Trabajo físico para los estudiantes

El presente plan educacional abre una puerta de tentación a la juventud. Aunque generalmente los alumnos tienen demasiadas horas de estudio, tienen además muchas horas sin nada que hacer. Estas horas de ocio se gastan frecuentemente de un modo irresponsable. La práctica de malos hábitos se comunica de uno a otro, y el vicio aumenta grandemente. Muchos jóvenes que han sido instruidos piadosamente en el hogar, y que salen para estudiar en los colegios, comparativamente inocentes y virtuosos, se corrompen al asociarse

con compañeros viciosos. Pierden el respeto propio y sacrifican los principios nobles. Entonces están listos para seguir el camino descendente, porque abusaron tanto de su conciencia que el pecado no les parece excesivamente pecaminoso. Estos males, que existen en los colegios dirigidos conforme al plan actual, podrían remediarse en gran medida si en sus planes pudieran combinarse el estudio y el trabajo. Estos mismos males existen en los colegios superiores, sólo que en un grado mayor, porque muchos de los jóvenes se han educado en el vicio y sus conciencias están cauterizadas.

Muchos padres sobrestiman la estabilidad y las buenas cualidades de sus hijos. No parecen tomar en cuenta que serán expuestos a las influencias engañosas de jóvenes viciosos. Los padres tienen sus temores cuando los envían a un colegio distante, pero se ilusionan con la idea de que como han tenido buenos ejemplos e instrucción religiosa, serán leales a los principios durante sus años de estudios secundarios. Muchos padres no tienen sino una vaga idea del grado de libertinaje que existe en estas instituciones de aprendizaje. En muchos casos

los padres han trabajado duramente y sufrido muchas privaciones con el ansiado propósito de que sus hijos obtengan una educación completa. Y después de todos sus esfuerzos, muchos tienen la amarga experiencia de recibir a sus hijos de su curso de estudios con hábitos disolutos y una constitución física arruinada. Y frecuentemente les faltan el respeto a sus padres y son desagradecidos y profanos. Estos padres que han sido abusados, cuyos hijos ingratos los recompensan de esa manera, lamentan haber enviado a sus hijos lejos de ellos para ser expuestos a tentaciones y regresar a la casa hechos una ruina física, mental y moral. Con esperanzas defraudadas y corazones casi quebrantados, ven a sus hijos, de quienes tenían elevados propósitos, seguir un camino de vicios y arrastrar una existencia miserable.

Pero hay jóvenes de principios firmes que satisfacen las expectativas de padres y maestros. Cursan sus estudios con limpia conciencia y egresan con buena constitución física y una moralidad no contaminada por influencias corruptoras. Pero el número de los tales es

reducido.

Algunos estudiantes ponen todo su ser en los estudios y concentran su mente en el blanco de obtener una educación. Ponen en ejercicio el cerebro, pero permiten que las facultades físicas permanezcan inactivas. El cerebro trabaja en exceso, y los músculos se debilitan porque no son ejercitados. Cuando estos estudiantes se gradúan, es evidente que han obtenido su educación a expensas de la vida. Han estudiado día y noche, año tras año, manteniendo sus mentes continuamente en tensión, mientras que han fallado en ejercitar suficientemente sus músculos. Lo sacrifican todo por un conocimiento de las ciencias y pasan a sus tumbas prematuramente.

Con frecuencia las jóvenes se entregan al estudio descuidando otras ramas de la educación aun más esenciales para la vida práctica que el estudio de los libros. Y después de haber obtenido su educación, a menudo quedan inválidas para toda la vida. Descuidaron su salud al permanecer demasiado tiempo puertas adentro, privadas del

aire puro del cielo y de la luz del sol dada por Dios. Estas jóvenes podrían haber salido sanas de sus colegios, si con sus estudios hubieran combinado el trabajo doméstico y el ejercicio al aire libre.

La salud es un gran tesoro. Es la posesión más rica que puedan tener los mortales. La riqueza, el honor o el saber son comprados a un precio demasiado caro si se lo hace perdiendo el vigor de la salud. Ninguno de estos logros puede asegurar la felicidad si falta la salud. Es un pecado terrible abusar de la salud que Dios nos ha dado, porque cada abuso de la salud nos debilita para la vida y nos convierte en perdedores, aun si obtenemos cualquier cantidad de educación.

En muchos casos los padres que son ricos no sienten la importancia de dar a sus hijos una educación en los deberes prácticos de la vida además de la instrucción en las ciencias. No ven la necesidad, para el bien de las mentes y la moral de sus hijos, y para su utilidad futura, de darles una comprensión cabal del trabajo útil. Esto es para que sus hijos, si llegara la desgracia, pudieran

establecerse en una noble independencia, sabiendo cómo usar sus manos. Si tienen un capital de fuerza no pueden ser pobres, aunque no tengan dinero. Muchos que en su juventud vivían en la opulencia podrían ser despojados de todas sus riquezas y dejados con padres, hermanos y hermanas que dependan de ellos para su sustento. ¡Cuán importante, entonces, es que cada joven sea educado para trabajar, a fin de que pueda estar preparado para cualquier emergencia! Las riquezas son ciertamente una maldición cuando sus poseedores permiten que se vuelvan un obstáculo para que sus hijos e hijas obtengan un conocimiento del trabajo útil, a fin de que puedan estar calificados para la vida práctica.

Aquellos que no se ven forzados a trabajar, frecuentemente no practican suficiente ejercicio saludable para su bienestar físico. Los jóvenes varones, al no tener sus mentes y manos empleadas en el trabajo activo, adquieren hábitos de indolencia y frecuentemente obtienen lo que es más temible: una educación callejera, malgastando el tiempo en tiendas, fumando, bebiendo y jugando a

las cartas.

Las jóvenes leerán novelas, excusándose del trabajo activo porque tienen una salud delicada. Su debilidad se debe a que no ejercitan los músculos que Dios les ha dado. Pueden pensar que son demasiado débiles para hacer trabajo doméstico, pero harán tejido de gancho y encaje de hilo, y preservarán la delicada palidez de sus manos y rostros, mientras sus madres abrumadas de tareas trabajan duramente para lavar y planchar sus vestidos. Estas damas no son cristianas, porque transgreden el quinto mandamiento. No honran a sus padres. Pero a quien más se debe culpar es a la madre. Ella ha consentido a sus hijas y las ha excusado de llevar su parte de los quehaceres domésticos, hasta que el trabajo les ha resultado desagradable, mientras les encanta disfrutar de la ociosidad delicada. Comen y duermen, leen novelas y hablan de modas, mientras que sus vidas se vuelven inútiles.

En muchos casos la pobreza es una bendición, porque impide que los jóvenes y niños se arruinen

a causa de la inacción. Tanto las facultades físicas como las mentales necesitan cultivarse y desarrollarse adecuadamente. La primera y constante preocupación de los padres debiera ser la de asegurarse de que sus hijos posean una constitución física firme, para que puedan ser hombres y mujeres sanos. Es imposible lograr este objetivo sin ejercicio físico. Por su propia salud física y bien moral, se debe enseñar a los niños a trabajar, aunque no haya necesidades. Si quieren tener caracteres puros y virtuosos necesitan adquirir la disciplina del trabajo bien reglamentado, que pondrá en ejercicio todos los músculos. La satisfacción que obtendrán los hijos por ser útiles y abnegados para ayudar a otros, será el placer más saludable que jamás hayan disfrutado. ¿Por qué los ricos habrían de robarles esta gran bendición a sus queridos hijos y a ellos mismos?

Padres, la indolencia es la mayor maldición que alguna vez les sobrevino a los jóvenes. No les debieran permitir a sus hijas que permanezcan en cama hasta tarde en la mañana, desperdiciando en el sueño las preciosas horas que les fueron

prestadas por Dios para que las usen con propósitos elevados y por las cuales tendrán que rendirle cuentas a él. La madre perjudica grandemente a sus hijas al llevar las cargas que ellas deberían compartir con su madre para su propio bien presente y futuro. El curso de acción que siguen muchos padres al permitir que sus hijos sean indolentes y gratifiquen sus deseos de leer romances los inhabilita para la vida real. La lectura de novelas e historietas es el mayor mal al que la juventud puede entregarse. Las lectoras de novelas e historias de amor nunca llegan a ser madres buenas y prácticas. Construyen castillos en el aire y viven en un mundo irreal e imaginario. Llegan a ser románticas y tienen fantasías enfermizas. Su vida artificial las echa a perder para cualquier cosa útil. Tienen un intelecto empequeñecido, aunque se lisonjean de que son superiores en mentalidad y modales. El ejercicio en las tareas domésticas es del máximo beneficio para las jóvenes.

La labor física no impedirá el cultivo del intelecto. Todo lo contrario. Los beneficios obtenidos mediante el trabajo físico equilibrarán a

una persona e impedirán que la mente trabaje en exceso. La fatiga recaerá sobre los músculos y aliviará el cerebro cansado. Hay muchas jovencitas desganadas e inútiles que consideran impropio de una dama ocuparse en un trabajo físico. Pero sus caracteres son demasiado ingenuos como para engañar a personas inteligentes respecto a su falta de valor. Sonríen tontamente y son todo afectación. Parece como si no pudieran expresarse en forma clara y honesta, sino que todo lo que dicen lo torturan con cuchicheos y risitas. ¿Son ellas damas? No nacieron tontas, pero se las educó para que lo fueran. No se requiere una niña frágil, débil, vestida con demasiado elegancia y que ríe tontamente para hacer una dama. Se necesita un cuerpo sano para un intelecto sano. La fortaleza física y un conocimiento práctico de todos los quehaceres domésticos necesarios nunca serán un obstáculo para un intelecto bien desarrollado; ambos son altamente importantes para una dama.

Debieran ponerse en uso y desarrollarse todas las facultades de la mente a fin de que los hombres y las mujeres tengan mentes bien equilibradas. El

mundo está lleno de hombres y mujeres incompletos, desproporcionados, que llegaron a ser así porque se cultivó sólo un conjunto de sus facultades mientras que otras se empequeñecieron debido a la inacción. La educación de la mayoría de los jóvenes es un fracaso. Estudian en exceso, mientras que descuidan lo que atañe a los asuntos prácticos de la vida. Los hombres y las mujeres llegan a ser padres sin considerar sus responsabilidades, y su descendencia se hunde más bajo que ellos en la escala de la deficiencia humana. Así la raza se está degenerando rápidamente. La constante aplicación al estudio, como actualmente son dirigidos los colegios, está inhabilitando a los jóvenes para la vida práctica. La mente humana necesita acción. Si no es activa en la dirección correcta, lo será en la errónea. A fin de preservar el equilibrio de la mente, debieran unirse el trabajo y el estudio en los colegios.

En las generaciones pasadas se debería haber hecho provisión para ofrecer una educación planeada en una escala mayor. En cuanto a los colegios, deberían ser establecimientos agrícolas e

industriales. También debería haber maestros de quehaceres domésticos. Y cada día una porción del tiempo necesitaría estar dedicada al trabajo, para que las facultades físicas y mentales pudieran ejercitarse por igual. Si los colegios estuvieran establecidos sobre el plan que hemos mencionado, no habría ahora tantas mentes desequilibradas.

Dios preparó para Adán y Eva un hermoso jardín. Les proveyó todo lo que sus necesidades requerían. Plantó para ellos árboles fructíferos de todas las variedades. Con una mano generosa los rodeó de sus mercedes. Los árboles creados para su utilidad y belleza, y las flores hermosas que surgían espontáneamente y florecían en rica profusión a su alrededor, no iban a conocer ningún tipo de decadencia. Adán y Eva ciertamente eran ricos. Poseían el Edén. Adán era señor de su hermoso dominio. Nadie puede cuestionar el hecho de que era rico. Pero Dios sabía que Adán no podría ser feliz a menos que tuviera una ocupación. Por lo tanto le dio algo para hacer; debía cultivar el jardín.

Si los hombres y mujeres de esta era

degenerada que poseen una gran cantidad de tesoros terrenales -- los que, en comparación con ese Paraíso de belleza y riqueza dado al noble Adán, son muy insignificantes --, sienten que no pueden rebajarse a trabajar y educan a sus hijos para que consideren el trabajo como algo degradante, a pesar de su riqueza, por precepto y ejemplo enseñan a sus hijos que el dinero hace al caballero y a la dama. Pero nuestra idea del caballero y la dama se mide por el intelecto y el valor moral. Dios no lo estima por la vestimenta. La exhortación del inspirado apóstol Pedro es: “Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos, sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios”. (1 Pedro 3:3, 4) Un espíritu afable y apacible es exaltado por encima del honor o las riquezas mundanales.

El Señor ilustra cómo estima a los ricos del mundo que elevan sus almas a la vanidad a causa de sus posesiones terrenales, mediante el hombre rico que derribó sus graneros y los construyó más

grandes para tener espacio a fin de almacenar sus bienes. Olvidándose de Dios, no reconoció de quién provenían todas sus posesiones. No se elevaron expresiones de gratitud a su bondadoso Benefactor. Se felicitaba a sí mismo de esta manera: “Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repósate, come, bebe, regocíjate”. El Amo, que le había confiado riquezas terrenales con las cuales bendecir a sus semejantes y glorificar a su Hacedor, se airó con justicia ante su ingratitud y dijo: “Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será? Así es el que hace para sí tesoro, y no es rico para con Dios”. (Lucas 12:19-21) Aquí tenemos una ilustración de cómo el Dios infinito estima al hombre. Una fortuna cuantiosa, o cualquier grado de riqueza, no asegurará el favor de Dios. Todas estas mercedes y bendiciones vienen de él para probar y desarrollar el carácter del hombre.

Los hombres pueden tener riqueza ilimitada; sin embargo, si no son ricos para con Dios, si no tienen interés en asegurarse para sí el tesoro celestial y la sabiduría divina, son considerados

insensatos por su Creador, y los dejamos precisamente donde Dios los deja. El trabajo es una bendición. Es imposible que disfrutemos de salud sin trabajar. Debieran ponerse en uso todas las facultades para que se las pueda desarrollar debidamente y para que los hombres y las mujeres tengan mentes bien equilibradas. Si se les hubiese dado a los jóvenes una educación completa en las diferentes ramas de trabajo, si se les hubiera enseñado el trabajo así como las ciencias, su educación les habría sido de mayor beneficio.

Una tensión constante sobre el cerebro mientras los músculos están inactivos, debilita los nervios, y los estudiantes tienen un deseo casi incontrolable de experimentar cambios y de tener diversiones excitantes. Y cuando se los suelta, después de estar confinados al estudio varias horas por día, están casi salvajes. Muchos nunca han sido controlados en el hogar. Se los ha dejado seguir su inclinación, y piensan que la restricción que experimentan durante las horas de estudio es una exigencia severa que se les impone; y puesto que no tienen nada que hacer después de las horas de estudio,

Satanás sugiere los deportes y las travesuras como un cambio. Su influencia sobre otros estudiantes es desmoralizadora. Esos estudiantes que han gozado de los beneficios de la enseñanza religiosa en el hogar, y que ignoran los vicios de la sociedad, frecuentemente llegan a ser los que mejor se relacionan con aquellos cuyas mentes se han formado en un molde inferior, y cuyas ventajas para la cultura mental y la educación religiosa han sido muy limitadas. Y ellos están en peligro, al mezclarse en sociedad con esta clase y respirar una atmósfera que no es elevadora sino que tiende a disminuir y degradar la moral, de hundirse al mismo bajo nivel que sus compañeros. A muchos estudiantes les encanta, en sus horas desocupadas, pasar un tiempo muy divertido. Y muchos de aquellos que son inocentes y puros al dejar sus hogares se corrompen por sus amistades en el colegio.

Me siento inducida a preguntar: ¿Debe sacrificarse todo lo valioso que hay en nuestra juventud a fin de que puedan obtener una educación en el colegio? Si hubiera

establecimientos agrícolas e industriales vinculados con nuestros colegios, y se emplearan maestros competentes para educar a los jóvenes en las diferentes ramas de estudio y trabajo, dedicando una porción de cada día al desarrollo mental y una porción al trabajo físico, habría ahora una clase más elevada de jóvenes en el escenario de la acción, para ejercer influencia en el moldeamiento de la sociedad. Muchos de los jóvenes que se graduarían en dichas instituciones saldrían con estabilidad de carácter. Tendrían perseverancia, entereza y valor para superar los obstáculos, y principios tales que no se desviarían por una influencia errónea, por popular que fuera. Tendría que haber habido maestros de experiencia para dar lecciones a las jóvenes en el departamento de arte culinario. Las niñas tendrían que haber recibido instrucciones para confeccionar ropa de vestir, para cortar, hacer y remendar vestidos, y de ese modo adquirir educación para los deberes prácticos de la vida.

Debería haber establecimientos donde los jóvenes pudieran aprender diferentes oficios que

ejercitaran sus músculos como también sus facultades mentales. Si los jóvenes pudieran adquirir sólo una educación parcial, ¿cuál sería de mayores consecuencias, la que da un conocimiento de las ciencias -- con todas las desventajas para la salud y la vida --, o la que ofrece un conocimiento del trabajo para la vida práctica? Contestamos sin vacilar: la última. Si una de las dos debe descuidarse, que sea el estudio de los libros.

Hay muchas jóvenes que se han casado y tienen familia, que poseen apenas un escaso conocimiento práctico de los deberes que recaen sobre una esposa y madre. Pueden leer y tocar un instrumento músico, pero no saben cocinar. Son incapaces de hacer un buen pan, lo que es muy esencial para la salud de la familia. No pueden cortar y hacer vestidos, porque nunca aprendieron cómo hacerlo. No consideraban que estas cosas fueran importantes, y en su vida de casadas dependen tanto de otras personas para que les atiendan estos asuntos como sus propios hijitos. Es esta ignorancia inexcusable de los deberes más necesarios de la vida lo que hace desdichadas a

muchas familias.

La impresión de que el trabajo es indigno para una vida elegante ha llevado a la tumba a miles que podrían haber vivido. Las personas que realizan sólo ocupaciones manuales frecuentemente trabajan en exceso, sin concederse períodos de descanso; mientras que la clase intelectual exige demasiado esfuerzo al cerebro y sufre por la falta del vigor saludable que le proporcionaría el trabajo físico. Si el intelectual compartiera en cierta medida la carga de la clase trabajadora y fortaleciera así los músculos, la clase obrera podría aliviar un poco su carga y dedicar parte de su tiempo a la cultura mental y moral. Aquellos que tienen ocupaciones sedentarias y literarias necesitan hacer ejercicio físico, aunque no tuvieran que hacerlo con el objeto de obtener recursos. La salud debería ser un atractivo suficiente para inducirlos a unir el trabajo físico con el mental.

Se debe combinar la cultura moral con la intelectual y la física a fin de tener hombres y mujeres bien desarrollados y equilibrados. Algunos

están capacitados para ejercitar mayor fuerza intelectual que otros, mientras que otros se inclinan a amar y disfrutar el trabajo físico. Ambas clases deberían tratar de mejorar en lo que son deficientes, para que puedan presentarle a Dios todo su ser en un servicio vivo, santo y agradable, que es su culto racional. Las modas y costumbres de la sociedad elegante no debieran determinar su curso de acción. El inspirado apóstol Pablo añade: "No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta". (Romanos 12:2)

Las mentes de los hombres que piensan trabajan demasiado. Frecuentemente usan en forma pródiga sus facultades mentales, mientras que hay otra clase cuyo blanco más elevado en la vida es el trabajo físico. Esta última clase no ejercita la mente. Ejercitan sus músculos mientras que sus cerebros son privados de fuerza intelectual, así como las mentes de los hombres intelectuales trabajan [intensamente] mientras que sus cuerpos

son despojados de fuerza y vigor por su descuido en ejercitar los músculos. Aquellos que están contentos con dedicar sus vidas al trabajo físico y dejan a otros que piensen para ellos, mientras que ellos simplemente ejecutan lo que otros cerebros han planeado, tendrán fuerza muscular, pero intelectos débiles. Su influencia para el bien es pequeña en comparación con lo que podría ser si usaran sus cerebros al igual que sus músculos. Esta clase cae más rápidamente si es atacada por la enfermedad; el sistema es vigorizado por la fuerza eléctrica del cerebro para resistir la enfermedad.

Las personas que poseen buenas facultades físicas debieran educarse tanto para pensar como para actuar, sin depender de otros para que sean sus cerebros. Muchos caen en el error popular de considerar el trabajo físico como degradante. Por lo tanto los jóvenes están muy ansiosos de educarse para llegar a ser maestros, oficinistas, comerciantes, abogados, y para ocupar casi cualquier posición que no requiera esfuerzo manual. Las jóvenes consideran las tareas domésticas como deshonrosas. Y aunque el trabajo

físico requerido para cumplir las tareas domésticas, si no es demasiado severo, está calculado para promover la salud, ellas buscarán una educación que las capacite para llegar a ser maestras u oficinistas, o aprenderán algún oficio que las confine puertas adentro para tener un empleo sedentario. La frescura de la salud desaparece de sus mejillas, y la enfermedad hace presa de ellas, porque están desprovistas de ejercicio físico y por lo general sus hábitos están pervertidos. ¡Todo esto porque es algo de moda! Disfrutan de una vida delicada, sin entender que es sinónimo de debilidad y decadencia.

Es verdad que hay cierto grado de excusa para que las jóvenes no elijan los quehaceres domésticos como su ocupación, puesto que los que emplean a jóvenes para la cocina generalmente las tratan como sirvientas. Frecuentemente sus empleadores no las respetan y las consideran indignas de ser miembros de sus familias. No les otorgan los privilegios que les dan a la modista, la copista o la profesora de música. Pero no puede haber una ocupación más importante que la de atender los

quehaceres domésticos. Cocinar bien, presentar alimentos saludables sobre la mesa en una manera atractiva requiere inteligencia y experiencia. La persona que prepara el alimento que ha de colocarse en nuestros estómagos, para convertirse en sangre que nutra el sistema, ocupa una posición sumamente importante y elevada. La posición de copista, modista o profesora de música no puede igualarse en importancia a la de la cocinera.

Lo que precede es una declaración de lo que podría haberse hecho mediante un sistema adecuado de educación. El tiempo es demasiado corto ahora para llevar a cabo lo que podría haberse hecho en generaciones pasadas, pero podemos hacer mucho, aun en estos últimos días, para corregir los males existentes en la educación de la juventud. Y debido a que el tiempo es corto, deberíamos trabajar en serio, ardorosamente, para darles a los jóvenes esa educación que es compatible con nuestra fe. Somos reformadores. Deseamos que nuestros hijos estudien para obtener el máximo beneficio. A fin de lograrlo, se les debería dar ocupaciones que pongan sus músculos

en ejercicio. El trabajo diario, sistemático, debiera constituir una parte de la educación de la juventud, aun en esta hora tardía. Puede ganarse mucho actualmente al vincular el trabajo con los colegios. Al seguir este plan los estudiantes obtendrán elasticidad de espíritu y vigor de pensamiento, y podrán realizar más trabajo mental en un tiempo dado que lo que podrían hacer sólo mediante el estudio. Y pueden dejar el colegio con su constitución física intacta y con fuerza y valor para perseverar en cualquier posición en la cual la providencia de Dios quiera colocarlos.

Debido a que el tiempo es breve, deberíamos trabajar con diligencia y doblada energía. Quizás nuestros hijos nunca puedan entrar a una universidad, pero pueden obtener una educación en ramas esenciales del saber a la que podrán recurrir con el fin de darle un uso práctico, a la vez que cultivan su mente y emplean bien sus facultades. Muchos jóvenes que han cursado estudios universitarios no han obtenido esa verdadera educación de la que pueden valerse con fines prácticos. Pueden decir que han conseguido un

título universitario, pero en realidad no son más que unos ignorantes con un diploma.

Hay muchos jóvenes cuyos servicios Dios aceptaría si se consagraran a él sin reservas. Si ellos ejercitaran sus facultades mentales en el servicio de Dios, que [actualmente] usan para servirse ellos mismos y adquirir propiedades, llegarían a ser obreros empeñosos, perseverantes y exitosos en la viña del Señor. Muchos de nuestros jóvenes debieran dirigir su atención al estudio de las Escrituras, para que Dios pueda usarlos en su causa. Pero no llegan a ser tan inteligentes en el conocimiento espiritual como en las cosas temporales; por lo tanto fallan en hacer la obra de Dios que podrían llevar a cabo aceptablemente. Hay muy pocos para amonestar a los pecadores y ganar almas para Cristo, cuando debería haber muchos. Nuestros jóvenes generalmente son versados en los asuntos mundanales, pero no son entendidos en las cosas del reino de Dios. Podrían conducir sus mentes por un cauce celestial, divino, y caminar en la luz, yendo de un grado de luz y fuerza a otro hasta que pudieran dirigir a los

pecadores a Cristo y señalar a los incrédulos y desanimados una huella brillante hacia el cielo. Y cuando la lucha termine, podrían ser bienvenidos al gozo de su Señor.

Los jóvenes no debieran emprender el trabajo de explicar las Escrituras y dar conferencias sobre las profecías cuando no conocen las verdades importantes de la Biblia que tratan de explicar a otros. Quizás sean deficientes en las ramas comunes de la educación y por lo tanto fracasan al tratar de alcanzar la medida de bien que podrían hacer si hubieran tenido las ventajas de un buen colegio. La ignorancia no aumentará la humildad ni la espiritualidad de ningún profeso seguidor de Cristo. Las verdades de la Palabra divina pueden ser apreciadas mejor por un cristiano intelectual. Cristo puede ser mejor glorificado por aquellos que le sirven inteligentemente. El gran objetivo de la educación es capacitarnos para usar las facultades que Dios nos ha dado de tal manera que representemos mejor la religión de la Biblia y promovamos la gloria de Dios.

Estamos en deuda para con Aquel que nos dio la existencia, por todos los talentos que nos ha confiado; y le debemos a nuestro Creador la obligación de cultivar y mejorar los talentos que nos ha encomendado. La educación disciplinará la mente, desarrollará sus facultades, y las orientará en forma inteligente, para que podamos ser útiles en promover la gloria de Dios. Necesitamos un colegio donde a los que acaban de entrar en el ministerio se les puedan enseñar por lo menos las ramas corrientes de la educación y donde también puedan aprender más perfectamente las verdades de Dios para este tiempo. En relación con estas escuelas, deberían darse conferencias sobre las profecías. Aquellos que realmente tienen buenas aptitudes, como las que Dios acepta para que trabajen en su viña, se beneficiarían grandemente con sólo unos pocos meses de instrucción en una institución tal.

Capítulo 14

# La Reforma Pro Salud

El 10 de diciembre de 1871 se me mostró que la reforma pro salud es un ramo de la gran obra que ha de preparar a un pueblo para la venida del Señor. Está tan íntimamente relacionada con el mensaje del tercer ángel como la mano lo está con el cuerpo. Los hombres han considerado livianamente la Ley de los Diez Mandamientos, pero el Señor no quiso venir a castigar a los transgresores de dicha ley sin mandarles primero un mensaje de amonestación. El tercer ángel proclama ese mensaje. Si los seres humanos hubieran sido siempre obedientes al Decálogo, y hubieran llevado a cabo en su vida los principios de esos preceptos, la maldición de tanta enfermedad que ahora inunda al mundo no existiría.

Los hombres y las mujeres no pueden violar la ley natural, complaciendo un apetito depravado y pasiones concupiscentes, sin violar la Ley de Dios. Por lo tanto, el Señor ha permitido que sobre

nosotros resplandezca la luz de la reforma pro salud, para que veamos el pecado que cometemos al violar las leyes que él estableció en nuestro ser. Todos nuestros goces o sufrimientos pueden atribuirse a la obediencia o transgresión de la ley natural. Nuestro misericordioso Padre celestial ve la condición deplorable de los hombres, que, a sabiendas unos, por ignorancia muchos, viven violando las leyes que él estableció. Pero por su amor y compasión hacia la especie humana, él hace resplandecer la luz de la reforma pro salud. Promulga su ley y anuncia la penalidad que se aplicará a la transgresión de ella, para que todos puedan aprender y procuren vivir en armonía con la ley natural. Proclama su ley tan distintamente y la hace tan eminente que es como una ciudad asentada sobre una montaña. Todos los seres responsables pueden comprenderla si quieren. Los idiotas no serán responsables. Hacer clara la ley natural e instar a que se la obedezca es la obra que acompaña al mensaje del tercer ángel, con el propósito de preparar un pueblo para la venida del Señor.

Adán y Eva cayeron a través del apetito intemperante. Cristo vino y resistió las tentaciones más fieras de Satanás y, en favor de la raza, venció el apetito, mostrando que el hombre puede vencer. Como Adán cayó a través del apetito y perdió el dichoso Edén, los hijos de Adán pueden vencer el apetito a través de Cristo, y mediante la temperancia en todas las cosas recuperar el Edén.

La ignorancia no es excusa ahora para la transgresión de la ley. La luz brilla claramente, y nadie necesita ignorarla porque el mismo gran Dios es el instructor del hombre. Todos están comprometidos con Dios por las obligaciones más sagradas, a prestar atención a la correcta filosofía y a la experiencia genuina que ahora él les está dando con referencia a la reforma pro salud. Él se propone que el gran tema de la reforma pro salud sea debatido y que la mente del público se inquiete profundamente para investigar; porque es imposible que los hombres y las mujeres con todos sus hábitos pecaminosos, que destruyen la salud y debilitan el cerebro, disciernan la verdad sagrada, a través de la cual han de ser santificados, refinados,

elevados y hechos idóneos para la compañía de los ángeles celestiales en el reino de gloria.

Los habitantes del mundo del tiempo de Noé fueron destruidos porque se corrompieron mediante la complacencia del apetito pervertido. Sodoma y Gomorra fueron destruidas debido a la gratificación del apetito antinatural, lo que entorpeció tanto el intelecto que no pudieron discernir la diferencia entre las demandas sagradas de Dios y el clamor del apetito, el cual los esclavizó. Se volvieron tan feroces y audaces en sus abominaciones detestables que Dios no los toleró sobre la tierra. Dios atribuye la maldad de Babilonia a su glotonería y embriaguez.

El apóstol Pablo exhorta a la iglesia: “Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional”. (Romanos 12:1) Los hombres, entonces, pueden profanar sus cuerpos mediante indulgencias pecaminosas. Si son profanos, no están calificados para ser adoradores espirituales ni son dignos del

cielo. Si las personas estiman la luz que Dios en su misericordia les da sobre la reforma pro salud, pueden ser santificadas mediante la verdad y hechas idóneas para la inmortalidad. Pero si descuidan esa luz y viven en violación de la ley natural deben pagar la penalidad.

Dios creó al hombre perfecto y santo. Pero el hombre cayó de su estado de santidad porque transgredió la ley de Dios. Desde la caída ha habido un rápido aumento de la enfermedad, el sufrimiento y la muerte. Sin embargo, pese a que el hombre [y la mujer] han insultado a su Creador, el amor de Dios todavía se extiende a la raza humana; y él permite que la luz brille para que los humanos puedan ver que a fin de vivir vidas perfectas deben llevarlas en armonía con las leyes naturales que gobiernan su ser. Por lo tanto es de suprema importancia que sepamos cómo vivir de manera que las facultades del cuerpo y de la mente, puedan ejercitarse para la gloria de Dios.

Es imposible para el hombre presentar su cuerpo en un sacrificio vivo, santo y agradable a

Dios, al mismo tiempo que, debido a que el mundo acostumbra hacerlo así, consiente en hábitos que disminuyen su vigor físico, mental y moral. El apóstol añade: “No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta”. (Romanos 12:2) Jesús, sentado en el monte de los Olivos, instruyó a sus discípulos concerniente a las señales que precederían a su venida. Dijo: “Como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre. Porque como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y no entendieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del Hombre”. (Mateo 24:37-39)

Existen en nuestros días los mismos pecados que trajeron la ira de Dios sobre el mundo en los días de Noé. En la actualidad los hombres y mujeres convierten sus hábitos de comer y beber en glotonería y embriaguez. Este pecado

prevaleciente, la indulgencia del apetito pervertido, inflamó las pasiones de los hombres en los días de Noé y condujo a una corrupción general, hasta que su violencia y sus crímenes llegaron al cielo, y Dios limpió la tierra de su contaminación moral mediante un diluvio.

Los mismos pecados de glotonería y embriaguez entorpecieron la sensibilidad moral de los habitantes de Sodoma, de modo que los hombres y las mujeres de esa ciudad impía parecían deleitarse en cometer delitos. Cristo advierte así al mundo: “Asimismo como sucedió en los días de Lot; comían, bebían, compraban, vendían, plantaban, edificaban; mas el día en que Lot salió de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre, y los destruyó a todos. Así será el día en que el Hijo del Hombre se manifieste”. (Lucas 17:28-30)

Cristo nos ha dejado aquí una lección sumamente importante. En su enseñanza él no fomenta la indolencia. Su ejemplo era lo opuesto a esto. Cristo fue un obrero esforzado. Su vida fue

una vida de abnegación, diligencia, perseverancia, laboriosidad y economía. Sometió ante nosotros el peligro de darle suma importancia a la comida y la bebida. Él revela el resultado de entregarse a la complacencia del apetito. Las facultades morales se debilitan de modo que el pecado no parece pecaminoso. Se toleran los delitos, y las pasiones bajas controlan la mente hasta que una corrupción general erradica los buenos principios e impulsos, y Dios es blasfemado. Todo esto es el resultado de comer y beber en exceso. Ésta es precisamente la condición que él declara que existirá en su segunda venida.

¿Serán amonestados los hombres y las mujeres? ¿Estimarán la luz, o llegarán a ser esclavos del apetito y las bajas pasiones? Cristo nos presenta algo superior por lo cual trabajar, y no meramente por lo que comeremos y lo que beberemos, y con lo que nos vestiremos. Comer, beber y vestirse son llevados a tal exceso que se convierten en crímenes, y están entre los pecados señalados de los últimos días, y constituyen una señal de la pronta venida de Cristo. El tiempo, el

dinero y las fuerzas, que son del Señor, pero que él nos los ha confiado, se malgastan en superfluidades de vestidos y lujos para satisfacer el apetito pervertido, que disminuyen la vitalidad y traen sufrimiento y decadencia. Es imposible presentar nuestros cuerpos a Dios en un sacrificio vivo cuando están llenos de corrupción y enfermedad por nuestra propia indulgencia pecaminosa.

Debe obtenerse conocimiento en cuanto a cómo comer y beber y vestirse de manera que se preserve la salud. La enfermedad es causada por la violación de las leyes de la salud; es el resultado de violar la ley de la naturaleza. Nuestro primer deber, que le debemos a Dios, a nosotros mismos y a nuestros semejantes, es obedecer las leyes de Dios, lo cual incluye las leyes de la salud. Si estamos enfermos, les imponemos una carga tediosa a nuestros amigos y nos inhabilitamos para cumplir nuestros deberes hacia nuestras familias y vecinos. Y cuando la muerte prematura es el resultado de nuestra violación de la ley de la naturaleza, acarreamos tristeza y sufrimiento a otros; privamos a nuestros vecinos de la ayuda que debemos rendirles con

nuestra vida; les robamos a nuestras familias el consuelo y la ayuda que podríamos prestarles, y despojamos a Dios del servicio que él nos demanda para que fomentemos su gloria. Entonces, ¿no somos, en el peor sentido de la palabra, transgresores de la ley de Dios?

Pero Dios es todo compasión, benigno y tierno, y cuando viene la luz para mostrar quiénes han perjudicado su salud mediante complacencias pecaminosas, y ellos se convencen de pecado, se arrepienten y buscan perdón, él acepta la ofrenda pobre que se le rinde y los recibe. ¡Oh, cuán tierna es su misericordia que no rechaza el resto de la vida mal usada del pecador sufriente, arrepentido! En su benigna misericordia él salva a esas almas como por fuego. Pero en el mejor de los casos, ¡qué sacrificio inferior, lastimoso, para ofrecer a un Dios puro y santo! Las facultades nobles han sido paralizadas por hábitos erróneos de complacencia pecaminosa. Las aspiraciones son pervertidas, y el alma y el cuerpo, deformados.

Capítulo 15

# El Instituto de Salud

La gran obra de reforma debe ir adelante. El Instituto de Salud ha sido establecido en Battle Creek para aliviar a los afligidos, para diseminar luz, para despertar el espíritu de investigación, y para promover la reforma. Esta institución es dirigida sobre principios que son diferentes de los de cualquier otra institución sanitaria en el país. El dinero no es el gran objetivo de sus amigos y dirigentes. La conducen en forma concienzuda, religiosa, con el blanco de llevar adelante los principios de la higiene bíblica. La mayoría de las instituciones de este tipo están establecidas sobre principios diferentes y son de un carácter tradicional, cuyo propósito es hacer concesiones a la clase popular y definir su curso de acción de modo que consigan la mayor clientela y la máxima cantidad de dinero.

El Instituto de Salud en Battle Creek está establecido sobre principios religiosos firmes. Sus

dirigentes reconocen a Dios como el verdadero propietario. Médicos y ayudantes acuden a él en busca de orientación, y procuran avanzar concienzudamente en su temor. Por esta razón está sobre una base segura. Cuando los enfermos débiles y sufrientes se enteren acerca de los principios que sostienen los directores, superintendentes, médicos y ayudantes en el Instituto, y sepan que ellos temen a Dios, se sentirán más seguros allí que en las instituciones populares.

Si los que están vinculados con el Instituto de Salud en Battle Creek descendieran de los principios puros y exaltados de la verdad bíblica para imitar las teorías y prácticas de los que están a la cabeza de otras instituciones, donde sólo son tratadas las enfermedades de los inválidos y en donde los dirigentes no trabajan motivados por un punto de vista religioso, elevado, sino meramente por dinero, la bendición especial de Dios no descansaría sobre el Instituto. Esta institución fue ideada por Dios para ser una de las más grandes ayudas en la preparación de a un pueblo llamado a

ser perfecto ante Dios. A fin de alcanzar esta perfección, los hombres y las mujeres deben tener fuerza física y mental para apreciar las verdades elevadas de la Palabra de Dios y para ser colocados en una posición donde discernirán las imperfecciones de sus caracteres morales. Debieran tratar seriamente de reformarse para que puedan tener amistad con Dios. La religión de Cristo no debe colocarse en segundo plano, ni han de dejarse a un lado sus santos principios con el fin de obtener la aprobación de cualquier grupo, por popular que sea. Si se rebaja la norma de la verdad y la santidad, entonces el plan de Dios no se cumplirá en esta institución.

Pero nuestra fe peculiar no debiera discutirse con los pacientes. Sus mentes no deben ser agitadas innecesariamente acerca de temas en los que diferimos, a menos que ellos mismos lo deseen; y entonces debería observarse gran cautela para no inquietarlos recomendándoles nuestra fe peculiar. El Instituto de Salud no es el lugar para entrar agresivamente en discusión sobre puntos de nuestra fe en los que generalmente diferimos con el mundo

religioso. Se celebran reuniones de oración en el Instituto en las que todos pueden participar si lo desean, pero hay mucho sobre lo cual explayarse acerca de la religión de la Biblia sin tocar puntos objetables de divergencia. La influencia silenciosa hará más que la controversia abierta.

En sus pláticas en las reuniones de oración algunos observadores del sábado han sentido que deben presentar el tema del sábado y el mensaje del tercer ángel o de lo contrario no podrían sentirse libres. Ésta es una característica de mentes estrechas. Los pacientes no familiarizados con nuestra fe no saben qué significado tiene la expresión “mensaje del tercer ángel”. La introducción de estos términos sin una clara explicación de lo que significan sólo hace daño. Debemos encontrarnos con la gente donde ellos están, y sin embargo no necesitamos sacrificar un solo principio de la verdad. La reunión de oración resultará ser una bendición para pacientes, ayudantes y médicos. Períodos breves e interesantes de oración y de adoración en grupo aumentarán la confianza de los pacientes en sus

médicos y ayudantes. No se debiera privar a los ayudantes de esas reuniones por razones de trabajo a menos que sea claramente indispensable. Ellos las necesitan y debieran disfrutarlas. Al establecerse reuniones regulares los pacientes ganan confianza en el Instituto y se sienten más en casa. Y de este modo se prepara el camino para que la semilla de la verdad eche raíces en algunos corazones. Estas reuniones interesan en forma especial a algunos que profesan ser cristianos y causan una impresión favorable sobre quienes no lo son. Se aumenta la confianza mutua y se reduce el prejuicio y en muchos casos se lo elimina enteramente. Existe entonces cierta ansiedad para asistir a la reunión del sábado. Allí, en la casa de Dios, es el lugar para expresar nuestros sentimientos denominacionales. Allí el ministro puede expresar con claridad los puntos esenciales de la verdad presente y con el espíritu de Cristo, con amor y ternura, mostrar a todos la necesidad de obedecer todos los requerimientos de Dios, y permitir que la verdad convenza los corazones.

Se me mostró que podría realizarse una obra

mayor si hubiera médicos que fuesen caballeros, con la correcta manera de pensar, que tuvieran la cultura adecuada y una comprensión cabal de cada aspecto del trabajo que le incumbe a un médico. Los médicos debieran tener una gran medida de paciencia, tolerancia, amabilidad y compasión; porque necesitan estos rasgos al tratar con inválidos sufrientes, cuyo cuerpo está enfermo, y muchos de ellos están enfermos tanto del cuerpo como de la mente. No es un asunto fácil conseguir la clase correcta de hombres y mujeres, aquellos que sean idóneos para el lugar y que trabajarán en forma armoniosa, con entusiasmo y desinteresadamente para el beneficio de los enfermos que sufren. En el Instituto se necesitan hombres que tengan ante ellos el temor de Dios y que puedan ministrar a las mentes enfermas y destacar la reforma pro salud desde un punto de vista religioso.

Aquellos que se ocupan en esta obra debieran estar consagrados a Dios y no tener como único objetivo tratar el cuerpo meramente para curar la enfermedad, trabajando así desde el punto de vista

del médico popular, sino ser padres espirituales, ministrar a las mentes enfermas y señalar al alma enferma de pecado el remedio que nunca falla, el Salvador que murió por ellos. Aquellos que están debilitados por la enfermedad sufren en más de un sentido. Pueden soportar el dolor corporal mucho mejor que el sufrimiento mental. Muchos han violado su conciencia y sólo se los puede alcanzar mediante los principios de la religión de la Biblia.

Cuando el pobre paralítico sufriente fue llevado al Salvador, la urgencia del caso parecía no admitir un momento de demora, porque el cuerpo ya mostraba rastros de descomposición. Cuando aquellos que lo llevaban en su cama vieron que no podían llegar directamente

a la presencia de Cristo, inmediatamente abrieron el techo y bajaron la cama donde yacía el enfermo de parálisis. Nuestro Salvador vio y comprendió perfectamente su condición. También sabía que este miserable tenía una enfermedad del alma mucho más grave que el sufrimiento corporal. Sabía que la carga mayor que había llevado por

meses era una carga de pecados. La multitud esperaba en el suspenso más absoluto para ver cómo Cristo trataría este caso, aparentemente tan desesperanzado, y se asombraron al oír las palabras que cayeron de sus labios: “Ten ánimo, hijo; tus pecados te son perdonados”. (Mateo 9:2)

Estas eran las palabras más preciosas que podían llegar a oídos de ese enfermo sufriente, porque la carga de pecado había caído tan pesadamente sobre él que no podía encontrar el menor alivio. Cristo levantó la carga que lo oprimía tan abrumadoramente: “Ten ánimo, hijo”. Yo, tu Salvador, vine a perdonar pecados. ¡Cuán rápidamente cambia el semblante pálido del sufriente! La esperanza toma el lugar de la oscura desesperación, y la paz y el gozo reemplazan la duda angustiosa y la lobreguez impasible. Al ser restaurada la mente a un estado de paz y felicidad, el cuerpo sufriente puede ahora ser alcanzado. De los labios divinos brotan luego las palabras: “Tus pecados te son perdonados... Levántate y anda”. (Mateo 9:2, 5) En el esfuerzo por obedecer a la voluntad, esos brazos sin vida y sin sangre son

reanimados; una corriente saludable de sangre corre por las venas; desaparece el color plomizo de su carne y toma su lugar el brillo rojizo de la salud. Los miembros que por largos años se habían negado a obedecer los mandatos de la voluntad son ahora vivificados, y el paralítico sanado toma su cama y camina en medio de la multitud hacia su casa, glorificando a Dios.

Este caso es para nuestra instrucción. Los médicos que quisieran tener éxito en el tratamiento de la enfermedad deberían saber cómo ministrar a la mente enferma. Pueden ejercer una influencia poderosa para bien si confían en Dios. Algunos inválidos necesitan verse aliviados del dolor antes que se pueda alcanzar la mente. Después que el cuerpo ha recibido alivio, el médico frecuentemente puede apelar con más éxito a la conciencia, y el corazón será más susceptible a las influencias de la verdad. Hay peligro de que aquellos vinculados con el Instituto de Salud pierdan de vista el objetivo por el que dicha institución fue establecida por los adventistas del séptimo día, y al trabajar desde el punto de vista

mundano imiten el modelo de otras instituciones.

El Instituto de Salud no fue establecido entre nosotros con el fin de obtener dinero, aunque el dinero es muy necesario para llevar adelante la institución en forma exitosa. Todos debieran ejercer la economía en el gasto de los recursos, para que el dinero no se use innecesariamente. Pero debiera haber recursos suficientes para invertir en los materiales necesarios que harán el trabajo de los ayudantes, y especialmente de los médicos, tan fácil como sea posible. Y los directores del Instituto deberían valerse de todo tipo de recursos que les ayudarán en el tratamiento exitoso de los pacientes. Hay que tratar a los pacientes con la mayor ternura y delicadeza. Y sin embargo los médicos debieran ser firmes y no permitir, en su tratamiento con los enfermos, que los pacientes les den órdenes. Es necesaria la firmeza de parte de los médicos para el bien de los pacientes. Pero la firmeza debiera combinarse con la cortesía respetuosa. Ningún médico o ayudante debiera contender con un paciente, o usar palabras ásperas e irritantes, ni siquiera palabras que no sean

sumamente amables, no importa cuán provocativo pueda ser el paciente.

Uno de los grandes objetivos de nuestro Instituto de Salud es dirigir a las almas enfermas de pecado al Gran Médico, la verdadera Fuente de sanidad, y llamar su atención a la necesidad de una reforma desde un punto de vista religioso, para que no violen más la Ley de Dios mediante indulgencias pecaminosas. Si puede despertarse la sensibilidad moral de los enfermos y hacer que ellos vean que están pecando contra su Creador al atraer la enfermedad sobre ellos mismos y al gratificar el apetito y las bajas pasiones, cuando dejen el Instituto de Salud no dejarán sus principios detrás, sino que los llevarán consigo y serán genuinos reformadores de la salud en el hogar. Si se despierta la sensibilidad moral, los pacientes decidirán llevar a la práctica sus convicciones de conciencia; y si ellos ven la verdad, la obedecerán. Tendrán una independencia genuina y noble para practicar las verdades que hayan aceptado. Y si la mente está en paz con Dios, las condiciones corporales serán más favorables.

Sobre la iglesia de Battle Creek descansa la mayor responsabilidad de vivir y caminar en la luz, y de preservar su sencillez y separación del mundo, para que su influencia pueda hablarles con poder convincente a los que asisten a nuestras reuniones y desconocen la verdad. Si la iglesia de Battle Creek es un cuerpo inerte, lleno de orgullo, que se exalta por encima de la sencillez de la verdadera piedad y se inclina al mundo, su influencia dispersará y alejará de Cristo a la gente y les quitará validez a las verdades bíblicas más solemnes y esenciales. Los miembros de esta iglesia tienen oportunidades de beneficiarse con las conferencias de los médicos del Instituto de Salud. Pueden obtener información sobre el gran tema de la reforma pro salud si lo desean. Pero la iglesia de Battle Creek, que hace gran profesión de la verdad, está muy detrás de otras iglesias que no han sido bendecidas con las ventajas que ellos han tenido. El descuido de la iglesia en vivir de acuerdo con la luz que han recibido acerca de la reforma pro salud es un motivo de desánimo para los médicos y para los amigos del Instituto de Salud. Si la iglesia

manifestara un mayor interés en las reformas que Dios mismo les ha traído a fin de prepararlos para su venida, su influencia sería diez veces mayor de lo que es ahora.

Muchos que profesan creer en los Testimonios descuidan la luz que les ha sido dada. Algunos tratan la reforma en la vestimenta con gran indiferencia y otros con desprecio, porque hay una cruz relacionada con esto. Yo agradezco a Dios por esta cruz. Es justamente lo que necesitamos para distinguir y separar del mundo al pueblo de Dios que observa los mandamientos. La reforma de la vestimenta armoniza con nosotros así como lo hacía la cinta azul con el antiguo Israel. El orgulloso, y aquellos que no aman la verdad sagrada que los separará del mundo, lo mostrarán por sus obras. Dios en su providencia nos ha dado la luz sobre la reforma pro salud, para que podamos entenderla en todos sus alcances y seguir la claridad que trae consigo, y al relacionarnos correctamente con la vida tener salud para que podamos glorificar a Dios y ser una bendición para otros.

En general la iglesia en Battle Creek no ha sostenido al Instituto mediante su ejemplo. No han honrado la luz de la reforma pro salud llevándola a cabo en sus familias. Si hubieran seguido la luz que Dios les ha dado, no habría sido necesario que sobreviniera la enfermedad que visitó a muchas familias en Battle Creek. Como el antiguo Israel, han desatendido la luz y no pudieron ver más necesidad de restringir el apetito que lo que vio el antiguo Israel. Los hijos de Israel querían tener carne y dijeron, como muchos dicen ahora: Moriremos sin carne. Dios le dio carne al rebelde Israel, pero la maldición divina estaba con ello. Miles de ellos murieron mientras la carne que deseaban todavía estaba entre sus dientes. Tenemos el ejemplo del antiguo Israel y la advertencia de no hacer como ellos hicieron. Su historia de incredulidad y rebelión ha sido registrada como una advertencia especial para que no sigamos su ejemplo de murmurar ante los requerimientos de Dios. ¿Cómo podemos seguir tan indiferentemente, eligiendo nuestro propio curso de acción, siguiendo tras la vista de nuestros ojos, y apartándonos más y

más de Dios, como lo hicieron los hebreos? Dios no puede hacer cosas grandes por su pueblo a causa de su dureza de corazón y de su incredulidad pecaminosa.

Dios no hace acepción de personas; pero en cada generación los que temen al Señor y obran justicia son aceptos por él; mientras que aquellos que están murmurando, que son incrédulos y rebeldes, no tendrán el favor divino ni las bendiciones prometidas a aquellos que aman la verdad y caminan en ella. Las personas que tienen la luz y no la siguen, sino que hacen caso omiso de los requerimientos de Dios, encontrarán que sus bendiciones se convertirán en maldiciones y sus misericordias en juicios. Dios desea que aprendamos humildad y obediencia mientras leemos la historia del antiguo Israel, quienes fueron su pueblo escogido y peculiar, pero que acarrearon sobre sí su propia destrucción al seguir sus propios caminos.

La religión de la Biblia no es dañina para la salud del cuerpo o de la mente. La influencia del

Espíritu de Dios es la mejor medicina que un hombre o una mujer enfermos pueden recibir. El cielo es todo salud, y cuanto más profundamente se comprendan las influencias celestiales más segura será la recuperación del enfermo que cree. En algunas otras instituciones de salud estimulan la práctica de diversiones, representaciones dramáticas y bailes para producir una excitación, pero temen el resultado de un interés religioso. La teoría del Dr. Jackson en este respecto no sólo es errónea sino también peligrosa. Sin embargo él ha hablado sobre esto de un modo tal que, si sus instrucciones fueran escuchadas, los pacientes serían inducidos a pensar que su recuperación depende de tener tan pocos pensamientos acerca de Dios y el cielo como sea posible. Es verdad que hay personas con mentes desequilibradas que se imaginan ser muy religiosas y que se imponen la práctica del ayuno y la oración en menoscabo de su salud. Estas almas se permiten ser engañadas. Dios no les ha pedido esto. Tienen una justicia farisaica que no procede de Cristo, sino de ellos mismos. Confían en sus propias obras buenas para salvarse y están tratando de comprar el cielo mediante sus

obras meritorias en vez de confiar, como debiera hacerlo todo pecador, sólo en los méritos de un Salvador crucificado y resucitado. Cristo y la verdadera piedad, hoy y siempre, serán salud para el cuerpo y fuerza para el alma.

La nube que ha descansado sobre nuestro Instituto de Salud se está levantando, y la bendición de Dios ha acompañado los esfuerzos hechos para colocarlo sobre una base correcta y para corregir los errores de aquellos que mediante su infidelidad acarrearon grandes dificultades financieras sobre la institución y causaron desaliento en todas partes a los amigos de ella.

Aquellos que han transferido a usos caritativos del Instituto los intereses, o dividendos de sus acciones, han hecho algo noble que recibirá su recompensa. Todos los que no han hecho transferencias similares, siendo capaces de hacerlo, debieran, en su primera oportunidad, asignar al Instituto todo o una parte de sus intereses, como lo ha hecho la mayoría de los accionistas. Y a medida que lo demanden el creciente interés y la utilidad

de esta institución, todos, especialmente aquellos que no lo han hecho, debieran continuar invirtiendo en ella.

Vi que había una gran cantidad de recursos sobrantes entre nuestro pueblo, una porción de lo cual debiera invertirse en el Instituto de Salud. También vi que hay muchos pobres meritorios entre nuestro pueblo que están enfermos y sufriendo, y que han estado dirigiéndose al Instituto en busca de ayuda, pero que no pueden pagar los precios regulares para hospedaje, tratamiento, etc. El Instituto ha luchado duramente con deudas en los últimos tres años y no ha podido tratar a los pacientes en ninguna medida significativa sin un pago completo. A Dios le agradaría que todos nuestros miembros que tienen la capacidad de hacerlo, invirtieran generosamente en el Instituto para colocarlo en una condición en la que pueda ayudar a los pobres humildes y meritorios de Dios. En relación con esto vi que Cristo se identifica con la humanidad sufriente y que aquello que tenemos el privilegio de hacer, incluso por el más pequeño de sus hijos -- a

quienes él llama sus hermanos --, lo hacemos al Hijo de Dios.

“Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí. Entonces los justos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos, o sediento, y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos forastero, y te recogimos, o desnudo, y te cubrimos? ¿O cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a ti? Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis. Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui forastero, y no me

recogisteis; estuve desnudo, y no me cubristeis; enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis. Entonces también ellos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, sediento, forastero, desnudo, enfermo, o en la cárcel, y no te servimos? Entonces les responderá diciendo: De cierto os digo que en cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco a mí lo hicisteis. E irán éstos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna". (Mateo 25:34-46)

Levantar el Instituto de Salud desde su estado postrado en el otoño de 1869 a su actual condición próspera y promisoria ha demandado sacrificios y esfuerzos de lo cual sus amigos en el extranjero conocen poco. Entonces tenía una deuda de trece mil dólares y tenía sólo ocho pacientes que pagaban. Y lo que era peor aún, el comportamiento de ex gerentes había sido tal como para desalentar de tal manera a los amigos de la institución que no habían tenido ánimo para proveer recursos a fin de eliminar la deuda o para recomendar a los enfermos que fueran al Instituto. Fue en esta situación desalentadora que mi esposo pensó que la

propiedad del Instituto debía venderse para pagar las deudas, y el balance, después de pagar las deudas, debía reembolsarse a los accionistas en proporción a la cantidad de acciones que cada uno tenía. Pero una mañana, al orar en el altar de familia, el Espíritu de Dios vino sobre él mientras estaba orando en busca de orientación divina en asuntos relativos al Instituto, y él exclamó, mientras estaba sobre sus rodillas: “El Señor vindicará cada palabra que ha hablado mediante la visión relativa al Instituto de Salud, y será levantado de su estado caído y prosperará gloriosamente”.

Desde ese momento asumimos la dirección del trabajo con seriedad y trabajamos mano a mano en favor del Instituto para contrarrestar la influencia de hombres egoístas que le acarrearon dificultades financieras. Hemos dado de nuestros recursos, estableciendo de ese modo un ejemplo para otros. Hemos estimulado la práctica de la economía y la laboriosidad de parte de todos los que están vinculados con el Instituto y hemos instado a los médicos y ayudantes a trabajar duramente por una

paga pequeña hasta que la institución goce nuevamente y en forma plena de la confianza de nuestro pueblo. Hemos dado un testimonio claro contra la manifestación de egoísmo en cualquier persona relacionada con el Instituto y hemos dado consejos y reprendido errores. Sabíamos que el Instituto de Salud no tendría éxito a menos que la bendición del Señor descansara sobre él. Si lo acompañaba su bendición, los amigos de la causa confiarían en que ésta es la obra de Dios y se sentirían seguros al donar recursos para hacer de la institución una empresa llena de vida, a fin de que pudiera cumplir el designio de Dios.

Los médicos y algunos de los ayudantes se dispusieron a trabajar intensamente. Laboraron con ahínco bajo circunstancias grandemente desanimadoras. Los doctores Ginley, Chamberlain y Lamson trabajaron con seriedad y energía, por una paga pequeña, para levantar esta institución que se estaba hundiendo. Y, gracias a Dios, la deuda original ha sido quitada, y se han hecho grandes ampliaciones para el alojamiento de los pacientes y se ha pagado por ellas. Se ha duplicado

la circulación del Health Reformer (El Reformador de la Salud), que forma parte del mismo fundamento del éxito del Instituto, y se ha convertido en un periódico vigoroso. En la mente de la mayoría de nuestra gente se ha restaurado plenamente la confianza en el Instituto, y han tenido tantos pacientes casi todo el año, como podían ser alojados y tratados debidamente por nuestros médicos.

Lamentamos profundamente que los primeros gerentes del Instituto tomaron un curso de acción que casi lo hundió en deudas bajo el peso del desaliento. Pero las pérdidas financieras que los accionistas sintieron y lamentaron han sido pequeñas en comparación con el trabajo, la perplejidad y los cuidados que mi esposo y yo soportamos sin paga, y que los médicos y ayudantes sobrellevaron percibiendo salarios pequeños. Hemos tomado acciones en el Instituto por la cantidad de mil quinientos dólares, la cual fue transferida, aunque es una suma pequeña en comparación con el desgaste que hemos sufrido como consecuencia de gerentes anteriores

irresponsables. Pero como el Instituto tiene ahora una reputación y una clientela más elevadas que nunca antes, y puesto que el valor de la propiedad es mayor que todo el dinero que se ha invertido, y en vista de que los errores anteriores han sido corregidos, aquellos que han perdido su confianza no tienen excusa por albergar sentimientos de prejuicio. Y si todavía manifiestan una falta de interés, será porque decidieron acariciar prejuicios antes que ser guiados por la razón.

En la providencia de Dios, el hermano A ha entregado su interés y energías al Instituto de Salud. Se ha interesado en promover abnegadamente los intereses del Instituto y no ha escatimado esfuerzos ni se ha favorecido a sí mismo. Si él depende de Dios y hace del Señor su fuerza y consejero, puede ser una bendición para los médicos, ayudantes y pacientes. Ha ligado su interés a todo lo que está relacionado con el Instituto y ha sido una bendición para otros al llevar cargas alegremente, que no eran pocas ni livianas. Él ha bendecido a otros, y estas bendiciones nuevamente se reflejarán sobre él.

Pero el hermano A corre el peligro de asumir cargas que otros pueden y deberían llevar. No debería desgastarse haciendo cosas que otros, cuyo tiempo es menos valioso, pueden hacer. Debería actuar como un director y superintendente. Tendría que preservar sus fuerzas, para que con su juicio experimentado pudiera indicar a otros qué hacer. Esto es necesario a fin de que él mantenga una posición de influencia en el Instituto. Su experiencia en administrar con sabiduría y economía es valiosa. Pero él está en peligro de separar sus intereses demasiado de su familia, de llegar a absorberse demasiado en el Instituto, y de tomar sobre sí demasiadas cargas, como lo hizo mi esposo. El interés de mi esposo en el Instituto de Salud, la Asociación Publicadora y la causa en general fue tan grande que sufrió un quebranto de salud y se vio obligado a retirarse del trabajo por un tiempo, cuando, si hubiera hecho menos por estas instituciones y dividido su interés con su familia, no habría sufrido una tensión constante en una sola dirección, y habría preservado sus fuerzas para continuar sus labores ininterrumpidamente. El

hermano A es el hombre para el lugar. Pero no debiera hacer lo que hizo mi esposo, aun cuando los asuntos no prosperaran tanto como si dedicara todas sus energías a ellos. Dios no les pide a mi esposo o al hermano A que se priven del deleite de la sociabilidad familiar, divorciándose del hogar y de la familia, ni siquiera por el interés de esas importantes instituciones.

Durante los últimos tres o cuatro años varios se han interesado en el Instituto de Salud y se han esforzado para colocarlo en una condición mejor. Pero algunos han carecido de discernimiento y experiencia. Mientras el hermano A actúe en forma desinteresada y se aferre a Dios, el Señor será su ayudador y consejero.

Los médicos del Instituto de Salud no debieran sentirse forzados a hacer el trabajo que pueden hacer los ayudantes. No debieran servir en la sala de baños o en los excusados, gastando su vitalidad en hacer lo que otros deberían hacer. No debe haber falta de ayudantes para atender al enfermo y vigilar a los débiles que requieren de cuidados

especiales. Los médicos necesitan reservar su energía para el desempeño exitoso de sus obligaciones profesionales. Ellos deben instruir a otros acerca de qué hacer. Si hay escasez de personal confiable para hacer esas cosas, se debiera emplear e instruir debidamente a personas adecuadas, y remunerarlas convenientemente por sus servicios.

No se debería emplear a nadie como obrero sino a personas que trabajarán abnegadamente en el interés del Instituto, y a los tales se les debiera pagar bien por sus servicios. Tendría que haber suficiente personal, especialmente durante la estación malsana del verano, como para que nadie necesite trabajar en exceso. El Instituto de Salud ha superado sus dificultades financieras; y ni médicos ni ayudantes necesitan sentirse forzados a trabajar tan duramente, y a sufrir tales privaciones, como cuando estaba en dificultades financieras tan graves a consecuencia de hombres infieles, que por su administración casi lo llevaron a la ruina.

Se me mostró que los médicos en nuestro

Instituto debieran ser hombres y mujeres de fe y espiritualidad. Debieran confiar en Dios. Hay muchos que vienen al Instituto, quienes por su propia indulgencia pecaminosa se han acarreado enfermedades de casi todo tipo. Esta clase no merece la compasión que frecuentemente demandan. Y es lamentable que los médicos tengan que dedicar tiempo y fuerzas a este grupo de personas degradadas física, mental y moralmente. Pero hay una clase que, por ignorancia, ha vivido en violación de las leyes naturales. Han trabajado y han comido intemperantemente, porque era la costumbre hacerlo así. Algunos han sufrido muchas cosas de muchos médicos, pero no han mejorado sino que se han sentido decididamente peor. Por largo tiempo son separados de los negocios, de la sociedad y de sus familias, y como su último recurso vienen al Instituto de Salud con una débil esperanza de que allí encontrarán alivio. Esta clase necesita comprensión. Debieran ser tratados con la mayor ternura, y tendría que realizarse un esfuerzo para hacerles entender claramente las leyes de su ser, de modo que al dejar de violarlas y al dominarse ellos mismos, puedan evitar el

sufrimiento y la enfermedad, que se cosechan por violar la ley de la naturaleza.

El Dr. B no es la persona más idónea para llenar un puesto como médico en el Instituto. Ve a hombres y mujeres con su organismo arruinado, débiles en su poder mental y moral, y piensa que es tiempo perdido tratar a tales pacientes. Puede ser que en muchos casos esto sea cierto. Pero él no debiera desanimarse ni disgustarse con pacientes enfermos y sufrientes. No debe perder su compasión, comprensión y paciencia, y sentir que su vida está empleada pobremente cuando se esfuerza en favor de aquellos que nunca pueden apreciar el trabajo que reciben, y que no usarán su fuerza, si la recuperan, para bendecir a la sociedad, sino que seguirán el mismo curso de complacencia propia que siguieron al perder la salud. El Dr. B no debiera cansarse o desanimarse. Tendría que recordar a Cristo, que estuvo en contacto directo con la humanidad sufriente. Aunque, en muchos casos, los afligidos habían acarreado la enfermedad sobre ellos mismos mediante su conducta pecaminosa al violar la ley natural, Jesús se

compadecía de su debilidad, y cuando llegaban a él con las enfermedades más repugnantes, él no se retraía por temor a la contaminación; los tocaba y le ordenaba a la enfermedad que se retirase.

“Y al entrar en una aldea, le salieron al encuentro diez hombres leprosos, los cuales se pararon de lejos y alzaron la voz, diciendo: ¡Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros! Cuando él los vio, les dijo: Id, mostraos a los sacerdotes. Y aconteció que mientras iban, fueron limpiados. Entonces uno de ellos, viendo que había sido sanado, volvió, glorificando a Dios a gran voz, y se postró rostro en tierra a sus pies, dándole gracias; y éste era samaritano. Respondiendo Jesús, dijo: ¿No son diez los que fueron limpiados? Y los nueve, ¿dónde están? ¿No hubo quien volviese y diese gloria a Dios sino este extranjero? Y le dijo: Levántate, vete; tu fe te ha salvado”. (Lucas 17:12-19)

Aquí hay una lección para todos nosotros. Estos leprosos estaban tan contaminados por la enfermedad que se les había restringido su ingreso

en la sociedad, no fuera que contaminaran a otros. Estos límites habían sido prescritos por las autoridades. Jesús llega a la vista de ellos, y en su gran sufrimiento claman a él, el único que tiene el poder para aliviarlos. Jesús les ordena que se muestren a los sacerdotes. Ellos tienen fe para emprender su camino, creyendo en el poder de Cristo para sanarlos. Mientras van comprenden que la horrible enfermedad los ha dejado. Pero sólo uno tiene sentimientos de gratitud, sólo uno siente su profunda deuda hacia Cristo, por esta gran obra que ha sido hecha en su favor. Éste regresa alabando a Dios, y con la mayor humildad cae a los pies de Cristo, reconociendo con gratitud la obra hecha para él. Y este hombre era un extranjero; los otros nueve eran judíos.

Por causa de este hombre, que haría un uso correcto de la bendición de la salud, Jesús sanó a los diez. Los nueve siguieron de largo sin apreciar la obra realizada a favor de ellos, y no expresaron gratitud a Jesús por lo que hizo.

Así los médicos del Instituto de Salud verán

que son tratados sus esfuerzos. Pero si en el trabajo que hacen para ayudar a la humanidad sufriente, uno en veinte hace un uso correcto de los beneficios recibidos y aprecia los esfuerzos hechos en su favor, los médicos debieran sentirse agradecidos y satisfechos. Si se salva una vida de cada diez, y un alma de cada cien es salvada en el reino de Dios, todos los que están vinculados con el Instituto serán ampliamente recompensados por todos sus esfuerzos. Toda su ansiedad y sus cuidados no se perderán totalmente. Si el Rey de gloria, la Majestad del cielo, trabajó por la humanidad sufriente y tan pocos apreciaron su ayuda divina, los médicos y ayudantes en el Instituto debieran avergonzarse por quejarse si sus débiles esfuerzos no son apreciados por todos y si parece que algunos los desechan.

Me fue mostrado que los nueve que no regresaron para dar gloria a Dios representan correctamente a algunos observadores del sábado que vienen al Instituto de Salud como pacientes. Reciben mucha atención y debieran comprender la ansiedad y el desaliento de los médicos, y ser los

últimos en causarles preocupación y cargas innecesarias. Sin embargo, lamento decir que frecuentemente los pacientes más difíciles de manejar en el Instituto de Salud son los de nuestra fe. Se sienten más libres para quejarse que cualquier otro grupo. Los mundanos, y los cristianos profesos de otras denominaciones, aprecian los esfuerzos hechos para su recuperación más que muchos observadores del sábado. Y cuando regresan a sus hogares ejercen una influencia en favor del Instituto de Salud mayor que la de los observadores del sábado. Y algunos de los que se sienten más libres para cuestionar y quejarse por la administración del Instituto, son aquellos a quienes se les han dado precios reducidos en su tratamiento.

Esto ha desanimado mucho a médicos y ayudantes; pero debieran recordar a Cristo, su gran Modelo, y no cansarse de hacer el bien. Si uno entre un gran número es agradecido y ejerce una influencia correcta, debieran agradecer a Dios y cobrar ánimo. Esa persona puede ser un desconocido y podría surgir la pregunta: ¿Dónde

están los nueve? ¿Por qué no todos los observadores del sábado expresan su interés en el Instituto de Salud y le dan su apoyo? Algunos observadores del sábado tienen tan poco interés que, aunque se los atiende libre de cargos, hablarán despectivamente a los pacientes en cuanto a los medios empleados para la recuperación de los enfermos. Deseo que los tales examinen su conducta. El Señor los considera como a los nueve leprosos que no volvieron para darle gloria. Los desconocidos cumplen su deber y aprecian los esfuerzos hechos para su recuperación, mientras que el otro grupo ejerce una influencia contra aquellos que han tratado de hacerles bien.

El Dr. B necesita cultivar la cortesía y la bondad, no sea que lastime innecesariamente los sentimientos de los pacientes. Él es franco y claro, escrupuloso, sincero y ardiente. Tiene una buena comprensión de la enfermedad, pero debería tener un conocimiento más cabal de cómo tratar a los enfermos. Con este conocimiento necesita cultura personal, refinamiento de modales, y escoger mejor sus palabras e ilustraciones en sus charlas en el

salón.

El Dr. B es altamente sensible y tiene por naturaleza un temperamento rápido e impulsivo. Actúa mucho sin pensar. Se ha esforzado por corregir su espíritu precipitado y por vencer sus deficiencias, pero todavía tiene que hacer un esfuerzo mayor. Si ve que las cosas marchan mal, se apresura demasiado para decir lo que piensa a los que están equivocados, y no siempre usa las palabras más apropiadas para la ocasión. A veces ofende tanto a los pacientes que ellos lo odian y dejan el Instituto con sentimientos negativos, en detrimento de ellos mismos y del Instituto. Raramente hace algún bien hablar en una forma crítica a pacientes que están enfermos del cuerpo y de la mente. Pero pocos de los que han actuado en la sociedad del mundo y que ven las cosas desde un punto de vista mundano, están preparados para oír una declaración de hechos referente a ellos mismos y presentadas en su presencia. Ni siquiera la verdad debe hablarse en todo tiempo. Hay tiempos y oportunidades convenientes para hablar, cuando las palabras no ofenderán. Los médicos no debieran

trabajar en exceso y tener debilitado su sistema nervioso, porque esta condición del cuerpo no será favorable para tener mentes serenas, nervios firmes, y un espíritu alegre y feliz. El Dr. B ha estado confinado demasiado fijamente al Instituto. Debería haber tenido un cambio. Necesita salir de Battle Creek ocasionalmente y descansar y hacer visitas no siempre profesionales, sino visitar donde pueda estar despreocupado y donde su mente no esté ansiosa respecto a los enfermos.

Debiera acordarse a todos los médicos el privilegio de alejarse ocasionalmente del Instituto de Salud, especialmente a aquellos que llevan cargas y responsabilidades. Si hay una escasez tal de ayuda que esto no pueda hacerse, se debería conseguir más ayuda. Tener médicos que trabajen en exceso y que de ese modo se descalifiquen para cumplir los deberes de su profesión, es algo que debe temerse. De ser posible esto debiera evitarse, porque su influencia es contraria a los intereses del Instituto. Los médicos debieran mantenerse sanos. No tienen que enfermarse por exceso de trabajo ni por cualquier imprudencia de su parte.

Se me mostró que el Dr. B se desanima demasiado fácilmente. Siempre surgirán cosas para fastidiar, confundir y probar la paciencia de médicos y ayudantes. Deben estar preparados para esto y no alterarse o perder el equilibrio. Deben mantener la calma y ser amables no importa lo que pueda ocurrir. Están ejerciendo una influencia que será reproducida por los pacientes en otros Estados y que recaerá nuevamente sobre el Instituto de Salud para bien o para mal. Siempre debieran considerar que están tratando con hombres y mujeres de mentes enfermas, que frecuentemente ven las cosas en una luz pervertida y sin embargo están seguros de que entienden las cosas perfectamente. Los médicos debieran comprender que la blanda respuesta quita la ira. Deben usarse normas en una institución donde se trata con enfermos, a fin de controlar exitosamente las mentes enfermas y beneficiar a los dolientes. Si los médicos pueden permanecer en calma en medio de una tempestad de palabras desconsideradas y apasionadas, si pueden gobernar su espíritu cuando son provocados y abusados, ciertamente son

vencedores. “Mejor es... el que se enseñorea de su espíritu, que el que toma una ciudad”. (Proverbios 16:32) Someter el yo y colocar las pasiones bajo el control de la voluntad, es la conquista más grande que los hombres y las mujeres pueden lograr.

El Dr. B no es ciego a la naturaleza de su temperamento peculiar. Ve sus deficiencias, y cuando siente la presión sobre sí está dispuesto a batirse en retirada y dar la espalda al campo de batalla. Pero no ganará nada siguiendo este curso de conducta. Está situado donde su ambiente y la presión de las circunstancias están desarrollando puntos fuertes en su carácter, puntos de los cuales necesita eliminarse la aspereza, para que pueda llegar a ser refinado y noble. El hecho de que él huya de la discusión no quitará los defectos de su carácter. Si huyera del Instituto, no eliminaría o vencería los defectos de su carácter. Tiene ante sí el trabajo de vencer esos defectos si desea estar entre el número de los que se hallarán sin falta ante el trono de Dios, habiendo pasado por gran tribulación, y habiendo lavado sus mantos del carácter y habiéndolos emblanquecido en la sangre

del Cordero. Se ha hecho la provisión para que los lavemos. Se ha preparado la fuente a un costo infinito, y la responsabilidad de lavar descansa sobre nosotros, que somos imperfectos ante Dios. El Señor no se propone quitar estas manchas de contaminación sin que no hagamos nada de nuestra parte. Debemos lavar nuestros mantos en la sangre del Cordero. Debemos aferrarnos por fe a los méritos de la sangre de Cristo, y mediante su poder y su gracia podemos tener la fuerza para vencer nuestros errores, nuestros pecados, nuestras imperfecciones de carácter, y salir victoriosos, habiendo lavado nuestras ropas en la sangre del Cordero.

El Dr. B debiera tratar de ampliar diariamente su cúmulo de conocimiento y cultivar modales corteses y refinados. En sus charlas en el salón [del sanatorio] se siente demasiado inclinado a descender a un nivel bajo, lo cual no ejerce una influencia elevadora. Debiera recordar que está asociado con toda clase de mentes y que las impresiones que él dé se extenderán a otros lugares del país y se reflejarán sobre el Instituto. Tratar con

hombres y mujeres cuyas mentes y cuerpos están enfermos es una obra delicada. Los médicos del Instituto necesitan gran sabiduría a fin de curar el cuerpo mediante la mente. Pero pocos comprenden el poder que la mente tiene sobre el cuerpo. Gran parte de las enfermedades que afligen a la humanidad se originan en la mente y sólo pueden curarse restaurando la mente a la salud. Hay muchos más que los que nos imaginamos que están enfermos mentalmente. La enfermedad del corazón crea muchos dispépticos, porque los problemas mentales tienen una influencia paralizante sobre los órganos digestivos.

A fin de alcanzar a esta clase de pacientes, el médico debe tener discernimiento, paciencia, bondad y amor. Un corazón resentido, enfermo, una mente desanimada, necesita un tratamiento suave, y esta clase de mentes puede ser sanada por medio de una compasiva solidaridad. Los médicos primero deberían ganar la confianza de ellos, y luego señalarles al Médico que todo lo sana. Si sus mentes pueden ser dirigidas al Portador de las cargas, y pueden tener fe de que él se interesará en

ellos, la curación de sus cuerpos y mentes será segura.

Otras instituciones de salud están mirando con una actitud celosa al Instituto de Salud en Battle Creek. Ellos trabajan desde el punto de vista mundano, mientras que los gerentes del Instituto de Salud trabajan desde un punto de vista religioso, reconociendo a Dios como su propietario. No trabajan egoístamente sólo en busca de recursos, sino por causa de Cristo y de la humanidad. Están tratando de beneficiar a la humanidad sufriente, sanar la mente enferma como también el cuerpo sufriente, dirigiendo a los dolientes a Cristo, el Amigo del pecador. No descartan la religión, sino que confían en Dios y dependen de él. Los enfermos son dirigidos a Jesús. Después que los médicos han hecho lo que pueden a favor del enfermo, piden a Dios que obre a través de sus esfuerzos y restaure la salud de los enfermos sufrientes. Esto es lo que Dios ha hecho en algunos casos en respuesta a la oración de fe. Y esto es lo que continuarán haciendo si son fieles y confían en él. El Instituto de Salud será un éxito porque Dios

lo sostiene. Y si sus bendiciones acompañan al Instituto, prosperará y será el medio para realizar una gran medida de bien. Otras instituciones son conscientes de que en nuestro Instituto existe una elevada norma de influencia moral y religiosa. Ven que sus dirigentes no son movidos por principios egoístas y mundanos, y que son celosos respecto a su influencia controladora y guiadora.

Capítulo 16

# Peligro de los Aplausos

Se me ha mostrado que debe ejercerse gran cautela, aun cuando se necesite aliviar la pesada carga que oprime a hombres y mujeres, no sea que éstos confíen en su propia sabiduría y dejen de fiar únicamente en Dios. Es peligroso adular a las personas o ensalzar la capacidad de un ministro de Cristo. En el día de Dios, muchos serán pesados en la balanza y hallados faltos por causa del ensalzamiento. Quisiera amonestar a mis hermanos y hermanas a que nunca adulen a las personas por causa de su capacidad; porque esto las perjudica. El yo se ensalza fácilmente, y como consecuencia, las personas pierden el equilibrio. Repito a mis hermanos y hermanas: Si queréis que vuestras almas estén limpias de la sangre de todos los hombres, nunca aduléis ni alabéis los esfuerzos de pobres mortales; porque ello puede causar su ruina. Es peligroso ensalzar por palabras y acciones a los hermanos o hermanas, por humilde que parezca ser en su conducta. Si ellos poseen realmente el

espíritu manso y humilde que Dios estima tan altamente, ayudadles a retenerlo. Esto no se hará censurándolos, ni dejando de apreciar debidamente su verdadero valor. Pero son pocos los que pueden soportar sin perjuicio la alabanza.

Algunos ministros capaces que ahora están predicando la verdad presente, aman la aprobación. El aplauso los estimula como el vaso de vino al bebedor. Colocad a estos ministros frente a una congregación pequeña que no prometa excitación especial ni provoque oposición definida, y perderán su interés y celo y parecerán tan lánguidos en la obra como el bebedor cuando se ve privado de su dosis de bebida. Estos hombres no llegarán a ser obreros verdaderos y prácticos hasta que hayan aprendido a trabajar sin la excitación del aplauso.

Capítulo 17

# El trabajo a favor de los que yerran

Los hermanos C y D fallaron en algunos respectos en su administración de asuntos de la iglesia en Battle Creek. Actuaron demasiado en base a su propio espíritu y no dependieron enteramente de Dios. Fallaron en cumplir con su deber al no guiar a la iglesia a Dios, a la Fuente de aguas vivas, en la cual podían suplir sus necesidades y satisfacer el hambre de su alma. No se le dio suprema importancia a la influencia renovadora y santificadora del Espíritu Santo, que daría paz y esperanza a la conciencia turbada, y devolvería salud y felicidad al alma. No se logró el buen objetivo que ellos tenían en mente. Estos hermanos tenían en forma excesiva un espíritu de crítica fría al examinar a los individuos que se presentaban para ser miembros de la iglesia. El espíritu de llorar con los que lloran y de regocijarse con los que se regocijan no estaba en los corazones

de estos hermanos que ministraban, como tendría que haber sido.

Cristo se identificó con las necesidades de la gente. Sus necesidades y sufrimientos eran los suyos. Él dice: “Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí”. (Mateo 25:35-36) Los siervos de Dios deben tener en su corazón tierno afecto y sincero amor por los discípulos de Cristo. Deben manifestar el profundo interés que Cristo hace resaltar en el cuidado del pastor por la oveja perdida; deben seguir el ejemplo dado por Cristo y manifestar la misma compasión y amabilidad y el mismo amor tierno y compasivo que él nos demostró a nosotros.

Las grandes potencias morales del alma son la fe, la esperanza y el amor. Si éstas son inactivas, el predicador puede tener todo el celo y fervor que quiera, pero su labor no será aceptada por Dios y no podrá beneficiar a la iglesia. El ministro de

Cristo, que lleva el mensaje solemne de Dios a la gente, debe proceder siempre con justicia, amar la misericordia y andar humildemente delante de Dios. Si está el espíritu de Cristo en el corazón, inclinará toda facultad del alma a nutrir y proteger las ovejas de su dehesa, como fiel y verdadero pastor. El amor es la cadena de oro que liga mutuamente los corazones con vínculos voluntarios de amistad, ternura y fiel constancia, y que liga el alma a Dios. Entre los hermanos hay una decidida falta de amor, compasión y piadosa ternura. Los ministros de Cristo son demasiado fríos e inexorables. Sus corazones no arden de tierna compasión y ferviente amor. La más pura y más elevada devoción a Dios es la que se manifiesta en los deseos y esfuerzos más fervientes por ganar almas para Cristo. La razón por la cual los ministros que predican la verdad presente no tienen más éxito, consiste en que son deficientes, muy deficientes, en fe, esperanza y amor. Todos nosotros tenemos que afrontar y soportar trabajos y conflictos, actos de abnegación y pruebas secretas del corazón. Sentiremos pesar y derramaremos lágrimas por nuestros pecados; sostendremos

constantes luchas y vigilias, mezcladas con remordimientos y vergüenza, por causa de nuestras deficiencias.

No olviden los ministros de la cruz de nuestro Salvador su experiencia en estas cosas, mas tengan siempre presente que son tan sólo hombres sujetos a error y a las mismas pasiones que sus hermanos; y que para ayudar a éstos deben ser perseverantes en sus esfuerzos para beneficiarlos, teniendo el corazón lleno de compasión y amor. Deben acercarse al corazón de sus hermanos, y ayudarles en aquello en que son débiles y necesitan más ayuda. Los que trabajan en palabra y doctrina deben quebrantar su propio corazón duro, orgulloso e incrédulo, si quieren notar la misma obra en sus hermanos. Cristo lo ha hecho todo por nosotros, porque éramos impotentes; estábamos atados con cadenas de tinieblas, pecado y desesperación y no podíamos hacer nada por nosotros mismos. Es mediante el ejercicio de la fe, la esperanza y el amor como nos acercamos más y más a la norma de la perfecta santidad. Nuestros hermanos sienten la misma lastimosa necesidad de ayuda que hemos

sentido nosotros. No debemos recargarnos con censuras innecesarias, sino que debemos permitir que el amor de Cristo nos constriña a ser muy compasivos y tiernos, para que podamos llorar por los que yerran y los que han apostatado de Dios. El alma tiene un valor infinito, que no puede estimarse sino por el precio pagado por su rescate. ¡El Calvario! ¡El Calvario! ¡El Calvario explicará el verdadero valor del alma!

Capítulo 18

# La Escuela Sabática

La piedad vital es un principio que debe cultivarse. El poder de Dios puede cumplir por nosotros lo que todos los sistemas en el mundo no pueden efectuar. La perfección del carácter cristiano depende enteramente de la gracia y la fuerza que sólo se encuentran en Dios. Sin el poder de la gracia en el corazón, acompañando nuestros esfuerzos y santificando nuestras labores, fracasaremos en salvar nuestras propias almas y las almas de otros. El sistema y el orden son altamente esenciales, pero nadie tendría que recibir la impresión de que harán la obra sin la gracia y el poder de Dios obrando en la mente y el corazón. El corazón y la carne fracasarían en el curso de ceremonias, y en llevar a cabo nuestros planes, sin el poder de Dios para inspirar y dar valor a fin de ejecutarlos.

La Escuela Sabática en Battle Creek llegó a ser el gran tema de interés para el hermano E.

Absorbió las mentes de los jóvenes, mientras se descuidaban otros deberes religiosos. Frecuentemente, después que terminaba la Escuela Sabática, el director, una cantidad de los maestros y un buen número de los estudiantes regresaban al hogar para descansar. Sentían que su responsabilidad para el día había terminado y que no tenían ningún otro deber. Cuando sonaba la campana para la hora del servicio público, y la gente dejaba sus hogares para ir a la casa de adoración, encontraban una gran cantidad de los asistentes a la Escuela Sabática que volvían a sus casas. Y por importante que fuera la reunión, no podía despertarse el interés de un gran grupo de los miembros de la Escuela Sabática como para atraerles la instrucción dada por el ministro sobre importantes temas bíblicos. Mientras que muchos de los niños no asistían al servicio público, algunos que permanecían no se beneficiaban con la palabra hablada, porque sentían que era una exigencia fatigosa.

Debiera haber disciplina y orden en nuestras escuelas sabáticas. Los niños que asisten a estas

escuelas deberían apreciar los privilegios que disfrutan y se les tendría que exigir que observaran los reglamentos de la escuela. Y los padres deberían preocuparse aun más para asegurarse de que sus hijos tienen sus lecciones bíblicas [aprendidas] que para ver si han preparado sus lecciones escolares de los días regulares. Debieran aprender más perfectamente sus lecciones bíblicas que sus lecciones en las escuelas corrientes. Si los padres y sus hijos no perciben la necesidad por este interés, entonces sería mejor que los hijos se quedaran en la casa, porque la Escuela Sabática no resultará una bendición para ellos. Los padres y los niños debieran trabajar en armonía con el director y los maestros [de la Escuela Sabática], evidenciando así que aprecian el trabajo realizado para ellos. Los padres debieran interesarse en forma especial en la educación religiosa de sus hijos, para que ellos puedan tener un conocimiento más completo de las Escrituras.

Hay muchos niños que invocan la falta de tiempo como una razón para no aprender sus lecciones de la Escuela Sabática, pero hay pocos

que no podrían encontrar tiempo para aprender sus lecciones si se interesaran en ellas. Algunos dedican tiempo a las diversiones y a pasear para contemplar paisajes; otros a los adornos innecesarios de sus vestidos para exhibirlos, cultivando así el orgullo y la vanidad. Las horas preciosas gastadas pródigamente de ese modo son tiempo de Dios, por las cuales deben rendirle cuenta. Las horas gastadas en adornos innecesarios o en diversiones y en conversación ociosa, serán llevadas a juicio, junto con todo acto.

Capítulo 19

# Obreros en la oficina

Aquellos que están en la oficina y que profesan creer la verdad debieran mostrar el poder de la verdad en sus vidas y probar que están trabajando hacia adelante y hacia arriba en base a principios. Debieran moldear sus vidas y caracteres siguiendo el ejemplo del Modelo perfecto. Si todos pudieran examinar con una mirada que discierne las tremendas realidades de la eternidad, qué horror de condenación se apoderaría de algunos en la oficina que ahora andan con aparente indiferencia, aunque separados de escenas eternas por una distancia muy pequeña. Se han dado muchas advertencias y se han hecho exhortaciones al corazón con intenso sentimiento y con oraciones fervientes, cada una de las cuales está registrada fielmente en el cielo, para equilibrar la cuenta de cada uno en el día de la investigación final. El amor incansable de Cristo ha seguido a los que están ocupados en su obra en la oficina. Dios los ha acompañado con bendiciones y súplicas, a pesar de que odia los pecados y la

infidelidad que se adhiere a ellos como la lepra. Las verdades profundas y solemnes que las personas que están en la oficina han tenido el privilegio de escuchar, deberían granjear sus simpatías y conducirlos a una elevada apreciación de la luz que Dios les ha dado. Si caminan en la luz, ella embellecerá y ennoblecerá sus vidas con los propios atavíos del cielo, a saber, la pureza y la verdadera piedad.

Ante cada obrero en la oficina se abre un camino para ocuparse de corazón directamente en la obra de Cristo y la salvación de las almas. Cristo dejó el cielo y el seno de su Padre para venir a este mundo abandonado y perdido a fin de salvar a quienes se dejarían salvar. Se exiló de su Padre y canjeó la compañía pura de los ángeles por la de la humanidad caída y contaminada totalmente con el pecado. Con tristeza y asombro, Cristo presencia la frialdad, la indiferencia y el descuido con el cual sus profesos seguidores en la oficina tratan la luz y los mensajes de advertencia y amor que él les ha dado. Cristo ha provisto el pan y el agua de vida para todos los que tienen hambre y sed.

El Señor requiere de todos en la oficina que trabajen movidos por un propósito elevado. Con su propia vida, Cristo les dio ejemplo. Todos debieran trabajar con interés, devoción y fe por la salvación de las almas. Si todos en la oficina laboran con propósitos desinteresados, discerniendo el carácter sagrado del trabajo, la bendición de Dios descansará sobre ellos. Si todos hubieran tomado sus diferentes cargas alegre y gozosamente, mi esposo no se habría visto agobiado tan pesadamente por el cansancio y la perplejidad. ¡Cuán pocas oraciones fervientes han sido elevadas con fe a Dios en favor de aquellos que trabajaban en la oficina y que no estaban plenamente en la verdad! ¿Quién ha sentido el valor de las almas por las cuales Cristo murió? ¿Quiénes han sido obreros en la viña del Señor? Vi que los ángeles estaban afligidos por las frivolidades triviales de los profesos seguidores de Cristo que estaban manejando asuntos sagrados en la oficina. Algunos no tienen más conciencia del carácter sagrado del trabajo que si estuvieran ocupados en trabajos comunes. Dios ahora pide que los que obstruyen en

forma infructuosa el terreno se consagren a él y centren sus afectos y esperanzas en él. El Señor quisiera que todos los que están vinculados con la oficina lleguen a ser guardianes y portadores de cargas. Si son buscadores de placeres, si no practican la abnegación, no son aptos para ocupar un lugar en la oficina. Los trabajadores en la oficina debieran sentir cuando entran en ella que éste es un lugar sagrado, un lugar donde se está haciendo la obra de Dios en la publicación de la verdad que decidirá el destino de las almas. Esto no se siente ni se comprende como se debiera. Hay conversaciones en el departamento tipográfico que distraen la mente del trabajo. La oficina no es un lugar para tener visitas, o para albergar un espíritu de coqueteo, o para tener diversiones o un espíritu egoísta. Todos debieran sentir que están trabajando para Dios. El que zarandea todos los motivos y lee todos los corazones está examinando y probando y zarandeando a su pueblo, especialmente a aquellos que tienen luz y conocimiento y que están ocupados en su sagrada obra. Dios escudriña los corazones y prueba los pensamientos, y no aceptará nada que no sea una entera devoción y

consagración a él. Todos en la oficina debieran asumir sus deberes diarios como si estuviesen en la presencia de Dios. No tendrían que satisfacerse con hacer las cosas descuidadamente, y recibir sus salarios, sino que deberían trabajar en cualquier lugar donde puedan ayudar al máximo. En ausencia del hermano White hay algunos que son fieles; otros meramente procuran agradar al ojo. Si en la oficina todos los que profesan ser seguidores de Cristo hubieran sido fieles en el cumplimiento del deber, habría habido un gran cambio para bien. Los jóvenes y las señoritas han estado demasiado absortos en el compañerismo mutuo, hablando, burlándose y bromeando, y los ángeles de Dios han sido ahuyentados de la oficina.

Marcus Lichtenstein era un joven temeroso de Dios, pero vio tanta escasez de verdaderos principios religiosos en aquellos que estaban en la iglesia y los que estaban trabajando en la oficina que se sintió perplejo, angustiado, disgustado. Tropezó por la falta de rectitud en la observancia del sábado manifestada por algunos que sin embargo profesaban ser observadores del

mandamiento. Marcus tenía una exaltada consideración por el trabajo de la oficina; pero la vanidad, la frivolidad y la falta de principios lo hicieron tropezar. Dios lo había levantado y en su providencia lo vinculó con su obra en la oficina. Pero algunos que trabajan en la oficina conocen tan poco de la mente y la voluntad de Dios que consideraban de poca importancia esta gran obra de la conversión de Marcus desde el judaísmo. Su valor no fue apreciado. Frecuentemente se afligía con la conducta de F y otros en la oficina; y cuando intentaba reprobarlos, sus palabras eran recibidas con desprecio porque él se atrevía a instruirlos. Su lenguaje defectuoso era para algunos una ocasión de burla y diversión.

Marcus lamentaba profundamente el caso de F, pero no podía ver cómo podría ayudarlo. Marcus nunca habría dejado la oficina si los jóvenes hubieran sido fieles a su profesión. Si naufraga en su fe, su sangre seguramente se encontrará en el borde del manto de los jóvenes que profesan a Cristo, pero que por sus obras, sus palabras, y su conducta, declaran llanamente que no son de Cristo

sino del mundo. Este estado deplorable de negligencia, indiferencia e infidelidad, debe cesar; debe ocurrir un cambio completo y permanente en la oficina, o aquellos que han tenido tanta luz y tan grandes privilegios debieran ser despedidos y otros tomarán sus lugares, aunque sean incrédulos. Es algo terrible autoengañarse. Dijo el ángel, señalando a los que están en la oficina: “Os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos”. (Mateo 5:20) Una profesión de fe no es suficiente. Debe haber una obra íntimamente entretejida en el alma y llevada a la práctica en la vida.

El amor de Cristo llega a las mismas profundidades de la miseria y el dolor humanos, o no alcanzaría al mayor pecador. También llega al trono del Eterno, o el hombre no podría ser elevado de su condición degradada, o no se suplirían nuestras necesidades ni se satisfarían nuestros deseos. Cristo ha encabezado el camino de la tierra al cielo. Él forma el lazo de unión entre los dos mundos. Él trae el amor y la condescendencia de

Dios al hombre, y eleva al ser humano mediante sus méritos para experimentar la reconciliación con Dios. Cristo es el camino, la verdad y la vida. Es una obra difícil avanzar, paso a paso, dolorosa y lentamente, hacia adelante y hacia arriba, en el camino de la pureza y la santidad. Pero Cristo ha hecho amplia provisión para impartir nuevo vigor y fuerza divina a cada paso de avance en la vida divina. Éste es el conocimiento y la experiencia que todos los empleados en la oficina necesitan, y que deben tener, o diariamente traerán oprobio sobre la causa de Cristo.

El hermano G está cometiendo un error en su vida. Se tiene en demasiada alta estima. No ha comenzado a construir en forma correcta para hacer que su vida sea un éxito. Está construyendo en la parte superior, pero el fundamento no está puesto correctamente. El fundamento debe colocarse bajo tierra, y entonces el edificio puede ser construído. Él necesita una disciplina y experiencia en los deberes cotidianos de la vida que las ciencias no darán; toda su educación no le dará ejercicio físico para llegar a acostumbrarse a

las penurias de la vida.

Por lo que se me ha mostrado, debiera seleccionarse cuidadosamente a quienes ayuden en la oficina. No debiera colocarse allí a los jóvenes sin experiencia y que no son consagrados, porque están expuestos a tentaciones y no tienen caracteres firmes. Aquellos que han formado sus caracteres, que poseen principios firmes y tienen la verdad de Dios en su corazón no serán una constante fuente de preocupación y ansiedad, sino más bien de ayuda y bendiciones. La oficina de publicaciones es ampliamente capaz para hacer los arreglos a fin de conseguir buenos ayudantes, que posean capacidad y principios. Y la iglesia, a su vez, no debiera tratar de aprovecharse en lo más mínimo de quienes vienen a la oficina para trabajar y aprender su oficio. Hay posiciones donde algunos pueden ganar mejores salarios que en la oficina, pero jamás podrán encontrar una posición más importante, más honorable o más exaltada que la obra de Dios en la oficina. Aquellos que trabajan fiel y desinteresadamente serán recompensados. Para ellos hay preparada una corona de gloria, en

comparación de la cual todos los honores y placeres terrenales son como el pequeño polvo de la balanza. Especialmente serán bendecidos aquellos que han sido fieles a Dios en velar por el bien espiritual de otros en la oficina. Los intereses pecuniarios y temporales, en comparación con esto, se hunden en la insignificancia. En un platillo está el polvo del oro; en el otro, un alma humana de tal valor que los honores, las riquezas y la gloria han sido sacrificados por el Hijo de Dios para rescatarla de la esclavitud del pecado y del desánimo sin esperanza. El alma humana es de valor infinito y demanda suprema atención. Cada hombre que teme a Dios en esa oficina debiera desechar las cosas infantiles y vanas, y, con verdadero valor moral, mantenerse erguido en la dignidad de su virilidad, evitando la familiaridad vulgar, y sin embargo uniendo corazón a corazón en el vínculo del interés y el amor cristianos. Los corazones anhelan comprensión y afecto, y son renovados y fortalecidos por ello así como las flores lo son por las lluvias y la luz del sol.

Debe leerse la Biblia cada día. Una vida de

religión, de devoción a Dios, es el mejor escudo para los jóvenes que están expuestos a la tentación en sus relaciones sociales mientras adquieren una educación. La Palabra de Dios dará la norma correcta de lo que es bueno y lo que es malo, y de los principios morales. Un principio firme de verdad es la única salvaguardia para la juventud. Los propósitos firmes y una voluntad resuelta cerrarán muchas puertas abiertas a la tentación y a influencias que no son favorables para el mantenimiento del carácter cristiano. Un espíritu débil e irresoluto permitido en la adolescencia y juventud producirá una vida de constantes afanes y luchas, por la falta de una actitud decidida y principios firmes. Personas así siempre tendrán obstáculos para lograr el éxito en esta vida y correrán el peligro de perder la vida mejor. Será un camino seguro estar sinceramente de parte de lo recto. La primera consideración debería ser honrar a Dios, y la segunda, ser fieles a la humanidad, cumpliendo los deberes que trae cada día, enfrentando sus pruebas y llevando sus cargas con firmeza y con un corazón resuelto. Un esfuerzo sincero e incansable, unido a un propósito firme y a

una completa confianza en Dios, ayudará en cada emergencia, capacitará para una vida útil en este mundo, y dará la idoneidad necesaria para la vida inmortal.

Capítulo 20

# El Amor y El Deber

El amor tiene un hermano gemelo que es el deber. El amor y el deber se encuentran lado a lado. El amor puesto en ejercicio mientras se descuida el deber, hará a los hijos testarudos, voluntariosos, perversos, egoístas y desobedientes. Si se emplea únicamente el deber severo, sin que el amor lo suavice y domine, tendrá un resultado similar. El deber y el amor deben fusionarse a fin de que los niños sean debidamente disciplinados.

Antiguamente fueron dadas instrucciones a los sacerdotes: “Y enseñarán a mi pueblo a hacer diferencia entre lo santo y lo profano, y les enseñarán a discernir entre lo limpio y lo no limpio. En los casos de pleito ellos estarán para juzgar; conforme a mis juicios juzgarán”. (Ezequiel 44:23, 24) “Cuando yo dijere al impío: Impío, de cierto morirás; si tú no hablares para que se guarde el impío de su camino, el impío morirá por su pecado, pero su sangre yo la demandaré de tu

mano. Y si tú avisares al impío de su camino para que se aparte de él, y él no se apartare de su camino, él morirá por su pecado, pero tú libraste tu vida". (Ezequiel 33:8, 9)

En estos pasajes se presenta claramente el deber de los siervos de Dios. Ellos no pueden eximirse de cumplir fielmente su deber de reprender pecados y males entre el pueblo de Dios, aunque sea una tarea desagradable y no sea aceptada por el que yerra. Pero en la mayor parte de los casos, el que es reprendido aceptaría la amonestación y oiría el reproche si no fuera porque otros se interponen en el camino. Éstos se acercan como simpatizantes y compadecen al que ha sido reprendido, y creen que deben defenderlo. No ven que al Señor le desagrada el que hace mal, porque la causa del Señor ha sido herida y su nombre cubierto de oprobio. Hay almas que fueron apartadas de la verdad y que perdieron la fe como resultado de la conducta errónea seguida por el que faltó. Pero el siervo de Dios, cuyo discernimiento está entorpecido y cuyo juicio es torcido por malas influencias, se siente tan inclinado a ponerse del

lado del ofensor cuya influencia ha hecho mucho daño, como de parte del que reprende lo malo y el pecado, y al hacer así dice virtualmente al pecador: “No se aflija, no se abata; al fin de cuentas usted casi tiene razón”. Dice al pecador: “Todo te irá bien”.

Dios requiere que sus siervos anden en la luz y no se cubran los ojos para no discernir las obras de Satanás. Deben estar preparados para amonestar y reprender a los que están en peligro por causa de sus sutilezas. Satanás trabaja a diestra y siniestra para obtener ventajas. No descansa. Es perseverante y astuto. Vela para aprovechar toda circunstancia y utilizarla en su guerra contra la verdad y los intereses del reino de Dios. Es lamentable que los siervos de Dios, ante las trampas de Satanás, no ejerzan ni la mitad del cuidado que deberían ejercer. En vez de resistir al diablo para que huya de ellos, muchos se inclinan a transigir con las potestades de las tinieblas.

Capítulo 21

# La Iglesia de Battle Creek

Hay serias objeciones a que se ubique una escuela en Battle Creek. La iglesia es grande, y hay un gran número de jóvenes vinculados con ella. Si la influencia que un miembro tiene sobre otro en una iglesia tan grande fuera de un carácter elevador, que conduzca a la pureza y la consagración a Dios, entonces la juventud que viene a Battle Creek tendría mayores ventajas que si el colegio estuviera ubicado en otra parte. Pero si las influencias en Battle Creek han de ser en el futuro lo que han sido durante varios años en el pasado, advertiría a los padres que no envíen a sus hijos a Battle Creek. No hay sino unos pocos en esa iglesia grande que ejercen una influencia que atraerá constantemente almas a Cristo; mientras que hay muchos que, por su ejemplo, guiarán a la juventud lejos de Dios y hacia el amor al mundo.

Muchos miembros de la iglesia de Battle Creek no tienen conciencia de su responsabilidad.

Aquellos que tienen una religión práctica retendrán su identidad de carácter bajo toda circunstancia. No serán como la caña que se agita en el viento. Los que están situados a cierta distancia sienten que les resultaría sumamente favorable si pudieran tener el privilegio de vivir en Battle Creek, en una iglesia fuerte, donde sus hijos pudieran beneficiarse con la Escuela Sabática y las reuniones. Algunos de nuestros hermanos y hermanas en tiempos pasados han hecho sacrificios para tener a sus hijos viviendo allí. Pero casi en cada caso se han chasqueado. No hubo sino unos pocos en la iglesia que manifestaron un interés altruista hacia estos jóvenes. Por lo general la iglesia actuó como desconocidos fariseos, distante de aquellos que necesitaban grandemente su ayuda. Algunos de los jóvenes vinculados con la iglesia, que profesaban servir a Dios, pero que amaban más los placeres y el mundo, estaban dispuestos a hacer amistad con los jóvenes desconocidos que vinieron para estar entre ellos, y ejercer sobre ellos una fuerte influencia con el fin de guiarlos al mundo en vez de acercarlos a Dios. Cuando ellos regresan a la casa, están más lejos de la verdad que cuando

vinieron a Battle Creek.

Se necesitan hombres y mujeres en el centro de la obra que serán padres y madres solícitos en Israel, que tendrán corazones que puedan recibir más que meramente al yo y a lo mío. Debieran tener corazones que brillen con amor por la querida juventud, ya sea que sean miembros de sus propias familias o hijos de sus vecinos. Ellos son miembros de la gran familia de Dios, por quienes Cristo tuvo un interés tan grande que hizo todo sacrificio que le fue posible a fin de salvarlos. Dejó su gloria, su majestad, su trono real y los mantos de la realeza, y se hizo pobre para que a través de su pobreza los hijos de los hombres pudieran ser enriquecidos. Finalmente derramó su alma hasta la muerte para poder salvar a la raza de la miseria sin esperanza. Éste es el ejemplo de benevolencia desinteresada que Cristo nos ha dado para que lo imitemos.

En la providencia especial de Dios muchos jóvenes y también personas de edad madura han sido impulsados a los brazos de la iglesia de Battle Creek para que los bendigan con la gran luz que

Dios les ha dado, y para que, mediante sus esfuerzos desinteresados, puedan tener el precioso privilegio de llevarlos a Cristo y a la verdad. Cristo comisiona a sus ángeles para que ministren a los que son puestos bajo la influencia de la verdad, con el fin de suavizar sus corazones y hacerlos susceptibles a las influencias de su verdad. Mientras Dios y sus ángeles están haciendo su obra, algunos que profesan ser seguidores de Cristo parecen estar fríamente indiferentes. No trabajan al unísono con Cristo y los santos ángeles. Aunque profesan ser siervos de Dios sirven a sus propios intereses y aman sus propios placeres, y a su alrededor las almas están pereciendo. Esta gente puede verdaderamente decir: “Nadie cuida de mi alma”. La iglesia ha descuidado aprovechar los privilegios y las bendiciones que ha tenido a su alcance, y por su descuido del deber ha perdido oportunidades áureas para ganar almas para Cristo.

Entre ellos han vivido incrédulos por meses, y nadie ha hecho ningún esfuerzo especial por salvarlos. ¿Cómo puede considerar el Maestro a tales siervos? Los incrédulos habrían respondido a

esfuerzos hechos en su favor si los hermanos y hermanas hubieran vivido a la altura de su exaltada profesión. Si hubieran estado buscando una oportunidad para trabajar por los intereses de su Maestro, a fin de promover su causa, habrían manifestado bondad y amor hacia ellos, y habrían sentido que sobre ellos descansaba una solemne responsabilidad de mostrar su fe por sus obras, por precepto y ejemplo. Por intermedio de ellos estas almas podrían haber sido salvas para ser como estrellas en la corona de su regocijo. Pero, en muchos casos, la oportunidad áurea ha pasado para nunca más volver. Las almas que estaban en el valle de la decisión han tomado su posición en las filas del enemigo y se han vuelto enemigos de Dios y la verdad. Y el registro de la infidelidad de los profesos seguidores de Jesús ha ascendido al cielo.

Se me mostró que si la juventud en Battle Creek fuera fiel a su profesión, podría ejercer una fuerte influencia para bien sobre sus compañeros jóvenes. Pero una gran porción de la juventud en Battle Creek necesita una experiencia cristiana. No conocen a Dios por experiencia. No poseen un

conocimiento personal de la vida cristiana, y deben perecer con los incrédulos a menos que obtengan esta experiencia. La juventud de esta clase sigue la inclinación antes que el deber. Algunos no procuran ser gobernados por principios. No luchan desesperadamente para entrar por la puerta estrecha, temblando de temor por miedo de no poderlo hacer. Confían en ellos mismos, son jactanciosos, orgullosos, desobedientes, ingratos e impíos. Un grupo tal conduce a las almas por el camino ancho que va hacia la ruina. Si Cristo no mora en ellos, no pueden ejemplificarlo en sus vidas y caracteres.

La iglesia en Battle Creek ha tenido gran luz. Como pueblo han sido favorecidos por Dios en forma peculiar. No se los ha dejado en la ignorancia acerca de la voluntad de Dios hacia ellos. Podrían estar mucho más adelantados de lo que están ahora, si hubieran caminado en la luz. No son ese pueblo separado, peculiar y santo que su fe demanda, y que Dios reconoce y acepta como hijos de la luz. No son tan obedientes y devotos como su exaltada posición y su obligación sagrada como

hijos que caminan en la luz requiere que sean. Les ha sido confiado el mensaje de misericordia más solemne que alguna vez haya sido dado al mundo. El Señor ha hecho a esa iglesia la depositaria de sus Mandamientos en un sentido que no se asemeja a ninguna otra. Dios no les mostró su favor especial confiándoles su verdad sagrada para que ellos solos pudieran beneficiarse con la luz que se les dio, sino que la luz reflejada sobre ellos desde el cielo debía resplandecer sobre otros y ser nuevamente reflejada hacia Dios por aquellos que reciben la verdad glorificándolo. Muchos en Battle Creek tendrán una cuenta terrible que dar en el día de Dios por este pecaminoso descuido del deber.

Muchos de los que profesan creer la verdad en Battle Creek contradicen su fe con sus obras. Son como incrédulos, y se hallan tan lejos de cumplir los requerimientos de Dios y de estar a la altura de su profesión de fe, como estaba la iglesia judía en el tiempo del primer advenimiento de Cristo. Si Cristo apareciera entre ellos, reprobando y reprendiendo el egoísmo, el orgullo y el amor de la amistad con el mundo, como lo hizo en su primer

advenimiento, sólo pocos lo reconocerían como el Señor de gloria. No recibirían la descripción que él les presentaría de su descuido del deber, sino que le dirían en su rostro: “Tú estás enteramente equivocado; hemos hecho esto bueno y grande, y cumplido esta y aquella obra maravillosa, y tenemos derecho de ser altamente exaltados por nuestras buenas obras”.

Los judíos no se sumieron en las tinieblas de repente. Fue una obra gradual, hasta que no pudieron discernir el don de Dios al enviarles a su Hijo. La iglesia en Battle Creek ha tenido ventajas superiores, y serán juzgados por la luz y los privilegios que han tenido. Sus deficiencias, su incredulidad, su dureza de corazón, y su descuido en estimar y seguir la luz no son menos que los de los judíos favorecidos por Dios, que rechazaron las bendiciones que podrían haber aceptado y crucificaron al Hijo de Dios. Los judíos son ahora un motivo de asombro y oprobio para el mundo.

La iglesia en Battle Creek es como Capernaum, a la que Cristo representa como siendo levantada

hasta el cielo por la luz y los privilegios que se le habían dado. Si la luz y los privilegios con los que había sido bendecida hubieran sido dados a Sodoma y Gomorra, estas ciudades podrían haber subsistido hasta hoy. Si la luz y el conocimiento que ha recibido la iglesia de Battle Creek hubieran sido dados a las naciones que están en tinieblas, podrían haber estado mucho más adelantadas que esa iglesia.

La iglesia de Laodicea realmente creyó y disfrutó las bendiciones del evangelio y pensaron que eran ricos en el favor de Dios, cuando el Testigo Verdadero los llamó pobres, desnudos, ciegos y miserables. Éste es el caso con la iglesia de Battle Creek y con una gran parte de los que profesan ser el pueblo que observa los mandamientos de Dios. El Señor mira no como el hombre mira. Sus pensamientos y caminos no son como nuestros caminos.

Las palabras y la Ley de Dios, escritas en el alma y exhibidas en una vida consagrada y santa, ejercen una influencia poderosa para convencer al

mundo. La codicia, que es idolatría, y la envidia y el amor al mundo, serán extirpados de los hábitos de los que son obedientes a Cristo, cuyo placer será hacer justicia, amar la misericordia y humillarse ante su Dios. ¡Oh, cuánto abarca este, caminar humildemente ante Dios! La Ley de Dios, si está escrita en el corazón, pondrá la mente y la voluntad en sujeción a la obediencia de Cristo.

Nuestra fe es peculiar. Muchos que profesan estar viviendo bajo el sonido del último mensaje de misericordia no están separados del mundo en sus afectos. Se inclinan ante la amistad del mundo y sacrifican la luz y los principios para asegurarse su favor. El apóstol describe en estas palabras al pueblo favorecido de Dios: “Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable”. (1 Pedro 2:9)

Capítulo 22

# Obra Misionera

El 10 de diciembre de 1871 se me mostró que Dios cumpliría una gran obra mediante la verdad si hombres devotos y abnegados se entregaran sin reservas a la obra de presentarla a los que están en tinieblas. Aquellos que tienen un conocimiento de la preciosa verdad y que están consagrados a Dios debieran valerse de toda oportunidad que se les presente para exponer con fuerza la verdad. Los ángeles de Dios están obrando en los corazones y conciencias de la gente de otras naciones, y almas honestas se sienten preocupadas al presenciar las señales de los tiempos en la condición inestable de las naciones. Se levanta la pregunta en sus corazones: ¿Cuál será el fin de todas estas cosas? Mientras Dios y los ángeles están en acción para impresionar los corazones, los siervos de Cristo parecen dormidos. Sólo pocos trabajan en armonía con los mensajeros celestiales. Todos los hombres y mujeres que son cristianos en el pleno sentido de la palabra debieran ser obreros en la viña del

Señor. Debieran estar completamente alertas, trabajando celosamente por la salvación de sus semejantes, y tendrían que imitar el ejemplo que el Salvador del mundo les ha dado en su vida de abnegación, sacrificio, y trabajo fiel e intenso.

Ha habido poco espíritu misionero entre los adventistas observadores del sábado. Si los ministros y el pueblo estuvieran suficientemente despiertos, no descansarían en forma indiferente mientras Dios los ha honrado haciéndolos depositarios de su Ley al imprimirla en sus mentes y escribirla en sus corazones. Estas verdades de importancia vital han de probar al mundo; y sin embargo en nuestro propio país hay ciudades, villas y pueblos que nunca han oído el mensaje de amonestación. Jóvenes que se sienten impresionados por las apelaciones que se han hecho pidiendo ayuda en esta gran obra de hacer avanzar la causa de Dios, dan algunos pasos de progreso, pero no asumen la carga de la obra lo suficiente como para lograr lo que podrían. Están dispuestos a hacer una obra pequeña que no requiere esfuerzo especial. Por lo tanto no

aprenden a depender enteramente de Dios y mediante una fe viva extraer luz y fuerza de la gran Fuente y Causa para que sus esfuerzos puedan resultar enteramente exitosos.

Aquellos que piensan que tienen una obra que hacer para el Maestro no debieran iniciar sus esfuerzos entre las iglesias; debieran ir a territorios nuevos y demostrar sus dones. De esta manera pueden probarse ellos mismos y definir el asunto a su satisfacción, si Dios ciertamente los ha elegido para esta obra. Sentirán la necesidad de estudiar la Palabra de Dios y orar fervientemente en busca de sabiduría celestial y ayuda divina. Al encontrarse con opositores que plantean objeciones a los puntos importantes de nuestra fe, se verán colocados en circunstancias en las que obtendrán una experiencia sumamente valiosa. Sentirán su debilidad y serán inducidos a acudir a la Palabra de Dios y a la oración. En este ejercicio de sus dones estarán aprendiendo y mejorando y obteniendo confianza, valor y fe, y con el tiempo tendrán una experiencia valiosa.

Los hermanos H comenzaron bien en este trabajo. En su labor no fueron entre las iglesias, sino que salieron a campos nuevos. Comenzaron humildemente. Eran pequeños en su propia opinión y sentían la necesidad de depender completamente de Dios. Estos hermanos, especialmente A H, están ahora frente al gran peligro de volverse autosuficientes. Cuando ha discutido con opositores, la verdad ha obtenido la victoria, y él ha comenzado a sentirse fuerte en sí mismo. Tan pronto como se coloque por encima de la sencillez del trabajo, sus labores dejarán de beneficiar la preciosa causa de Dios. No debiera fomentar un amor por las discusiones, sino tendría que evitarlas cada vez que pueda. Estas luchas con los poderes de las tinieblas mediante debates raramente resultan lo mejor para el avance de la verdad presente.

Si los jóvenes que comienzan a trabajar en esta causa tuvieran el espíritu misionero, darían evidencia de que Dios ciertamente los ha llamado a servir. Pero cuando no salen a lugares nuevos, sino que se conforman con ir de iglesia en iglesia, dan

evidencia de que no llevan sobre ellos la carga del trabajo. Las ideas de nuestros predicadores jóvenes no son suficientemente amplias. Su celo es demasiado débil. Si los jóvenes despertaran y se dedicaran al Señor, serían diligentes cada momento de su tiempo y tratarían de capacitarse para llegar a ser obreros en el campo misionero en vez de volverse combatientes. Los jóvenes necesitan capacitarse volviéndose versados en otros idiomas, para que Dios pueda usarlos como instrumentos para comunicar su verdad salvadora a la gente de otros países. Estos jóvenes pueden obtener un conocimiento de otros idiomas aun mientras están ocupados en trabajar para los pecadores. Si ahorran cuidadosamente su tiempo pueden estar cultivando sus mentes y capacitándose para prestar una utilidad más amplia. Si las jóvenes que han llevado sólo poca responsabilidad se dedicaran a Dios, podrían capacitarse para ser útiles estudiando y familiarizándose con otros idiomas. Podrían consagrarse al trabajo de traducir.

Nuestras publicaciones deberían imprimirse en otros idiomas, para que se pueda alcanzar a países

extranjeros. Puede hacerse mucho a través de la prensa, pero todavía puede lograrse más si la influencia de las labores del predicador viviente fuera junto con nuestras publicaciones. Se necesitan misioneros para ir a otras naciones con el objeto de predicar la verdad en una manera precavida, cuidadosa. La causa de la verdad presente puede extenderse grandemente mediante el esfuerzo personal. El contacto de la mente individual con otras mentes hará más para quitar el prejuicio que lo que pueden hacer nuestras publicaciones solas, si el trabajo se hace en forma discreta. Aquellos que se ocupan en esta obra no debieran tener en cuenta su comodidad o inclinación, ni debieran amar la popularidad ni la ostentación.

Cuando las iglesias ven a jóvenes que poseen celo para capacitarse a fin de extender sus labores a ciudades, villas y pueblos que nunca han sido animados a aceptar la verdad, y a misioneros que se ofrecen para ir a otras naciones a fin de llevarles la verdad, las iglesias se animarán y fortalecerán mucho más que si reciben el trabajo de jóvenes sin

experiencia. Cuando vean el corazón de sus ministros ardiendo de amor y celo por la verdad, y con un deseo de salvar almas, las iglesias se despertarán. Generalmente éstas tienen los dones y el poder para bendecir y para fortalecerse ellas mismas, y para reunir a las ovejas y los corderos en el redil. Necesitan verse obligadas a depender de sus propios recursos, para que todos los dones que yacen dormidos puedan de esa manera ser llamados a un servicio activo.

Cuando se establecen iglesias, debiera indicárseles que incluso entre sus propios miembros deben tomarse hombres para llevar la verdad a otros y levantar nuevas iglesias; por lo tanto todos deben trabajar, y cultivar al máximo los talentos que Dios les ha dado, y estar educando sus mentes para ocuparse en el servicio de su Maestro. Si estos mensajeros son puros de corazón y en su vida, si su ejemplo es lo que debiera ser, sus labores serán altamente exitosas; porque ellos tienen una verdad sumamente poderosa, que es clara y coherente, y que tiene en su favor argumentos convincentes. Tienen a Dios de su lado

y a los ángeles de Dios para trabajar con sus esfuerzos.

La razón por la que muchos que predican la verdad han logrado tan poco no es enteramente porque la verdad que llevan sea impopular, sino porque los hombres que llevan el mensaje no están santificados por las verdades que predican. El Salvador retrae sus sonrisas, y la inspiración del Espíritu no está sobre ellos. No es manifiesta la presencia y el poder de Dios para convencer al pecador y limpiarlo de toda injusticia. Es inminente una destrucción repentina sobre la gente, y sin embargo no se sienten alarmados ni temerosos. Ministros no consagrados hacen muy difícil el trabajo para aquellos que los siguen y que tienen sobre sí la carga y el espíritu del trabajo.

El Señor ha influido en personas que hablan otras lenguas y las ha colocado bajo el poder de la verdad, con el fin de capacitarlos para que trabajen en su causa. Los ha puesto al alcance de la oficina de publicaciones, para que sus administradores pudieran valerse de sus servicios si fueran

conscientes de las necesidades de la causa. Se necesitan publicaciones en otros idiomas para suscitar interés y un espíritu de investigación en otros países.

El Señor obró de una manera notable en el corazón de Marcus Lichtenstein y dirigió el camino de este joven hacia Battle Creek para que allí pudiera ser colocado bajo la influencia de la verdad y convertirse, a fin de que pudiera obtener una experiencia [valiosa] y unirse a la oficina de publicaciones. Su educación en la religión judía lo habría calificado para preparar publicaciones. Su conocimiento de hebreo habría sido una ayuda en la oficina en la preparación de publicaciones mediante las cuales se pudiera tener acceso a una clase [de público] que de otro modo no podría alcanzarse. No fue un talento inferior el que Dios dio a la oficina en la persona de Marcus. Su conducta y rectitud estaban en armonía con los principios de las maravillosas verdades que él estaba comenzando a ver y apreciar.

Pero la influencia de algunos en la oficina

apenó y desanimó a Marcus. Estos jóvenes que no lo estimaron como él merecía, y cuya vida cristiana contradecía su profesión de fe, fueron los medios que Satanás usó para separar de la oficina el don que Dios le había dado. Él se fue perplejo, apenado, desanimado. Aquellos que habían tenido años de experiencia y que deberían haber tenido el amor de Cristo en sus corazones, estaban tan separados de Dios por el egoísmo y el orgullo, y por su propia insensatez que no pudieron discernir la obra especial de Dios al relacionar a Marcus con la oficina.

Si aquellos que están vinculados con la oficina hubieran estado alertas y no espiritualmente paralizados, hace mucho que el hermano I se habría conectado con la oficina y ahora podría estar preparado para hacer una buena obra que necesita hacerse en gran manera. Tendría que haber estado ocupado en enseñar a jóvenes y señoritas para que se capacitaran a fin de llegar a ser obreros en campos misioneros.

Muchos que trabajan en la obra han estado

medio muertos por ceder a influencias incorrectas. Han estado donde Dios no podía impresionarlos mediante su Espíritu Santo. Y, ¡oh, cómo sufre mi corazón cuando veo cuánto tiempo ha pasado, y que la gran obra que podría haberse hecho queda sin cumplirse porque los que están en posiciones de importancia no han caminado en la luz! Satanás ha estado listo para simpatizar con los hombres que ocupan oficios sagrados y para decirles que Dios no les pide tanto celo e interés abnegado y consagrado como el hermano White espera; y ellos se colocan descuidadamente en la silla cómoda de Satanás, y el enemigo siempre vigilante, perseverante, los ata con cadenas de oscuridad mientras ellos piensan que están bien. Satanás trabaja a su mano derecha y a su izquierda, y a su alrededor; y ellos no lo saben. Llaman a las tinieblas luz, y a la luz tinieblas.

Si los que trabajan en la oficina de publicaciones estuvieran ciertamente ocupados en la obra sagrada de dar el último y solemne mensaje de amonestación al mundo, cuán cuidadosos deberían ser de llevar a la práctica en sus vidas los

principios de la verdad que están manejando. Deberían tener corazones puros y manos limpias.

Nuestra gente vinculada con la oficina no ha estado alerta para mejorar los privilegios que están a su alcance ni para asegurarse todo el talento y la influencia que Dios les ha provisto. Casi todos los relacionados con la oficina fracasan grandemente en comprender la importancia y el carácter sagrado de la obra. El orgullo y el egoísmo existen en muy alto grado, y los ángeles de Dios no se sienten atraídos a la oficina como lo estarían si los corazones fueran puros y estuviesen en comunión con Dios. Los que trabajan en la oficina no han tenido un sentido vivido de que las verdades que estaban manejando eran de origen celestial, ideadas para cumplir una obra verdadera y especial, como lo hizo la predicación de Noé antes del Diluvio. Así como la predicación de Noé amonestó y probó a los habitantes del mundo antes que las aguas del Diluvio los destruyeran y barrieran de la faz de la tierra, de la misma manera la verdad de Dios para estos últimos días está haciendo una obra similar de amonestar y probar al mundo. Las publicaciones

que salen de la oficina llevan el sello del Eterno. Están siendo esparcidas por toda la tierra y están decidiendo el destino de las almas. Ahora se necesitan grandemente hombres que puedan traducir y preparar nuestras publicaciones en otros idiomas de modo que el mensaje de amonestación pueda ir a todas las naciones y probarlas mediante la luz de la verdad, para que los hombres y las mujeres, al ver la luz, puedan apartarse de la transgresión y volverse a la obediencia de la Ley de Dios.

Debiera aprovecharse cada oportunidad para extender la verdad a otras naciones. Esto se verá acompañado de gastos considerables, pero los gastos de ninguna manera debieran obstruir el rendimiento de esta obra. Los recursos son de valor sólo cuando se usan para promover los intereses del reino de Dios. El Señor les ha prestado medios a los hombres precisamente con este propósito, para usarlos en enviar la verdad a sus semejantes. Hay una gran cantidad de recursos sobrantes en las filas de los adventistas del séptimo día. Y el hecho de rehusarlos egoístamente a la causa de Dios está

cegando sus ojos a la importancia de la obra de Dios, haciendo que les sea imposible discernir la solemnidad de los tiempos en que vivimos, o el valor de las riquezas eternas. No ven el Calvario en su debida luz, y por lo tanto no pueden apreciar el valor del alma por la cual Cristo pagó un precio tan infinito.

Los hombres invertirán recursos en lo que más valoran y en lo que piensan que les reportará mayores ganancias. Cuando los hombres corren grandes riesgos e invierten mucho en empresas mundanales, pero no están dispuestos a arriesgar o invertir mucho en la causa de Dios para enviar la verdad a sus semejantes, evidencian que valoran sus tesoros terrenales de la misma manera [o] mucho más que los celestiales, como lo muestran sus obras.

Si los hombres depositaran sus tesoros terrenales sobre el altar de Dios, y trabajaran tan celosamente para asegurarse el tesoro celestial como lo hicieron para ganar el terrenal, invertirían recursos alegre y gozosamente doquiera pudieran

ver una oportunidad para hacer bien y ayudar en la causa de su Maestro. Cristo les ha dado evidencias inequívocas de su amor y fidelidad hacia ellos, y les ha confiado medios para examinar y probar su fidelidad hacia él. Él dejó el cielo, sus riquezas y gloria, y por causa de ellos se hizo pobre, para que ellos, a través de su pobreza, pudieran ser enriquecidos. Después de mostrar así su condescendencia para salvar al hombre, Cristo le pide no menos que eso para que él se niegue a sí mismo y use los medios que Jesús le ha prestado para salvar a sus semejantes, y de ese modo dar evidencia de su amor por su Redentor y mostrar que valora la salvación que le ha sido traída mediante tal sacrificio infinito.

Ahora es el tiempo de usar recursos para Dios. Ahora es el tiempo de ser rico en buenas obras, depositando para nosotros un buen fundamento contra el tiempo que se avecina, para que podamos asirnos de la vida eterna. Un alma salvada en el reino de Dios es de más valor que todas las riquezas terrenales. Somos responsables ante Dios por las almas de aquellos con quienes hemos sido

puestos en contacto, y cuanto más cercanas sean nuestras relaciones con nuestros semejantes mayor será nuestra responsabilidad. Somos una gran hermandad, y el bienestar de nuestros semejantes debiera ser nuestro gran interés. No tenemos un momento que perder. Si hemos sido descuidados en este asunto, ya es hora de que procuremos fervientemente redimir el tiempo, no sea que la sangre de las almas se encuentre en nuestras ropas. Como hijos de Dios, ninguno de nosotros está eximido de tomar parte en la gran obra de Cristo en la salvación de nuestros semejantes.

Será un trabajo difícil vencer el prejuicio y convencer a los incrédulos de que nuestros esfuerzos para ayudarlos son desinteresados. Pero esto no debiera obstruir nuestra labor. No hay ningún precepto en la Palabra de Dios que nos diga que hagamos el bien sólo a aquellos que aprecian y responden a nuestros esfuerzos, y beneficiemos sólo a los que nos agradecen por ello. Dios nos ha enviado a trabajar en su viña. Es nuestra tarea hacer todo lo que podemos. “Por la mañana siembra tu semilla, y a la tarde no dejes reposar tu

mano; porque no sabes cuál es lo mejor, si esto o aquello, o si lo uno y lo otro es igualmente bueno". (Eclesiastés 11:6) Tenemos demasiada poca fe. Limitamos al Santo de Israel. Debiéramos estar agradecidos de que Dios condesciende para usar a cualquiera de nosotros como su instrumento. Por cada oración ferviente ofrecida con fe por algo, llegarán respuestas. Puede que no vengan precisamente como esperábamos, pero vendrán; quizás no como hemos pensado, pero [llegarán] en el tiempo preciso cuando más las necesitamos. Pero, ¡oh cuán pecaminosa es nuestra incredulidad! "Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho". (Juan 15:7)

Los jóvenes que están ocupados en esta obra no debieran confiar demasiado en sus propias aptitudes. No tienen experiencia y debieran tratar de buscar sabiduría de aquellos que han tenido una larga experiencia en la obra y que han tenido oportunidades para estudiar el carácter.

En vez de que nuestros hermanos que ministran

trabajen entre las iglesias, Dios quiere que nos esparzamos en países extranjeros y que nuestro trabajo misionero se extienda por tanto territorio como podamos ocupar en forma provechosa, yendo en toda dirección para levantar nuevas compañías. Siempre debiéramos dejar en la mente de nuevos discípulos una impresión sobre la importancia de nuestra misión. Cuando hombres capaces se convierten a la verdad, no debieran pedir obreros para mantener viva su débil fe; pero se debiera impresionar a estos hombres con la necesidad de trabajar en la viña. Mientras las iglesias dependan de obreros del extranjero para fortalecer y alentar su fe, no llegarán a ser fuertes por ellas mismas. Se les debe instruir que su fuerza aumentará en proporción a sus esfuerzos personales. Cuanto más de cerca se siga el plan del Nuevo Testamento en la obra misionera, más éxito tendrán los esfuerzos que se hagan.

Debiéramos trabajar como lo hizo nuestro divino Maestro, sembrando las semillas de verdad con cuidado, ansiedad y abnegación. Debemos tener la mente de Cristo si no queremos cansarnos

en el bien hacer. La vida de él fue una vida de continuo sacrificio por el bien de otros. Debemos seguir su ejemplo. Debemos sembrar la semilla de verdad y confiar que Dios la vivificará. La preciosa semilla puede yacer dormida por algún tiempo, mientras la gracia de Dios logre convencer el corazón y la semilla que ha sido sembrada sea despertada a la vida y brote y lleve fruto para la gloria de Dios. Se necesitan misioneros en esta gran obra para trabajar desinteresada, ferviente y perseverantemente como colaboradores con Cristo y con los ángeles celestiales en la salvación de sus semejantes.

Nuestros ministros debieran precaverse en forma especial contra la indolencia y el orgullo, que pueden originarse por saber que tenemos la verdad y poseemos argumentos fuertes que nuestros opositores no pueden rebatir; y mientras las verdades que manejamos son poderosas para derribar los baluartes de los poderes de las tinieblas, hay peligro de descuidar la piedad personal, la pureza de corazón y una consagración completa a Dios. Hay peligro de que sientan que

son ricos y que se han enriquecido, aunque carecen de los requisitos esenciales de los cristianos. Pueden ser miserables, pobres, ciegos y desnudos. No sienten la necesidad de vivir en obediencia a Cristo cada día y cada hora. El orgullo espiritual roe las partes esenciales de la religión. A fin de preservar la humildad, sería bueno recordar qué aspecto ofrecemos a la vista de un Dios santo, que lee cada secreto del alma, y qué aspecto daríamos a la vista de nuestros semejantes si todos nos conocieran tan bien como Dios nos conoce. Por esta razón, para humillarnos, se nos instruye a confesar nuestras faltas y a aprovechar esta oportunidad para someter nuestro orgullo.

Los ministros no debieran descuidar el ejercicio físico. Debieran tratar de hacerse útiles y de ser de ayuda cuando dependen de la hospitalidad de otros. No debieran permitir que los otros les sirvan como criados, sino más bien alivianar las cargas de las personas que, teniendo gran respeto por el ministerio evangélico, estarían dispuestos a pasar por grandes molestias para hacer por los ministros lo que ellos debieran hacer personalmente. La

salud pobre de algunos de nuestros ministros se debe a su descuido de hacer ejercicio físico en el trabajo útil.

Como las cosas han resultado, se me mostró que habría sido mejor si los hermanos J hubieran hecho lo que pudieran en la preparación de folletos que circulen entre los franceses. Si estos trabajos no se prepararon en toda su perfección, habría sido mejor que hubieran circulado [como estaban], para que los franceses pudieran haber tenido una oportunidad de investigar las evidencias de nuestra fe. Hay grandes riesgos en la demora. Los franceses debieran haber tenido libros que expusieran las razones de nuestra fe. Los hermanos J no estaban preparados para trabajar como lo merecían estas obras, porque necesitaban ser refinados y vivificados o los libros preparados llevarían la estampa de sus mentes. Necesitaban ser corregidos, no fuera que su predicación y lo que escribieran fuese tedioso. Ellos necesitaban educarse para llegar inmediatamente al punto [que querían exponer] y destacar claramente ante la gente los aspectos esenciales de nuestra fe. Satanás

ha obstruido la obra, y se ha perdido mucho porque estos trabajos no fueron preparados cuando tendrían que haber sido hechos. Estos hermanos pueden hacer mucho bien si están consagrados a la obra y si siguen la luz que Dios les ha dado.

Capítulo 23

# Efecto de las Discusiones

El 10 de diciembre de 1871 se me mostraron los peligros del hermano K. Su influencia sobre la causa de Dios no es lo que debiera ser o lo que podría ser. Parece estar ciego respecto del resultado de su conducta; no discierne qué clase de estela deja tras sí. No trabaja de un modo que Dios pueda aceptar. Vi que estaba en un peligro tan serio como Moses Hull antes que dejara la verdad. Él confiaba en sí mismo. Pensaba que era de un valor tan grande para la causa de la verdad que ésta no podía prescindir de él. El hermano K ha sentido en gran medida lo mismo. Confía demasiado en su propia fuerza y sabiduría. Si pudiera ver su debilidad como Dios la ve nunca se envanecería o sentiría en lo más mínimo que ha triunfado. Y a menos que dependa de Dios y se aferre a él como la fuente de su fuerza, naufragará en la fe tan seguramente como lo hizo Moses Hull.

En sus labores él no extrae la fuerza de Dios.

Depende de una excitación para despertar su ambición. Al trabajar con unos pocos, donde no hay una excitación especial que lo estimule, pierde su valor. Cuando el trabajo se vuelve difícil y él no es sostenido por esta excitación especial, entonces no se aferra con más firmeza a Dios ni es más ferviente para perseverar en medio de la oscuridad y ganar la victoria. Hermano K, usted frecuentemente se vuelve infantil, débil e ineficiente precisamente cuando debería ser más fuerte. Esto debiera indicarle que su celo y animación no siempre provienen de la fuente correcta.

Se me mostró que éste es el peligro de los ministros jóvenes que se ocupan en discusiones. Dirigen sus mentes al estudio de la Palabra para reunir las cosas agudas, y se vuelven sarcásticos y, en sus esfuerzos por enfrentar a un oponente, demasiado frecuentemente dejan a Dios fuera de la cuestión. La excitación del debate disminuye su interés en reuniones donde esta excitación especial no existe. Aquellos que se ocupan en debates no son los obreros más exitosos y que mejor se

adaptan para edificar la causa. Algunos desean las discusiones, y prefieren esta clase de trabajo por encima de cualquier otro. No estudian la Biblia con humildad de mente, con el fin de conocer cómo alcanzar el amor de Dios; como dice Pablo: “Que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios”. (Efesios 3:17-19)

Los predicadores jóvenes debieran evitar las discusiones, porque no aumentan la espiritualidad o la humildad de mente. En algunos casos puede ser necesario enfrentar en un debate abierto a un orgulloso presumido que se opone a la verdad de Dios; pero generalmente estas discusiones, ya sea en forma oral o escrita, acarrean más daño que bien. Después de una discusión la mayor responsabilidad descansa sobre el ministro para mantener el interés. Debiera ser consciente de la

reacción que puede ocurrir después de una excitación religiosa, y no ceder al desánimo.

Los hombres que no admiten las demandas de la Ley de Dios, que son muy claras, generalmente toman un rumbo sin leyes; porque por tanto tiempo se han puesto del lado del gran rebelde en luchar contra la Ley de Dios, que es el fundamento de su gobierno en el cielo y en la tierra, que están entrenados en esta labor. En esta guerra no abrirán sus ojos o conciencias a la luz. Cierran los ojos, no sea que lleguen a ser iluminados. Su caso es tan desesperado como el de los judíos que no veían la luz que Cristo les trajo. Las evidencias maravillosas que él les dio de su carácter mesiánico en los milagros que realizó, sanando a los enfermos, resucitando a los muertos y haciendo las obras que ningún otro hombre había hecho o podía hacer, en vez de ablandar y subyugar sus corazones, y de superar sus prejuicios malvados, los inspiró con odio y furia satánicos como los que Satanás mostró cuando fue expulsado del cielo. Cuanto mayor era la luz y la evidencia que tenían, más grande era su odio. Estaban decididos a

extinguir la luz quitando la vida a Cristo.

Los que odian la Ley de Dios, que es el fundamento de su gobierno en el cielo y en la tierra, ocupan el mismo terreno que los judíos incrédulos. Su poder desafiante perseguirá a los que guardan los Mandamientos de Dios, y ellos rechazarán cualquier cantidad de luz. Han violado por tanto tiempo sus conciencias, y sus corazones se han endurecido tanto al escoger las tinieblas antes que la luz, que sienten que es una virtud en ellos, a fin de obtener su objetivo, dar falso testimonio o rebajarse para cometer casi cualquier tipo de subterfugio o engaño, como hicieron los judíos en su rechazo de Cristo. Razonan que el fin justifica los medios. Virtualmente crucifican la Ley del Padre, como los judíos crucificaron a Cristo.

Nuestro trabajo debiera abarcar toda oportunidad para presentar la verdad en su pureza y sencillez donde hay algún deseo o interés para oír las razones de nuestra fe. Aquellos que se han explayado mayormente en las profecías y en los puntos teóricos de nuestra fe debieran sin demora

convertirse en estudiantes de la Biblia sobre temas prácticos. Debieran tomar un sorbo más profundo en la fuente de la verdad divina. Debieran estudiar cuidadosamente la vida de Cristo y sus lecciones de piedad práctica, dadas para beneficio de todos y para que sean la norma del correcto vivir para todos los que crean en su nombre. Debieran estar imbuidos con el Espíritu de su gran Ejemplo y tener un alto sentido de la vida sagrada de un seguidor de Cristo.

Cristo enfrentó el caso de cada clase [de personas] en los temas y en la manera de su enseñanza. Comió y se hospedó con los ricos y los pobres, y se familiarizó con los intereses y ocupaciones de los hombres, para poder ganar acceso a sus corazones. Los instruidos y los más intelectuales se complacían y encantaban con sus discursos, y sin embargo eran tan claros y sencillos como para ser entendidos por las mentes más humildes. Cristo se valió de toda oportunidad para instruir a la gente sobre esas doctrinas y preceptos celestiales que debían incorporarse a sus vidas y que los distinguirían de todos los demás religiosos

debido a su carácter santo y elevado. Estas lecciones de instrucción divina no se presentan como se debería para llegar a las conciencias de los hombres. Estos sermones de Cristo les proporcionan a los ministros que creen en la verdad presente discursos que serán apropiados para casi cualquier ocasión. Éste es un campo de estudio para el estudiante de la Biblia, en el cual no puede interesarse sin tener en su propio corazón el Espíritu del Maestro celestial. Aquí hay temas que Cristo presentó para todas las clases sociales. Miles de personas de todo tipo de carácter y de cada estrato de la sociedad se sintieron atraídas y encantadas con el tema que les era presentado.

Algunos ministros que han estado ocupados por largo tiempo en la obra de predicar la verdad presente han cometido grandes fracasos en sus labores. Se han educado para ser polemistas. Han elaborado temas argumentativos como objetos de discusión, y les encanta usar esos temas que han preparado. La verdad de Dios es sencilla, clara y convincente. Es armoniosa y, en contraste con el error, resplandece con claridad y belleza. Su

coherencia la recomienda al juicio de cada corazón que no está lleno de prejuicio. Nuestros predicadores presentan los argumentos sobre la verdad, que han sido preparados para ellos y, si no hay obstáculos, la verdad se lleva la victoria. Pero se me mostró que en muchos casos el pobre instrumento se toma el crédito de la victoria obtenida, y la gente, que es más terrenal que espiritual, alaba y honra al instrumento, mientras que la verdad de Dios no es exaltada por la victoria que ganó.

Aquellos a quienes les encanta ocuparse en discusiones generalmente pierden su espiritualidad. No confían en Dios como debieran. Tienen la teoría de la verdad preparada para vapulear a un oponente. Los sentimientos de sus propios corazones no santificados han preparado muchas cosas cortantes, secretas, para usarlas como un azote a fin de irritar y provocar a su oponente. El espíritu de Cristo no tiene parte en esto. Mientras está provisto de argumentos decisivos, el polemista pronto piensa que es suficientemente fuerte como para triunfar sobre su oponente, y a Dios se lo

excluye del asunto. Algunos de nuestros ministros han hecho de la discusión su principal actividad. Cuando están en medio de la excitación suscitada por la discusión, parecen animados y se sienten fuertes y hablan fuertemente; y en la excitación se transmiten a la gente muchas cosas como correctas, aunque en realidad están decididamente equivocadas y son una vergüenza para él, quien fue culpable de declarar palabras tan indignas de un ministro cristiano.

Estas cosas ejercen una mala influencia sobre ministros que están manejando verdades sagradas y elevadas, verdades que han de ser sabor de vida para vida, o de muerte para muerte, para aquellos que las escuchan. Generalmente la influencia de las discusiones sobre nuestros ministros tiende a volverlos autosuficientes y exaltados en su propia estima. Eso no es todo. Aquellos que aman discutir no son idóneos para ser pastores del rebaño. Han educado sus mentes para enfrentar a opositores y para decir cosas sarcásticas, y no pueden descender [de su nivel] para enfrentar corazones que están tristes y necesitan consuelo. También se han

detenido tanto en los puntos argumentativos que han descuidado los temas prácticos que el rebaño de Dios necesita. Tienen poco conocimiento de los sermones de Cristo, que forman parte de la vida cotidiana del cristiano, y tienen poca disposición para estudiarlos. Se han elevado por encima de la sencillez del trabajo. Cuando eran pequeños en su propia opinión, Dios los ayudaba; ángeles de Dios los ministraban y hacían sus labores altamente exitosas en convencer de la verdad a hombres y mujeres. Pero al entrenar sus mentes para la discusión frecuentemente se vuelven ordinarios y rudos. Pierden el interés y la compasiva ternura que siempre debiera acompañar los esfuerzos de un pastor de Cristo.

Los ministros polemistas generalmente están descalificados para ayudar al rebaño donde más lo necesita. Habiendo descuidado la religión práctica en sus propios corazones y vidas, no pueden enseñarla a la grey. A menos que haya algo emocionante, no saben cómo trabajar; parece que se los ha despojado de su fuerza. Y si tratan de hablar, parece que no saben cómo presentar un

tema apropiado para la ocasión. Cuando debieran presentar un tema que alimente al rebaño de Dios, y que alcance y enternezca los corazones, vuelven a algunos de los viejos temas estereotipados y examinan los argumentos ya dispuestos, que son secos y sin interés. Así, en vez de luz y vida, traen oscuridad al rebaño y también a sus propias almas.

Algunos de nuestros ministros fallan en cultivar la espiritualidad, pero fomentan un despliegue de celo y cierta actividad que descansa sobre un fundamento dudoso. En esta época se necesitan ministros que cultiven una serena contemplación, ministros de reflexión y devoción, de conciencia y fe combinadas con actividad y celo. Las cualidades, reflexión y devoción, actividad y celo, debieran ir juntas.

Los ministros polemistas son los menos dignos de confianza entre nosotros, porque no se puede depender de ellos cuando el trabajo presenta dificultades. Colóqueselos en un lugar donde hay poco interés, y manifestarán falta de valor, celo y verdadero interés. Para ser vivificados y

vigorizados dependen tanto de la excitación creada por el debate o la oposición como el ebrio de su trago. Estos ministros necesitan convertirse nuevamente. Necesitan beber profundamente de las corrientes incesantes que proceden de la Roca eterna.

El bienestar eterno de los pecadores reguló la conducta de Jesús. Anduvo haciendo bienes. La benevolencia fue la vida de su alma. No sólo hacía bien a todos los que acudían a él solicitando su misericordia, sino que los buscaba perseverantemente. Nunca se entusiasmó con el aplauso ni se deprimió por la censura o el chasco. Cuando enfrentaba la mayor oposición y el trato más cruel, estaba de buen ánimo. El discurso más importante que nos ha dado la Inspiración, lo predicó Cristo a sólo un oyente. Cuando se sentó junto al pozo para descansar, porque estaba agotado, una mujer samaritana vino para extraer agua; él vio una oportunidad para alcanzar a su mente, y mediante ella para alcanzar las mentes de los samaritanos, que estaban en gran oscuridad y error. Aunque cansado, él presentó las verdades de

su reino espiritual, las que encantaron a la mujer pagana y la llenaron de admiración hacia Cristo. Salió publicando la noticia: “Venid, ved a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho. ¿No será éste el Cristo?” (Juan 4:29) El testimonio de esta mujer convirtió a muchos para creer en Cristo. A través del informe de ella muchos vinieron a oírlo personalmente y creyeron por la palabra de él.

No importa cuán pequeño pueda ser el número de oyentes interesados, si se llega al corazón y es convencido el entendimiento, ellos, como la mujer samaritana, pueden transmitir un testimonio que suscitará el interés de centenares para investigar [la verdad] por ellos mismos. Al trabajar en lugares para crear un interés, habrá muchos motivos de desaliento; pero si al principio parece que hay poco interés, esto no es evidencia de que usted se haya equivocado en cuanto a su deber y su lugar de trabajo. Si el interés aumenta firmemente, y la gente obra inteligentemente, no por impulso sino por principio, el interés es mucho más saludable y duradero que donde se crea repentinamente una

gran excitación e interés, y se estimulan los sentimientos al escuchar un debate, una aguda contienda entre ambos lados de la cuestión, en favor y en contra de la verdad. Se crea así una fiera oposición, se toman posiciones, y se hacen decisiones rápidas. El resultado es un estado febril de cosas. Faltan un examen y un juicio serenos. Permítase que se calme la excitación, o que tenga lugar una reacción por un manejo indiscreto del asunto, y puede ser que nunca vuelva a levantarse el interés. Fueron agitados los sentimientos y las simpatías de la gente, pero sus conciencias no fueron convencidas, sus corazones no se quebrantaron ni se humillaron ante Dios.

En la presentación de una verdad impopular, que implica una pesada cruz, los predicadores debieran cuidar de que cada palabra sea como Dios la diría. Sus palabras no debieran ser cortantes. Debieran presentar la verdad con humildad, con el amor más profundo por las almas y un ferviente deseo de su salvación, y dejar que la verdad sea la que corte. No deberían desafiar a ministros de otras denominaciones y tratar de provocar un debate. No

debieran colocarse en una posición como la de Goliat cuando desafió a los ejércitos de Israel. Israel no desafió a Goliat, sino que Goliat se jactó orgullosamente contra Dios y su pueblo. Los desafíos, las jactancias y los insultos deben venir de los opositores de la verdad, que hacen el papel de Goliat. Pero nada de este espíritu debiera verse en aquellos a quienes Dios ha enviado para proclamar el último mensaje de amonestación a un mundo condenado.

Goliat confiaba en su armadura. Aterrorizaba a los ejércitos de Israel mediante su jactancia desafiante y salvaje, mientras hacía un despliegue sumamente impresionante de su armadura, que era su fuerza. David, en su humildad y celo por Dios y su pueblo, propuso enfrentar a esta persona jactanciosa. Saúl accedió e hizo que se le colocara a David su propia armadura real. Pero él no consintió en usarla. Dejó a un lado la armadura del rey porque no la había probado. Había probado a Dios y, confiando en él, había ganado victorias especiales. Colocarse la armadura de Saúl daría la impresión de que él era un guerrero, cuando era

sólo el pequeño David que cuidaba las ovejas. Él no quería que se le diera crédito a la armadura de Saúl, porque su confianza estaba en el Señor Dios de Israel. Escogió unas pocas piedrecillas del arroyo, y con su honda y cayado, sus únicas armas, fue en el nombre del Dios de Israel para enfrentar al guerrero armado.

Goliat despreció a David porque su aspecto era el de un mero joven inexperto en las tácticas de la guerra. Goliat insultó a David y lo maldijo por sus dioses. Sentía que era un insulto para su dignidad el que un mero mozalbete, sin mucha armadura, viniese para enfrentarlo. Dijo con jactancia lo que haría de él. David no se irritó porque fue considerado como tan inferior, ni tembló ante sus terribles amenazas, sino que replicó: “Tú vienes a mí con espada y lanza y jabalina; mas yo vengo a ti en el nombre de Jehová de los ejércitos, el Dios de los escuadrones de Israel, a quien tú has provocado”. 1 (Samuel 17:45) David le dice a Goliat que en el nombre del Señor él le hará las mismas cosas que Goliat había amenazado hacer a David. “Y sabrá toda esta congregación que Jehová

no salva con espada y con lanza; porque de Jehová es la batalla, y él os la entregará en nuestras manos”. (Vers. 47)

Nuestros ministros no debieran desafiar ni provocar discusiones. Que los desafíos estén en el lado de los opositores de la verdad de Dios. Se me mostró que el hermano K y otros ministros han asumido en demasía el papel de Goliat. Y luego, después que se han atrevido y provocado la discusión, han confiado en sus argumentos preparados, como Saúl quería que David confiara en su armadura. No han confiado en el Dios de Israel, como el humilde David, ni han hecho de él su fuerza. Han salido confiados en ellos mismos y jactanciosos, como Goliat, engrandeciéndose orgullosamente y no ocultándose detrás de Jesús. Sabían que la verdad era fuerte, y por lo tanto no humillaron sus corazones ni confiaron con fe en Dios para darle la victoria a la verdad. Se entusiasmaron y perdieron su equilibrio, y frecuentemente las discusiones no han tenido éxito, y el resultado ha sido un daño para sus almas y para las almas de otros.

Se me mostró que algunos de nuestros jóvenes ministros se están apasionando por los debates, y que, a menos que vean su peligro, esto será una trampa para ellos. Se me mostró que el hermano L está en gran peligro. Está educando su mente en la dirección equivocada. Está en peligro de ponerse por encima de la sencillez de la obra. Cuando se ponga la armadura de Saúl, si tiene como David la sabiduría de dejarla a un lado porque no la ha probado, puede recuperarse antes de ir demasiado lejos. Estos predicadores jóvenes debieran estudiar las enseñanzas prácticas de Cristo, como también las teóricas, y aprender de Jesús, para que puedan tener su gracia, su mansedumbre, su humildad de mente y su modestia. Si al igual que David, son puestos en una posición donde la causa de Dios realmente les demanda que enfrenten a un retador de Israel, y si van adelante en la fuerza de Dios, confiando enteramente en él, él los ayudará a superar el desafío y hará que su verdad triunfe gloriosamente. Cristo nos ha dado un ejemplo. “Cuando el arcángel Miguel contendía con el diablo, disputando con él por el cuerpo de Moisés,

no se atrevió a proferir juicio de maldición contra él, sino que dijo: El Señor te reprenda”. (Judas 9)

Tan pronto como un predicador baja de la posición que un ministro siempre debiera ocupar y desciende a un papel burlesco para ridiculizar a su oponente, o cuando es sarcástico y cortante, y se mofa de él, hace lo que el Salvador del mundo no se atrevió a hacer; porque se coloca en el terreno del enemigo. Los ministros que contienden con opositores de la verdad de Dios no tienen que enfrentar meramente a hombres, sino a Satanás y a su hueste de ángeles malignos. Satanás vigila en busca de una oportunidad para obtener una ventaja sobre los ministros que están defendiendo la verdad, y cuando dejan de confiar enteramente en Dios, y sus palabras no son dichas en el espíritu y el amor de Cristo, los ángeles de Dios no los pueden fortalecer e iluminar. Los dejan abandonados a su propia fuerza, y los ángeles malignos presionan en sus tinieblas; por esta razón los oponentes de la verdad a veces parecen tener la ventaja, y la discusión hace más daño que verdadero bien.

Los siervos de Dios debieran acercarse a él. Los hermanos K, L, M y N debieran tratar de cultivar la piedad personal, en vez de fomentar un amor al debate. Debieran tratar de llegar a ser pastores del rebaño, en vez de capacitarse para crear una excitación que controle los sentimientos de la gente. Estos hermanos están en peligro de depender más de su popularidad y su éxito con la gente como polemistas ingeniosos que de ser obreros humildes, fieles, y seguidores mansos y consagrados de Cristo, coadjutores con él.

Capítulo 24

# Peligros y Deberes de la Juventud

## Mensaje dirigido a dos jóvenes

En diciembre pasado se me mostraron los peligros y tentaciones de la juventud. Los dos hijos menores del Padre O necesitan convertirse. Tienen que morir diariamente al yo. Pablo, el fiel apóstol, tenía diariamente una experiencia nueva. Él dice: “Cada día muero”. Ésta es exactamente la experiencia que estos jóvenes necesitan. Están en peligro de no hacer caso de los deberes presentes y de descuidar la educación esencial para la vida práctica. Consideran la educación de los libros como el asunto supremamente importante que se debe atender a fin de tener éxito en la vida.

Estos jóvenes tienen deberes domésticos que pasan por alto. No han aprendido a asumir sus deberes ni a cumplir las responsabilidades caseras

que son su obligación atender. Tienen una madre fiel, práctica, que ha llevado muchas cargas que sus hijos no tendrían que haberle permitido llevar. Han fracasado en su deber de honrar a su madre. No han compartido las cargas de su padre como debían, y han descuidado de honrarlo como deberían haberlo hecho. Siguen la inclinación en vez del deber. Han seguido una conducta egoísta en sus vidas, rehuyendo cargas y trabajos, y han fracasado al no obtener la experiencia valiosa que no podían darse el lujo de desperdiciar si deseaban que su vida fuera un éxito. No han captado la importancia de ser fieles en las cosas pequeñas, ni han sentido la obligación de ser leales a sus padres: cuidadosos y fieles en el cumplimiento de los humildes y modestos deberes de la vida que se hallan directamente en su camino. Subestiman las ramas comunes del conocimiento, tan necesarias para la vida práctica.

Si estos jóvenes quieren ser una bendición en todo lugar, deberían serlo en la casa. Si ceden a la inclinación, en vez de ser guiados por la decisión cautelosa de la razón sensata, el juicio correcto y la

conciencia esclarecida, no podrán ser una bendición para la sociedad o para la familia de su padre, y sus perspectivas en este mundo y en el mundo mejor pueden verse comprometidas. Muchos jóvenes reciben la impresión de que sus primeros años de vida no son para llevar cargas, sino para malgastarlos en deportes ociosos, en bromas y en indulgencias insensatas. Mientras están ocupados en tonterías y en la satisfacción de las exigencias de los sentidos, algunos piensan únicamente en la gratificación momentánea que con ello derivan. Su deseo de divertirse, su afición por estar en sociedad y por charlar y reír, aumentan con la complacencia [propia], y pierden todo gusto por las realidades serias de la vida; los deberes domésticos parecen no tener atractivo. No hay suficientes cambios para desafiar sus mentes, y se vuelven inquietos, quisquillosos e irritables. Estos jóvenes debieran sentir que es su deber hacer feliz y alegre el hogar. Deberían traer alegría a la casa en vez de una sombra por quejas innecesarias y por una actitud de descontento. Estos jóvenes debieran recordar que son responsables por todos los privilegios que han disfrutado, que tienen que

responder por el aprovechamiento de su tiempo y rendir una cuenta exacta por el perfeccionamiento de sus aptitudes. Pueden preguntar: ¿No tendremos diversiones o recreación? ¿Trabajaremos y trabajaremos y trabajaremos, sin variación? Cualquier diversión en la que puedan ocuparse pidiendo la bendición de Dios sobre ella con fe, no será peligrosa. Pero cualquier entretenimiento que los descalifique para la oración secreta, para la devoción ante el altar de la oración, o para participar en la reunión de oración, no es segura, sino peligrosa. Por un tiempo puede ser muy necesario realizar un cambio respecto al trabajo físico que ha desgastado severamente las fuerzas, para que las energías puedan ocuparse nuevamente en el trabajo, con mayor éxito. Pero quizás no sea necesario un descanso completo, ni siquiera que tenga los mejores resultados en lo que se refiere a su fuerza física. Aunque estén cansados con una clase de trabajo, no necesitan malgastar sus momentos preciosos. Pueden entonces tratar de hacer algo no tan agotador, pero que será una bendición para su madre y sus hermanas. Al aligerar sus preocupaciones tomando sobre ellos

las cargas más difíciles que ellas tienen que llevar, pueden encontrar esa distracción que surge de la práctica de los principios y que les producirá verdadera felicidad, y su tiempo no será gastado en frivolidades o en complacencias egoístas. Su tiempo puede siempre emplearse en forma ventajosa, y pueden renovarse constantemente con actividades variadas, y sin embargo estar redimiendo el tiempo, de modo que cada momento revelará un buen informe para alguien.

Ustedes han pensado que era de suprema importancia obtener una educación en las ciencias. No hay virtud en la ignorancia, y el conocimiento no reducirá necesariamente el crecimiento cristiano; pero si ustedes lo buscan en base a un principio, teniendo ante la vista el objetivo correcto y sintiendo la obligación hacia Dios de usar las facultades para hacer bien a otros y para promover su gloria, el conocimiento les ayudará a cumplir este fin; les ayudará a poner en ejercicio las facultades que Dios les ha dado, y a emplearlas en su servicio.

Pero, jóvenes, si ustedes obtienen mucho conocimiento y sin embargo fallan en aplicarlo a un uso práctico, han fracasado en su objetivo. Si al obtener una educación, llegan a absorberse tanto en sus estudios que descuidan la oración y los privilegios religiosos, y se vuelven descuidados e indiferentes hacia el bienestar de sus almas, si dejan de aprender en la escuela de Cristo, están vendiendo su primogenitura por un potaje de lentejas. No debieran perder ni por un momento el objetivo por el cual están obteniendo una educación: desarrollar sus facultades y dirigirlas de tal manera que puedan ser más útiles y bendecir a otros en la medida de su capacidad. Si al obtener conocimiento aumentan su amor propio y su inclinación a excusarse de llevar responsabilidades, estarían mejor sin una educación. Si aman e idolatran los libros, y permiten que se interpongan entre ustedes y sus deberes, de modo que están poco dispuestos a dejar sus estudios y su lectura para realizar un trabajo esencial que alguien debe hacer, debieran refrenar su deseo de estudiar, y cultivar un interés por hacer las cosas por las cuales ahora no sienten atracción. El que es fiel en lo poco

también será fiel en lo mucho.

Ustedes necesitan cultivar amor y afecto por sus padres y por sus hermanos y hermanas. “Amaos los unos a los otros con amor fraternal; en cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros. En lo que requiere diligencia, no perezosos; fervientes en espíritu, sirviendo al Señor; gozosos en la esperanza; sufridos en la tribulación; constantes en la oración; compartiendo para las necesidades de los santos; practicando la hospitalidad”. (Romanos 12:10-13) Jóvenes, no pueden permitirse sacrificar sus intereses eternos por sus estudios escolares. Sus maestros pueden estimularlos mediante el aplauso, y ustedes pueden ser engañados por la sofistería de Satanás. Pueden ser inducidos, paso a paso, a tratar de destacarse y a obtener la aprobación de sus maestros, pero su conocimiento en la vida divina, en la religión experimental, disminuirá más y más. Sus nombres estarán registrados ante los ángeles santos y exaltados y ante el Creador del universo y Cristo, la Majestad del cielo, bajo una luz muy pobre. Enfrente de ellos habrá un registro de pecados, de

errores, fracasos, negligencias, y una ignorancia tal en el conocimiento espiritual que el Padre y su Hijo, Jesús nuestro Abogado, y los ángeles ministradores se sentirán avergonzados de reconocerlos como hijos de Dios.

Al asistir al colegio ustedes están expuestos a una variedad de tentaciones a las que no se expondrían en el hogar paterno, bajo la vigilancia de padres temerosos de Dios. Si mientras estaban en casa ustedes oraban dos o tres veces por día en busca de gracia para escapar de la corrupción que hay en el mundo a través de la concupiscencia, necesitan orar tanto más ferviente y constantemente estando en el colegio, expuestos a tentaciones e influencias contaminadoras que prevalecen en las escuelas de esta era degenerada, considerando que las circunstancias que los rodean son más desfavorables para la formación de un carácter cristiano.

Estos jóvenes no tienen suficiente fuerza de carácter cristiano; especialmente éste es el caso de A O. No está afirmado, enraizado ni fundado en la

verdad. Su asidero de Dios ha sido tan leve que no ha estado recibiendo fuerza y luz desde lo alto, sino que ha estado reuniendo tinieblas para su propia alma. Ha oído tantas conversaciones incrédulas y ha tomado tan poco interés práctico en la verdad que no está preparado para dar una razón de su esperanza. Es inestable como una caña que tiembla bajo el viento. Es bondadoso de corazón, sin embargo ama la diversión, la ociosidad y la compañía de sus jóvenes amigos. Ha cedido a esta inclinación a expensas del interés de su alma. Es importante, mi hermano, que evite mezclarse demasiado con la juventud irreligiosa. La cultura de su mente y corazón, en conexión con los deberes prácticos de la vida, requiere que una gran porción de su tiempo sea gastada en la compañía de aquellos cuya conversación y fe aumentarán su fe y amor por la verdad.

Usted ha tratado de deshacerse de las restricciones que impone la creencia en la verdad, pero no se ha atrevido a ser demasiado audaz en su incredulidad. Demasiado a menudo ha elegido las frivolidades del mundo, y la compañía de aquellos

que excluyen el recogimiento y la religión, y, desde el punto de vista práctico, usted ha sido considerado parte de ese grupo que desprecia la verdad. Usted no es suficientemente fuerte en la fe o en sus propósitos como para estar en esa sociedad. A fin de matar el tiempo ha consentido con un espíritu de frivolidad que le ha hecho un daño positivo al embotar su conciencia. Usted ama la aprobación. Si gana esto en una forma honorable, no es tan pecaminoso; pero usted está en peligro de engañarse a sí mismo y a otros; necesita estar en guardia sobre este punto y ver que gana toda la aprobación que recibe. Si usted es aprobado por sus principios íntegros y valor moral, ésta es su ganancia. Pero si es mimado, cortejado y adulado porque puede dar discursos brillantes y comentarios apropiados, y porque es alegre, vivaz e ingenioso, y no por su valor intelectual y moral, será considerado por hombres y mujeres sensatos y piadosos como un objeto digno de lástima antes que de envidia. Usted debiera precaverse contra la adulación. Cualquiera que es suficientemente insensato como para adularlo no puede ser su verdadero amigo. Sus verdaderos amigos le

advertirán, le implorarán y lo amonestarán, y reprobarán sus faltas.

Usted ha abierto su mente a la oscura incredulidad. Ciérrela en el temor de Dios. Busque las evidencias, los pilares de nuestra fe, y aférrese a ellos con firmeza. Usted necesita esta confianza en la verdad presente, porque le servirá de ancla. Le impartirá a su carácter una energía, eficiencia y noble dignidad que ganará respeto. Estimule hábitos de laboriosidad. Usted está fallando seriamente en esto. Tanto usted como su hermano tienen ideas brillantes de éxito, pero recuerden que su única esperanza está en Dios. Sus perspectivas pueden a veces parecerles halagadoras, pero las expectativas que los exaltan por encima de los deberes sencillos y humildes, y de los deberes religiosos, resultarán un fracaso. Ustedes, mis queridos amigos, necesitan humillar sus corazones ante Dios y obtener una experiencia rica y valiosa en la vida cristiana perseverando para conocer al Señor y bendecir a otros con vidas diarias de inmaculada pureza, de noble integridad, de minucioso cumplimiento del deber cristiano y de

las obligaciones de la vida práctica. Ustedes tienen deberes que cumplir en el hogar; tienen que desempeñar responsabilidades que todavía no han asumido.

Aquello que se siembra eso es también lo que se cosecha. Estos jóvenes están ahora sembrando la semilla. Cada acto de sus vidas, cada palabra hablada, es una semilla para bien o para mal. Como es la semilla, así será la cosecha. Si complacen pasiones precipitadas, sensuales, pervertidas o se entregan a la gratificación del apetito o la inclinación de sus corazones no santificados; si fomentan el orgullo o los principios erróneos y acarician hábitos de infidelidad o disipación, segarán una abundante cosecha de remordimiento, vergüenza y desesperación.

Los ángeles de Dios están tratando de guiar a estos jóvenes para que clamen al Señor con sinceridad: “Sé tú el guiador de mi juventud”. Los ángeles los están invitando, y tratando de sacarlos de las trampas de Satanás. El cielo puede ser de ellos si procuran obtenerlo. Recibirán una corona

de gloria inmortal si dan todo por el cielo.

Capítulo 25

# Ministros Centrados en Ellos Mismos

Hermano R, su influencia no ha sido de un carácter tal que honre la causa de la verdad presente. Si usted hubiera sido santificado por la verdad que predica a otros, habría sido diez veces más útil a la causa de Dios de lo que ha sido. Usted ha confiado tanto en lo sensacional que sin ello tiene poca fuerza. Estos recursos que crean gran excitación e intereses sensacionalistas son su fuerza, gloria y éxito como obrero, pero no agradan a Dios. Sus labores en esta dirección casi nunca son lo que usted se lisonjea que son.

Una investigación cuidadosa revela el hecho de que hay muy pocas espigas para recoger después de esas reuniones especialmente excitantes. Sin embargo, en base a toda la experiencia del pasado, usted no ha aprendido a cambiar su manera de trabajar. Usted ha sido lento en aprender cómo

planear sus labores futuras como para evitar los errores del pasado. La razón de esto ha sido que, como el ebrio, usted ama el estímulo de estas reuniones sensacionalistas; las desea como el borracho ansía un vaso de licor para despertar sus lánguidas energías. Estos debates, que crean una excitación, se los considera erradamente como celo por Dios y amor a la verdad. Usted casi se ha desprovisto del Espíritu de Dios por trabajar con sus propias fuerzas. Si hubiera tenido a Dios consigo en todas sus actividades, y si hubiese sentido una carga por las almas y tenido la sabiduría para manejar hábilmente esas temporadas de excitación para instar a las almas a [que entren en] el reino de Cristo, usted podría ver frutos de sus labores y Dios sería glorificado. Su alma debería arder enteramente con el espíritu de la verdad que presenta a otros. Después que ha trabajado para convencer a las almas de las demandas que la Ley de Dios tiene sobre ellos, enseñándoles arrepentimiento hacia Dios y fe en Cristo, entonces su trabajo apenas ha comenzado. Usted también se evita frecuentemente completar el trabajo y encomienda a otros la pesada responsabilidad de

terminar la obra que usted debiera haber hecho. Usted dice que no está capacitado para terminar el trabajo. Entonces, cuanto antes se capacite para llevar las cargas de un pastor del rebaño, mejor.

Como un verdadero pastor usted debiera disciplinarse para tratar con las mentes y darle a cada miembro del rebaño de Dios su porción de alimento en su debido tiempo. Debería ser un obrero cuidadoso y estudiar para tener una reserva de temas prácticos que haya investigado y cuyo espíritu pueda captar y presentar a la gente en una manera clara, convincente, en el momento y el lugar debidos, según ellos puedan necesitar. Usted no se ha equipado cabalmente de la Palabra de Inspiración en toda buena obra. Cuando el rebaño ha necesitado alimento espiritual, usted frecuentemente ha presentado algún tema argumentativo que no era más apropiado para la ocasión que un discurso sobre asuntos nacionales. Si usted se esforzara y educase su mente para tener un conocimiento de los temas con los cuales la Palabra de Dios le ha provisto ampliamente, usted podría edificar la causa de Dios alimentando al

rebaño con alimento que sería apropiado y que daría salud y fuerza espirituales según lo requieren sus necesidades.

Usted todavía tiene que aprender el trabajo de un verdadero pastor. Cuando entienda esto, la causa y la obra de Dios descansarán sobre usted con tal peso que no se sentirá inclinado a chancear y bromear y ocuparse en conversaciones livianas y frívolas. Un ministro de Cristo que siente el verdadero peso del trabajo y un alto sentido del carácter exaltado y sagrado de su misión, no se sentirá inclinado a ser frívolo y trivial con los corderos del rebaño.

Un verdadero pastor se interesará en todo lo que se relaciona con el bienestar del rebaño, alimentándolo, guiándolo y defendiéndolo. Se conducirá con gran sabiduría y manifestará una tierna consideración para todos, siendo cortés y compasivo hacia todos, especialmente hacia los tentados, los afligidos y desalentados. En vez de prestarles el apoyo que sus casos particulares han demandado y que sus debilidades requerían, usted,

mi hermano, ha rehuido a esta gente, mientras ha recurrido mayormente a otros en busca de afecto. “El Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos”. (Mateo 20:28) “De cierto, de cierto os digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado es mayor que el que le envió”. (Juan 13:16) “No estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres”. (Filipenses 2:6, 7) “Así que, los que somos fuertes debemos soportar las flaquezas de los débiles, y no agradarnos a nosotros mismos. Cada uno de nosotros agrade a su prójimo en lo que es bueno, para edificación. Porque ni aun Cristo se agradó a sí mismo; antes bien, como está escrito: Los vituperios de los que te vituperaban, cayeron sobre mí”. (Romanos 15:1-3)

No es la obra de un ministro del evangelio señorear sobre la herencia de Dios, sino con humildad de mente, con bondad y paciencia, exhortar, reprobar, reprender, con longanimidad y doctrina. ¿Cómo se comparan los pasajes previos

con su vida pasada? Usted ha estado cultivando una disposición egoísta casi toda su vida. Se casó con una mujer de una voluntad fuerte, obstinada. Su disposición natural era supremamente egoísta. Ustedes eran ambos amantes del yo, y al unir sus intereses no ayudaron al caso de ninguno de los dos, sino que aumentaron el peligro de ambos. Ninguno de los dos era concienzudo, y ninguno tenía en alta estima el temor de Dios. El amor al yo, la gratificación propia, ha sido el principio dominante. Ambos han tenido tan poca consagración a Dios que no podían beneficiarse mutuamente. Cada uno deseaba hacer lo que quería; cada uno quería ser mimado y alabado y servido.

El Señor vio sus peligros y vez tras vez le envió advertencias a través de los Testimonios diciendo que sus intereses eternos estaban en peligro a menos que usted venciera su amor al yo, y conformase su voluntad a la voluntad de Dios. Si hubiese prestado atención a las admoniciones y advertencias del Señor, si hubiera hecho un giro radical, un cambio completo en su vida, su esposa

no estaría ahora en la trampa del enemigo, abandonada por Dios para creer los fuertes engaños de Satanás. Si hubiera seguido la luz que Dios le ha dado, usted ahora sería un obrero fuerte y eficiente en la causa de Dios, idóneo para cumplir diez veces más de lo que ahora es capaz de hacer. Usted se ha vuelto débil porque ha fallado en apreciar la luz. Sólo una pequeña parte del tiempo ha podido discernir entre la voz del verdadero Pastor y la de un extraño. Su descuido para caminar en la luz le ha traído tinieblas, y su conciencia, al ser violada a menudo, se ha entorpecido.

Su esposa no creyó ni siguió la luz que el Señor en su misericordia le envió. Despreció la reprensión, y cerró la puerta a través de la cual se oía la voz del Señor que la aconsejaba y la amonestaba. Satanás estaba satisfecho, y no había nada que le impidiera infiltrarse en su confianza y, mediante engaños agradables y halagadores, llevarla cautiva a su voluntad.

El Señor le dio un testimonio acerca de que su esposa era un obstáculo para usted en sus labores y

que no debería acompañarlo a menos que usted tuviera la evidencia más positiva de que ella era una mujer convertida, transformada por la renovación de su mente. Usted sintió entonces que tenía una excusa para abogar por una casa; usted convirtió este testimonio en su excusa y trabajó de acuerdo con ello, aunque no tenía necesidad de una casa propia. Su esposa tenía deberes que cumplir para con sus padres a quienes había descuidado toda su vida. Si ella hubiera asumido con un espíritu alegre esta obligación por largo tiempo descuidada, no habría quedado ahora cautiva en manos de Satanás para hacer su voluntad y corromper su corazón y alma en su servicio.

Su necesidad de una casa era imaginaria, como muchas de sus supuestas necesidades. Usted obtuvo la casa que deseaba su egoísmo, y pudo dejar a su esposa instalada confortablemente. Pero Dios estaba preparando una prueba final para ella. La aflicción de la madre de ella era de tal naturaleza que habría despertado la compasión en su corazón si no hubiera estado completamente cauterizado, endurecido por el egoísmo. Pero esta

providencia de Dios no alcanzó a despertar el amor filial de la hija por su madre sufriente. No tenía los cuidados de la casa que le impidieran hacerlo, ni hijos con quienes compartir su amor y cuidados, y su atención estaba dedicada a su pobre yo. La carga de preocupaciones que el padre de ella tuvo que llevar fue demasiado para su edad y fuerza, y quedó postrado con agudos sufrimientos. Seguramente entonces, si la hija hubiera tenido un lugar sensible en su corazón, no podría menos que haber albergado un sentimiento de su deber de compartir las cargas de su hermana y del esposo de ella. Pero por su indiferencia y por rehuir todos los cuidados y la carga que bien podría haber llevado, reveló que su corazón era casi tan insensible como una piedra.

Estar cerca de sus padres y sin embargo ser tan indiferente habla en contra de ella. Ella comunicó el estado de cosas a su esposo. El hermano R era tan egoísta como su esposa, y le envió un urgente pedido para que fuera a donde él estaba. ¿Cómo los ángeles de Dios, los tiernos, compasivos y amantes ángeles ministradores contemplan este acto? La

hija dejó que personas extrañas hicieran esas tiernas tareas que ella tendría que haber compartido alegremente con su agobiada hermana. Los ángeles contemplaban la escena con asombro y tristeza y se apartaron de esta mujer egoísta. Los ángeles malos tomaron el lugar de éstos, y ella fue llevada cautiva por Satanás a su voluntad. Fue un instrumento de Satanás y demostró ser un gran obstáculo para su esposo, cuyas labores fueron de poca utilidad.

La causa de Dios se habría establecido más firmemente en si no se hubiera realizado ese último esfuerzo, porque el trabajo no se había completado. Se suscitó un interés, pero se dejó que se hundiera donde jamás podría levantarse nuevamente. Le ruego, hermano R, que compare las Escrituras previamente citadas, relativas al trabajo y al ministerio de Cristo, con su curso de conducta a través de sus labores como ministro del evangelio, pero más especialmente en el caso que he mencionado, donde el deber era demasiado claro para equivocarse si la conciencia y los afectos no hubieran llegado a paralizarse por una larga trayectoria de continua idolatría del yo.

Debido a que ustedes abandonaron a sus padres en sus sufrimientos cuando ellos necesitaban ayuda, la iglesia se vio obligada a asumir esta carga y a velar por los miembros sufrientes del cuerpo de Cristo. En este descuido desalmado ustedes atrajeron la desaprobación de Dios sobre sus personas. Dios no pasa por alto ligeramente esas cosas. Son registradas por los ángeles. Dios no puede prosperar a aquellos que van directamente en contra del deber tan claramente especificado en su Palabra, a saber, la obligación de los hijos hacia sus padres. Los hijos que no sienten más obligación hacia sus padres terrenales que la que ustedes han sentido, sino que tan fácilmente pueden apartarse de las responsabilidades que pesan sobre ellos, no tendrán el debido respeto hacia su Padre celestial; no reverenciarán ni respetarán las demandas que Dios les hace. Si les faltan el respeto y deshonran a sus padres terrenales no respetarán ni amarán a su Creador. Al descuidar a sus padres, su esposa transgredió el quinto precepto del Decálogo: “Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da”.

(Éxodo 20:12) Éste es el primer mandamiento con promesa. Aquellos que faltan al respeto o deshonran a sus padres no pueden esperar que los acompañará la bendición de Dios. Nuestros padres tienen derechos sobre nosotros que no podemos desechar o considerar livianamente. Pero los hijos que no han sido educados ni controlados en la infancia, a quienes se les ha permitido hacer de ellos mismos el objeto de su atención y buscar egoístamente su propia comodidad evitando cargas, se vuelven desalmados y no respetan las demandas de sus padres, que velaron por ellos durante su infancia.

Hermano R, usted mismo ha sido egoísta en estas cosas y grandemente deficiente en su deber. Ha requerido atención y cuidado, pero no ha retribuido de la misma manera. Ha sido egoísta y exigente, y frecuentemente ha sido irrazonable y le ha dado a su esposa ocasión para sufrir mortificaciones. Ambos han sido desconsiderados y sorprendentemente egoístas. Se han sacrificado poco por causa de la verdad. Usted, como también su esposa, han evitado cargas, y han ocupado una

posición de que se los sirva en vez de tratar de ser la menor carga posible.

Los ministros de Cristo debieran sentir que tienen la obligación, si reciben la hospitalidad de sus hermanos o amigos, de dejar una bendición con la familia tratando de animar y fortalecer a sus miembros. No debieran descuidar los deberes de un pastor cuando visitan de casa en casa. Debieran familiarizarse con cada miembro de la familia, para poder comprender la condición espiritual de todos, y variar su manera de trabajar a fin de considerar el caso de cada uno. Cuando un ministro que lleva el solemne mensaje de amonestación al mundo recibe la cortesía hospitalaria de amigos y hermanos, y descuida los deberes de un pastor del rebaño por causa de su ejemplo y comportamiento negativos, ocupándose con los jóvenes en conversaciones frívolas, y en chancear y bromear, y en relatar anécdotas humorísticas para provocar risa, es indigno de ser un ministro del evangelio y necesita ser convertido antes que se le confíe el cuidado de las ovejas y los corderos. Los ministros que descuidan los deberes que le incumben a un pastor

fiel dan evidencias de que no están santificados por las verdades que presentan a otros y no debieran ser sostenidos como obreros en la viña del Señor hasta que tengan un alto sentido del carácter sagrado de la obra de un ministro de Cristo.

Cuando sólo hay que asistir a reuniones vespertinas, hay mucho tiempo que puede usarse con gran provecho visitando de casa en casa, encontrando a la gente donde ellos están. Y si los ministros de Cristo tienen las gracias del Espíritu, si imitan al gran Ejemplo, encontrarán acceso a los corazones y ganarán almas para Cristo. Algunos ministros que llevan el último mensaje de misericordia son demasiado reservados y fríos. No aprovechan las oportunidades que tienen de ganar la confianza de los incrédulos mediante su conducta ejemplar, su interés abnegado por el bien de otros, su bondad, paciencia, humildad de mente, y su cortesía respetuosa. Estos frutos del Espíritu ejercerán una influencia mucho mayor que la predicación en el púlpito sin un esfuerzo individual en las familias. Pero la predicación de verdades directas, probatorias, a la gente, y esfuerzos

individuales correspondientes de casa en casa para respaldar el esfuerzo del púlpito, extenderá grandemente la influencia para el bien, y se convertirán almas a la verdad.

Algunos de nuestros ministros llevan responsabilidades demasiado livianas y esquivan los cuidados y las cargas individuales; por esta razón no sienten la necesidad de la ayuda de Dios que sentirían si levantaran las cargas que la obra de Dios y nuestra fe les requiere que levanten. Cuando tienen que llevarse cargas en esta causa, y cuando aquellos que las llevan son colocados en lugares difíciles, sentirán la necesidad de vivir cerca de Dios, para que puedan tener la confianza de encomendarle a él sus caminos y reclamar en fe esa ayuda que sólo él puede dar. Ellos entonces estarán obteniendo diariamente una experiencia en la fe y la confianza, que es de supremo valor para los ministros del evangelio. Su trabajo es más solemne y sagrado que lo que los ministros generalmente comprenden. Debieran llevar consigo una influencia santificada. Dios requiere que aquellos que ministran en cosas sagradas sean hombres que

sientan celo por su causa. La carga de su trabajo debiera ser la salvación de las almas. Hermano R, usted no ha sentido como el profeta Joel describe: “Entre la entrada y el altar lloren los sacerdotes ministros de Jehová, y digan: Perdona, oh Jehová, a tu pueblo, y no entregues al oprobio tu heredad”. (Joel 2:17) “Los que sembraron con lágrimas, con regocijo segarán. Irá andando y llorando el que lleva la preciosa semilla; mas volverá a venir con regocijo, trayendo sus gavillas”. (Salmos 126:5, 6)

Hermano R, se me mostró en qué marcado contraste ha estado su trayectoria de trabajo en comparación con los requerimientos de la Palabra de Dios. Usted ha sido descuidado en sus palabras y en su conducta. Las ovejas han llevado la carga de cuidar al pastor, Ministros centrados en ellos mismos 239 de amonestar, reprobar, exhortar y llorar por el curso de acción temerario de su pastor, quien, al aceptar su cargo, reconoce que es el portavoz de Dios. Sin embargo, él se interesa mucho más por sí mismo que por las pobres ovejas. Usted no ha sentido una carga por las almas. No ha salido a sus labores llorando y orando por las almas

para que los pecadores pudieran convertirse. Si usted hubiera hecho esto habría estado sembrando la semilla que brotaría después de muchos días y daría fruto para la gloria de Dios. Cuando no hay trabajo que usted pueda hacer al amor de la lumbre, en conversación y oración con las familias, debiera entonces mostrar laboriosidad y economía de tiempo, y educarse para llevar responsabilidades mediante un empleo útil.

Usted y su esposa podrían haberse ahorrado muchos momentos desafortunados y habrían gozado de más alegría y felicidad si hubieran buscado menos su comodidad y combinado el trabajo físico con sus estudios. Sus músculos fueron hechos para ser usados, no para estar inactivos. Dios les dio a Adán y Eva todo lo que requerían sus necesidades; sin embargo su Padre celestial sabía que necesitaban ocupación a fin de retener su felicidad. Si usted, hermano R, hubiera ejercitado sus músculos trabajando con sus manos cierta porción de cada día, combinando el trabajo con el estudio, su mente estaría mejor equilibrada, sus pensamientos serían de un carácter más puro y

elevado, y su sueño sería más natural y saludable. Su cabeza estaría menos confusa y sin ideas estúpidas causadas por un cerebro congestionado. Sus pensamientos sobre la verdad sagrada serían más claros, y sus facultades morales más vigorosas. A usted no le agrada trabajar; pero si hiciera más ejercicio físico diariamente sería para su bien; éste estimularía la sangre que fluye lentamente, de modo que tuviera una actividad saludable que lo elevaría por encima del descontento y los achaques.

Usted no debería descuidar el estudio diligente, pero tendría que orar pidiendo luz de Dios para que él abra su entendimiento a los tesoros de su Palabra, de modo que pueda estar cabalmente equipado para toda buena obra. Nunca estará en una posición en la que no le sea necesario velar y orar fervientemente para vencer las tentaciones que lo acosan. Necesitará estar protegido continuamente para mantener al yo fuera de la vista. Usted ha fomentado el hábito de hacer muy prominente su persona, explayándose en las dificultades de su familia y en su pobre salud. En

síntesis, usted ha sido el tema de su conversación y se ha interpuesto entre usted y su Salvador. Debería olvidarse del yo y ocultarse detrás de Jesús. Permita que el querido Salvador sea magnificado, pero pierda de vista al yo. Cuando vea y sienta su debilidad, no verá que hay algo en usted digno de ser notado ni destacado. La gente no sólo se ha cansado, sino que se ha disgustado con los comentarios preliminares que usted hace antes de presentar su tema. Cada vez que habla a la gente y menciona las pruebas de su familia, rebaja su estima personal y sugiere sospechas de que no está enteramente bien.

Usted tiene el ejemplo de ministros que se exaltaron ellos mismos y que ambicionaron la alabanza de la gente. Fueron mimados y adulados por los indiscretos hasta que se exaltaron y se volvieron autosuficientes y, confiando en su propia sabiduría, hicieron naufragio de la fe. Pensaron que eran tan populares que podían seguir cualquier línea de conducta sin perder su popularidad. Aquí ha estado su presunción. Cuando la conducta de un ministro de Cristo da a las lenguas chismosas

motivos para discutir y cuestionar seriamente su moralidad, no debiera llamar a esto celos o calumnias. Usted debiera ser cuidadoso con la manera en que fomenta un curso habitual de pensamiento de lo cual se forman los hábitos que resultarán en su ruina. Identifique aquellos cuyo curso usted debiera aborrecer, y luego absténgase de dar el primer paso en la dirección que han recorrido.

Usted ha sido autosuficiente y Satanás lo ha cegado y engañado de tal manera que no pudo discernir sus debilidades y muchos errores. “Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley. Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu. No nos hagamos vanagloriosos, irritándonos unos a otros, envidiándonos unos a otros”. (Gálatas 5:22-26)

Se me mostraron campos de labor. Pueblos, ciudades y villas por todas partes debieran oír el

mensaje de amonestación; porque todos serán examinados y probados por el mensaje de la verdad presente. Ha de hacerse una gran obra, pero los obreros que entran en estos campos debieran ser hombres de juicio sólido que sepan cómo tratar con las mentes humanas. Debieran ser hombres de paciencia, bondad y cortesía que tengan ante ellos el temor de Dios.

Usted frecuentemente gana la confianza de la gente; pero si por alguna conducta descuidada o algún acto indiscreto, por severidad o por un espíritu arrogante, usted pierde luego su confianza, resultará más daño para la causa de Dios que si no se hubiera hecho ningún esfuerzo. Los ministros que actúan por impulso han hecho gran daño a la causa de Dios. Algunos se excitan fácilmente y frecuentemente se irritan; y si se abusan de ellos, se vengan. Esto es justamente lo que Satanás se regocija en conseguir que hagan. Los enemigos de la verdad triunfan sobre esta debilidad en un ministro de Cristo, porque esto es un oprobio para la causa de la verdad presente. Aquellos que muestran esta debilidad de carácter no representan

correctamente la verdad ni a los ministros de nuestra fe. La indiscreción de un ministro arroja una nube de sospechas sobre todos y hace las labores de los que lo siguen excesivamente difíciles.

Hermano R, cuando usted sale para ocuparse del trabajo en un nuevo campo le encanta explayarse en el enfoque argumentativo, porque usted ha educado su mente para esta clase de labor. Pero sus labores no han tenido ni la décima parte del valor que habrían tenido si se hubiera capacitado mediante la experiencia práctica para dar a la gente discursos sobre temas prácticos. Usted necesita volverse un aprendiz en la escuela de Cristo, para que pueda experimentar la piedad práctica. Cuando tenga el poder salvador de la verdad en su propia alma no podrá dejar de alimentar al rebaño de Dios con las mismas verdades prácticas que han hecho que su propio corazón esté gozoso en Dios. Debieran combinarse los temas prácticos y doctrinales a fin de impresionar a los corazones con la importancia de ceder a las demandas de la verdad, después que el

entendimiento ha sido convencido por el peso de la evidencia. Los siervos de Cristo debieran imitar el ejemplo del Maestro en la manera de hacer su labor. Constantemente debieran mantener ante la gente, del modo más claro posible para ser comprendidos, la necesidad de la piedad práctica, y, como hizo nuestro Salvador en sus enseñanzas, debieran conseguir que vean la necesidad del principio religioso y de la justicia en la vida de todos los días. La gente no es alimentada por los ministros de las iglesias populares, y las almas están hambrientas de alimento que las nutra y les dé vida espiritual.

Su vida no se ha caracterizado por la humildad de su mente ni la mansedumbre de su conducta. Usted ama a Dios de palabra, pero no en hecho y en verdad. Su dignidad es lastimada fácilmente. Los ministros debieran sentir primero la influencia santificadora de la verdad en sus propios corazones y en sus propias vidas, y luego sus esfuerzos en el púlpito serán reforzados por su ejemplo fuera de él. Los ministros necesitan ser suavizados y santificados antes que Dios pueda actuar en sus

esfuerzos de un modo especial.

Usted ha permitido que se deslice una oportunidad de oro para recoger una cosecha de almas debido a que era imposible que Dios trabajara con sus esfuerzos, porque su corazón no era recto para con él. Su espíritu no era puro ante él, quien es la encarnación de la pureza y la santidad. Si usted contempla la iniquidad en su corazón, el Señor no oirá su oración. Nuestro Dios es un Dios celoso. Él conoce los pensamientos y las imaginaciones y planes del corazón. Usted ha seguido su propio juicio y ha fracasado penosamente cuando podría haber tenido éxito. Hay demasiado en juego en estos esfuerzos para hacer el trabajo en forma negligente o imprudente. Las almas están siendo probadas en base a una verdad importante, eterna, y lo que usted pueda decir o hacer influirá para que se decidan en favor o en contra de la verdad. Cuando tendría que haberse conducido humildemente delante de Dios, implorándole que bendijera sus esfuerzos, sintiendo el peso de la causa y el valor de las almas, usted ha escogido la sociedad de damas

jóvenes, haciendo caso omiso de la obra sagrada de Dios y de su cargo como ministro del evangelio de Cristo. Usted estaba situado entre los vivos y los muertos; sin embargo participó en conversaciones livianas y frívolas, en chancear y bromear.

¿Cómo pueden los ángeles ministradores estar a su alrededor, esparciendo luz sobre usted e impartiéndole fuerza? Cuando debiera estar tratando de encontrar maneras y medios para iluminar las mentes de los que están en el error y las tinieblas, usted se está agradando a sí mismo y es demasiado egoísta como para ocuparse en un trabajo para el cual no siente inclinación ni amor. Si nuestra posición es criticada por aquellos que están investigando, usted tiene poca paciencia con ellos. Frecuentemente les da una respuesta breve, severa, como si a ellos no les incumbiera investigar cuidadosamente, sino que tuvieran que aceptar como verdad todo lo que se les preMinistros senta, sin investigar por ellos mismos. En sus labores ministeriales usted ha alejado a muchas almas de la verdad por su manera de tratarlas. No siempre es impaciente e inaccesible; cuando se siente

dispuesto a hacerlo, se toma el tiempo para contestar las preguntas cándidamente, pero frecuentemente usted es descortés y exigente, y quisquilloso e irritable como un niño.

Un lingote de oro y un manto babilónico ocultos turbaron a todo el campamento de Israel. La desaprobación de Dios recayó sobre el pueblo a causa del pecado de un hombre. Miles fueron muertos en el campo de batalla porque Dios no bendeciría ni prosperaría a un pueblo entre cuyos miembros hubiera un pecador, alguien que había transgredido su palabra. Este pecador no ocupaba una posición sagrada, sin embargo un Dios celoso no podía salir a la batalla con los ejércitos de Israel mientras estos pecados ocultos estuvieran en el campamento.

Pese a que la advertencia del apóstol está ante nosotros de abstenernos “de toda especie de mal” (1 Tesalonicenses 5:22), algunos persisten en seguir un rumbo de conducta indigno de los cristianos. Dios requiere de su pueblo que sea santo, que se mantengan separados de las obras de

las tinieblas, que sean puros de corazón y vida, y que no se contaminen con el mundo. Los hijos de Dios, por fe en Cristo, son su pueblo escogido; y cuando se mantienen firmes sobre el terreno sagrado de la verdad bíblica serán salvados del compañerismo con las obras infructuosas de las tinieblas.

Hermano R, usted se ha interpuesto directamente en el camino de la obra de Dios y ha traído grandes tinieblas y desaliento sobre su causa. Satanás lo ha cegado. Ha trabajado en busca de aceptación y la ha conseguido. Si hubiera permanecido en la luz podría haber discernido el poder de Satanás en acción para engañarlo y destruirlo. Los hijos de Dios no comen y beben para agradar el apetito, sino para preservar la vida y la fuerza a fin de hacer la voluntad de su Maestro. Se visten para cuidar la salud, no por ostentación o para mantenerse a tono con la moda cambiante. Por principio, la concupiscencia de los ojos y el orgullo de la vida están desterrados de su guardarropa y de sus vidas. Actúan movidos por una sinceridad piadosa, y su conversación es

elevada y celestial.

Dios es muy compasivo, porque él entiende nuestras debilidades y tentaciones; y cuando acudimos a él con corazones quebrantados y espíritus contritos, él acepta nuestro arrepentimiento, y promete que, mientras nos aferremos a su fuerza para hacer las paces con él, haremos paz con él. ¡Oh, qué gratitud, qué gozo debiéramos sentir porque Dios es misericordioso!

Usted ha fallado al no depender de la fuerza de Dios. Se ha explayado en su persona y ha hecho de sí el tema de pensamiento y conversación. Ha magnificado sus pruebas delante de sí mismo y ante otros, y su mente se ha apartado de la verdad, del Modelo que se nos pide que copiemos, y le ha fijado en el débil hermano R.

Al estar fuera del púlpito usted tendría que haber sentido el valor de las almas y haber buscado oportunidades para presentar la verdad a la gente, pero no ha sentido la responsabilidad que le incumbe a un ministro evangélico. Jesús y su

justicia no han sido sus temas, y se han perdido muchas oportunidades que, si hubieran sido aprovechadas, más de una veintena de almas podría haberse decidido para dar todo a Cristo y la verdad. Pero usted no levantó la carga. La obra pastoral implicaba una cruz, y usted no se ocupó de ella.

Vi ángeles de Dios observando las impresiones que usted hace y los frutos que produce fuera de la reunión, y su influencia general sobre creyentes y no creyentes. Vi a estos ángeles velando sus rostros con tristeza y apartándose afligidos y renuentemente de su lado. Con frecuencia usted se ha ocupado en asuntos de menor importancia, y cuando tenía que hacer esfuerzos que requerían el vigor de todas sus energías, un pensamiento claro y oraciones fervientes, usted seguía su propio placer e inclinación, y confiaba en su propia fuerza y sabiduría para enfrentar no sólo a los hombres, sino a principados y potestades, a Satanás y sus ángeles. Esto es hacer la obra de Dios negligentemente, colocando en riesgo la verdad y la causa de Dios, y poniendo en peligro la salvación de las almas.

Debe obrarse en usted un cambio completo antes que se le pueda confiar la obra de Dios. Usted debiera considerar que la vida es una realidad solemne y que no es un sueño ocioso. Como centinela en los muros de Sion, usted debe responder por las almas. Debiera afirmarse en Dios. Actúa sin la debida consideración, en base a impulsos antes que por principios. No ha sentido la necesidad positiva de educar su mente ni crucificar en usted el viejo yo con sus afectos y concupiscencias. Necesita estar equilibrado por el peso del Espíritu de Dios, y que todos sus actos estén regulados por él. Ahora se siente inseguro en todas sus empresas. Hace y deshace; edifica y luego derriba; aviva un interés y luego, por falta de consagración y de sabiduría divina, lo apaga. No ha sido fortalecido, establecido y afirmado. Ha tenido poca fe; no ha vivido una vida de oración. Necesita mucho unir su vida con Dios, y entonces no sembrará para la carne ni al fin cosechará corrupción.

Chancear, bromear y tener conversaciones mundanas pertenecen al mundo. Los cristianos que

tienen la paz de Dios en sus corazones estarán contentos y felices sin entregarse a la liviandad o la frivolidad. Mientras estén velando en oración tendrán una serenidad y paz que los elevará por encima de todas las superfluidades. El misterio de la piedad, abierto a la mente del ministro de Cristo, lo elevará por encima de los deleites terrenales y sensuales. Será un participante de la naturaleza divina, habiendo escapado de la corrupción que está en el mundo mediante la concupiscencia. La comunicación abierta entre Dios y su alma lo hará fructífero en el conocimiento de la voluntad de Dios y abrirá ante él tesoros de temas prácticos que puede presentar a la gente, que no causarán frivolidad o el asomo de una sonrisa, sino que solemnizarán la mente, tocarán el corazón y despertarán la sensibilidad moral hacia las sagradas demandas que Dios tiene sobre los afectos y la vida. Aquellos que trabajan en palabra y doctrina debieran ser hombres de Dios, puros en el corazón y en la vida.

Usted está en el mayor peligro de acarrear oprobio a la causa de Dios. Satanás conoce sus

debilidades. Sus ángeles comunican sus puntos débiles a aquellos que son engañados por sus maravillas mentirosas, y ya lo cuentan a usted como uno de los suyos. Satanás se regocija al conseguir que usted siga un rumbo insensato porque se coloca en el terreno del enemigo y con ello le da ventajas sobre usted. Él sabe bien que la indiscreción de los hombres que defienden la Ley de Dios apartará a las almas de la verdad. Usted no ha colocado sobre su alma la carga del trabajo ni ha trabajado cuidadosa y fervientemente, en privado, para impresionar favorablemente a las mentes en relación con la verdad. Demasiado frecuentemente usted se vuelve impaciente, irritable y pueril, y se hace de enemigos con sus modales abruptos. A menos que esté en guardia, usted suscita prejuicios en las almas contra la verdad. A menos que experimente una transformación, y ponga en práctica en su vida los principios de las verdades sagradas que presenta en el púlpito, sus trabajos significarán muy poco.

Sobre usted descansa un peso de responsabilidad. Es el deber del centinela estar

siempre en su puesto, velando por las almas como quien debe dar cuenta de ellas. Si su mente se desvía de la gran obra y se llena de pensamientos profanos; si planes y proyectos egoístas le roban el sueño, y en consecuencia disminuye la fuerza mental y física, usted peca contra su propia alma y contra Dios. Su discernimiento está embotado, y las cosas sagradas son colocadas en el mismo nivel que las comunes. Dios es deshonrado, su causa sufre oprobio, y la buena obra que usted podría haber hecho si hubiera depositado su confianza en Dios, se malogra. Si hubiera preservado el vigor de sus facultades para volcar sin reservas las fuerzas de su cerebro y de todo su ser en la importante obra de Dios, usted habría realizado una tarea mucho más grande, y la habría llevado a cabo más eficazmente.

Sus labores han sido defectuosas. Un operario experto ocupa a sus hombres para que le hagan un trabajo muy hermoso y valioso, lo que requiere estudio y mucha reflexión cuidadosa. Al estar de acuerdo con hacer el trabajo, saben que a fin de cumplir la tarea correctamente, todas sus facultades

necesitan estar alertas y en la mejor condición para rendir sus mejores esfuerzos. Pero un hombre de la compañía está gobernado por un apetito perverso. Ama la bebida fuerte. Día tras día gratifica su deseo de algo estimulante y, al estar bajo la influencia de ese estímulo, el cerebro se nubla, los nervios se debilitan, y sus manos son inseguras. Continúa su trabajo día tras día y casi arruina la obra que se le ha confiado. Ese hombre pierde sus salarios y le causa a su empleador un daño casi irreparable. Debido a su infidelidad, pierde la confianza de su patrón como también la de sus compañeros de trabajo. Se le confió una gran responsabilidad, y al aceptar esa confianza reconoció que era competente para hacer el trabajo de acuerdo con las instrucciones dadas por su empleador. Pero debido a su amor al yo, gratificó el apetito y se arriesgó a enfrentar las consecuencias.

Su caso, hermano R, es similar a este. Pero la responsabilidad de un ministro de Cristo, que debe amonestar al mundo de un juicio venidero, es mucho más importante que la de un trabajador

corriente como las cosas eternas son de más consecuencia que las temporales. Si el ministro del evangelio cede a su inclinación antes que ser guiado por el deber, si complace el yo a expensas de la fuerza espiritual, y como resultado obra indiscretamente, se levantarán las almas en el juicio para condenarlo por su infidelidad. En sus ropas se encontrará la sangre de las almas. A un ministro no consagrado le puede parecer poca cosa ser vacilante, impulsivo y carente de consagración; edificar y luego derribar; desalentar, angustiar y desanimar a las mismas almas que han sido convertidas por la verdad que él ha presentado. Es triste perder la confianza de las mismas personas por las cuales ha estado trabajando para salvar. Pero el resultado de una conducta insensata que el ministro ha seguido nunca se comprenderá plenamente hasta que el ministro vea las cosas como Dios las ve.

Capítulo 26

# Un excesivo Amor de Ganancias

Hermano S, el 10 de diciembre de 1871 se me mostró que hay serios defectos en su carácter, los cuales, a menos que sean vistos y vencidos, resultarán ser su ruina; y usted no sólo será pesado en las balanzas del santuario y hallado falto, sino que su influencia determinará el destino de otros. O usted está recogiendo con Cristo o está desparramando.

Se me mostró que usted tiene una pasión profundamente arraigada por el mundo. El amor al dinero es la raíz de todos los males. Usted se ufana de estar cerca de lo correcto, cuando no lo está. Dios ve no como el hombre ve. Él mira el corazón. Sus caminos no son nuestros caminos, ni sus pensamientos, nuestros pensamientos. Su gran afán y ansiedad es adquirir recursos materiales. Esta pasión absorbente ha ido aumentando en usted

hasta que está teniendo más preponderancia que su amor por la verdad. Su alma se está corrompiendo a través del amor al dinero. Su amor por la verdad y su progreso es muy débil. Sus tesoros terrenales demandan y retienen sus afectos.

Usted tiene un conocimiento de la verdad; no es ignorante de los reclamos de la Escritura; usted conoce la voluntad de su Maestro porque él la ha revelado claramente. Pero su corazón no está inclinado a seguir la luz que brilla en su camino. Usted tiene una gran medida de arrogancia. Su amor por el yo es mayor que su amor por la causa de la verdad presente. Su confianza propia y su autosuficiencia ciertamente resultarán ser su ruina a menos que pueda ver su debilidad y sus errores, y se reforme. Usted es arbitrario. Tiene una voluntad propia firme que mantener, y aunque las opiniones de otros puedan ser correctas, y sus juicios erróneos, usted es un hombre que no cede. Mantiene firmemente la opinión que ha expuesto, sin tener en cuenta el juicio de otros. Cómo quisiera que viese el peligro de continuar la trayectoria que ha estado siguiendo. Si sus ojos

pudieran ser iluminados por el Espíritu de Dios, usted vería estas cosas claramente.

Su esposa ama la verdad y ella es una mujer práctica, una mujer de principios. Pero usted no aprecia su valor. Ella ha trabajado esforzadamente por el bien común de la familia, pero usted no le ha dado su confianza. No le ha pedido su consejo ni ha compartido con ella el suyo, como era su deber. En gran medida, usted mantiene en reserva sus propios asuntos; no le agrada abrirle su corazón a su esposa y permitir que ella conozca lo que piensa y su verdadera fe y sentimientos. Usted es reservado. Su esposa no ocupa en su familia el lugar de honor que ella merece y que es capaz de llenar.

Usted siente que su esposa no debiera interferir con sus planes y arreglos, y demasiado frecuentemente establece su voluntad y planes de operación en oposición a los de ella. Actúa como si la identidad de ella debiera fusionarse en la suya. No está satisfecho con que ella actúe como si tuviera una individualidad, una identidad propia.

Dios la considera a ella responsable por su individualidad. Usted no la puede salvar, y ella no lo puede salvar a usted. Ella tiene una conciencia propia por la que debe guiarse. Usted está demasiado dispuesto a ser conciencia para ella y a veces para sus hijos. Dios tiene derechos superiores sobre su esposa que los que usted pueda tener. Ella debe formar un carácter por sí misma, y es responsable ante Dios por el carácter que desarrolle.

Usted tiene un carácter que formar y es responsable ante Dios por ese carácter. Su influencia es dominante y posee un espíritu dictatorial, lo que no concuerda con la voluntad de Dios. Necesita dejar de ser tan exigente. Usted se ha enorgullecido por su gusto delicado y su capacidad de organización. Tiene muy buenas ideas, pero no ha transferido a su carácter y conducta esta percepción exacta y fina. Ha fallado en perfeccionar un carácter simétrico. Tiene buenas ideas de orden y arreglo, pero todas estas magníficas cualidades de la mente se han embotado al pervertirse. Usted no ha cumplido con las

condiciones expuestas en la Palabra de Dios para llegar a ser un hijo de Dios. Todas las promesas de Dios son condicionales. “Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso. Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios” 2 (Corintios 6:17-7:1) Usted todavía tiene que obtener esta experiencia. A usted le encanta estar en la compañía de los incrédulos y oírlos hablar, y también le gusta hablar con ellos. Jesús no puede ser glorificado con su conversación, y si usted hubiera tenido el espíritu de Jesús no podría haber estado tanto tiempo en la compañía de quienes no tenían el amor por la verdad de Dios.

Usted ha sentido que había obstáculos para que sus hijos llegaran a ser cristianos, y ha sentido que se debía culpar a otros. Pero no se engañe respecto a este asunto. Su influencia como padre ha sido suficiente para interponerse en el camino de ellos,

aunque no hubiera habido ninguna otra cosa que lo impidiera. Su ejemplo y su conversación han sido de tal carácter que sus hijos no podían creer que su conducta fuera consecuente con su profesión. Su conversación con incrédulos ha sido de una naturaleza tan baja, y tan liviana, tan llena de chanzas y bromas, que su influencia jamás pudo elevarlos. Su trato con otros no ha sido siempre estrictamente honesto. No ha amado a Dios con todo su corazón, mente y fuerzas, y a su prójimo como a usted mismo. Si hubiera estado en su poder, se habría aprovechado de la desventaja de su prójimo. Cada dólar que le llega de esta manera llevará consigo una maldición que usted sentirá tarde o temprano. Dios marca cada acto de injusticia, sea hecho a un creyente o a un incrédulo, y no lo pasará por alto. Su disposición codiciosa es una trampa para usted. Su trato con sus semejantes no puede soportar la prueba del juicio.

Su carácter cristiano está manchado de avaricia. Estas manchas tendrán que ser quitadas, o usted perderá la vida eterna. Cada uno de nosotros tiene un trabajo que hacer para el Maestro; cada uno de

nosotros posee talentos para mejorar. El más humilde y pobre de los discípulos de Jesús puede ser una bendición para otros. Quizás no entienda que está haciendo alguna cosa buena en especial pero, por su influencia inconsciente, puede iniciar olas de bendición que se ensancharán y profundizarán, y el feliz resultado de sus palabras y conducta consecuente quizás nunca será conocido hasta la distribución final de recompensas. No siente ni sabe que está haciendo nada grande. No se le pide que se recargue de ansiedad respecto al éxito. Él sólo tiene que ir hacia adelante, no con muchas palabras ni con vanagloria y jactancia, sino callada, fielmente, haciendo la obra que la providencia de Dios le ha asignado, y no perderá su recompensa. Esto es lo que ocurrirá en su caso. El memorial de su vida estará escrito en el libro de registros; y, si usted es finalmente un vencedor, habrá almas salvadas mediante sus esfuerzos, por su abnegación, sus palabras buenas y su vida cristiana consecuente. Y cuando finalmente se distribuyan a todos las recompensas según hayan sido sus obras, las almas redimidas lo bendecirán, y el Maestro dirá: “Bien, buen siervo y fiel... entra en

el gozo de tu señor”. (Mateo 25:21)

El mundo ciertamente está lleno de prisa, y de orgullo, egoísmo, avaricia y violencia; y puede parecernos que es una pérdida de tiempo y esfuerzo estar siempre listos, a tiempo y fuera de tiempo, y en toda ocasión estar preparados para hablar palabras amables, puras, elevadoras, castas y santas, a pesar del torbellino de confusión, bullicio y luchas. Y sin embargo las palabras habladas apropiadamente, procedentes de corazones y labios santificados, y respaldadas por una conducta cristiana piadosa, consecuente, serán como manzanas de oro con figuras de plata. Usted ha sido como uno de los que hablan vanamente y ha aparecido como uno del mundo. A veces ha sido descuidado en sus palabras e imprudente en su conversación y se ha rebajado como un cristiano en la opinión de los incrédulos. A veces ha hablado acerca de la verdad, pero sus palabras no han llevado el tono serio y anheloso que llegaría al corazón. Han estado acompañadas de observaciones livianas, triviales, que harían llegar a aquellos con quienes usted conversa a la

conclusión de que su fe no es genuina y que no cree las verdades que profesa. Las palabras en favor de la verdad, habladas con sereno aplomo, procedentes de un propósito recto y de un corazón puro, harán mucho para desarmar a la oposición y para ganar almas. Pero un espíritu duro, egoísta, denunciatorio, sólo alejará de la verdad y despertará un espíritu de oposición.

No tiene que aguardar la llegada de grandes ocasiones, ni esperar hasta tener aptitudes extraordinarias, antes de trabajar fervientemente para Dios. No tiene que preocuparse en absoluto de qué pensará el mundo de usted. Si su relación con ellos y su conversación piadosa son un testimonio viviente de la pureza y la sinceridad de su fe, y ellos están convencidos de que usted desea beneficiarlos, sus palabras no se perderán completamente en la experiencia de ellos, sino que producirán frutos para el bien.

Un siervo de Cristo, en cualquier departamento de servicio cristiano, tendrá una influencia salvadora sobre otros por precepto y ejemplo. La

buena semilla que ha sido sembrada puede yacer algún tiempo en un corazón frío, mundano, egoísta, sin evidencia de que ha echado raíz; pero frecuentemente el Espíritu de Dios obra en ese corazón y lo riega con el rocío del cielo, y la semilla por largo tiempo oculta brota, y finalmente lleva fruto para la gloria de Dios. En nuestra vida no sabemos qué prosperará, si esto o aquello. Éstas no son preguntas para que nosotros, pobres mortales, las resolvamos. Tenemos que hacer nuestro trabajo, dejando el resultado a Dios. Si usted estuviera en la oscuridad y la ignorancia, no sería tan culpable. Pero ha tenido gran luz y ha oído mucha verdad; pero sin embargo, es un hacedor de la Palabra.

La vida de Cristo es un ejemplo para todos nosotros. Su ejemplo de abnegación, de sacrificio propio y benevolencia desinteresada es para que lo sigamos. Toda su vida es una demostración infinita de su gran amor y condescendencia para salvar al hombre pecador. “Ámense unos con otros como yo los he amado” (Juan 15:12, La Biblia Latinoamérica), dice Cristo. ¿De qué modo nuestra

vida de abnegación, sacrificio y benevolencia se compara con la vida de Cristo? “Vosotros sois la luz del mundo”, dice Cristo dirigiéndose a sus discípulos. “Vosotros sois la sal de la tierra” (Mateo 5:14, 13) Si éste es nuestro privilegio y también nuestro deber, y somos personas llenas de oscuridad e incredulidad, ¡qué terrible responsabilidad asumimos! Podemos ser canales de luz o de tinieblas. Si hemos descuidado [nuestro deber] de aumentar la luz que Dios nos ha dado, y hemos fallado en avanzar en conocimiento y verdadera santidad cuando la luz ha dirigido el camino, somos culpables y estamos en oscuridad de acuerdo con la luz y la verdad que hemos descuidado en mejorar. En estos días de iniquidad y peligro, los caracteres y las obras de los profesos cristianos por lo general no resistirán la prueba ni soportarán ser expuestos cuando la luz que ahora brilla sobre ellos los examine. No hay concordia entre Cristo y Belial; no hay comunión entre la luz y las tinieblas. ¿Cómo, entonces, pueden estar en armonía el espíritu de Cristo y el espíritu del mundo? El Señor nuestro Dios es un Dios celoso. Él requiere el afecto sincero y la confianza sin

reservas de aquellos que profesan amarlo. Dice el salmista: “Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me habría escuchado”. (Salmos 66:18)

Usted se ha interpuesto directamente en el camino de la salvación de sus hijos. Usted atribuye la indiferencia de ellos hacia las cosas religiosas a causas que no son las verdaderas. Su ejemplo es una piedra de tropiezo para ellos. Ellos saben por sus frutos, por sus palabras y obras, que usted no cree en la pronta venida de Cristo. Algunos de ellos no vacilan en burlarse de la idea de la pronta venida de Cristo y de la brevedad del tiempo. Se alegran mucho cuando usted hace un trato astuto. Piensan que el padre es sagaz en los negocios y que nadie puede aventajarlo, y ellos están siguiendo sus pasos. La fe sin obras, estando sola, es muerta. El dinero le ha dado poder, y usted ha usado ese poder para aprovecharse de las necesidades de otros. Sus especulaciones en la vida comercial no han sido honestas, usted no ha sido justo con sus semejantes. Por sus negocios usted ha sacrificado su reputación de cristiano y de hombre honesto.

Mediante negocios justos, los medios no han llegado a su poder suficientemente rápido para satisfacer su sed de ganancia, y usted frecuentemente ha hecho más pesadas las cargas del pobre aprovechándose de su necesidad para incrementar su propiedad. Piense bien, hermano S. Usted está teniendo terribles pérdidas con tal de conseguir ganancias terrenales. Está perdiendo la noble integridad y la virtud celestial, en la hora de la tentación. ¿Es esto ganancia o pérdida? ¿Es usted más rico o más pobre con todo ese aumento? Para usted es una terrible pérdida, porque toma demasiado del tesoro que podría haber estado acumulando en el cielo.

Cada oportunidad de ayudar a un hermano en necesidad, o para ayudar a la causa de Dios a esparcir la verdad, es una perla que usted puede enviar de antemano y depositar en el banco del cielo para que sea guardada. Dios lo está examinando y probando. Él le ha estado dando sus bendiciones con una mano generosa y está observando ahora para ver qué uso hace de ellas, para ver si ayudará a los que necesitan ayuda y si

sentirá el valor de las almas y hará todo lo que pueda con los medios que él le ha confiado. Cada oportunidad de ésas que es aprovechada aumenta su tesoro celestial. Pero el amor al yo lo ha inducido a preferir las posesiones terrenales aun a costa de las celestiales. Usted elige los tesoros que la polilla y el orín corrompen antes que escoger los que son tan perdurables como la eternidad. Es su privilegio ejercer tierna compasión y bendecir a otros; pero sus ojos están tan cegados por el dios de este mundo que no puede discernir esta preciosa gema: la bendición que se recibe al hacer bien, al ser rico en buenas obras, listo para distribuir, dispuesto a comunicar, colocando para usted un buen fundamento contra el tiempo venidero, para que pueda echar mano de la vida eterna. Usted está poniendo en peligro su alma al no valerse de oportunidades preciosas para asegurarse el tesoro celestial. ¿Es usted realmente más rico con su tacañería, con su administración mezquina? Dios lo está probando, y usted debe determinar si saldrá como oro o como escoria sin valor. Si esta noche se cerrara su tiempo de prueba, ¿cómo estaría el registro de su vida? No podría llevar consigo ni un

centavo de lo que haya ganado. Lo acompañaría la maldición de cada acto injusto. Su perspicacia en los negocios, cuando sea vista en el espejo que Dios le presentará, no hará que se alabe a sí mismo. La codicia es idolatría.

Su única esperanza es humillar su corazón ante Dios. “Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?” (Mateo 16:26) Le ruego, no cierre sus ojos a su peligro. No sea ciego a los intereses superiores del alma, a las benditas y gloriosas perspectivas de la vida mejor. Los ansiosos y agobiados buscadores de ganancia mundanal son ciegos y dementes. Se apartan del tesoro inmortal, imperecedero, por preferir a este mundo. El brillo y el oropel de este mundo cautivan sus sentidos, y las cosas eternas no son valoradas. Trabajan por lo que no satisface y gastan su dinero en lo que no es pan, cuando Jesús les ofrece paz y esperanza y bendiciones infinitas, por una vida de obediencia. Todos los tesoros de la tierra no serían suficientemente valiosos para comprar estos dones preciosos. Sin embargo

muchos son dementes y se apartan del atractivo celestial. Cristo conservará los nombres de todos aquellos que consideran que no hay sacrificio demasiado costoso para serle ofrecido sobre el altar de la fe y el amor. Él sacrificó todo por la humanidad caída. Los nombres del obediente, el abnegado y el fiel serán grabados sobre las palmas de sus manos; no serán arrojados de su boca, sino que serán tomados en sus labios, y él rogará en forma especial en su favor ante el Padre. Cuando el egoísta y el orgulloso sean olvidados, ellos serán recordados; sus nombres serán inmortalizados. A fin de que nosotros seamos felices, debemos vivir para hacer felices a otros. Será para nuestro beneficio ceder nuestras posesiones, nuestros talentos y nuestros afectos en devoción agradecida a Cristo, y encontrar así felicidad aquí y en la gloria inmortal del más allá.

La larga noche de vigilia, de trabajo y privaciones, casi ha pasado. Cristo viene pronto. Alístese. Los ángeles de Dios están tratando de atraerlo, apartándolo de usted mismo y de las cosas terrenales. No permita que trabajen en vano. Fe, fe

viviente, es lo que usted necesita; fe que obra por el amor y purifica el alma. Recuerde el Calvario y el sacrificio atroz, infinito, hecho allí por el hombre. Jesús ahora lo invita a ir a él tal como está y hacer de él su fortaleza y su Amigo eterno.

Capítulo 27

# La iglesia de Laodicea

El mensaje a la iglesia de Laodicea es una denuncia sorprendente y se aplica al actual pueblo de Dios.

“Y escribe al ángel de la iglesia en Laodicea: He aquí el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios, dice esto: Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo”. (Apocalipsis 3:14-17)

El Señor nos muestra aquí que el mensaje que deben dar a su pueblo los ministros que él ha llamado para que amonesten a la gente no es un mensaje de paz y seguridad. No es meramente teórico, sino práctico en todo detalle. En el mensaje

a los laodicenses, los hijos de Dios son presentados en una posición de seguridad carnal. Están tranquilos, creyéndose en una exaltada condición de progreso espiritual. “Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo”.

¡Qué mayor engaño puede penetrar en las mentes humanas que la confianza de que en ellos todo está bien cuando todo anda mal! El mensaje del Testigo Fiel encuentra al pueblo de Dios sumido en un triste engaño, aunque crea sinceramente dicho engaño. No sabe que su condición es deplorable a la vista de Dios. Aunque aquellos a quienes se dirige el mensaje del Testigo Fiel se lisonjean de que se encuentran en una exaltada condición espiritual, dicho mensaje quebranta su seguridad con la sorprendente denuncia de su verdadera condición de ceguera, pobreza y miseria espirituales. Este testimonio tan penetrante y severo no puede ser un error, porque es el Testigo Fiel el que habla y su testimonio debe ser correcto.

A los que se sienten seguros por causa de sus progresos y se creen ricos en conocimiento espiritual, les cuesta recibir el mensaje que declara que están engañados y necesitan toda gracia espiritual. El corazón que no ha sido santificado es engañoso “más que todas las cosas, y perverso”. (Jeremías 17:9) Se me mostró que muchos se ilusionan creyéndose buenos cristianos, aunque no tienen un solo rayo de la luz de Jesús. No tienen una viva experiencia personal en la vida divina. Necesitan humillarse profunda y cabalmente delante de Dios antes de sentir su verdadera necesidad de realizar esfuerzos fervientes y perseverantes para obtener los preciosos dones del Espíritu.

Dios conduce a su pueblo paso a paso. La vida cristiana es una constante batalla y una marcha. No hay descanso de la lucha. Es mediante esfuerzos constantes e incesantes como nos mantenemos victoriosos sobre las tentaciones de Satanás. Como pueblo, estamos triunfando en la claridad y fuerza de la verdad. Somos plenamente sostenidos en

nuestra posición por una abrumadora cantidad de claros testimonios bíblicos. Pero somos muy deficientes en humildad, paciencia, fe, amor, abnegación, vigilancia y espíritu de sacrificio según la Biblia. Necesitamos cultivar la santidad bíblica. El pecado prevalece entre el pueblo de Dios. El claro mensaje de reprensión enviado a los laodicenses no es recibido. Muchos se aferran a sus dudas y pecados predilectos, a la par que están tan engañados que hablan y sienten como si nada necesitaran. Piensan que es innecesario el testimonio de reproche del Espíritu de Dios, o que no se refiere a ellos. Los tales se hallan en la mayor necesidad de la gracia de Dios y de discernimiento espiritual para poder descubrir su falta de conocimiento espiritual. Les falta casi toda cualidad necesaria para perfeccionar un carácter cristiano. No tienen el conocimiento práctico de la verdad bíblica que induce a la humildad en la vida y a conformar la voluntad a la de Cristo. No viven obedeciendo a todos los requerimientos de Dios.

No es suficiente el simple hecho de profesar creer la verdad. Todos los soldados de la cruz de

Cristo se obligan virtualmente a entrar en la cruzada contra el adversario de las almas, a condenar lo malo y sostener la justicia. Pero el mensaje del Testigo Fiel revela el hecho de que nuestro pueblo está sumido en un terrible engaño, que impone la necesidad de amonestarlo para que interrumpa su sueño espiritual y se levante a cumplir una acción decidida.

En mi última visión se me mostró que este mensaje decidido del Testigo Fiel no ha cumplido aún el designio de Dios. La gente duerme en sus pecados. Continúa declarándose rica, y sin necesidad de nada. Muchos preguntan: ¿Por qué se dan todos estos reproches? ¿Por qué los Testimonios nos acusan continuamente de apostasía y graves pecados? Amamos la verdad; estamos prosperando; no necesitamos esos testimonios de amonestación y reproche. Pero miren sus corazones murmuradores y comparen su vida con las enseñanzas prácticas de la Biblia; humillen sus almas delante de Dios; ilumine la gracia de Dios las tinieblas; y caerán las escamas de sus ojos y se percatarán de su verdadera pobreza

y miseria espirituales. Sentirán la necesidad de comprar oro, que es la fe y el amor puro; ropa blanca, que es el carácter inmaculado, purificado en la sangre de su amado Redentor; y colirio, que es la gracia de Dios, y que les dará un claro discernimiento de las cosas espirituales para descubrir el pecado. Estas cosas son más preciosas que el oro de Ofir.

Se me ha mostrado que la mayor razón por la cual los hijos de Dios se encuentran ahora en este estado de ceguera espiritual, es que no quieren recibir la corrección. Muchos han despreciado los reproches y amonestaciones que se les dirigieron. El Testigo Fiel condena la tibieza de los hijos de Dios, que confiere a Satanás gran poder sobre ellos en este tiempo de espera y vigilancia. Los egoístas, los orgullosos y los amantes del pecado se ven siempre asaltados por dudas. Satanás sabe sugerir dudas e idear objeciones contra el testimonio directo que Dios envía, y muchos piensan que es una virtud, un indicio de inteligencia ser incrédulos, dudar y argüir. Los que desean dudar tendrán bastante oportunidad de hacerlo. Dios no

se propone suprimir todo motivo de incredulidad. Él da evidencias que deben ser investigadas cuidadosamente con mente humilde y espíritu dispuesto a recibir enseñanza; y todos deben decidir por el peso de las evidencias.

La vida eterna es de valor infinito y nos costará todo lo que poseemos. Se me mostró que no estimamos debidamente las cosas eternas. Todo lo que es digno de posesión, aun en este mundo, debe obtenerse mediante esfuerzo y a veces por el sacrificio más penoso. Y ello es tan sólo para obtener un tesoro perecedero. ¿Estaremos menos dispuestos a soportar conflictos y trabajos y a hacer esfuerzos fervientes y grandes sacrificios, para obtener un tesoro que es de valor incalculable y una vida que se mide con la del Infinito? ¿Puede el cielo costarnos demasiado?

La fe y el amor son tesoros áureos, elementos que faltan en gran manera entre el pueblo de Dios. Se me ha mostrado que la incredulidad en los testimonios de amonestación, estímulo y reproche está apartando la luz del pueblo de Dios. La

incredulidad les cierra los ojos para que ignoren su verdadera condición. El Testigo Fiel describe así su ceguera: “Y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo”. (Apocalipsis 3:17)

La fe en la pronta venida de Cristo se está desvaneciendo. “Mi señor tarda en venir” (Mateo 24:48), es no sólo lo que se dice en el corazón, sino que se expresa en palabras y muy definidamente en las obras. En este tiempo de vigilia, el estupor anubla los sentidos del pueblo de Dios con respecto a las señales de los tiempos. La terrible iniquidad que tanto abunda requiere la mayor diligencia y el testimonio vivo para impedir que el pecado penetre en la iglesia. La fe ha estado disminuyendo en grado temible, y únicamente el ejercicio puede hacerla aumentar.

Cuando nació el mensaje del tercer ángel, los que se dedicaban a la obra de Dios tenían algo que arriesgar, tenían que hacer sacrificios. Empezaron esta obra en la pobreza y sufrieron las mayores privaciones y oprobios. Arrostraban una oposición

resuelta que los impulsaba hacia Dios en su necesidad y mantenía viva su fe. Nuestro actual plan de la benevolencia sistemática sostiene ampliamente a nuestros predicadores y no hay necesidad de que ellos ejerzan fe en que serán sostenidos. Los que ahora emprenden la predicación de la verdad no tienen nada que arriesgar. No corren peligros, ni tienen que hacer sacrificios especiales. El sistema de la verdad está listo y a mano, y se provee a los obreros de publicaciones que defienden las verdades que ellos promulgan.

Algunos jóvenes se inician en la obra sin tener un sentimiento real de su exaltado carácter. No tienen que soportar privaciones, penurias ni severos conflictos que requerirían el ejercicio de la fe. No cultivan la abnegación práctica ni albergan un espíritu de sacrificio. Algunos se están poniendo orgullosos y engreídos, y no tienen verdadera preocupación por la obra. El Testigo Fiel dice a estos ministros: “Sé, pues, celoso, y arrepiéntete” (Apocalipsis 3:19) Algunos de ellos se ensoberbecen tanto que son realmente un estorbo y

una maldición para la preciosa causa de Dios. No ejercen una influencia salvadora sobre los demás. Estos hombres necesitan convertirse cabalmente a Dios y ser santificados por las verdades que presentan a otros.

## Testimonios directos en la iglesia

Muchos se sienten impacientes e irritados porque son frecuentemente molestados por amonestaciones y reproches que les hacen acordar de sus pecados. Dice el Testigo Fiel: “Yo conozco tus obras”. (Apocalipsis 3:15) Los motivos, los propósitos, la incredulidad, las sospechas y los celos, pueden ocultarse de los hombres, pero no de Cristo. El Testigo Fiel viene como consejero: “Yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas. Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepiéntete. He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo.

Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono". (Apocalipsis 3:18-21)

Los que son reprendidos por el Espíritu de Dios no deben levantarse contra el humilde instrumento. Es Dios, y no un mortal sujeto a error, quien ha hablado para salvarlos de la ruina. Los que desprecian la amonestación serán dejados en las tinieblas y se engañarán ellos mismos. Pero los que la escuchen y se dediquen celosamente a la obra de apartar sus pecados de sí a fin de tener las gracias necesarias, estarán abriendo la puerta de su corazón para que el amado Salvador pueda entrar y morar con ellos. Esta clase de personas se encontrará siempre en perfecta armonía con el testimonio del Espíritu de Dios.

Los ministros que predican la verdad presente no deben descuidar el solemne mensaje dirigido a los laodicenses. El testimonio del Testigo Fiel no es un mensaje suave. El Señor no nos dice: "Estáis más o menos bien; habéis soportado castigos y reproches que nunca merecisteis; habéis sido

innecesariamente desalentados por la severidad; no sois culpables de los males y pecados por los cuales se os reprendió”.

El Testigo Fiel declara que cuando uno supone que está en buenas condiciones de prosperidad, realmente lo necesita todo. No es suficiente que los ministros presenten temas teóricos; deben también presentar los temas prácticos. Deben estudiar las lecciones prácticas que Cristo dio a sus discípulos, y hacer una detenida aplicación de las mismas a sus propias almas y a las de la gente. Porque Cristo da este testimonio de reprensión, ¿supondremos que le faltan sentimientos de tierno amor hacia su pueblo? ¡Oh, no! El que murió para redimir al hombre de la muerte, ama con amor divino, y a aquellos a quienes ama los reprende. “Yo reprendo y castigo a todos los que amo”. Pero muchos no quieren recibir el mensaje que el cielo les manda gracias a su misericordia. No pueden soportar que se les hable de su negligencia en el cumplimiento del deber, ni de sus malas acciones, de su egoísmo, orgullo y amor al mundo.

Se me mostró que Dios ha colocado sobre mi esposo y sobre mí la obra especial la de dar un testimonio claro a su pueblo, y alzar la voz en alto y no detenernos, para mostrar al pueblo sus transgresiones y a la casa de Israel sus pecados. Pero hay algunos que no aceptarán el mensaje de reprensión, y levantarán las manos para escudar a aquellos a quienes Dios reprobaría y corregiría. Siempre se los encuentra simpatizando con las personas a quienes Dios quisiera hacerles sentir su verdadera pobreza.

La palabra del Señor, hablada mediante sus siervos, es recibida por muchos con objeciones y temores. Y muchos diferirán su obediencia a las advertencias y reprensiones dadas, esperando hasta que toda sombra de incertidumbre sea quitada de sus mentes. La incredulidad que demanda conocimiento perfecto [antes de obedecer] nunca cederá a la evidencia que Dios se complace en dar. Él requiere de su pueblo una fe que descansa sobre el peso de la evidencia, no sobre un conocimiento perfecto. Los seguidores de Cristo que aceptan la luz que Dios les envía, deben obedecer la voz de

Dios que les habla, cuando hay muchas otras voces que protestan contra ella. Distinguir la voz de Dios requiere discernimiento.

Aquellos que no actúan cuando el Señor los llama, sino que esperan tener evidencias más seguras y oportunidades más favorables, caminarán en tinieblas, porque la luz será retirada. La evidencia dada un día, si es rechazada, puede ser que nunca se repita. Muchos son tentados respecto a nuestra obra y la ponen en duda. Algunos, en su condición tentada, le echan la culpa de las dificultades y perplejidades del pueblo de Dios a los testimonios de reproche que les hemos dado. Piensan que el problema está con los que comunican el mensaje de advertencia, que señalan los pecados del pueblo y corrigen sus errores. Muchos son engañados por el adversario de las almas. Piensan que las labores de los esposos White serían aceptables si no estuvieran continuamente condenando el error y reprendiendo el pecado. Se me mostró que Dios nos ha impuesto este trabajo, y cuando se nos impide reunirnos con su pueblo y dar nuestro testimonio y contrarrestar

las conjeturas y celos de los no consagrados, entonces Satanás presiona muy fuertemente con sus tentaciones. Las personas que siempre toman el lado de las objeciones y las dudas, se sienten libres para sugerir sus dudas e insinuar su incredulidad. Algunos tienen dudas santurronas y aparentemente muy concienzudas y piadosas, que dejan caer cautelosamente, pero que tienen diez veces más poder para fortalecer a los que están equivocados, y reducir nuestra influencia y debilitar la confianza del pueblo de Dios en nuestra obra, que si las presentaran más francamente. Vi que estas pobres almas están engañadas por Satanás. Se hacen la ilusión de que están en lo correcto, que disfrutan del favor de Dios y que son ricos en discernimiento espiritual, cuando son pobres, ciegos y miserables. Están haciendo la obra de Satanás, pero piensan que tienen un celo por Dios.

Algunos no recibirán el testimonio que Dios nos ha dado para transmitir, lisonjeándose de que nosotros podemos estar engañados y que ellos pueden estar en lo correcto. Piensan que el pueblo de Dios no necesita reproches ni que se lo trate en

forma directa, pero que Dios está con ellos. Estos tentados, cuyas almas han estado siempre en guerra con la fiel reprensión del pecado, clamarán: Háblennos cosas agradables. ¿Qué harán ellos con el mensaje del Testigo Fiel a los laodicenses? No podemos engañarnos aquí. Los siervos de Dios deben dar este mensaje a una iglesia tibia. Debe despertar a su pueblo de su seguridad y de su engaño peligroso respecto a su verdadera posición ante Dios. Este testimonio, si es recibido, despertará a la acción y conducirá a la humillación propia y la confesión de los pecados. El Testigo Verdadero dice: “Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente”. (Apocalipsis 3:15) Y nuevamente: “Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepiéntete”. (Vers. 19) Luego viene la promesa: “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo. Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono”. (Vers. 20, 21)

El pueblo de Dios debe ver sus errores y

despertar a un arrepentimiento celoso y eliminar esos pecados que los han llevado a esa condición deplorable de pobreza, ceguera, miseria y engaño terrible. Se me mostró que el testimonio directo debe subsistir en la iglesia. Sólo esto responderá al mensaje a los laodicenses. Deben reprobarse los errores, el pecado debe llamarse pecado, y la iniquidad debe enfrentarse presta y decididamente, y ser desechada de entre nosotros como pueblo.

## La lucha contra el espíritu de Dios

Aquellos que tienen un espíritu de oposición contra la obra que por veintiséis años el Espíritu de Dios nos ha impulsado a hacer, y que derribarían nuestro testimonio, vi que no están peleando contra nosotros, sino contra Dios, quien ha puesto sobre nosotros la carga de un trabajo que no ha dado a otros. Aquellos que ponen en tela de juicio y emplean subterfugios, y piensan que es una virtud dudar, y que se desaniman; aquellos que han sido los medios para hacer difícil nuestro trabajo con el fin de debilitar nuestra fe, esperanza y valor, han sido los que suponen lo malo, que insinúan

acusaciones suspicaces y vigilan celosamente buscando una ocasión contra nosotros. Dan por sentado que porque tenemos debilidades humanas, esto constituye una evidencia positiva de que estamos equivocados y ellos están en lo correcto. Si pueden encontrar una apariencia de algo que pueden usar para perjudicarnos, lo hacen con un espíritu de triunfo y están listos para señalar nuestro trabajo de reprender el error y condenar el pecado, y denunciarlo como un espíritu duro y dictatorial.

Pero si bien no aceptamos su versión de nuestro caso como la razón de nuestras aflicciones, si bien sostenemos que Dios nos ha asignado un trabajo más difícil que el que ha dado a otros, reconocemos con humildad de alma y con arrepentimiento que nuestra fe y valor han sido severamente probados y que a veces no hemos confiado enteramente en aquel que nos ha fijado nuestro trabajo. Cuando nuevamente reunimos valor, después de dolorosos chascos y pruebas, lamentamos profundamente que alguna vez hayamos desconfiado de Dios, cedido a la

debilidad humana, y permitido que el desánimo nublara nuestra fe y disminuyera nuestra confianza en Dios. Se me ha mostrado que los siervos de Dios de la antigüedad sufrieron chascos y desalientos así como nosotros, pobres mortales. Estábamos en buena compañía; no obstante, esto no nos excusó.

Como mi esposo ha permanecido a mi lado para sostenerme en mi trabajo y ha dado un testimonio claro al unísono con la obra del Espíritu de Dios, muchos sintieron que era él quien los estaba injuriando personalmente, cuando fue el Señor quien depositó la carga sobre él y quien, a través de su siervo, los estaba reprendiendo y tratando de llevarlos [a un sitio en su experiencia espiritual] donde se arrepintieran de sus errores y tuvieran el favor de Dios.

Aquellos a quienes Dios ha escogido para una obra importante siempre han sido recibidos con desconfianza y sospechas. Antiguamente, cuando Elías fue enviado con un mensaje de Dios al pueblo, no prestaron atención a la advertencia.

Pensaron que él era innecesariamente severo. Hasta pensaron que debía haber perdido el juicio porque los denunciaba a ellos, el pueblo favorecido de Dios, como pecadores, y sus delitos como de un carácter tan grave que los juicios de Dios se levantarían contra ellos. Satanás y su hueste siempre se han unido contra aquellos que llevan el mensaje de amonestación y que reprenden los pecados. Los no consagrados también se unirán con el adversario de las almas para hacer tan difícil como sea posible el trabajo de los fieles siervos de Dios.

Si mi esposo ha sido presionado en forma excesiva y se ha desanimado y abatido, y si a veces no hemos visto nada deseable en la vida que pudiera atraernos, esto no es nada extraño ni nuevo. Elías, uno de los grandes y poderosos profetas de Dios, cuando huyó por su vida de la ira de la furiosa Jezabel, como fugitivo cansado y agotado por el viaje, deseó morir en vez de vivir. Su chasco amargo respecto a la fidelidad de Israel había aplastado su espíritu, y sintió que no podía confiar más en el hombre. En el día de la aflicción

y la oscuridad de Job, él declaró estas palabras: “Perezca el día en que yo nací”. (Job 3:3)

Aquellos que no están acostumbrados a sentir en lo más profundo [el celo por la obra de Dios], que no se han visto abrumados por las cargas como un carro bajo las espigas, y que nunca tuvieron sus intereses tan estrechamente identificados con la causa y la obra de Dios que ésta pareciera ser parte de su mismo ser y más cara para ellos que la vida, no pueden apreciar los sentimientos de mi esposo más de lo que Israel pudo apreciar los sentimientos de Elías. Lamentamos profundamente haber estado descorazonados, cualesquiera hayan sido las circunstancias.

**El caso de Acab, una advertencia**

Bajo el gobierno pervertido de Acab, Israel se apartó de Dios y corrompió sus caminos ante él. “Y Acab hijo de Omri hizo lo malo ante los ojos de Jehová, más que todos los que reinaron antes de él. Porque le fue ligera cosa andar en los pecados de Jeroboam hijo de Nabat, y tomó por mujer a

Jezabel, hija de Et-baal rey de los sidonios, y fue y sirvió a Baal, y lo adoró. E hizo altar a Baal, en el templo de Baal que él edificó en Samaria. Hizo también Acab una imagen de Asera, haciendo así Acab más que todos los reyes de Israel que reinaron antes que él, para provocar la ira de Jehová Dios de Israel". (1 Reyes 16:30-33)

Acab era débil en fuerza moral. No tenía un sentido elevado de las cosas sagradas: era egoísta y sin principios. Su unión matrimonial con una mujer de carácter resuelto y temperamento positivo, que estaba dedicada a la idolatría, los convirtió a ambos en agentes especiales de Satanás para llevar al pueblo de Dios a la idolatría y a una apostasía terrible. El espíritu decidido de Jezabel moldeó el carácter de Acab. Su naturaleza egoísta era incapaz de apreciar las misericordias de Dios hacia su pueblo y sus obligaciones para con Dios como el guardián y dirigente de Israel. El temor de Dios estaba disminuyendo cada día en Israel. Las manifestaciones blasfemas de su idolatría ciega se veían entre el pueblo de Dios. No había nadie que se atreviera a exponer su vida oponiéndose

abiertamente a la idolatría blasfema que prevalecía. Los altares de Baal, y los sacerdotes de Baal que hacían sacrificios al sol, la luna y las estrellas, eran conspicuos por todas partes. Habían consagrado templos y bosquecillos donde se colocaban las obras de los hombres para que fueran adoradas. Los beneficios que Dios daba a su pueblo no provocaban en ellos gratitud al Dador. Todas las mercedes del cielo -- los arroyos desbordantes, las corrientes de aguas vivas, el suave rocío, las lluvias que refrescaban la tierra y hacían que los campos produjeran abundantemente --, las atribuían al favor de sus dioses.

El alma fiel de Elías estaba afligida. Se despertó su indignación y sintió celo por la gloria de Dios. Vio que Israel se había hundido en una apostasía terrible. Y cuando recordó las grandes cosas que Dios había hecho por ellos, se sintió abrumado de tristeza y asombro. Pero todo esto fue olvidado por la mayoría de las personas. Fue ante el Señor y, con su alma atormentada de angustia, le rogó que salvara a su pueblo, si fuera necesario mediante juicios. Le suplicó a Dios que retirara de

su pueblo ingrato el rocío y la lluvia, los tesoros del cielo, para que el Israel apóstata pudiera esperar en vano que sus dioses, sus ídolos de oro, madera y piedra, el sol, la luna y las estrellas, regaran y enriquecieran la tierra, y la hicieran producir abundantemente. El Señor le dijo a Elías que había oído su oración y que retiraría el rocío y la lluvia de su pueblo hasta que ellos se volvieran a él con arrepentimiento.

## Pecado y castigo de Acán

Dios había protegido especialmente a su pueblo para que no se mezclara con las naciones idólatras que lo rodeaban, y así sus corazones fueran seducidos por los atractivos bosquecillos y lugares sagrados, los templos y altares que eran arreglados en la manera más costosa y seductora a fin de pervertir los sentidos, de tal manera que Dios fuera suplantado en la mente de la gente.

La ciudad de Jericó estaba entregada a la idolatría más extravagante. Los habitantes eran muy ricos, pero todas las riquezas que Dios les

había dado las consideraban como el don de sus dioses. Tenían oro y plata en abundancia; pero, como el pueblo antediluviano, eran corruptos y blasfemos, e insultaban y provocaban al Dios del cielo mediante sus obras malvadas. Los juicios de Dios se despertaron contra Jericó, que era una fortaleza. Pero el mismo Capitán de la hueste del Señor vino del cielo para dirigir a los ejércitos celestiales en un ataque a la ciudad. Ángeles de Dios asieron las masivas murallas y las derribaron. Dios había dicho que la ciudad de Jericó debía ser maldita y que todos deberían perecer excepto Rahab y su familia. Se debía salvar a éstos por el favor que Rahab había hecho a los mensajeros del Señor. La palabra del Señor al pueblo fue: "Vosotros guardaos del anatema; ni toquéis, ni toméis alguna cosa del anatema, no sea que hagáis anatema el campamento de Israel, y lo turbéis". (Josué 6:18) "En aquel tiempo hizo Josué un juramento, diciendo: Maldito delante de Jehová el hombre que se levantare y reedificare esta ciudad de Jericó. Sobre su primogénito eche los cimientos de ella, y sobre su hijo menor asiente sus puertas". (Vers. 26)

Dios fue muy exigente en cuanto a Jericó, no fuera que el pueblo se encantara con las cosas que los habitantes habían adorado y sus corazones se apartaran de Dios. Previno a su pueblo con órdenes muy absolutas; sin embargo, a pesar de la orden solemne de Dios mediante la boca de Josué, Acán se atrevió a transgredirla. Su codicia lo condujo a tomar de los tesoros que Dios le había prohibido que tocara porque la maldición de Dios estaba sobre ellos. Y debido al pecado de este hombre, el Israel de Dios fue tan débil como agua ante sus enemigos.

Josué y los ancianos de Israel estaban en gran aflicción. Se postraron ante el arca de Dios en la humillación más abyecta porque el Señor estaba airado con su pueblo. Oraron y lloraron ante Dios. El Señor habló a Josué: “Levántate; ¿por qué te postras así sobre tu rostro? Israel ha pecado, y aun han quebrantado mi pacto que yo les mandé; y también han tomado del anatema, y hasta han hurtado, han mentido, y aun lo han guardado entre sus enseres. Por esto los hijos de Israel no podrán

hacer frente a sus enemigos, sino que delante de sus enemigos volverán la espalda, por cuanto han venido a ser anatema; ni estaré más con vosotros, si no destruyereis el anatema de en medio de vosotros". (Josué 7:10-12)

## El deber de reprender el pecado

Se me ha mostrado que Dios ilustra aquí cómo considera el pecado de los que profesan ser el pueblo que guarda sus mandamientos. Aquellos a quienes él ha honrado especialmente haciéndoles presenciar las notables manifestaciones de su poder, como al antiguo Israel, y que aun así se atreven a despreciar sus expresas indicaciones, serán objeto de su ira. Quiere enseñar a su pueblo que la desobediencia y el pecado le ofenden excesivamente, y que no se los debe considerar livianamente. Nos muestra que cuando su pueblo es hallado en pecado, debe inmediatamente tomar medidas decisivas para apartar el pecado de sí, a fin de que el desagrado de Dios no descanse sobre él. Pero si los que ocupan puestos de responsabilidad pasan por alto los pecados del

pueblo, su desagrado pesará sobre ellos, y el pueblo de Dios será tenido en conjunto por responsable de esos pecados. En su trato con su pueblo en lo pasado, el Señor reveló la necesidad de purificar la iglesia del mal. Un pecador puede difundir tinieblas que privarán de la luz de Dios a toda la congregación. Cuando el pueblo comprende que las tinieblas se asientan sobre él y no conoce las causas, debe buscar a Dios con gran humillación, hasta que se hayan descubierto y desechado los males que agravian su Espíritu.

El prejuicio que se ha levantado contra nosotros porque hemos reprendido los males cuya existencia Dios me reveló, y la acusación que se ha suscitado de que somos duros y severos, son injustos. Dios nos ordena hablar, y no queremos callar. Si hay males evidentes entre su pueblo, y si los hijos de Dios los pasan por alto con indiferencia, en realidad éstos sostienen y justifican al pecador, son igualmente culpables y causarán como aquél el desagrado de Dios, porque serán hechos responsables de los pecados de los culpables. Se me han mostrado en visión muchos casos que

provocaron el desagrado de Dios por la negligencia de sus siervos al tratar con los males y pecados que existían entre ellos. Los que excusaron estos males fueron considerados por el pueblo como personas de disposición muy amable, simplemente porque rehuían el desempeño de un claro deber bíblico. La tarea no era agradable para sus sentimientos; por lo tanto la eludían.

El espíritu de odio que ha existido entre algunos porque fueron reprendidos los males que reinaban entre el pueblo de Dios, ha ocasionado ceguera y un terrible engaño para sus almas, haciéndoles imposible discriminar entre lo bueno y lo malo. Los tales han apagado su propia visión espiritual. Pueden presenciar los males, pero no se sienten como se sentía Josué, ni se humillan al advertir el peligro de las almas.

El verdadero pueblo de Dios, que toma a pecho el espíritu de la obra del Señor y la salvación de las almas, verá siempre al pecado en su verdadero carácter pecaminoso. Estará siempre de parte de los que denuncian claramente los pecados que tan

fácilmente asedian a los hijos de Dios. Especialmente en la obra final que se hace en favor de la iglesia, en el tiempo del sellamiento de los ciento cuarenta y cuatro mil que han de subsistir sin defecto delante del trono de Dios, sentirán muy profundamente los yerros de los que profesan ser hijos de Dios. Esto lo expone con mucho vigor la ilustración que presenta el profeta acerca de la última obra, bajo la figura de los hombres que tenían sendas armas destructoras en las manos. Entre ellos había uno vestido de lino que tenía a su lado un tintero. “Y le dijo Jehová: Pasa por en medio de la ciudad, por en medio de Jerusalén, y ponles una señal en la frente a los hombres que gimen y que claman a causa de todas las abominaciones que se hacen en medio de ella”. (Ezequiel 9:4)

¿Quiénes siguen el consejo de Dios en este tiempo? ¿Son los que excusan virtualmente los yerros de entre el profeso pueblo de Dios, y quienes murmuran en su corazón, si no abiertamente, contra los que quisieran reprender el pecado? ¿Son aquellos que se les oponen y

simpatizan con los que contemporizan con el mal? No, en verdad. A menos que se arrepientan, y dejen la obra satánica de oprimir a los que tienen la preocupación de la obra, y de dar la mano a los pecadores de Sion, nunca recibirán el sello de la aprobación de Dios. Caerán en la destrucción general de los impíos, representada por la obra de los hombres que llevaban armas. Nótese esto con cuidado: Los que reciban la marca pura de la verdad, desarrollada en ellos por el poder del Espíritu Santo y representada por el sello del hombre vestido de lino, son los que “gimen y que claman a causa de todas las abominaciones que se hacen” en la iglesia. Su amor por la pureza y el honor y la gloria de Dios es tal, y tienen una visión tan clara del carácter excesivamente pecaminoso del pecado, que se los representa agonizando, suspirando y llorando. Léase el capítulo noveno de Ezequiel.

Pero la matanza general de todos los que no ven así el amplio contraste entre el pecado y la justicia, y no tienen los sentimientos de aquellos que siguen el consejo de Dios y reciben la señal,

está descrita en la orden dada a los cinco hombres con armas: “Pasad por la ciudad en pos de él, y matad; no perdone vuestro ojo, ni tengáis misericordia. Matad a viejos, jóvenes y vírgenes, niños y mujeres, hasta que no quede ninguno; pero a todo aquel sobre el cual hubiere señal, no os acercaréis; y comenzaréis por mi santuario”. (Ezequiel 9:5, 6)

En el caso del pecado de Acán, Dios dijo a Josué: “Ni estaré más con vosotros, si no destruyereis el anatema de en medio de vosotros”. (Josué 7:12) ¿Cómo se compara este caso con la conducta seguida por los que no quieren alzar la voz contra el pecado y el mal, sino que siempre simpatizan con aquellos que perturban el campamento de Israel con sus pecados? Dios dijo a Josué: “No podrás hacer frente a tus enemigos, hasta que hayáis quitado el anatema de en medio de vosotros”. (Vers. 13) Pronunció el castigo que debía seguir a la transgresión de su pacto.

Josué inició entonces una diligente búsqueda para descubrir al culpable. Consideró a Israel por

tribus, luego por familias, y al fin individualmente; y Acán fue descubierto como el culpable. Pero, a fin de que el asunto fuera claro para todo Israel y que no hubiera ocasión de murmurar y decir que se había hecho sufrir a un inocente, Josué obró con método. Sabía que Acán era el transgresor y que había ocultado su pecado y provocado la ira de Dios contra su pueblo. Indujo discretamente a Acán a que confesara su pecado, a fin de que el honor y la justicia de Dios fueran vindicados delante de Israel.

"Entonces Josué dijo a Acán: Hijo mío, da gloria a Jehová el Dios de Israel, y dale alabanza, y declárame ahora lo que has hecho; no me lo encubras.

"Y Acán respondió a Josué diciendo: Verdaderamente yo he pecado contra Jehová el Dios de Israel, y así y así he hecho. Pues vi entre los despojos un manto babilónico muy bueno, y doscientos siclos de plata, y un lingote de oro de peso de cincuenta siclos, lo cual codicié y tomé; y he aquí que está escondido bajo tierra en medio de

mi tienda, y el dinero debajo de ello. Josué entonces envió mensajeros, los cuales fueron corriendo a la tienda; y he aquí estaba escondido en su tienda, y el dinero debajo de ello. Y tomándolo de en medio de la tienda, lo trajeron a Josué y a todos los hijos de Israel, y lo pusieron delante de Jehová. Entonces Josué, y todo Israel con él, tomaron a Acán hijo de Zera, el dinero, el manto, el lingote de oro, sus hijos, sus hijas, sus bueyes, sus asnos, sus ovejas, su tienda y todo cuanto tenía, y lo llevaron todo al valle de Acor. Y le dijo Josué: ¿Por qué nos has turbado? Túrbete Jehová en este día. Y todos los israelitas los apedrearon, y los quemaron después de apedrearlos". (Josué 7:19-25)

El Señor dijo a Josué que Acán no solamente había tomado las cosas que él les había encargado positivamente que no se tocaran, para no incurrir en maldición, sino que también las había ocultado. El Señor había dicho que Jericó y todos sus despojos debían ser consumidos, excepto el oro y la plata, que habían de reservarse para la tesorería del Señor. La victoria que fue la toma de Jericó no se obtuvo por la guerra, ni porque el pueblo se

expusiera a peligros. El Capitán del ejército de Jehová había conducido las huestes del cielo. La batalla había sido del Señor; era él quien la había peleado. Los hijos de Israel no asestaron un solo golpe. La victoria y la gloria pertenecían al Señor, y los despojos eran suyos. Indicó que todo debía ser consumido excepto el oro y la plata que se reservaban para su tesorería. Acán comprendía bien la reserva hecha y sabía que los tesoros de oro y plata que él codiciaba pertenecían al Señor. Robó a la tesorería del Señor para su propio beneficio.

## Codicia entre el pueblo de Dios

Vi que muchos que profesan estar guardando los mandamientos de Dios se están apropiando para su propio uso de los medios que el Señor les ha confiado y que debieran entrar en su tesorería. Le roban a Dios en los diezmos y las ofrendas. Encubren y retienen lo que es de Dios para su propio perjuicio. Acarrean escasez y pobreza para sí y oscuridad sobre la iglesia debido a su codicia, su encubrimiento y el hecho de robar a Dios en los diezmos y en las ofrendas.

Vi que muchas almas se hundirán en tinieblas a causa de su codicia. El testimonio claro y directo debe vivir en la iglesia, o la maldición de Dios descansará sobre su pueblo tan seguramente como lo hizo sobre el antiguo Israel debido a sus pecados. Dios considera a su pueblo como un cuerpo, responsable por los pecados que existen en los individuos que están entre ellos. Si los dirigentes de la iglesia descuidan la investigación diligente de los pecados que traen el desagrado de Dios sobre el cuerpo, llegan a ser responsables por estos pecados. Pero el trato con las mentes es la obra más delicada en la que jamás se hayan ocupado los hombres. No todos son idóneos para corregir a los que yerran. No tienen sabiduría para tratar el caso justamente, al mismo tiempo que aman la misericordia. No están inclinados a ver la necesidad de mezclar el amor y la tierna compasión con las reprensiones fieles. Algunos son siempre innecesariamente severos, y no sienten la necesidad de la orden del apóstol: “A algunos que dudan, convencedlos. A otros salvad, arrebatándolos del fuego; y de otros tened misericordia con temor”.

(Judas 22, 23)

Hay muchos que no tienen la discreción de Josué ni sienten obligación especial de investigar errores y tratar prestamente con los pecados que hay entre ellos. Que los tales no estorben a los que tienen la carga de esta obra sobre ellos; que no se interpongan en el camino de los que tienen que cumplir este deber. Algunos hacen hincapié en cuestionar y dudar y encontrar faltas porque otros hacen la obra que Dios no ha depositado sobre ellos. Los tales se interponen directamente en el camino para estorbar a aquellos sobre quienes Dios ha puesto la carga de reprender y corregir los pecados prevalecientes a fin de que el desagrado divino se aparte de su pueblo. Si un caso como el de Acán estuviera entre nosotros, habría muchos que acusarían de tener un espíritu perverso y criticón a los que pudieran desempeñar el papel de Josué de investigar el error. No se debe jugar con Dios, y un pueblo perverso no debe menospreciar con impunidad sus advertencias.

Se me mostró que la manera en que Acán hizo

su confesión fue similar a las confesiones que algunos entre nosotros han hecho y harán. Ocultan sus errores y rehúsan hacer una confesión voluntaria hasta que Dios los descubre, y entonces reconocen sus pecados. Unas pocas personas siguen adelante en un curso de conducta equivocado hasta que se endurecen. Incluso pueden saber que la iglesia está afligida, así como Acán sabía que Israel se había debilitado ante sus enemigos debido a su culpa. Sin embargo sus conciencias no los condenan. No desagraviarán a la iglesia humillando ante Dios sus corazones orgullosos y rebeldes y poniendo a un lado sus errores. El desagrado de Dios está sobre su pueblo, y él no manifestará su poder en medio de ellos mientras existan pecados entre ellos que sean incitados por aquellos que están en puestos de responsabilidad. Aquellos que trabajan en el temor de Dios para liberar a la iglesia de estorbos y para corregir errores penosos, a fin de que el pueblo de Dios pueda ver la necesidad de aborrecer el pecado y prosperar en pureza, y para que el nombre de Dios pueda ser glorificado, siempre enfrentarán influencias opuestas por parte de los no

consagrados. Sofonías describe así la verdadera condición de esta clase y los juicios terribles que vendrán sobre ellos.

“Acontecerá en aquel tiempo que yo escudriñaré a Jerusalén con linterna, y castigaré a los hombres que reposan tranquilos como el vino asentado, los cuales dicen en su corazón: Jehová ni hará bien ni hará mal”. (Sofonías 1:12) “Cercano está el día grande de Jehová, cercano y muy próximo; es amarga la voz del día de Jehová; gritará allí el valiente. Día de ira aquel día, día de angustia y de aprieto, día de alboroto y de asolamiento, día de tiniebla y de oscuridad, día de nublado y de entenebrecimiento, día de trompeta y de algazara sobre las ciudades fortificadas, y sobre las altas torres. Y atribularé a los hombres, y andarán como ciegos, porque pecaron contra Jehová; y la sangre de ellos será derramada como polvo, y su carne como estiércol. Ni su plata ni su oro podrá librarlos en el día de la ira de Jehová, pues toda la tierra será consumida con el fuego de su celo; porque ciertamente destrucción apresurada hará de todos los habitantes de la tierra”. (Cap.

1:14-18)

**Confesiones hechas demasiado tarde**

Cuando finalmente venga una crisis, como seguramente ocurrirá, y Dios hable en favor de su pueblo, aquellos que han pecado, que han sido una nube de oscuridad y que se han interpuesto directamente en el camino de las providencias de Dios por su pueblo, pueden llegar a alarmarse ante el extremo al que han ido murmurando y acarreando desánimo sobre la causa; y, como Acán, aterrorizarse, reconociendo que han pecado. Pero sus confesiones son demasiado tardías y no son del tipo correcto para beneficiarlos, aunque pueden desagraviar a la causa de Dios. Los tales no hacen sus confesiones como resultado de una convicción de su verdadero estado y un sentido de cuánto ha desagradado a Dios su curso de conducta. Dios puede darle a este grupo otra prueba, y hacerles ver que no están mejor preparados para subsistir libres de toda rebelión y pecado que antes que fueran hechas sus confesiones. Siempre se inclinan por estar del lado de lo malo. Y cuando se les hace un

llamado a los que estarán del lado del Señor para que den un paso resuelto a fin de vindicar lo correcto, ellos manifestarán su verdadera posición. Aquellos que casi toda su vida han estado controlados por un espíritu tan ajeno al Espíritu de Dios como el de Acán tendrán una actitud muy pasiva cuando llegue el momento de una acción decidida de parte de todos. No afirmarán estar en ninguno de los dos lados. El poder de Satanás los ha retenido por tanto tiempo que parecerán ciegos y sin ninguna inclinación a colocarse en defensa de lo correcto. Si no toman un decidido curso de conducta de parte del lado equivocado, no es porque tengan un sentido claro de lo correcto, sino porque no se atreven a hacerlo.

Dios no será burlado. Es en la hora de lucha cuando los verdaderos colores debieran lanzarse al viento. Es entonces cuando los portadores de las normas necesitan ser firmes y permitir que se conozca su verdadera posición. Es entonces cuando se pone a prueba la habilidad de cada verdadero soldado en favor de lo correcto. Los que esquivan el deber jamás podrán exhibir los laureles de la

victoria. Aquellos que son fieles y leales no encubrirán el hecho de serlo, sino que pondrán corazón y fuerza en el trabajo, y arriesgarán todo lo que tengan en la lucha, no importa el resultado de la batalla. Dios es un Dios que odia el pecado. Y a aquellos que animan al pecador diciendo: Todo está bien contigo, Dios los maldecirá.

Dios aceptará las confesiones de pecado hechas en el momento correcto para auxiliar a su pueblo. Pero hay entre nosotros aquellos que harán confesiones, como lo hizo Acán, demasiado tarde como para salvarse. Dios puede probarlos y darles otra prueba con el propósito de evidenciar a su pueblo que los tales no soportarán una prueba que viene de Dios. No están en armonía con lo correcto. Desprecian el testimonio directo que llega al corazón, y se regocijarían de ver silenciado a todo el que reprende.

**Elías reprende al rey Acab**

El pueblo de Israel había perdido gradualmente su temor y reverencia hacia Dios hasta que no le

dieron importancia a su palabra dada mediante Josué. “En su tiempo [de Acab] Hiel de Bet-el reedificó a Jericó. A precio de la vida de Abiram su primogénito echó el cimiento, y a precio de la vida de Segub su hijo menor puso sus puertas, conforme a la palabra que Jehová había hablado por Josué hijo de Nun”. (1 Reyes 16:34)

Mientras Israel estaba apostatando, Elías permanecía como un profeta de Dios leal y verdadero. Su alma fiel se angustiaba grandemente al ver que la incredulidad y la infidelidad estaban separando rápidamente a los hijos de Israel de Dios, y oraba que Dios salvara a su pueblo. Imploraba que el Señor no desechara completamente a su pueblo pecador, sino que los despertara al arrepentimiento aunque fuese necesario mediante juicios y que no les permitiera ir todavía a mayores extremos en el pecado, provocando así a Dios para destruirlos como nación.

Elías recibió el mensaje del Señor de ir ante Acab para denunciar los juicios de Dios a causa de

los pecados de Israel. Elías viajó día y noche hasta que llegó al palacio de Acab. No solicitó ser admitido en el palacio, ni aguardó que se lo anunciara formalmente. En forma completamente inesperada para Acab, Elías comparece ante el asombrado rey de Samaria con la burda vestimenta usada generalmente por los profetas. No pide disculpas por su abrupta aparición, sin ser invitado; pero, levantando sus manos al cielo, afirma solemnemente por el Dios viviente que hizo los cielos y la tierra, los juicios que vendrían sobre Israel: “No habrá lluvia ni rocío en estos años, sino por mi palabra”. (1 Reyes 17:1)

Esta sorprendente denuncia de los juicios de Dios debido a los pecados de Israel cayó como un rayo sobre el rey apóstata. Parecía estar paralizado de asombro y terror; y antes que el rey pudiera recuperarse de su sorpresa, Elías, sin aguardar para ver el efecto de su mensaje, desapareció tan abruptamente como había venido. Su obra fue hablar la palabra de infortunio de parte de Dios, e instantáneamente se retiró. Su palabra había encerrado los tesoros del cielo, y su palabra era la

única llave que podría abrirlos nuevamente.

El Señor sabía que no habría seguridad para su siervo entre los hijos de Israel. No lo pondría bajo la custodia del Israel apóstata, pero lo envió a encontrar refugio en una nación pagana. Lo guió a la casa de una mujer viuda, que estaba en tal pobreza que apenas podía sostenerse con vida con la comida más escasa. Una mujer pagana que vivía a la altura de la mejor luz que tenía, estaba en una condición más aceptable ante Dios que las viudas de Israel, que habían sido bendecidas con privilegios especiales y gran luz, y que sin embargo no vivían de acuerdo con la luz que Dios les había dado. Como los hebreos habían rechazado la luz, fueron dejados en tinieblas, y Dios no confiaría a su siervo entre su pueblo que había provocado la ira divina.

Ahora el apóstata Acab y la pagana Jezabel tienen una oportunidad para probar el poder de sus dioses y demostrar que la palabra de Elías es falsa. Los profetas de Jezabel se cuentan por centenares. Contra ellos permanece Elías, solo. Su palabra ha

cerrado el cielo. Si Baal puede dar rocío y lluvia, y hacer que la vegetación prospere; si puede hacer que los arroyos y corrientes de agua corran como de costumbre, independiente de los tesoros del cielo en las lluvias, entonces que el rey de Israel lo adore y el pueblo lo declare Dios.

Elías era un hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras. Su misión ante Acab y la terrible denuncia que le hizo de los juicios de Dios, requirieron valor y fe. En su camino a Samaria las corrientes de aguas que fluían sin cesar, los cerros cubiertos de verdor, los bosques de árboles imponentes y florecientes -- todo aquello sobre lo cual descansaba su vista florecía en belleza y gloria --, sugerían en forma natural sentimientos de incredulidad. ¿Cómo pueden todas estas cosas en la naturaleza, ahora tan florecientes, ser quemadas por la sequía? ¿Cómo pueden secarse estos arroyos que riegan la tierra y que, por lo que se sabe, nunca han dejado de correr? Pero Elías no dio cabida a la incredulidad. Emprendió su misión con peligro de su vida. Creía plenamente que Dios humillaría a su pueblo apóstata y que a través de la aflicción de sus

juicios los conduciría a la humillación y el arrepentimiento. Todo lo arriesgó en la misión que tenía delante de sí.

Mientras Acab se recobra en parte de su asombro ante las palabras de Elías, el profeta ha desaparecido. [El rey] hace investigaciones diligentes en cuanto a él, pero nadie lo ha visto ni puede dar ninguna información sobre él. Acab le informa a Jezabel del mensaje de infortunio que Elías ha declarado en su presencia, y ella expresa a los sacerdotes de Baal el odio que tiene contra el profeta. Ellos se le unen en denunciar y maldecir al profeta de Jehová. Las noticias de las denuncias del profeta se extienden por todo el país, despertando los temores de algunos y la ira de muchos.

Después de unos pocos meses la tierra, al no ser refrigerada por el rocío ni la lluvia, se reseca y la vegetación se marchita. Las corrientes de agua que por lo sabido nunca habían dejado de correr, reducen su cauce, y los arroyos se secan. Los profetas de Jezabel ofrecen sacrificios a sus dioses y los invocan día y noche para refrescar la tierra

con el rocío y la lluvia. Pero los encantamientos y los engaños practicados anteriormente por ellos con el objeto de engañar al pueblo no consiguen ahora su propósito. Los sacerdotes han hecho todo lo posible por apaciguar la ira de sus dioses; con una perseverancia y celo digno de mejor causa se han dilatado alrededor de sus altares paganos, mientras que las llamas de los sacrificios arden en todos los lugares altos, y los gritos y ruegos terribles de los sacerdotes de Baal se oyen noche tras noche por toda la Samaria condenada. Pero las nubes no aparecen en el cielo para interceptar los ardientes rayos del sol. La palabra de Elías permanece firme, y nada que puedan hacer los sacerdotes de Baal la cambiará.

Pasa todo un año y comienza otro, y sin embargo no llueve. La tierra parece quemada como por fuego. Campos antes florecientes están como el ardiente desierto. El aire se vuelve seco y sofocante, y las tormentas de polvo ciegan los ojos y casi cortan la respiración. Los bosquecillos de Baal están sin hojas y los árboles del bosque no dan sombra, sino que parecen como esqueletos. El

hambre y la sed hacen sus estragos con terrible mortandad entre hombres y bestias. Todas estas evidencias de la justicia y los juicios de Dios no despiertan a Israel al arrepentimiento. Jezabel está llena de una locura insana. No se doblegará ni cederá ante el Dios del cielo. Los profetas de Baal, Acab, Jezabel y casi todo Israel culpan de su calamidad a Elías. Acab ha enviado [mensajeros] a cada reino y nación en busca del extraño profeta y ha exigido un juramento a los reinos y naciones [que rodean a] Israel indicando que no saben nada en cuanto a él. Elías había cerrado el cielo con su palabra y había llevado la llave consigo, y no se lo podía encontrar.

Al no poder hacer sentir a Elías su poder asesino, Jezabel resuelve que se vengará destruyendo a los profetas de Dios en Israel. Ninguno que profese ser un profeta de Dios vivirá. Esta mujer resuelta y enfurecida ejecuta su obra de locura asesinando a los profetas del Señor. Los sacerdotes de Baal y casi todo Israel están tan engañados que piensan que si los profetas de Dios fueran asesinados, se verían libres de la calamidad

bajo la cual estaban sufriendo.

Pero transcurre el segundo año, y los cielos sin misericordia no dan lluvia en absoluto. La sequía y el hambre están haciendo su triste obra, y sin embargo los israelitas apóstatas no humillan ante Dios sus corazones orgullosos y pecadores, sino que murmuran y se quejan contra el profeta de Dios que trajo este terrible estado de cosas sobre ellos. Padres y madres ven perecer a sus hijos, incapaces de socorrerlos. Y sin embargo la gente está en una oscuridad tan terrible que no pueden ver que la justicia de Dios se ha despertado contra ellos a causa de sus pecados y que esta terrible calamidad ha sido enviada por misericordia hacia ellos a fin de evitar que nieguen y olviden completamente al Dios de sus padres.

A Israel le costó sufrimiento y gran aflicción ser guiados a ese arrepentimiento que era necesario a fin de recuperar su fe perdida y un sentido claro de su responsabilidad ante Dios. Su apostasía era más terrible que la sequía o el hambre. Elías esperó y oró con fe a través de los largos años de sequía y

hambre para que los corazones de Israel, a través de su aflicción, pudieran volverse de su idolatría a la lealtad a Dios. Pero pese a todos sus sufrimientos, se mantuvieron firmes en su idolatría y consideraban al profeta de Dios como la causa de su calamidad. Y si ellos hubieran podido tener a Elías en sus manos lo habrían entregado a Jezabel, para que ella pudiera satisfacer sus ansias de venganza quitándole la vida. Debido a que Elías se atrevió a declarar la palabra de infortunio que Dios le había ordenado, se convirtió en el objeto de su odio. No podían ver la mano de Dios en los juicios bajo los cuales estaban sufriendo a causa de sus pecados, sino que le echaban la culpa a Elías por ellos. No aborrecían los pecados que los habían puesto bajo la vara de castigo, sino que odiaban al profeta fiel, el instrumento de Dios para denunciar sus pecados y la calamidad.

"Pasados muchos días, vino palabra de Jehová a Elías en el tercer año, diciendo: Ve, muéstrate a Acab, y yo haré llover sobre la faz de la tierra". (1 Reyes 18:1) Elías no vacila en emprender su peligroso viaje. Por tres años había sido odiado y

buscado de ciudad en ciudad por mandato del rey, y toda la nación había jurado que no se lo había podido encontrar. Y ahora, por la palabra de Dios, él mismo se va a presentar ante Acab.

Durante la apostasía de todo Israel, y si bien su señor es un adorador de Baal, el gobernador de la casa de Acab ha demostrado ser fiel a Dios. Arriesgando su propia vida ha preservado a los profetas de Dios ocultándolos de cincuenta en cincuenta en cuevas y alimentándolos. Mientras el siervo de Acab está buscando por todo el reino manantiales y corrientes de agua, Elías se presenta ante él. Abdías reverenciaba al profeta de Dios, pero cuando Elías lo envía con un mensaje al rey, se siente grandemente aterrorizado. Ve que él mismo y también Elías corren peligro de muerte. Ruega fervientemente que su vida no sea sacrificada; pero Elías le asegura con un juramento que ese día verá a Acab. El profeta no irá donde Acab sino como uno de los mensajeros de Dios, para infundir respeto, y envía un mensaje mediante Abdías: “Aquí está Elías”. (1 Reyes 18:8) Si Acab quiere ver a Elías, ahora tiene la oportunidad de ir a

él. Elías no irá ante Acab.

Con asombro mezclado con terror el rey oye el mensaje de que Elías, a quien teme y odia, está viniendo para encontrarse con él. Por largo tiempo ha buscado al profeta para poder destruirlo, y sabe que Elías no expondría su vida para venir a él a menos que estuviera protegido o que trajese una terrible denuncia. Recuerda el brazo seco de Jeroboam y concluye que no es seguro levantar su mano contra el mensajero de Dios. Y con temor y temblor, y con una comitiva numerosa y un imponente despliegue de ejércitos, se apresura para encontrarse con Elías. Y al encontrarse cara a cara con el hombre a quien ha buscado por tanto tiempo, no se atreve a herirlo. El rey, tan apasionado y tan lleno de odio contra Elías, parece carecer de virilidad y poder en su presencia. Al encontrarse con el profeta no puede refrenarse de hablar el lenguaje de su corazón: “¿Eres tú el que turbas a Israel?” (1 Reyes 18:17) Elías, indignado y con celo por el honor y la gloria de Dios, responde con audacia a la acusación de Acab: “Yo no he turbado a Israel, sino tú y la casa de tu padre,

dejando los mandamientos de Jehová, y siguiendo a los baales”. (Vers. 18)

El profeta, como mensajero de Dios, ha reprendido los pecados del pueblo, denunciándoles los juicios de Dios a causa de su maldad. Y ahora, solo y consciente de su inocencia, firme en su integridad y rodeado por una comitiva de hombres armados, Elías no muestra timidez ni manifiesta la menor reverencia hacia el rey. El hombre con quien Dios ha hablado y que tiene un sentido claro de cómo Dios considera al hombre en su depravación pecaminosa, no tiene por qué disculparse ante Acab ni rendirle homenaje. Como mensajero de Dios, Elías ahora ordena y Acab obedece inmediatamente como si Elías fuera el monarca y él el súbdito.

**El sacrificio en el Monte Carmelo**

Elías exige que todo Israel y también todos los profetas de Baal se congreguen en el monte Carmelo. La tremenda solemnidad en el porte del profeta le da el aspecto de alguien que comparece

ante la presencia del Señor Dios de Israel. La condición de Israel en su apostasía demanda un proceder firme, un lenguaje severo y una autoridad dominante. Dios prepara el mensaje adecuado al tiempo y la ocasión. A veces pone su Espíritu en sus mensajeros para que den la voz de alarma día y noche, como hizo su mensajero Juan el Bautista: “Enderezad el camino del Señor”. (Juan 1:23) Luego, nuevamente se necesitan hombres de acción que no se desviarán del deber, sino cuya energía se despertará y demandará: “¿Quién está del lado del Señor?”, que venga con nosotros. Dios tendrá un mensaje adecuado para enfrentar a su pueblo en sus diversas condiciones.

Se mandan veloces mensajeros a todo el reino con el mensaje de Elías. Se envían representantes desde las ciudades, pueblos, villas y familias. Todos parecen estar de prisa en respuesta a la invitación, como si fuera a ocurrir algún milagro maravilloso. De acuerdo con la orden de Elías, Acab reúne a los profetas de Baal en el Carmelo. El corazón del líder apóstata de Israel está impresionado, y sigue temblorosamente las

indicaciones del severo profeta de Dios.

El pueblo se reúne en el monte Carmelo, un lugar hermoso cuando el rocío y la lluvia caían sobre él haciendo que floreciera, pero ahora su belleza está languideciendo bajo la maldición de Dios. Sobre este monte, donde se destacaban los bosquecillos y las flores, los profetas de Baal habían erigido altares para su adoración pagana. Esta montaña era sobresaliente; con vista a los países circunvecinos, era visible desde una gran parte del reino. Como Dios había sido deshonrado en forma notable por la adoración idólatra que allí se llevaba a cabo, Elías escogió este lugar como el más conspicuo para exhibir el poder de Dios y vindicar su honor.

Los profetas de Jezabel, que ascendían a ochocientos cincuenta, como un regimiento de soldados preparados para la batalla, desfilan como un solo cuerpo con música instrumental y un despliegue impresionante. Pero había aprensión en sus corazones al recordar que a la palabra de este profeta de Jehová la tierra de Israel se había visto

privada de rocío y lluvia durante tres años. Sienten que se acerca una crisis segura. Habían confiado en sus dioses, pero no pudieron desdecir las palabras de Elías y demostrar que era un profeta falso. Sus dioses eran indiferentes a sus gritos frenéticos, oraciones y sacrificios.

Temprano por la mañana, Elías está en el monte Carmelo, rodeado por el Israel apóstata y los profetas de Baal. Un hombre solo en esa vasta multitud, permanece impertérrito. Aquel a quien todo el reino culpaba de su desgracia se encuentra delante de ellos, sin amedrentarse ni ser acompañado por ejércitos visibles o un despliegue imponente. Allí está de pie, vestido en su manto burdo, con una expresión de pavorosa solemnidad en su rostro, plenamente consciente de su sagrada comisión como siervo de Dios para ejecutar sus órdenes. Elías fija sus ojos sobre el pico más elevado de las montañas donde había estado el altar de Jehová cuando la montaña estaba cubierta de flores y de árboles vigorosos. El azote de Dios está ahora sobre el monte; toda la desolación de Israel se encuentra a plena vista del altar de Jehová,

descuidado y derribado, y también son visibles los altares de Baal. Acab permanece a la cabeza de los sacerdotes de Baal y todos esperan las palabras de Elías en una expectación ansiosa y llena de temor.

A plena luz del sol, rodeado por miles -- hombres de guerra, profetas de Baal y el monarca de Israel --, está este hombre indefenso, Elías, aparentemente solo, aunque en realidad no lo está. La hueste más poderosa del cielo lo rodea. Ángeles excelsos en fortaleza han venido del cielo para proteger al profeta fiel y justo. Con voz severa y dominante Elías exclama: “¿Hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos pensamientos? Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él. Y el pueblo no respondió palabra”. (1 Reyes 18:21) Nadie en esa vasta asamblea se atrevió a expresar una palabra en favor de Dios y revelar su lealtad a Jehová.

¡Qué engaño asombroso y qué terrible ceguedad habían cubierto a Israel como un oscuro manto! Esta ceguera y apostasía no los habían rodeado repentinamente; habían descendido

gradualmente sobre ellos al no prestar atención al mensaje de reprensión y advertencia que el Señor les había enviado a causa de su orgullo y sus pecados. Y ahora, en esta terrible crisis, en la presencia de los sacerdotes idólatras y el rey apóstata, permanecían neutrales. Si Dios aborrece un pecado más que otro, del cual su pueblo es culpable, es el de no hacer nada en caso de una emergencia. La indiferencia y la neutralidad en una crisis religiosa son consideradas por Dios como un grave delito, igual al peor tipo de hostilidad contra Dios.

Todo Israel permanece callado. Nuevamente se oye la voz de Elías que se dirige a ellos: “Sólo yo he quedado profeta de Jehová; mas de los profetas de Baal hay cuatrocientos cincuenta hombres. Dénsenos, pues, dos bueyes, y escojan ellos uno, y córtenlo en pedazos, y pónganlo sobre leña, pero no pongan fuego debajo; y yo prepararé el otro buey, y lo pondré sobre leña, y ningún fuego pondré debajo. Invocad luego vosotros el nombre de vuestros dioses, y yo invocaré el nombre de Jehová; y el Dios que respondiere por medio de

fuego, ése sea Dios. Y todo el pueblo respondió, diciendo: Bien dicho. Entonces Elías dijo a los profetas de Baal: Escogeos un buey, y preparadlo vosotros primero, pues que sois los más; e invocad el nombre de vuestros dioses, mas no pongáis fuego debajo. Y ellos tomaron el buey que les fue dado y lo prepararon, e invocaron el nombre de Baal desde la mañana hasta el mediodía, diciendo: ¡Baal, respóndenos! Pero no había voz, ni quien respondiese; entre tanto, ellos andaban saltando cerca del altar que habían hecho". (1 Reyes 18:22-26)

La propuesta de Elías es razonable. El pueblo no se atreve a eludirla y encuentra valor para responder: Bien dicho. Los profetas de Baal no se animan a disentir o a eludir el asunto. Dios ha dirigido esta prueba y preparado confusión para los autores de la idolatría y un triunfo extraordinario para su nombre. Los sacerdotes de Baal no se atreven a hacer otra cosa que aceptar las condiciones. Con terror y con corazones culpables, aunque aparentemente audaces y desafiantes, construyeron su altar, colocaron sobre él la leña y

la víctima, y luego iniciaron sus encantamientos, sus repeticiones monótonas y gritos, característicos de la adoración pagana. Sus gritos estridentes repercutían por los bosques y montañas: “¡Baal, respóndenos!” (Vers. 26) Los sacerdotes reunidos como un ejército en torno a sus altares, saltando, y retorciéndose, y gritando, y pataleando, y haciendo gestos antinaturales, y tirándose el cabello, y cortándose la carne, manifiestan aparente sinceridad.

Pasa la mañana y llega el mediodía, y todavía no hay señal de que sus dioses se compadezcan de los sacerdotes de Baal, los engañados adoradores de ídolos. Ninguna voz responde a sus frenéticos clamores. Los sacerdotes procuran continuamente idear una manera, por engaño, por la que puedan encender un fuego sobre los altares y dar la gloria a Baal. Pero el firme ojo de Elías vigila cada movimiento. Ochocientas voces quedan enronquecidas. Sus vestimentas están cubiertas de sangre, y sin embargo su frenética excitación no disminuye. Sus súplicas se mezclan con maldiciones a su dios sol que no envía fuego a sus

altares. Elías permanece alerta, observando con ojo de lince para que no se practique ningún engaño; porque él sabe que si por algún ardid pudieran encender fuego sobre su altar, lo habrían despedazado ahí mismo. Desea mostrarle al pueblo la necedad de sus dudas y vacilaciones entre dos opiniones cuando tienen las obras maravillosas del poder majestuoso de Dios en su favor e innumerables evidencias de sus misericordias infinitas y de su amante bondad hacia ellos.

"Y aconteció al mediodía, que Elías se burlaba de ellos, diciendo: Gritad en alta voz, porque dios es; quizá está meditando, o tiene algún trabajo, o va de camino; tal vez duerme, y hay que despertarle. Y ellos clamaban a grandes voces, y se sajaban con cuchillos y con lancetas conforme a su costumbre, hasta chorrear la sangre sobre ellos. Pasó el mediodía, y ellos siguieron gritando frenéticamente hasta la hora de ofrecerse el sacrificio, pero no hubo ninguna voz, ni quien respondiese ni escuchase". (1 Reyes 18:27-29)

Cuán gustosamente Satanás, que cayó como un

rayo del cielo, habría acudido en auxilio de aquellos a quienes había engañado, cuyas mentes ha controlado y que están enteramente dedicados a su servicio. Gustosamente habría mandado un relámpago para encender sus sacrificios; pero Jehová ha puesto límites a Satanás. Ha restringido su poder, y todos sus ardides no pueden hacer llegar una chispa a los altares de Baal. La tarde sigue avanzando. Los profetas de Baal están cansados, desfallecientes y confusos. Uno sugiere una cosa y otro otra, hasta que cesan sus esfuerzos. Sus gritos y maldiciones ya no repercuten en el monte Carmelo. Débiles y desesperados se retiran de la contienda.

El pueblo ha presenciado las terribles demostraciones de los sacerdotes irrazonables y frenéticos. Han contemplado cómo saltaban sobre el altar, como si quisieran asir los rayos ardientes del sol a fin de cumplir su propósito. Se han cansado de las manifestaciones demoníacas, de idolatría pagana, y están ansiosos de oír lo que Elías va a decir.

Ha llegado ahora el turno de Elías. “Entonces dijo Elías a todo el pueblo: Acercaos a mí. Y todo el pueblo se le acercó; y él arregló el altar de Jehová que estaba arruinado. Y tomando Elías doce piedras, conforme al número de las tribus de los hijos de Jacob, al cual había sido dada palabra de Jehová diciendo, Israel será tu nombre, edificó con las piedras un altar en el nombre de Jehová; después hizo una zanja alrededor del altar, en que cupieran dos medidas de grano. Preparó luego la leña, y cortó el buey en pedazos, y lo puso sobre la leña. Y dijo: Llenad cuatro cántaros de agua, y derramadla sobre el holocausto y sobre la leña. Y dijo: Hacedlo otra vez; y otra vez lo hicieron. Dijo aún: Hacedlo la tercera vez; y lo hicieron la tercera vez, de manera que el agua corría alrededor del altar, y también se había llenado de agua la zanja. Cuando llegó la hora de ofrecerse el holocausto, se acercó el profeta Elías y dijo: Jehová Dios de Abraham, de Isaac y de Israel, sea hoy manifiesto que tú eres Dios en Israel, y que yo soy tu siervo, y que por mandato tuyo he hecho todas estas cosas. Respóndeme, Jehová, respóndeme, para que conozca este pueblo que tú, oh Jehová, eres el

Dios, y que tú vuelves a ti el corazón de ellos. Entonces cayó fuego de Jehová, y consumió el holocausto, la leña, las piedras y el polvo, y aun lamió el agua que estaba en la zanja. Viéndolo todo el pueblo, se postraron y dijeron: ¡Jehová es el Dios, Jehová es el Dios!" (1 Reyes 18:30-39)

A la hora del sacrificio vespertino, Elías repara el altar de Dios que la apostasía de Israel había permitido que los sacerdotes de Baal derribaran. No pide a nadie del pueblo que le ayude en su laboriosa tarea. Los altares de Baal están todos preparados; pero él se dirige al altar derribado de Dios, que para él es más sagrado y precioso en sus feas ruinas que todos los magníficos altares de Baal.

Elías revela su respeto por el pacto que el Señor había hecho con su pueblo, aunque ellos habían apostatado. Con calma y solemnidad repara con doce piedras el altar derribado, de acuerdo con el número de las doce tribus de Israel. Los chasqueados sacerdotes de Baal, agotados por sus esfuerzos vanos y frenéticos, están sentados o

yacen postrados en tierra, esperando para ver qué hará Elías. Están llenos de temor y odio hacia el profeta por proponer una prueba que ha expuesto su debilidad y la ineficacia de sus dioses.

El pueblo de Israel permanece hechizado, pálido, ansioso y casi sin aliento y llenos de temor, mientras Elías invoca a Jehová, el Creador de los cielos y la tierra. El pueblo ha presenciado el frenesí fanático e irrazonable de los profetas de Baal. En contraste tienen ahora el privilegio de presenciar el porte calmo y que inspira temor de Elías. Les recuerda su depravación, que ha despertado la ira de Dios contra ellos, y entonces los llama a humillar sus corazones y a retornar al Dios de sus padres, a fin de que pueda retirarse la maldición que descansaba sobre ellos. Acab y sus sacerdotes idólatras contemplan la escena con asombro mezclado de terror. Esperan el resultado en un silencio ansioso, solemne.

Después que la víctima es colocada sobre el altar, Elías ordena al pueblo que riegue con agua el sacrificio y el altar, y que llene de agua la zanja en

torno al altar. Luego se postra reverentemente ante el Dios invisible, levanta las manos al cielo y ofrece una oración serena y sencilla, desprovista de gestos violentos o de contorsiones del cuerpo. No resuenan gritos sobre las alturas del Carmelo. Un silencio solemne, que es opresivo para los sacerdotes de Baal, descansa sobre todos. En su oración, Elías no usa expresiones extravagantes. Ora a Jehová como si estuviera cerca, presenciando toda la escena, y oyendo su oración sincera y ferviente, aunque sencilla. Los sacerdotes de Baal habían gritado, y echado espuma por la boca, y saltado, y orado muy largamente, desde la mañana hasta cerca del anochecer. La oración de Elías es muy corta, ferviente, reverente y sincera. Apenas acabó su oración, descendieron del cielo llamas de fuego en una manera notable, como un brillante relámpago, encendiendo la madera para el sacrificio y consumiendo la víctima, lamiendo el agua de la zanja y devorando hasta las piedras del altar. El resplandor de la llamarada ilumina la montaña y hiere los ojos de la multitud. El pueblo del reino de Israel que no está reunido en el monte observa con interés a los allí congregados. Ven

cuando el fuego desciende y están asombrados ante el espectáculo. Se asemeja a la columna de fuego en el Mar Rojo, que por la noche separó a los hijos de Israel de la hueste egipcia.

La gente que está sobre el monte se postra llena de terror y asombro ante el Dios invisible. No pueden mirar el brillante fuego consumidor enviado desde el cielo. Temen que serán consumidos en su apostasía y sus pecados, y gritan a una voz, lo cual resuena en la montaña y repercute en la llanura con terrible claridad: “¡Jehová es el Dios! ¡Jehová es el Dios!” Por fin Israel despierta, desengañado. Ven su pecado y cuán grandemente han deshonrado a Dios. Se despierta su ira contra los profetas de Baal. Con terror, Acab y los sacerdotes de Baal presencian la exhibición maravillosa del poder de Jehová. Nuevamente se oye la voz de Elías en una orden sorprendente dirigida al pueblo: “Prended a los profetas de Baal, para que no escape ninguno”. (1 Reyes 18:40) El pueblo está listo para obedecer su palabra. Se apoderan de los profetas falsos que los han engañado y los llevan al arroyo de Cisón; allí,

con su propia mano, Elías da muerte a estos sacerdotes idólatras.

Los juicios de Dios han sido ejecutados sobre los sacerdotes falsos y el pueblo ha confesado sus pecados y reconocido al Dios de sus padres; y ahora iba a retirarse la agostadora maldición de Dios y él renovaría sus bendiciones sobre su pueblo y refrescaría otra vez la tierra con rocío y lluvia.

Elías se dirige a Acab: “Sube, come y bebe; porque una lluvia grande se oye”. (1 Reyes 18:41) Mientras Acab se levantó para comer, Elías subió del terrible sacrificio para ir a la cumbre del monte Carmelo a fin de orar. Su obra de matar a los sacerdotes paganos no lo había incapacitado para el solemne ejercicio de la oración. Había cumplido la voluntad de Dios. Después que él, como instrumento de Dios, hubo hecho todo lo que podía para eliminar la causa de la apostasía de Israel dando muerte a los sacerdotes idólatras, no pudo hacer más. Intercede luego en favor del Israel pecador y apóstata. En la posición más dolorosa,

con su rostro postrado entre las rodillas, suplica muy fervientemente a Dios que envíe lluvia. Seis veces seguidas envía a su siervo para ver si hay alguna señal visible de que Dios ha oído su oración. No se impacienta ni pierde la fe porque el Señor no le da inmediatamente una evidencia de que su oración es oída. Continúa en ferviente oración, enviando a su siervo siete veces para ver si Dios ha otorgado alguna señal. Su siervo regresa la sexta vez desde su lugar que dominaba el mar con el informe desalentador de que no hay ninguna señal de nubes que se estén formando en los cielos con aspecto de bronce. La séptima vez le informa a Elías que se ve una pequeña nube del tamaño aproximado de la mano de un hombre. Esto es suficiente para satisfacer la fe de Elías. No espera que los cielos se ennegrezcan para que el asunto esté asegurado. En esa pequeña nube que se levanta su fe oye el sonido de una lluvia abundante. Sus obras están en armonía con su fe. Envía un mensaje a Acab mediante su siervo: “Unce tu carro y desciende, para que la lluvia no te ataje”. (1 Reyes 18:44)

## La humildad de Elías

Aquí Elías arriesgó algo basándose en su fe. No esperó que hubiera evidencias visibles. “Y aconteció, estando en esto, que los cielos se oscurecieron con nubes y viento, y hubo una gran lluvia. Y subiendo Acab, vino a Jezreel. Y la mano de Jehová estuvo sobre Elías, el cual ciñó sus lomos, y corrió delante de Acab hasta llegar a Jezreel”. (1 Reyes 18:45, 46)

Durante el día Elías había pasado por momentos de gran agitación y trabajo; pero el Espíritu del Señor vino sobre él porque había sido obediente y había hecho la voluntad divina al ejecutar a los sacerdotes idólatras. Algunos estarán listos para decir: ¡Qué hombre duro y cruel debe haber sido Elías! Y cualquiera que defiende el honor de Dios a cualquier riesgo atraerá sobre sí censura y condenación por parte de un grupo grande.

La lluvia comenzó a descender. Era de noche y la lluvia enceguecedora le impedía a Acab ver su

camino. Elías, fortalecido por el Espíritu y el poder de Dios, se ciñó su burda vestimenta y corrió delante del carruaje de Acab, guiándole en su camino hasta la entrada de la ciudad. El profeta de Dios había humillado a Acab delante de su pueblo. Había dado muerte a sus sacerdotes idólatras, y ahora quería mostrarle a Israel que reconocía a Acab como su rey. Como un acto de homenaje especial guió su carro, corriendo delante de él hasta la entrada de la puerta de la ciudad.

Aquí hay una lección para los jóvenes que profesan ser siervos de Dios, llevando su mensaje, y que se consideran muy encumbrados. No pueden señalar nada notable en su experiencia, como podía hacerlo Elías, sin embargo se consideran demasiado grandes como para cumplir deberes que estiman humildes. No descenderán de su dignidad ministerial para prestar un servicio necesario, temiendo que estarán realizando el trabajo de un siervo. Todos ellos debieran aprender del ejemplo de Elías. Su palabra privó a la tierra de los tesoros del cielo, el rocío y la lluvia, durante tres años. Sólo su palabra fue la llave para abrir el cielo y

traer la lluvia. Fue honrado por Dios cuando ofreció su sencilla oración en la presencia del rey y los miles de Israel, en respuesta a la cual fulguró fuego del cielo que encendió el fuego sobre el altar del sacrificio. Su mano ejecutó el juicio de Dios al matar a ochocientos cincuenta sacerdotes de Baal; sin embargo, después del trabajo agotador y del triunfo más notable del día, el que pudo traer las nubes y la lluvia y el fuego del cielo estuvo dispuesto a cumplir el servicio de un criado y correr delante del carro de Acab en medio de la oscuridad y el viento y la lluvia para servir al soberano a quien no había temido reprender de frente a causa de sus pecados y delitos. El rey traspuso las puertas de la ciudad. Elías se envolvió en su manto y se acostó sobre la tierra desnuda.

**Elías se desanima**

Después que Elías hubo mostrado ese valor indómito en una contienda entre la vida y la muerte, después que hubo triunfado sobre el rey, los sacerdotes y el pueblo, supondríamos en forma natural que nunca podría ceder ante el desaliento ni

caer en la timidez por el temor.

Después de su primera aparición ante Acab, denunciándole los juicios de Dios a causa de su apostasía y de la de Israel, Dios dirigió su camino desde los dominios de Jezabel a un lugar de seguridad en las montañas, junto al arroyo de Querit. Allí honró a Elías enviándole comida de mañana y de tarde mediante un ángel del cielo. Luego, cuando el arroyo se secó, lo envió a la viuda de Sarepta, y obró un milagro cotidiano al mantener con alimento a la familia de la viuda y a Elías. Después de haber sido bendecido con evidencias tan grandes del amor y el cuidado de Dios, supondríamos que Elías nunca desconfiaría de él. Pero el apóstol nos dice que era un hombre con pasiones semejantes a las nuestras y sujeto, como nosotros, a tentaciones.

Acab relató a su esposa los sucesos maravillosos del día y la extraordinaria manifestación del poder de Dios mostrando que Jehová, el Creador de los cielos y la tierra, era Dios; también contó que Elías había dado muerte a

los profetas de Baal. Al oír esto, Jezabel, que estaba endurecida en el pecado, se enfureció. Audaz y desafiante, y resuelta en su idolatría, le declaró a Acab que Elías no debía vivir.

Esa noche un mensajero despertó al cansado profeta y le transmitió las palabras de Jezabel, dadas en el nombre de sus dioses paganos, que ella, en la presencia de Israel, le haría a Elías lo que él les había hecho a los sacerdotes de Baal. Elías debería haber enfrentado esta amenaza y juramento de Jezabel implorando protección al Dios del cielo, quien lo había comisionado para hacer la obra que había hecho. Debería haberle dicho al mensajero que el Dios en quien confiaba lo protegería contra el odio y las amenazas de Jezabel. Pero la fe y el valor de Elías parecen abandonarlo. Se levanta aturdido de su sueño. Cae la lluvia del cielo y por todos lados hay tinieblas. Pierde de vista a Dios y huye por su vida como si la vengadora que buscaba su sangre estuviera cerca de él. Deja a su siervo tras sí en el camino, y a la mañana está lejos de donde vive la gente, solo en un desierto lúgubre.

“Viendo, pues, el peligro, se levantó y se fue para salvar su vida, y vino a Beerseba, que está en Judá, y dejó allí a su criado. Y él se fue por el desierto un día de camino, y vino y se sentó debajo de un enebro; y deseando morirse, dijo: Basta ya, oh Jehová, quítame la vida, pues no soy yo mejor que mis padres. Y echándose debajo del enebro, se quedó dormido; y he aquí luego un ángel le tocó, y le dijo: Levántate, come. Entonces él miró, y he aquí a su cabecera una torta cocida sobre las ascuas, y una vasija de agua; y comió y bebió, y volvió a dormirse. Y volviendo el ángel de Jehová la segunda vez, lo tocó, diciendo: Levántate y come, porque largo camino te resta. Se levantó, pues, y comió y bebió; y fortalecido con aquella comida caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta Horeb, el monte de Dios. Y allí se metió en una cueva, donde pasó la noche. Y vino a él palabra de Jehová, el cual le dijo: ¿Qué haces aquí, Elías?” (1 Reyes 19:3-9)

Elías debería haber confiado en Dios, quien le había advertido cuándo huir y dónde encontrar asilo del odio de Jezabel, seguro contra la búsqueda

diligente de Acab. Esta vez el Señor no le había indicado que huyera. Él no había esperado que el Señor le hablara. Actuó precipitadamente. Si hubiera esperado con fe y paciencia, el Señor habría escudado a su siervo y le habría dado otra notable victoria en Israel al enviar sus juicios contra Jezabel.

Cansado y postrado, Elías se sienta para descansar. Está desanimado y con disposición para murmurar. Dice: “Basta ya, oh Jehová, quítame la vida, pues no soy yo mejor que mis padres”. Siente que la vida ya no es deseable. Después del notable despliegue del poder de Dios en la presencia de Israel, esperaba que ellos serían leales y fieles a Dios. Esperaba que Jezabel ya no tendría influencia sobre el espíritu de Acab y que se produciría un cambio general en el reino de Israel. Y cuando se le entregó el mensaje amenazador de Jezabel, olvidó que Dios era el mismo Dios todopoderoso y compasivo que cuando le oró pidiendo fuego del cielo, vino, y cuando pidió lluvia, vino. Dios había concedido cada pedido; sin embargo Elías es un fugitivo lejos de las moradas de los hombres,

deseoso de no volver a ver rostro humano alguno.

¿Cómo consideraba Dios a su siervo sufriente? ¿Se olvidó de él a causa del desaliento y la desesperación que lo dominaban? Oh, no. Elías estaba postrado por el desánimo. Todo el día se había afanado sin comer. Cuando guió el carro de Acab, corriendo delante de él hasta la puerta de la ciudad, su valor era grande. Tenía elevadas esperanzas de que Israel como nación retornara a su lealtad a Dios y gozara nuevamente del favor divino. Pero una reacción como la que con frecuencia sigue a una exaltación de la fe y a un éxito notable y glorioso, oprimía a Elías. Había sido exaltado a la cumbre del Pisga, para ser humillado al valle más humilde en su fe y sentimientos. Pero la mirada de Dios estaba aún sobre su siervo. El Señor no lo amó menos cuando se sintió con el corazón quebrantado y abandonado de Dios y de los hombres, que cuando, en respuesta a su oración, el fuego fulguró desde el cielo iluminando el monte Carmelo. Los que no han llevado responsabilidades pesadas, o que no han estado habituados a sentir profundo [celo por la

causa de Dios], no pueden entender los sentimientos de Elías y no están en condiciones de prodigarle la compasiva ternura que él merece. Dios conoce y puede leer la dolorosa angustia del corazón bajo la tentación y el arduo conflicto.

Mientras Elías duerme bajo un enebro, un toque suave y una voz agradable lo despiertan. Se sobresalta inmediatamente aterrorizado, disponiéndose a huir, como si el enemigo que estaba en busca de su vida ciertamente lo hubiera encontrado. Pero en el rostro compasivo y lleno de amor que se inclina sobre él no ve la faz de un enemigo, sino la de un amigo. Un ángel ha sido enviado desde el cielo con alimento para sustentar al fiel siervo de Dios. Su voz le dice a Elías: “Levántate, come”. (1 Reyes 19:5) Después que Elías hubo participado del refrigerio preparado para él, volvió a dormirse. Por segunda vez el ángel de Dios atiende las necesidades de Elías. Toca al hombre cansado, agotado, y con compasiva ternura le dice: “Levántate y come, porque largo camino te resta”. (1 Reyes 19:7) Elías fue fortalecido y prosiguió su camino a Horeb. Estaba en un

desierto. Por la noche se alojó en una cueva para resguardarse de las bestias salvajes.

Allí Dios, mediante uno de sus ángeles, se encontró con Elías y le preguntó: “¿Qué haces aquí, Elías?” (1 Reyes 19:9) Te envié al arroyo de Querit, te envié a la viuda de Sarepta, te envié a Samaria con un mensaje para Acab, ¿pero quién te envió a hacer este largo viaje hasta el desierto? ¿Y qué diligencia tienes que hacer aquí? Elías le expresa al Señor la amargura de su alma: “Él respondió: He sentido un vivo celo por Jehová Dios de los ejércitos; porque los hijos de Israel han dejado tu pacto, han derribado tus altares, y han matado a espada a tus profetas; y sólo yo he quedado, y me buscan para quitarme la vida. Él le dijo: Sal fuera, y ponte en el monte delante de Jehová. Y he aquí Jehová que pasaba, y un grande y poderoso viento que rompía los montes, y quebraba las peñas delante de Jehová; pero Jehová no estaba en el viento. Y tras el viento un terremoto; pero Jehová no estaba en el terremoto. Y tras el terremoto un fuego; pero Jehová no estaba en el fuego. Y tras el fuego un silbo apacible y

delicado. Y cuando lo oyó Elías, cubrió su rostro con su manto, y salió, y se puso a la puerta de la cueva. Y he aquí vino a él una voz, diciendo: ¿Qué haces aquí, Elías? Él respondió: He sentido un vivo celo por Jehová Dios de los ejércitos; porque los hijos de Israel han dejado tu pacto, han derribado tus altares, y han matado a espada a tus profetas; y sólo yo he quedado, y me buscan para quitarme la vida". (1 Reyes 19:10-14)

Luego el Señor se manifiesta a Elías, mostrándole que la serena confianza en Dios y la firme dependencia de él siempre hallarán en él un pronto auxilio en tiempo de necesidad.

Se me ha mostrado que mi esposo ha errado al dar paso al desánimo y la desconfianza en Dios. Vez tras vez Dios se le ha revelado mediante evidencias notables de su cuidado, amor y poder. Pero cuando él ha visto que su interés y celo por Dios y su causa no han sido comprendidos o apreciados, a veces ha dado lugar al desaliento y la desesperación. Dios nos ha dado a mi esposo y a mí un trabajo especial e importante que hacer en su

causa: reprender y aconsejar a su pueblo. Cuando vemos que se menosprecian nuestras reprensiones y que se nos paga con odio en vez de comprensión, entonces frecuentemente nos desprendemos de nuestra fe y confianza en el Dios de Israel; y, como Elías, hemos cedido al abatimiento y la desesperación. Éste ha sido el gran error en la vida de mi esposo: desanimarse porque sus hermanos lo han abrumado con pruebas en vez de ayudarle. Y cuando sus hermanos ven, en la tristeza y desaliento de mi esposo, el efecto de su incredulidad y falta de comprensión, algunos están listos para gozarse por haberlo derrotado y aprovecharse de su estado de desaliento, y sienten que, después de todo, Dios no puede estar con el hermano White o de lo contrario él no manifestaría debilidad en esta situación. Les recomiendo a estas personas que consideren la obra de Elías y su abatimiento y desánimo. Elías, aunque un profeta de Dios, fue un hombre de pasiones semejantes a las nuestras. Tenemos que contender contra las debilidades de los sentimientos mortales. Pero si confiamos en Dios, él nunca nos desamparará ni dejará. Bajo todas las circunstancias podemos

confiar firmemente en Dios de que él nunca nos dejará ni abandonará mientras preservemos nuestra integridad.

Mi esposo puede cobrar ánimo en su aflicción sabiendo que tiene un compasivo Padre celestial que lee los motivos y comprende los propósitos del alma. Aquellos que están al frente del conflicto y que son guiados por el Espíritu de Dios para hacer una obra especial para él, frecuentemente sentirán una reacción cuando desaparece la presión, y a veces puede presionarles duramente el desaliento y sacudir la fe más heroica y debilitar la mente más firme. Dios comprende todas nuestras debilidades. Él puede compadecerse y amar cuando los corazones de los hombres pueden ser tan duros como el pedernal. Esperar pacientemente y confiar en Dios cuando todo parece oscuro es la lección que mi esposo debe aprender más plenamente. Dios no le fallará en su integridad.

Capítulo 28

# Moisés y Aarón

Aarón murió y fue enterrado sobre el monte Hor. Moisés, hermano de Aarón, y Eleazar, su hijo, lo acompañaron al monte. Se le impuso a Moisés el doloroso deber de quitarle a su hermano Aarón las túnicas sacerdotales y de colocárselas a Eleazar, porque Dios había dicho que él sucedería a Aarón en el sacerdocio. Moisés y Eleazar presenciaron la muerte de Aarón, y Moisés lo enterró en el monte. Esta escena sobre el monte Hor nos hace recordar algunos de los eventos más notables de la vida de Aarón.

Aarón era un hombre de disposición afable, a quien Dios escogió para estar con Moisés y hablar en su nombre; en síntesis, para ser el portavoz de Moisés. Dios podría haber elegido a Aarón como líder, pero el que conoce los corazones, que comprende el carácter, sabía que Aarón era complaciente y que carecía de valor moral para mantenerse en defensa de lo correcto bajo toda

circunstancia, al margen de las consecuencias. El deseo de Aarón de tener la buena voluntad del pueblo lo condujo a veces a cometer grandes errores. Demasiado frecuentemente cedió a sus ruegos, y al hacerlo deshonró a Dios. La misma falta de firmeza en favor de lo recto en su familia resultó en la muerte de dos de sus hijos. Aarón se destacaba por su piedad y utilidad, pero descuidó la disciplina de su familia. En vez de cumplir el deber de demandar el respeto y la reverencia de sus hijos, les permitió seguir sus inclinaciones. No los disciplinó para que fueran abnegados, sino que cedió a sus deseos. No fueron disciplinados para respetar y reverenciar la autoridad paterna. El padre era el justo soberano de su familia mientras viviera. Su autoridad no debía cesar, aun después que sus hijos crecieran y tuvieran sus propias familias. Dios mismo era el monarca de la nación, y reclamaba obediencia y honor del pueblo.

El orden y la prosperidad del reino dependían del buen orden de la iglesia. Y la prosperidad, armonía y orden de la iglesia dependían del buen orden y la disciplina cabal de las familias. Dios

castiga la infidelidad de los padres, a quienes ha confiado el deber de mantener los principios del gobierno paterno, que yacen en el fundamento de la disciplina de la iglesia y la prosperidad de la nación. Un hijo indisciplinado frecuentemente ha malogrado la paz y la armonía de una iglesia, e incitado a una nación a la murmuración y la rebelión. De modo muy solemne el Señor ha prescrito a los hijos su deber de respetar y honrar afectuosamente a sus padres. Y por otra parte les requiere a los padres que disciplinen a sus hijos y los eduquen con diligencia incesante respecto a las demandas de la Ley divina y los instruyan en el conocimiento y el temor de Dios. Estos preceptos que Dios colocó sobre los judíos con tanta solemnidad, descansan con igual peso sobre los padres cristianos. Los que descuidan la luz y la instrucción que Dios ha dado en su Palabra respecto a que eduquen a sus hijos y que manden a los de su casa después de ellos, tendrán una terrible cuenta que arreglar. El descuido criminal de Aarón en demandar el respeto y la reverencia de sus hijos resultó en la muerte de ellos.

Dios distinguió a Aarón eligiéndolo a él y a su posteridad masculina para el sacerdocio. Sus hijos ministraron en el oficio sagrado. Nadab y Abiú fallaron en reverenciar la orden de Dios de ofrecer fuego sagrado sobre sus incensarios con el incienso ante él. Dios les había prohibido, so pena de muerte, presentar el fuego común ante él con el incienso.

Pero aquí se ve el resultado de una disciplina laxa. Como estos hijos de Aarón no habían sido educados para respetar y reverenciar las órdenes de su padre, como ellos hacían caso omiso de la autoridad paterna, no comprendieron la necesidad de seguir explícitamente los requerimientos de Dios. Al complacer su apetito por el vino y estar bajo su estímulo excitante, su razón estaba nublada y no podían discernir la diferencia entre lo sagrado y lo común. Contrariamente a la instrucción expresa de Dios, lo deshonraron ofreciendo fuego común en vez del sagrado. Dios los visitó con su ira; salió fuego de su presencia y los destruyó.

Aarón sobrellevó su severa aflicción con

paciencia y sumisión humilde. La tristeza y una aguda agonía torturaban su alma. Fue convencido de su descuido del deber. Era sacerdote del Dios Altísimo para hacer expiación por los pecados del pueblo. Era sacerdote de su casa, sin embargo se había inclinado a no tomar en cuenta la insensatez de sus hijos. Había descuidado su deber de instruirlos y educarlos en la obediencia, la abnegación y la reverencia hacia la autoridad paterna. A través de los sentimientos de una compasión errada, falló en moldear sus caracteres con una reverencia elevada por las cosas eternas. Aarón no percibió, como tampoco lo ven ahora muchos padres cristianos, que su amor equivocado y la indulgencia de sus hijos en el error, los estaba preparando para el seguro desagrado de Dios y para que su ira se descargara sobre ellos para su destrucción. En vista de que Aarón descuidó el ejercicio de su autoridad, la justicia de Dios se despertó contra ellos. Aarón tuvo que aprender que su suave reconvención sin un ejercicio firme de restricción paterna, y su ternura imprudente hacia sus hijos, eran una manifestación extrema de crueldad. Dios tomó en sus manos el trabajo de

hacer justicia y destruyó a los hijos de Aarón.

Dios llamó a Moisés para que ascendiera al monte seis días antes de recibirlo en la nube, en la presencia inmediata de Dios. La cumbre de la montaña estaba radiante con la gloria de Dios. Y sin embargo, aunque los hijos de Israel tenían a la vista esta gloria, la incredulidad les era tan natural que comenzaron a murmurar con descontento, porque Moisés estaba ausente. Mientras la gloria de Dios significaba su presencia sagrada sobre la montaña, y su dirigente estaba en estrecha conversación con Dios, ellos tendrían que haberse santificado mediante un íntimo escudriñamiento de corazón, humillación y piadoso temor. Dios había dejado a Aarón y Hur para que tomaran el lugar de Moisés. En su ausencia el pueblo debía consultar y buscar el consejo de estos hombres designados por Dios.

Aquí se ve la deficiencia de Aarón como dirigente o gobernante de Israel. El pueblo lo acosa para que les haga dioses que vayan delante de ellos a Egipto. Aquí Aarón tenía una oportunidad para

mostrar su fe y confianza inamovible en Dios, y para enfrentar con firmeza y decisión la propuesta del pueblo. Pero su deseo natural de agradar y de ceder [ante la presión del] pueblo lo condujeron a sacrificar el honor de Dios. Les pidió que le trajeran sus ornamentos, y les hizo un becerro de oro y proclamó ante el pueblo: “Israel, estos son tus dioses, que te sacaron de la tierra de Egipto”. (Éxodo 32:4) Y él hizo un altar a este dios sin sentido y proclamó que el día siguiente sería un día de fiesta al Señor. Parecía que toda restricción había sido quitada del pueblo. Ofrecieron holocaustos al becerro de oro y se apoderó de ellos un espíritu de frivolidad. Cayeron en un desenfreno vergonzoso y en borrachera; comieron, bebieron y se levantaron a jugar.

Sólo habían pasado unas pocas semanas desde que habían hecho un pacto solemne con Dios de obedecer su voz. Habían escuchado las palabras de la Ley de Dios, pronunciadas con terrible grandeza desde el monte Sinaí, en medio de truenos, relámpagos y terremotos. Habían oído la declaración de los labios del mismo Dios: “Yo soy

Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre. No tendrás dioses ajenos delante de mí. No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas, ni las honrarás; porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y hago misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos". (Éxodo 20:2-6)

Aarón y también sus hijos habían sido exaltados al ser llamados al monte para presenciar allí la gloria de Dios. "Y vieron al Dios de Israel; y había debajo de sus pies como un embaldosado de zafiro, semejante al cielo cuando está sereno". (Éxodo 24:10)

Dios había designado a Nadab y Abiú para una obra muy sagrada, por lo tanto los honró en una manera sumamente maravillosa. Les dio una visión de su gloria excelente para que las escenas que presenciaran en el monte quedasen con ellos y los

capacitaran mejor para ministrar en su servicio y para rendirle ese exaltado honor y reverencia ante el pueblo, lo que les daría una concepción más clara de su carácter y despertaría en ellos la debida obediencia y reverencia a todos sus requerimientos.

Antes que Moisés dejara a su pueblo para ir al monte, les leyó las palabras del pacto que Dios había hecho con ellos, y ellos a una voz contestaron: “Todo lo que Jehová ha dicho, haremos”. (Éxodo 19:8) ¡Cuán grande debe haber sido el pecado de Aarón, cuán grave a la vista de Dios!

Cuando Moisés estaba recibiendo la ley de Dios en el monte, el Señor le informó en cuanto al pecado del rebelde Israel y le pidió que los dejara ir, para que pudiera destruirlos. Pero Moisés intercedió ante Dios en favor del pueblo. Aunque Moisés fue el hombre más manso que haya vivido, sin embargo cuando estuvieron en juego los intereses del pueblo sobre el cual Dios lo había nombrado como dirigente, perdió su timidez natural y con singular persistencia y audacia

maravillosa intercedió ante Dios en favor de Israel. No consentiría en que Dios destruyera a su pueblo, aunque Dios prometió que al destruirlos exaltaría a Moisés y levantaría a un pueblo mejor que Israel.

Moisés prevaleció. Dios le concedió su ferviente petición de no destruir a su pueblo. Moisés tomó las tablas del pacto, la Ley de los Diez Mandamientos, y descendió del monte. La jarana tumultuosa y de borrachos de los hijos de Israel llegó a sus oídos mucho antes de arribar al campamento. Cuando vio su idolatría y que habían quebrantado en la manera más manifiesta las palabras del pacto, se sintió abrumado de tristeza e indignación ante su ruin idolatría. Se sintió dominado por la confusión y vergüenza por lo que habían hecho, y allí arrojó las tablas y las rompió. Como ellos habían quebrantado su pacto con Dios, Moisés, al quebrar las tablas, les indicó que así también Dios había roto su pacto con ellos. Las tablas sobre las cuales fue escrita la Ley de Dios fueron rotas.

Aarón, con su disposición amable, tan blando y

complaciente, trató de conciliar a Moisés, como si el pueblo no hubiera cometido ningún pecado muy grande por el cual tuviera que disgustarse tan profundamente. Moisés preguntó airado: “¿Qué te ha hecho este pueblo, que has traído sobre él tan gran pecado? Y respondió Aarón: No se enoje mi señor; tú conoces al pueblo, que es inclinado a mal. Porque me dijeron: Haznos dioses que vayan delante de nosotros; porque a este Moisés, el varón que nos sacó de la tierra de Egipto, no sabemos qué le haya acontecido. Y yo les respondí: ¿Quién tiene oro? Apartadlo. Y me lo dieron, y lo eché en el fuego, y salió este becerro”. (Éxodo 32:21-24) Aarón quería que Moisés pensara que un milagro maravilloso había transformado sus ornamentos de oro en la forma de un becerro. No le contó a Moisés que él, con otros operarios, había hecho esta imagen.

Aarón consideró que Moisés había sido demasiado inflexible ante los deseos del pueblo. Pensaba que si Moisés hubiera sido menos firme, menos resuelto a veces, y que si hubiera hecho un compromiso con el pueblo y gratificado sus deseos,

habría tenido menos problemas, y habría habido más paz y armonía en el campamento de Israel. Él, por lo tanto, había estado probando este nuevo criterio. Siguió su temperamento natural cediendo a los deseos del pueblo, a fin de evitar insatisfacción y preservar su buena voluntad, y de ese modo impedir una rebelión, que él pensó que ciertamente se produciría si no cedía a sus deseos. Pero si Aarón hubiera permanecido sin vacilar del lado de Dios; si hubiera afrontado la sugerencia del pueblo de que les hiciera dioses para que fuesen delante de ellos a Egipto, con la justa indignación y el horror que su propuesta merecía; si les hubiera mencionado los terrores del Sinaí, donde Dios había declarado su Ley en medio de tal gloria y majestad; si les hubiera recordado su solemne pacto con Dios de obedecer todo lo que él les mandara; si les hubiese dicho que a costa de su vida él no cedería a sus ruegos, habría tenido influencia sobre el pueblo para impedir una terrible apostasía. Pero cuando, en la ausencia de Moisés, se requería su influencia para ser usada en la dirección correcta, cuando tendría que haber permanecido tan firme e inflexible como lo hizo

Moisés, para impedir que el pueblo siguiera un camino de pecado, su influencia fue ejercida en el lado equivocado. Fue impotente para hacer que su influencia se ejerciera para vindicar el honor de Dios en la observancia de su santa ley. Pero poniéndose en el lado equivocado ejerció una influencia poderosa. Dirigió y el pueblo obedeció.

Cuando Aarón dio el primer paso en la dirección equivocada, fue imbuido del espíritu que había movido al pueblo, y asumió la iniciativa y dirigió como un general, y el pueblo fue singularmente obediente. Aquí Aarón sancionó en forma decidida los pecados más graves, porque esto era menos difícil que estar en defensa de lo correcto. Cuando se desvió de su integridad al aprobar los pecados del pueblo parecía inspirado con una decisión, seriedad y celo nuevos para él. Su timidez pareció desaparecer repentinamente. Con un celo que nunca había manifestado en erguirse en defensa del honor de Dios contra el error, tomó los instrumentos para convertir el oro en la imagen de un becerro. Ordenó que se edificara un altar y, con una certeza digna de mejor

causa, proclamó al pueblo que el día de mañana sería un día de fiesta al Señor. Los trompeteros llevaron la palabra de la boca de Aarón e hicieron sonar la proclamación en compañía de los ejércitos de Israel.

La serena certidumbre de Aarón en un curso equivocado de conducta le dio mayor influencia sobre el pueblo que la que podría haber tenido Moisés al conducirlos en el curso correcto y sofocar su rebelión. ¡Qué ceguera espiritual terrible había descendido sobre Aarón que llamó a la luz tinieblas y a las tinieblas luz! ¡Qué presunción la de él al proclamar una fiesta al Señor disimulando su adoración idólatra de una imagen de oro! Aquí se ve el poder que Satanás tiene sobre las mentes que no están plenamente controladas por el Espíritu de Dios. Satanás había colocado su bandera en medio de Israel, la que fue exaltada como la bandera de Dios.

“Israel -- dijo Aarón sin vacilación o vergüenza --, estos son tus dioses, que te sacaron de la tierra de Egipto”. (Éxodo 32:4) Aarón influyó sobre los

hijos de Israel para que fueran a mayores extremos en su idolatría de lo que se les había ocurrido. Ya no les preocupaba que tal vez la gloria ardiente como llama de fuego sobre el monte hubiera consumido a su dirigente. Pensaban que tenían un general que les convenía muy bien a ellos, y estaban listos para hacer cualquier cosa que él sugiriese. Sacrificaron a su dios de oro; ofrecieron ofrendas de paz, y se entregaron al placer, la jarana y la borrachera. Llegaron a la conclusión de que no habían tenido tantos problemas en el desierto porque estuvieran equivocados, sino que, después de todo, la dificultad estaba con su dirigente. No era el tipo correcto de hombre. Era demasiado inflexible y continuamente les echaba en cara sus pecados, advirtiendo, reprobando y amenazándolos con el desagrado de Dios. Había llegado un nuevo orden de cosas, y estaban complacidos con Aarón y complacidos con ellos mismos. Pensaban: ¡Si Moisés sólo hubiera sido tan amable y blando como Aarón, qué paz y armonía habrían prevalecido en el campamento de Israel! Ahora no les preocupaba si Moisés alguna vez descendía del monte o no.

Cuando Moisés vio la idolatría de Israel y se despertó su indignación ante su vergonzoso olvido de Dios hasta el punto de que lanzó las tablas de piedra y las rompió, Aarón permaneció mansamente, soportando la censura de Moisés con plausible paciencia. El pueblo estaba encantado con el espíritu amable de Aarón y sentía disgusto ante la conducta precipitada de Moisés. Pero Dios ve no como el hombre ve. No condenó el ardor y la indignación de Moisés contra la vil apostasía de Israel.

El verdadero general toma entonces su posición del lado de Dios. Ha venido directamente de la presencia del Señor, donde intercedió ante él para que aparte su ira de su pueblo errante. Ahora tiene otra obra que hacer, como ministro de Dios, para vindicar su honor ante el pueblo y para hacerles ver que el pecado es pecado, y que la justicia es justicia. Tiene una obra que hacer para contrarrestar la terrible influencia de Aarón. “Se puso Moisés a la puerta del campamento, y dijo: ¿Quién está por Jehová? Júntese conmigo. Y se

juntaron con él todos los hijos de Leví. Y él les dijo: Así ha dicho Jehová, el Dios de Israel: Poned cada uno su espada sobre su muslo; pasad y volved de puerta a puerta por el campamento, y matad cada uno a su hermano, y a su amigo, y a su pariente. Y los hijos de Leví lo hicieron conforme al dicho de Moisés; y cayeron del pueblo en aquel día como tres mil hombres. Entonces Moisés dijo: Hoy os habéis consagrado a Jehová, pues cada uno se ha consagrado en su hijo y en su hermano, para que él dé bendición hoy sobre vosotros". (Éxodo 32:26-29)

Aquí Moisés define la consagración genuina como obediencia a Dios, para levantarse en vindicación de lo correcto y mostrar una disposición para ejecutar el propósito de Dios en los deberes más desagradables, mostrando que las demandas de Dios son más elevadas que las demandas de amigos o las vidas de los familiares más cercanos. Los hijos de Leví se consagraron a Dios para ejecutar su justicia en contra del crimen y el pecado.

Aarón y Moisés pecaron ambos al no dar gloria y honor a Dios en las aguas de Meriba. Ambos estaban cansados y se sintieron provocados por las continuas quejas de Israel y, en un momento cuando Dios iba a desplegar misericordiosamente su gloria ante el pueblo, para suavizar y subyugar sus corazones y para conducirlos al arrepentimiento, Moisés y Aarón se atribuyeron el poder de abrir la roca para ellos. “¡Oíd ahora, rebeldes! ¿Os hemos de hacer salir aguas de esta peña?” (Números 20:10) Aquí había una oportunidad de oro para santificar al Señor en medio de ellos, para mostrarles a los israelitas la paciencia de Dios y su tierna compasión hacia ellos. Habían murmurado contra Moisés y Aarón porque no habían podido encontrar agua. Moisés y Aarón consideraron estas murmuraciones como una gran prueba y un deshonor para ellos, olvidando que era Dios a quien el pueblo estaba agraviando. Era en contra de Dios que estaban pecando y a quien estaban deshonrando, no en contra de aquellos que fueron nombrados por Dios para ejecutar su propósito. Estaban insultando a su mejor Amigo al acusar a Moisés y Aarón por sus

calamidades; estaban murmurando contra la providencia de Dios.

Este pecado de estos nobles dirigentes fue grande. Sus vidas podrían haber sido ilustres hasta el fin. Habían sido grandemente exaltados y honrados; sin embargo, Dios no excusa el pecado de aquellos que están en posiciones exaltadas antes de hacerlo con aquellos que están en posiciones más humildes. Muchos cristianos profesos consideran a hombres que no reprueban o condenan el error como hombres de piedad y ciertamente cristianos, mientras que piensan que aquellos que se mantienen valientemente en defensa de lo recto y no ceden su integridad ante influencias no consagradas, carecen de piedad y de un espíritu cristiano.

Aquellos que permanecen en defensa del honor de Dios y mantienen la pureza de la verdad a cualquier costo tendrán múltiples pruebas, como ocurrió con nuestro Salvador en el desierto de las tentaciones. Mientras que aquellos que tienen temperamentos complacientes, que no tienen valor

para condenar el error, pero guardan silencio cuando se necesita su influencia para mantenerse en defensa de lo recto contra cualquier presión, pueden evitar muchos dolores de cabeza y eludir muchas perplejidades, pero también perderán una muy rica recompensa, si no sus propias almas. Aquellos que están en armonía con Dios y que mediante la fe en él reciben fuerza para resistir el error y mantenerse en defensa de lo correcto, siempre tendrán conflictos severos y frecuentemente tendrán que permanecer casi solos. Pero obtendrán victorias preciosas mientras dependan de Dios. La gracia divina será su fuerza. Su sensibilidad moral será aguda y clara, y sus facultades morales podrán resistir las influencias erróneas. Su integridad, como la de Moisés, será del carácter más puro.

El espíritu blando y condescendiente de Aarón, y su deseo de agradar al pueblo, cegaron sus ojos a los pecados de ellos y a la enormidad del crimen que estaba sancionando. Su conducta al apoyar con su influencia el error y el pecado en Israel costó la vida de tres mil hombres. En contraste con esto

está la conducta de Moisés. Después de haber evidenciado al pueblo que no podían jugar impunemente con Dios; después que les hubo mostrado el justo desagrado de Dios a causa de sus pecados, dando el terrible decreto de matar a amigos y parientes que persistían en su apostasía; después del acto de justicia para alejar la ira de Dios, sin tener en cuenta los sentimientos de afecto hacia los amigos y familiares que continuaron obstinados en su rebelión; después de esto, Moisés estaba preparado para otro trabajo. Demostró quién era el verdadero amigo de Dios y el amigo del pueblo.

"Y aconteció que al día siguiente dijo Moisés al pueblo: Vosotros habéis cometido un gran pecado, pero yo subiré ahora a Jehová; quizá le aplacaré acerca de vuestro pecado. Entonces volvió Moisés a Jehová, y dijo: Te ruego, pues este pueblo ha cometido un gran pecado, porque se hicieron dioses de oro, que perdones ahora su pecado, y si no, ráeme ahora de tu libro que has escrito. Y Jehová respondió a Moisés: Al que pecare contra mí, a éste raeré yo de mi libro. Ve, pues, ahora,

lleva a este pueblo a donde te he dicho; he aquí mi ángel irá delante de ti; pero en el día del castigo, yo castigaré en ellos su pecado. Y Jehová hirió al pueblo, porque habían hecho el becerro que formó Aarón". (Éxodo 32:30-35)

Moisés suplicó a Dios en favor del Israel pecador. No trató de empequeñecer su pecado ante Dios; no los excusó en su pecado. Reconoció francamente que habían cometido un gran pecado y que se habían hecho dioses de oro. Luego pierde su timidez, y su interés en Israel está tan estrechamente entretejido con su vida que acude osadamente ante Dios y ora para que él perdone a su pueblo. Si su pecado es tan grande, implora, que Dios no puede perdonarlos, si sus nombres deben ser borrados de su libro, ora al Señor para que también borre su nombre. Cuando el Señor renovó su promesa a Moisés, que su ángel iría delante de él conduciendo al pueblo a la Tierra Prometida, Moisés supo que su petición había sido concedida. Pero el Señor le aseguró a Moisés que si era provocado para visitar al pueblo por sus transgresiones, seguramente los castigaría también

por este grave pecado. Pero si de ahí en adelante fueran obedientes, él borraría este gran pecado de su libro.

Capítulo 29

# A Un Joven Ministro y su Esposa

Queridos hermanos A: Por algunos meses he sentido que era tiempo de escribirles algunas cosas que el Señor se agradó en mostrarme respecto a ustedes hace varios años. Me fueron señalados sus casos en relación con los de otros que tuvieron que esforzarse con el fin de estar capacitados para el trabajo de presentar la verdad. Se me mostró que ustedes dos eran deficientes en los requisitos esenciales y que si no los reunían, su utilidad y la salvación de sus propias almas estarían en peligro. Ustedes tienen algunas fallas en sus caracteres que es muy importante que corrijan. Si descuidan de encargarse del trabajo resueltamente y con empeño, estos errores aumentarán y debilitarán grandemente su influencia en la causa y la obra de Dios, lo que finalmente tendrá como resultado la separación de ustedes de la obra de predicar la verdad que aman tanto.

En la visión que se me dio para B, se me mostró que él tenía un molde de carácter muy desafortunado. No había sido disciplinado y su temperamento no había sido subyugado. Se le había permitido tomar sus propias decisiones y hacer en gran medida lo que quería. Era muy deficiente en su reverencia a Dios y al hombre. Tenía un espíritu fuerte, insumiso, y una idea muy vaga de la gratitud debida a aquellos que estaban haciendo el máximo por él. Era extremadamente egoísta.

Se me mostró que un espíritu independiente, una voluntad firme e inflexible, una falta de reverencia y del debido respeto a otros, el egoísmo y una confianza propia demasiado grande, distinguen el carácter de la hermana A. Si ella no vigila estrechamente esos defectos en su carácter y los vence, seguramente no llegará a sentarse con Cristo en su trono.

Con respecto al hermano A, se me mostró que muchas de las cosas mencionadas en el Testimonio

para B se aplican a usted. Se me señaló su vida pasada. Vi que desde niño usted ha sido confiado en sí mismo, terco y porfiado, y ha seguido sus propias ideas. Usted tiene un espíritu independiente, y le ha sido muy difícil ceder ante nadie. Cuando debía ceder frente a otros en su modo de actuar y en sus deseos, usted llevaba a cabo los asuntos en su propia manera precipitada. Usted ha sentido que era plenamente competente para pensar y actuar por sí mismo, independientemente. Ha aceptado y amado la verdad de Dios, la que ha hecho mucho por usted, pero no ha realizado toda la transformación necesaria para el perfeccionamiento del carácter cristiano. Cuando usted empezó primero a trabajar en la causa de Dios era más humilde y estaba dispuesto a ser aconsejado. Pero cuando comenzó a tener cierta medida de éxito, su confianza propia aumentó, y fue menos humilde y se volvió más independiente.

Cuando examinó la obra del pastor y la hermana White usted pensó que podía ver dónde habría hecho mejor que ellos. Usted ha albergado

en su corazón sentimientos contra ellos. Era naturalmente escéptico, infiel, en sus sentimientos. Cuando examinó el trabajo de ellos y oyó los reproches dados a aquellos que estaban equivocados, se preguntó cómo aceptaría un testimonio directo como ése. Llegó a la conclusión de que no podría recibirlo, y comenzó a afirmarse en su resistencia a la manera de trabajar de ellos, y así abrió una puerta en su corazón para las sospechas, las dudas y para sentir celos de ellos y de su trabajo.

Usted llegó a albergar prejuicios contra el trabajo de ellos. Observó, y escuchó y reunió [toda la información] que pudo, y supuso mucho. Porque Dios le había dado una medida de éxito, comenzó a colocar su corta experiencia y labores en un nivel por encima de las labores del hermano White. Se jactaba de que, si estuviera en su lugar, podría hacer mucho mejor que él. Comenzó a agrandarse en sus propios ojos. Pensó que su conocimiento era mucho más extenso y valioso de lo que realmente era. Si hubiese tenido una centésima parte de la experiencia que el hermano White ha tenido en el

trabajo, los cuidados y perplejidades reales, y en la experiencia de llevar cargas en esta causa, usted podría entender mejor su trabajo y estar mejor preparado para solidarizarse con él en sus labores, en vez de murmurar y albergar sospechas y tenerle celos.

En cuanto a su propio puesto de trabajo, debería desconfiar grandemente de usted mismo, no sea que falle en hacer su obra de un modo que sea acepto para Dios, no sea que falle en honrar la causa de la verdad en sus labores. Usted debiera, con humillación de alma, sentir [lo que sintió el apóstol]: “Y para estas cosas, ¿quién es suficiente?” (2 Corintios 2:16) La razón por la que ustedes dos están tan listos para cuestionar y conjeturar respecto al trabajo del pastor White es porque conocen muy poco al respecto. Tan pocas cargas reales han recaído sobre sus almas, tan poca angustia genuina por la causa de Dios ha tocado sus corazones, tan poca perplejidad y verdadera aflicción han sobrellevado por otros, que no están mejor preparados para apreciar el trabajo del hermano White que lo que está un niño de diez

años para entender los cuidados, ansiedad y trabajo fatigoso de su agobiado padre. El niño puede andar gozoso de espíritu porque no tiene la experiencia de su padre agobiado y lleno de inquietudes. Puede preguntarse el porqué de los temores y ansiedades del padre, que a él le parecen innecesarios; pero cuando se le añadan a su vida años de experiencia, cuando asuma y lleve sus verdaderas cargas, entonces podrá mirar retrospectivamente la vida de su padre y comprender lo que para él era misterioso en su niñez; porque la amarga experiencia le ha dado conocimiento.

Se me mostró que usted está en peligro de situarse por encima de la sencillez del trabajo y de colocarse sobre el pináculo. Usted siente que no necesita reprensión y consejo, y el lenguaje de su corazón es: “Soy capaz de juzgar, discriminar y determinar entre lo correcto y lo erróneo. No veré violados mis derechos. Nadie me dirá lo que tengo que hacer. Soy capaz de formar mis propios planes de acción. Soy tan bueno como cualquiera. Dios está conmigo y me da éxito en mis esfuerzos. ¿Quién tiene autoridad para interponerse en mi

camino?” Le he oído declarar estas palabras cuando su caso estaba pasando delante de mí en visión, pero no dirigidas a ninguna persona, sino como si conversara con usted mismo. Mi ángel asistente repitió estas palabras, mientras los señalaba a ustedes dos: “De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Así que, cualquiera que se humille como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos”. (Mateo 18:3, 4)

Vi que la fuerza de los hijos de Dios está en su humildad. Cuando son pequeños en sus propios ojos, Jesús será para ellos su fuerza y su justicia, y Dios prosperará sus labores. Se me mostró que Dios probaría al hermano A. Le daría una medida de prosperidad; y si soportaba la prueba, si usaba provechosamente las bendiciones que Dios le dé, sin tomar honor para sí y sin volverse engreído, egoísta y lleno de confianza propia, el Señor continuaría dándole sus bendiciones por amor a su causa y para su propia gloria.

Vi, hermano A, que usted está en el mayor

peligro de volverse orgulloso, lleno de justicia propia y de autosuficiencia, y de sentir que es rico y no necesita nada. A menos que se ponga en guardia contra estos puntos, el Señor le permitirá continuar su camino hasta que usted haga evidente a todos su debilidad. Será puesto en situaciones donde será severamente tentado si otros no lo consideran en una luz tan exaltada como usted se estima a sí mismo y su capacidad. Se me mostró que estaba pobremente preparado para tener mucha prosperidad y una medida grande de éxito. Sólo una conversión cabal hará la obra que necesita hacerse en su caso.

Se me ha mostrado que usted y su esposa son naturalmente egoístas. A menos que estén en guardia, están en constante peligro de pensar y actuar con referencia a ustedes mismos. Trazarán sus planes para su propia conveniencia, sin tener en cuenta cuánto pueden incomodar a otros. Están inclinados a ejecutar sus ideas y planes sin considerar los planes ni respetar los puntos de vista o sentimientos de otros. Ambos debieran cultivar la deferencia y el respeto a otros.

Hermano A, usted ha considerado que su trabajo era de una importancia demasiado grande como para rebajarse a fin de ocuparse en deberes domésticos. A usted no le agradan estos requerimientos. Los descuidó en sus días más juveniles. Pero estos pequeños deberes que usted descuida son esenciales para la formación de un carácter bien desarrollado.

Se me ha mostrado que nuestros ministros generalmente son deficientes en hacerse útiles en las familias donde son hospedados. Algunos dedican su mente al estudio porque aman esta ocupación. No sienten que Dios les ordena a los ministros el deber de ser una bendición en las familias que visitan, sino que muchos entregan su mente a los libros y se aíslan de la familia y no conversan con ellos sobre los temas de la verdad. Los intereses religiosos en la familia son apenas mencionados. Esto está totalmente mal. Los ministros que no llevan sobre sí la carga y los cuidados de la obra de publicaciones, y que no tienen las perplejidades y numerosas

preocupaciones de todas las iglesias, no debieran sentir que su trabajo es excesivamente difícil. Debieran sentir el interés más profundo en las familias que visitan; no tendrían que sentir que deben ser mimados y servidos mientras no dan nada a cambio. Descansa una obligación sobre las familias cristianas de hospedar a los ministros de Cristo, y también los ministros que reciben la hospitalidad de amigos cristianos tienen el deber de sentirse bajo la obligación mutua de llevar sus propias cargas tanto como sea posible y no ser una carga para sus amigos. Muchos ministros abrigan la idea de que deben ser especialmente favorecidos y servidos, y los tales frecuentemente se ofenden y su utilidad se debilita al ser tratados como animalitos domésticos.

Hermano y hermana A, al estar entre sus hermanos ustedes demasiado frecuentemente acostumbran hacer arreglos placenteros para ustedes y seguir un curso de acción como para granjearse la atención de los demás, sin considerar las conveniencias o los inconvenientes de ellos. Están en peligro de hacer de ustedes el centro. Han

recibido la atención y la consideración de otros cuando, para el bien de sus propias almas como también para el beneficio de otros, deberían haber dedicado más atención a los que han visitado. Tal proceder les habría dado por lejos mayor influencia, y habrían tenido la bendición de ganar más almas para la verdad.

Hermano A, usted tiene capacidad para presentar la verdad a otros. Tiene una mente investigadora, pero posee graves defectos de carácter, que he mencionado y que usted debe vencer. Usted descuida muchas de las pequeñas cortesías de la vida porque considera que no comprende que se requieran de usted esas pequeñas atenciones. Dios no quisiera que usted impusiera cargas a otros mientras descuida de ver y hacer las cosas que alguien debe hacer. No le resta dignidad a un ministro del evangelio traer leña y agua cuando se necesitan o practicar ejercicio al hacer el trabajo necesario en la familia donde se lo hospeda. Al no ver estos pequeños importantes deberes y no aprovechar la oportunidad para hacerlos, se priva de bendiciones reales y también priva a otros del

bien que es privilegio de ellos recibir de él.

Algunos de nuestros ministros no practican una cantidad de ejercicio físico proporcional a las exigencias que le imponen a la mente. Como resultado sufren de debilidad. No hay una razón satisfactoria por la que la salud de los ministros que sólo tienen que cumplir los deberes corrientes que le incumben al ministro, debiera fallar. Sus mentes no están constantemente abrumadas con preocupaciones que causan perplejidad y con pesadas responsabilidades respecto a las importantes instituciones que hay entre nosotros. Vi que no hay ninguna razón real por la que debieran fallar en este importante período de la causa y de la obra si le dan la debida consideración a la luz que Dios les ha dado en cuanto a cómo trabajar y cómo practicar ejercicio, y si le dan la debida atención a su dieta. Algunos de nuestros ministros comen muy abundantemente y no hacen suficiente ejercicio como para liberarse de la materia de deshecho que se acumula en el sistema. Comerán y luego pasarán la mayor parte de su tiempo sentados, leyendo, estudiando o

escribiendo, cuando una parte de su tiempo debiera dedicarse a un trabajo físico sistemático. Nuestros predicadores ciertamente tendrán graves problemas de salud a menos que sean más cuidadosos en no recargar el estómago con una cantidad demasiado grande de alimento, aunque sea saludable. Vi que ustedes, hermano y hermana A, corren peligro en este punto. El comer en exceso impide el libre flujo del pensamiento y las palabras, y esa intensidad de convicción que es tan necesaria a fin de grabar la verdad en el corazón del oyente. La indulgencia del apetito oscurece y esclaviza la mente, y embota las emociones santas del alma. Las facultades mentales y espirituales de algunos de nuestros predicadores se debilitan por causa de la alimentación inadecuada y la falta de ejercicio físico. Aquellos que apetecen grandes cantidades de comida no debieran complacer su apetito, sino que debieran practicar la abnegación y retener la bendición de músculos activos y cerebros que funcionan con toda libertad. El comer en exceso embota todo el ser al desviar las energías procedentes de los otros órganos para hacer el trabajo del estómago.

El fracaso de nuestros ministros al no ejercitar todos los órganos del cuerpo proporcionadamente hace que algunos se desgasten, mientras que otros están débiles a causa de la inacción. Si se permite que se desgaste casi exclusivamente un órgano o un conjunto de músculos, el que más se use llega a agotarse en exceso y a debilitarse grandemente. Cada facultad de la mente y cada músculo, tiene su función característica, y a todos se les requiere que se ejerciten por igual a fin de desarrollarse debidamente y para retener un vigor saludable. Cada órgano tiene su función que cumplir en el organismo viviente. Cada rueda en la maquinaria debe ser una rueda viviente, activa y que trabaje. Todas las facultades tienen una importancia interdependiente, y todas necesitan ejercitarse a fin de desarrollarse debidamente.

Hermanos A, ninguno de ustedes disfruta del trabajo físico, doméstico. Ambos necesitan cultivar un amor por los deberes prácticos de la vida. Esta educación es necesaria para su salud y aumentará su utilidad. Ustedes piensan demasiado en lo que comen. No debieran tocar esas cosas que les darán

una calidad pobre de sangre; los dos tienen escrófula.

Hermano A, su amor por la lectura y su desagrado por el esfuerzo físico, mientras habla y ejercita su garganta, lo exponen a enfermedades de la garganta y los pulmones. Debiera precaverse y no hablar apresuradamente, machacando lo que tiene que decir como si tuviera que repetir una lección. No debiera permitir que el esfuerzo proceda de la parte superior de los órganos vocales, porque esto los agotará y los irritará constantemente, y colocará las bases para la enfermedad. La acción debiera afirmarse sobre los músculos abdominales. Los pulmones y la garganta debieran ser el canal, pero no debieran hacer todo el trabajo.

Se me mostró que la manera en que usted y su esposa comen producirá enfermedad, la cual, una vez que se haya fijado en ustedes, no será vencida fácilmente. Ustedes dos pueden resistir por años y no mostrar ninguna señal especial de quebrantamiento [del sistema], pero la causa será

seguida por los seguros resultados. Dios no obrará un milagro a favor de ninguno de ustedes a fin de preservar su salud y la vida. Deben comer y estudiar y trabajar inteligentemente, siguiendo una conciencia iluminada. Todos nuestros predicadores debieran ser reformadores de la salud sinceros, genuinos, que no adopten las reformas meramente porque otros lo hacen, sino por principio, en obediencia a la Palabra de Dios. Dios nos ha dado gran luz sobre la reforma pro salud, la que nos pide a todos que respetemos. No envía luz para que sea rechazada o descuidada por su pueblo sin que ellos sufran las consecuencias.

**Pioneros en la causa**

Se me mostró que ninguno de ustedes realmente se conoce. Si Dios permitiera que el enemigo soltara su mano sobre ustedes, como lo hizo sobre su siervo Job, no encontraría en ustedes ese espíritu de firme integridad que encontró en Job, sino un espíritu de murmuración e incredulidad. Si hubieran estado radicados en Battle Creek durante la enfermedad de mi esposo,

en el tiempo de la prueba de nuestros hermanos y hermanas allí, cuando Satanás ejerció un poder especial sobre ellos, ustedes dos habrían bebido en abundancia de su espíritu de celos y de crítica. Habrían estado entre ese grupo, tan celosos como el resto, para convertir a un hombre enfermo, agotado por las preocupaciones, paralítico, en un ofensor por una palabra.

Para compensar sus deficiencias ustedes se inclinan a magnificar y explayarse en los errores que ustedes suponen que existen en el hermano y la hermana White; y si tuvieran una oportunidad, como la tuvieron los de Battle Creek, se atreverían a ir a mayores extremos que lo que hicieron algunos de ellos en su malvada cruzada contra nosotros, porque ustedes tienen menos fe y menos reverencia que la que tenían algunos de ellos, y estarían menos inclinados a respetar nuestro trabajo y nuestra vocación.

Se me mostró que, a pesar de que tienen ante ustedes la triste experiencia y el ejemplo de otros que se han vuelto desleales y murmuradores y nos

han criticado y nos han tenido celos, ustedes fallarían en ser advertidos por su ejemplo, y Dios probaría su fidelidad y revelaría los secretos de sus corazones. Se revelarían su desconfianza, sospechas y celos, y se expondrían sus debilidades, para que pudieran verlas y comprenderse ustedes mismos, si quisieran.

Los vi escuchando la conversación de hombres y mujeres, y vi que ustedes estaban sumamente complacidos en reunir sus puntos de vista e impresiones que fueran perjudiciales para nuestras labores. Algunos encontraban faltas en una cosa y otros en otra, como hicieron los murmuradores entre los hijos de Israel cuando Moisés era su dirigente. Algunos estaban censurando nuestra conducta, diciendo que no éramos tan conservadores como deberíamos serlo; que no tratábamos de agradar a la gente como podríamos hacerlo; que hablábamos demasiado directamente; que reprobábamos demasiado severamente. Algunos estaban hablando en cuanto al vestido de la hermana White, criticando insignificancias. Otros estaban expresando su insatisfacción con la

conducta que seguía el hermano White, y se pasaban observaciones del uno al otro, cuestionando su comportamiento y encontrando faltas. Un ángel estaba ante estas personas, invisible para ellas, escribiendo diligentemente sus palabras en el libro que va a abrirse a la vista de Dios y de los ángeles.

Algunos están observando ansiosamente en busca de algo que les permita condenar a los esposos White, quienes han encanecido sirviendo a la causa de Dios. Algunos expresan su punto de vista de que el testimonio de la hermana White no puede ser digno de confianza. Esto es todo lo que algunas personas no consagradas desean. Los testimonios de reprensión han frenado su vanidad y orgullo; pero si se atrevieran, irían casi a cualquier extremo en materia de modas y orgullo. Dios les dará a todos una oportunidad tal para probarse ellos mismos y para desarrollar sus verdaderos caracteres.

Hace algunos años vi que aún tendríamos que enfrentar el mismo espíritu que surgió en Paris,

Maine, y que nunca ha sido curado completamente. Ha estado inactivo, pero no está muerto. De tanto en tanto este espíritu de resuelta murmuración y rebeldía ha aflorado en diferentes individuos que en algún momento se han impregnado con su naturaleza malvada que nos ha seguido por años. Hermana A, en alguna medida usted ha acariciado este espíritu, y ha influido para moldear sus puntos de vista y sentimientos. Una infidelidad santurrona ha ido creciendo gradualmente en la mente de C, y ahora no es fácil, ni siquiera para ella, verse libre de la misma. Este mismo espíritu resuelto que mantuvo a D y a otros en Maine en un engaño fanático tan prolongado, contra toda influencia para guiarlos a la verdad, ha tenido una influencia poderosa, engañosa, sobre la mente de E en _____, y la misma influencia la ha afectado a usted. Usted era de ese temperamento calmo, decidido, inflexible que el enemigo podría afectar, y los mismos resultados, sólo que en un grado mayor, acompañarán a su influencia, si es errónea, como la que acompañó a la de la hermana E.

Sentimientos de sospechas, celos e incredulidad

han ido por años ganando poder sobre su mente. Usted odia los reproches. Es muy sensible, y simpatiza inmediatamente por alguien que es reprobado. Este sentimiento no es santificado y no está movido por el Espíritu de Dios. Hermano y hermana A, se me mostró que cuando este espíritu de crítica y murmuración se desarrolle en ustedes, cuando esto se manifieste y aparezca la levadura de insatisfacción, celos e incredulidad que ha sido una maldición en la vida de E y su esposo, nosotros tendríamos una obra que hacer para enfrentarla decididamente y no darle ningún cuartel a ese espíritu; y que hasta que esto se desarrollara, yo debería guardar silencio, porque hay un tiempo para hablar y un tiempo para guardar silencio. Vi que si una aparente prosperidad acompañara a las labores del hermano A, a menos que él fuera un hombre cabalmente convertido, estaría en peligro de perder su alma. No ha llegado a respetar la posición ni las labores de otros; considera que él no se compara con nadie.

Se me mostró que continuamente aumentarán las tentaciones respecto a las labores de los esposos

White. Nuestra obra es una obra peculiar, es de un carácter diferente a la de cualquier otro que trabaja en el campo. Dios no llama a los ministros que tienen que trabajar sólo con palabra y doctrina para que hagan nuestro trabajo, ni nos llama a nosotros para que hagamos sólo el trabajo de ellos. Cada uno de nosotros tenemos, en algunos respectos, un trabajo distinto. Dios se ha agradado en abrirme los secretos de la vida interior y los pecados ocultos de su pueblo. Se me ha impuesto el desagradable deber de reprender los errores y revelar los pecados ocultos. Cuando he sido impulsada por el Espíritu de Dios a reprobar los pecados que otros no sabían que existían, esto ha agitado los sentimientos naturales en el corazón de los no santificados. Mientras que algunos han humillado sus corazones ante Dios, y con arrepentimiento y confesión han abandonado sus pecados, otros han sentido surgir en su corazón un espíritu de odio. Su orgullo ha sido lastimado cuando se ha reprobado su conducta. Abrigan el pensamiento de que es la hermana White quien los está lastimando, en vez de sentir gratitud a Dios que en su misericordia les ha hablado a través de su humilde instrumento,

para mostrarles sus peligros y sus pecados, con el fin de que puedan ponerlos a un lado antes que sea demasiado tarde para corregir los errores.

Algunos están listos para preguntar: ¿Quién le dijo estas cosas a la hermana White? Incluso me han hecho la pregunta a mí: ¿Le dijo alguien estas cosas? Pude contestarles: Sí; sí, el ángel de Dios me ha hablado. Pero lo que ellos quieren decir es: ¿Los hermanos y hermanas han estado exponiendo las faltas de ellos? Para el futuro, no empequeñeceré los testimonios que Dios me ha dado, para hacer explicaciones que traten de satisfacer a esas mentes tan estrechas, sino que trataré todas esas preguntas como un insulto al Espíritu de Dios. Dios ha visto conveniente ponerme en una posición en la que no ha colocado a ningún otro en nuestras filas. Me ha impuesto cargas de reprensión que no ha dado a ninguna otra persona. Mi esposo ha permanecido a mi lado para respaldar los Testimonios y dar su voz en unión con el testimonio de reprensión. Ha sido obligado a asumir una posición firme para rechazar la incredulidad y rebelión, que ha sido audaz y

desafiante, y que derribaría cualquier testimonio que yo pudiera dar, porque los que eran reprobados se sintieron heridos y profundamente afectados por el reproche dado. Esto es exactamente como Dios lo planeó. Era su propósito que ellos se sintieran afectados. Era necesario que se sintieran así antes que sus corazones orgullosos se entregaran a sus pecados, para que ellos limpiaran sus corazones y vidas de toda iniquidad.

En cada movimiento de avance que Dios nos ha guiado para que efectuemos, en cada paso ganado por el pueblo de Dios, han estado listas las herramientas de Satanás entre nosotros, para dar un paso atrás y sugerir dudas e incredulidad, y para arrojar obstáculos en nuestro camino, a fin de debilitar nuestra fe y valor. Hemos tenido que mantenernos como guerreros, listos para forzar y pelear nuestro camino en medio de la oposición que se ha levantado. Esto ha hecho que nuestro trabajo sea diez veces más difícil de lo que habría sido de otro modo. Hemos tenido que mantenernos firmes e inflexibles como una roca. Esta firmeza ha sido interpretada como terquedad y obstinación.

Dios nunca planeó que nos desviáramos, primero a la derecha y luego a la izquierda, para complacer las mentes de hermanos no consagrados. Él planeó que nuestro camino fuera recto. Una persona y otra han venido a nosotros, profesando tener una gran preocupación por nosotros para que vayamos por este camino o aquel otro, contrarios a la luz que Dios nos ha dado. ¿Qué habría pasado si hubiéramos seguido esas luces falsas e impresiones fanáticas? Seguramente, en tal caso, nuestro pueblo no debería haber puesto su confianza en nosotros. Tuvimos que poner nuestros rostros como pedernal de parte de lo recto y luego continuar en el trabajo y el deber.

Algunos entre nosotros han estado siempre listos para llevar los asuntos a los extremos, para extralimitarse en el blanco. Los tales parecen estar sin un ancla. Han perjudicado grandemente la causa de la verdad. Hay otros que parece que nunca tienen una posición donde puedan permanecer firmes y seguros, listos para batallar si es necesario cuando Dios llama a soldados fieles para que estén en el puesto del deber. Están aquellos que nunca

atacarán al enemigo cuando Dios requiere que lo hagan. No harán nada hasta que otros hayan peleado la batalla y ganado la victoria por ellos, y entonces estarán listos para compartir el botín. ¿Cómo puede Dios confiar en tales soldados? Son considerados como cobardes en su causa.

Vi que este grupo no obtuvo ninguna experiencia para sí respecto a la guerra contra el pecado y Satanás. Estaban más inclinados a pelear contra los fieles soldados de Cristo que contra Satanás y su hueste. Si se hubieran ceñido la armadura y lanzado a la batalla, habrían ganado una experiencia valiosa que era su privilegio tener. Pero no tuvieron valor para contender por lo correcto, para arriesgar algo en la lucha, ni para aprender cómo atacar a Satanás y tomar sus baluartes. Algunos no tienen idea de cómo correr algún riesgo o aventurarse en algo. Pero alguien debe atreverse; alguien debe correr riesgos en esta causa. Aquellos que no se arriesgan ni se exponen a la censura estarán preparados para observar a los que llevan responsabilidades, y estarán listos, si hay algún asomo de oportunidad, para encontrar

faltas en ellos y perjudicarlos, si pueden hacerlo. Ésta ha sido la experiencia del hermano y la hermana White en sus labores. Satanás y su hueste han estado en orden de batalla contra ellos, pero éstos no eran todos; cuando aquellos que deberían haberse colocado junto a ellos en la lucha los vieron sobrecargados y presionados sin medida, se dispusieron a unirse a Satanás en su obra para desanimarlos y debilitarlos y, de ser posible, expulsarlos del campo [de batalla].

Hermano y hermana A, se me ha mostrado que cuando ustedes han viajado han sido admirados y altamente estimados, y tratados con mayor respeto y deferencia de lo que convenía para su bien. No es natural para ustedes tratar con igual respeto a aquellos que han llevado las cargas que Dios ha puesto sobre ellos en su causa y trabajo. A ustedes dos les encanta la comodidad que tienen. No se inclinan a desviarse de su camino [para ayudar a otros] o a sufrir inconvenientes. Desean que las cosas se dispongan a su conveniencia. Tienen una gran autoestima y opiniones exaltadas de sus logros. No han tenido que soportar preocupaciones

y cargas que causan perplejidad, ni han tenido que tomar decisiones importantes que afectaran los intereses de la causa de Dios, como ha sido la suerte de mi esposo. Dios lo ha hecho a él un consejero de su pueblo, para orientar a jóvenes como usted, que son como niños en la verdad. Y cuando usted tome esa humilde posición -- la cual un verdadero sentido de su real condición lo inducirá a tomar --, estará dispuesto a ser aconsejado. Es debido a las pocas responsabilidades que usted ha llevado que no comprende por qué el hermano White debiera sentir [la carga por la obra] más profundamente que usted. Existe sólo esta diferencia entre usted y él en este asunto: él ha invertido treinta de los mejores años de su vida en la causa de Dios, mientras que usted ha tenido apenas unos pocos años de experiencia, y comparativamente, no ha tenido que enfrentar ninguna de las penurias que él ha tenido que sufrir.

Después que los que dirigieron esta obra trabajaron duramente para preparar la verdad y alistar la tarea para facilitarles todo a ustedes, usted

la abraza y sale a trabajar, presentando los preciosos argumentos que otros, con ansiedad inexpresable, han investigado para usted. Mientras se ha hecho amplia provisión para usted en lo que se refiere a recursos materiales -- sus salarios semanales seguros, no dejándole ninguna razón para sentir preocupación o ansiedad en esta área --, los pioneros de esta causa sufrieron privaciones de todo tipo. No tenían seguridad de nada. Dependían de Dios y de unos pocos [creyentes] leales que aceptaban sus labores. Mientras que usted tiene hermanos simpatizantes que lo sostienen y que aprecian plenamente su trabajo, los primeros obreros en esta causa no tenían sino muy pocos que los respaldaran. Podía contarse a todos en unos pocos minutos. Sabíamos lo que era estar hambrientos por falta de alimento y lo que era sufrir de frío por falta de vestimenta adecuada. Viajábamos toda la noche mediante transporte privado para visitar a los hermanos, porque no teníamos medios con los cuales sufragar los gastos de un hotel. Viajábamos largas distancias a pie, vez tras vez, porque no teníamos dinero para alquilar un carruaje. ¡Oh, cuán preciosa nos era la verdad!

¡Cuán valiosas las almas compradas por la sangre de Cristo!

No nos quejamos por padecer sufrimientos en aquellos días de estrecha necesidad y perplejidad, lo que hacía necesario el ejercicio de la fe. Fueron los días más felices de nuestra vida. Allí aprendimos la sencillez de la fe. Allí, mientras estábamos en aflicción, probamos al Señor. Él era nuestro consuelo. Él era para nosotros como la sombra de un gran peñasco en tierra calurosa. Es desafortunado que usted, mi hermano, y nuestros ministros jóvenes en general, no hayan tenido una experiencia similar en privaciones, en pruebas y en necesidad; porque una experiencia tal sería para usted más valiosa que casas o tierras, oro o plata.

Cuando nos referimos a nuestra experiencia pasada de trabajo excesivo y de necesidades, de trabajar con nuestras manos para sostenernos y publicar la verdad al mismo comienzo de la obra, algunos de nuestros predicadores jóvenes de apenas unos pocos años de experiencia en la obra parecen sentirse molestos y nos acusan de jactarnos

de nuestras propias obras. La razón de esto es que sus propias vidas han estado tan exentas de preocupaciones agobiadoras, de necesidades y renunciamiento, que no saben cómo simpatizar con nosotros, y el contraste no es compatible con sus sentimientos. El conocimiento de la experiencia de otros, que contrasta tan ampliamente con su propio curso de acción, no les permite ver sus labores en una luz tan favorable como ellos quisieran. Cuando comenzamos este trabajo ambos teníamos una salud débil. Mi esposo era dispéptico; sin embargo, tres veces al día, con fe, le pedíamos a Dios fuerza. Mi esposo salía a cortar heno con su guadaña y, con la fuerza que Dios le daba en respuesta a nuestras oraciones previas, ganaba en la siega los medios suficientes para compramos ropa pulcra y sencilla, y para pagar nuestro pasaje a un Estado distante a fin de presentar la verdad a nuestros hermanos. Tenemos derecho para referirnos al pasado, como hizo el apóstol

Pablo: “Y cuando estaba entre vosotros y tuve necesidad, a ninguno fui carga, pues lo que me faltaba, lo suplieron los hermanos que vinieron de

Macedonia, y en todo me guardé y me guardaré de seros gravoso. Por la verdad de Cristo que está en mí, que no se me impedirá esta mi gloria en las regiones de Acaya". (2 Corintios 11:9, 10) Al referirnos a nuestra experiencia pasada, llevamos a cabo la exhortación del apóstol a los Hebreos: "Pero traed a la memoria los días pasados, en los cuales, después de haber sido iluminados, sostuvisteis gran combate de padecimientos; por una parte, ciertamente, con vituperios y tribulaciones fuisteis hechos espectáculo; y por otra, llegasteis a ser compañeros de los que estaban en una situación semejante". (Hebreos 10:32, 33)

Nuestras vidas están entretejidas con la causa de Dios. No tenemos otros intereses aparte de esta obra. Y cuando vemos el progreso que ha hecho la causa desde un comienzo muy pequeño, avanzando lenta pero seguramente a una posición de fuerza y seguridad; cuando vemos el éxito de la causa en la cual nos hemos afanado, y sufrido, y casi sacrificado nuestras vidas, ¿quién nos impedirá o prohibirá nuestra jactancia en Dios? Nuestra experiencia en esta causa nos es valiosa. Hemos

invertido todo en ella.

Moisés era el hombre más manso que haya vivido; sin embargo, a causa de las murmuraciones de los hijos de Israel, se vio repetidamente forzado a hacer mención de la conducta pecaminosa del pueblo después de dejar Egipto, y a vindicar su propia conducta como el líder de ellos. Justo antes de dejar al pueblo de Israel, cuando estaba a punto de morir, repitió ante ellos su trayectoria de rebelión y murmuración desde que habían dejado Egipto, y cómo su interés y amor por ellos lo habían inducido a interceder ante Dios en su favor. Les mencionó cómo le había rogado fervientemente al Señor que le permitiera pasar el Jordán y entrar en la Tierra Prometida; “pero Jehová se había enojado contra mí a causa de vosotros, por lo cual no me escuchó”. (Deuteronomio 3:26) Moisés presentó ante ellos sus pecados, y les dijo: “Rebeldes habéis sido a Jehová desde el día que yo os conozco”. (Deuteronomio 9:24) Les refirió cuántas veces había intercedido ante Dios y humillado su alma en angustia a causa de sus pecados.

Era el plan de Dios que Moisés le recordara frecuentemente a Israel sus transgresiones y rebelión, para que pudieran humillar sus corazones ante Dios por causa de sus pecados. El Señor no quería que olvidaran los errores y pecados que habían provocado su ira contra ellos. El recuerdo de sus transgresiones y de las misericordias y bondades de Dios que ellos no habían apreciado, no complacía sus sentimientos. No obstante, Dios indicó que esto debía hacerse.

Se me mostró que a jóvenes como usted, que no han tenido sino pocos años de experiencia imperfecta en la causa de presentar la verdad, Dios no les confiará la tarea de llevar responsabilidades pesadas ni que sean dirigentes en esta obra. Los tales debieran manifestar gran discreción y no adoptar posiciones que estén en pugna con el juicio y las opiniones de aquellos de experiencia madura, cuyas vidas han estado entretejidas con la causa de Dios casi tantos años como los que usted ha vivido y que han tenido una parte activa en esta obra desde su pequeño comienzo. Dios no seleccionará

a hombres de poca experiencia y de considerable confianza propia para que dirijan esta obra sagrada, importante. Mucho está en juego aquí. Hombres que han tenido poca experiencia en los sufrimientos, pruebas, oposición y privaciones que se han soportado para llevar la obra hasta su condición actual de prosperidad deberían desconfiar grandemente de ellos mismos.

Los jóvenes que ahora se ocupan de la obra de predicar la verdad deberían cultivar la modestia y la humildad. Deberían tener cuidado de no exaltarse, para no ser derrocados. Se los hará responsables por la clara luz de verdad que ahora brilla sobre ellos. Vi que a Dios le desagrada la disposición que tienen algunos de murmurar contra las personas que han peleado las batallas más pesadas para bien de ellos y que han soportado tanto al comienzo del mensaje, cuando el progreso de la obra era muy difícil.

Dios considera a los obreros de experiencia, que han trabajado esforzadamente bajo el peso y las cargas opresivas cuando había pocos que

ayudaran a llevarlas, y él cuida celosamente a los que han demostrado ser fieles. Siente desagrado por aquellos que están listos para encontrar faltas y reprobar a los siervos de Dios que han encanecido en la edificación de la causa de la verdad presente. Sus reproches y murmuraciones, jóvenes, seguramente se levantarán en contra de ustedes en el día de Dios. Mientras Dios no haya puesto sobre ustedes pesadas responsabilidades, no actúen en forma inapropiada y no confíen en su propio juicio independiente, ni asuman responsabilidades para las que no son idóneos.

Querido hermano y hermana, ustedes necesitan cultivar la vigilancia y la humildad, y ser diligentes en oración. Cuanto más cerca vivan de Dios, más claramente discernirán sus debilidades y peligros. Una comprensión práctica de la ley de Dios, un discernimiento claro de la expiación de Cristo, les permitirá conocerse y les mostrará lo que les falta para perfeccionar un carácter cristiano. En síntesis, ambos necesitan una experiencia diaria en la práctica de la voluntad de Dios hacia ustedes. Cuando vean su gran carencia espiritual

comprenderán el hecho de que la depravación humana, especificada en la Palabra de Dios, se aplica ciertamente en su experiencia. Ustedes dos son farisaicos y están en peligro de permanecer voluntaria y terriblemente a oscuras respecto a sus peligros y a su verdadera situación ante Dios.

Ambos necesitan aprender los deberes que les incumben en las diversas circunstancias y relaciones de la vida. Ustedes han descuidado sus deberes para con Dios y para con el hombre. Necesitan mucho conocerse ustedes mismos. La ignorancia de sus propios corazones los conduce a descuidar la necesidad de una experiencia diaria y diligente en la vida divina. En cierta medida ustedes descuidan la importancia de que los acompañe constantemente una influencia divina. Esto es absolutamente necesario al hacer la obra de Dios. Si descuidan esto y actúan con confianza propia y autosuficiencia, serán abandonados para cometer errores muy grandes. Necesitan valorar constantemente la humildad de mente y un espíritu de dependencia. El que siente su propia debilidad mirará por encima de sí mismo y sentirá la

necesidad de una constante fuerza que viene de arriba. La gracia de Dios lo guiará para ejercitar y acariciar un espíritu de constante gratitud. El que está mejor familiarizado con su propia debilidad sabrá que sólo la gracia incomparable de Dios es lo que triunfará sobre la rebelión del corazón.

Ustedes necesitan familiarizarse con los puntos débiles que hay en sus caracteres como también con los fuertes, para que puedan estar constantemente en guardia, no sea que se ocupen en empresas y asuman responsabilidades para las que Dios nunca los destinó. No debieran comparar sus acciones y medir sus vidas por ninguna norma humana, sino con la regla del deber revelada en la Biblia. Ustedes tienen una obra que hacer, hermano y hermana A, que nunca han soñado que era necesaria. Por años han estado acariciando tentaciones y celos respecto a nosotros y nuestro trabajo. Esto no es agradable a Dios. Pueden pensar que creen en los Testimonios que Dios ha dado, pero la incredulidad en cuanto a que sean de Dios está ganando terreno en ustedes.

Sus labores, hermano A, serían más efectivas en la conversión de las almas a la verdad si se explayara sobre los aspectos prácticos, así como sobre los teóricos, teniendo los elementos vivientes y provechosos en su propio corazón y cumpliéndolos en su propia vida. Usted necesita aferrarse más firmemente al poder que viene de arriba. Depende demasiado de lo que lo rodea. Si tiene una congregación grande, se siente inspirado y desea dirigirles la palabra. Pero a veces sus congregaciones disminuyen, su espíritu se hunde y tiene poco valor para trabajar. Seguramente algo le falta. Su asidero no es suficientemente firme en Dios. Algunas de las verdades más importantes en las enseñanzas de Cristo fueron predicadas por él a una sola mujer samaritana que vino a extraer agua cuando él, estando cansado, se sentó junto al pozo para descansar. La fuente de aguas vivas estaba dentro de él. La fuente de aguas vivas debe estar en nosotros, brotando para refrescar a las personas que son puestas bajo nuestra influencia.

Cristo buscaba a los hombres doquiera pudiera encontrarlos: en las calles públicas, en las casas

particulares, en las sinagogas, junto al mar. Trabajaba todo el día, predicando a la multitud y sanando a los enfermos que eran traídos ante su presencia; y frecuentemente, después que había despedido a la gente para que regresaran a sus hogares a descansar y dormir, él pasaba la noche entera en oración para salir por la mañana y renovar sus labores. Oh, hermano y hermana, en realidad ustedes no saben nada de abnegación y sacrificio propio por Cristo y por causa de la verdad. Deben depender más plenamente de Dios y menos de sus propias habilidades. Necesitan ocultarse en Dios.

Usted se siente inclinado, hermano A, a reprender severamente y formar sus propias conclusiones en cuanto a otras personas, especialmente si su camino se cruza con el de ellos; y, de acuerdo con su punto de vista sobre el caso, usted a veces los trata de un modo despiadado. Usted no ha sido un hombre bondadoso, compasivo, cortés, como lo fue su Ejemplo. Necesita ablandar su espíritu, ser más cortés y amable, y tener una mayor benevolencia

desinteresaPioneros da. Necesita que su alma tenga una comunión más estrecha con Dios mediante la oración ferviente combinada con la fe viviente. Cada oración ofrecida con fe eleva al suplicante por encima de las dudas desanimadoras y las pasiones humanas. La oración da fuerza para renovar el conflicto con las potencias de las tinieblas, para llevar pruebas pacientemente y para soportar rigores como buenos soldados de Cristo.

Mientras usted consulte con sus dudas y temores, o trate de resolver todo lo que no puede ver claramente antes de tener fe, sus perplejidades sólo aumentarán y se profundizarán. Si acude a Dios, sintiéndose impotente y dependiente, tal como realmente es, y en una oración humilde y confiada le da a conocer sus necesidades a Aquel cuyo conocimiento es infinito, que ve todo lo que hay en la creación y que gobierna todo por su voluntad y palabra, él puede atender su clamor y lo hará, y dejará que brille la luz en su corazón y a su alrededor; porque a través de la oración sincera su alma es puesta en conexión con la mente del Infinito. Puede ser que usted no tenga una

evidencia notable del momento en que el rostro de su Redentor se inclina sobre usted con compasión y amor, pero esto es así. Puede ser que usted no sienta su toque visible, pero su mano está sobre usted con amor y ternura compasiva.

Dios los ama a ambos y quiere salvarlos con una salvación abundante. Pero esto no sucederá en la manera como ustedes piensan, sino en la manera designada por Dios. Ustedes deben cumplir con las condiciones expuestas en las Escrituras de verdad, y Dios cumplirá su parte tan ciertamente como su trono es seguro. Debido a que las admoniciones que Dios envía a su pueblo son humillantes para la naturaleza humana, usted no debe, mi hermano, rebelarse contra estos reproches y advertencias. Necesita morir diariamente, para experimentar una crucifixión diaria del yo.

De acuerdo con la luz que Dios me ha dado en visión, la maldad y el engaño están aumentando entre el pueblo de Dios que profesa guardar sus mandamientos. Está disminuyendo entre el pueblo de Dios el discernimiento espiritual para ver el

pecado tal como existe y para luego expulsarlo del campamento; y la ceguera espiritual está cayendo rápidamente sobre ellos. Debe revivirse el testimonio directo que separará de Israel a los que siempre han estado en guerra con los medios que Dios ha establecido para mantener la corrupción fuera de la iglesia. Los errores deben llamarse errores. Los pecados serios deben llamarse por el nombre que corresponde. Todo el pueblo de Dios debiera acercarse a él y lavar las ropas de su carácter en la sangre del Cordero. Entonces verán el pecado en la verdadera luz y comprenderán cuán ofensivo es a la vista de Dios.

A nuestros primeros padres, cuando fueron tentados, les pareció un asunto insignificante transgredir la orden de Dios en un pequeño acto y comer de un árbol que era hermoso a la vista y agradable al paladar. Para los transgresores éste era apenas un acto pequeño, pero destruyó su lealtad a Dios y abrió un diluvio de dolor y culpa que inundó el mundo. ¡Quién puede saber, en el momento de la tentación, las terribles consecuencias que resultarán de un solo paso

equivocado, precipitado! Nuestra única seguridad se encuentra en estar protegidos por la gracia de Dios en todo momento, y en no extinguir nuestro discernimiento espiritual de modo que llamemos a lo malo bueno, y a lo bueno malo. Sin vacilación o discusión, debemos cerrar y guardar las avenidas del alma contra el mal.

Nos costará un esfuerzo asegurarnos la vida eterna. Es sólo por un esfuerzo largo y perseverante, por penosa disciplina y severo conflicto que seremos vencedores. Pero si paciente y decididamente, en el nombre del Conquistador que triunfó en nuestro favor en el desierto de la tentación, vencemos como él venció, tendremos la vida eterna. Nuestros esfuerzos, nuestra abnegación, nuestra perseverancia, deben estar en proporción al valor infinito del objetivo que estamos persiguiendo.

No deben permitir que su amor propio les impidan a ustedes mismos y a otros percibir que están en el error puesto que no ven nada que condenar en las apariencias externas. Dios ve; él

puede leer los motivos y propósitos del alma. Les imploro en el nombre de nuestro Maestro, que nos ha llamado y asignado nuestro trabajo, que se aparten y nos dejen hacer la obra que Dios nos ha encomendado. Reserven sus palabras de simpatía y compasión para quienes realmente las merecen: los que están impulsados por el Espíritu de Dios para mostrar a su pueblo sus transgresiones y a la casa de Israel sus pecados. En estos últimos días el error y el pecado se aceptan más fácilmente que la verdad y la justicia. Se requiere ahora que los soldados de Cristo se ciñan la armadura cristiana y rechacen la oscuridad moral que está inundando el mundo.

Dios les dará a ambos victorias preciosas si se rinden enteramente a él y permiten que su gracia subyugue sus corazones orgullosos. Su justicia propia no les aprovechará de nada ante Dios. Nada debiera hacerse irregularmente o con un espíritu arrebatado. No pueden corregirse los errores ni hacerse reformas de carácter mediante unos pocos esfuerzos débiles e intermitentes. La santificación no es una obra de un día o un año, sino de toda la

vida. Sin esfuerzos continuos y actividad incesante, no puede haber progreso en la vida divina, ni obtenerse la corona del vencedor. Estamos preparándonos para el juicio, y no es seguro trabajar con nuestra propia sabiduría ni confiar en nuestro propio criterio. Con el espíritu de confianza propia que ahora poseen, ninguno de ustedes podría ser feliz en el cielo; porque allí todos, aun los ángeles exaltados, están subordinados. Ustedes tienen que aprender todavía la subordinación y la sumisión. Ambos deben ser transformados por la gracia de Dios.

Hermana A, vi que usted debiera cuidar de no abrir una puerta de tentación a su esposo, que no pueda cerrar a voluntad. Es más fácil invitar al enemigo a sus corazones que despedirlo después que ha ocupado el territorio. Su orgullo se hiere fácilmente y usted necesita acercarse a Dios y buscar gracia fervientemente -- la gracia divina --, para soportar las privaciones como un buen soldado de Jesucristo. Dios será su ayudador si lo elige a él como su fuerza. Ambos debieran cultivar una mayor devoción a Dios. La única manera de

velar humildemente es velar con oración. No piensen por un momento que pueden sentarse cómodamente y gozar de la vida, y pensar en su propio placer y conveniencia. La vida de Cristo es nuestro ejemplo. Él era un hombre de dolores y experimentado en quebrantos; fue herido y lastimado. Ustedes están demasiado satisfechos con su posición. Necesitan constante vigilancia, no sea que Satanás los seduzca mediante sus sutilezas, corrompa sus mentes y los haga caer en contradicciones y en una grosera oscuridad. Su vigilancia debiera caracterizarse por un espíritu de humilde dependencia de Dios. No debiera realizarse con un espíritu orgulloso y de confianza propia, sino con un sentido profundo de su debilidad personal y una confianza infantil en las promesas de Dios.

Ahora es una tarea fácil y placentera predicar la verdad del mensaje del tercer ángel, en comparación con lo que era cuando recién comenzó a proclamarse, cuando los Números eran pocos y se nos miraba como fanáticos. Aquellos que llevaban la responsabilidad del mensaje

durante sus comienzos y progreso inicial del mensaje sabían lo que eran conflictos, aflicción y angustia del alma. La carga pesaba sobre ellos día y noche. No pensaban en descanso ni en conveniencias, aunque estaban abrumados por el sufrimiento y la enfermedad. La brevedad del tiempo requería actividad y los obreros eran pocos.

Frecuentemente, cuando teníamos que vernos en situaciones de apremio, pasábamos toda la noche en oración ferviente y agonizante, con lágrimas, en busca de la ayuda de Dios y de luz que resplandeciera sobre su Palabra. Cuando llegaba la luz y las nubes habían sido rechazadas, ¡qué gozo y qué felicidad agradecida descansaba sobre los ansiosos y fervientes investigadores! Nuestra gratitud a Dios era tan completa como había sido nuestro ferviente y anhelante clamor por luz. Algunas noches no podíamos dormir porque nuestros corazones estaban desbordando de amor y gratitud a Dios.

Los hombres que salen ahora a predicar la verdad tienen a su disposición materiales que han

sido preparados para ellos. No pueden ahora experimentar privaciones como las que soportaron los obreros en la verdad presente antes que ellos. La verdad ha sido publicada, eslabón tras eslabón, hasta formar una cadena clara y unida. Presentar la verdad con tal claridad y armonía ha requerido cuidadosa investigación. La oposición, sumamente amarga y resuelta, condujo a los siervos de Dios al Señor y a sus Biblias. Ciertamente les fue preciosa la luz que vino de Dios.

Se me ha mostrado que la razón por la que algunos no pueden distinguir lo bueno es porque han halagado durante mucho tiempo al enemigo que ha trabajado lado a lado con ellos mientras no han discernido su poder. A veces parece difícil esperar pacientemente hasta que llega el tiempo de Dios para vindicar el bien. Pero se me ha mostrado que si nos volvemos impacientes perdemos una rica recompensa. Como fieles labradores en el gran campo de Dios, debemos sembrar con lágrimas y ser pacientes y llenos de esperanza. Debemos enfrentar problemas y tristezas. Tentaciones y trabajos penosos afligirán el alma, pero debemos

esperar pacientemente con fe para cosechar con gozo. Durante la victoria final Dios no necesitará a las personas que en tiempos de riesgo y peligro no se encuentran en ninguna parte, cuando se requieren la fuerza, el valor y la influencia de todos para arremeter contra el enemigo. Aquellos que permanecen como soldados fieles para batallar contra el mal y vindicar el bien, luchando contra principados y potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra huestes espirituales de maldad en los lugares celestes, recibirá cada uno la alabanza del Maestro: “Bien, buen siervo y fiel;... entra en el gozo de tu Señor”. (Mateo 25:21)

Nunca hubo mayor necesidad de advertencias y reprensiones fieles, y un trato estricto y directo, como en este tiempo. Satanás ha descendido con gran poder, sabiendo que tiene poco tiempo. Está inundando el mundo con fábulas agradables, y al pueblo de Dios le encanta que se le hablen cosas halagadoras. El pecado y la iniquidad no son aborrecidos. Se me mostró que el pueblo de Dios debe hacer esfuerzos más firmes y resueltos para

rechazar las tinieblas que están por llegar. Se necesita ahora como nunca antes la obra cabal del Espíritu de Dios. Hay que liberarse de toda tontería. Debemos despertar del letargo que traerá nuestra destrucción a menos que lo resistamos. Satanás tiene una influencia poderosa, dominante, sobre las mentes. Los predicadores y la gente están en peligro de ser hallados del lado de las potestades de las tinieblas. No hay tal cosa ahora como una posición neutral. Estamos decididamente en favor de lo bueno o decididamente de parte de lo malo. Cristo dijo: “El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama”. (Mateo 12:30)

Siempre se encontrarán aquellos que simpatizarán con los que están equivocados. Satanás tuvo simpatizantes en el cielo, y tomó consigo una gran cantidad de los ángeles. Dios y Cristo y los ángeles celestiales estaban de un lado, y Satanás del otro. Pese al poder infinito y a la majestad de Dios y de Cristo, hubo ángeles que se volvieron desleales. Las insinuaciones de Satanás tuvieron efecto y ellos realmente llegaron a creer

que el Padre y el Hijo eran sus enemigos y que Satanás era su benefactor. Satanás tiene el mismo poder y el mismo control sobre las mentes ahora, sólo que lo ha centuplicado mediante el ejercicio y la experiencia. Actualmente los hombres y las mujeres son engañados, cegados por sus insinuaciones y ardides, y no lo saben. Al dar lugar a las dudas y la incredulidad respecto a la obra de Dios, y al acariciar sentimientos de desconfianza y celos crueles, se están preparando para un engaño completo. Se levantan con sentimientos amargos contra aquellos que se atreven a hablar de sus errores y reprobar sus pecados.

Aquellos que en el temor de Dios se han aventurado a enfrentar fielmente el error y el pecado, llamando al pecado por el nombre que le corresponde, han cumplido con un deber desagradable que les ha acarreado gran sufrimiento emocional: consiguen la simpatía de unos pocos y sufren el menosprecio de muchos. Pero los simpatizantes de los pecadores reprendidos están del lado equivocado y cumplen los propósitos de Satanás para derrotar el designio de Dios.

Las reprensiones siempre lastiman la naturaleza humana. Sin embargo muchas son las almas que han sido destruidas por la simpatía imprudente de sus hermanos; porque, debido a que los hermanos simpatizaron con ellos, pensaron que ciertamente se había abusado de ellos, y que el reprensor estaba completamente equivocado y demostraba mal espíritu. La única esperanza para los pecadores en Sion es ver completamente sus errores y confesarlos, y apartarse de ellos. Los que se interponen para destruir el filo del reproche cortante que Dios envía, diciendo que el reprensor estaba parcialmente equivocado y que el reprobado no estaba justamente en lo correcto, agradan al enemigo. Cualquier medio que Satanás pueda idear para hacer que los reproches pierdan completamente su efecto, logrará su propósito. Algunos culparán al que Dios ha enviado con un mensaje de advertencia, diciendo: Es demasiado severo; y al hacerlo, llegan a ser responsables por el alma del pecador a quien Dios deseaba salvar, y a quien, porque lo amaba, envió una corrección para que pudiera humillar su alma ante Dios y

desechar sus pecados. Estos falsos simpatizantes tendrán una cuenta que arreglar con el Maestro en una ocasión futura por su obra de muerte.

Hay muchos que profesan creer la verdad, que están ciegos hacia sus propios peligros. Acarician la iniquidad en sus corazones y la practican en sus vidas. Sus amigos no pueden leer sus corazones, y frecuentemente piensan que los tales están en lo correcto. Black Hawk, Colorado, 12 de agosto de 1873.

Capítulo 30

# Soñar despierto

Querida hermana E: Se me ha mostrado que usted necesita una conversión completa. Usted ha aceptado la verdad, pero no ha recibido las bendiciones que trae la verdad, porque no ha experimentado su poder transformador. Usted está en peligro de perder ambos mundos a menos que experimente una obra de gracia más cabal en su corazón y a menos que su voluntad sea puesta en conformidad con la mente y la voluntad de Cristo.

Usted no está ahora en la huella correcta para obtener esa paz y felicidad que el creyente genuino, humilde y portador de la cruz, está seguro de recibir. Usted tiene el molde del carácter de su padre. Tiene una disposición egoísta; no comprende esto, pero es así. Sus principales pensamientos son para usted, para agradarse a sí misma, para hacer las cosas que más le complacen, sin interesarle la felicidad de los que la rodean. Usted está cometiendo un error en la búsqueda de

la felicidad. Si la encuentra, será en el cumplimiento del deber y el olvido del yo. Mientras sus pensamientos se concentren tanto en usted, no puede ser feliz.

Usted descuida de ocuparse alegremente en la obra que Dios le ha dejado para hacer. Pasa por alto los deberes comunes y sencillos que están directamente en su camino, y su mente desvaría pensando en algún trabajo más grande, que se imagina que será más compatible con su gusto, y que suplirá el vacío que hay en su vida, la aridez de su alma. Seguramente usted se chasqueará aquí. La obra que Dios le ha dejado para hacer es asumir los deberes comunes y cotidianos que están a su alrededor, y realizar los deberes sencillos y domésticos de la vida con alegría, no mecánicamente, sino poniendo su corazón en lo que hace, realizando con su corazón, como también con sus manos, los deberes sencillos que están delante suyo.

Usted no procura hacer felices a otros; sus ojos no están abiertos, tratando de discernir qué cosas

pequeñas puede hacer, qué pequeñas atenciones en las cortesías diarias de la vida puede mostrar a sus padres y a los miembros de la familia. Usted ha sentido demasiado que era una virtud aislarse de la familia y rumiar sus pensamientos infelices y su experiencia desdichada, recogiendo espinas, y solazándose en herirse con ellas. Usted cede al hábito de soñar despierta, que debe romperse. Deja deberes sin hacer. Descuida el trabajo que debe hacer para socorrer a otros por el placer de complacerse en sus meditaciones desdichadas. Usted no se conoce. ¡Acometa el deber! Despierte y emprenda su deber descuidado. Redima el pasado mediante la fidelidad futura. Haga el trabajo que tiene por delante y, al cumplir fielmente el deber, se olvidará de usted misma y no tendrá tiempo para meditar y volverse melancólica, y sentirse displicente e infeliz.

Tiene que aprender casi todo en la experiencia cristiana. No está mejorando tan rápido como podría, y como debería, si alguna vez va a obtener la vida eterna. Ahora está formando un carácter para el cielo o uno que la excluirá del cielo. Ha

tenido su mente y sus pensamientos tan concentrados en su propia persona, que no ha comprendido qué debe hacer a fin de llegar a ser una verdadera seguidora del manso y humilde Jesús. Usted ha descuidado sus deberes domésticos. Ha sido una nube y una sombra en la familia, cuando era su privilegio esparcir luz y ser una bendición para los seres queridos que están a su alrededor. Usted ha sido quisquillosa, irritable y desdichada cuando en realidad no había ninguna razón para que fuera así. No ha estado alerta para ver qué podría hacer para levantar las cargas que lleva su madre y para bendecir a sus padres en toda forma posible. Usted ha acudido a sus padres y hermanas para que le ayuden a ser feliz y para que la atiendan, para que trabajen para usted, mientras sus pensamientos han estado centrados en usted misma. No ha tenido la gracia de Dios en su corazón, mientras que se ha engañado pensando que realmente estaba adelantada en el conocimiento de la voluntad divina.

Usted ha estado lista para conversar con aquellos que no son de nuestra fe, cuando es

imposible para usted presentar una razón inteligente de nuestra fe ante ellos. En esto no representa correctamente la verdad y hace mucho más daño a la causa de la verdad que bien. Si usted hablara menos en vindicación de nuestra fe y estudiara más su Biblia y permitiera que su conducta fuera de tal carácter que testificara que la influencia de la verdad era buena en su corazón y en su vida, haría mucho más bien que meramente hablando, mientras carece de fidelidad en tantas cosas.

Si usted es cuidadosa en seguir el ejemplo de nuestro abnegado y sacrificado Redentor, que siempre estaba tratando de hacer bien y bendecir a otros, pero sin buscar la comodidad y el placer y los deleites para sí mismo, entonces bendecirá a otros con su influencia. En nuestro trato con la sociedad, en la familia, o en cualesquiera relaciones que trabemos en la vida, sean ellas limitadas o extensas, hay muchas maneras por las cuales podemos reconocer a nuestro Señor, y muchas maneras por las cuales le podemos negar. Podemos negarle en nuestras palabras, por hablar

mal de otros, por conversaciones insensatas, bromas y burlas, por palabras ociosas o desprovistas de bondad, o prevaricando al hablar contrariamente a la verdad. Con nuestras palabras podemos confesar que Cristo no está en nosotros. Con nuestro carácter podemos negarle, amando nuestra comodidad, rehuyendo los deberes y las cargas de la vida que alguien debe llevar si nosotros no lo hacemos, y amando los placeres pecaminosos. También podemos negar a Cristo por el orgullo de los vestidos y la conformidad al mundo, o por una conducta descortés. Podemos negarle amando nuestras propias opiniones, y tratando de ensalzar y justificar el yo. Podemos también negarle permitiendo que la mente se espacie en un sentimiento de amor enfermizo y meditando en nuestra supuesta mala suerte y pruebas.

Nadie puede confesar verdaderamente a Cristo delante del mundo, a menos que vivan en él la mente y el espíritu de Cristo. Es imposible comunicar lo que no poseemos. La conversación y la conducta deben ser una expresión verdadera y

visible de la gracia y verdad interiores. Si el corazón está santificado, será sumiso y humilde, los frutos se verán exteriormente, y ello será una muy eficaz confesión de Cristo. Las palabras y la profesión de fe no bastan. Usted, hermana mía, debe tener algo más que esto. Está engañándose a sí misma. Su espíritu, su carácter y sus acciones no manifiestan un espíritu de mansedumbre, abnegación y caridad. Las palabras y la profesión de fe pueden expresar mucha humildad y amor, pero si la conducta no está regida por la gracia de Dios, no se participa del don celestial, no se ha abandonado todo para Cristo, la voluntad no se ha rendido para seguirle a él.

Usted peca y niega a su Salvador al espaciarse en pensamientos lúgubres, al acumular pesares y tomar prestadas aflicciones. Introduce en el día de hoy las aflicciones de mañana, amarga su corazón, impone cargas y nubes a los que la rodean y se fabrica pruebas. El precioso tiempo de gracia que Dios le ha dado para que haga bien y se enriquezca con buenas obras, usted lo emplea imprudentemente en pensamientos de pesar y en

edificar castillos en el aire. Deja que su imaginación se espacie en temas que no le traerán alivio ni felicidad. Sus sueños se oponen directamente a que obtenga una experiencia sana e inteligente en las cosas de Dios y una idoneidad moral para una vida mejor.

Recibida en el corazón, la verdad de Dios puede hacernos sabios para salvación. Al creerla y obedecerla, recibiremos gracia suficiente para los deberes y las pruebas de hoy No necesitamos la gracia para mañana. Debemos comprender que hemos de tratar tan sólo con el día de hoy. Venzamos hoy; neguémonos a nosotros mismos; velemos y oremos ahora. Obtengamos victorias en Dios hoy. Las circunstancias y el ambiente que nos rodean, los cambios que se realizan diariamente alrededor nuestro y la Palabra escrita de Dios que discierne y prueba todas las cosas bastan para enseñarnos nuestro deber y lo que debemos hacer día tras día: En vez de permitir que nuestra mente se espacie en pensamientos de los cuales no obtenemos beneficio alguno, debemos escudriñar las Escrituras diariamente y cumplir en la vida

cotidiana los deberes que tal vez ahora nos resulten penosos, pero que alguien debe cumplir.

Las bellezas de la naturaleza tienen una lengua que habla incesantemente a nuestros sentidos. El corazón abierto puede ser impresionado por el amor y la gloria de Dios, que se notan en las obras de sus manos. El oído atento puede oír y comprender las comunicaciones de Dios mediante las obras de la naturaleza. Hay una lección en el rayo de sol, y en los diversos objetos de la naturaleza que Dios presenta a nuestra vista. Los campos verdes, los altos árboles, los pimpollos y las flores, la nube pasajera, la lluvia que cae, el arroyo que murmura, el sol, la luna y las estrellas del firmamento, todas estas cosas atraen nuestra atención y meditación y nos invitan a conocer al Dios que lo hizo todo. Las lecciones que se pueden aprender de los diversos objetos del mundo natural son las siguientes: Ellos son obedientes a la voluntad de su Creador, nunca niegan a Dios i rehúsan obedecer cualquier indicación de su voluntad. Los seres caídos son los únicos que se niegan a rendir plena obediencia a su Hacedor. Sus

palabras y obras están en discrepancia con Dios y se oponen a los principios de su gobierno.

Sus pensamientos no son elevados. Hay suficiente [belleza] en el mundo natural como para inducirla a amar y adorar a su Creador. Hay materia de reflexión sin necesidad de encerrarse para alimentarse de esperanzas chasqueadas e imaginaciones pervertidas. No se prepare para hablar con incrédulos y para entrar en discusión con aquellos que se oponen a la verdad, porque usted no está equipada con conocimiento de la Escritura para hacer esto. Usted ha descuidado el estudio de su Biblia. Puede recomendar mejor la verdad mediante la mansedumbre de su vida y el fiel cumplimiento de sus deberes diarios. Si es concienzudamente estricta para hacer su parte, y es fiel y empeñosa para ver qué puede y qué debería hacer en favor de aquellos por quienes trabaja, entonces representará mejor la verdad. La mejor manera como puede recomendar la verdad no es por discusión ni hablando, sino viviéndola diariamente, llevando una vida consecuente, modesta, humilde como un discípulo de Cristo.

Es triste estar descontento con lo que nos rodea o con las circunstancias que nos han colocado donde nuestros deberes parecen humildes e intrascendentes. Los deberes personales y humildes son desagradables para usted; y está inquieta, ansiosa e insatisfecha. Todo esto brota del egoísmo. Piensa en usted misma más de lo que otros piensan en su persona. Usted se ama más de lo que ama a sus padres, hermanas y hermano, y más de lo que ama a Dios. Desea un trabajo más agradable para el cual piensa que estará mejor equipada. No está dispuesta a trabajar y esperar en la humilde esfera de acción donde Dios la ha colocado, hasta que él la pruebe y usted demuestre su capacidad e idoneidad para una posición más elevada. “Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad”. (Mateo 5:5) El espíritu de mansedumbre no es un espíritu de descontento; sino que es directamente lo opuesto.

Los profesos cristianos que están siempre quejándose y lamentándose, y que parecen creer que la felicidad y un rostro alegre son un pecado,

no profesan la verdadera religión. Los que consideran el escenario hermoso de la naturaleza como si fuera un cuadro muerto, que prefieren contemplar las hojas muertas más bien que recoger las hermosas flores frescas, que se deleitan con morbidez en el lado melancólico del lenguaje que les habla el mundo natural, que no aprecian la belleza de los valles vestidos de verde y de las altas cimas de las montañas, que cierran sus oídos a la voz gozosa de la naturaleza, que es dulce música para el oído que la escucha, los tales no están en Cristo. No andan en la luz, sino que juntan para ellos mismos tinieblas y lobreguez, cuando podrían tener alegría y ver nacer en su corazón la bendición del Sol de Justicia con sanidad en sus rayos.

Mi joven hermana, usted está viviendo una vida imaginaria. No puede detectar o darse cuenta de una bendición en nada. Se imagina problemas y pruebas que no existen; exagera pequeñas molestias convirtiéndolas en pruebas dolorosas. Ésta no es la mansedumbre que Cristo bendijo. Es un descontento no santificado, rebelde, impropio de una hija. La mansedumbre es una gracia

preciosa, dispuesta a sufrir silenciosamente, dispuesta a soportar pruebas. La mansedumbre es paciente y se esfuerza por ser feliz bajo toda circunstancia. La mansedumbre está siempre agradecida y compone sus propios cantos de felicidad, haciendo una melodía en el corazón de Dios. La mansedumbre sufrirá chascos e injusticias, y no se vengará. La mansedumbre no ha de ser taciturna ni malhumorada. Un temperamento adusto es lo opuesto a la mansedumbre, porque esto sólo hiere y da dolor a otros, y no encuentra satisfacciones para sí.

Usted acaba de entrar en la escuela de Cristo. Todavía tiene casi todo por aprender. No se viste ahora extravagantemente, pero se enorgullece de la apariencia. Desea vestirse con menos sencillez. Piensa considerablemente más en el vestido que lo que debiera. Cristo la invita: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga”. (Mateo

11:28-30) Someta su cuello al yugo que Cristo impone y encontrará en esta sumisión la misma felicidad que ha tratado de obtener para sí en su propia manera siguiendo su propio curso de conducta.

Usted puede estar contenta si somete incluso sus pensamientos a la voluntad de Cristo. No debiera demorarse sino escudriñar cuidadosamente su propio corazón y morir al yo diariamente. Quizás usted pregunte: ¿Cómo puedo dominar mis propias acciones y controlar mis emociones interiores? Muchos que no profesan el amor de Dios controlan su espíritu en una medida considerable sin la ayuda de la gracia especial de Dios. Cultivan el dominio propio. Éste es ciertamente un reproche para los que saben que de Dios pueden obtener fuerza y gracia, y sin embargo no exhiben las gracias del Espíritu. Cristo es nuestro modelo. Fue manso y humilde. Aprenda de él e imite su ejemplo. El Hijo de Dios era sin tacha. Debemos apuntar a esta perfección y vencer como él venció, si queremos sentarnos a su mano derecha.

Usted tiene peculiaridades de carácter que necesitan ser severamente disciplinadas y controladas en forma resuelta antes que pueda con alguna seguridad entrar en la relación matrimonial. Por lo tanto debiera desterrar de su mente el matrimonio hasta que venza los defectos de su carácter, porque no sería una esposa feliz. Ha descuidado la tarea de educarse a sí misma para un trabajo doméstico sistemático. No ha visto la necesidad de adquirir hábitos de laboriosidad. El hábito de disfrutar del trabajo útil, una vez formado, nunca se perderá. Entonces estará preparada para que se la coloque en cualquier circunstancia en la vida, y será idónea para el cargo. Aprenderá a amar la actividad. Si disfruta del trabajo útil, su mente estará ocupada con su empleo, y no encontrará tiempo para ceder a fantasías ilusorias.

El conocimiento del trabajo útil le impartirá a su mente inquieta e insatisfecha, energía, eficiencia y una dignidad apropiada, modesta, que infundirá respeto. Usted se conoce muy poco; desconoce los

engaños de su propio corazón. El corazón es engañoso más que todas las cosas y desesperadamente perverso. Escudriñe su corazón cuidadosamente, y tome tiempo para la meditación y la oración. A menos que perciba los defectos de su carácter y con sinceridad genuina corrija sus errores, no puede ser una discípula de Cristo.

A usted le encanta pensar y hablar acerca de hombres jóvenes. Interpreta sus cortesías como una consideración especial hacia usted. Se ilusiona de que se la estima mucho más de lo que realmente sucede. Su conversación debiera tratar de temas provechosos, que refinen y eleven. Mi querida niña, usted no está cultivando hábitos de franqueza y sinceridad. Su corazón no es recto. Su influencia no es buena sobre los jóvenes, porque no tiene la mente de Cristo; sin embargo, se jacta de que ha progresado mucho en la vida cristiana.

Debe comenzar una reforma en la familia de su padre. Usted lleva la estampa del carácter de su padre. Debiera esforzarse por evitar sus errores y sus extremos. Si verdaderamente es una discípula

de Cristo, verá un trabajo importante que hacer en su hogar. Cada familia puede ser una escuela perpetua. Las hermanas mayores pueden ejercer una fuerte influencia sobre los miembros más jóvenes de la familia. Los más jóvenes, al presenciar el ejemplo de los mayores, serán guiados más por el principio de la imitación que por los preceptos repetidos a menudo. La hija mayor debiera siempre sentir que le corresponde el deber cristiano de ayudar a la madre a atender sus muchas cargas fatigosas. Las horas que se pasan en la cama, durmiendo, o en meditaciones sombrías, son peores que perdidas, mientras que los hombros de algunos en la familia se doblegan para llevar la carga pesada y penosa.

Las hijas mayores pueden ayudar en la educación de los miembros más jóvenes de la familia. Aquí hay una oportunidad excelente para usted, la de enseñar con bondad a los menos adelantados, diligentemente y teniendo ante usted el temor del Señor. Puede ganar los afectos de aquellos a quienes trata de ayudar. Puede tener aquí una de las mejores escuelas para ejercitar las

gracias cristianas. Usted no ama a los niños. En realidad, no ama nada que requiera un esfuerzo resuelto, serio, perseverante. Usted no ama la aplicación constante. Ama el cambio y la variedad, y constantemente está buscando algo que le agrade y le dé felicidad. Necesita autoeducación, y puede obtener la ahora mejor que en cualquier tiempo futuro. Tiene que cambiar casi en todo aspecto de su vida, y quiera Dios ayudarle a emprender el trabajo sin demora. Sólo los puros, los buenos y los santos morarán con Cristo cuando él venga en su reino. Usted no puede obtener el cielo sin esfuerzo ferviente, perseverante.

Como se la ve a la luz del cielo, su vida hasta aquí ha sido sin propósito y casi sin utilidad. Ahora tiene la oportunidad de redimir el tiempo y de lavar el manto de su carácter en la sangre del Cordero. Dios le ayudará si usted siente su necesidad de la ayuda divina. Su justicia no es de valor ante Dios. Será victoriosa al fin sólo a través de los méritos de Cristo. Y si puede estar entre aquellos que serán salvados con salvación eterna, el cielo habrá valido la pena.

Capítulo 31

# La gran rebelión

Coré, Datán y Abiram se rebelaron contra Moisés y Aarón, y por ende contra el Señor. El Señor había colocado responsabilidades especiales sobre Moisés y Aarón al seleccionarlos para el sacerdocio y al conferirles la dignidad y la autoridad de dirigir la congregación de Israel. Moisés se sentía afligido por la continua rebelión de los hebreos. Como dirigente visible y designado por Dios, había estado relacionado con los israelitas durante tiempos de peligro, y había soportado sus descontentos, sus celos y murmuraciones sin represalias y sin tratar de verse libre de su cargo difícil.

Cuando los hebreos fueron colocados en escenas de peligro o en las que se restringía su apetito, en vez de confiar en Dios, que había hecho cosas maravillosas para ellos, murmuraban contra Moisés. El Hijo de Dios, aunque invisible para la congregación, era el dirigente de los israelitas. Su

presencia iba delante de ellos y conducía todos sus viajes, mientras que Moisés era su líder visible, quien recibía instrucciones del Ángel, que era Cristo.

## Idolatría ruin

En ausencia de Moisés, la congregación le demandó a Aarón que les hiciera dioses que fuesen delante de ellos y los guiaran de regreso a Egipto. Esto era un insulto a su Dirigente principal, el Hijo del Dios infinito. Sólo unas pocas semanas antes, habían estado temblando de pavor y terror delante del monte, escuchando las palabras del Señor: “No tendrás dioses ajenos delante de mí”. (Éxodo 20:3) La gloria que santificó el monte cuando se oyó la voz que lo sacudió hasta sus fundamentos, todavía se cernía sobre la montaña a la vista de la congregación; pero los hebreos apartaron sus ojos y pidieron otros dioses. Moisés, su dirigente visible, se hallaba conversando con Dios en el monte. Olvidaron la promesa y la advertencia de Dios: “He aquí yo envío mi Ángel delante de ti para que te guarde en el camino, y te introduzca en el lugar

que yo he preparado. Guárdate delante de él, y oye su voz; no le seas rebelde; porque él no perdonará vuestra rebelión, porque mi nombre está en él". (Éxodo 23:20, 21)

Los hebreos fueron cruelmente incrédulos y vilmente ingratos en su pedido profano: "Haznos dioses que vayan delante de nosotros". (Éxodo 32:1) Si bien Moisés estaba ausente, la presencia del Señor permaneció con ellos; los israelitas no fueron abandonados. El maná continuó cayendo, y mañana y noche eran alimentados por una mano divina. La columna de nube durante el día y la columna de fuego por la noche significaban la presencia de Dios, la que era un memorial viviente ante ellos. La presencia divina no dependía de la presencia de Moisés. Pero al mismo tiempo en que él intercedía ante el Señor en el monte en su favor, ellos se precipitaban para cometer errores vergonzosos, para caer en la transgresión de la ley que les había sido dada tan recientemente en forma grandiosa.

Aquí vemos la debilidad de Aarón. Si él

hubiera permanecido con verdadero valor moral y hubiera rechazado firmemente a los dirigentes en este vergonzoso pedido, sus palabras oportunas habrían evitado esa terrible apostasía. Pero su deseo de ser popular con la congregación y su temor de incurrir en su desagrado, lo condujeron a sacrificar cobardemente la lealtad de los hebreos en ese momento decisivo. Levantó un altar, hizo un ídolo, y proclamó un día para consagrar esa imagen como un objeto de adoración y para anunciar ante todo Israel: “Estos son tus dioses, que te sacaron de la tierra de Egipto”. (Éxodo 32:4) Mientras la cumbre del monte todavía está iluminada por la gloria de Dios, él presencia serenamente el regocijo y las danzas en torno a esta imagen sin sentido; y el Señor envía a Moisés para que descienda del monte a fin de reprender al pueblo. Pero Moisés no consintió en dejar el monte hasta que sus ruegos en favor de Israel fueron oídos y hasta que se le concedió su pedido de que Dios los perdonara.

## Las tablas de la ley rotas

Moisés vino del monte con el precioso

documento en sus manos, una promesa de Dios al hombre bajo la condición de la obediencia. Moisés era el hombre más manso de la tierra, pero cuando vio la apostasía de Israel se airó y sintió celos por la gloria de Dios. En su indignación arrojó al suelo la preciosa promesa de Dios, que le era más cara que la vida. Vio la Ley quebrantada por los hebreos, y en su celo por Dios, para desacreditar el ídolo que estaban Sadorando, sacrificó las tablas de piedra. Aarón se mantuvo allí, sereno, soportando pacientemente la censura severa de Moisés. Todo esto podría haberse evitado con una palabra de Aarón en el momento debido. Una decisión leal, noble, en favor de lo recto en la hora de peligro de Israel habría balanceado sus mentes en la dirección correcta.

¿Condena Dios a Moisés? No, no; la gran bondad de Dios perdona el arrebato y el celo de Moisés, porque todo fue hecho a causa de su fidelidad [a Dios] y por su chasco y dolor ante el espectáculo que contemplaron sus ojos frente a la evidencia de la apostasía de Israel. El hombre que podría haber salvado a los hebreos en la hora de su

peligro está en calma. No muestra indignación a causa de los pecados del pueblo, ni se reprocha a sí mismo ni manifiesta remordimiento bajo la sensación de sus errores; pero procura justificar su conducta en un grave pecado. Hace responsable al pueblo por su debilidad al ceder a sus exigencias. No estaba dispuesto a soportar la murmuración de Israel y a resistir bajo la presión de sus clamores y deseos irrazonables, como lo había hecho Moisés. Entró sin protestar en el espíritu y los sentimientos del pueblo, y luego trató de hacerlos responsables. La congregación de Israel pensó que Aarón era un dirigente mucho más agradable que Moisés. No era tan inflexible. Pensaban que Moisés mostraba un muy mal espíritu y sus simpatías se inclinaron por Aarón, a quien Moisés censuró tan severamente. Pero Dios perdonó la imprudencia del celo honesto de Moisés mientras que consideró a Aarón responsable por su debilidad pecaminosa y su falta de integridad bajo la presión de las circunstancias. A fin de salvar su persona, Aarón sacrificó a miles de israelitas. Los hebreos sintieron el castigo de Dios por este acto de apostasía, pero poco después estuvieron nuevamente llenos de descontento y

rebelión.

## El pueblo murmura

Cuando los ejércitos de Israel prosperaban, se apropiaban de toda la gloria; pero cuando eran probados por el hambre o la guerra le achacaban a Moisés todas sus dificultades. El poder de Dios que se manifestó en una manera notable en su liberación de Egipto, y que de tanto en tanto era visto a lo largo de sus viajes, debiera haberlos inspirado con fe y cerrado sus labios para siempre para que no salieran de ellos expresiones de ingratitud. Pero el menor indicio de que surgiría una necesidad, el mínimo temor de un peligro de cualquier causa, contrabalanceaban los beneficios en su favor y los hacía pasar por alto las bendiciones recibidas en sus tiempos de mayor peligro. La experiencia por la que pasaron en el asunto de la adoración del becerro de oro debiera haber producido una impresión tan profunda en sus mentes que nunca tendría que haberse borrado. Pero aunque las huellas del desagrado de Dios estaban frescas ante ellos en sus filas raleadas y en

el número que faltaba debido a sus reiteradas ofensas contra el Ángel que los estaba conduciendo, no tomaron a pecho estas lecciones ni redimieron su pasado fracaso mediante una obediencia fiel; y nuevamente fueron vencidos por las tentaciones de Satanás.

Los mejores esfuerzos del hombre más manso de la tierra no pudieron sofocar su insubordinación. El interés abnegado de Moisés fue retribuido con celos, sospechas y calumnias. Su humilde vida de pastor de ovejas era por lejos más pacífica y feliz que su puesto actual como pastor de esa vasta congregación de espíritus turbulentos. Sus celos irrazonables eran más difíciles de manejar que los lobos fieros del desierto. Pero Moisés no osó elegir su propio camino y hacer lo que más le agradaba. A la orden de Dios había dejado el cayado del pastor y en su lugar había recibido una vara de poder. No se atrevía a deponer este cetro y renunciar a su posición hasta que Dios lo despidiera.

Es la obra de Satanás tentar las mentes.

Insinuará sus sugestiones arteras y agitará dudas, cuestionamientos, incredulidad y desconfianza de las palabras y acciones del que lleva responsabilidades y que está tratando de implementar los planes de Dios en sus labores. Es el propósito especial de Satanás volcar sobre y alrededor de los siervos elegidos de Dios, dificultades, perplejidades y oposición, de modo que se vean obstaculizados en su trabajo y, que si es posible, se desanimen. Los celos, las luchas y las conjeturas malignas contrarrestarán, en gran medida, los mejores esfuerzos que los siervos de Dios, asignados a una obra especial, sean capaces de realizar.

El plan de Satanás es sacarlos del puesto del deber trabajando mediante sus agentes. Usará como sus instrumentos a todos los que pueda instigar a albergar desconfianza y sospechas. La forma de Moisés de asumir las cargas que él sobrellevaba en el Israel de Dios, no era apreciada. Hay en la naturaleza del hombre, cuando no está bajo la influencia directa del Espíritu de Dios, una inclinación a la envidia, los celos y la desconfianza

cruel, la cual, si no es subyugada, conducirá a un deseo de socavar y denigrar a otros, mientras que espíritus egoístas tratarán de afirmarse en ellos mismos sobre sus ruinas.

## Coré, Datán y Abiram

Por instrucción de Dios se habían confiado honores especiales a estos hombres. Habían pertenecido a ese grupo que, con los setenta ancianos, subieron con Moisés al monte y contemplaron la gloria de Dios. Vieron la luz gloriosa que cubría la forma divina de Cristo. La base de esta nube tenía una apariencia semejante a "un embaldosado de zafiro, semejante al cielo cuando está sereno". (Éxodo 24:10) Estos hombres estuvieron en la presencia de la gloria del Señor y comieron y bebieron sin ser destruidos por la pureza y la gloria no superada que se reflejaba sobre ellos. Pero se había producido un cambio. Habían albergado una tentación, insignificante al principio; y al ser estimulada, se había fortalecido hasta que la imaginación fue controlada por el poder de Satanás. Estos hombres, en base a la

excusa más frívola, se atrevieron a llevar adelante su obra de deslealtad. Al principio insinuaron y expresaron dudas, que fueron acogidas con tanta facilidad por muchas mentes que se atrevieron a ir aún más lejos. Y al confirmarse más y más en sus sospechas por lo que decían unos y otros, cada uno expresando lo que pensaba de ciertas cosas que habían llegado a su conocimiento, estas almas engañadas realmente creyeron que tenían un celo por el Señor en el asunto y que no tendrían excusa a menos que cumplieran plenamente su propósito de hacerle ver y sentir a Moisés la absurda posición que ocupaba respecto a Israel. Un poco de levadura de desconfianza y disensión, envidia y celos estaba leudando el campamento de Israel.

Coré, Datán y Abiram comenzaron primero su obra cruel con los hombres a quienes Dios había confiado responsabilidades sagradas. Tuvieron éxito en apartar de su lealtad a Dios a doscientos cincuenta príncipes que eran famosos en la congregación, hombres de renombre. Con estos hombres fuertes e influyentes de su lado, se sintieron seguros de que harían un cambio radical

en el estado de cosas. Pensaron que podrían transformar el gobierno de Israel y mejorarlo grandemente respecto a su presente administración.

Coré no estaba satisfecho con el puesto que ocupaba. Estaba vinculado con el servicio del tabernáculo, sin embargo deseaba ser exaltado al sacerdocio. Dios había establecido a Moisés como principal gobernador, y el sacerdocio fue dado a Aarón y sus hijos. Coré decidió forzar a Moisés a cambiar el estado de cosas, de modo que él pudiera ser elevado a la dignidad del sacerdocio. Para estar más seguro de lograr su propósito, atrajo a su rebelión a Datán y Abiram, descendientes de Rubén. Ellos razonaron que, siendo descendientes del hijo mayor de Jacob, la principal autoridad, que Moisés usurpó, les pertenecía a ellos; y con Coré, resolvieron obtener el oficio del sacerdocio. Estos tres trabajaron muy activamente en una obra maligna e influenciaron a doscientos cincuenta hombres de renombre, que también estaban decididos a tener una parte en el sacerdocio y el gobierno, para que se les unieran.

Dios había honrado a los levitas para que prestaran servicio en el tabernáculo porque no tuvieron parte en hacer y adorar el becerro de oro y debido a su fidelidad en ejecutar la orden de Dios sobre los idólatras. También se les asignó a los levitas el oficio de erigir el tabernáculo y de acampar alrededor de él, mientras que las huestes de Israel armaban sus tiendas a una distancia del mismo. Y cuando viajaban, los levitas desarmaban el tabernáculo y lo transportaban junto con el arca y todos los artículos sagrados del mobiliario. Debido a que Dios honró así a los levitas, este grupo sintió ambición por un cargo todavía más elevado, a fin de poder tener mayor influencia sobre la congregación. “Y se juntaron contra Moisés y Aarón y les dijeron: ¡Basta ya de vosotros! Porque toda la congregación, todos ellos son santos, y en medio de ellos está Jehová; ¿por qué, pues, os levantáis vosotros sobre la congregación de Jehová?” (Números 16:3)

## Adulación y falsa simpatía

No hay nada que agrade más a la gente que ser

alabada y adulada cuando están en tinieblas y equivocados, y merecen reproche. Coré atrajo la atención de la gente, y luego sus simpatías, al representar a Moisés como un dirigente dominante. Dijo que él era demasiado duro, demasiado exigente, demasiado dictatorial, y que reprobaba a la gente como si fueran pecadores cuando eran un pueblo santo, santificados al Señor, y el Señor estaba entre ellos. Coré repasó los incidentes en la experiencia de ellos en los viajes por el desierto, donde habían sido llevados a lugares difíciles, y donde muchos de ellos habían muerto a causa de su murmuración y desobediencia, y con sus sentidos pervertidos pensaban que veían muy claramente que todos sus problemas podrían haberse evitado si Moisés hubiera seguido un curso diferente de acción. Era demasiado inflexible, demasiado exigente, y llegaron a la conclusión de que todos sus desastres en el desierto eran imputables a él. Coré, el espíritu dirigente, profesaba tener gran sabiduría para discernir la verdadera razón de sus pruebas y aflicciones.

En esta obra de deslealtad había mayor armonía

y unión de puntos de vista y de sentimientos entre estos elementos discordantes que las que jamás se había conocido que existieran antes. El éxito de Coré en ganar para su lado a la mayor parte de la congregación de Israel lo indujo a estar seguro de que era sabio y correcto en su juicio, y que Moisés ciertamente estaba usurpando autoridad, lo que amenazaba la prosperidad y la salvación de Israel. Él sostenía que Dios le había revelado el asunto a él y le había impuesto la carga de cambiar el gobierno de Israel antes que fuera demasiado tarde. Declaró que la congregación no estaba en falta; ellos eran justos. Sostuvo que este gran clamor en cuanto a la murmuración de Israel que trajo sobre ellos la ira de Dios fue toda una equivocación; y que el pueblo sólo quería tener sus derechos; querían independencia individual.

Cuando se imponían a su memoria los recuerdos de la paciencia abnegada de Moisés, y se les presentaban sus esfuerzos desinteresados en su favor cuando estaban en la cautividad de la esclavitud, sus conciencias de algún modo se sentían perturbadas. Algunos no estaban

enteramente del lado de Coré en sus puntos de vista sobre Moisés y trataron de hablar en su favor. Coré, Datán y Abiram debían dar alguna razón ante el pueblo de por qué Moisés había mostrado desde el principio un interés tan grande por la congregación de Israel. Sus mentes egoístas, que habían sido degradadas como instrumentos de Satanás, sugirieron que ellos finalmente habían encontrado el propósito del aparente interés de Moisés. Había planeado mantenerlos vagando en el desierto hasta que todos, o casi todos, perecieran y él tomara posesión de sus bienes.

Coré, Datán y Abiram, y los doscientos cincuenta príncipes que se les habían unido, primero se volvieron celosos, luego envidiosos y después rebeldes. Habían hablado en cuanto al cargo de Moisés como gobernante del pueblo hasta que imaginaron que era un puesto muy envidiable que cualquiera de ellos podía ocupar tan bien como él. Y se entregaron al descontento hasta que realmente se engañaron y pensaron que Moisés y Aarón se habían colocado en la posición que ocupaban en Israel. Dijeron que Moisés y Aarón se

exaltaron por encima de la congregación del Señor al tomar sobre ellos el sacerdocio y el gobierno, y que este oficio no debía conferirse sólo a su casa. Dijeron que era suficiente para ellos si estaban en un mismo nivel con sus hermanos, porque no eran más santos que el pueblo, quienes estaban igualmente favorecidos con la presencia y la protección peculiar de Dios.

## Se prueba el carácter

Mientras Moisés escuchaba las palabras de Coré, se llenó de angustia y cayó sobre su rostro ante el pueblo. “Y habló a Coré y a todo su séquito, diciendo: Mañana mostrará Jehová quién es suyo, y quién es santo, y hará que se acerque a él; al que él escogiere, él lo acercará a sí. Haced esto: tomaos incensarios, Coré y todo su séquito, y poned fuego en ellos, y poned en ellos incienso delante de Jehová mañana; y el varón a quien Jehová escogiere, aquel será el santo; esto os baste, hijos de Leví. Dijo más Moisés a Coré: Oíd ahora, hijos de Leví: ¿Os es poco que el Dios de Israel os haya apartado de la congregación de Israel, acercándoos

a él para que ministréis en el servicio del tabernáculo de Jehová, y estéis delante de la congregación para ministrarles, y que te hizo acercar a ti, y a todos tus hermanos los hijos de Leví contigo? ¿Procuráis también el sacerdocio? Por tanto, tú y todo tu séquito sois los que os juntáis contra Jehová; pues Aarón, ¿qué es, para que contra él murmuréis?" (Números 16:5-11) Moisés les dijo que Aarón no había asumido ningún cargo por sí mismo, sino que Dios lo había colocado en el oficio sagrado.

Datán y Abiram dijeron: "¿Es poco que nos hayas hecho venir de una tierra que destila leche y miel, para hacernos morir en el desierto, sino que también te enseñorees de nosotros imperiosamente? Ni tampoco nos has metido tú en tierra que fluya leche y miel, ni nos has dado heredades de tierras y viñas. ¿Sacarás los ojos de estos hombres? No subiremos". (Vers. 13, 14)

Acusaron a Moisés de ser la causa por la cual ellos no habían entrado en la Tierra Prometida. Dijeron que Dios no los había tratado de ese modo,

y que él no había dicho que debían morir en el desierto, y que nunca creerían que él había dicho eso; era Moisés el que lo había dicho, no el Señor; y esto fue enteramente arreglado por Moisés para nunca conducirlos a la tierra de Canaán. Dijeron que él los condujo desde una tierra que fluía leche y miel. En su ciega rebelión olvidaron sus sufrimientos en Egipto y las plagas desoladoras que habían caído sobre la tierra. Y ahora acusan a Moisés de traerlos de una buena tierra para matarlos en el desierto, para poder enriquecerse con sus posesiones. Le preguntan a Moisés, en una manera insolente, si pensaba que ninguno de la hueste de Israel tenía suficiente sabiduría como para entender sus motivos y descubrir su impostura, o si pensaba que todos se someterían para que él los condujera como hombres ciegos de la manera que se le antojara, algunas veces hacia Canaán, luego nuevamente de regreso hacia el Mar Rojo y Egipto. Dijeron estas palabras delante de la congregación, y se negaron rotundamente a seguir reconociendo la autoridad de Moisés y Aarón.

Moisés se sintió muy conmovido ante estas

acusaciones injustas. Apeló a Dios ante el pueblo para que dijera si alguna vez había actuado arbitrariamente, y le imploró que fuera su juez. El pueblo en general estaba descontento y había sido influenciado por las tergiversaciones de Coré. “Dijo Moisés a Coré: Tú y todo tu séquito, poneos mañana delante de Jehová; tú, y ellos, y Aarón; y tomad cada uno su incensario y poned incienso en ellos, y acercaos delante de Jehová cada uno con su incensario, doscientos cincuenta incensarios; tú también, y Aarón, cada uno con su incensario. Y tomó cada uno su incensario, y pusieron en ellos fuego, y echaron en ellos incienso, y se pusieron a la puerta del tabernáculo de reunión con Moisés y Aarón”. (Números 16:16-18)

Coré y su compañía, que llenos de confianza propia aspiraban al sacerdocio, tomaron los incensarios y se pararon a la puerta del tabernáculo con Moisés. Coré había cultivado su envidia y rebelión hasta que se autoengañó, y realmente pensaba que la congregación era muy justa y que Moisés era un gobernante tiránico, que se explayaba continuamente sobre la necesidad de la

congregación de ser santos, cuando no había necesidad de ello, porque eran santos.

Estos rebeldes habían adulado al pueblo en general y lo habían inducido a creer que eran justos y que todos sus problemas procedían de Moisés, su gobernante, que continuamente estaba recordándoles sus pecados. El pueblo pensaba que si Coré podía dirigirlos y animarlos explayándose en sus actos justos en vez de recordarles sus fracasos, tendrían un viaje muy pacífico y próspero, y sin la menor duda los dirigiría, no hacia atrás y hacia adelante en el desierto, sino a la Tierra Prometida. Dijeron que era Moisés quien les había dicho que no podían entrar en esa tierra, y que el Señor no había dicho así.

**Los rebeldes perecen**

Coré, en su exaltada autoconfianza, reunió a toda la congregación de Israel contra Moisés y Aarón, “a la puerta del tabernáculo de reunión; entonces la gloria de Jehová apareció a toda la congregación. Y Jehová habló a Moisés y a Aarón,

diciendo: Apartaos de entre esta congregación, y los consumiré en un momento. Y ellos se postraron sobre sus rostros, y dijeron: Dios, Dios de los espíritus de toda carne, ¿no es un solo hombre el que pecó? ¿Por qué airarte contra toda la congregación?

“Entonces Jehová habló a Moisés, diciendo: Habla a la congregación y diles: Apartaos de en derredor de la tienda de Coré, Datán y Abiram. Entonces Moisés se levantó y fue a Datán y Abiram, y los ancianos de Israel fueron en pos de él. Y él habló a la congregación, diciendo: Apartaos ahora de las tiendas de estos hombres impíos, y no toquéis ninguna cosa suya, para que no perezcáis en todos sus pecados. Y se apartaron de las tiendas de Coré, de Datán y de Abiram en derredor; y Datán y Abiram salieron y se pusieron a las puertas de sus tiendas, con sus mujeres, sus hijos y sus pequeñuelos. Y dijo Moisés: En esto conoceréis que Jehová me ha enviado para que hiciese todas estas cosas, y que no las hice de mi propia voluntad. Si como mueren todos los hombres murieren éstos, o si ellos al ser visitados

siguen la suerte de todos los hombres, Jehová no me envió. Mas si Jehová hiciere algo nuevo, y la tierra abriere su boca y los tragare con todas sus cosas, y descendieren vivos al Seol, entonces conoceréis que estos hombres irritaron a Jehová". (Números 16:19-30) Cuando Moisés cesó de hablar, la tierra se abrió, y sus tiendas, y todo lo perteneciente a ellos, fue tragado. Descendieron vivos al abismo, la tierra se cerró sobre ellos, y perecieron de entre la congregación.

Cuando los hijos de Israel oyeron el grito de los que perecían, huyeron a gran distancia de ellos. Sabían que en parte eran culpables, porque habían aceptado las acusaciones contra Moisés y Aarón, y temían que también perecerían con ellos. Pero el juicio de Dios aún no había terminado. Vino un fuego de la nube de gloria y consumió a los doscientos cincuenta hombres que ofrecían incienso. Éstos eran príncipes; esto es, hombres generalmente de buen juicio y de influencia en la congregación, hombres de renombre. Eran altamente estimados, y su juicio había sido buscado en asuntos difíciles. Pero fueron afectados por una

influencia errónea, y se volvieron envidiosos, celosos y rebeldes. No perecieron con Coré, Datán y Abiram porque no fueron los primeros en la rebelión. Fueron los primeros en ver el fin de los cabecillas en la rebelión, y tuvieron una oportunidad para arrepentirse de su crimen. Pero no se resignaron ante la destrucción de esos hombres malvados, y la ira de Dios vino sobre ellos y también los destruyó.

“Entonces Jehová habló a Moisés, diciendo: Di a Eleazar hijo del sacerdote Aarón, que tome los incensarios de en medio del incendio, y derrame más allá el fuego; porque son santificados los incensarios de estos que pecaron contra sus almas; y harán de ellos planchas batidas para cubrir el altar; por cuanto ofrecieron con ellos delante de Jehová, son santificados, y serán como señal a los hijos de Israel”. (Números 16:36-38)

**La rebelión no está curada**

Después de esta terrible exhibición del juicio de Dios el pueblo regresó a sus tiendas. Estaban

aterrorizados, pero no humillados. Habían sido profundamente influenciados por el espíritu de rebelión, y Coré y su compañía los habían inducido a creer que eran personas muy buenas y que Moisés los había tratado en forma injusta y abusiva. Sus mentes estaban tan enteramente imbuidas con el espíritu de aquellos que habían perecido que les era difícil liberarse de su prejuicio ciego. Si admitían que Coré y su compañía eran todos impíos y Moisés justo, entonces se verían forzados a recibir como la palabra de Dios lo que ellos no estaban dispuestos a creer, que ciertamente todos debían morir en el desierto. No estaban dispuestos a someterse a esto y trataron de creer que todo era una impostura, que Moisés los había engañado. Los hombres que habían perecido les habían hablado palabras agradables y habían manifestado interés especial y amor por ellos, y pensaron que Moisés era un hombre intrigante. Llegaron a la conclusión de que no podían estar equivocados; que, después de todo, esos hombres que habían perecido eran hombres buenos, y de algún modo Moisés había sido la causa de su destrucción.

Satanás puede conducir a las almas engañadas a grandes extremos. Puede pervertir su juicio, su vista y su oído. Así ocurrió en el caso de los israelitas. “El día siguiente, toda la congregación de los hijos de Israel murmuró contra Moisés y Aarón, diciendo: Vosotros habéis dado muerte al pueblo de Jehová”. (Números 16:41) El pueblo estaba chasqueado de que el asunto se hubiera definido en favor de Moisés y Aarón. La apariencia de Coré y su compañía, todos ejerciendo impíamente el oficio de sacerdotes con sus incensarios, impresionó al pueblo y lo llenó de admiración. No vieron que estos hombres estaban afrentando atrevidamente a la divina Majestad. Cuando fueron destruidos, el pueblo se aterrorizó; pero después de un corto tiempo vinieron todos en forma tumultuosa ante Moisés y Aarón, y los acusaron de la sangre de aquellos que habían perecido por la mano de Dios.

“Y aconteció que cuando se juntó la congregación contra Moisés y Aarón, miraron hacia el tabernáculo de reunión, y he aquí la nube

lo había cubierto, y apareció la gloria de Jehová. Y vinieron Moisés y Aarón delante del tabernáculo de reunión. Y Jehová habló a Moisés, diciendo: Apartaos de en medio de esta congregación, y los consumiré en un momento. Y ellos se postraron sobre sus rostros". (Números 16:42-45) Pese a la rebelión de Israel y a su conducta cruel hacia Moisés, él todavía manifestó por ellos el mismo interés que antes. Cayendo sobre su rostro ante el Señor, le imploró que perdonase al pueblo. Mientras estaba orando para que el Señor perdonara los pecados de su pueblo, Moisés le pidió a Aarón que hiciera expiación por el pecado de ellos mientras él permanecía ante el Señor, para que sus oraciones pudieran ascender con el incienso y ser aceptas ante Dios, y para que no toda la congregación pereciera en su rebelión.

"Y dijo Moisés a Aarón: Toma el incensario, y pon en él fuego del altar, y sobre él pon incienso, y ve pronto a la congregación, y haz expiación por ellos, porque el furor ha salido de la presencia de Jehová; la mortandad ha comenzado. Entonces tomó Aarón el incensario, como Moisés dijo, y

corrió en medio de la congregación; y he aquí que la mortandad había comenzado en el pueblo; y él puso incienso, e hizo expiación por el pueblo, y se puso entre los muertos y los vivos; y cesó la mortandad. Y los que murieron en aquella mortandad fueron catorce mil setecientos, sin los muertos por la rebelión de Coré. Después volvió Aarón a Moisés a la puerta del tabernáculo de reunión, cuando la mortandad había cesado". (Números 16:46-50)

**Una lección para nuestro tiempo**

En el caso de Coré, Datán y Abiram tenemos una lección de advertencia no sea que sigamos su ejemplo: "Ni tentemos al Señor, como también algunos de ellos le tentaron, y perecieron por las serpientes. Ni murmuréis, como algunos de ellos murmuraron, y perecieron por el destructor. Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos". (1 Corintios 10:9-11)

Tenemos evidencia en la Palabra de Dios de la propensión de su pueblo a ser grandemente engañado. Hay muchos casos donde lo que puede parecer un celo sincero por el honor de Dios tiene su origen en haber dejado desprotegida el alma para que el enemigo tiente e impresione la mente con un sentido pervertido del verdadero estado de las cosas. Y podemos esperar que ocurran tales cosas en estos últimos días, porque Satanás está tan ocupado ahora como lo estaba en la congregación de Israel. No se entienden la crueldad y fuerza del prejuicio. Después que la congregación tuvo la evidencia ante su vista de la destrucción de estos líderes en la rebelión, no desapareció el poder de la sospecha y la desconfianza que se había permitido que entrara en sus almas. Vieron la tierra abierta y a los líderes de la rebelión descender a las entrañas de la tierra. Esta terrible exhibición de poder seguramente debía haberlos curado y conducido al más profundo arrepentimiento por haber injuriado a Moisés.

Aquí Dios le dio a todo Israel una oportunidad para ver y sentir la pecaminosidad de su conducta,

lo que debería haberlos conducido al arrepentimiento y la confesión. Les dio a los engañados evidencias abrumadoras de que eran pecadores y que su siervo Moisés tenía razón. Tuvieron la oportunidad de pasar una noche reflexionando sobre el terrible castigo del Cielo que habían presenciado. Pero la razón estaba pervertida. Coré había instigado la rebelión, y doscientos cincuenta príncipes se le habían unido en esparcir el desafecto. Toda la congregación, en mayor o en menor medida, estaba afectada por los celos, las acusaciones y el odio prevalecientes contra Moisés, Una lección para nuestro tiempo 365 lo cual había atraído el desagrado de Dios de un modo sumamente manifiesto. Sin embargo, nuestro bondadoso Dios se muestra como un Dios de justicia y de misericordia. Hizo una distinción entre los instigadores -- los líderes en la rebelión -- y aquellos que habían sido engañados o inducidos por ellos. Se compadeció de la ignorancia y la insensatez de aquellos que habían sido engañados.

Dios le dijo a Moisés que ordenara a la congregación apartarse de las tiendas de los

hombres a quienes ellos habían elegido en el lugar de Moisés. Los mismos hombres cuya destrucción ellos planeaban fueron los instrumentos en las manos de Dios para salvar sus vidas en esa ocasión. Dijo Moisés: “Apartaos de en derredor de la tienda de Coré”. (Números 16:24) También estaban en alarmante peligro de ser destruidos en sus pecados por la ira de Dios, porque eran partícipes de los crímenes de los hombres a quienes les habían dado su apoyo y con quienes se habían asociado.

Si mientras Moisés trataba de probar el caso ante la congregación de Israel, aquellos que habían iniciado la rebelión se hubieran arrepentido y buscado el perdón de Dios y de su siervo ofendido, aun entonces la venganza de Dios se habría detenido. Pero allí frente a sus tiendas estaban atrevidamente Coré, el instigador de la rebelión, y sus simpatizantes, desafiando la ira de Dios, como si Dios nunca hubiera actuado mediante su siervo Moisés. Mucho menos estos rebeldes actuaron como si tan recientemente no hubiesen sido honrados por Dios, siendo llevados con Moisés

casi directamente a su presencia, y contemplado su gloria no superada. Estos hombres vieron a Moisés descender del monte después que había recibido las segundas tablas de piedra y mientras su rostro resplandecía tanto con la gloria de Dios que el pueblo no se le aproximaba, sino que huía de él. Él los llamaba, pero ellos parecían aterrorizados. Les presentó las tablas de piedra y les dijo: He intercedido en favor de ustedes y he apartado de ustedes la ira de Dios. Declaré que si Dios debía abandonar y destruir su congregación, mi nombre también podría ser borrado de su libro. He aquí, él contestó mis ruegos, y estas tablas de piedra que sostengo en mi mano son la garantía que me ha dado la reconciliación con su pueblo.

El pueblo percibe que ésta es la voz de Moisés; que aunque está transformado y glorificado, todavía es Moisés. Le dicen que no pueden mirar su rostro, porque la luz radiante que hay en su semblante les es sumamente dolorosa. Su rostro es como el sol; no pueden mirarlo. Cuando Moisés advierte la dificultad, cubre su rostro con un velo. No arguye que la luz y la gloria que están sobre su

rostro es el reflejo de la gloria de Dios que él ha puesto sobre su persona, y que el pueblo debe soportarla, sino que cubre su gloria. La pecaminosidad del pueblo hace que les sea doloroso contemplar su rostro glorificado. Así ocurrirá cuando los santos de Dios sean glorificados justo antes del segundo advenimiento de nuestro Señor. Los impíos se apartarán y retraerán del espectáculo, porque la gloria en los rostros de los santos les causará dolor. Pero toda esta gloria sobre Moisés, todo este sello divino que se vio en el humilde siervo de Dios, es olvidado.

### Se desprecia la misericordia

Los hebreos tuvieron una oportunidad para reflexionar sobre la escena que habían presenciado cuando la ira de Dios cayó sobre las personas más prominentes en esta gran rebelión. Se manifestaron la bondad y la misericordia de Dios al no exterminar completamente a este pueblo ingrato cuando se encendió su ira contra los más responsables. Le dio tiempo para arrepentirse a la congregación que había permitido que se la

engañara. El hecho de que el Señor, su Dirigente invisible, mostrara tanta paciencia y misericordia en este caso se registra claramente como evidencia de su buena voluntad para perdonar a los ofensores más graves cuando tienen un sentido de su pecado y vuelven a él con arrepentimiento y humillación. La congregación había sido detenida en su conducta presuntuosa por el despliegue de la venganza del Señor; pero no estaban convencidos de que eran grandes pecadores contra él, que merecían su ira por su conducta rebelde.

Difícilmente pueden los hombres causar un insulto mayor a Dios que al despreciar y rechazar los instrumentos que él ha designado para que los dirijan. No sólo habían hecho esto, sino que se habían propuesto dar muerte a Moisés y Aarón. Estos hombres huyeron de las tiendas de Coré, Datán y Abiram por temor a la destrucción; pero su rebelión no había sido curada. No estaban afligidos ni desesperados a causa de su culpa. No sentían el efecto de una conciencia reavivada, convicta, porque habían abusado de sus privilegios más preciosos y pecado contra la luz y el conocimiento.

Podemos aprender aquí lecciones preciosas de la paciencia de Jesús, el Ángel que fue delante de los hebreos en el desierto.

Su Dirigente invisible los salvaría de una destrucción ignominiosa. Se prolonga para ellos el perdón. Pueden encontrar perdón aun si ahora se arrepienten. La venganza de Dios ha llegado ahora cerca de ellos y los ha llamado al arrepentimiento. Una intervención especial, irresistible, desde el cielo ha detenido su presuntuosa rebelión. Si responden ahora a la mediación de la providencia de Dios, pueden salvarse. Pero el arrepentimiento y la humillación de la congregación deben ser proporcionales a su transgresión. La revelación del poder notable de Dios los ha colocado más allá de la incertidumbre. Si lo aceptan, pueden tener un conocimiento de la verdadera posición y la sagrada investidura de Moisés y Aarón. Pero su descuido en considerar las evidencias que Dios les había dado fue fatal. No comprendieron la importancia de una acción inmediata de su parte para buscar el perdón de Dios por sus graves pecados.

Esa noche de prueba para los hebreos no la pasaron confesando y arrepintiéndose de sus pecados, sino ideando alguna manera para resistir las evidencias que les mostraban que eran grandes pecadores. Todavía acariciaban su odio envidioso hacia los hombres nombrados por Dios y se fortalecieron en su conducta alocada de resistir la autoridad de Moisés y Aarón. Satanás estaba cerca para pervertir el juicio y guiarlos a ciegas a la destrucción. Sus mentes se habían envenenado completamente con desafecto, y habían llegado a la conclusión fuera de toda duda de que Moisés y Aarón eran hombres malvados, y que eran responsables por la muerte de Coré, Datán y Abiram, a quienes consideraban que habrían sido los salvadores de los hebreos al traer un mejor orden de cosas, donde la alabanza tomaría el lugar de la reprensión, y la paz el lugar de la ansiedad y el conflicto.

El día anterior, todo Israel había huido alarmado ante los gritos de los pecadores condenados que descendieron al abismo; porque dijeron: “No nos trague también la tierra”.

(Números 16:34) “El día siguiente, toda la congregación de los hijos de Israel murmuró contra Moisés y Aarón, diciendo: Vosotros habéis dado muerte al pueblo de Jehová”. (Vers. 41) En su indignación estaban listos para atacar violentamente a los hombres designados por Dios, quienes, según ellos creían, habían cometido un gran error al matar a aquellos que eran buenos y santos.

Pero la presencia del Señor se manifestó en su gloria sobre el tabernáculo, y el rebelde Israel fue detenido en su curso demente y presuntuoso. La voz del Señor desde su terrible gloria les habla ahora a Moisés y Aarón con la misma orden que les había dado el día anterior para dirigirse a la congregación de Israel: “Apartaos de en medio de esta congregación, y los consumiré en un momento”. (Números 16:45)

Aquí encontramos una impresionante exhibición de la ceguera que envuelve a las mentes humanas que se apartan de la luz y la evidencia. Vemos la fuerza de la rebelión que se ha arraigado,

y cuán difícil es someterla. Seguramente los hebreos habían tenido la evidencia más convincente en la destrucción de los hombres que los habían engañado; pero todavía resistieron en forma audaz y desafiante, y acusaron a Moisés y Aarón de matar a hombres buenos y santos. “Porque como pecado de adivinación es la rebelión, y como ídolos e idolatría la obstinación”. (1 Samuel 15:23)

Moisés no sentía la culpa del pecado y no se alejó rápidamente ante la palabra del Señor para dejar que la congregación pereciera, como los hebreos que habían huido de las tiendas de Coré, Datán y Abiram el día anterior. Moisés se dilató, porque él no podía consentir en dejar que pereciera toda esa vasta multitud, aunque sabía que merecían el castigo de Dios por su persistente rebelión. Se postró ante Dios porque el pueblo no sentía la necesidad de humillarse; hizo mediación por ellos porque no sentían necesidad de intercesión en su favor.

Moisés aquí simboliza a Cristo. En este

momento crítico Moisés manifestó el interés del verdadero Pastor por el rebaño que está a su cuidado. Imploró que la ira de un Dios ofendido no destruyera completamente al pueblo de su elección. Y por su intercesión detuvo el brazo de la venganza, para que no fuera exterminado completamente el Israel desobediente y rebelde. Le dio instrucciones a Aarón en cuanto a qué hacer en esa terrible crisis cuando la ira de Dios se había manifestado y había comenzado la plaga. Aarón se mantuvo de pie con su incensario, agitándolo ante el Señor, mientras la intercesión de Moisés ascendía con el humo del incienso. Moisés no se atrevió a cesar sus ruegos. Se aferró a la fuerza del Ángel, como hiciera Jacob en su lucha nocturna, y como Jacob, prevaleció. Aarón estaba entre los vivos y los muertos cuando llegó la misericordiosa respuesta: He oído tu oración, y no consumiré completamente. Los mismos hombres a quienes la congregación despreciaba y a quienes habrían dado muerte fueron los que intercedieron en su favor para que la espada vengadora de Dios pudiera enfundarse y el Israel pecador fuera perdonado.

## Despreciadores de los reproches

El apóstol Pablo afirma claramente que lo experimentado por los israelitas en sus viajes fue registrado para beneficio de los que viven en esta época, aquellos en quienes los fines de los siglos han parado. No consideramos que nuestros peligros sean menores que aquellos que corrieron los hebreos, sino mayores. Seremos tentados a manifestar celos y a murmurar, y habrá rebelión abierta, según se registra acerca del antiguo Israel. Habrá siempre un espíritu tendiente a levantarse contra la reprensión de pecados y males. Pero, ¿deberá callarse la voz de reprensión por causa de esto? En tal caso, no estaremos en mejor condición que las diversas denominaciones del país que temen mencionar los errores y pecados predominantes en el pueblo.

Aquellos a quienes Dios apartó como ministros de la justicia tienen solemnes responsabilidades en lo que se refiere a reprender los pecados del pueblo. Pablo ordenó a Tito: “Esto habla, y exhorta y reprende con toda autoridad. Nadie te

menosprecie”. (Tito 2:15) Siempre habrá quienes desprecien al que se atreva a reprender el pecado; pero hay ocasiones en que debe darse la reprensión. Pablo incitó a Tito a que reprendiese severamente a ciertas clases de personas, para que fuesen sanas en la fe. Los hombres y las mujeres de diferentes temperamentos que se reúnen para formar la iglesia, tienen peculiaridades y defectos. A medida que éstos se desarrollen, requerirán reprensión. Si los que se hallan en puestos importantes no los reprendieran nunca ni exhortasen, pronto se produciría una condición de desmoralización que deshonraría grandemente a Dios. Pero, ¿cómo será dada la reprensión? Dejemos contestar al apóstol: “Con toda paciencia y doctrina”. (2 Timoteo 4:2) Los buenos principios deben aplicarse a la persona que necesite reprensión, pero nunca se deben pasar por alto, con indiferencia, los males que haya entre el pueblo de Dios.

Habrá hombres y mujeres que desprecien la reprensión y que siempre se rebelarán contra ella. No es agradable que se nos presenten las cosas malas que hacemos. En casi cualquier caso en que

sea necesaria la reprensión, habrá quienes pasen completamente por alto el hecho de que el Espíritu del Señor ha sido contristado y su causa cubierta de oprobio. Estos se compadecerán de los que merecían reprensión, porque se han herido sus sentimientos personales. Toda esta compasión no santificada hace que los que la manifiestan participen de la culpa del que fue reprendido. En nueve casos de cada diez, si se hubiera permitido que la persona reprendida comprendiera su mala conducta, se le habría ayudado a reconocerla y por lo tanto se habría reformado. Pero los simpatizantes entrometidos y no santificados atribuyen falsos motivos al que reprende y a la naturaleza del reproche, y, simpatizando con la persona reprendida, la inducen a pensar que realmente se la maltrató y sus sentimientos se rebelan contra el que no ha hecho sino cumplir con su deber. Los que cumplen fielmente sus deberes desagradables, conociendo su responsabilidad ante Dios, recibirán su bendición. Dios exige que sus siervos estén siempre dispuestos a hacer su voluntad con fervor. En el encargo que da el apóstol a Timoteo, le exhorta así: “Que prediques

la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina". (2 Timoteo 4:2)

Los hebreos no estaban dispuestos a someterse a las instrucciones y restricciones del Señor. Querían simplemente hacer su voluntad, seguir los impulsos de su propia mente y ser dominados por su propio juicio. Si se les hubiera concedido esta libertad, no habrían proferido queja contra Moisés; pero se amotinaron bajo la restricción.

Dios quiere que su pueblo sea disciplinado y que obre con armonía, a fin de que lo vea todo unánimemente y tenga un mismo sentir y criterio. Para producir este estado de cosas, hay mucho que hacer. El corazón carnal debe ser subyugado y transformado. Dios quiere que haya siempre un testimonio vivo en la iglesia. Será necesario reprender y exhortar, y a algunos habrá que hacerles severos reproches, según lo exija el caso. Oímos el argumento: "¡Oh, yo soy tan sensible que no puedo soportar el menor reproche!" Si estas personas presentaran su caso correctamente, dirían:

“Soy tan voluntarioso, tan pagado de mí mismo, tan orgulloso que no tolero que se me den órdenes; no quiero que se me reprenda. Abogo por los derechos del juicio individual; tengo derecho a creer y hablar según me plazca”. El Señor no desea que renunciemos a nuestra individualidad. Pero, ¿qué hombre es juez adecuado para saber hasta dónde debe llevarse este asunto de la independencia individual?

Pedro recomienda a sus hermanos: “Igualmente, jóvenes, estad sujetos a los ancianos; y todos, sumisos unos a otros, revestíos de humildad; porque: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes”. (1 Pedro 5:5) También el apóstol Pablo exhorta a sus hermanos filipenses a tener unidad y humildad: “Por tanto, si hay alguna consolación en Cristo, si algún consuelo de amor, si alguna comunión del Espíritu, si algún afecto entrañable, si alguna misericordia, completad mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa. Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como

superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros. Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús". (Filipenses 2:1-5). Y Pablo vuelve a exhortar así a sus hermanos: "El amor sea sin fingimiento. Aborreced lo malo, seguid lo bueno. Amaos los unos a los otros con amor fraternal; en cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros". (Romanos 12:9, 10) "Someteos unos a otros en el temor de Dios". (Efesios 5:21)

La historia de los israelitas nos presenta el grave peligro del engaño. Muchos no se dan cuenta del carácter pecaminoso de su propia naturaleza ni de lo que es la gracia del perdón. Están en las tinieblas de su naturaleza, sujetos a tentaciones y gran engaño. Viven lejos del Señor; y sin embargo están muy satisfechos de su vida cuando Dios aborrece su conducta. Esta clase de personas guerreará siempre contra la dirección del Espíritu de Dios, especialmente con la reprensión. No quiere ser perturbada. Ocasionalmente experimenta temores egoístas y buenos propósitos y a veces pensamientos de ansiedad y convicción; pero no

tiene experiencia profunda porque no está ligada con la Roca eterna. Esta clase de personas no ve nunca la necesidad del testimonio claro. El pecado no le parece tan grave, porque no anda en la luz como Cristo está en la luz.

Hay aún otra clase de personas que tiene gran luz y convicción especial, y una verdadera experiencia en la obra del Espíritu de Dios. Pero la han vencido las múltiples tentaciones de Satanás. No aprecia la luz que Dios le ha dado. No escucha las amonestaciones y reprenDespreciadores siones del Espíritu de Dios. Está bajo condenación. Dichas personas resistirán siempre el testimonio recto, porque éste las condena.

Dios quiere que su pueblo sea una unidad; que sus hijos tengan un mismo parecer, un mismo ánimo y un mismo criterio. Esto no puede lograrse sin un testimonio claro, recto y vivo en la iglesia. La oración de Cristo era que los discípulos fueran uno, como él era uno con su Padre. “Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que

todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado". (Juan 17:20-23)

Capítulo 32

# Una súplica a los jóvenes

Estimados jóvenes: De vez en cuando el Señor me ha dado testimonios de amonestación para vosotros. Os alentará si queréis entregarle los mejores y más santos afectos de vuestro corazón. A medida que estas amonestaciones reviven distintamente delante de mí, comprendo vuestros peligros en una forma que yo sé que vosotros no discernís. La escuela situada en Battle Creek reúne a muchos jóvenes de diferente idiosincrasia. Si estos jóvenes no están consagrados a Dios ni son obedientes a su voluntad, y no andan humildemente en los caminos de sus mandamientos, la fundación de una escuela en Battle Creek causará gran desaliento a la iglesia. Esa escuela puede ser una bendición o una maldición. Os suplico a vosotros que habéis tomado el nombre de Cristo que os apartéis de toda iniquidad y que desarrolléis un carácter que Dios pueda aprobar.

Pregunto: ¿Creéis que los testimonios de reprensión que os han sido dados provienen de Dios? Si realmente creéis que la voz de Dios os ha hablado, señalando vuestros peligros, ¿prestáis atención a los consejos dados? ¿Mantenéis estos Testimonios frescos en vuestra mente leyéndolos a menudo y con oración en vuestro corazón? El Señor os ha hablado, niños y jóvenes, vez tras vez; pero habéis sido tardos en escuchar sus amonestaciones. Si la rebeldía no hubiera endurecido vuestro corazón contra lo que Dios ha dicho acerca de vuestro carácter y de vuestros peligros y contra la conducta que se os ha trazado, algunos de vosotros habríais prestado atención a lo que se requiere de vosotros para que podáis obtener fuerza espiritual y ser una bendición en la escuela, la iglesia y entre todos aquellos con quienes tratáis.

Jóvenes y niñas, sois responsables ante Dios por la luz que os ha dado. Esta luz y estas amonestaciones, si no las escucháis, se levantarán en el juicio contra vosotros. Se os han señalado claramente los peligros que corréis; se os han dirigido palabras de cautela y habéis sido

guardados por todos lados y rodeados de advertencias. Habéis escuchado en la casa de Dios las verdades más solemnes y escrutadoras del corazón, presentadas por los siervos del Señor con la manifestación de su Espíritu. ¿Qué peso han tenido sobre vuestro corazón estas solemnes súplicas? ¿Qué influencia ejercen sobre vuestro carácter? Se os pedirá cuenta de cada una de estas súplicas y advertencias. Se levantarán en el juicio para condenar a los que viven en la vanidad, liviandad y orgullo.

Amados jóvenes amigos, lo que sembráis, segaréis. Ahora es el tiempo de la siembra para vosotros. ¿Cuál será la mies? ¿Qué estáis sembrando? Cada palabra que pronunciáis, cada acto que ejecutáis es una semilla que dará fruto, bueno o malo, y resultará en gozo o pesar para el que la siembre. Según la semilla que se siembre, será la cosecha. Dios os ha dado gran luz y muchos privilegios. Después que ha sido dada esta luz, después que vuestros peligros os han sido presentados claramente, la responsabilidad recae sobre vosotros. La manera en que empleéis la luz

que Dios os da, hará inclinar la balanza para vuestra felicidad o desgracia. Vosotros mismos estáis moldeando vuestros destinos.

Todos ejercéis influencia para bien o para mal sobre la mente y el carácter de los demás. Y en los registros del cielo queda escrito exactamente qué clase de influencia ejercéis. Un ángel os acompaña, y toma nota de vuestras palabras y acciones. Cuando os levantáis por la mañana, ¿sentís vuestra impotencia y vuestra necesidad de fuerza divina? ¿Y dais a conocer humildemente, de todo corazón, vuestras necesidades a vuestro Padre celestial? En tal caso, los ángeles notan vuestras oraciones, y si éstas no han salido de labios fingidores, cuando estéis en peligro de pecar inconscientemente y de ejercer una influencia que induciría a otros a hacer el mal, vuestro ángel custodio estará a vuestro lado, para induciros a seguir una conducta mejor, escoger las palabras que habéis de pronunciar, y para influir en vuestras acciones.

Si no os consideráis en peligro y si no oráis por ayuda y fortaleza para resistir las tentaciones, os

extraviaréis seguramente; vuestro descuido del deber quedará anotado en el libro de Dios en el cielo, y seréis hallados faltos en el día de la prueba. Hay en derredor de vosotros algunas personas que han recibido instrucción religiosa, y otros que han sido complacidos, mimados, adulados y alabados, hasta el punto de haber quedado literalmente echados a perder para la vida práctica. Hablo de personas a quienes conozco. Su carácter se ha torcido tanto por la indulgencia, la adulación y la indolencia que son inútiles para esta vida. Siendo así, ¿qué se puede esperar de ellos para aquella vida donde todo es pureza y santidad, y donde todos tendrán un carácter armonioso? He orado por estas personas; les he hablado personalmente. Pude ver la influencia que ejercerían sobre otras mentes, al inducirlas a ser vanidosas, a desvivirse por la indumentaria y a descuidar sus intereses eternos. La única esperanza que hay para esta clase de personas consiste en que presten atención a sus caminos, humillen su corazón vano y orgulloso delante de Dios, confiesen sus pecados y se conviertan.

La vanidad en el vestir como el amor a la diversión es una gran tentación para los jóvenes. Dios tiene sobre éstos derechos sagrados. Exige todo el corazón, toda el alma, todos los afectos. La respuesta que se da a veces a esta declaración es: "¡Oh, no profeso el cristianismo!" ¿Qué importa si no lo hacéis? ¿No tiene Dios sobre vosotros los mismos derechos que sobre el que profesa ser su hijo? Debido a que os atrevéis a descuidar las cosas sagradas, ¿pasará el Señor por alto vuestro pecado de negligencia y rebelión? Cada día en que despreciéis el derecho de Dios y toda oportunidad de misericordia que menospreciéis, serán cargados a vuestra cuenta y aumentarán la lista de pecados que se presentará contra vosotros en el día en que se investiguen las cuentas de cada alma. Me dirijo a vosotros, jóvenes y niñas, sea que profeséis o no el cristianismo. Dios exige vuestros afectos, vuestra gozosa obediencia y devoción. Tenéis ahora un corto tiempo de gracia y podéis aprovechar esta oportunidad para entregaros incondicionalmente a Dios.

La obediencia y la sumisión a los

requerimientos de Dios son las condiciones que expone el apóstol inspirado, por las cuales llegamos a ser hijos de Dios y miembros de la familia real. Jesús ha rescatado por su propia sangre, del abismo y la ruina a la cual Satanás los obligaba a ir, a todo niño y joven, y a todo hombre y mujer. Debido a que los pecadores no aceptarán la salvación que se les ofrece gratuitamente, ¿quedarán libres de sus obligaciones? El hecho de que decidan permanecer en pecado y audaz transgresión, no reduce su culpabilidad. Jesús pagó un precio por ellos y le pertenecen. Son su propiedad; y si no quieren obedecer a Aquel que dio su vida por ellos, y dedican su tiempo, fortaleza y talento al servicio de Satanás, están ganando su salario, que es la muerte. La gloria inmortal y la vida eterna son la recompensa que nuestro Redentor ofrece a los que quieran obedecerle. Gracias a él, es posible que ellos perfeccionen su carácter cristiano mediante su nombre y venzan por su cuenta como él venció en su favor. Les ha dado un ejemplo en su propia vida, mostrándoles cómo pueden vencer. “Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en

Cristo Jesús Señor nuestro”. (Romanos 6:23)

Los derechos de Dios son igualmente válidos para todos. Los que prefieren descuidar la gran salvación que se les ofrece gratuitamente; los que prefieren servirse ellos mismos y permanecer siendo enemigos de Dios, enemigos del Redentor que se sacrificó a sí mismo, están ganando su paga. Están sembrando para la carne y de la carne cosecharán corrupción.

Los que se han revestido de Cristo por el bautismo, demostrando por este acto que se separan del mundo y que se han comprometido a andar en novedad de vida, no deben levantar ídolos en su corazón. Los que se regocijaron una vez en la evidencia de que sus pecados eran perdonados, que gustaron el amor del Salvador, y que luego persisten en unirse con los enemigos de Cristo, rechazando la perfecta justicia que Jesús les ofrece y escogiendo los camihos que él ha condenado, serán juzgados más severamente que los paganos que nunca tuvieron la luz, y que nunca conocieron a Dios ni su ley. Los que se niegan a seguir la luz

que Dios les ha dado, prefiriendo las diversiones, vanidades y locuras del mundo y negándose a conformar su conducta con los santos y justos requerimientos de la ley de Dios, son culpables de los más graves pecados a la vista de Dios. Su culpabilidad y su paga serán proporcionales a la luz y a los privilegios que tuvieron.

Vemos al mundo absorto en sus propias diversiones. Los primeros y principales pensamientos de la gran mayoría, especialmente de las mujeres, se dedican a la ostentación. El amor a la indumentaria y los placeres está destruyendo la felicidad de millares. Y algunos de los que profesan amar y guardar los mandamientos de Dios imitan a esa clase de personas, tanto como les es posible hacerlo sin perder el nombre de cristianos. Algunos de los jóvenes tienen tanta afición a la ostentación, que hasta están dispuestos a renunciar al nombre de cristianos para seguir su inclinación a la vanidad y la indumentaria, y el amor a los placeres. La abnegación en el vestir es parte de nuestro deber cristiano. El vestir sencillamente y abstenerse de ostentar joyas y adornos de toda

clase está de acuerdo con nuestra fe. ¿Pertenecemos al número de aquellos que ven la insensatez de los mundanos al entregarse a la extravagancia en el vestir y al amor de las diversiones? En tal caso, debiéramos pertenecer a la clase que rehúye todo lo que sanciona este espíritu que se posesiona de la mente y del corazón de quienes viven para este mundo solamente y no piensan ni se interesan en el venidero.

Jóvenes cristianos, he visto en algunos de vosotros un amor a los vestidos y a la ostentación que me ha apenado. En algunos que han sido bien instruidos, que tuvieron privilegios religiosos desde su infancia y se vistieron de Cristo por el bautismo, confesando así que morían al mundo, he visto tal vanidad en la indumentaria y liviandad en la conducta, que han agraviado al amado Salvador y ocasionado oprobio para la causa de Dios. He notado con pena vuestra decadencia religiosa y vuestra disposición a adornar vuestra vestimenta. Algunos han tenido la mala suerte de llegar a poseer cadenas o alfileres de oro, o ambas cosas, y han manifestado el mal gusto de exhibirlos, para

atraer la atención. No puedo sino asociar estos caracteres con el vano pavo real que ostenta sus vistosas plumas para ser admirado. Es todo lo que esta pobre ave tiene para atraer la atención, porque su graznido y su forma no son nada atrayentes.

Los jóvenes pueden esforzarse por destacarse en la búsqueda del adorno de un espíritu manso y humilde, joya de inestimable valor que puede llevarse con gracia divina. Este adorno poseerá atracción para muchos en este mundo y será considerado de gran valor por los ángeles del cielo, y sobre todo por nuestro Padre celestial; quienes lo llevan serán huéspedes idóneos de sus atrios. Los jóvenes tienen facultades que, debidamente cultivadas, los capacitarían para ocupar casi cualquier puesto de confianza. Si se propusieran obtener una educación para ejercitar y desarrollar las facultades que Dios les ha dado a fin de ser útiles y beneficiar a otros, su mente no se atrofiaría. Manifestarían profundidad de pensamiento y firmeza de principios, y ganarían influencia y respeto. Ejercerían sobre los demás una influencia elevadora, que induciría a las almas a ver y

reconocer el poder de una vida cristiana inteligente. Los que se interesan más en el ostentoso adorno de sus personas que en educar la mente y ejercitar sus facultades para tener mayor utilidad, y glorificar a Dios, no comprenden su responsabilidad ante Dios. Se sentirán inclinados a ser superficiales en todo lo que emprendan, limitarán su utilidad y atrofiarán su intelecto.

Me siento hondamente apenada por los padres de estos jóvenes, como también por los hijos. La responsabilidad de la deficiente preparación de los hijos tendrá que recaer sobre alguien. Los padres que han mimado y complacido a sus hijos, en vez de refrenarlos juiciosamente de acuerdo a los buenos principios, pueden ver los caracteres que han formado. Según la preparación, es el carácter.

**El fiel Abraham**

Mis pensamientos se remontan al fiel Abraham, quien, en obediencia a la orden divina que le fuera dada en visión nocturna en Beerseba, prosigue su viaje junto con Isaac. Ve delante de sí la montaña

que Dios le había prometido señalar como lugar donde debe ofrecer su sacrificio. Saca la leña del hombro de su siervo, y la pone sobre Isaac, el que ha de ser ofrecido. Ciñe su alma con firmeza y severidad llena de agonía, dispuesto a realizar la obra que Dios le exige que haga. Con corazón angustiado y mano enervada, toma el fuego, mientras que Isaac le pregunta: “Padre mío... He aquí el fuego y la leña; mas ¿dónde está el cordero para el holocausto?” (Génesis 22:7) Pero, oh, Abraham no puede decírselo en ese momento. El padre y el hijo construyen el altar, y llega para Abraham el terrible momento de dar a conocer a Isaac lo que ha hecho agonizar su alma durante todo el largo viaje, a saber, que Isaac mismo es la víctima. Isaac ya no es un niño; es un joven adulto. Podría rehusar someterse al designio de su padre, si quisiera hacerlo. No acusa a su padre de locura, ni siquiera procura cambiar su propósito. Se somete. Cree en el amor de su padre y sabe que no haría el terrible sacrificio de su único hijo si Dios no se lo hubiera ordenado. Isaac queda atado por las manos temblorosas y amantes de su padre compasivo, porque Dios lo ha dicho. El hijo se somete al

sacrificio, porque cree en la integridad de su padre. Pero, cuando está listo, cuando la fe del padre y la sumisión del hijo han sido plenamente probadas, el ángel de Dios detiene la mano alzada de Abraham que está por matar a su hijo, y le dice que basta. “Conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único”. (Vers. 12)

Este acto de fe de Abraham ha sido registrado para nuestro beneficio. Nos enseña la gran lección de confiar en los requerimientos de Dios, por severos y crueles que parezcan; y enseña a los hijos a someterse enteramente a sus padres y a Dios. Por la obediencia de Abraham se nos enseña que nada es demasiado precioso para darlo a Dios.

Isaac prefiguró al Hijo de Dios, que iba a ser ofrecido por los pecados del mundo. Dios quería inculcar en Abraham el evangelio de la salvación del hombre. Para ello y a fin de que la verdad fuese una realidad para él como también para probar su fe, le pidió que quitara la vida a su amado Isaac. Todo el pesar y la agonía que soportó Abraham por esta sombría y temible prueba, tenía por propósito

grabar profundamente en él la comprensión del plan de redención en favor del hombre caído. Se le hizo entender mediante su propia experiencia cuán inmensa era la abnegación del Dios infinito al dar a su propio Hijo para que muriese a fin de rescatar al hombre de la ruina completa. Para Abraham, ninguna tortura mental podía igualarse con la que sufrió al obedecer la orden divina de sacrificar a su hijo.

Dios entregó a su Hijo a una vida de humillación, pobreza, trabajo, odio, y a la muerte agonizante de la crucifixión. Pero, no había ningún ángel que comunicara el gozoso mensaje: “Basta; no necesitas morir, mi muy amado Hijo”. Legiones de ángeles aguardaban tristemente, esperando que, como en el caso de Isaac, Dios impidiera en el último momento su muerte ignominiosa. Pero no se les permitió a los ángeles llevar un mensaje tal al amado Hijo de Dios. La humillación que sufrió en el tribunal y en el camino al Calvario, prosiguió. Fue escarnecido, ridiculizado, escupido. Soportó las burlas, los desafíos y el vilipendio de los que le odiaban, hasta que en la cruz doblegó su frente y

murió.

¿Podría Dios habernos dado prueba mayor de su amor que al dar así a su Hijo para que pasase por estas escenas de sufrimiento? Y como el don de Dios al hombre fue el don gratuito de su amor infinito, así sus derechos a nuestra confianza, nuestra obediencia, todo nuestro corazón y la riqueza de nuestros afectos, son correspondientemente infinitos. Requiere todo lo que el hombre puede dar. La sumisión de nuestra parte debe ser proporcional al don de Dios. Debe ser completa, sin ninguna reserva. Todos somos deudores de Dios. Él tiene sobre nosotros derechos que no podemos satisfacer sin entregarnos en sacrificio pleno y de buen grado. Exige nuestra obediencia pronta y voluntaria, y no aceptará nada que no llegue a esto. Tenemos ahora oportunidad de asegurarnos el amor y el favor de Dios. Éste puede ser el último año de vida de algunos de los que leen esto. ¿Hay, entre los jóvenes que leen esta súplica, quienes prefieran los placeres de este mundo a la paz que Cristo da a quien busca fervientemente su voluntad y la hace alegremente?

Dios pesa nuestros caracteres, conducta y motivos en la balanza del santuario. Será algo terrible si nuestro Redentor, quien murió en la cruz para atraer nuestros corazones a él, nos declara faltos de amor y obediencia. Dios nos ha concedido dones grandes y preciosos. Nos ha dado luz y un conocimiento de su voluntad para que no necesitemos errar o andar en tinieblas. Ser pesado en la balanza y ser hallado falto en el día del juicio y recompensa finales, será terrible, un error espantoso que nunca podrá ser corregido. Amigos jóvenes, ¿se recorrerá en vano el libro de Dios para buscar vuestros nombres?

Dios os ha señalado una obra que debéis hacer para él, y que os hará colaboradores con él. En todo vuestro derredor hay almas que salvar. Hay personas a quienes podéis estimular y bendecir por vuestros fervientes esfuerzos. Podéis apartar las almas del pecado y llevarlas a la justicia. Cuando comprendáis vuestra responsabilidad para con Dios, sentiréis la necesidad de ser fieles en la oración, fieles en cuanto a velar contra las

tentaciones de Satanás. Si sois verdaderamente cristianos, os sentiréis más inclinados a lamentaros por las tinieblas morales del mundo que a participar de su liviandad y ostentación. Estaréis entre aquellos que suspiran y lloran por las abominaciones que se cometen en la tierra. Resistiréis las tentaciones de Satanás a participar de la vanidad y de los adornos ostentosos. Sólo una mente estrecha y un intelecto atrofiado pueden satisfacerse con esas cosas triviales y descuidar las altas responsabilidades.

Los jóvenes de nuestra época pueden trabajar con Cristo si quieren; y al trabajar, su fe se fortalecerá, y aumentará su conocimiento de la voluntad divina. Cada verdadero propósito y acto correcto será registrado en el libro de la vida. Ojalá pudiera yo despertar a los jóvenes para que vean y sientan cuán pecaminoso es vivir para su propia satisfacción, y atrofiar su intelecto con las cosas vanas de esta vida. Si quisieran elevar sus pensamientos y palabras por encima de los atractivos frívolos de este mundo, y tener por propósito glorificar a Dios, su paz, que supera todo

entendimiento, les pertenecerá.

## Humillación de Cristo

¿Nuestro Ejemplo no holló un camino duro, abnegado, sacrificado, humilde en nuestro favor a fin de salvarnos? Él enfrentó dificultades, experimentó chascos, y sufrió oprobios y aflicción en su obra de salvarnos. ¿Y rehusaremos andar donde el Rey de gloria nos ha enseñado el camino? ¿Nos quejaremos de las penurias y pruebas en la obra de vencer en nuestro favor, cuando recordamos los sufrimientos de nuestro Redentor en el desierto de la tentación, en el Huerto de Getsemaní y en el Calvario? Todo esto fue soportado para mostrarnos el camino y para traernos la ayuda divina que debemos tener o perecer. Si la juventud quiere ganar la vida eterna, no necesita pensar que puede seguir sus propias inclinaciones. El premio les costará algo, sí, todo. Ahora pueden tener a Jesús o el mundo. ¡Cuántos queridos jóvenes sufrirán privaciones, cansancio, trabajos y ansiedad a fin de satisfacerse ellos mismos y de alcanzar un propósito en esta vida! No

piensan en quejarse de las penurias y dificultades que enfrentan a fin de servir sus propios intereses. ¿Por qué, entonces, debieran rehuir la lucha, la abnegación o cualquier sacrificio a fin de obtener la vida eterna?

Cristo vino de las cortes de gloria a este mundo contaminado por el pecado y se humilló al tomar la humanidad. Se identificó con nuestras debilidades y fue tentado en todo según nuestra semejanza. Cristo perfeccionó un carácter justo aquí en la tierra, no en su propio favor, porque su carácter era puro y sin mancha, sino en favor del hombre caído. Él ofrece su carácter al hombre si éste lo acepta. Mediante el arrepentimiento de sus pecados, la fe en Cristo y la obediencia a la perfecta Ley de Dios, se le imputa al pecador la justicia de Cristo; él llega a ser su justicia, y su nombre es registrado en el libro de la vida del Cordero. Se convierte en un hijo de Dios, un miembro de la familia real.

Jesús pagó un precio infinito para redimir al mundo, y se le entregó en sus manos la raza humana; llegó a ser su propiedad. Sacrificó su

honor, sus riquezas y su hogar glorioso en la cortes reales y se convirtió en el hijo de José y María. José era uno de los artesanos más humildes de su tiempo. Jesús también trabajó, vivió una vida de privaciones y afanes. Cuando comenzó su ministerio, después de su bautismo, soportó un ayuno agonizante de casi seis semanas. No fueron meramente los dolorosos retortijones del hambre lo que hizo que sus sufrimientos fueran indeciblemente severos, sino que fue la culpa de los pecados del mundo lo que lo abrumaba muy pesadamente. El que no conocía pecado fue hecho pecado por nosotros. Con este terrible peso de culpa sobre sí a causa de nuestros pecados resistió la prueba terrible del apetito, y del amor al mundo y al honor, y del orgullo de la ostentación que conduce a la presunción. Cristo soportó estas tres grandes tentaciones capitales y venció en favor del hombre, obrando para él un carácter justo, porque sabía que el hombre no podía lograrlo por sí mismo. Sabía que Satanás iba a asaltar a la raza humana en estos tres puntos. El enemigo había vencido a Adán y se había propuesto seguir adelante con su obra hasta completar la ruina del

hombre. Cristo entró en el campo de batalla en favor del hombre a fin de vencer a Satanás en su lugar, porque sabía que el hombre no podría vencerlo por cuenta propia. Cristo preparó el camino para el rescate del hombre mediante su propia vida de sufrimiento, abnegación y sacrificio, y mediante su humillación y muerte final. Le trajo ayuda al hombre para que éste, siguiendo el ejemplo de Cristo, pudiera vencer en su favor, así como Cristo había vencido para él.

"¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios". (1 Corintios 6:19, 20) "¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es". (1 Corintios 3:16, 17) "No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión

la luz con las tinieblas? ¿Y qué concordia Cristo con Belial? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo? ¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Por lo cual, salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso". (2 Corintios 6:14-18)

¡Cuán misericordiosa y tiernamente obra nuestro Padre celestial con sus hijos! Los guarda de mil peligros que ellos no ven, y los protege contra las artes sutiles de Satanás, para que no sean destruidos. Debido a que nuestra corta visión no discierne el cuidado protector de Dios mediante sus ángeles, no procuramos contemplar y apreciar el interés siempre vigilante que nuestro bondadoso y benevolente Creador tiene en la obra de sus manos; y no nos mostramos agradecidos por la multitud de mercedes que nos concede diariamente.

Los jóvenes ignoran los muchos peligros a los cuales están expuestos diariamente. No podrían nunca conocerlos plenamente a todos; pero si velan y oran Dios mantendrá sus conciencias sensibles y claras sus percepciones, para que disciernan las operaciones del enemigo y sean fortalecidos contra sus ataques. Pero muchos de los jóvenes han seguido durante tanto tiempo sus propias inclinaciones, que el deber es una palabra que no tiene significado para ellos. No comprenden los altos y santos deberes que han de cumplir para beneficiar a otros y glorificar a Dios; y descuidan en absoluto su cumplimiento.

Si los jóvenes tan sólo pudieran despertarse y sentir profundamente su necesidad de fuerza divina para resistir las tentaciones de Satanás, obtendrían preciosas victorias y una experiencia valiosa en la guerra cristiana. ¡Cuán pocos de los jóvenes piensan en la exhortación del inspirado apóstol Pedro: “Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar; al cual resistid firmes en la fe”. (1 Pedro 5:8, 9) En la visión dada

a Juan, él vio el poder de Satanás sobre los hombres, y exclamó: “¡Ay de los moradores de la tierra y del mar! porque el diablo ha descendido a vosotros con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo”. (Apocalipsis 12:12)

La única seguridad de los jóvenes estriba en velar y orar humildemente, sin cesar. No deben hacerse la ilusión de que pueden ser cristianos sin esto. Satanás oculta sus tentaciones y designios bajo un manto de luz, como cuando se acercó a Cristo en el desierto. Se presentó entonces como uno de los ángeles celestiales. El adversario de nuestras almas se acercará como huésped celestial; y el apóstol recomienda como nuestra única seguridad la sobriedad y la vigilancia. Los jóvenes que se entregan a la negligencia y la liviandad y que descuidan los deberes cristianos, caen continuamente bajo las tentaciones del enemigo, en vez de vencer como Cristo venció.

El servicio de Cristo no es pesada rutina para el alma plenamente consagrada. La obediencia a nuestro Salvador no nos resta felicidad ni

verdadero placer en esta vida, sino que ejerce un poder refinador y elevador sobre nuestro carácter. El estudio diario de las preciosas palabras de vida halladas en la Biblia fortalece el intelecto y nos permite conocer las obras grandiosas y gloriosas de Dios en la naturaleza. Por el estudio de las Escrituras obtenemos un conocimiento correcto de cómo vivir a fin de disfrutar la mayor felicidad sin sombra. El que estudia la Biblia se arma también de argumentos bíblicos para hacer frente a las dudas de los incrédulos y eliminarlas por la clara luz de la verdad. Los que han escudriñado las Escrituras pueden estar siempre fortalecidos contra las tentaciones de Satanás, cabalmente equipados para toda buena obra, y preparados para dar una razón de la esperanza que hay en ellos a todo aquel que así lo demande.

Demasiado a menudo se deja en las mentes la impresión de que la religión es degradante y que es un acto de condescendencia de parte de los pecadores aceptar las normas de la Biblia como su regla de vida. Piensan que sus requerimientos son toscos y que, al aceptarlos, deben renunciar a todos

sus gustos por lo que es hermoso y en cambio tienen que aceptar lo que es humillante y degradante. Satanás nunca lanza un engaño mayor sobre las mentes que éste. La religión pura de Jesús requiere de sus seguidores la sencillez de la belleza natural y el pulimento del refinamiento natural y la pureza elevada antes que lo artificial y lo falso.

Aunque la religión pura se considera exigente en sus demandas y, especialmente entre los jóvenes, se la contrasta desfavorablemente con el brillo y el oropel falso del mundo, y los requerimientos de la Biblia son considerados como pruebas humillantes, que niegan el yo y le roban todos los encantos a la vida, la religión de la Biblia siempre tiene una tendencia a elevar y refinar. Y si los profesos seguidores de Cristo practicaran en sus vidas los principios de la religión pura, la religión de Cristo sería aceptable para las mentes más refinadas. La religión de la Biblia no contiene nada que pudiera ser discordante para los sentimientos más delicados. En todos sus preceptos y requerimientos es tan pura como el carácter de Dios y tan elevada como su trono.

El Redentor del mundo nos ha advertido contra el orgullo de la vida, pero no contra su gracia y belleza natural. Señaló toda la belleza resplandeciente de las flores del campo y de los lirios serenos en su pureza inmaculada sobre la superficie del lago, y dijo: “Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no trabajan ni hilan; pero os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos”. (Mateo 6:28, 29) Aquí Dios muestra que a pesar de que las personas se esfuercen mucho y se afanen hasta el cansancio para ser objetos de admiración por sus adornos externos, todos sus atavíos artificiales, que valoran tan altamente, no se comparan con las flores sencillas del campo por su encanto natural. Aun estas simples flores, con el adorno de Dios, sobrepujan en belleza al magnífico atavío de Salomón. “Ni aun Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos”. (Vers. 29)

Aquí hay una importante lección para todo seguidor de Cristo. El Redentor del mundo habla a la juventud. ¿Escucharán ustedes sus palabras de

instrucción celestial? Él les presenta temas de reflexión que ennoblecerán, elevarán, refinarán y purificarán, pero que nunca degradarán o empequeñecerán el intelecto. Su voz les está hablando: “Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder”. (Mateo 5:14) “Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos”. (Vers. 16) Si la luz de Dios está en ustedes, brillará para otros. No se puede ocultar jamás.

Queridos jóvenes, la tendencia que tienen a vestirse de acuerdo con la moda y a exhibir encajes y objetos de oro y elementos artificiales, no recomendará a otros la religión o la verdad que ustedes profesan. La gente de criterio considerará los intentos de ustedes de hermosear lo externo como prueba de mentes débiles y corazones orgullosos. La vestimenta sencilla y modesta será una recomendación a favor de mis hermanas jóvenes. No pueden hacer brillar su luz sobre otros más efectivamente que mediante la sencillez en la

vestimenta y en la conducta. Pueden mostrarles a todos que, en comparación con las cosas eternas, colocan la estima debida en las cosas de esta vida.

Ahora es su oportunidad dorada para formar caracteres puros y santos para el cielo. No pueden darse el lujo de dedicar estos momentos preciosos al arreglo personal, el encrespamiento del cabello y a hermosear lo externo a expensas del adorno interior. “Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos, sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios”. (1 Pedro 3:3, 4)

Dios, que creó hermoso y encantador todo aquello sobre lo cual descansa el ojo, es un amante de lo bello. Él les muestra cómo estima la verdadera belleza. A su vista, el adorno de un espíritu afable y apacible es de gran precio. ¿No trataremos seriamente de obtener lo que Dios estima como más valioso que vestidos costosos o perlas u oro? El adorno interior, la gracia de la

mansedumbre y un espíritu en armonía con los ángeles celestiales, no disminuirá la verdadera dignidad del carácter ni nos hará menos encantadores aquí en este mundo.

La religión pura e incontaminada ennoblece a su poseedor. Usted siempre encontrará en el verdadero cristiano una alegría manifiesta, una santa y feliz confianza en Dios, una sumisión a sus providencias, que refrigera el alma. Mediante el cristiano, pueden verse el amor y la benevolencia de Dios en cada dádiva que recibe. Las bellezas de la naturaleza son un tema para la contemplación. Al estudiar la hermosura natural que nos rodea, la mente es transportada mediante la naturaleza al Autor de todo lo bello. Todas las obras de Dios hablan a nuestros sentidos, magnificando su poder, exaltando su sabiduría. Cada cosa creada tiene en ella encantos que interesan al hijo de Dios y moldean su gusto para considerar estas evidencias preciosas del amor de Dios por encima de las obras de la habilidad humana.

El profeta, en palabras de resplandeciente

fervor, magnifica a Dios en sus obras creadas: “Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste, digo: ¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites?” (Salmos 8:3, 4) “¡Oh Jehová, Señor nuestro, cuán grande es tu nombre en toda la tierra! Te alabaré, oh Jehová, con todo mi corazón; contaré todas tus maravillas”. (Salmos 8:9; 9:1)

Es la ausencia de religión lo que hace sombría la senda de tantos profesores de religión. Están aquellos que pueden pasar por cristianos, pero que son indignos de ese nombre. No poseen caracteres cristianos. Cuando su cristianismo es puesto a prueba, su falsedad es demasiado evidente. La verdadera religión se ve en la conducta diaria. La vida del cristiano se caracteriza por el esfuerzo ferviente, desinteresado, para hacer bien a otros y glorificar a Dios. Su senda no es oscura ni sombría. Un escritor inspirado dijo: “Mas la senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto. El camino de los impíos es como la oscuridad; no saben en qué

tropiezan”. (Proverbios 4:18, 19)

¿Y vivirán los jóvenes vidas vanas e insensatas de modas y frivolidad, empequeñeciendo su intelecto con asuntos de vestidos y consumiendo su tiempo en el placer sensual? Cuando están completamente desprevenidos, Dios puede decirles: “Esta noche tu necedad terminará”. Dios puede permitir que les sobrevenga una enfermedad mortal a aquellos que no llevan fruto para su gloria. Mientras enfrentan las realidades de la eternidad, pueden comenzar a comprender el valor del tiempo y de la vida que han perdido. Pueden entonces tener alguna noción del valor del alma. Ven que sus vidas no han glorificado a Dios iluminando la senda de otros al cielo. Han vivido para glorificar el yo. Y al sentirse torturados por el dolor y con angustia de alma no pueden tener conceptos claros de las cosas eternas. Pueden repasar su vida pasada y en su remordimiento exclamar: “No he hecho nada por Jesús, quien ha hecho todo por mí. Mi vida ha sido un terrible fracaso”.

Mientras oran, amados jóvenes, para no ser

inducidos en tentación, recuerden que su trabajo no termina con la oración; deben luego contestar hasta donde puedan su propia plegaria, resistiendo a la tentación y dejando a Jesús que haga por ustedes lo que no pueden hacer. Nunca serán demasiado cautelosos en sus palabras y su conducta para no invitar al enemigo a tentarlos. Muchos de nuestros jóvenes, por su descuido negligente de las amonestaciones y reprensiones que se les dirigen, abren la puerta de par en par para que entre Satanás. Teniendo la Palabra de Dios como nuestra guía y a Jesús como nuestro Maestro celestial, no necesitamos ignorar sus requerimientos ni los designios de Satanás, ni ser vencidos por sus tentaciones. No será tarea desagradable obedecer a la voluntad de Dios, cuando nos entreguemos completamente a la dirección de su Espíritu.

Ahora es el tiempo de trabajar. Si somos hijos de Dios, mientras vivamos en el mundo él nos dará nuestro trabajo. Nunca podemos decir que no tenemos nada que hacer mientras permanezca un trabajo pendiente. Deseo que todos los jóvenes puedan ver, como yo he visto, el trabajo que

pueden hacer y del que Dios los considerará responsables si lo descuidan. La mayor obra que jamás haya sido realizada en el mundo fue hecha por aquel que fue un hombre de dolores y experimentado en quebrantos. Una persona de mente frívola nunca logrará nada bueno.

La debilidad espiritual de muchos hombres y mujeres jóvenes en esta época es deplorable porque podrían ser agentes poderosos para el bien si estuvieran consagrados a Dios. Lamento grandemente la falta de estabilidad de los jóvenes. Todos deberíamos deplorar esto. Parece haber una falta de poder para hacer lo recto, una falta de esfuerzo intenso para obedecer los llamados del deber antes que los de la inclinación. En algunos parece haber poca fuerza para resistir la tentación. La razón por la cual son enanos en las cosas espirituales es porque no crecen espiritualmente fuertes mediante el ejercicio. Permanecen quietos cuando debieran estar yendo hacia delante. Cada paso en la vida de fe y del deber es un paso hacia el cielo. Quiero oír grandemente en cuanto a una reforma en muchos respectos tal como los jóvenes

nunca han realizado hasta el momento. Cada atractivo que Satanás puede inventar les es presentado en forma insistente para volverlos indiferentes y descuidados hacia las cosas eternas. Sugiero que los jóvenes hagan esfuerzos especiales para ayudarse mutuamente a fin de ser fieles a sus votos bautismales y para que prometan solemnemente ante Dios retirar sus afectos de los vestidos y la ostentación.

Quisiera recordarles a los jóvenes que adornan sus personas y usan plumas sobre sus sombreros que, a causa de sus pecados, la cabeza de nuestro Salvador usó la vergonzosa corona de espinas. Cuando dediquen tiempo precioso para ataviar su apariencia, recuerden que el Rey de gloria usó un manto sencillo, sin costuras. Ustedes que se afanan en arreglar su persona, por favor tengan en mente que Jesús a menudo se cansaba a causa del incesante trabajo y de la abnegación y el sacrificio personal a fin de bendecir a los sufrientes y necesitados. Pasó noches enteras en oración en las montañas solitarias, no debido a sus debilidades y necesidades, sino porque vio y sintió la debilidad

de la naturaleza humana para resistir las tentaciones del enemigo en los mismos puntos donde ahora ustedes son vencidos. Sabía que serían indiferentes hacia sus peligros y que no sentirían su necesidad de orar. Fue en nuestro favor que él derramó sus oraciones a su Padre con fuertes clamores y lágrimas. Fue para salvarnos del mismo orgullo y amor a la vanidad y el placer en el que ahora nos complacemos, y que destierra el amor de Jesús, por lo que fueron derramadas aquellas lágrimas y por lo que el semblante de nuestro Salvador fue desfigurado con una tristeza y angustia mayor que la de cualquiera de los hijos de los hombres.

¿Reaccionarán, jóvenes amigos, y sacudirán esta terrible indiferencia y estupor que los ha amoldado al mundo? ¿Oirán la voz de advertencia que les dice que la destrucción yace en la senda de aquellos que se sienten cómodos en esta hora de peligro? La paciencia de Dios no siempre los esperará, almas desdichadas y frívolas. No siempre se tratará livianamente a aquel que sostiene nuestros destinos en sus manos. Jesús nos declara

que hay un pecado mayor que el que causó la destrucción de Sodoma y Gomorra. Es el pecado de aquellos que tienen la gran luz de la verdad en estos días y que no son movidos al arrepentimiento. Es el pecado de rechazar la luz del más solemne mensaje de misericordia al mundo. Es el pecado de aquellos que ven a Jesús en el desierto de la tentación, agobiado como en mortal agonía por los pecados del mundo, y que sin embargo no son movidos a experimentar un arrepentimiento cabal. Él ayunó casi seis semanas para vencer, en favor de los hombres, la indulgencia del apetito y la vanidad, y el deseo de ostentación y honor mundanal. Les ha mostrado cómo pueden vencer por su propio bien como él venció; pero a ellos no les resulta agradable soportar el conflicto y el oprobio, la burla y la vergüenza, por la amada causa del Maestro. No están dispuestos a negar el yo y a estar siempre tratando de hacer el bien a otros. No les agrada vencer como Cristo venció, de modo que se apartan del modelo que se les da claramente para copiar y se niegan a imitar el ejemplo que el Salvador vino de las cortes celestiales para dejarles.

El día del juicio será más tolerable para Sodoma y Gomorra que para aquellos que han tenido los privilegios y la gran luz que brilla en nuestros días, pero que han descuidado de seguir la luz y de darle plenamente sus corazones a Dios.

Capítulo 33

# Los diezmos y ofrendas

La misión de la iglesia de Cristo consiste en salvar a los pecadores que perecen. Consiste en darles a conocer el amor de Dios hacia los hombres y ganarlos para Cristo por la eficacia de ese amor. La verdad para este tiempo debe ser proclamada hasta en los rincones oscuros de la tierra, y esta obra puede empezar en nuestro propio país. Los que siguen a Cristo no deben vivir egoístamente; sino que, compenetrados del Espíritu de Cristo, deben obrar en armonía con él.

La actual frialdad e incredulidad tienen sus causas. El amor al mundo y los cuidados de la vida separan al alma de Dios. El agua de la vida debe estar en nosotros, fluir de nosotros, brotar para vida eterna. Debemos manifestar externamente lo que Dios obra en nuestro interior. Si el cristiano quiere disfrutar de la luz de la vida, debe aumentar sus esfuerzos para traer a otros al conocimiento de la verdad. Su vida debe caracterizarse por el ejercicio

y los sacrificios para hacer bien a otros; y entonces no habrá ya quejas de que falta el gozo.

Los ángeles están siempre empeñados en trabajar para la felicidad de otros. Ése es su gozo. Lo que los corazones egoístas considerarían como un servicio humillante, o sea, el servir a los miserables y a las personas de carácter y posición en todo sentido inferiores, es la obra de los ángeles puros y sin pecado de los atrios reales del cielo. El espíritu abnegado del amor de Cristo es el espíritu que predomina en lo alto, y es la misma esencia de su felicidad.

Los que no sienten placer especial en tratar de beneficiar a los demás, en trabajar, aun con sacrificio, para hacerles bien, no pueden tener el espíritu de Cristo o del cielo, porque no están unidos a la obra de los ángeles celestiales, y no pueden participar en la felicidad que les imparte un gozo excelso. Cristo ha dicho: “Habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento”. (Lucas 15:7) Si el gozo de los

ángeles consiste en ver arrepentirse a los pecadores, ¿no consistirá el gozo de los pecadores salvados por la sangre de Cristo en ver a otros arrepentirse y volverse a Cristo por su intermedio? Al obrar en armonía con Cristo y los santos ángeles, experimentaremos un gozo que no puede sentirse fuera de esta obra.

El principio de la cruz de Cristo impone a todos los que creen, la pesada obligación de negarse ellos mismos, de impartir la luz a otros y de dar de sus recursos para extender la luz. Si están en relación con el cielo, se dedicarán a la obra en armonía con los ángeles.

El principio de los mundanos consiste en obtener cuanto puedan de las cosas perecederas de esta vida. El amor egoísta a la ganancia es el principio que rige su vida. Pero el gozo más puro no se encuentra en las riquezas ni donde la avaricia está siempre anhelando más, sino donde reina el contentamiento y donde el amor abnegado es el principio dirigente. Son millares los que pasan su vida en la sensualidad, y cuyos corazones están

llenos de quejas. Son víctimas del egoísmo y del descontento mientras en vano se esfuerzan por satisfacer sus almas con la sensualidad. Pero la desdicha está estampada en sus mismos rostros y detrás de ellos hay un desierto, porque su conducta no es fructífera en buenas obras.

En la medida en que el amor de Cristo llene nuestros corazones y domine nuestra vida, quedarán vencidas la codicia, el egoísmo y el amor a la comodidad, y tendremos placer en cumplir la voluntad de Cristo, cuyos siervos aseveramos ser. Nuestra felicidad será entonces proporcional a nuestras obras abnegadas, impulsadas por el amor de Cristo.

La sabiduría divina ha recalcado, en el plan de salvación, la ley de la acción y la reacción, la cual hace doblemente bendita la obra de beneficencia en todas sus manifestaciones. El que da a los menesterosos beneficia a los demás, y se beneficia a sí mismo en un grado aún mayor. Dios podría haber alcanzado su objeto en la salvación de los pecadores sin la ayuda del hombre, pero él sabía

que éste no podría ser feliz sin desempeñar en la gran obra una parte en la cual cultivara la abnegación y la benevolencia.

Para que el hombre no perdiera los bienaventurados resultados de la benevolencia, nuestro Redentor ideó el plan de alistarlo como colaborador suyo. Por un encadenamiento de circunstancias que exige manifestaciones de caridad, concede al hombre el mejor medio de cultivar la benevolencia, y lo mantiene dando habitualmente para ayudar a los pobres y fomentar el adelanto de su causa. Envía a sus pobres como representantes suyos. Por las necesidades de estos últimos, un mundo arruinado está obteniendo de nosotros talentos, recursos e influencia, destinados a presentar a los hombres la verdad por cuya falta perecen. En la medida en que atendemos estos pedidos mediante nuestro trabajo y generosidad, nos vamos asemejando a Aquel que por nosotros se hizo pobre. Al impartir, beneficiamos a otros y así acumulamos verdaderas riquezas.

Ha habido en la iglesia una gran falta de

generosidad cristiana. Los que estaban en la mejor posición para hacer progresar la causa de Dios, han hecho poco. Dios ha atraído misericordiosamente a una clase de personas al conocimiento de la verdad para que apreciara el inestimable valor de ésta en comparación con los tesoros terrenales. Jesús les ha dicho: “Seguidme”. Las está probando con una invitación a la cena que él ha preparado. Observa para ver qué carácter adquirirán, y si considerarán que sus propios intereses son de mayor valor que las riquezas eternas. Muchos de estos amados hermanos formulan, por medio de sus actos, las excusas mencionadas en la siguiente parábola:

“Entonces Jesús le dijo: Un hombre hizo una gran cena, y convidó a muchos. Y a la hora de la cena envió a su siervo a decir a los convidados: Venid, que ya todo está preparado. Y todos a una comenzaron a excusarse. El primero dijo: He comprado una hacienda, y necesito ir a verla; te ruego que me excuses. Otro dijo: He comprado cinco yuntas de bueyes, y voy a probarlos; te ruego que me excuses. Y otro dijo: Acabo de casarme, y por tanto no puedo ir. Vuelto el siervo, hizo saber

estas cosas a su señor. Entonces enojado el padre de familia, dijo a su siervo: Ve pronto por las plazas y las calles de la ciudad, y trae acá a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos". (Lucas 14:16-21)

Esta parábola representa correctamente la condición de muchos de los que profesan creer la verdad presente. El Señor les ha enviado una invitación a venir a la cena que él ha preparado para ellos con gran costo de su parte; pero los intereses mundanales les parecen de mayor importancia que el tesoro celestial. Están invitados a participar en cosas de valor eterno; pero sus fincas, sus ganados y los intereses de su hogar les parecen de importancia tanto mayor que la obediencia a la invitación celestial, que superan para ellos toda atracción divina, y hacen de esas cosas terrenales una excusa para desobedecer el mandato celestial: "Venid, que ya todo está preparado". Estos hermanos siguen ciegamente el ejemplo de los mencionados en la parábola. Contemplan sus posesiones mundanales y dicen: "No, Señor, no puedo seguirte: te ruego que me des

por excusado”.

Estos hombres usan como excusa para no poder obedecer los requerimientos de la verdad, las mismas bendiciones que Dios les dio con el fin de probarlos para ver si darán “lo que es de Dios, a Dios”. Abrazan sus tesoros terrenales y dicen: “Debo cuidarlos; no debo descuidar las cosas de esta vida; son mías”. De este modo el corazón de esos hombres se ha endurecido como el camino trillado. Cierran la puerta de su corazón al mensajero celestial que les dice: “Venid, que ya todo está preparado”, pero la abren para dejar entrar las cargas del mundo y las preocupaciones de los negocios, y Jesús llama en vano.

Su corazón está tan cubierto de espinas y de los cuidados de esta vida, que las cosas celestiales no pueden hallar cabida en él. Jesús invita a los cansados y cargados, y les promete descanso si quieren acudir a él. Los invita a cambiar el amargo yugo del egoísmo y la codicia que los esclaviza a Mammón, por su yugo y su carga que, según él declara, son suaves y livianos. Dice: “Aprended de

mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas". (Mateo 11:29) Él quiere que ellos pongan a un lado las pesadas cargas de las congojas y las perplejidades mundanales y tomen su yugo de abnegación y sacrificio por los demás. Esta carga les resultará fácil. Los que se nieguen a aceptar el alivio que Cristo les ofrece, y continúen llevando el amargo yugo del egoísmo imponiendo a sus almas tareas sumamente pesadas según los planes que hacen para acumular dinero para la complacencia egoísta, no han experimentado la paz y el descanso que se hallan en llevar el yugo de Cristo y las cargas de la abnegación y la benevolencia desinteresada que Cristo llevó en su favor.

Cuando el amor del mundo se posesiona del corazón y llega a constituir una pasión dominante, no queda lugar para la adoración a Dios, porque las facultades superiores de la mente se someten a la esclavitud de Mammón, y no pueden retener pensamientos de Dios y del cielo. La mente pierde su recuerdo de Dios, y se estrecha y atrofia por su afición a acumular dinero.

Por causa del egoísmo y amor al mundo, estos hombres han ido perdiendo gradualmente su comprensión de la magnitud de la obra para estos postreros días. No han educado su mente para dedicarse a servir a Dios. No tienen experiencia en ese sentido. Sus propiedades han absorbido sus afectos y eclipsado la magnitud del plan de salvación. Mientras mejoran y amplían sus planes mundanales, no ven la necesidad de ampliar y extender la obra de Dios. Invierten sus recursos en cosas temporales, pero no en las eternas. Su corazón ambiciona más recursos. Dios los hizo depositarios de su ley, para que dejaran resplandecer ante otros la luz que les daba tan misericordiosamente. Pero han aumentado de tal manera sus preocupaciones y ansiedades que no tienen tiempo para beneficiar a otros con su influencia, para conversar con sus vecinos, para orar con ellos y por ellos, y para tratar de comunicarles el conocimiento de la verdad.

Estos hombres son responsables por el bien que podrían hacer, y que no hacen, presentando como

excusa las preocupaciones y cargas mundanales que embargan su mente y absorben sus afectos. Hay almas por las cuales Cristo murió, que podrían salvarse por sus esfuerzos personales y ejemplo piadoso. Hay almas preciosas que perecen por falta de la luz que Dios otorgó a los hombres para que la reflejaran sobre la senda de los demás. Pero la luz preciosa queda oculta bajo el almud y no alumbra a los que están en la casa.

Cada uno es mayordomo de Dios. A cada uno confió el Maestro sus recursos; pero el hombre afirma que estos recursos son suyos. Cristo dice: “Negociad entre tanto que vengo”. (Lucas 19:13) Está acercándose el tiempo en que Cristo requerirá lo suyo con interés. Él dirá a cada uno de sus mayordomos: “Da cuenta de tu mayordomía”. Los que han ocultado el dinero de su señor en un pañuelo, enterrándolo en la tierra, en vez de confiarlo a los banqueros, y los que han despilfarrado el dinero de su Señor gastándolo en cosas innecesarias en vez de ponerlo a interés invirtiéndolo en su causa, no recibirán la aprobación del Maestro, sino una condenación

decidida. El siervo inútil de la parábola le presentó el talento a Dios y dijo: “Te conocía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste; por lo cual tuve miedo, y fui y escondí tu talento en la tierra; aquí tienes lo que es tuyo”. (Mateo 25:24, 25) Su Señor toma nota de sus palabras y declara: “Siervo malo y negligente, sabías que siego donde no sembré, y que recojo donde no esparcí. Por tanto, debías haber dado mi dinero a los banqueros, y al venir yo, hubiera recibido lo que es mío con los intereses”. (Vers. 26, 27)

Este siervo inútil no ignoraba los planes de Dios, pero se propuso firmemente estorbar el propósito de Dios, y luego le acusó de injusticia al exigir el rédito de los talentos que se le habían confiado. Esta misma queja y murmuración la formula una clase numerosa de hombres pudientes que profesan creer la verdad. Como el siervo infiel, temen que se les exija el interés del talento que Dios les prestó, para adelantar la difusión de la verdad; por lo tanto, lo inmovilizan invirtiéndolo en tesoros terrenales y sepultándolo en el mundo, y

lo aseguran de tal manera que no tienen nada o casi nada para invertir en la causa de Dios. Lo han enterrado, temiendo que Dios exigiera parte del capital o del interés. Cuando, al exigírsela su Señor, traen la cantidad que les fue dada, aducen ingratas excusas por no haber confiado a los banqueros e invertido en la causa de Dios, para ejecutar su obra, los recursos que el Señor les había prestado.

El que desfalca los bienes de su Señor no sólo pierde el talento que Dios le prestó, sino también la vida eterna. De él se dice: “Al siervo inútil echadle en las tinieblas de afuera”. (Vers. 30) El siervo fiel, que invierte su dinero en la causa de Dios para salvar almas, emplea sus recursos para gloria de Dios y recibirá el elogio del Maestro: “Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor”. (Vers. 21) ¿Cuál será el gozo de nuestro Señor? Será el gozo de ver almas salvadas en el reino de gloria. “El cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios”. (Hebreos 12:2)

La idea de que son administradores debe tener una influencia práctica sobre todos los hijos de Dios. La parábola de los talentos, debidamente comprendida, desterrará la avaricia, a la que Dios llama idolatría. La benevolencia práctica dará vida espiritual a millares de los que nominalmente profesan la verdad, pero que actualmente lamentan las tinieblas que los circundan. Los transformará de egoístas y codiciosos adoradores de Mammón [las riquezas], en fervientes y fieles colaboradores de Cristo en la salvación de los pecadores.

El fundamento del plan de salvación fue puesto con sacrificio. Jesús abandonó las cortes reales y se hizo pobre para que por su pobreza nosotros fuésemos enriquecidos. Todos los que participan de esta salvación, comprada para ellos a tan infinito precio por el Hijo de Dios, seguirán el ejemplo del verdadero Modelo. Cristo fue la principal piedra del ángulo y debemos edificar sobre este cimiento. Cada uno debe tener un espíritu de abnegación y sacrificio. La vida de Cristo en la tierra fue una vida de desinterés: se distinguió por la humillación

y el sacrificio. ¿Y podrán los hombres, participantes de la gran salvación que Cristo vino a traerles del cielo, negarse a seguir a su Señor y compartir su abnegación y sacrificio? Dice Cristo: “Yo soy la vid, vosotros los pámpanos”. “Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto”. (Juan 15:5, 2) El mismo principio vital, la savia que fluye a través de la vid, nutre los pámpanos para que florezcan y lleven fruto. ¿Es el siervo mayor que su señor? ¿Practicará el Redentor del mundo la abnegación y el sacrificio por nosotros, y los miembros del cuerpo de Cristo se entregarán a la complacencia propia? La abnegación es una condición esencial del discipulado.

“Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame”. (Mateo 16:24) Yo voy adelante en la senda de la abnegación. Nada requiero de vosotros, mis seguidores, sino aquello de lo cual yo, vuestro Señor, os he dado ejemplo en mi propia vida.

El Salvador del mundo venció a Satanás en el desierto de la tentación. Venció para mostrar al hombre cómo puede vencer. Anunció en la sinagoga de Nazaret: “El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor”. (Lucas 4:18, 19)

La gran obra que Jesús anunció que había venido a hacer fue confiada a los que le siguen en la tierra. Cristo, como nuestra cabeza, nos guía en la gran obra de salvación, y nos invita a seguir su ejemplo. Nos ha dado un mensaje mundial. Esta verdad debe extenderse a todas las naciones, lenguas y pueblos. El poder de Satanás debe ser desafiado, y ser vencido por Cristo y también por sus discípulos. Una gran guerra debe reñirse contra las potestades de las tinieblas. Y a fin de que esta obra se lleve a cabo con éxito, se requieren recursos. Dios no se propone enviarnos recursos

directamente del cielo, sino que confía talentos y recursos a las manos de sus seguidores, para que los usen con el fin de sostener esta guerra.

Él ha dado a su pueblo un plan para obtener sumas suficientes con qué financiar sus empresas. El plan de Dios en el sistema del diezmo es hermoso por su sencillez e igualdad. Todos pueden practicarlo con fe y valor porque es de origen divino. En él se combinan la sencillez y la utilidad, y no requiere profundidad de conocimiento para comprenderlo y ejecutarlo. Todos pueden sentir que son capaces de hacer una parte para llevar a cabo la preciosa obra de salvación. Cada hombre, mujer y joven puede llegar a ser un tesorero del Señor, un agente para satisfacer las demandas de la tesorería. Dice el apóstol: “Cada uno de vosotros aparte algo según haya prosperado, y guárdelo”. (1 Corintios 16:2, NRV)

Por este sistema se alcanzan grandes objetivos. Si todos lo aceptaran, cada uno sería un tesorero de Dios vigilante y fiel, y no faltarían recursos para llevar a cabo la gran obra de proclamar el último

mensaje de amonestación al mundo. La tesorería estará llena si todos adoptan este sistema, y los contribuyentes no serán más pobres por ello. Mediante cada inversión hecha, llegarán a estar más vinculados a la causa de la verdad presente. Estarán “atesorando para sí buen fundamento para lo por venir” a fin de “que echen mano de la vida eterna”. (1 Timoteo 6:19)

Al ver los que trabajan con perseverancia y sistemáticamente que sus generosos empeños tienden a alimentar el amor a Dios y a sus semejantes, y que sus esfuerzos personales extienden su esfera de utilidad, comprenderán que reporta una gran bendición el colaborar con Cristo. La iglesia cristiana, por lo general, no reconoce el derecho de Dios de exigirle que dé ofrendas de las cosas que posee, para sostener la guerra contra las tinieblas morales que inundan al mundo. Nunca podrá la causa de Dios progresar como debiera hacerlo antes que los seguidores de Cristo trabajen activa y celosamente.

Cada miembro individual de la iglesia debe

sentir que la verdad que él profesa es una realidad, y todos deben trabajar desinteresadamente. Algunos ricos se sienten inclinados a murmurar porque la obra de Dios se extiende y se necesita dinero. Dicen que no acaban nunca los pedidos de recursos, y los motivos por solicitar ayuda se presentan uno tras otro. A los tales queremos decir que esperamos que la causa de Dios se extienda de tal manera que haya mayores ocasiones y pedidos más frecuentes y urgentes de que la tesorería supla lo necesario para proseguir la obra.

Si el plan de la benevolencia sistemática fuera adoptado por cada persona y llevado plenamente a cabo, habría una constante provisión en la tesorería. Los ingresos afluirían como una corriente continuamente alimentada por rebosantes fuentes de generosidad. El dar ofrendas es una parte de la religión evangélica. ¿Acaso la consideración del precio infinito pagado por nuestra redención no nos impone solemnes obligaciones pecuniarias, así como el deber de consagrar todas nuestras facultades a la obra del Maestro?

Tendremos una deuda que saldar con el Maestro antes de mucho cuando él diga: “Da cuenta de tu mayordomía”. (Lucas 16:2) Si los hombres prefieren poner a un lado los derechos de Dios y retener egoístamente todo lo que él les da, él callará por el momento y continuará probándolos con frecuencia aumentando sus bendiciones, dejando que éstas continúen fluyendo; y aquellos hombres seguirán tal vez recibiendo honores de sus semejantes, sin que la iglesia los censure; pero antes de mucho Dios les dirá: “Da cuenta de tu mayordomía”. Dice Cristo: “En cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco a mí lo hicisteis”. (Mateo 25:45) “No sois vuestros. Porque habéis sido comprados por precio”, y estáis bajo la obligación de glorificar a Dios con vuestros recursos, así como en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, que son suyos. “Comprados [sois] por precio”, “no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo” (1 Corintios 6:19, 20; 1 Pedro 1:18, 19) Él pide, en compensación de los dones que nos ha confiado, que ayudemos en la obra de salvar almas. Él dio su sangre y nos pide nuestro dinero. Mediante su

pobreza somos hechos ricos, y ¿nos negaremos a devolverle sus propios dones?

Dios no depende del hombre para sostener su causa. Podría haber enviado medios directamente del cielo para suplir su tesorería, si en su providencia lo hubiera considerado mejor para el hombre. Podría haber formulado planes para que los ángeles hubiesen sido enviados a publicar la verdad al mundo sin intervención de los hombres. Podría haber escrito las verdades en el firmamento y haber dejado que éste declarara al mundo sus requerimientos en caracteres vivos. Dios no depende del oro o la plata de hombre alguno. Dice: “Porque mía es toda bestia del bosque, y los millares de animales en los collados”. “Si yo tuviese hambre, no te lo diría a ti; porque mío es el mundo y su plenitud”. (Salmos 50:10, 12) Cualquier necesidad de que intervengamos en el adelantamiento de la causa de Dios, ha sido ordenada a propósito para nuestro bien. Él nos ha honrado haciéndonos colaboradores suyos. Ordenó que fuera necesaria la cooperación de los hombres a fin de que pudieran practicar la generosidad.

En su sabia providencia, Dios permitió que los pobres estuvieran siempre con nosotros, para que mientras presenciáramos las diversas formas de necesidad y sufrimiento en el mundo, fuéramos probados y puestos en situación de desarrollar un carácter cristiano. El Señor ha puesto a los pobres entre nosotros para despertar nuestra compasión y amor cristianos.

Los pecadores que están pereciendo por falta de conocimiento serán dejados en la ignorancia y las tinieblas a menos que los hombres les lleven la luz de la verdad. Dios no enviará a los ángeles del cielo para hacer la obra que ha encomendado al hombre. Dio a todos una obra que hacer por esta misma razón, a saber, para que pudiera probarlos y para que ellos revelaran su verdadero carácter. Cristo pone a los pobres entre nosotros como representantes suyos. “Tuve hambre?dice?, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber”. (Mateo 25:42) Cristo se identifica con la humanidad doliente en la persona de los seres humanos que sufren. Hace suyas sus necesidades y

acoge sus desgracias en su seno.

Las tinieblas morales de un mundo arruinado suplican a cada cristiano que realice un esfuerzo, que dé de sus recursos y preste su influencia para asemejarse a Aquel que aunque poseía riquezas infinitas se hizo pobre por causa nuestra. El Espíritu de Dios no puede morar con aquellos a quienes mandó el mensaje de su verdad, pero que necesitan que se les ruegue antes de sentir su deber de colaborar con Cristo. El apóstol pone de relieve el deber de dar por motivos superiores a la mera compasión humana, porque los sentimientos son conmovidos. Da realce al principio de que debemos trabajar abnegadamente y con sinceridad para gloria de Dios.

Las Escrituras requieren de los cristianos, que participen en un plan de activa generosidad que los haga manifestar constantemente interés en la salvación de sus semejantes. La Ley moral ordenaba la observancia del sábado, que no era una carga, excepto cuando era transgredida y los hombres se veían sujetos a las penalidades que

entrañaba su violación. Igualmente, el sistema del diezmo no era una carga para aquellos que no se apartaban del plan. El sistema ordenado a los hebreos no ha sido abrogado ni reducido su vigor por Aquel que lo ideó. En vez de carecer de fuerza ahora, tiene que practicarse más plena y extensamente, puesto que la salvación por Cristo debe ser proclamada con mayor plenitud en la era cristiana.

Jesús hizo saber al joven príncipe que la condición para obtener la vida eterna consistía en poner por obra en su vida los requerimientos especiales de la Ley, que le exigían amar a Dios con todo su corazón, con toda su alma, con toda su mente y con todas sus fuerzas, y a su prójimo como a sí mismo. Si bien los sacrificios simbólicos cesaron con la muerte de Cristo, la Ley original, grabada en tablas de piedra, permaneció inmutable, e impone sus exigencias al hombre de todos los tiempos. Y en la era cristiana, el deber del hombre no fue limitado, sino definido más especialmente y expresado con más sencillez.

El evangelio, para extenderse y ampliarse, requería mayores provisiones para sostener la guerra después de la muerte de Cristo, y esto hizo que la ley de dar ofrendas fuese una necesidad más apremiante que bajo el gobierno hebreo. Dios no requiere menos ahora, sino mayores dones que en cualquier otro período de la historia del mundo. El principio trazado por Cristo es que los dones y ofrendas deben ser proporcionales a la luz y bendiciones que se han disfrutado. Él dijo: “Porque a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará”. (Lucas 12:48)

Los primeros discípulos respondían a las bendiciones de la era cristiana mediante obras de caridad y benevolencia. El derramamiento del Espíritu de Dios, después que Cristo dejó a sus discípulos y ascendió al cielo, los condujo a la abnegación y al sacrificio propio para salvar a otros. Cuando los santos pobres de Jerusalén se hallaban en angustia, Pablo escribió a los cristianos gentiles acerca de las obras de benevolencia y dijo: “Por tanto, como en todo abundáis, en fe, en palabra, en ciencia, en toda solicitud, y en vuestro

amor para con nosotros, abundad también en esta gracia". (2 Corintios 8:7) Aquí la generosidad es puesta al lado de la fe, del amor y de la diligencia cristiana. Los que piensan que pueden ser buenos cristianos y a la vez cerrar sus oídos y corazones a los llamados que Dios dirige a su liberalidad, están terriblemente engañados. Hay quienes profesan tener gran amor por la verdad, y, por lo menos de palabra, tienen interés en verla adelantar, pero no hacen nada para ello. La fe de los tales es muerta; no se perfecciona por las obras. El Señor no cometió nunca el error de convertir a un alma y dejarla bajo el poder de la avaricia.

El sistema del diezmo se remonta hasta antes del tiempo de Moisés. Ya en los días de Adán, se requería de los hombres que ofrecieran a Dios donativos de índole religiosa, es decir, antes que el sistema fuera dado a Moisés en forma definida. Al cumplir lo requerido por Dios, debían manifestar, mediante sus ofrendas, aprecio por las misericordias y las bendiciones de Dios para con ellos. Esto continuó durante las generaciones sucesivas y fue practicado por Abraham, quien dio

diezmos a Melquisedec, sacerdote del Altísimo. El mismo principio existía en los días de Job. Mientras Jacob estaba en Bet-el, peregrino, desterrado y sin dinero, se acostó una noche, solitario y abandonado, teniendo una piedra por almohada, y allí prometió al Señor: “De todo lo que me dieres, el diezmo apartaré para ti”. (Génesis 28:22) Dios no obliga a los hombres a dar. Todo lo que ellos dan debe ser voluntario. Él no quiere que afluyan a su tesorería ofrendas que no se presenten con buena voluntad.

El Señor quiso poner al hombre en estrecha relación consigo, e infundirle compasión y amor por sus semejantes, imponiéndole la responsabilidad de realizar acciones que contrarrestaran el egoísmo y fortaleciesen su amor por Dios y el hombre. El plan de una liberalidad sistemática fue ideado por Dios para beneficio del hombre, quien se inclina a ser egoísta y a cerrar su corazón a las acciones generosas. El Señor requiere que se hagan donativos en tiempos determinados, para establecer el hábito de dar y para que la benevolencia se considere como un deber cristiano.

El corazón, abierto por un donativo, no debe tener tiempo de enfriarse egoístamente y cerrarse antes que se otorgue el próximo. La corriente ha de fluir continuamente, manteniéndose abierto el conducto por medio de actos de generosidad.

En cuanto a la cantidad requerida, Dios ha especificado que sea la décima parte de los ingresos. Esto queda a cargo de la conciencia y generosidad de los hombres, cuyo juicio debe ejercerse libremente en este asunto del diezmo. Y aunque queda librado a la conciencia, se ha trazado un plan bastante definido para todos. No se requiere compulsión alguna.

En la dispensación mosaica, Dios pedía de los hombres que dieran la décima parte de todas sus ganancias. Les confiaba las cosas de esta vida, como talentos que debían devolver perfeccionados. Ha requerido la décima parte, y la exige como lo mínimo que le debemos devolver. Dice: Os doy las nueve décimas, y os pido una; es mía. Cuando los hombres retienen el diezmo, roban a Dios. Además del diezmo, se requerían ofrendas por el pecado,

ofrendas de paz y de agradecimiento a Dios.

Todo lo que se retiene de lo que Dios pide, o sea el diezmo, queda registrado en los libros del cielo como un robo hecho a él. Los que lo cometen defraudan a su Creador, y cuando se les presenta este pecado de negligencia, no es suficiente que cambien su conducta y empiecen desde entonces a obrar según el debido principio. Esto no corregirá las cifras escritas en los registros celestiales por su desfalco de la propiedad que se les ha confiado para que la devuelvan al Prestamista. Deben arrepentirse de su infidelidad para con Dios, y de su vil ingratitud.

“¿Robará el hombre a Dios? Pues vosotros me habéis robado. Y dijisteis: ¿En qué te hemos robado? En vuestros diezmos y ofrendas. Malditos sois con maldición, porque vosotros, la nación toda, me habéis robado. Traed todos los diezmos al alfolí y haya alimento en mi casa; y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde”.

(Malaquías 3:8-10) Aquí se promete que si se traen todos los diezmos al alfolí, Dios derramará su bendición sobre los obedientes.

“Reprenderé también por vosotros al devorador, y no os destruirá el fruto de la tierra, ni vuestra vid en el campo será estéril, dice Jehová de los ejércitos. Y todas las naciones os dirán bienaventurados; porque seréis tierra deseable, dice Jehová de los ejércitos”. (vers. 11, 12) Si todos los que profesan la verdad cumplen con los requerimientos de Dios en cuanto a dar el diezmo, que Dios llama suyo, la tesorería estará ampliamente provista para llevar a cabo la gran obra de salvar a los hombres.

Dios da al hombre los nueve décimos, mientras reclama un décimo para fines sagrados, así como dio al hombre seis días para su trabajo y se reservó y puso aparte el séptimo día para sí. Porque, como el sábado, el diezmo de las entradas es sagrado. Dios se lo ha reservado. Él llevará a cabo su obra en la tierra con las entradas procedentes de los recursos que confió al hombre.

Dios exigía que su antiguo pueblo asistiera a tres asambleas anualmente. “Tres veces cada año aparecerá todo varón tuyo delante de Jehová tu Dios en el lugar que él escogiere: en la fiesta solemne de los panes sin levadura, y en la fiesta solemne de las semanas, y en la fiesta solemne de los tabernáculos. Y ninguno se presentará delante de Jehová con las manos vacías; cada uno con la ofrenda de su mano, conforme a la bendición que Jehová tu Dios le hubiere dado”. (Deuteronomio 16:16, 17) Nada menos que una tercera parte de sus entradas se consagraba a fines sagrados y religiosos.

Cuandoquiera que los hijos de Dios, en cualquier época de la historia del mundo, ejecutaron alegre y voluntariamente el plan de la benevolencia sistemática y de los dones y ofrendas, han visto cumplirse la permanente promesa de que la prosperidad acompañaría todas sus labores en la misma proporción en que le obedecieran. Siempre que reconocieron los derechos de Dios y cumplieron con sus requerimientos, honrándole

con su sustancia, sus alfolíes rebosaron; pero cuando robaron a Dios en los diezmos y las ofrendas, tuvieron que darse cuenta de que no sólo le estaban robando a él, sino que se defraudaban ellos mismos; porque él limitaba las bendiciones que les concedía en la proporción en que ellos limitaban las ofrendas que le llevaban.

Algunos dirán que ésta es una de las leyes rigurosas que pesaban sobre los hebreos. Pero ésta no era una carga para el corazón voluntario que manifestaba amor a Dios. Únicamente cuando la naturaleza egoísta se fortalecía por la retención de aquellos recursos, el hombre perdía de vista lo eterno y estimaba los tesoros terrenales más que las almas. El Israel de Dios de estos últimos tiempos tiene necesidades aun más urgentes que el de antaño. Debe realizarse una obra grande e importante en breve tiempo. Nunca fue el propósito de Dios que la ley del sistema del diezmo no rigiera entre su pueblo; sino que, al contrario, quiso que el espíritu de sacrificio se ampliara y se profundizara para la obra final.

No se debe hacer de la benevolencia sistemática una compulsión sistemática. Lo que Dios considera aceptable son las ofrendas voluntarias. La verdadera generosidad cristiana brota del principio del amor agradecido. El amor a Cristo no puede existir sin que se manifieste en forma proporcional hacia aquellos a quienes él vino a redimir. El amor a Cristo debe ser el principio dominante del ser, que rija todas las emociones y todas las energías. El amor redentor debe despertar todo el tierno afecto y la devoción abnegada que pueda existir en el corazón del hombre. Cuando tal sea el caso, no se necesitarán llamados conmovedores para quebrantar su egoísmo ni despertar sus simpatías dormidas para arrancar ofrendas en favor de la preciosa causa de la verdad.

Jesús nos compró a un precio infinito. Toda nuestra capacidad y nuestra influencia pertenecen en verdad a nuestro Salvador y deben ser dedicadas a su servicio. Consagrándoselas, manifestamos nuestra gratitud por haber sido redimidos de la esclavitud del pecado por la preciosa sangre de Cristo. Nuestro Salvador está siempre obrando por

nosotros. Ascendió al cielo e intercede a favor de los rescatados por su sangre. Intercede delante de su Padre y presenta las agonías de la crucifixión. Alza sus manos heridas e intercede por su iglesia para que sea guardada de caer en la tentación.

Si nuestra percepción fuera avivada hasta poder comprender esta maravillosa obra del Salvador en pro de nuestra salvación, ardería en todo corazón un amor profundo y ardiente. Entonces nuestra apatía y fría indiferencia nos alarmarían. Una devoción y generosidad absolutas, impulsadas por un amor agradecido, impartirán a la más pequeña ofrenda, al sacrificio voluntario, una fragancia divina que hará inestimable el don. Pero después de haber entregado voluntariamente a nuestro Redentor todo lo que podemos darle, por valioso que sea para nosotros, si consideramos nuestra deuda de gratitud a Dios tal cual es en realidad, todo lo que podamos haber ofrecido nos parecerá muy insignificante y pobre. Pero los ángeles toman estas ofrendas que a nosotros nos parecen deficientes, y las presentan como una fragante oblación delante del trono, y son aceptadas.

Como discípulos de Cristo, no nos damos cuenta de nuestra verdadera situación. No tenemos opiniones acertadas respecto de nuestra responsabilidad como siervos de Cristo. Él nos ha adelantado el salario en su vida de sufrimiento y en su sangre derramada, para ligarnos así en servidumbre voluntaria. Todas las cosas buenas que tenemos son un préstamo de nuestro Salvador. Nos ha hecho mayordomos. Nuestras ofrendas más ínfimas, nuestros servicios más humildes, presentados con fe y amor, pueden ser dones consagrados para salvar almas en el servicio del Maestro y para promover su gloria. El interés y la prosperidad del reino de Cristo deben superar toda otra consideración. Los que hacen de sus placeres e intereses egoístas los objetos principales de su vida, no son mayordomos fieles.

Los que se nieguen personalmente con el fin de hacer bien a otros y se consagren con todo lo que tienen al servicio de Cristo, experimentarán la felicidad que en vano busca el egoísta. Dice nuestro Salvador: “Cualquiera de vosotros que no

renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo". (Lucas 14:33) La caridad "no busca lo suyo". (1 Corintios 13:5) Es el fruto de aquel amor desinteresado y de aquella benevolencia que caracterizaron la vida de Cristo. Si la ley de Dios está en nuestro corazón, subordinará nuestros intereses personales a las consideraciones elevadas y eternas.

Cristo nos ordena que busquemos primeramente el reino de Dios y su justicia. Tal es nuestro primero y más alto deber. Nuestro Maestro amonestó expresamente a sus siervos a que no acumularan tesoros en la tierra; porque al hacerlo su corazón se fijaría en las cosas terrenales antes que en las celestiales. Por esta razón muchas pobres almas han dejado naufragar su fe. Contrariaron directamente las órdenes expresas de nuestro Señor, y permitieron que el amor al dinero llegara a ser la pasión dominante de su vida. Son intemperantes en sus esfuerzos para adquirir recursos. Están tan embriagados con su insano deseo de riquezas como el borracho por la bebida.

Los cristianos se olvidan de que son siervos del Maestro; de que le pertenecen ellos mismos, su tiempo y todo lo que tienen. Muchos son tentados y la mayoría se deja vencer por las engañosas incitaciones que Satanás les presenta para invertir su dinero en lo que les reportará el mayor provecho en pesos y centavos. Sólo unos pocos consideran las obligaciones que Dios les ha impuesto de hacer que su principal ocupación consista en suplir las necesidades de su causa, y de atender sus propios deseos en último término. Son pocos los que invierten dinero en la causa de Dios en proporción a sus recursos. Muchos lo han inmovilizado en propiedades que deben vender antes de poder invertirlo en la causa de Dios y darle así un uso práctico. Se valen de ello como una excusa para hacer tan sólo poco en la causa de su Redentor. Han enterrado su dinero tan literalmente como el hombre de la parábola. Roban a Dios el diezmo, que reclama como suyo, y al robarle, se despojan del tesoro celestial.

El plan de la benevolencia sistemática no oprime penosamente a ningún hombre. “En cuanto

a la ofrenda para los santos, haced vosotros también de la manera que ordené en las iglesias de Galacia. Cada primer día de la semana cada uno de vosotros ponga aparte algo, según haya prosperado, guardándolo, para que cuando yo llegue no se recojan entonces ofrendas". (1 Corintios 16:1, 2) Los pobres no quedan excluidos del privilegio de dar. Ellos, tanto como los pudientes, pueden tener una parte en esta obra. La lección que Cristo dio con respecto a las dos blancas de la viuda, nos demuestra que la ofrenda voluntaria más ínfima de los pobres, si se da con un corazón lleno de amor, es tan aceptable como los mayores donativos de los ricos.

En las balanzas del santuario, los donativos de los pobres, presentados por amor a Cristo, no se estiman según la cantidad dada, sino según el amor que motiva el sacrificio. Las promesas de Jesús llegarán a ser tan ciertamente una realidad para el pobre generoso, que tiene poco que ofrecer, pero lo dan con liberalidad, como para el pudiente que da de su abundancia. El pobre hace un sacrificio de lo poco que posee y lo siente en realidad. Se niega

algunas de las cosas que necesita para su comodidad, mientras que el rico da de su abundancia y no siente ninguna necesidad, no se niega nada de lo que realmente le hace falta. Por lo tanto, tiene la ofrenda del pobre un carácter sagrado que no se encuentra en la ofrenda del rico, porque éste da de su abundancia. La providencia de Dios organizó todo el plan de la benevolencia sistemática para beneficio del hombre. Su providencia nunca se paraliza. Si los siervos de Dios entran por las puertas que él les abre, todos trabajarán activamente.

Los que retienen lo que pertenece a la tesorería de Dios, y acumulan sus recursos para sus hijos, ponen en peligro el interés espiritual de estos últimos. Ponen su propiedad, que es una piedra de tropiezo para ellos, en el camino de sus hijos, para que también tropiecen con ella para perdición. Muchos cometen una gran equivocación respecto de las cosas de esta vida. Economizan, privándose ellos mismos y a otros, del bien que podrían recibir por el uso correcto de los medios que Dios les ha prestado, y se tornan egoístas y avarientos.

Descuidan sus intereses espirituales, y su desarrollo religioso se atrofia; todo por el afán de acumular riquezas que no pueden usar. Dejan su propiedad a sus hijos, y en nueve casos de cada diez es para sus herederos una maldición aun mayor de lo que ha sido para ellos. Los hijos, confiados en las propiedades de sus padres, con frecuencia no alcanzan a tener éxito en esta vida, y generalmente fracasan completamente en lo que respecta a obtener la vida venidera. El mejor legado que los padres pueden dejar a sus hijos es un conocimiento del trabajo útil y el ejemplo de una vida caracterizada por la benevolencia desinteresada. Por una vida tal demuestran el verdadero valor del dinero, que debe ser apreciado únicamente por el bien que realizará al aliviar las necesidades propias y ajenas y al adelantar la causa de Dios.

Algunos están dispuestos a dar de acuerdo con lo que tienen, y piensan que Dios no tiene más derecho sobre ellos porque no tienen grandes recursos. No tienen entradas de las cuales puedan ahorrar después de gastar en lo necesario para su familia. Pero muchos de ellos pueden preguntarse:

¿Estoy dando de acuerdo a lo que podría haber tenido? Dios quiso que pusieran a contribución las facultades de su cuerpo y mente. Algunos no han perfeccionado al máximo la habilidad que Dios les ha dado. El trabajo ha sido asignado al hombre. Se lo relacionó con la maldición, porque así lo hizo necesario el pecado. El bienestar físico, mental y moral del hombre hace necesaria una vida de trabajo útil. “En el trabajo no seáis perezosos” (Romanos 12:11, NRV), es la recomendación del inspirado apóstol Pablo.

Nadie, sea rico o pobre, puede glorificar a Dios por una vida de indolencia. Todo el capital que tienen muchos pobres está constituido por su tiempo y su fuerza física, y con frecuencia los malgastan por amor a la comodidad y a la indolencia negligente, de manera que no tienen nada que llevarle a su Señor en diezmos y ofrendas. Si los cristianos carecen de sabiduría para hacer que su trabajo rinda la mayor utilidad y para hacer una aplicación juiciosa de sus facultades físicas y mentales, deben tener mansedumbre y humildad para recibir el consejo de sus hermanos, a

fin de que el mejor juicio de ellos supla sus deficiencias. Muchos pobres que están ahora conformes con no hacer nada para beneficiar a sus semejantes y para adelantar la causa de Dios, podrían hacer mucho si quisieran. Ellos son responsables delante de Dios por su capital de fuerza física, tanto como el rico lo es por su capital de dinero.

Algunos que debieran hacer ingresar recursos en la tesorería de Dios, quieren recibir de ella. Hay quienes son pobres ahora y podrían mejorar su condición por un empleo juicioso de su tiempo, evitando las especulaciones, como la explotación de patentes de invención y refrenando su inclinación a confiar en tales especulaciones para obtener recursos de una manera más fácil que por el trabajo paciente y perseverante. Si los que han tenido éxito en la vida estuvieran dispuestos a recibir instrucción, podrían adquirir hábitos de abnegación y economía estricta y tener la satisfacción de ser dispensadores de caridad en vez de receptores de ella. Hay muchos siervos perezosos. Si hicieran cuanto está a su alcance,

experimentarían una bendición tan grande al ayudar a otros que en realidad se darían cuenta de que “más bienaventurado es dar que recibir” (Hechos 20:35)

Debidamente dirigida, la generosidad ejercita las energías mentales y morales de los hombres y los estimula a una acción muy saludable para beneficiar a los necesitados y adelantar la causa de Dios. Si los que tienen recursos se dieran cuenta de que son responsables delante de Dios de cada peso que gastan, sus supuestas necesidades serían mucho menores. Si la conciencia estuviera despierta, testificaría contra los gastos inútiles para satisfacer el apetito, el orgullo, la vanidad, el amor a las diversiones, y reprocharía el despilfarro del dinero del Señor que debiera haberse dedicado a su causa. Pronto los que malgastan los bienes de su Señor tendrán que darle cuenta de su conducta.

Si los que profesan ser cristianos usaran menos de su fortuna para adornar su cuerpo y hermosear sus propias casas, y en sus mesas hubiesen menos lujos extravagantes y malsanos, podrían colocar

sumas mucho mayores en la tesorería del Señor. Imitarían así a su Redentor, quien dejó el cielo, sus riquezas y su gloria, y por amor de nosotros se hizo pobre, a fin de que pudiéramos tener las riquezas eternas. Si somos demasiado pobres para devolver fielmente a Dios los diezmos que él requiere, somos ciertamente demasiado pobres para vestirnos costosamente y comer con lujo; porque malgastamos así el dinero de nuestro Señor en cosas perjudiciales para agradarnos y glorificarnos a nosotros mismos. Debemos inquirir diligentemente: ¿Qué tesoro nos hemos asegurado en el reino de los cielos? ¿Somos ricos para con Dios?

Jesús dio a sus discípulos una lección respecto de la avaricia. “También les refirió una parábola, diciendo: La heredad de un hombre rico había producido mucho. Y él pensaba dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, porque no tengo dónde guardar mis frutos? Y dijo: Esto haré: derribaré mis graneros, y los edificaré mayores, y allí guardaré todos mis frutos y mis bienes; y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes guardados para

muchos años; repósate, come, bebe, regocíjate. Pero Dios le dijo: Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será? Así es el que hace para sí tesoro, y no es rico para con Dios". (Lucas 12:16-21)

La duración y felicidad de la vida no consiste en la cantidad de nuestras posesiones terrenales. Este rico insensato, en su egoísmo supremo, había amontonado tesoros que no podía emplear. Vivía solamente para sí mismo. Se extralimitó en los negocios, obtuvo ganancias ilícitas y no practicó la misericordia ni el amor de Dios. Robó a los huérfanos y a las viudas, o defraudó a sus semejantes para aumentar su creciente reserva de bienes mundanales. Podía haberse hecho tesoros en los cielos en bolsas que no envejecen, pero por su avaricia perdió ambos mundos. Los que humildemente usan para gloria de Dios los recursos que él les ha confiado, recibirán antes de mucho su tesoro de la mano del Maestro con la bendición: "Bien, buen siervo y fiel;... entra en el gozo de tu señor". (Mateo 25:21)

Cuando consideramos el sacrificio hecho para la salvación de los hombres, nos embarga el asombro. Cuando el egoísmo clama por la victoria en el corazón de los hombres, y ellos se sienten tentados a retener la proporción que deben dedicar a cualquier buena obra, deben fortalecer sus principios de lo recto por el pensamiento de que el que era rico en el tesoro inestimable del cielo, se apartó de todo ello y se hizo pobre. No tuvo dónde reclinar su cabeza. Y todo este sacrificio fue hecho en nuestro favor, para que obtuviéramos las riquezas eternas.

Cristo asentó los pies en la senda de la abnegación y el sacrificio, que todos sus discípulos deben recorrer si quieren ser finalmente exaltados con él. Acogió en su propio corazón las tristezas que el hombre debe sufrir. Con frecuencia la mente de los mundanos se embota. Pueden ver tan sólo las cosas terrenales, que eclipsan la gloria y el valor de las cosas celestiales. Hay hombres que rodearán la tierra y el mar para obtener ganancias terrenales, y sufrirán privaciones y padecimientos para alcanzar su objetivo, y, sin embargo, se

apartan de los atractivos del cielo y no consideran las riquezas eternas. Los que se hallan comparativamente en la pobreza son los que hacen más para sostener la causa de Dios. Son generosos con lo poco que poseen. Han fortalecido sus impulsos generosos por la liberalidad continua. Como sus gastos casi equivalían a sus entradas, su pasión por las riquezas terrenales no tuvo cabida u oportunidad de fortalecerse.

Pero son muchos los que, al comenzar a juntar riquezas materiales, calculan cuánto tardarán en poseer cierta suma. En su afán de acumular una fortuna, dejan de enriquecerse para con Dios. Su generosidad no se mantiene a la par con lo que reúnen. A medida que aumenta su pasión por las riquezas, sus afectos se entrelazan con su tesoro. El aumento de su propiedad fortalece el intenso deseo de tener más, hasta que algunos consideran que el dar al Señor el diezmo es una contribución severa e injusta. La inspiración ha declarado: “Si se aumentan las riquezas, no pongáis el corazón en ellas”. (Salmos 62:10) Muchos han dicho: “Si fuera tan rico como Fulano, multiplicaría mis donativos

para la tesorería de Dios. No haría otra cosa con mi riqueza sino emplearla para el adelantamiento de la causa de Dios". Dios ha probado a algunos de éstos dándoles riquezas; pero con éstas las tentaciones se hicieron más intensas, y su generosidad fue mucho menor que en los días de su pobreza. Un deseo ambicioso de mayores riquezas absorbió su mente y corazón, y cometieron idolatría.

El que regala a los hombres riquezas infinitas y una vida eterna de bienaventuranzas en su reino como recompensa de la obediencia fiel, no aceptará un corazón dividido. Estamos viviendo en medio de los peligros de los últimos días, cuando se manifiesta todo lo que puede apartar de Dios la mente y los afectos. Podremos discernir y apreciar nuestro deber únicamente cuando lo consideremos a la luz que irradia de la vida de Cristo. Así como el sol sale por el oriente y baja por el occidente, llenando el mundo de luz, así el que sigue verdaderamente a Cristo será una luz para el mundo. Saldrá al mundo como una luz brillante y resplandeciente, para que aquellos que están en tinieblas sean iluminados y calentados por los

rayos que despida. Cristo dice de los que le siguen: “Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder”. (Mateo 5:14)

Nuestro gran Ejemplo era abnegado, y ¿debe la conducta de los que profesan seguirle ser tan contraria a la suya? El Salvador lo dio todo por el mundo que perecía, sin retenerse a sí mismo siquiera. La iglesia de Dios está dormida. Sus miembros están debilitados por la inacción. De todas partes del mundo nos llegan voces que nos dicen: “Pasad y ayudadnos”, pero no hay movimiento en respuesta. De vez en cuando se realiza un débil esfuerzo; algunos manifiestan que quisieran ser colaboradores del Maestro; pero con frecuencia se deja a los tales trabajar casi solos. Nuestro pueblo tiene un solo misionero[1] en todo el amplio campo de los países extranjeros.

La verdad es poderosa, pero no se la pone en práctica. No es suficiente colocar solamente dinero sobre el altar. Dios llama a hombres voluntarios para que proclamen la verdad a otras naciones,

lenguas y pueblos. No es nuestro número ni nuestras riquezas lo que nos dará una victoria señalada, sino la devoción al trabajo, el valor moral, el ardiente amor por las almas y un celo incansable e invariable.

Son muchos los que han considerado a la nación judía como un pueblo digno de lástima, porque se le hacía contribuir constantemente al sostén de su religión. Pero Dios, quien creó al hombre y le proveyó todas las bendiciones de que goza, sabía lo que era mejor para él. Y por su bendición hacía que las nueve décimas fueran para los judíos de más valor que la cantidad entera sin su bendición. Si algunos, por egoísmo, robaban a Dios o le traían una ofrenda que no fuera perfecta, lo seguro era que seguía a ello el desastre y la pérdida. Dios lee los motivos del corazón. Conoce los propósitos de los hombres, y los recompensará a su debido tiempo según lo hayan merecido.

El sistema especial del diezmo se fundaba en un principio que es tan duradero como la ley de Dios. Este sistema del diezmo era una bendición

para los judíos; de lo contrario, Dios no se lo hubiera dado. Así también será una bendición para los que lo practiquen hasta el fin del tiempo. Nuestro Padre celestial no creó el plan de la benevolencia sistemática para enriquecerse, sino para que fuese una gran bendición para el hombre. Vio que este sistema de beneficencia era precisamente lo que el hombre necesitaba.

Aquellas iglesias que son más sistemáticas y generosas en sostener la causa de Dios, son las más prósperas espiritualmente. La verdadera generosidad del que sigue a Cristo identifica su interés con el Maestro. En el trato de Dios con los judíos y con su pueblo hasta el fin del tiempo, él requiere una benevolencia sistemática en proporción a las entradas. El plan de salvación fue basado en el infinito sacrificio del Hijo de Dios. La luz del Evangelio, que irradia de la cruz de Cristo, reprende el egoísmo y estimula la generosidad. No es de lamentar que aumenten los pedidos de recursos. En su providencia, Dios invita a su pueblo a que salga de su limitada esfera de acción para emprender mayores cosas. En este tiempo, en

que las tinieblas morales están cubriendo el mundo, se necesitan esfuerzos ilimitados. La mundanalidad y la avaricia están royendo las vísceras de los hijos de Dios. Deben comprender que su misericordia es la que multiplica las demandas de recursos. El ángel de Dios coloca los actos generosos al lado de la oración. Le dijo a Cornelio: “Tus oraciones y tus limosnas han subido para memoria delante de Dios”. (Hechos 10:4)

En sus enseñanzas, Cristo dijo: “Pues si en las riquezas injustas no fuisteis fieles, ¿quién os confiará lo verdadero?” (Lucas 16:11) La salud y la prosperidad espiritual de la iglesia dependen en extenso grado de su benevolencia sistemática. Es como la corriente sanguínea que debe fluir por todo el ser, vivificando todo miembro del cuerpo. Aumenta el amor por las almas de nuestros semejantes, porque por la abnegación y el sacrificio propio somos puestos en más estrecha relación con Cristo, quien por nosotros se hizo pobre. Cuanto más invirtamos en la causa de Dios para ayudar en la salvación de las almas, tanto más se les acercará nuestro corazón. Si nuestro número

fuera reducido a la mitad de lo que es, pero todos trabajaran con devoción, tendríamos un poder que haría temblar al mundo. A los que trabajan activamente, Cristo ha dirigido estas palabras: “He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”. (Mateo 28:20)

Encontraremos oposición proveniente de motivos egoístas, del fanatismo y del prejuicio; pero con valor indómito y fe viva debemos sembrar junto a todas las aguas. Los agentes de Satanás son formidables; debemos hacerles frente y combatirlos. Nuestras labores no se han de limitar a nuestro propio país. El campo es el mundo; la mies está madura. La orden dada por Cristo a los discípulos antes de ascender fue: “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura”. (Marcos 16:15)

Nos sentimos profundamente apenados al ver a algunos de nuestros predicadores que se limitan a trabajar por las iglesias, haciendo aparentemente algunos esfuerzos, pero casi sin obtener resultado por sus labores. El campo es el mundo. Salgan a un

mundo incrédulo, y trabajen para convertir las almas a la verdad. Indicamos a nuestros hermanos y hermanas el ejemplo de Abraham, quien subió al monte Moria para ofrecer a su único hijo, a la orden de Dios. Esto era obediencia y sacrificio. Moisés se encontraba en las cortes reales y tenía delante de sí la perspectiva de una corona. Pero se apartó de este soborno tentador, y “rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado, teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios”. (Hebreos 11:24-26)

Los apóstoles no contaban su vida por preciosa y se regocijaban de ser tenidos por dignos de sufrir oprobio por el nombre de Cristo. Pablo y Silas sufrieron la pérdida de todo. Fueron azotados y arrojados brutalmente al piso frío de una mazmorra, en una posición muy dolorosa, con los pies elevados y sujetos en el cepo. ¿Llegaron protestas y quejas a los oídos del carcelero? ¡Oh, no! Desde el interior de la cárcel, se elevaron voces que rompían el silencio de la noche con cantos de

gozo y alabanza a Dios. Animaban a estos discípulos un profundo y ferviente amor por la causa de su Redentor, a favor de la cual sufrían.

En la medida en que la verdad de Dios llene nuestro corazón, absorba nuestros afectos y rija nuestra vida, tendremos por gozo el sufrir por la verdad. Ni las paredes de la cárcel, ni la hoguera del martirio, podrán entonces dominarnos ni poner obstáculo a la gran obra.

“Ven, oh alma mía, al Calvario”.

Observa la humilde vida del Hijo de Dios. Él fue “varón de dolores, experimentado en quebranto”. (Isaías 53:3) Contempla su ignominia, su agonía en el Getsemaní, y aprende lo que es abnegación. ¿Estamos padeciendo necesidad? También la padeció Cristo, la Majestad del cielo. Pero su pobreza era por causa nuestra. ¿Nos contamos entre los ricos? Así se contaba él también. Pero consintió por causa nuestra en hacerse pobre, para que por su pobreza pudiésemos ser hechos ricos. En Cristo tenemos la abnegación

ejemplificada. Su sacrificio consistió no meramente en abandonar los atrios reales del cielo, en ser juzgado por los hombres perversos como un criminal y declarado culpable, en ser entregado a la muerte como malhechor, sino en llevar el peso de los pecados del mundo. La vida de Cristo reprende nuestra indiferencia y frialdad. Estamos cerca del tiempo del fin, cuando Satanás ha bajado con grande ira, sabiendo que le queda poco tiempo. Está trabajando con todo engaño de injusticia en aquellos que perecen. Nuestro gran Jefe ha dejado la guerra en nuestras manos para que la prosigamos con vigor. No estamos haciendo una vigésima parte de lo que podríamos hacer si estuviéramos despiertos. La obra se demora porque hay amor a la comodidad y falta el espíritu abnegado del cual Cristo nos dio ejemplo en su vida.

Se necesitan colaboradores de Cristo, hombres que sientan la necesidad de ensanchar los esfuerzos. La obra de nuestras prensas no debe disminuir sino duplicarse. Deben establecerse escuelas en diferentes lugares, para educar a nuestra juventud y prepararla para trabajar a fin de

que la verdad progrese.

Ya se ha malgastado muchísimo tiempo, y los ángeles llevan al cielo el registro de nuestra negligencia. Nuestra condición letárgica y nuestra falta de consagración nos han hecho perder preciosas oportunidades que Dios nos envió en las personas que estaban capacitadas para ayudarnos en nuestra necesidad actual. ¡Oh, cuánto necesitamos a nuestra Ana More[2] para ayudarnos en este tiempo a alcanzar otras naciones! Su extenso conocimiento de los campos misioneros nos daría acceso a los que hablan otros idiomas y a quienes no podemos acercarnos ahora. Dios trajo este don a nuestro medio para hacer frente a nuestra emergencia actual; pero no apreciamos el don, y nos lo quitó. Ella descansa de sus labores, pero sus obras de abnegación la siguen. Es deplorable que nuestra obra misionera quede rezagada por falta del conocimiento necesario para lograr acceso a las diferentes naciones y localidades de la gran mies mundial.

Sentimos angustia de espíritu porque hemos

perdido algunos de los dones que podríamos tener ahora si hubiéramos estado despiertos. Se ha impedido a los obreros que penetraran en la mies ya blanca. Incumbe a los hijos de Dios humillar su corazón delante de él, y en la más profunda humillación rogar al Señor que perdone nuestra apatía y complacencia egoísta y borre el vergonzoso registro de los deberes descuidados y privilegios no aprovechados. En la contemplación de la cruz del Calvario, el verdadero cristiano abandonará la idea de restringir sus ofrendas a lo que no le cuesta nada y oirá en sonidos como de trompeta:

"Ve, trabaja en mi viña; pronto podrás descansar".

Cuando Jesús estaba por ascender al cielo, señaló los campos de la mies y dijo a sus seguidores: "Id por todo el mundo y predicad el evangelio". (Marcos 16:15) "De gracia recibisteis, dad de gracia". (Mateo 10:8) ¿Nos negaremos a nosotros mismos para que se pueda recoger la mies que se pierde?

Dios pide talentos de influencia y recursos. ¿Nos negaremos a obedecer? Nuestro Padre celestial concede dones y solicita que le sea devuelta una porción para probarnos si somos dignos de recibir el don de la vida eterna.

**Notas:**

1. Estas palabras fueron escritas en 1875 poco después de que J. N. Andrews fuera enviado a Europa y antes de que las misiones llegaran a algo asumido como propio por todos miembros de la iglesia.

2. Ana More, misionera de experiencia en África, al hacerse adventista del séptimo día mientras se hallaba en servicio misionero, perdió el sostén de la junta misionera que la había enviado, de manera que regresó a los Estados Unidos. En Battle Creek encontró que su capacidad y sus talentos no fueron plenamente apreciados ni utilizados.

Capítulo 34

# Benevolencia sistematica

Si todos aquellos a quienes Dios ha prosperado con riquezas de la tierra cumplieran fielmente el plan divino dando una décima parte de todos sus ingresos, y si no retuviesen sus ofrendas por el pecado y sus ofrendas de agradecimiento, la tesorería constantemente volvería a llenarse. La sencillez del plan de benevolencia sistemática no le resta méritos, sino que exalta la sabiduría de Dios en su arreglo. Todo lo que lleva el sello divino une la sencillez con la utilidad. Si la benevolencia sistemática se adoptara universalmente de acuerdo con el plan de Dios, y si los ricos practicaran el sistema del diezmo tan fielmente como lo hacen las clases más pobres, no habría necesidad de apelaciones reiteradas y urgentes solicitando recursos en nuestras grandes asambleas religiosas. Ha habido un descuido en las iglesias de mantener el plan de benevolencia sistemática, y el resultado ha sido una tesorería empobrecida y una iglesia apóstata.

“¿Robará el hombre a Dios? Pues vosotros me habéis robado. Y dijisteis: ¿En qué te hemos robado? En vuestros diezmos y ofrendas. Malditos sois con maldición, porque vosotros, la nación toda, me habéis robado. Traed todos los diezmos al alfolí y haya alimento en mi casa; y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde. Reprenderé también por vosotros al devorador, y no os destruirá el fruto de la tierra, ni vuestra vid en el campo será estéril, dice Jehová de los ejércitos. Y todas las naciones os dirán bienaventurados; porque seréis tierra deseable, dice Jehová de los ejércitos”. (Malaquías 3:8-12)

A Dios se le han robado diezmos y ofrendas. Es algo terrible ser culpable de retener recursos de la tesorería o de robar a Dios. Los ministros que predican la palabra en nuestras grandes asambleas sienten que es un pecado no dar a Dios las cosas que son suyas. Saben que Dios no bendecirá a su pueblo mientras esté descuidando su plan de

benevolencia. Procuran que el pueblo tome conciencia de su deber mediante mensajes directos, prácticos, mostrando el peligro y la pecaminosidad del egoísmo y la codicia. La convicción se apodera de sus mentes y la helada frigidez del egoísmo es rota. Y cuando se hace el pedido de donaciones para la causa de Dios, algunos, bajo la influencia conmovedora de las reuniones, se sienten incitados a dar cuando en otras circunstancias no darían nada. En lo que se refiere a este grupo, se han logrado buenos resultados. Pero ante pedidos insistentes muchos cuyos corazones no se han congelado con el egoísmo se sienten tocados en lo más profundo. En forma deliberada y continua han dado de sus recursos para promover la causa de Dios. Todo su ser se siente conmovido con las apelaciones hechas, y responden los mismos que ya pueden haber dado todo lo que las circunstancias en su vida les permiten.

Pero estos creyentes liberales, sinceros, impulsados por un amor ardiente por la causa y un deseo de actuar prontamente, se consideran capaces de hacer más de lo que Dios les requiere que

hagan, por lo que su utilidad se resiente en otras áreas. Estas personas voluntarias a veces prometen reunir dinero cuando no saben de qué fuente vendrá, y algunos se colocan en circunstancias embarazosas para cumplir sus promesas. Algunos se ven obligados a vender sus productos en forma muy desventajosa, y otros realmente han sufrido en lo que se refiere a las comodidades y necesidades de la vida a fin de hacer frente a sus promesas.

Hubo un tiempo al comienzo de nuestra obra cuando dichos sacrificios se habrían justificado, cuando Dios habría bendecido a todos los que de ese modo corrieran riesgos por su causa. Los amigos de la verdad eran pocos y sus medios muy limitados. Pero la obra se ha ampliado y fortalecido hasta el punto de que hay suficientes medios en las manos de los creyentes como para sostener ampliamente la obra en todos sus departamentos sin poner en aprietos económicos a nadie, si todos se hacen cargo de su parte proporcional. La causa de Dios no necesita debilitarse en una mínima medida. Se ha hecho tan clara la preciosa verdad que muchos que la han aceptado tienen en sus

manos medios que Dios les ha confiado para que los usen en la promoción de los intereses de la verdad. Si estos hombres de recursos cumplen su deber, no necesita ponerse presión sobre los hermanos más pobres.

Estamos en un mundo de abundancia. Si los dones y ofrendas fueran en proporción a los medios que cada uno ha recibido de Dios, no habría necesidad de urgentes pedidos de recursos en nuestras grandes asambleas. Estoy plenamente convencida de que no es el mejor plan insistir en la cuestión de los recursos materiales en nuestras reuniones campestres. Hombres y mujeres que aman la causa de Dios como a sus propias vidas harán promesas en esas ocasiones, cuando sus familias deben sufrir por los mismos medios que ellos han prometido dar para promover la causa. Nuestro Dios no es un supervisor exigente y no le pide a un hombre pobre que dé a la causa recursos que pertenecen a su familia y que debieran usarse para vivir cómodamente y por encima de las necesidades apremiantes.

Los pedidos de recursos materiales en nuestros grandes campestres han sido acompañados hasta ahora de resultados aparentemente buenos en lo que a los ricos se refiere. Pero tenemos temor del resultado de un esfuerzo continuo por reabastecer de ese modo la tesorería. Tememos que habrá una reacción. Debiera realizarse un esfuerzo mayor de parte de hombres responsables para que todos sigan el plan dispuesto por Dios. Si se práctica la benevolencia sistemática, en los campestres no serán necesarios los pedidos urgentes de recursos para diversas empresas.

Dios ha ideado un plan por el cual todos pueden dar según él los ha prosperado, y que hará un hábito de la práctica de dar, sin esperar pedidos especiales. Aquellos que pueden hacer esto, pero que no lo hacen debido a su egoísmo, están robando a su Creador, quien les ha concedido medios para invertir en su causa a fin de promover sus intereses. Mientras haya quienes no practiquen el plan de la benevolencia sistemática, no se estará a la altura de la norma apostólica. Aquellos que ministran en palabra y doctrina debieran ser

hombres de criterio. Cuando hacen apelaciones generales, debieran estar informados acerca de la capacidad de los que responden a sus pedidos, y no permitir que los pobres hagan grandes promesas. Después que un hombre ha consagrado cierta suma al Señor, siente que es sagrada, que está dedicada a un uso santo. Esto es cierto, y por lo tanto nuestros hermanos que predican debieran estar bien informados de quiénes aceptan promesas.

Cada miembro de las diferentes familias en nuestras iglesias, que cree en la verdad, puede desempeñar una parte en su progreso adoptando alegremente la benevolencia sistemática. “Cada uno de vosotros ponga aparte algo [por sí mismo en la casa]... para que cuando yo llegue no se recojan entonces ofrendas”. (1 Corintios 16:2) No se planeó que los ministros de Dios, como parte de su trabajo, tuvieran la responsabilidad de instar a las personas a dar de sus medios. La responsabilidad debiera descansar sobre cada individuo que disfruta de creer la verdad. “Cada uno de vosotros ponga aparte algo, según haya prosperado”. Cada miembro de la familia, desde el mayor hasta el

menor, puede participar en esta obra de benevolencia.

Las ofrendas de los niñitos pueden ser aceptables y agradables a Dios. Según el espíritu que motiva los dones será el valor de la ofrenda. Los pobres, al seguir la norma del apóstol y colocar una pequeña suma cada semana, ayudan a acrecentar la tesorería, y sus dones son enteramente aceptables a Dios, porque ellos hacen sacrificios tan grandes o aún mayores que sus hermanos más ricos. El plan de benevolencia sistemática demostrará ser una salvaguardia para toda familia contra la tentación de gastar recursos en cosas innecesarias, y especialmente será una bendición para los ricos protegiéndolos de caer en extravagancias.

Cada semana las demandas de Dios a cada familia son recordadas por cada uno de sus miembros al cumplir plenamente con el plan; y al negarse ellos algún gasto superfluo a fin de tener recursos para depositar en la tesorería, se graban en el corazón lecciones de valor en materia de

abnegación para la gloria de Dios. Una vez por semana cada uno enfrenta cara a cara los hechos de la semana anterior, los ingresos que podría haber tenido si hubiera sido económico y los medios que no tiene debido a la complacencia propia. Su conciencia es presentada, por así decirlo, ante Dios, y lo encomia o lo acusa. Aprende que si quiere retener la paz de su mente y el favor de Dios debe comer y beber y vestir para su gloria.

El dar en forma sistemática y liberal de acuerdo con el plan [divino] mantiene abierto el canal del corazón. Nos colocamos en conexión con Dios, para que él pueda usarnos como canales mediante los cuales sus dones fluyan hacia otros. Los pobres no se quejarán [del plan] de benevolencia sistemática, porque de algún modo les favorece. No son desatendidos ni olvidados, sino que se ven favorecidos al permitirles desempeñar una parte colaborando con Cristo, y recibir la bendición de Dios al igual que los ricos. En el mismo proceso de apartar sumas pequeñas según pueden ahorrarlas, están negando el yo y cultivando la liberalidad de corazón. Se están educando para hacer buenas

obras, y están cumpliendo el designio de Dios en el plan de benevolencia sistemática tan efectivamente como lo están haciendo los más ricos que dan de su abundancia.

En los días de los apóstoles, los hombres iban por todas partes predicando la palabra. Se levantaban nuevas iglesias. Su amor y celo por Cristo los conducía a actos de gran abnegación y sacrificio. Muchas de estas iglesias gentiles eran muy pobres, sin embargo el apóstol declara que su profunda pobreza abundaba en riquezas de su liberalidad. Sus dádivas trascendían su capacidad de dar. Los hombres arriesgaban sus vidas y sufrían la pérdida de todas las cosas por causa de la verdad.

El apóstol sugiere el primer día de la semana como un momento apropiado para reexaminar las bendiciones de la Providencia y la prosperidad experimentada, y en el temor de Dios, con verdadera gratitud de corazón por las bendiciones que él ha otorgado, decidir cuánto le será devuelto, de acuerdo con el plan que él mismo ha ideado.

Dios quiere que el ejercicio de la benevolencia sea puramente voluntario, no recurriendo siquiera a apelaciones elocuentes para estimular la generosidad. “Dios ama al dador alegre”. (2 Corintios 9:7) No le agrada tener reabastecida su tesorería con recursos que se han dado en forma forzada. Los corazones leales de su pueblo, al regocijarse en la verdad salvadora para este tiempo, mediante el amor y la gratitud a él por esta preciosa luz, desearán ansiosamente ayudar con sus medios para enviar la verdad a otros. La mejor manera por la cual expresamos nuestro amor a nuestro Redentor es dando ofrendas para traer almas al conocimiento de la verdad. El plan de redención fue enteramente voluntario de parte de nuestro Redentor, y es el propósito de Cristo que toda nuestra benevolencia consista en ofrendas de buena voluntad.

Capítulo 35

# Independencia individual

Apreciado hermano A: Mi mente está preocupada en cuanto a su caso. Le he escrito algunas cosas que me han sido mostradas respecto a su conducta pasada, presente y futura. Siento ansiedad por usted porque he visto sus peligros. Su experiencia anterior en el espiritismo lo expone a tentaciones y conflictos severos. Una vez que la mente ha cedido al control directo del enemigo a través de ángeles malignos, esa persona debiera desconfiar grandemente de impresiones y sentimientos que la conduzcan a un camino independiente, lejos de la iglesia de Cristo. El primer paso que tal persona dé independientemente de la iglesia debiera ser considerado como un ardid del enemigo para engañar y destruir. Dios ha hecho a su iglesia un canal de luz, y mediante ella comunica sus propósitos y su voluntad. No da una experiencia independiente de la iglesia. No da a un hombre un conocimiento de su voluntad para toda la iglesia, mientras que la iglesia, el cuerpo de

Cristo, es dejada en tinieblas.

Hermano A, usted necesita vigilar con el mayor interés cómo edifica. Viene una tormenta que probará su esperanza hasta lo sumo. Usted debiera cavar profundo y colocar su fundamento seguro. “Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca. Descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y golpearon contra aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre la roca”. (Mateo 5:24, 25) El constructor coloca firmemente una piedra sobre otra hasta que la estructura se eleva, piedra sobre piedra. El constructor del evangelio frecuentemente lleva adelante su trabajo en medio de lágrimas y pruebas, tormentas de persecución, oposición amarga y reproches injustos; pero trabaja con profunda seriedad porque está construyendo para la eternidad. Tenga cuidado, hermano A, de que su fundamento sea roca sólida, de que usted está asegurado firmemente a ella, siendo Cristo esa Roca.

Usted tiene una voluntad fuerte, obstinada, un espíritu muy independiente, y siente que debe preservarlo a toda costa. Y usted ha introducido este mismo espíritu en su experiencia y en su vida religiosa. No siempre ha estado en armonía con la obra de Dios como es llevada adelante por sus hermanos de América del Norte. No ha visto las cosas como ellos las ven ni se ha identificado con su manera de proceder. Usted ha estado muy poco familiarizado con la tarea en sus distintos departamentos. No ha sentido mucho deseo de conocer las diferentes ramas de la obra. Ha mirado la obra con suspicacia y desconfianza, como también a los dirigentes escogidos por Dios para llevarla adelante. Ha estado más dispuesto a cuestionar y suponer y sentir celos de aquellos sobre quienes Dios ha colocado las responsabilidades más pesadas de su obra, que a investigar y vincularse con la causa de Dios para familiarizarse con su funcionamiento y progreso.

Dios vio que usted no estaba en condiciones de ser un pastor, un ministro de justicia para proclamar la verdad a otros, hasta que fuera un

hombre completamente transformado. Permitió que usted pasase por verdaderas pruebas y sintiera privación y necesidad, para que pudiera saber cómo ejercer compasión y apoyo, así como tierno amor hacia los infortunados y oprimidos, y por los que sufren necesidad y pasan por pruebas y aflicción.

Mientras usted oraba en su aflicción pidiendo la paz en Cristo, una nube negra parecía oscurecer su mente. El descanso y la paz no vinieron como usted lo esperaba. A veces su fe parecía ser probada hasta lo sumo. Al mirar usted a su vida pasada, veía tristeza y chascos; al contemplar el futuro, todo era incertidumbre. La Mano divina lo condujo maravillosamente para llevarlo a la cruz y enseñarle que Dios ciertamente es un galardonador de aquellos que lo buscan diligentemente. Las personas que piden correctamente recibirán. El que busca con fe encontrará. La experiencia ganada en el horno de prueba y aflicción vale más que todos los inconvenientes y la experiencia dolorosa que cuesta.

Las oraciones que usted ofreció en su soledad, su cansancio y sus pruebas, Dios las contestó no siempre de acuerdo con sus expectativas, pero sí para su bien. Usted no tenía una opinión clara y correcta de sus hermanos, ni se veía a usted mismo en una luz correcta. Pero en la providencia de Dios, él ha obrado para contestar las oraciones que usted ha ofrecido en su angustia y salvarlo, para la gloria de su divino nombre. Desconociéndose a usted mismo, pidió cosas que no eran las mejores para usted. Dios oyó sus oraciones sinceras, pero la bendición concedida fue algo muy diferente de lo que usted esperaba. En su providencia, Dios dispuso colocarlo más directamente en relación con su iglesia, para que tuviera menos confianza propia y confiara más en otros a quienes él está guiando para promover su obra.

Dios oye cada oración sincera. Lo colocó a usted en conexión con su obra para poder conducirlo más directamente a la luz. Y a menos que cierre sus ojos contra las evidencias y la luz, se convencerá de que si desconfía más de usted mismo y menos de sus hermanos prosperará más

en Dios. Es Dios quien lo ha conducido en medio de dificultades. Él tenía un propósito en esto, para que la tribulación pudiera obrar en usted paciencia, y la paciencia piedad, y la piedad esperanza. Permitió que le sobrevinieran pruebas para que, mediante ellas, usted pudiera experimentar los apacibles frutos de justicia.

Pedro negó al Hombre de Dolores en su encuentro con la tristeza en la hora de su humillación. Pero después se arrepintió y fue reconvertido. Tuvo verdadera contrición de alma y se entregó nuevamente a su Salvador. Cegado por las lágrimas va a la soledad del Jardín de Getsemaní y se postra donde vio la forma abatida de su Salvador cuando brotaron gotas de sangre de sus poros debido a su gran agonía. Pedro recuerda con remordimiento que se quedó dormido cuando Jesús oró durante esas horas terribles. Su orgulloso corazón se quebranta, y lágrimas penitentes humedecen la tierra herbosa tan recientemente manchada por las gotas de sudor sanguinolento del querido Hijo de Dios. Dejó ese jardín como un hombre convertido. Estaba entonces listo para

compadecerse de los tentados. Fue humillado y podía simpatizar con los débiles y errantes. Podía advertir y amonestar a los presuntuosos, y estaba plenamente capacitado para fortalecer a sus hermanos.

Dios lo condujo a usted a través de la aflicción y las pruebas para que pudiera confiar más perfectamente en él, y apoyarse menos en a su propio juicio. Usted puede sobrellevar la adversidad mejor que la prosperidad. El ojo de Jehová que todo lo ve detectó en su persona mucha escoria que usted consideraba como oro demasiado valioso para desecharlo. El poder del enemigo sobre usted ha sido a veces directo y muy fuerte. Los engaños del espiritismo han enredado su fe, pervertido su juicio y confundido su experiencia. En su providencia, Dios lo probó, para purificarlo, como a los hijos de Leví, para que usted pudiera ofrecerle una ofrenda en justicia.

El yo está mezclado demasiado con todas sus labores. Su voluntad debe ser moldeada por la voluntad de Dios, o usted caerá en tentaciones

deplorables. Vi que cuando usted trabaje confiando en Dios, pasando por alto el yo, obtendrá una fuerza de él que le dará acceso a los corazones. Los ángeles de Dios trabajarán conjuntamente con sus esfuerzos cuando usted sea humilde y se considere pequeño ante sus propios ojos. Pero cuando piense que sabe más que aquellos a quienes Dios ha estado dirigiendo por años, y a quienes ha estado instruyendo en la verdad y capacitando para la extensión de su obra, se habrá vuelto jactancioso y caerá en tentaciones.

Usted necesita cultivar la bondad y la ternura. Necesita ser compasivo y cortés. Sus labores están demasiado impregnadas de severidad y de un espíritu exigente, dictatorial, arrogante. Usted no siempre considera bondadosamente los sentimientos de otros, y crea pruebas e insatisfacción innecesarias. Más cariño y ternura en sus labores, le darían acceso a los corazones y ganarían almas para Cristo y la verdad.

Usted está constantemente inclinado a la independencia individual. No comprende que la

independencia es pobre cuando lo conduce a tener demasiada confianza propia y a actuar conforme a su propio juicio antes que respetar el consejo y estimar altamente el juicio de sus hermanos, especialmente de aquellos que están en los cargos que Dios ha designado para la salvación de su pueblo. Dios ha investido a su iglesia con autoridad y poder especiales que nadie puede sentirse justificado para desatender y menospreciar, porque al hacerlo menosprecia la voz de Dios.

No es seguro para usted confiar en sus impresiones y sentimientos. Usted ha tenido la desgracia de caer bajo el poder de ese engaño satánico, el espiritismo. Este manto de muerte lo ha cubierto, y su imaginación y nervios han estado bajo el control de los demonios; y cuando confía en usted mismo y no se aferra con firme confianza en Dios, está en un peligro seguro. Usted puede bajar las barreras, y frecuentemente lo hace, e invita al enemigo a que entre, y él controla sus pensamientos y actos, mientras que usted realmente se engaña y se jacta de que tiene el favor de Dios.

Satanás ha tratado de impedir que usted confíe en sus hermanos norteamericanos. Los ha considerado con suspicacia, al igual que sus iniciativas y experiencia, cuando ellos son precisamente quienes podrían ayudarlo y ser una bendición para usted. Será el esfuerzo premeditado de Satanás separarlo de aquellos que son como canales de luz, a través de los cuales Dios ha comunicado su voluntad y mediante quienes ha obrado para levantar y extender su obra. Sus puntos de vista y sus sentimientos y experiencia son completamente estrechos, y sus labores son del mismo carácter.

A fin de ser una bendición para su pueblo, usted necesita mejorar en muchas cosas. Debiera cultivar la cortesía y manifestar una tierna compasión por todo el mundo. Debiera tener la virtud máxima de Dios, el amor. Usted critica demasiado y no es tan paciente como debiera si quiere ganar almas. Podría tener una influencia mucho mayor si fuese menos formal y rígido, y fuera impulsado más por el Espíritu Santo. Su temor de ser guiado por hombres es demasiado

grande. Dios usa a los hombres como sus instrumentos y los usará en tanto el mundo dure.

Los ángeles que cayeron estaban ansiosos de independizarse de Dios. Eran muy hermosos, muy gloriosos, pero dependían de Dios para su felicidad y para la luz y la inteligencia que disfrutaban. Cayeron de su elevada posición mediante la insubordinación. Cristo y su iglesia son inseparables. Descuidar o despreciar a aquellos a quienes Dios ha designado como dirigentes y para llevar responsabilidades relacionadas con su obra y con el progreso y la difusión de la verdad es rechazar los medios que Dios ha ordenado para la ayuda, el aliento y la fortaleza de su pueblo. Pasarlos por alto y pensar que la luz suya debe venir a través de ningún otro canal sino directamente de Dios, lo coloca a usted en una posición donde está expuesto al engaño y a ser destruido.

Dios lo ha colocado en relación con sus colaboradores designados en su iglesia para que ellos puedan ayudarlo. Su conexión anterior con el

espiritismo hace que su peligro sea mayor que el que sería de otro modo, porque su juicio, sabiduría y criterio han sido pervertidos. Usted no puede discernir siempre los espíritus por cuenta propia y decir qué espíritus son, porque Satanás es muy artero. Dios lo ha puesto en conexión con su iglesia para que puedan ayudarle.

A veces usted es demasiado formal, frío y poco amigable. Debe encontrar a la gente donde está y no colocarse demasiado por encima de ellos ni requerir demasiado de ellos. Necesita ser completamente enternecido y subyugado por el Espíritu de Dios mientras predica a la gente. Debiera educarse en cuanto a la mejor manera de trabajar para obtener el fin deseado. Su trabajo debe caracterizarse por el amor de Jesús abundando en su corazón, ablandando sus palabras, moldeando su temperamento y elevando su alma.

Usted frecuentemente habla demasiado largo cuando no tiene la influencia vivificadora del Espíritu del cielo. Cansa a los que lo oyen. Muchos al predicar cometen el error de no terminar

mientras se mantiene el interés. Siguen perorando hasta que muere el interés que se había levantando en las mentes de los oyentes y la gente realmente se cansa con palabras que no tienen peso ni interés especial. Pare antes de llegar a ese punto. Deténgase cuando no tiene nada de importancia especial para decir. No siga con palabras aburridas que sólo excitan el prejuicio y no ablandan el corazón. Usted necesita estar unido a Cristo hasta el punto de que sus palabras derritan el corazón y lleguen ardientes hasta el alma. Meras palabras tediosas son insuficientes para este tiempo. Los argumentos son buenos, pero puede haber demasiados argumentos y muy poco del espíritu y la vida de Dios.

Sin el poder especial de Dios para trabajar con sus esfuerzos, sin su espíritu subyugado y humillado ante Dios, sin que su corazón esté enternecido y que sus palabras manen de un corazón de amor, sus labores serán cansadoras para usted y no producirán resultados bendecidos. Hay un punto al cual llega el ministro de Cristo, más allá del cual el conocimiento y la habilidad

humanas son impotentes. Estamos luchando con errores gigantescos, y males que somos impotentes para remediar o para despertar a la gente de modo que vea y entienda, porque no podemos cambiar el corazón. No podemos avivar el alma para que discierna la pecaminosidad del pecado y sienta la necesidad de un Salvador. Pero si nuestras labores llevan el sello del Espíritu de Dios, si un poder más elevado y divino acompaña a nuestros esfuerzos para sembrar la semilla del evangelio, veremos frutos de nuestras labores para la gloria de Dios. Sólo él puede regar la semilla sembrada.

Así sucede con usted, hermano A. No debe apresurarse demasiado y esperar demasiado de mentes oscurecidas. Debe albergar la humilde esperanza de que Dios impartirá bondadosamente la influencia misteriosa, vivificadora de su Espíritu, sólo mediante la cual sus labores no serán en vano en el Señor. Necesita aferrarse a Dios mediante una fe viviente, comprendiendo a cada momento sus peligros y su debilidad, y buscando constantemente esa fuerza y poder que sólo Dios puede dar. Por más que se esfuerce lo mejor que pueda, por usted

mismo no puede hacer nada.

Usted necesita educarse para poder tener sabiduría a fin de tratar con las mentes. Con algunos debiera mostrarse compasivo, haciendo una diferencia, mientras que a otros puede salvarlos con temor, sacándolos del fuego. Nuestro Padre celestial frecuentemente nos deja en la incertidumbre en cuanto a nuestros esfuerzos. Debemos sembrar junto a todas las aguas, no sabiendo qué prosperará, si esto o aquello. Podemos estimular nuestra fe y energía en base a la Fuente de nuestra fuerza, y apoyarnos en él con plena y completa dependencia.

Hermano A, usted necesita trabajar con la máxima diligencia para controlar el yo y desarrollar un carácter en armonía con los principios de la Palabra de Dios. Necesita educarse y prepararse a fin de llegar a ser un pastor de éxito. Necesita cultivar un temperamento bueno: amable, alegre, animado, generoso, compasivo, cortés, con rasgos compasivos de carácter. Debiera vencer un espíritu malhumorado, intolerante, estrecho,

criticón, arrogante. Si está vinculado a la obra de Dios necesita batallar vigorosamente contra el yo y formar su carácter tras el Modelo divino.

Sin un esfuerzo constante de su parte aparecerá alguna manifestación negativa, bajo la influencia de una mente corrupta, la que obstruirá su camino; ante este obstáculo usted se sentirá inclinado a acusar a algo que no es la verdadera causa. Usted necesita autodisciplina. Nuestra piedad no debiera ser agria, fría y adusta, sino amante y dócil. Un espíritu censurador pondrá barreras en su camino y cerrará los corazones contra usted. Si no depende humildemente de Dios, frecuentemente cerrará su propio camino con obstáculos y causará lo mismo en la senda de otros.

Usted necesita estar en guardia para no enseñar la verdad ni cumplir sus deberes con un espíritu intolerante, lo que excitará el prejuicio. Necesita estudiar cómo puede mostrarse aprobado ante Dios, como un obrero que no tiene de qué avergonzarse. Pregúntese cuál es su disposición natural, qué carácter ha desarrollado. Debiera esforzarse, como

también todo ministro de Cristo, en practicar la mayor vigilancia para no cultivar hábitos de acción, y tendencias mentales y morales, que no quisiera que aparecieran entre aquellos a quienes usted les está enseñando la verdad.

Se les ordena a los ministros de Cristo que sean ejemplos del rebaño de Dios. La influencia de un ministro puede hacer mucho para moldear el carácter de su pueblo. Si el ministro es indolente, si no es puro en el corazón y en la vida, y si es hiriente, criticón, censurador, egoísta, independiente y carente de dominio propio, en gran medida enfrentará estos mismos elementos desagradables entre su pueblo, y es un trabajo difícil poner las cosas en orden donde las influencias erróneas han creado confusión. Lo que se ve en su ministro producirá una gran diferencia en cuanto al desarrollo de las virtudes cristianas en la gente. Si su vida es una combinación de excelencias, aquellos a quienes él conduce al conocimiento de la verdad mediante sus labores, en gran medida, si verdaderamente aman a Dios, reflejarán su ejemplo e influencia, porque él es un

representante de Cristo. Así el ministro debiera sentir su responsabilidad de adornar la doctrina de Dios nuestro Salvador en todas las cosas.

Los mayores esfuerzos del ministro evangélico debieran ser para dedicar todos sus talentos a la obra de salvar almas; entonces tendrá éxito. Todo aquel que nombra el nombre de Cristo necesita ejercer una disciplina sabia y vigilante; pero esto es esencial en un sentido mucho más elevado para el ministro evangélico, que es un representante de Cristo. Nuestro Salvador infundía temor por su pureza y moralidad elevada, mientras que su amor y benignidad los inspiraba con entusiasmo. Los más pobres y humildes no temían acercarse a él; aun los niñitos se sentían atraídos a él. Les encantaba subir a su regazo y besar su rostro pensativo, benigno y lleno de amor. Usted necesita esta ternura amante. Debiera cultivar el amor. Las expresiones de solidaridad y los actos de cortesía y respeto por los demás no le restarán nada de su dignidad, sino que le abrirán muchos corazones que ahora están cerrados contra usted.

Cristo fue precisamente lo que cada ministro debiera tratar de ser. Debiéramos aprender a imitar su carácter y combinar la justicia estricta, la pureza, la integridad, el amor y la noble generosidad. Un rostro agradable en el cual se refleja el amor, con modales amables y corteses, hará más, además de los esfuerzos desde el púlpito, de lo que puede hacer el trabajo en el escritorio sin estas virtudes. Conviene que cultivemos una deferencia hacia el juicio de otras personas cuando, en mayor o en menor medida, dependemos absolutamente de ellas. Debiéramos cultivar la verdadera cortesía cristiana y una compasiva ternura, aun hacia los casos más rudos y difíciles de la humanidad. Jesús vino de las cortes puras del cielo para salvar precisamente a personas como esas. Usted cierra su corazón demasiado pronto a muchos que aparentemente no tienen interés en el mensaje que usted lleva, pero que todavía son súbditos de la gracia y preciosos a la vista del Señor. “El que gana almas es sabio”. (Proverbios 11:30) Pablo se hizo todas las cosas a todos los hombres si por algún medio podía salvar a alguno. Usted debe adoptar una posición similar. Debe

renunciar a su independencia. A usted le falta humildad en su manera de pensar. Necesita la influencia suavizadora de la gracia de Dios sobre su corazón, para no irritarse sino suavizar su camino a los corazones de los hombres, aunque esos corazones puedan estar afectados por el prejuicio.

La causa de Dios necesita grandemente hombres concienzudos, hombres que abunden en celo, esperanza, fe y valor. No son los hombres obstinados los que pueden enfrentar las demandas para este tiempo, sino los hombres sinceros, responsables. Tenemos demasiados ministros susceptibles que son débiles en su experiencia, deficientes en las virtudes cristianas, que carecen de consagración y se desaniman fácilmente; que procuran intensamente gratificar su propia voluntad y son perseverantes en sus esfuerzos para cumplir sus propios propósitos egoístas. Tales hombres no satisfarán las demandas para este tiempo. En estos últimos días necesitamos hombres que estén siempre alertas. Se necesitan soldados de la cruz que sean sinceros en su amor por la verdad y que

estén dispuestos a trabajar sacrificadamente si así pueden promover la causa de Dios y salvar almas preciosas. Se necesitan hombres en este trabajo que no murmurarán ni se quejarán ante las dificultades o pruebas, sabiendo que esto es parte del legado que Jesús les ha dejado. Debieran estar dispuestos a salir del campamento y sufrir oprobios y llevar cargas como buenos soldados de Cristo. Llevarán la cruz de Cristo sin quejas, sin murmuraciones ni malhumor, y serán pacientes en la tribulación.

A nosotros se nos ha confiado la verdad solemne, decisiva, para estos últimos días, y debiéramos hacer de ella una realidad. Hermano A, usted debiera evitar de convertirse en el criterio para otros. Evite, le ruego, llamar la atención a sus propias dificultades. Todo lo que podemos sufrir, y todo lo que alguna vez podamos ser llamados a sufrir por causa de la verdad, parecerá demasiado pequeño en comparación de lo que nuestro Salvador soportó por nosotros pecadores. No necesita esperar siempre que se lo juzgue o describa correctamente. Cristo dice que en el mundo tendremos aflicción, pero en él tendremos

paz.

Usted ha cultivado un espíritu combativo. Cuando alguien se cruza en su camino, usted inmediatamente asume una posición defensiva; y aunque pueda estar entre sus hermanos que aman la verdad y que han dado sus vidas a la causa de Dios, usted se justificará a sí mismo, mientras los critica y siente celos de sus palabras y desconfía de sus motivos, y de ese modo pierde grandes bendiciones que es su privilegio obtener mediante la experiencia [espiritual] de sus hermanos.

**Evitar las discusiones**

A usted le ha encantado sostener debates por la verdad y tener discusiones; pero estas contiendas no han contribuido a que usted forme un carácter cristiano armonioso, porque constituyen una oportunidad favorable para la exhibición de los mismos rasgos de carácter que usted debe vencer si alguna vez entrará al cielo. No siempre pueden evitarse las discusiones. En algunos casos las circunstancias son tales que debe elegirse de los

dos males el menor, que es la discusión. Pero debieran evitarse toda vez que se pueda, porque el resultado raramente honra a Dios.

La gente a la que le encanta ver contender a los oponentes podrá pedir a voces que se tenga una discusión. Otros, que desean oír las evidencias de ambos lados, pueden instar a que haya una discusión con motivos totalmente honestos, pero debieran evitarse las discusiones toda vez que sea posible. Generalmente fortalecen la combatividad y debilitan ese amor puro y la compasiva ternura que siempre debieran existir en el corazón de los creyentes, aunque puedan diferir en sus opiniones.

En esta época del mundo las discusiones no son verdaderas evidencias del deseo sincero de parte de la gente de investigar la verdad; tienen lugar por la afición a la novedad y la excitación que generalmente acompañan a las discusiones. En estas contiendas rara vez se glorifica a Dios o se promueve la verdad. La verdad es demasiado solemne, demasiado trascendental en sus resultados, como para empequeñecerla ya sea que

se la reciba o se la rechace. Discutir sobre la verdad para mostrar a los oponentes la habilidad de los contendientes es siempre un pobre plan de acción, porque hace muy poco para promover la verdad.

Los oponentes a la verdad mostrarán habilidad en presentar falsamente a su oponente. Convertirán en objeto de ridículo las verdades más solemnes y sagradas. Generalmente se burlarán y ridiculizarán la verdad preciosa y sagrada y la colocarán en una luz tan falsa ante la gente que las mentes oscurecidas por el error y contaminadas por el pecado no discernirán los motivos y propósitos de estos hombres intrigantes, que de ese modo encubren y falsifican la verdad preciosa e importante. Debido a los hombres que se ocupan en ellas, no hay sino pocas discusiones que es posible conducir en base a principios rectos. Ambas partes dan golpes hirientes demasiado frecuentemente, se hacen comentarios despreciativos acerca de otras personas, y con frecuencia ambos contendientes descienden al sarcasmo y las agudezas. Se pierde el amor por las almas en el deseo mayor de alcanzar la supremacía. El prejuicio, profundo y amargo, es

a menudo el resultado de las discusiones.

He contemplado a los ángeles embargados de tristeza cuando las más preciosas joyas de verdad han sido colocadas ante hombres completamente incapaces de apreciar las evidencias en favor de la verdad. Todo su ser estaba en guerra contra los principios de verdad; su naturaleza estaba en enemistad con ella. Su propósito al discutir no era que ellos mismos pudieran captar las evidencias de la verdad o que la gente pudiera tener una comprensión clara de nuestra verdadera posición, sino que pudieran confundir la comprensión de los oyentes colocando la verdad en una luz pervertida ante la gente. Hay hombres que se han educado como combatientes. Su política es caracterizar falsamente a un oponente y encubrir los argumentos claros con sofismas deshonestos. Han dedicado las facultades que Dios les ha dado a este trabajo deshonesto, porque en sus corazones no hay nada en armonía con los principios puros de verdad. Cogen cualquier argumento del que pueden valerse con el cual denigrar a los abogados de la verdad, cuando ellos mismos no creen las cosas

con las que arguyen contra sus oponentes. Se afirman en su posición escogida, sin tener en cuenta la justicia y la verdad. No consideran que ante ellos está el juicio, y que luego de su triunfo mal habido, con todos sus resultados desastrosos, aparecerá todo en su verdadero carácter. El error, con todas sus tácticas engañosas, con todos sus serpenteos y giros y vueltas para cambiar la verdad en mentira, aparecerá entonces en toda su deformidad. Ninguna victoria permanecerá en el día de Dios, excepto aquella que la verdad pura, elevada, sagrada, ganará para la gloria de Dios.

Los ángeles lloran al ver la verdad preciosa de origen celestial echada ante los cerdos, para ser tomada por ellos y pisoteada en el fango y la inmundicia. No “echéis vuestras perlas delante de los cerdos, no sea que las pisoteen, y se vuelvan y os despedacen”. (Mateo 7:6) Estas son las palabras del Redentor del mundo.

Los ministros de Dios no debieran considerar como un gran privilegio la oportunidad de participar en una discusión. No deben llevarse al

frente todos los puntos de nuestra fe y ser presentados ante multitudes llenas de prejuicio. Jesús habló en parábolas ante los fariseos y saduceos, ocultando la claridad de la verdad bajo símbolos y figuras porque ellos usarían incorrectamente las verdades que él les presentaba; pero a sus discípulos les hablaba claramente. Debiéramos aprender del método de enseñanza de Cristo y tener cuidado de no herir a la gente presentando verdades que, al no estar explicadas plenamente, ellos de ninguna manera están preparados para recibirlas.

Debieran exponerse primero las verdades que sustentamos en común y obtenerse la confianza de los oyentes; luego, cuando puede llevarse al público con uno, podemos avanzar lentamente con los temas que se presenten. Se necesita gran sabiduría para presentar de la manera más cautelosa una verdad impopular ante un público con prejuicios, de modo que pueda ganarse acceso a sus corazones. Las discusiones colocan ante la gente, que ignora nuestra posición y desconoce la verdad bíblica, un conjunto de argumentos

hábilmente elaborados y arreglados cuidadosamente para encubrir por completo los claros puntos de verdad. Algunos hombres se han especializado en encubrir afirmaciones claras sobre verdades de la Palabra de Dios mediante sus teorías engañosas, que las hacen plausibles a aquellos que no han investigado por su cuenta.

Estos agentes de Satanás son difíciles de enfrentar, y cuesta tener paciencia con ellos. Pero cada ministro de Cristo debiera cultivar calma, paciencia y dominio propio. Los que combaten la verdad se han educado para la batalla intelectual. Están preparados para presentar los sofismas y las aseveraciones superficiales como la Palabra de Dios. Confunden a las mentes ingenuas y oscurecen la verdad, mientras presentan a la gente fábulas agradables en lugar de la pura verdad bíblica.

Muchos eligen la oscuridad en vez de la luz porque sus hechos son malos. Pero existen aquellos que, si la verdad pudiera haber sido presentada en una manera diferente, bajo distintas circunstancias,

dándoles una oportunidad justa para pesar los argumentos persoEvitar nalmente y para comparar la Escritura con la Escritura, se habrían quedado encantados con su claridad y la habrían aceptado.

Nuestros ministros han sido muy indiscretos al publicar al mundo los sofismas arteros del error, provistos por hombres intrigantes para encubrir la verdad solemne y sagrada de Jehová y hacerla de ningún efecto. Estos hombres taimados que están al acecho para engañar a los incautos dan la fuerza de su intelecto a la tarea de pervertir la Palabra de Dios. Los inexpertos e ingenuos son engañados para su ruina. Ha sido un gran error publicar todos los argumentos con los que los oponentes batallan contra la verdad de Dios, porque al hacerlo se les provee a mentes de todo tipo argumentos en los cuales muchos de ellos nunca habían pensado. Muchos deben rendir cuentas por este liderazgo imprudente.

Los argumentos contra la verdad sagrada, sutiles en su influencia, afectan a mentes que no están bien informadas en cuanto a la fuerza de la

verdad. La sensibilidad moral de la comunidad en general está embotada por la familiaridad con el pecado. El egoísmo, la deshonestidad y los diversos pecados que prevalecen en esta era degenerada han embotado los sentidos hacia las cosas eternas, de modo que la verdad de Dios no es discernida. Al dar publicidad a los argumentos erróneos de nuestros oponentes, la verdad y el error se colocan en un mismo nivel en sus mentes, cuando, si pudieran tener la verdad ante ellos en su claridad por suficiente tiempo como para ver y comprender su carácter sagrado y su importancia, se convencerían de los fuertes argumentos en su favor y entonces estarían preparados para enfrentar los argumentos propugnados por los opositores.

Aquellos que están tratando de conocer la verdad y comprender la voluntad de Dios, que son leales a la luz y celosos en el desempeño de sus deberes diarios, seguramente conocerán de la doctrina porque serán guiados a toda verdad. Dios no promete, por los actos magistrales de su providencia, traer irresistiblemente a los hombres al conocimiento de su verdad, cuando ellos no la

buscan y no tienen deseos de conocerla. Los hombres tienen el poder de apagar el Espíritu de Dios; queda con ellos la facultad de elegir. Se les otorga libertad de acción. Pueden ser obedientes mediante el nombre y la gracia de nuestro Redentor, o pueden ser desobedientes y hacerse cargo de las consecuencias. El hombre es responsable de recibir o rechazar la verdad sagrada y eterna. El Espíritu de Dios está continuamente convenciendo, y las almas se están decidiendo a favor o en contra de la verdad. La conducta, las palabras, las acciones del ministro de Cristo pueden inclinar a un alma en favor de la verdad o en contra de ella. Cuán importante es que cada acto de la vida sea de tal naturaleza que uno no necesite arrepentirse de él. Esto es especialmente importante entre los embajadores del Salvador, que actúan en el lugar de Cristo.

## La autoridad de la iglesia

El Redentor del mundo invistió a su iglesia con gran poder. Presenta las reglas que deben aplicarse a los casos en que se juzga a los miembros.

Después de dar indicaciones explícitas en cuanto a la conducta que se ha de seguir, dice: “De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo”. (Mateo 18:18) De manera que aun la autoridad celestial ratifica la disciplina de la iglesia con respecto a sus miembros, cuando se ha seguido la regla bíblica.

La Palabra de Dios no da licencia a ningún hombre para oponer su juicio al de la iglesia, ni le permite insistir en sus opiniones contrarias a las de la misma. Si no hubiera disciplina ni gobierno de la iglesia, ésta se reduciría a fragmentos; no podría mantenerse unida como un cuerpo. Siempre hubo seres humanos de espíritu independiente, que aseveraron que estaban en lo correcto, que Dios los había instruido, impresionado y conducido en forma especial. Cada uno tiene una teoría propia, opiniones que le son peculiares, y cada uno sostiene que sus opiniones están de acuerdo con la Palabra de Dios. Cada cual sustenta diferente teoría y fe, aunque todos aseguran tener una luz especial de Dios. Apartan a los demás del cuerpo y cada

uno es en sí mismo una iglesia separada. Todos no pueden estar en lo cierto, y sin embargo, se declaran conducidos por el Señor. La palabra de la inspiración no es sí y no, sino sí y amén en Cristo Jesús.

Después de impartir sus instrucciones, nuestro Salvador promete que si dos o tres se unen para pedir algo a Dios, eso les será concedido. Cristo demuestra con esto que debe haber unión con los demás, aun para desear un objeto determinado. Se da gran importancia a la oración unánime, a la unión de propósito. Dios oye las oraciones de las personas; pero en esta ocasión Jesús daba lecciones sumamente importantes, que se relacionaban en especial con su iglesia recién organizada en la tierra. Debe haber acuerdo en las cosas que se desean y por las cuales se ora. No debía tratarse simplemente de los pensamientos y la actividad de una mente expuesta a engaño; la petición debía reflejar el deseo ferviente de varias mentes concentradas en el mismo punto.

En la admirable conversión de Pablo, vemos el

poder milagroso de Dios. Un resplandor que superaba la gloria del sol meridiano brilló en derredor de él. Jesús, cuyo nombre él odiaba y despreciaba más que cualquier otro, se reveló a Pablo con el propósito de detener su loca aunque sincera carrera, a fin de hacer de ese instrumento nada promisorio un vaso escogido para proclamar el evangelio a los gentiles. Había hecho concienzudamente muchas cosas contrarias al nombre de Jesús de Nazaret. En su celo, estaba persiguiendo con ardor a la iglesia de Cristo. Eran profundas y arraigadas sus convicciones con respecto a su deber de exterminar esta doctrina alarmante, que prevalecía por doquiera y según la cual Jesús era el Príncipe de la vida.

Pablo creía de veras que la fe en Jesús anulaba la ley de Dios, el servicio religioso de las ofrendas de sacrificios y el rito de la circuncisión, que en todos los siglos pasados habían recibido la plena sanción de Dios. Pero la milagrosa revelación de Cristo infundió luz en las cámaras oscurecidas de su mente. El Jesús de Nazaret contra el cual luchaba era de veras el Redentor del mundo.

Pablo se da cuenta de su celo erróneo y exclama: “Señor, ¿qué quieres que yo haga?” (Hechos 9:6) Jesús no le dijo entonces, como podría haberlo hecho, qué obra le asignaba. Pablo debía recibir instrucción en la fe cristiana y obrar en forma comprensiva. Cristo le envió a los mismos discípulos a quienes había estado persiguiendo tan acerbamente, para que aprendiera de ellos. La luz de la iluminación celestial le había hecho perder la vista a Pablo; pero Jesús, el Gran Médico de los ciegos, no se la restaura. Contesta a la pregunta de Pablo con estas palabras: “Levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer”. (Vers. 6) No sólo podría Jesús haber curado a Pablo de su ceguera, sino que podría haberle perdonado sus pecados, haberle explicado cuál era su deber y haberle trazado su conducta futura. De Cristo había de fluir toda potestad y misericordia; pero no dio a Pablo, cuando se convirtió a la verdad, una experiencia independiente de su iglesia recién organizada en la tierra.

La luz admirable dada a Pablo en esta ocasión

le asombró y confundió. Estaba completamente subyugado. Esa parte de la obra no podía hacerla algún hombre a favor de Pablo; pero quedaba todavía una obra que cumplir que los siervos de Cristo podían hacer. Jesús le indica a Pablo que recurra a sus agentes de la iglesia para conocer mejor su deber. Así autoriza y sanciona su iglesia organizada. Cristo había hecho la obra de la revelación y convicción, y ahora Pablo estaba en condición de aprender de aquellos a quienes Dios había ordenado que enseñaran la verdad. Cristo envió a Pablo a sus siervos escogidos, y en esta forma le puso en relación con su iglesia.

Los mismos a quienes se proponía matar debían instruirle en la religión que él había despreciado y perseguido. Pasó tres días ciego y sin comer, dirigiéndose hacia los hombres a quienes, en su celo, se proponía destruir. Allí colocó Jesús a Pablo en relación con sus representantes en la tierra. El Señor dio a Ananías una visión para que fuera a cierta casa de Damasco y preguntara por Saulo de Tarso; “porque he aquí, él ora”. (Hechos 9:11)

Después que se le indicó a Saulo que fuera a Damasco, le condujeron los mismos hombres que lo habían acompañado para ayudarle a llevar atados a los discípulos a Jerusalén para juzgarlos y darles muerte. Saulo posó en la casa de un tal Judas en Damasco, dedicando el tiempo al ayuno y la oración. Allí se probó la fe de Saulo. Tres días estuvo en tinieblas mentales con respecto a lo que se requería de él, y otros tantos estuvo ciego. Se le había dicho que fuera a Damasco, porque allí se le diría lo que debía hacer. Estaba en la incertidumbre, y clamaba fervorosamente a Dios. Un ángel fue enviado a hablar con Ananías, para indicarle que fuera a cierta casa donde Saulo estaba orando para recibir instrucción con respecto a lo que debía hacer. Había desaparecido el orgullo de Saulo. Poco antes, manifestaba confianza en sí mismo, pues creía que estaba empeñado en una obra por la cual recibiría recompensa; pero ahora, todo había cambiado. Estaba postrado y humillado hasta el polvo en arrepentimiento y vergüenza, y sus súplicas de perdón eran fervientes. Dijo el Señor por medio del ángel a Ananías: “He aquí, él ora”. El ángel le hizo saber al siervo de Dios que le

había mostrado a Saulo en visión un hombre llamado Ananías, que entraba y ponía su mano sobre él para que pudiera recobrar la vista. Ananías casi no podía creer las palabras del ángel, y repitió lo que había oído acerca de la acerba persecución que Saulo hacía sufrir a los santos de Jerusalén. Pero la orden que se le dio a Ananías era imperativa: “Vé, porque instrumento escogido me es éste, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel”. (Vers. 15)

Ananías obedeció las indicaciones del ángel. Puso sus manos sobre el hombre que hacía tan poco se movía impulsado por un espíritu de odio profundísimo y que respiraba amenazas contra todos los que creían en el nombre de Cristo. Ananías dijo a Saulo: “Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recibas la vista y seas lleno del Espíritu Santo. Y al momento le cayeron de los ojos como escamas, y recibió al instante la vista; y levantándose, fue bautizado”. (Vers. 17, 18)

Jesús podría haber hecho directamente toda esta obra en favor de Pablo. Pero tal no era su plan. Pablo tenía un deber que cumplir en lo referente a confesarse ante los hombres cuya destrucción había premeditado, y Dios iba a encomendar una obra de responsabilidad a aquellos a quienes había ordenado que actuaran en su lugar. Pablo debía dar los pasos necesarios para su conversión. Se requirió de él que se uniera al mismo pueblo que había perseguido por sus creencias. Cristo da aquí a todo su pueblo un ejemplo de la manera en que obra para la salvación de los hombres. El Hijo de Dios se identificó con el cargo y la autoridad de su iglesia organizada. Sus bendiciones debían transmitirse por intermedio de los agentes a quienes había ordenado, vinculando así al hombre con el conducto por medio del cual llegan sus bendiciones. El hecho de que Pablo fuera estrictamente escrupuloso en su persecución de los santos, no le exime de culpa cuando el Espíritu Santo le revela la crueldad de su obra. Debe aprender de los discípulos.

Supo que Jesús, a quien en su ceguera consideraba como impostor, era en verdad el Autor y el fundamento de toda la religión del pueblo escogido de Dios desde el tiempo de Adán y el Consumador de la fe ahora tan clara para su visión iluminada. Vio a Cristo como el que vindicaba la verdad, el que cumplía todas las profecías. Había considerado a Cristo como quien anulaba la ley de Dios; pero cuando el dedo de Dios tocó su visión espiritual, supo por los discípulos que Cristo era el originador y fundamento de todo el sistema judío de sacrificios, y que en la muerte de Cristo la sombra se había encontrado con la realidad, y que Cristo había venido al mundo con el expreso propósito de vindicar la ley de su Padre.

A la luz de la ley, Pablo se dio cuenta de que era pecador. Comprendió que había estado transgrediendo la misma ley que él pensaba haber guardado tan celosamente. Se arrepintió y murió al pecado, se hizo obediente a las exigencias de la ley de Dios y tuvo fe en Cristo como su Salvador; fue bautizado, y predicó a Jesús tan ferviente y celosamente como antes le había condenado. En la

conversión de Pablo se nos presentan principios importantes que siempre debemos recordar. El Redentor del mundo no sanciona que en asuntos religiosos la experiencia y la acción sean independientes de su iglesia organizada y reconocida, donde ésta existe.

Muchos tienen la idea de que sólo son responsables ante Cristo por su luz y experiencia, independientemente de sus seguidores reconocidos en el mundo. Pero esto Jesús lo condena en sus enseñanzas, en los ejemplos y en los hechos que dejó para nuestra instrucción. Allí estaba Pablo, un hombre a quien Dios iba a preparar para una obra muy importante, a saber, la de ser vaso escogido para él, llevado directamente a la presencia de Cristo; sin embargo, no le enseñó las lecciones de verdad. Lo detuvo en su carrera y lo convenció; y cuando él preguntó: “¿Qué quieres que haga?” el Salvador no se lo dijo directamente, sino que lo puso en relación con su iglesia. Sus miembros le habían de decir lo que debía hacer. Jesús es el amigo del pecador; su corazón está siempre abierto; siempre se conmueve por la desgracia

humana, él tiene toda potestad tanto en el cielo como en la tierra, pero respeta los medios que instituyó para iluminar y salvar a los hombres. Ordenó a Saulo que fuera a la iglesia, reconociendo así el poder con que la invistió como conducto de luz para el mundo. Ella es el cuerpo organizado de Cristo en la tierra, y es necesario respetar sus ordenanzas. En el caso de Saulo, Ananías representa a Cristo; también representa a los ministros de Cristo en la tierra, que han sido designados para actuar en lugar de Cristo.

Saulo era un maestro erudito en Israel; pero mientras está bajo la influencia del error ciego y el prejuicio, Cristo se le revela, y luego lo coloca en comunicación con su iglesia, que es la luz del mundo. Ellos deben instruir en la religión cristiana a este orador culto y popular. En el lugar de Cristo, Ananías toca sus ojos para que puedan recibir la vista; en el lugar de Cristo, coloca sus manos sobre él, ora en el nombre de Cristo, y Saulo recibe el Espíritu Santo. Todo se hace en el nombre y con la autoridad de Cristo. Cristo es la fuente. La iglesia es el canal de comunicación. Aquellos que se

jactan de la independencia personal necesitan ser traídos a una relación más estrecha con Cristo, conectándose con su iglesia sobre la tierra.

Hermano A, Dios lo ama y desea salvarlo y hacer que adopte buenos hábitos de trabajo. Si usted es humilde y dócil y es moldeado por su Espíritu, él será su fuerza, su justicia y su recompensa sumamente grande. Usted puede realizar mucho para sus hermanos si se oculta en Dios y permite que el Espíritu Santo suavice su espíritu. Usted tiene que enfrentar a un grupo difícil de personas. Están llenas de prejuicio amargo, pero no más de lo que estaba Saulo. Dios puede obrar poderosamente por sus hermanos si usted no se interpone en el camino ni pone impedimentos en su propio sendero. Permita que el calor del amor, la compasión y la ternura moren en su corazón mientras trabaja. Usted puede derribar las paredes férreas del prejuicio si sólo se aferra a Cristo y está dispuesto a ser aconsejado por sus hermanos de más experiencia.

Como siervo de Dios, usted no debe

desanimarse demasiado fácilmente por las dificultades o por la más fiera oposición. Salga, no en su propio nombre, sino en la fortaleza y el poder del Dios de Israel. Soporte rigores como un buen soldado de la cruz de Cristo. Jesús soportó la contradicción de pecadores contra sí mismo. Considere la vida de Cristo y cobre ánimo, y avance con fe, valor y esperanza.

Capítulo 36

# Unidad en la Iglesia

En mi última visión se me mostró la introducción de la verdad, y el progreso de la causa de Dios, en la costa del Pacífico. Vi que muchos habían realizado un buen trabajo en California, pero que hay muchos que profesan la verdad que no están dispuestos a asumir las responsabilidades de la obra de Dios en el momento apropiado y avanzar cuando las providencias oportunas de Dios indican que es su deber hacerlo. Si hay una acción unida, puede hacerse una gran obra en esta área trayendo almas al conocimiento de la verdad.

Si todos los que tienen influencia sintieran la necesidad de cooperar y procuraran contestar la oración de Cristo, para que pudiesen ser uno como él es uno con el Padre, la causa de la verdad presente sería una potencia en esta región. Pero el pueblo de Dios está dormido y no ve las necesidades de la causa para este tiempo. No sienten la importancia de una acción concentrada.

Satanás siempre está tratando de dividir la fe y los corazones del pueblo de Dios. Sabe bien que la unión es su fuerza, y la división su debilidad. Es importante y esencial que todos los seguidores de Cristo comprendan los ardides de Satanás y con un frente unido enfrenten sus ataques y lo venzan. Necesitan hacer esfuerzos continuos para avanzar juntos aun si esto les requiere algún sacrificio.

El pueblo de Dios, con temperamentos y organizaciones diversos, son reunidos como iglesia. La verdad de Dios, recibida en el corazón, hará su obra de refinar, elevar y santificar la vida, y dar la victoria sobre los puntos de vista peculiares y los prejuicios de cada uno. Todos deberíamos esforzarnos para acercarnos unos a otros tanto como sea posible. Todos los que aman a Dios y guardan sus mandamientos en verdad influirán sobre los incrédulos y ganarán almas para Cristo, con el fin de unirse a los alegres cantos de triunfo y de victoria ante el gran trono blanco. El egoísmo será vencido, y se manifestará un desbordante amor por Cristo en la responsabilidad que sienten de salvar almas por las cuales él murió.

Se me mostró a muchas familias que no están viviendo como Jesús desearía que vivieran; tienen un trabajo que hacer en el hogar antes que puedan progresar en la vida divina. Se me mostró el caso del hermano B y se me señaló el tiempo cuando él primero aceptó la verdad. Ésta tuvo entonces una influencia transformadora en su vida. En cierta medida se había olvidado del yo por el interés que sentía por la verdad. Procuraba mostrar su fe con sus obras, y sus intereses personales pasaron a un plano secundario. Amaba la obra del Señor y trataba alegremente de promover el interés de su causa; el Señor aceptó sus esfuerzos para servirle, y la mano del Señor lo prosperó.

Se me mostró que el hermano B desagradó a Dios y se acarreó gran oscuridad cuando se pronunció en contra de sus hermanos respecto a la manera correcta de observar el sábado. Los intereses del hermano B estaban en juego y él se negó a ver el punto correcto del asunto bajo consideración. Si hubiera estado en la luz, nunca habría tomado el curso de acción que tomó cuando

regresó del Este. Se me llevó a otro punto en su historia y vi el recorrido que siguió. Mientras estaba entre incrédulos no permitía que su luz brillara ante los hombres de tal modo que al ver sus obras buenas glorificaran a nuestro Padre que está en el cielo. Se olvidó de Dios y de su deber de representar correctamente a su Salvador en todo lugar y ocasión.

El hermano B es especialmente débil en algunos puntos; ama la alabanza y la adulación, y le agrada el placer y recibir honores. Se enalteció mucho y hablaba mucho y oraba poco, y Dios lo dejó librado a su debilidad, porque él no llevó fruto para la gloria de Dios. En ese viaje tuvo una oportunidad de hacer mucho bien, pero no comprendió que debía rendir cuentas a Dios por sus talentos y que como un mayordomo de Dios sería llamado a rendir cuenta si había usado su capacidad para agradarse a sí mismo o para glorificar a Dios. Si el hermano B hubiera sentido el poder del amor de Cristo en su corazón, habría sentido un interés por la salvación de aquellos con quienes se puso en contacto, para poder hablarles

palabras que los hicieran reflexionar en cuanto a sus intereses eternos.

Tuvo una oportunidad para sembrar la semilla de verdad, pero no la aprovechó como debería haberlo hecho. Tendría que haber practicado su religión mientras estaba entre sus familiares. Su profesión santa y la verdad de Dios deberían haberse mezclado con todos sus pensamientos, sentimientos, palabras y acciones. Cristo ordena a sus seguidores que caminen en la luz. Caminar significa avanzar, esforzarnos, ejercitar nuestra capacidad, estar ocupados activamente. A menos que nos ejercitemos en las buenas obras a las que nuestro Salvador nos ha llamado, y sintamos la importancia del esfuerzo personal en esta obra, tendremos una religión enfermiza, raquítica. Ganamos nuevas victorias mediante nuestra experiencia en el trabajo. Obtenemos fuerza y actividad caminando en la luz, para que podamos tener energía a fin de correr en el camino de los mandamientos de Dios. Podemos aumentar nuestras fuerzas en cada paso que avancemos hacia el cielo. Dios bendecirá a su pueblo sólo cuando

tratan de ser una bendición para otros. Nuestras virtudes maduran y se desarrollan mediante el ejercicio.

Se me mostró que mientras el hermano B estuvo en Battle Creek fue débil en poder moral. No había estado tratando de aferrarse a Dios y de preservar su alma en pureza de pensamiento y acción, y se lo dejó para que siguiera sus propias ideas y recibiese impresiones que fueron perjudiciales para su interés espiritual. Se encontró con aquellos que pervertían la verdad y ellos lo indujeron a creer cosas que no eran ciertas; y como él había abierto la puerta al enemigo y lo había recibido como a un ángel de luz, fue fácilmente vencido por la tentación.

Se llenó perversamente de prejuicios y albergó sospechas de aquellos en quienes Dios quería que confiara. Veía las cosas en una luz pervertida, y las reuniones que tendrían que haber sido para él una gran fuente de fortaleza, fueron dañinas. Así era como Satanás lo deseaba, para que el hermano B perdiera confianza en los hombres a quienes Dios

había designado para que dirigiesen esta obra. Llegó a discrepar con ellos y con el corazón de la obra. Era como un barco en alta mar sin un ancla o un timón. Si él no podía confiar en aquellos que estaban al frente de la obra, no confiaría en nadie.

El hermano B tiene poca consideración o respeto por sus hermanos; piensa que su juicio y su propio conocimiento y su capacidad son superiores a los de ellos; por lo tanto no recibirá nada de ellos, no confiará en su juicio, ni buscará su consejo, a menos que pueda dirigir y enseñarles. Actuará de acuerdo con su propio juicio, sin tener en cuenta los sentimientos, tristezas o ruegos de sus hermanos. Cuando apartó su confianza del corazón de la obra, Satanás sabía que era una presa segura, a menos que esta confianza pudiera ser restaurada. Los intereses eternos del hermano B dependen de que acepte y respete a los ayudantes y administradores que Dios se ha complacido en colocar en la iglesia. Si él sigue un curso de conducta de su propia elección, con el tiempo descubrirá que ha estado del todo en una senda equivocada y que se ha engañado a sí mismo para

su ruina. Tomará primero un rumbo, luego otro, y sin embargo después de todo perderá el único y verdadero camino que conduce al cielo.

Hay miles que están viajando en el camino de la oscuridad y el error, el camino ancho que conduce a la muerte, que se jactan de que están en la senda que lleva a la felicidad y al cielo; pero ellos jamás la encontrarán ni llegarán a su destino. El hermano B necesita las ayudas que Dios ha colocado en la iglesia, porque él no puede constituir una iglesia de sí mismo, y sin embargo su curso de acción muestra que estaría satisfecho de ser una iglesia completa, no estando sujeto a nadie. Hace tiempo que el hermano B perdió su consagración a Dios; no cuidó las avenidas de su alma contra las sugerencias de Satanás. Vi que los ángeles de Dios estaban escribiendo sus palabras y acciones. Él se estaba alejando más y más de la luz del cielo. Cuando la gracia de Dios no lo domina a usted en forma especial, hermano B, usted es un hombre con quien resulta difícil relacionarse. Tiene una gran confianza propia y firmeza, mismas que se sienten en su familia y en la iglesia. Usted tiene

poca consideración y respeto por los demás. No posee la gracia de la humildad.

El hermano B regresó a esta costa en gran oscuridad; había perdido su amor por la verdad y su amor por Dios. Lo dominaban sus sentimientos naturales y era orgulloso. Se amaba a sí mismo, y amaba el dinero más que a la verdad y a su Redentor. Se me mostró que su comportamiento después que regresó al Occidente era un deshonor para el nombre de los cristianos. Lo vi uniendo sus manos con los alegres amadores del placer. Afligió a sus hermanos e hirió a su Salvador y lo puso en vergüenza abierta ante los incrédulos. Vi que desde ese momento no se complacía en el servicio de Dios ni en el progreso de la verdad. Parecía poseer un celo para investigar las Escrituras y diferentes autores, no para poder afirmarse en importantes puntos de la verdad presente, que la providencia de Dios le había provisto a través de hombres de su elección, sino para encontrar una posición nueva y promover nuevos puntos de vista en oposición a la fe establecida del cuerpo de creyentes. Sus investigaciones no eran hechas para la gloria de

Dios, sino para promover el yo.

Una vez que el hermano B adopta una posición en el lado equivocado, ver su error y confesar su equivocación no está de acuerdo con su naturaleza, sino que seguirá peleando hasta lo último, cualesquiera sean las consecuencias. Este espíritu es ruinoso para la iglesia y ruinoso para su familia. Él necesita suavizar su corazón y dejar que entren la ternura, la humildad y el amor. Necesita benevolencia y una generosidad noble. En síntesis, necesita estar completamente convertido, ser un nuevo hombre en Cristo Jesús. Entonces su influencia en la iglesia será satisfactoria y él será justamente la ayuda que ellos necesitan. Tendrá el respeto y el amor de su familia y mandará a su casa después de sí. El deber y el amor, como hermanas gemelas, serán sus ayudantes en la educación de sus hijos.

Vi que la hermana B tenía muchas razones para entristecerse en relación con el trato que su esposo había tenido hacia ella; vi que su vida había sido muy triste, aunque él era capaz de hacerla feliz.

Ella parecía estar descorazonada y sentir agudamente que su esposo la descuidaba y no la amaba. En ausencia de él, ella a veces se sentía confundida y tenía celos y desconfianza respecto a él. Satanás estaba presente con sus tentaciones, y ella consideraba algunas cosas con una luz exagerada. Todo esto podría haberse evitado si el hermano B hubiera preservado su consagración a Dios. Fui llevada aun más lejos y vi que él estaba caminando en la incredulidad y la oscuridad mientras se jactaba de que él solo tenía la luz verdadera. Cuanto más lejos se separaba de Dios, menos amor tenía por sus hermanos y por la verdad.

Se me mostró al hermano B cuestionando uno tras otro los puntos de nuestra fe que nos han sacado del mundo y nos han hecho un pueblo separado y distinto, aguardando la esperanza bienaventurada y la aparición gloriosa de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Su incredulidad y oscuridad no han movido los principales pilares de nuestra fe. No ha hecho inefectiva la verdad de Dios. Ésta continúa siendo la verdad, pero él ha

ejercido alguna influencia sobre las mentes de sus hermanos. Los informes de labios mentirosos en cuanto a mi esposo y a mí, que él trajo desde el Este, influyeron para crear sospechas y dudas en las mentes de otros. Aquellos que no estaban relacionados con nosotros no pudieron salir en nuestra defensa. Vi que la iglesia podría haber tenido tres veces más miembros de los que tiene ahora, y podría haber tenido una fuerza diez veces mayor, si el hermano B no se hubiera colocado en las manos del enemigo. En su incredulidad ciega él ha hecho todo lo posible para desanimar y esparcir a los creyentes en la verdad. En su ceguera no ha comprendido que su conducta era deplorable a la vista de Dios. El desaliento y la oscuridad que él ha causado han hecho las labores del hermano C doblemente difíciles, porque su influencia no sólo ha sido sentida por la iglesia, sino por otras iglesias.

El hermano B ha fortalecido la incredulidad y una influencia opositora que el hermano C ha tenido que enfrentar. Vi que enfrentaríamos lo mismo y que llevaría tiempo erradicar la vieja raíz

de amargura por medio de la cual muchos han sido contaminados; que hay un tiempo para hablar y un tiempo para guardar silencio; que cuando Dios colocara sobre nosotros la responsabilidad de hablar no debiéramos vacilar, ya sea que los hombres escuchen o que se abstengan de escuchar; y que debiéramos avanzar aunque esto deje a algunos fuera de la iglesia y fuera de la verdad. Dios tiene una obra grande e importante para que alguien la haga, y a su debido tiempo será hecha, y la verdad triunfará.

Aquellos de nuestros hermanos que no habían obtenido una experiencia personal en la verdad presente no pudieron contestar los argumentos del hermano B, y aunque no pudieron aceptar los puntos de vista defendidos por él, en mayor o en menor medida fueron afectados por su conversación y su razonamiento. Algunos no sintieron un espíritu de libertad cuando se reunieron para adorar. Tenían temor de expresar sus verdaderos sentimientos y fe sobre el sábado, pensando que él criticaría lo que ellos dijeran. Ha habido muerte en las reuniones y poca libertad.

El hermano B desea que otros lo admiren como un hombre que puede explicar las Escrituras, pero se me mostró que él está engañado y que no las entiende. Ha comenzado a buscar en una huella equivocada para producir una nueva fe, una teoría original de la fe. Desarraigaría y colocaría equivocadamente los hitos que nos muestran nuestro rumbo correcto, que estamos cerca del fin de la historia de esta tierra. Puede jactarse de que está siendo dirigido por el Señor, pero seguramente es por otro espíritu. A menos que cambie su curso completamente y que esté dispuesto a ser guiado y a aprender, será abandonado para que siga sus propios caminos y haga un naufragio total de la fe.

Algunos se han cegado tanto por su propia incredulidad que no pudieron discernir el espíritu del hermano B. Él podría haberlos ayudado si hubiera permanecido en el consejo de Dios. Podría haberlos guiado a la luz en vez de aumentar su confusión de fe y sus perplejidades. Pero él ha sido una piedra de tropiezo, un guía ciego de los ciegos. Si hubiera hecho camino recto para sus pies, el

cojo no se habría desviado del camino, sino que habría sido sanado. Se ha negado a caminar en la luz de la verdad que Dios ha dado a su pueblo, y ha puesto trabas a aquellos que querían caminar en ella.

Siente que es un honor sugerir dudas e incredulidad respecto a la fe establecida del pueblo que guarda los mandamientos de Dios. La verdad en la que en un tiempo se regocijó es ahora tinieblas para él, y, a menos que cambie su curso, caerá en una mezcla de los puntos de vista de las diferentes denominaciones, pero no estará de acuerdo en su totalidad con ninguna de ellas; él será una iglesia diferente por sí mismo, pero no estará bajo el control de la gran Cabeza de la iglesia. Al presentar sus puntos de vista en oposición a la fe del cuerpo, está descorazonando y desanimando a la iglesia. Ve que si el conjunto de observadores del sábado tiene la verdad, él está en tinieblas, y no puede admitir esto. La verdad lo condena, y en vez de tratar de colocar su alma en armonía con ella, rindiéndose a sus demandas y muriendo al yo, está buscando un puesto donde no

estará bajo condenación.

Se me mostró que si él continúa en su curso actual, ciego a su verdadera condición, después de un tiempo se sentirá contento de encontrar algún pretexto para renunciar al sábado. Satanás seguramente lo está guiando, como ha guiado a muchos otros, para apartarlo del cuerpo en un camino de engaño y error. Cuánto más seguro es para el hermano B colocar su alma en armonía con la verdad, que interpretar erróneamente la Escritura para ponerla en armonía con sus ideas y acciones. Si pusiera sus acciones en armonía con los principios de la ley de Dios tiene una tarea en sus manos de cuya magnitud escasamente ha soñado. El corazón carnal está en enemistad con Dios. No está sujeto a la ley de Dios, ni tampoco puede.

Las insinuaciones y declaraciones abiertas de aquellos que son nuestros enemigos en Battle Creek fueron recibidas por el hermano B durante su viaje al Este, y él regresó con sentimientos amargos y perversos en su corazón contra aquellos que están en el centro de la obra y especialmente

contra mí y mi trabajo. Él no tenía ninguna razón sólida para los sentimientos que acariciaba y las opiniones que expresaba en cuanto a mis labores y testimonios. Procuraba instilar en las mentes de otros la incredulidad y los prejuicios que habían corrompido su propia alma. Hizo esto con resultados considerables. Al principio, muchos fueron influenciados por sus sofismas e ignorancia, porque él puede hacer aseveraciones y extraer inferencias como si estuviera manejando hechos positivos. Sabe cómo argumentar y es de palabra ágil. Sus palabras influyeron sobre algunos que no estaban consagrados a Dios y que deseaban recibirlas tal como él las presentaba respecto a nuestro trabajo y nuestro llamamiento. Ejerció influencia y excitó prejuicios en las mentes de algunos que podrían haber ayudado, si él no hubiera cerrado nuestro camino de tal manera que no pudiéramos tener acceso a ellos. Entre ellos se encontraban el hermano y la hermana D.

En esto el hermano B puede ver los frutos de su curso de acción, y hay otros que fueron influenciados de la misma manera, con los mismos

resultados, en lo que se refiere a su fe y confianza en la verdad. Tan pronto como el hermano B o cualquier otro llega a la conclusión de que los hombres que más han tenido que ver con llevar la causa de la verdad presente a su condición actual no están guiados por Dios, sino que [a juicio de ellos] son hombres astutos e intrigantes que engañan al pueblo, entonces el camino que deben seguir, a fin de ser consecuentes, es renunciar a toda la obra considerándola como un engaño, un fraude. A fin de ser consecuentes, deben tirar todo por la borda. Casi sin darse cuenta el hermano B ha estado haciendo esto, y también otros han hecho lo mismo. En algún momento futuro, si no ahora, él revisará su trabajo con sentimientos diferentes a los que tiene ahora. Verá el trabajo que ha estado haciendo durante los pocos últimos años como Dios lo ve, y no lo considerará con la satisfacción que siente ahora. Cuando vea la obra miserable en la cual ha estado ocupado en los pocos últimos años, su orgullosa jactancia de sabiduría y de un conocimiento superior terminará, y se arrepentirá en amargura de alma por la sangre de las almas que está en sus vestiduras.

Si el hermano B hubiera deseado ver las cosas correctamente y hubiera advertido la posibilidad de ser engañado, habría acudido al hermano y la hermana White con los informes lesivos a su reputación y les habría dado una oportunidad para hablar por ellos mismos. Los informes que trajo a través de las llanuras hasta la costa del Pacífico constituyen falso testimonio, lo que quebranta la Ley de Dios. Un día se encontrará con las declaraciones hirientes, como también con la sofistería engañosa instigada por Satanás, que ha instilado en las mentes de las personas para dañar la influencia de mi esposo y la mía. Este asunto no es entre el hermano B y yo, sino entre él y Dios.

Dios nos ha dado nuestro trabajo, y si él nos ha dado un mensaje para comunicar a su pueblo, aquellos que nos ponen trabas en la obra y debilitan la fe de la gente en la verdad y en los principios, no están peleando contra el instrumento, sino contra Dios, y deben responder ante él por el resultado de sus palabras y acciones. Todos los que tengan discernimiento espiritual pueden juzgar el árbol por

sus frutos. El hermano B se erige como un iluminado por Dios para desengañar a la gente en lo que concierne a nuestro trabajo y misión. Si quieren, todos pueden ver el fruto de este árbol. Hermano B, ¿es para vida eterna, o es para muerte?

Después que el hermano B recibió de Battle Creek este conocimiento especial que lo indujo a empequeñecer nuestra obra y misión, se sintió libre para unirse a los incrédulos en la disipación y los placeres, y debido a su conducta liviana atrajo oprobio a la causa de Cristo y gran sufrimiento a su esposa. ¿Fue tan ciego que no reconoció que estaba tratando de derribar lo que Dios estaba edificando? ¿No se le ocurrió pensar que podía estar peleando contra Dios? Los ángeles han registrado en el cielo la obra que él ha estado haciendo, y tendrá que dar cuenta por ella cuando cada acto será sometido a juicio para soportar la inspección del Dios infinito. En su ceguera el hermano B ha estado levantando su débil brazo para pelear contra Dios mientras halagaba su alma engañada con la idea de que estaba haciendo el servicio de Dios. La obra de cada hombre ha de ser probada por fuego en el día

postrero, y sólo el oro, la plata y las piedras preciosas resistirán la prueba.

Con Dios no se juega. Puede soportar por largo tiempo a los seres humanos, pero visitará sus transgresiones y pronunciará sentencia sobre cada uno según hayan sido sus obras. Aunque los hombres puedan hablar jactanciosamente y enorgullecerse de su sabiduría, un soplo de los labios de Dios puede reducir al polvo todo su honor y gloria. Se me mostró que el hermano B no tendrá excusa en el día de Dios, cuando cada caso sea pesado en las balanzas del santuario. Él sabía lo suficiente como para no haber hecho lo que hizo. Ha tenido suficiente evidencia para determinar el carácter de la obra que Dios nos ha encomendado. Los frutos de esta obra están ante él, lo cual él puede ver y entender si quiere.

La confianza propia del hermano B es asombrosa y es una trampa terrible para él. Si no vence este rasgo peligroso de su carácter, resultará ser su ruina. Él se siente en su elemento natural cuando está batallando y controvirtiendo puntos de

doctrina; él planteará dudas y se valdrá de evasivas y estará en desacuerdo con sus hermanos hasta que Satanás controlará de tal modo su mente que él realmente piense que tiene la verdad y que sus hermanos están en el error. No permanece en la luz y no tiene la bendición de Dios, porque constituye una parte de su religión oponerse a los puntos establecidos del pueblo de Dios que guarda los mandamientos. ¿Están todos ellos engañados, y el hermano B es el único hombre a quien Dios ha dado la verdad correcta? ¿No está Dios tan dispuesto a darles a sus siervos consagrados y abnegados una comprensión correcta de las Escrituras como a dársela al hermano B para que comparta con ellos?

¿Prueba el hermano B su camino con este simple examen?: “Esta luz y conocimiento que yo he encontrado, y que me coloca en desacuerdo con mis hermanos, ¿me atrae más cerca de Cristo?; ¿hace que mi Salvador sea más precioso para mí y que mi carácter se asemeje más al suyo?” Es un rasgo natural, pero no agradable, de nuestros caracteres ser agudos en nuestras percepciones, y

tenaces en nuestro recuerdo de las faltas y fallas de otros.

El hermano B no trata de estar en comunión con sus hermanos; su confianza propia lo ha inducido a no sentir ninguna necesidad especial de estar unido. Siente que las mentes de ellos han sido formadas en un molde inferior a la suya y que el recibir sus opiniones y consejos como algo digno de atención sería un acto de gran condescendencia. Esta actitud de confianza propia lo ha excluido del amor y la aceptación de sus hermanos y de la unión con ellos. Él siente que es demasiado sabio y experimentado como para necesitar las precauciones que a muchos les son indispensables. Tiene una opinión tan alta de su propia capacidad y tal confianza en sus propios logros que se cree preparado para cualquier emergencia. Dijeron los ángeles celestiales, señalando al hermano B: “El que piensa estar firme, mire que no caiga”. (1 Corintios 10:12) La confianza propia conduce a descuidar la vigilancia y la oración humilde y contrita. Hay tentaciones externas que deben evitarse y enemigos y perplejidades internos que

hay que vencer, porque Satanás adapta sus tentaciones a los diferentes caracteres y temperamentos de los individuos.

La iglesia de Cristo está en constante peligro. Satanás está tratando de destruir al pueblo de Dios, y no es suficiente la mente de un hombre, el juicio de un hombre, para confiar en él. Cristo quisiera unir a sus seguidores como iglesia, observando el orden, teniendo normas y disciplina, y estando todos sujetos unos a otros, estimando a los demás como mejores que uno mismo. La unidad y la confianza son esenciales para la prosperidad de la iglesia. Si cada miembro de la iglesia se siente en libertad para actuar independientemente de los demás, escogiendo su propio camino peculiar, ¿cómo puede la iglesia estar segura en la hora de peligro? La prosperidad y la misma existencia de una iglesia dependen de la acción rápida y unida, y de la confianza mutua de sus miembros. Cuando en una hora crítica alguien suena la voz de alarma, se necesita un trabajo rápido y efectivo, sin detenerse a hacer preguntas y a examinar la cuestión de un extremo al otro, permitiendo así que el enemigo

gane ventajas por la demora, cuando la acción unida podría salvar a muchas almas de la perdición.

Dios quiere que su pueblo esté unido con los lazos más estrechos de compañerismo cristiano; la confianza en nuestros hermanos es esencial para la prosperidad de la iglesia; la unidad de acción es importante en una crisis religiosa. Un paso imprudente, una acción descuidada, puede hundir a la iglesia en dificultades y pruebas de las cuales podría no recobrarse por años. Un miembro de la iglesia lleno de incredulidad puede darle ventajas al gran enemigo que afectarán la prosperidad de toda la iglesia, y como resultado pueden perderse muchas almas. Jesús quisiera que sus seguidores estén sujetos entre ellos; entonces Dios puede usarlos como instrumentos para salvar el uno al otro; porque puede ser que uno no discierna los peligros que el ojo de otro es rápido para percibir; pero si la persona desprevenida obedece con confianza la advertencia, puede salvarse de grandes perplejidades y pruebas.

Cuando Jesús estaba por dejar a sus discípulos,

oró por ellos en una manera sumamente conmovedora y solemne para que todos pudieran ser uno “como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado”. (Juan 17:21-23) El apóstol Pablo en su primera epístola a los Corintios los exhorta a la unidad: “Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer”. (1 Corintios 1:10)

Dios está sacando a un pueblo del mundo y guiándolo a la plataforma exaltada de la verdad eterna, los mandamientos de Dios y la fe de Jesús. Él disciplinará y capacitará a su pueblo. No estarán en desacuerdo, uno creyendo una cosa y otro teniendo fe y puntos de vista enteramente opuestos,

cada uno avanzando independientemente del cuerpo. A través de la diversidad de los dones y de los tipos de administración que él ha colocado en la iglesia, llegarán todos ellos a la unidad de la fe. Si un hombre toma sus ideas de la verdad bíblica sin tener en cuenta las opiniones de sus hermanos, y justifica su conducta alegando que tiene el derecho de sustentar sus propias ideas peculiares, y luego quiere imponérselas a otros, ¿cómo puede estar cumpliendo la oración de Cristo? Y si surge otro y aún otro, cada uno afirmando su derecho a creer y hablar lo que le agrada sin referencia a la fe del cuerpo de creyentes, ¿dónde estará esa armonía que existió entre Cristo y su Padre, y por la que Cristo oró para que pudiera existir entre sus hermanos?

Dios está guiando a un pueblo y estableciéndolo en la única y gran plataforma de fe, los mandamientos de Dios y el testimonio de Jesús. Le ha dado a su pueblo una cadena confiable de la verdad bíblica, clara y bien eslabonada. Esta verdad es de origen celestial y se la ha buscado como a un tesoro escondido. Ha sido desentrañada mediante una investigación cuidadosa de las

Escrituras y a través de mucha oración.

El hermano B está dudando de punto tras punto de nuestra fe. Si él tiene razón en sus nuevas teorías, el cuerpo de observadores del sábado está equivocado. ¿Se renunciará a la fe establecida en los fuertes puntos de nuestra posición, que nos ha sacado del mundo y nos ha unido como un pueblo distinto y peculiar, considerándola errónea? ¿Recibiremos la fe de esta sola persona, con las evidencias que él nos da de los frutos de su carácter religioso? ¿O el hermano B renunciará a su juicio y opiniones, y vendrá al cuerpo de creyentes? Si él no hubiera cegado su alma aceptando prejuicios y albergando una oposición perversa contra la obra de Dios, no habría sido dejado en esa oscuridad y engaño.

Es un hablador hábil e insistirá persistentemente en sus opiniones y no cederá ante el peso de las evidencias contra él. Es una crueldad que se coloque en el camino de la prosperidad de la iglesia, como él lo ha hecho. El mundo es grande; él puede pedir el privilegio de ir entre los no

creyentes y de convertirlos a sus teorías; y cuando pueda presentar un cuerpo bien organizado del cual él ha sido el instrumento para convertirlos del pecado a la justicia, entonces, y no antes, debiera insistir con sus puntos de vista peculiares ante la iglesia de Dios, la cual está afligida y descorazonada con su oscuridad y error. No tiene el derecho de construir sobre el fundamento de otro hombre, colocando su madera, heno y rastrojo que han de ser consumidos por los fuegos del día postrero.

Se me mostró que la única posición segura para el hermano B es sentarse a los pies de Jesús y aprender el camino de vida más perfectamente. La doctrina de Cristo caerá como la lluvia, y sus palabras destilarán como el rocío sobre el corazón del humilde y dispuesto a aprender. El hermano B debe adquirir una disposición susceptible a ser enseñado. No debe sentarse como un juez, sino como un aprendiz; no para poner reparos, sino para creer; no para cuestionar y encontrar faltas y oponerse, sino para escuchar. El orgullo debe dar lugar a la humildad, y el prejuicio debe cambiarse

por el candor, o las bondadosas palabras de Cristo serán en vano para él. Mi hermano, usted puede razonar con su juicio ciego y con

su mente no santificada hasta el día de Dios y no avanzar un paso hacia el cielo; usted puede debatir e investigar y escudriñar autores eruditos, y aun las Escrituras, y sin embargo autoengañarse más y más, y llenarse cada vez de más tinieblas, como ocurrió con los judíos con referencia a Cristo. ¿Cuál fue la falta de ellos? Rechazaron la luz que Dios ya les había dado y fueron en busca de alguna luz nueva mediante la cual pudieran interpretar las Escrituras como para respaldar sus actos.

Usted está haciendo lo mismo; no toma en cuenta la luz que Dios ha visto conveniente darle en las publicaciones sobre la verdad presente y en su Palabra, y está buscando doctrinas propias, teorías que no pueden ser respaldadas por la Palabra de Dios. Cuando usted llegue a ser como un niñito, dispuesto a ser conducido, y cuando su entendimiento sea santificado y se rindan su

voluntad y sus prejuicios, se derramará una luz en su corazón, que iluminará las Escrituras y le mostrará la verdad presente en su armonía hermosa. Lucirá como una cadena de oro, con cada eslabón unido al otro en un conjunto perfecto. “Si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos” (Mateo 18:3) “Aprended de mí -- dice Jesús --, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas”. (Mateo 11:29)

Si usted ciertamente ha entrado en la escuela de Cristo, él espera que en su carácter y conducta manifieste la humildad que está tan hermosamente ejemplificada en el carácter de Jesús. Cristo no emprenderá la tarea de enseñar a los santurrones, arrogantes y tercos. Si los tales acuden a él con la pregunta, ¿Qué es verdad?, él no les responde. Él sólo guiará a los mansos en el juicio; a los mansos les enseñará su camino. Salomón estaba dotado naturalmente con buen juicio y notables facultades de razonamiento, pero se reconoció ante Dios como un niñito. Buscó sabiduría de Dios con humildad, y no buscó en vano. Si usted realmente

investiga en busca de la verdad con motivos correctos, irá al cuerpo de creyentes porque ellos tienen la verdad. Si usted está investigando las Escrituras y diferentes autores para poder encontrar doctrinas que coincidan con sus opiniones preconcebidas, y si ya definió firmemente su fe, entonces seguirá siendo jactancioso, confiado en sí mismo e inflexible.

## La confianza propia es una trampa

Hermano B, con su actual espíritu terco, rebelde, usted se alejará más y más de la verdad; y a menos que se convierta, resultará ser un gran impedimento para la causa de Dios en cualquier lugar donde tenga alguna influencia. Usted es persistente para ganar sus argumentos. Su espíritu autosuficiente debe ceder antes que pueda ver nada claramente. Ha inducido a su esposa a pensar que usted conocía la verdad mejor que cualquiera de nuestros ministros; ha tomado la llave del conocimiento en sus manos, en lo que a ella concierne, y la ha mantenido en tinieblas. Dios le ha dado a su iglesia hombres de criterio,

experiencia y fe. Ellos conocen el camino de la verdad y la salvación, porque la han investigado con agonía de espíritu a causa de la oposición que tuvieron que enfrentar por parte de hombres que convirtieron la verdad de Dios en una mentira; y el beneficio de la labor de estos fieles siervos de Dios es dado al mundo.

Hay muy pocos que comprenden la naturaleza exaltada de la obra de Dios en comparación con los cuidados temporales de la vida. Jesús, el Maestro celestial, nos ha dado instrucciones a través de sus discípulos. Cuando él envió a los doce, los instruyó a que en cualquier ciudad o pueblo donde tuvieran que entrar debían preguntar quién era digno en ella de su atención y de su visita; y si se encontraba un lugar adecuado donde la gente estimaba la bendición que les llegaba -- el privilegio de hospedar a los mensajeros de Cristo -- debían morar allí y permitir que allí reposara su paz hasta que dejaran esa ciudad. No se les instruyó a que visitaran cualquier casa o todas ellas en forma indiscriminada, imponiendo su presencia sobre la gente sin tomar en cuenta que fueran bienvenidos o

no; pero si no eran bienvenidos, si su paz no podía descansar en la casa, debían abandonarla y buscar una casa donde los miembros fueran dignos y donde su espíritu pudiera descansar.

Cuando los mensajeros de Cristo que salen a enseñar la verdad a otros son rechazados y sus palabras no encuentran cabida en el corazón, Cristo es rechazado y su Palabra es despreciada en los mensajeros de verdad a quienes él ha escogido y enviado. Esto tiene una aplicación tan plena en esta época del mundo como la tuvo cuando Cristo dio la instrucción a sus mensajeros escogidos.

Cuando Cristo estuvo sobre la tierra, había hombres que no tenían respeto o cortesía por los mensajeros de Dios, ni más consideración por sus amonestaciones que por el propio juicio de ellos; también en esta época del mundo hay personas que tienen menos respeto por el testimonio de los siervos escogidos de Dios que por sus propias opiniones. Los tales no pueden beneficiarse con las labores de los siervos de Dios, y no debiera perderse tiempo en degradar la obra de Dios para

enfrentar esas mentes. Cristo les dijo a los siervos a quienes envió: “El que a vosotros oye, a mí me oye; y el que a vosotros desecha, a mí me desecha; y el que me desecha a mí, desecha al que me envió”. (Lucas 10:16)

Cristo da poder a la voz de la iglesia. “De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo”. (Mateo 18:18) No se aprueba en absoluto que un hombre se ponga a hacer algo en base a su responsabilidad individual y defienda los puntos de vista que él escoge, sin tener en cuenta el juicio de la iglesia. Dios ha concedido a su iglesia el supremo poder bajo el cielo. Es la voz de Dios en su pueblo unido como iglesia, la que debe ser respetada.

Dios ha dado a su iglesia hombres que tienen una experiencia especial: aquellos que han ayunado y llorado y orado, aun durante toda la noche, para que el Señor abriese las Escrituras a sus mentes. Con humildad estos hombres han dado al mundo el beneficio de su experiencia madura. ¿Es esta luz

del cielo, o de los hombres? ¿Es de algún valor, o es inservible? Al diseminar puntos de vista erróneos acerca de la verdad bíblica, el hermano B está haciendo una obra que algún día querrá anular; pero esto será en vano. Puede arrepentirse, puede aun ser salvo como por fuego; pero, oh, ¡cuánto tiempo precioso se habrá perdido que nunca podrá ser redimido! ¡Cuánta semilla ha sembrado que sólo ha producido zarzas y espinas! ¡Cuántas almas se han perdido que podrían haber sido salvadas si él hubiera tratado de hacer brillar la luz con tanto fervor como ha esparcido sus tinieblas! ¡Lo que podría no haber hecho si hubiera sido una persona consagrada, santificada mediante la verdad! El hermano B se siente demasiado autosuficiente, demasiado rico y lleno de bienes, como para ver su necesidad de algo. El Testigo Fiel lo señaló y dijo: “Si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos”. Él no respeta la luz de la verdad tan cuidadosamente expuesta en libros y revistas, sino que exalta su propio juicio por encima de la luz más preciosa, y esta luz se elevará en el juicio para condenarlo.

Vi que él se opondría a los hombres a quienes Dios ha considerado conveniente confiarles la responsabilidad de su obra. Exaltaría sus propias opiniones y puntos de vista por encima de la luz que Dios había dado a través de ellos, y se jactaría de su conocimiento; y sería un acusador de sus hermanos, sin exceptuar a los embajadores de Cristo. Toda esta influencia altanera para empequeñecer el juicio de los siervos de Dios y para acusarlos de debilidad y errores, exaltando sus propias opiniones por encima de las de ellos, si no se arrepiente de ello, se hallará escrita contra él en los libros, los que él verá con vergüenza en el día de Dios.

Dios sostendrá a sus siervos, preservará a sus escogidos; pero ay de aquel que invalida las palabras de los embajadores de Cristo, que reciben la palabra de la boca de Dios para hablar a la gente y que les dicen que la espada viene y los amonestan a fin de que se preparen para el gran día de Dios. El hermano B encontrará que la obra en la que ha estado ocupado no es algo de poca importancia o trivial; es una obra que recaerá sobre

su alma con peso aplastante. Ha puesto su espíritu en oposición a Dios. Tiene ante sí una obra difícil. Dijo Cristo: “Es forzoso que vengan escándalos, pero, ¡ay del hombre que los ocasione!” (Mateo 18:7, NRV)

Hermano B, hace tres años me fue mostrado el curso de conducta que usted ha estado siguiendo. Vi que usted estaba equivocado en casi cada acto, y sin embargo trató de medir la verdad comparándola con sus acciones en vez de medir éstas en relación con la verdad. Usted no fue una luz para el pueblo de Dios, sino una terrible carga. Usted no levanta cuando hay que levantar, y desanima a otros para que no practiquen unidad de acción. Siempre está encontrando faltas y hablando de sus hermanos, y mientras usted ha estado cuestionando la conducta de otros, un espeso crecimiento de malas hierbas ha prosperado y enraizado profundamente en su corazón. Esas raíces de amargura que han brotado, han contaminado a muchos y contaminarán a muchos más a menos que usted las vea y las desarraigue.

Se me mostró que un espíritu duro, farisaico, se desarrollará en el hermano B y lo controlará, a menos que vea los defectos terribles que hay en su carácter y obtenga gracia de Dios para corregir el mal. Antes que abrazara la verdad, su mano parecía estar contra todos; su espíritu combativo cobraba fuerzas ante cualquier provocación, y su autoestima se sentía herida; era un hombre duro, que se metía en dificultades y las creaba. La verdad de Dios obró una reforma en él. Dios lo aceptó y su mano lo sostuvo. Pero desde que el hermano B perdió el espíritu de consagración, su antiguo espíritu, turbulento y en desacuerdo con otros, se ha ido fortaleciendo y ha tratado de obtener el dominio. Cuando el yo muera y humille su corazón orgulloso ante Dios, encontrará cuán débil es su fuerza; sentirá la necesidad del socorro celestial y clamará: “Inmundo, inmundo, ante ti, oh Dios”. Toda su orgullosa jactancia en el yo terminará.

La vida en este mundo tempestuoso, donde las tinieblas morales triunfan sobre la verdad y la virtud, será para el cristiano un conflicto continuo. Encontrará que debe mantener puesta su armadura,

porque tendrá que pelear contra fuerzas que nunca se cansan y enemigos que nunca duermen. Nos encontraremos asediados por incontables tentaciones, y debemos encontrar fuerza en Cristo para vencerlas o ser vencidos por ellas y perder nuestras almas. Tenemos una obra grande y solemne que hacer, y cuán terrible será nuestra pérdida si fracasamos. Si la obra que nuestro Maestro nos ha dejado se encuentra sin hacer, no se nos concederá un segundo tiempo de prueba. Deberá quedar sin hacerse para siempre.

Se me mostró la vida del hermano B y su familia. Los ángeles lloraban al ver la conducta de él en la casa, al ver a la esposa desprovista de cariño, que no recibe respeto de él cuyo deber es amarla y cuidarla como a su propio cuerpo, así como Cristo amó y cuidó a la iglesia. Se esmera en hacer evidentes los defectos de ella y exalta su propia sabiduría y criterio, haciéndole sentir su inferioridad en compañía y sola. Pese a que ella es una analfabeta, su espíritu es por lejos más aceptable ante Dios que el de su esposo. Dios contempla a la hermana B con sentimientos de la

más profunda compasión. Ella práctica los principios de verdad, hasta donde tiene luz, mucho mejor que su esposo. Ella no será responsable por la luz y el conocimiento que ha tenido su esposo pero que ella no ha tenido. Él podría ser una luz y una ayuda y una bendición para ella, pero usa su influencia en una forma equivocada. Le lee lo que a él le place, aquello que dará fuerza a sus opiniones e ideas, mientras que retiene luz esencial que no desea que ella escuche.

Él no respeta a su esposa, y les permite a sus hijos que le muestren falta de respeto. Como los hijos de Elí, a estos hijos se los deja crecer como quieren. No los restringe, y todo este descuido repercutirá poco a poco sobre él. Lo que el hermano B está ahora sembrando seguramente lo cosechará. En muchos respectos, la hermana B está más cerca del reino de los cielos que su esposo. Estos hijos ingobernables, desobedientes, a quienes no se ha educado para que ejerzan el dominio propio, plantarán espinas en los corazones de sus padres que ellos no podrán impedir; y luego en el juicio Dios llamará a cuenta a los padres por educar

a los hijos en el mundo y por permitirles que crezcan indisciplinados, poco afectuosos y recibiendo poco cariño. Estos hijos no pueden ser salvos en el reino de los cielos sin un gran cambio en sus caracteres.

El hermano B trata de que su esposa crea como él cree, y quisiera que su esposa pensara que todo lo que él hace es correcto y que sabe más que cualquiera de los ministros y que es más sabio que todos los hombres. Se me mostró que en su sabiduría jactanciosa está tratando con los cuerpos de sus hijos como lo hace con el alma de su esposa. Ha estado siguiendo un curso de acción de acuerdo con su propia sabiduría, lo cual está arruinando la salud de su hija. Se jacta de que el veneno que ha introducido en el sistema de ella la mantiene viva. ¡Qué error! Debiera comprender cuánto mejor podría haber estado si él la hubiera dejado sola y no hubiese abusado de su naturaleza. Esta niña no puede tener nunca una constitución saludable porque sus huesos y la corriente sanguínea que está en sus venas han sido envenenados. La constitución destrozada de sus hijos y sus dolores

penosos clamarán contra su sabiduría presumida, que es necedad.

Pero lo más deplorable de todo es que él, por decirlo así, ha dejado abierta de par en par la puerta de la perdición para que sus hijos entren y se pierdan. La naturaleza de sus hijos tendrá que cambiar, sus caracteres tendrán que ser transformados y hechos de nuevo, o no puede haber esperanza para ellos. ¿Pueden los ángeles mirar amorosamente a su familia, hermano B? ¿Pueden deleitarse en morar en su casa? El edificio es bueno, pero la casa no es lo que hace la felicidad interior. Aquellos que viven dentro de las paredes la convierten en un cielo o un infierno. Usted no respeta a la madre de sus hijos. Les permite que sean desobedientes e irrespetuosos.

Usted puede decir: “¿Por qué la hermana White me viene con esto? Yo no tengo fe en las visiones”. Yo lo sabía desde antes que intentara escribirle, pero siento que ha llegado el tiempo de exponerle estas cosas. Debo decirle la verdad, porque espero enfrentar en el juicio lo que aquí he escrito

imperfectamente. He esperado, confiando en que podría decirle algo que llegaría a su corazón y lo suavizaría por las palabras que he escrito aquí. Pero he perdido toda esperanza en esa dirección, porque usted se ha fortificado con una armadura tan impenetrable como el acero. Usted no aceptará nada que no satisfaga su mente. Se me mostró que habría sido mejor para la causa de la verdad presente si usted nunca hubiera abrazado la verdad del sábado. Su conciencia no es muy sensible; usted está cegado por el enemigo.

He renunciado a toda esperanza de hacer algo para la iglesia en _____ mientras usted sea una piedra de tropiezo para ellos. En un tiempo usted amó la verdad, y si hubiera seguido en la senda de la verdad y la santidad ahora sería un embajador para Cristo. Usted tendrá que rendir una cuenta terrible en el gran día de Dios por sus talentos que no han sido desarrollados. Usted tenía buenas aptitudes. Dios le prestó estos talentos para que los pusiera en buen uso, pero usted abusó de esos dones. Si hubiera usado del lado correcto la capacidad que Dios le había dado, habría hecho

mucho en la ganancia de almas para Cristo, y vería en el reino de los cielos almas salvadas por su intermedio. Pero usted ha desparramado en vez de juntar con Cristo. Sus hermanos se han desanimado de tratar de levantarse y avanzar, porque usted, como una fuerza opositora, neutraliza lo bueno que ellos harían.

El corazón de Dios nunca ha anhelado salvar a sus hijos terrenales con un amor más profundo y una ternura más compasiva que ahora. Nunca hubo un tiempo cuando Dios estuviera más dispuesto y esperando para hacer más por su pueblo que ahora. Y él instruirá y salvará a todos los que eligen ser salvados en la manera que él ha establecido. Aquellos que son espirituales pueden discernir cosas espirituales y ver señales de la presencia y la obra de Dios en todas partes. Satanás, mediante su estrategia hábil y perversa, condujo a nuestros primeros padres fuera del Jardín del Edén, de su inocencia y pureza al pecado y una miseria indecible. No ha cesado de destruir; todas las fuerzas de las que puede disponer las emplea diligentemente en estos últimos días para lograr la

ruina de las almas. Se apodera de todo recurso que puede usar para engañar, enredar y confundir al pueblo de Dios.

Lo ha usado a usted como su agente para diseminar oscuridad y confusión, y él descubre que usted trabaja admirablemente en sus manos. Usted es el instrumento preciso que él puede manejar en forma efectiva para herir, desanimar y derribar. Usted no siente entusiasmo para poner su hombro debajo de la carga con el pueblo de Dios; pero cuando ellos quieren avanzar, usted se arroja como una carga adicional para impedirles hacer lo que podrían a fin de avanzar en la dirección correcta. Satanás está trabajando con aquellos que guardan los mandamientos de Dios y tienen la fe de Jesús. Existe en él el odio más amargo contra todos los que son leales a Dios y que obedecen sus mandamientos. Él no duerme; no disminuye su vigilancia ni por un momento. Ojalá los profesos seguidores de Dios fueran la mitad de sabios, diligentes y perseverantes en la obra de Dios como lo es Satanás en su obra.

Si usted, hermano B, hubiera continuado cuando puso primero su mano al arado, y no hubiese mirado atrás, ahora sería un mensajero de luz para llevar la verdad a aquellos que están en tinieblas. Pero Dios no podía usarlo para su gloria hasta que usted aprendiera a buscar consejo con sus hermanos y a no pensar que sabía todo lo que valía la pena saber. Satanás ha tenido éxito en impedir que usted haga el bien. Por un tiempo usted corrió bien, pero las tentaciones de Satanás lo vencieron. A usted le encantaba ser el primero y ser lisonjeado. A usted le encantaba el poder que da el dinero. Satanás comprende la debilidad de los hombres. Tiene el conocimiento que ha acumulado por siglos y posee experiencia en su trabajo. Su astucia y engaños están bien madurados, y demasiado a menudo tienen éxito porque el pueblo de Dios no es tan sabio como las serpientes.

Satanás aparece frecuentemente como un ángel de luz, ataviado con el uniforme del cielo; asume un aire amistoso, manifestando gran santidad de carácter y alta consideración por sus víctimas, las almas que se propone engañar y destruir. Yacen

peligros en la senda que él invita a las almas a recorrer, pero tiene éxito en encubrirlos y presenta sólo las atracciones. El gran Capitán de nuestra salvación ha vencido en nuestro favor, para que a través de él podamos ser vencedores, si así lo queremos. Pero Cristo no salva a nadie en contra de su decisión; no obliga a nadie a obedecer. Hizo el sacrificio infinito para que podamos vencer en su nombre y para que su justicia nos sea imputada.

Pero a fin de ser salvado usted debe aceptar el yugo de Cristo y desechar el yugo que usted mismo ha modelado para su cuello. La victoria que Jesús ganó en el desierto es una garantía de la victoria que usted puede ganar mediante su nombre. Su única esperanza y salvación está en vencer como Cristo venció. La ira de Dios pende ahora sobre su persona. Usted ama las atracciones del mundo más que el tesoro celestial. La concupiscencia de los ojos y el orgullo de la vida lo han separado de Dios. Su confianza en su propio yo pobre, débil, defectuoso, debe ser quebrantada. Debe sentir su debilidad antes que pueda caer, con su carga, en las manos de Dios. El alma que confía plena y

enteramente en Dios nunca será confundida.

Dios no desea que consultemos nuestra propia conveniencia para obedecerle. Cristo no se agradó a sí mismo cuando fue un hombre entre los hombres. Fue un hombre de dolores, experimentado en quebrantos. La Majestad del cielo no tuvo dónde reposar su cabeza, ningún lugar que pudiera reclamar como suyo. Se volvió pobre por causa nuestra, para que mediante él ciertamente pudiéramos ser enriquecidos. No hablemos de sacrificio, porque no sabemos qué es sacrificarse por la verdad. Hasta ahora apenas hemos levantado la cruz por la amada causa de Cristo. No busquemos un camino más fácil que la senda que nuestro Redentor recorrió antes de nosotros. ¡Cuán incompetente es usted, con toda su jactanciosa sabiduría, para ser su propio guía! ¡Cuán propenso es usted a seguir los dictados de una conciencia engañada, a andar en el camino del error, y a arrastrar a otros consigo!

Su temperamento natural es tal que le son muy difíciles la sumisión y la obediencia a los

requerimientos de Dios. Su confianza propia ilimitada, sus prejuicios y sus sentimientos lo inducen fácilmente a escoger una senda equivocada. Cristo será su guía infalible si usted lo elige a él antes que a su propio juicio ciego. En su negocio usted no ha tenido sinceridad de propósito para la gloria de Dios. Ha enfrentado muchas perplejidades y dificultades, y si hubiera confiado en el verdadero Consejero en vez de confiar en su propio juicio, siempre habría sido guiado para superar sus perplejidades en sus transacciones comerciales.

Tiene ante usted una obra importante que nunca podrá llevar a cabo sin la ayuda especial de Dios. Usted es capaz de asegurarse el compañerismo de los ángeles y de ser un heredero de Dios, un coheredero con Jesucristo; y el hecho de que usted trabaje a fin de restringir la extensión de la esperanza y los deseos al alcance estrecho de sus propias conveniencias sería un error de toda la vida. Es un error terrible vivir sólo para este mundo. Usted mira hacia atrás y siente la condenación de su propio camino equivocado, y

trata de justificarse encontrando faltas en otros. Cualquiera sea la trayectoria que otros puedan seguir, o lo equivocado que puedan estar, los errores de ellos nunca cubrirán una de sus faltas; y en el día del ajuste final de cuentas usted no se atreverá a mencionar esto ante Dios como un paliativo de su descuido del deber.

Dios se propone aceptarlo a usted como su hijo y convertirlo en un miembro de la familia real, un hijo del Rey celestial, bajo la condición de que usted salga del mundo y se separe y no toque ninguna cosa inmunda. El Monarca del cielo quiere que usted posea y disfrute todo lo que puede ennoblecer, expandir y exaltar su ser y capacitarlo para morar con él para siempre, midiendo su existencia con la vida de Dios. ¡Qué perspectivas encierra la vida venidera! ¡Qué encantos posee! ¡Cuán ancho y profundo e ilimitado es el amor de Dios manifestado al hombre! No hay palabras que puedan describir este amor; sobrepasa todo pensamiento e imaginación, pero es una realidad que usted debe aprender por experiencia; usted puede regocijarse en él con gozo indecible y lleno

de gloria.

Con tales perspectivas ante usted, ¿cómo puede estrechar su mente al alcance de los pensamientos y las ocupaciones mundanales, buscando ganancias y renunciando a un punto tras otro de la verdad presente? Es deseable que usted retenga la verdad, los principios y la conciencia. El favor de Dios es mejor que casas de piata y oro. El gozo más profundo del corazón procede de la humillación más profunda. La confianza y sumisión a Dios producen fortaleza y nobleza de carácter. Las lágrimas no son siempre evidencia de debilidad. A fin de que usted construya un carácter que sea simétrico a la vista de un Dios puro y santo, debe comenzar en los fundamentos. El corazón debe quebrantarse ante Dios, y debe mostrarse verdadero arrepentimiento por el pecado, hasta que usted satisfaga las demandas de la verdad y el deber. Entonces tendrá verdadero respeto por sí mismo y verdadera confianza en Dios. Tendrá ternura de sentimientos. Todo ese espíritu jactancioso desaparecerá. En lugar de aspereza habrá una gran ternura combinada con firmeza de propósito para

permanecer de parte de la verdad en todos los eventos. Entonces verá mucho en el mundo y en su propio corazón para hacerlo llorar.

Capítulo 37

# Verdadero Refinamiento en el Ministerio

Hermano E: He planeado escribirle por algún tiempo, pero no he encontrado una oportunidad para hacerlo hasta ahora. Mientras hablaba a la gente el sábado pasado, me sentí tan claramente impresionada con su caso que apenas pude abstenerme de mencionar su nombre en público. Ahora me desahogaré escribiéndole. En mi última visión se me mostraron las deficiencias de aquellos que profesan trabajar en palabra y doctrina. Vi que usted no había estado mejorando sus aptitudes, sino que se había vuelto menos y menos eficiente para enseñar la verdad. Usted necesita una conversión completa. Tiene una voluntad fuerte, rígida, que hasta llega a ser terca. Ahora podría estar capacitado para la obra solemne de llevar el mensaje de verdad a otros si hubiera tenido menos confianza propia y un espíritu más humilde y manso.

A usted no le agrada aplicarse asiduamente ni someterse a las exigencias de un esfuerzo continuo. No ha sido un estudiante perseverante de la Palabra de Dios, ni un obrero fervoroso en su causa. Su vida ha estado lejos de representar la vida de Cristo. Usted no es juicioso. No es un obrero sabio, sensato. No estudia cómo ganar almas para Cristo, como cada ministro de Cristo debiera hacerlo. Tiene una huella fija, una norma propia, a la cual desea conducir a la gente; pero no tiene éxito en hacerlo porque ellos no aceptan su norma. Usted es fanático y frecuentemente lleva las cosas a los extremos y con ello perjudica seriamente la causa de Dios y aparta a las almas de la verdad en vez de ganarlas para ella.

Se me mostró que usted ha malogrado varias buenas oportunidades por su manera poco juiciosa de trabajar, ¿y qué le diré respecto a este asunto? Se han perdido almas debido a su falta de sabiduría al presentar la verdad y su fracaso en adornar su vocación como ministro del evangelio mediante la cortesía, la bondad y un espíritu sufrido. La

verdadera cortesía cristiana debiera caracterizar todos los actos de un ministro de Cristo. Oh, cuán pobremente ha representado usted a nuestro compasivo Redentor, cuya vida era la encarnación de la bondad y la verdadera pureza. Usted ha apartado a almas de la verdad mediante un espíritu áspero, criticón, arrogante. Sus palabras no han sido dichas con la mansedumbre de Cristo, sino con el espíritu de E. Su modo de ser es naturalmente tosco y no refinado, y porque usted nunca ha sentido la necesidad del verdadero refinamiento y la cortesía cristiana, su vida no ha sido tan elevada como podría haber sido.

Usted ha permanecido en la rutina del hábito. Su educación y preparación no han sido correctas, y por lo tanto debería haberse esforzado más seriamente para mejorar, reformarse, y hacer cambios decididos y cabales. A menos que usted experimente una conversión decidida y completa en casi cada respecto, está enteramente incapacitado para predicar la verdad, y a menos que pueda tener un apropiado refinamiento del carácter, los modales y la forma de dirigirse a las

personas, usted hará más daño que bien. Usted no ha hecho mucho para promover la verdad, porque se ha detenido demasiado en las iglesias, cuando no podía hacerles ningún bien, sino sólo daño. Su manera de ser y sus modales necesitan refinamiento y santificación. No debería estropear más la obra de Dios con sus deficiencias, puesto que no ha mostrado una mejoría decidida para convertirse en un obrero en la causa de Dios.

Es imposible que usted conduzca a otros a una norma más elevada que la que usted mismo ha alcanzado. Si personalmente no avanza, ¿cómo puede dirigir a la iglesia de Dios hacia adelante, a una norma más alta de piedad y santidad? Todos los ministros de esa clase, como usted lo ha sido por varios años, son más una maldición que una bendición para la causa de Dios, y cuantos menos tengamos de ellos más próspera será la causa de la verdad presente.

Usted no tiene ideas elevadas ni aspiraciones de progreso en sus labores. Está contento con ser una persona vulgar y un ministro común. No aspira a la

perfección del carácter cristiano y a ese nivel en la obra que Cristo requiere que cada uno de sus ministros escogidos alcance. Ninguno que profese llevar la verdad a otros está capacitado para ese trabajo de responsabilidad a menos que esté progresando en conocimiento y en consagración al trabajo, y esté mejorando sus modales y temperamento, y creciendo en verdadera sabiduría de día en día. Todo hombre que guíe almas a la verdad necesita una estrecha comunión con Dios. Aquellos que abrazan la carga de guiar a las almas desde las tinieblas de la naturaleza a la luz maravillosa, debieran recordar siempre que ellos mismos deben avanzar en la luz, o de lo contrario ¿cómo pueden guiar a otros? Si ellos mismos caminan en la oscuridad, asumen una responsabilidad muy terrible al pretender enseñar a otros el camino.

Usted ha estado laborando en lugares donde no era competente para realizar debidamente el trabajo que había emprendido. No trabajó juiciosamente. Buscaba compensar su falta de verdadero conocimiento censurando a otras denominaciones,

atropellando a otros, y haciendo críticas duras y amargas sobre la conducta y condición de ellos. Si su corazón hubiera fulgurado completamente con el espíritu de verdad, si hubiera estado santificado en su servicio a Dios y caminado en la luz como Cristo está en la luz, habría avanzado con sabiduría y habría tenido suficientes recursos y medios a su disposición como para mantener un interés sin hacer esfuerzos extraordinarios y apartarse de su trabajo específico para denostar a otros que profesan ser cristianos.

Los incrédulos se han disgustado; piensan que usted ha representado claramente a los adventistas del séptimo día y consideran que esto es suficiente y no quieren saber más de esas doctrinas. En el mejor de los casos nuestra fe es impopular y está en amplio contraste con la fe y prácticas de otras denominaciones. A fin de alcanzar a aquellos que están en las tinieblas del error y en falsas teorías, debemos acercarnos a ellos con suma cautela y con la mayor sabiduría, concordando con ellos en todo punto en que podamos hacerlo a conciencia.

Debiera mostrarse toda consideración posible por aquellos que están en el error y darles completo crédito por su honestidad. Debiéramos acercarnos a la gente tanto como sea posible, y entonces puede beneficiarles la luz y la verdad que tenemos. Pero el hermano E, como muchos de nuestros ministros, comienza de inmediato una guerra contra los errores que otros abrigan; de ese modo despierta su combatividad y una terca oposición, y esto los encierra en una armadura de prejuicio egoísta que ningún cúmulo de evidencias puede quitar.

¿Quién sino usted será responsable por las almas que ha desviado de la verdad por sus labores no santificadas? ¿Quién puede derribar los muros de prejuicio que su labor poco juiciosa ha levantado? No conozco pecado mayor contra Dios que el de ocuparse en el ministerio los hombres que trabajan guiados por el yo y no por Cristo. Son considerados como los representantes de Cristo, cuando no representan su espíritu en ninguna de sus labores. No ven ni comprenden los peligros que acompañan los esfuerzos hechos por hombres no consagrados, inconversos. Avanzan como ciegos,

deficientes en casi todo y sin embargo llenos de confianza propia y autosuficientes, caminando en la oscuridad y tropezando a cada paso. Son cuerpos de tinieblas.

Hermano E, usted tiene ideas estrechas, y su trabajo tiende a rebajar antes que a elevar la verdad. Esto no es porque usted no tenga capacidad. Usted podría haber sido un buen obrero, pero es demasiado indolente como para hacer el esfuerzo necesario a fin de lograr el objetivo. Usted más bien prefiere regañar de un modo duro y arrogante a los que difieren con usted antes que tomarse el trabajo de elevar el tono de su trabajo. Usted asume determinada opinión, y luego, cuando es puesta en tela de juicio, no es suficientemente humilde como para ceder sus ideas aunque se demuestre que están equivocadas; pero se mantiene en su posición independiente y se aferra firmemente a sus ideas cuando es esencial que haga una concesión que se le requiere como un deber. Usted se ha aferrado obstinada e inflexiblemente a su propio juicio y opiniones a expensas de las almas.

Hermano E, su posición firme y su voluntad fuerte y decidida para llevar adelante sus puntos de vista a toda costa fue sentida y deplorada por su esposa, y la salud de ella sufrió en consecuencia. Usted no fue amable y tierno con esta sensible hija de Dios; su espíritu fuerte avasalló la disposición más suave de su esposa. Ella se lamentó por muchas cosas. Usted podría haber hecho más feliz su vida si hubiera tratado; pero procuró que ella viera las cosas como usted las veía, y, en vez de tratar de adaptarse a su temperamento refinado, usted trató de adaptarla a su naturaleza más tosca y a sus ideas extremas. Ella fue doblegada en su naturaleza y no pudo actuar por sí misma. Se marchitó como una planta trasplantada a un suelo desagradable.

No debiera tratar de moldear las mentes y caracteres según su modelo, sino que debiera permitir que su propio carácter fuera moldeado tras el Modelo divino. Si este mundo estuviera compuesto de hombres como usted en carácter y temperamento, sería una desgracia. Hacia cualquier

lado que usted se dirigiera, se sentiría disgustado con sus asociados, copias exactas de su persona, y usted desearía salirse del mundo.

Usted se jacta y gloría de su persona. ¡Pero, oh, cuán impropio es esto para cualquier hombre, aun si tuviera las cualidades intelectuales más excelentes y la influencia más amplia! Los hombres de cualidades magníficas tienen la mayor influencia porque no saben su valor y cuánto bien realizan en el mundo. Pero está completamente fuera de lugar que hombres de su tipo de carácter se exalten y se vanagloríen en el yo.

En sus labores usted frecuentemente comienza bien; suscita cierto interés, y las mentes se convencen de que los argumentos usados no pueden controvertirse; pero precisamente en el momento cuando las almas se están inclinando a favor de la verdad, aparece el yo tan claramente, de un modo tan prominente, que todo lo que podría haberse ganado si Jesús hubiera brillado en sus palabras y conducta, se pierde.

Usted carece de las virtudes esenciales para ganar almas para Cristo y la verdad. Puede argumentar bien; pero no tiene un conocimiento experimental de la voluntad divina, y por carecer de una experiencia religiosa en su vida, es incapaz de conducir a otros a la Fuente de aguas vivas. Su propia alma no está en comunión con Dios, sino en tinieblas; y nada puede suplir la deficiencia sentida por las almas que tratan de encontrar a tientas su camino en la oscuridad, excepto la luz de la verdad. A menos que usted esté completamente convertido, sus esfuerzos por convertir a otros podrían cesar ahora en vez de que trabaje por más tiempo desfigurando y pervirtiendo las normas religiosas con sus ideas estrechas e intolerantes. Usted no tiene un conocimiento experimental de la voluntad divina; a usted le parece que su justicia es de valor, cuando no tiene valor para nada. Usted necesita ser transformado antes que pueda ser útil en la causa de Dios. Cuando esté convertido entonces podrá trabajar y ser aceptado.

Usted no posee la religión de Cristo. Debe suavizar su corazón y morir al yo, y Cristo debe

vivir en usted; entonces caminará en la luz como él está en luz, y dejará una huella brillante hacia el cielo para iluminar la senda de otros. Usted se ha sentido demasiado satisfecho con su propia persona. Debiera educarse y vencer su espíritu fanático y criticón. Necesita colocar y mantener el cuerpo bajo sujeción, no sea que, después de haber predicado a otros, usted mismo sea reprobado.

Usted mira las cosas sin perspectiva; toma cosas insignificantes, encuentra faltas, y duda de la conducta de otros, cuando podría hacer mucho mejor venciendo los defectos de su carácter y su vida, trabajando desde un punto de vista cristiano, buscando luz de Dios, y preparándose para unirse a los ángeles puros en el reino de los cielos. Como usted está, echaría a perder todo el cielo. Usted es rústico, sin refinamiento y sin santidad. No hay lugar en el cielo para un carácter como el que usted posee ahora.

Si usted emprende el trabajo seriamente y, sin presentar ninguna excusa por el pecado, condena el pecado en la carne y se proyecta con fe y esperanza

en busca de la gracia divina y de un juicio recto, puede vencer esas deficiencias de su carácter que lo descalifican para trabajar en la causa de Dios. Usted no ha avanzado ni mejorado por muchos años. Está más lejos hoy de la norma de la perfección cristiana, de poseer las cualidades que debieran encontrarse en el ministro del evangelio, que lo que estaba unos pocos meses después de haber recibido la verdad.

Dios se desagrada de aquellos que no son entendidos en cuanto a la religión cristiana y que sin embargo están tratando de guiar a otros. Usted está representado correctamente por el hombre que trataba de sacar una mota del ojo de su hermano cuando había una viga en su propio ojo. Primero ponga su propio corazón en orden, y reforme su propio carácter; obtenga una conexión con Dios y gane una experiencia cristiana diaria; luego podrá llevar una carga por las almas que están sin Cristo.

Entre los hermanos hay sólo pocos que hayan tomado más tiempo que usted para leer a diferentes autores, y sin embargo usted es muy deficiente en

las cualidades necesarias para un ministro que está enseñando la verdad. Usted falla en citar, o aun leer, las Escrituras correctamente. Esto no debiera ser. Usted no ha progresado en cultura mental ni se ha asegurado un crecimiento de la gracia en el alma que se refleje en sus palabras y conducta. Usted no ha sentido la necesidad de esforzarse en busca de logros más altos y más santos.

Leer libros en forma rápida y superficial atasca la mente y hace que usted llegue a ser un dispéptico mental. Usted es incapaz de digerir y usar ni la mitad de lo que lee. Si leyera con un objetivo en vista para mejorar la mente, y si leyera sólo tanto como la mente puede comprender y digerir, y perseverase pacientemente en dicho curso de lectura, se lograrían buenos resultados. Usted, como también otros ministros, necesitan asistir a la escuela y comenzar como un niño a dominar las primeras ramas del conocimiento. Usted no puede leer, ni deletrear, ni pronunciar correctamente, y sin embargo no hay sino pocos que han tenido menos exigencias y menos cargas de responsabilidad que usted.

La responsabilidad de nuestros ministros requiere salud del cuerpo y disciplina de la mente. Buen sentido común, nervios vigorosos y un temperamento alegre recomendarán al ministro evangélico en cualquier parte. Estas cualidades debieran buscarse y cultivarse perseverantemente.

Hasta el momento su vida no ha sido provechosa. Usted tiene algunas ideas muy buenas, pero el Espíritu de Dios no mora en su corazón. No está vivificado por su poder, y no tiene genuina fe, esperanza y amor. El Espíritu de Cristo morando en usted lo capacitaría para tomar de las cosas de Dios y revelárselas a otros. Usted no puede ser de ningún beneficio para la causa de Dios hasta que la obra de un fiel ministro de Cristo esté mas exaltada en su mente. A usted le falta un propósito en su vida para hacer el bien, como hizo Jesús. La abnegación y el amor que usted manifieste en esta obra se revelarán en las vidas y los caracteres de otros.

Usted debiera deshacerse tan pronto como sea

posible de su formalidad fría e insensible. Necesita cultivar sentimientos de ternura y amabilidad en su vida diaria. Debiera exhibir verdadera cortesía y urbanidad cristiana. El corazón que realmente ama a Jesús ama a aquellos por quienes él murió. Tan ciertamente como la aguja apunta al polo, así el verdadero seguidor de Cristo, con un espíritu de labor ferviente, tratará de salvar almas por las cuales Cristo ha dado su vida. El trabajar por la salvación de los pecadores mantendrá cálido el amor de Cristo en el corazón y dará a ese amor un crecimiento y desarrollo debidos. Sin un conocimiento correcto de la voluntad divina habrá una falta de desarrollo armonioso en el carácter cristiano.

Le imploro, mi hermano, que conozca a Dios. “El Señor afirma los pasos del hombre bueno”. (Salmos 37:23, NRV) Ángeles ministradores marcan cada paso de nuestro progreso. Pero su voluntad no está rendida a Dios; sus pensamientos no son santos. Usted continúa su marcha, tropezando en la oscuridad a lo largo del camino, sin saber dónde colocar sus pies. El Señor revela su

voluntad a aquellos que están ansiosos de ser guiados. La razón de su ineficiencia es que usted ha renunciado a la idea de conocer y hacer la voluntad de Dios, por lo tanto no sabe nada positivamente. Aunque usted mismo está ciego, intenta guiar a los ciegos.

¡En qué situación están usted y muchos otros ministros! Habiendo abandonado a Dios, la Fuente de aguas vivas, usted y ellos han cavado para ustedes cisternas rotas que no pueden retener agua. Le imploro que se alarme y vuelva al Señor con ese arrepentimiento profundo y sincero que le asegurará el perdón divino y la fuerza constante de su poder, para que ciertamente pueda ser lleno de toda la plenitud de Dios. Él expresa desagrado hacia su conducta, porque usted ha sido como una piedra de tropiezo para las almas. Ha dependido de sus propias obras y justicia para el éxito, y no tiene un conocimiento de la voluntad divina.

Quiera el Señor revelarle su verdadero carácter y permitirle que vea sus verdaderas deficiencias. Cuando usted sea iluminado por el Espíritu de Dios

para comprender esto, tendrá un sentido tal de su descuido pecaminoso y de su vida no aprovechada que el terror castigará su alma y hará que sienta aquella tristeza que lo conducirá al arrepentimiento del cual uno no necesita arrepentirse.

Capítulo 38

# Importancia de la Obra

El 3 de enero de 1875 se me mostraron muchas cosas relativas a los intereses grandes e importantes en Battle Creek, en la obra de la Asociación de Publicaciones, la escuela y el Instituto de Salud. Si estas instituciones fueran conducidas debidamente, harían avanzar grandemente la causa de Dios en la diseminación de la verdad y la salvación de las almas. Estamos viviendo en medio de los peligros de los últimos días. Sólo la consagración a Dios puede capacitar a cualquiera de nosotros para tener una parte en la solemne e importante obra final para este tiempo. No hay sino pocos hombres enteramente abnegados para llenar puestos de responsabilidad, pocos que se han dado sin reservas a Dios para oír su voz y meditar en su gloria. No hay sino pocos que si se les requiriese, darían sus vidas para promover la causa de Dios. Sin embargo es precisamente una devoción como ésta la que Dios demanda.

Los hombres se engañan pensando que sirven a Dios cuando se están sirviendo ellos mismos y convirtiendo en algo secundario el interés de la causa y la obra de Dios. Sus corazones no están consagrados. El Señor no se agrada de los servicios de esta clase de personas. De tanto en tanto, cuando la causa ha progresado, él en su providencia ha designado a hombres para cubrir cargos en Battle Creek. Estos hombres podrían haber llenado cargos importantes si se hubieran consagrado a Dios y dedicado sus energías a su obra. Estos hombres escogidos por Dios necesitaban precisamente la disciplina que les daría una devoción a su obra. Él los honraría relacionándolos consigo mismo y dándoles su Espíritu Santo a fin de capacitarlos para cumplir las responsabilidades en que se les llamaba a servir. No podían obtener esa amplitud de experiencia y conocimiento de la voluntad divina a menos que estuvieran en puestos donde se necesita llevar cargas y responsabilidades.

Nadie necesita engañarse pensando que al vincularse con la obra de Dios en Battle Creek tendrá menos preocupaciones, menos trabajo difícil

y menos pruebas. Satanás está más activo donde más se está haciendo para promover la verdad y para salvar almas. Él entiende la naturaleza humana y no dejará solos a estos hombres si hay alguna posibilidad de que lleguen a ser más semejantes a Cristo y obreros más útiles en la causa de Dios. Satanás traza sus planes para acosar con sus tentaciones precisamente a los hombres a quienes Dios ha dado a entender que los aceptaría para que tengan una parte en conexión con su obra. Satanás estudia para saber de qué modo puede guerrear mejor contra Dios y derrotar sus propósitos. Está familiarizado con los puntos débiles como también con los fuertes en los caracteres de los hombres. Y de un modo sutil obra con todo engaño de injusticia para obstruir los propósitos de Dios asaltando los puntos débiles en sus caracteres; y cuando lo ha logrado ha preparado el camino para vencer atacando los puntos más fuertes. Gana el control de la mente y ciega el entendimiento. En el preciso momento en que están más débiles en poder moral, entrega a la confianza propia y la autosuficiencia a los hombres que ha confundido y derrotado por sus trampas. Se

engañan ellos mismos y piensan que están en buena condición espiritual.

El enemigo se apoderará de todo elemento posible a fin de usarlo en su favor y destruir las almas. Se han dado testimonios en favor de individuos que ocupan puestos elevados. Comienzan bien llevando las cargas y haciendo su parte en conexión con la obra de Dios. Pero Satanás los persigue con sus tentaciones, y ellos finalmente son vencidos. Cuando otros examinan su conducta equivocada, Satanás sugiere en sus mentes que debe haber un error en los Testimonios dados a estas personas, de otro modo estos hombres no habrían demostrado ser indignos de llevar una parte en la obra de Dios.

Así es precisamente como Satanás planeó que debería ser. Arrojaría dudas en cuanto a la luz que Dios ha dado. Estos hombres podrían haber resistido las tentaciones de Satanás si hubieran velado y estado en guardia, sintiendo su propia insuficiencia, y confiando en el nombre y la fuerza de Jesús para mantenerse fieles al deber. Pero

debiera tenerse en mente que siempre ha habido condiciones vinculadas con el aliento dado a estas personas: que si mantuvieran un espíritu altruista, si sintieran su debilidad y dependieran de Dios, no confiando en su propia sabiduría y juicio, sino haciendo de él su fuerza, podrían ser una gran bendición en su causa y obra. Pero Satanás ha venido con sus tentaciones y ha triunfado casi cada vez. Él ha dispuesto las circunstancias como para atacar los puntos débiles en los caracteres de estos individuos, y ellos han sido vencidos. ¡Cuán vergonzosamente han dañado la causa de Dios! ¡Cuán plenamente se han separado de él siguiendo sus propios corazones corrompidos, como lo podrán testificar sus propias almas! Pero el día de Dios manifestará en el hombre la verdadera causa de todos nuestros chascos. Dios no es culpable. Él les dio promesas animadoras bajo condiciones, pero ellos no cumplieron con estas condiciones. Confiaron en su propia fuerza y cayeron bajo la tentación.

Aquello que puede decirse de los hombres bajo ciertas circunstancias no puede decirse de ellos en

otras circunstancias. Las personas son débiles en poder moral y tan supremamente egoístas, tan autosuficientes y se inflan tan fácilmente de vano orgullo, que Dios no puede trabajar en conexión con ellas, y se las deja que se muevan como hombres ciegos y que manifiesten tanta debilidad e insensatez que muchos se asombran de que tales individuos hayan sido alguna vez aceptados y reconocidos como dignos de tener alguna conexión con la obra de Dios. Esto es justamente lo que Satanás planeó. Éste fue su objetivo desde el momento en que los tentó primero en forma especial para desacreditar la causa de Dios y lanzar críticas sobre los Testimonios. Si hubieran permanecido donde su influencia no se hubiera sentido en forma especial sobre la causa de Dios, Satanás no los habría asediado tan fieramente; porque él no podría haber cumplido su propósito de usarlos como sus instrumentos para hacer una obra especial.

En el progreso de la obra de Dios aquello que podría decirse en verdad de ciertos individuos en un momento determinado no podría decirse

correctamente de ellos en otro momento. La razón de esto es que en un mes podrían haberse mantenido inocentes, viviendo a la altura de la mejor luz que tenían, mientras que al mes siguiente, que les resultaba demasiado largo, son vencidos por los ardides de Satanás y, mediante la confianza propia, caen en serios pecados y llegan a ser incompetentes para la obra de Dios.

Las mentes están tan sujetas a cambio debido a las tentaciones sutiles de Satanás que no es la mejor práctica para mi esposo y para mí asumir la responsabilidad de siquiera declarar nuestras opiniones sobre las cualidades de las personas para llenar diferentes puestos, porque se nos hace responsables por la conducta que siguen tales inImportancia dividuos. No obstante, si hubieran mantenido la humildad y la firme confianza en Dios que poseían cuando se los recomendó para que asumieran determinadas responsabilidades, podrían haber sido las personas ideales para el lugar. Estas personas cambian, sin embargo no se dan cuenta del cambio que experimentan. Caen bajo tentación, son apartados de su firmeza

espiritual, y cortan su conexión con Dios. Entonces son controlados por el enemigo y hacen y dicen cosas que deshonran a Dios y desacreditan su causa. Entonces Satanás se regocija al ver a nuestros hermanos y hermanas dudando de nosotros porque les hemos dado a estas personas aliento e influencia.

Capítulo 39

# La condición del mundo

Me fue mostrada la condición del mundo, que está colmando rápidamente su copa de iniquidad. Violencias y toda clase de crímenes llenan nuestro mundo, y Satanás emplea todos los medios para popularizar delitos y vicios degradantes. La juventud que recorre las calles está rodeada de avisos y noticias de crímenes y pecado, presentados en alguna novela o en algún teatro. Su mente se familiariza con el pecado. La conducta que siguen personas bajas y viles les es recordada de continuo en las noticias de los periódicos del día, y todo lo que puede excitar la curiosidad y despertar las pasiones animales se presenta mediante historias emocionantes y excitantes.

Publicaciones procedentes de intelectos corrompidos envenenan la mente de millares de habitantes de nuestro mundo. El pecado no les parece excesivamente pecaminoso. Oyen y leen tanto con referencia a los crímenes y vilezas

degradantes, que su conciencia, antes tierna y capaz de horrorizarse, se embota de tal manera que se espacia ávidamente en los dichos y hechos de hombres viles y bajos.

"Como fue en los días de Noé, así también será en los días del Hijo del Hombre". (Lucas 17:26) Dios tendrá un pueblo celoso para las buenas obras, firme en medio de las contaminaciones de esta época de degeneración. Habrá un pueblo cuyos miembros se aferrarán de tal manera a la fuerza divina que podrán resistir a toda tentación. Los malos anuncios que se ven en carteles llamativos pueden tratar de hablar a sus sentidos y corromper su mente, pero estarán de tal manera unidos con Dios y los ángeles que serán como quienes no ven ni oyen. Tienen que hacer una obra que nadie puede hacer por ellos, la cual consiste en pelear la buena batalla de la fe y echar mano de la vida eterna. No tendrán confianza en ellos mismos, ni suficiencia propia. Conociendo su debilidad, unirán su ignorancia a la sabiduría de Cristo, su debilidad a su fuerza.

Los jóvenes pueden tener principios tan firmes que las más poderosas tentaciones de Satanás no podrán apartarlos de su fidelidad. Samuel era un niño rodeado de las influencias más corruptoras. Veía y oía cosas que afligían su alma. Los hijos de Elí, que ministraban en cargos sagrados, estaban dominados por Satanás. Esos hombres contaminaban la misma atmósfera circundante. Muchos hombres y mujeres se dejaban fascinar diariamente por el pecado y el mal; pero Samuel quedaba sin tacha. Las vestiduras de su carácter eran inmaculadas. No tenía la menor participación ni deleite en los pecados que llenaban todo Israel de terribles informes. Samuel amaba a Dios; mantenía su alma en tan íntima relación con el cielo, que se envió a un ángel para hablar con él acerca de los pecados de los hijos de Elí que estaban corrompiendo a Israel.

El apetito y la pasión avasallan a millares de los que profesan seguir a Cristo. Sus sentidos se embotan de tal manera por la familiaridad con el pecado que ya no lo aborrecen, sino que lo consideran atractivo. El fin de todas las cosas está

cerca. Dios no tolerará mucho más tiempo los delitos y la degradante iniquidad de los hijos de los hombres. Sus crímenes han llegado en verdad a los mismos cielos, y pronto recibirán la retribución de las temibles plagas de Dios que caerán sobre la tierra. Beberán la copa de la ira de Dios, sin mezcla de misericordia.

He visto que existe el peligro de que aun los que profesan ser hijos de Dios se corrompan. La disolución está cautivando a los seres humanos. Parecen infatuados e incapaces de resistir y vencer sus apetitos y pasiones. En Dios hay poder; en él hay fuerza. Si tan sólo quieren pedirlo, el poder vivificante de Jesús estimulará a todos los que han aceptado el nombre de Cristo. Nos rodean peligros y riesgos, y estamos seguros únicamente cuando sentimos nuestra debilidad y nos asimos con la mano de la fe a nuestro poderoso Libertador. El tiempo en que vivimos es terrible. Ni un solo instante podemos dejar de velar y orar. Nuestras almas impotentes deben confiar en Jesús, nuestro compasivo Redentor.

Se me mostró la magnitud e importancia de la obra que nos espera. Pero son pocos los que se dan cuenta del verdadero estado de las cosas. Todos los que están dormidos y no pueden comprender la necesidad de vigilancia y alarma, serán vencidos. Los jóvenes se están levantando para entrar en la obra de Dios; algunos de ellos comprenden apenas el carácter sagrado y la responsabilidad de la obra. Tienen poca experiencia en el ejercicio de la fe y en el anhelo y hambre del Espíritu de Dios que siempre producen resultados. Algunos hombres de capacidad, que podrían desempeñar puestos importantes, no saben qué espíritu los anima. La liviandad les es tan natural como lo es para el agua correr hacia abajo. Hablan de insensateces y bromean con niñas, mientras casi diariamente oyen las verdades más solemnes y conmovedoras. Estos hombres tienen una religión meramente intelectual, pero su corazón no está santificado por las verdades que oyen. Los tales no pueden conducir a otros a la Fuente de aguas vivas antes de haber bebido de sus raudales ellos mismos.

No es éste un tiempo que se pueda dedicar a la

liviandad, la vanidad o las trivialidades. Las escenas de la historia de esta tierra están por clausurarse. Las mentes a las cuales se les ha permitido alimentar pensamientos degradantes necesitan transformarse. Dice el apóstol Pedro: “Ceñid vuestra mente, sed sobrios, y fijad toda vuestra esperanza en la gracia que os será dada cuando Jesucristo se manifieste. Como hijos obedientes, no os conforméis a los malos deseos que teníais cuando estabais en vuestra ignorancia. Antes, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra conducta. Pues escrito está: ‘Sed santos, porque yo soy santo’”. (1 Pedro 1:13-16, NRV)

Los pensamientos deben concentrarse en Dios. Deben sujetarse en obediencia a la voluntad del Señor. No se deben tributar ni esperar alabanzas, porque esto tendería a fomentar en los hombres la confianza propia más bien que a aumentar su humildad; a corromperlos más bien que a purificarlos. Los que están realmente preparados y sienten que deben desempeñar una parte en relación con la obra de Dios, se sentirán oprimidos

por su comprensión del carácter sagrado de la obra, como un carro bajo las gavillas. Ahora es el momento de hacer los esfuerzos más fervientes para vencer los sentimientos naturales del corazón carnal.

Capítulo 40

# La condición de la Iglesia

Hay gran necesidad de una reforma entre el pueblo de Dios. La condición actual de la iglesia nos induce a preguntar: ¿Es ésta una representación correcta de Aquel que dio su vida por nosotros? ¿Son éstos los seguidores de Cristo y hermanos de aquellos que no tuvieron por cara su vida? Los que lleguen a la norma bíblica, a la descripción bíblica de los discípulos de Cristo, serán a la verdad escasos. Habiendo abandonado a Dios, la Fuente de las aguas vivas, se han cavado cisternas, “cisternas rotas que no retienen agua”. (Jeremías 2:13) Dijo el ángel: “La falta de amor y fe son los grandes pecados de los cuales son ahora culpables los hijos de Dios”. La falta de fe conduce a la negligencia y al amor del yo y del mundo. Los que se separan de Dios y caen en tentación se entregan a vicios groseros, porque el corazón carnal conduce a gran perversidad. Y este estado de cosas se encuentra entre muchos de los que profesan ser hijos de Dios. Mientras aseveran servir a Dios, están en todos sus

intentos y propósitos, corrompiendo sus caminos delante de él. Muchos se entregan al apetito y la pasión, a pesar de que la clara luz de la verdad señala el peligro y eleva su voz amonestadora: Cuidaos, refrenaos, negaos. “La paga del pecado es muerte”. (Romanos 6:23) Aunque el ejemplo de los que naufragaron en la fe se destaca como un fanal para advertir a otros que no sigan el mismo curso, muchos se precipitan, sin embargo, alocadamente. Satanás domina sus mentes, y parece tener poder sobre sus cuerpos.

¡Oh, cuántos se lisonjean de que tienen bondad y justicia, cuando la verdadera luz de Dios revela que durante toda su vida han vivido solamente para agradarse ellos mismos! Toda su conducta es aborrecible a Dios. ¡Cuántos viven sin ley! En sus densas tinieblas, se consideran con complacencia; pero sea la ley de Dios revelada a sus conciencias, como lo fue a la de Pablo, y verán que están vendidos al pecado, y deben morir al ánimo carnal. El yo debe morir.

¡Cuán tristes y temibles son los errores que

muchos cometen! Edifican sobre la arena, pero se lisonjean de estar asentados sobre la roca eterna. Muchos que profesan piedad están despeñándose temerariamente e ignoran su peligro como si no hubiese juicio futuro. Les aguarda una terrible retribución, y sin embargo, los dominan los impulsos y las pasiones bajas; están llenando un sombrío registro de su vida para el juicio. Dirijo mi voz de amonestación a todos los que llevan el nombre de Cristo, para que se aparten de toda iniquidad. Purificad vuestras almas obedeciendo a la verdad. Limpiaos de toda inmundicia de la carne y del espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios. Vosotros a quienes esto se aplica, sabéis lo que quiero decir. Aun a vosotros que habéis corrompido vuestros caminos delante del Señor, participando de la iniquidad que abunda y ennegreciendo vuestras almas con el pecado, Cristo os invita a cambiar de conducta, a asiros de su fortaleza y a hallar en él aquella paz, aquel poder y aquella gracia que os harán más que vencedores en su nombre.

Las corrupciones de esta era degenerada han

manchado muchas almas que profesaban servir a Dios. Pero aun ahora no es demasiado tarde para corregir los males ni para obtener expiación por la sangre de un Salvador crucificado y resucitado, si os arrepentís y sentís necesidad de perdón. Necesitamos velar y orar ahora como nunca antes, no sea que caigamos bajo el poder de la tentación y dejemos el ejemplo de una vida que resultará en un miserable naufragio. Como pueblo, no debemos ser negligentes ni considerar el pecado con indiferencia. El campamento necesita que se lo purifique. Todos los que llevan el nombre de Cristo necesitan velar, orar y guardar las avenidas del alma, porque Satanás está obrando para corromper y destruir, si se le concede la menor ventaja.

Hermanos míos, Dios os llama, como seguidores suyos, a andar en la luz. Tenéis que alarmaros. El pecado está entre nosotros, y no se reconoce su carácter excesivamente pecaminoso. Los sentidos de muchos están embotados por la complacencia del apetito y por la familiaridad con el pecado. Necesitamos acercarnos más al Cielo. Podemos crecer en gracia y en el conocimiento de

la verdad. El andar en la luz, corriendo en el camino de los mandamientos de Dios, no da la idea de que podemos permanecer quietos sin hacer nada. Debemos avanzar.

En el amor al yo, la exaltación propia y el orgullo, hay gran debilidad; pero en la humildad hay gran fuerza. Nuestra verdadera dignidad no se mantiene cuando más pensamos en nosotros mismos, sino cuando Dios está en todos nuestros pensamientos, y en nuestro corazón arde el amor hacia nuestro Redentor y hacia nuestros semejantes. La sencillez de carácter y la humildad de corazón darán felicidad, mientras que el engreimiento producirá descontento, murmuraciones y continua desilusión. Lo que nos infundirá fuerza divina será aprender a pensar menos en nosotros mismos y más en hacer felices a los demás.

En medio de nuestra separación de Dios, nuestro orgullo y tinieblas, estamos tratando constantemente de elevarnos a nosotros mismos, y nos olvidamos de que el ánimo humilde es poder.

La fuerza de nuestro Salvador no residía en un gran despliegue de palabras agudas que penetraran hasta el alma; era su amabilidad y sus modales sencillos y sin afectación lo que le conquistaba los corazones. El orgullo y la importancia propia, cuando se comparan con la humildad y la sencillez, son ciertamente una debilidad. Se nos invita a aprender de Aquel que era manso y humilde de corazón; entonces experimentaremos el descanso y la paz que tan deseables resultan.

Capítulo 41

# El amor al mundo

La tentación que le presentó Satanás a nuestro Salvador sobre la altísima montaña es una de las principales atracciones a las cuales la humanidad debe hacer frente. Los reinos del mundo, con su gloria, le fueron ofrecidos a Cristo por Satanás como regalo, a condición de que éste le tributara la honra debida a un superior. Nuestro Salvador sintió la fuerza de esa tentación; pero le hizo frente en nuestro favor, y venció. No se le habría probado en ese punto, si el hombre no hubiera de ser probado por la misma tentación. Al resistir, nos dio un ejemplo de la conducta que debemos seguir cuando Satanás se acerca a nosotros individualmente, para apartarnos de nuestra integridad.

Nadie puede seguir a Cristo, y poner sus afectos en las cosas de este mundo. Juan, en su primera epístola, escribe: “No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él”. (1 Juan

2:15) Nuestro Redentor, que hizo frente a esta tentación de Satanás en todo su poder, sabe cuánto peligro hay de que el hombre ceda a la tentación de amar al mundo.

Cristo se identificó con la humanidad, soportó esta prueba y venció en favor del hombre. Resguardó con sus advertencias esos mismos aspectos en los cuales Satanás podía tener más éxito al tentar al hombre. Sabía que Satanás obtendría la victoria sobre el hombre, a menos que éste estuviera especialmente en guardia respecto del apetito y del amor a las riquezas y honores mundanales. Dice: “No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón”. (Mateo 6:19-21) “Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas”. (Vers. 24)

Cristo señala aquí a dos señores: Dios y el mundo, y nos revela claramente que resulta simplemente imposible servir a ambos. Si predominan nuestro interés y amor por este mundo, no apreciaremos las cosas que sobre todas las demás, son dignas de nuestra atención. El amor al mundo excluirá el amor a Dios, y subordinará nuestros intereses más elevados a las consideraciones mundanales. Dios no ocupará así en nuestros afectos y devociones un lugar tan exaltado como las cosas del mundo.

Nuestras obras revelarán la medida exacta en la cual los tesoros terrenales poseen nuestros afectos. El mayor cuidado, ansiedad y trabajo se dedican a los intereses mundanales, mientras que las consideraciones eternas son secundarias. En esto Satanás recibe del hombre el homenaje que exigió de Cristo, pero que no alcanzó a obtener. Es el amor egoísta del mundo lo que corrompe la fe de los que profesan seguir a Cristo y los hace deficientes en fuerza moral. Cuanto más aman las riquezas terrenales, más se apartan de Dios y

menos participan de su naturaleza divina, que les haría sentir las influencias corruptoras del mundo y los peligros a los cuales están expuestos.

Con sus tentaciones, Satanás se propone hacer muy atractivo el mundo. Por medio del amor a las riquezas y los honores mundanales, ejerce un poder hechizador para conquistar los afectos aun de aquellos que profesan ser cristianos. Muchos hombres que profesan ser cristianos harán cualquier sacrificio para obtener riquezas; y cuanto mayor sea su éxito en ello, menos amor tendrán por la verdad preciosa y menos interés por sus progresos. Pierden su amor por Dios y obran como locos. Cuanto más prosperan en la obtención de riquezas, tanto más pobres se sienten por no tener más, y menos quieren invertir en la causa de Dios.

Las obras de aquellos que tienen un insano amor por las riquezas, demuestran que no les es posible servir a dos señores, a Dios y a Mammón. El dinero es su dios. Tributan homenaje a su poder. En todos sus intentos y propósitos, sirven al mundo. Sacrifican su patrimonio de honor por las

ganancias mundanales.

Este poder dominante rige su mente, y ellos violarán la ley de Dios para servir a sus intereses personales, para aumentar su tesoro terrenal.

Son muchos los que tal vez profesan la religión de Cristo, pero no aman ni prestan atención a la letra o los principios de las enseñanzas de Cristo. Dedican lo mejor de su fuerza a empresas mundanales, y se inclinan ante Mammón. Es alarmante que sean tantos los engañados por Satanás, los que se entusiasman en su imaginación ante las brillantes perspectivas de ganancias mundanales. Los domina la ilusión de alcanzar felicidad perfecta si pueden adquirir honores y riquezas en este mundo. Satanás los tienta con su cohecho seductor: “Todo esto te daré” (Mateo 4:9), todo este poder, toda esta riqueza, con lo cual puedes hacer mucho bien. Pero cuando obtienen el objeto por el cual trabajaron, no están ya relacionados con el abnegado Redentor que los haría participantes de la naturaleza divina. Retienen sus tesoros terrenales y desprecian la abnegación y

los sacrificios requeridos por Cristo. No desean separarse de los caros tesoros terrenales a los cuales sus corazones se han aficionado. Han cambiado de Señor; han aceptado a Mammón en lugar de Cristo. Mammón es su dios, y a él sirven.

Por el amor a las riquezas, Satanás conquistó la adoración de estas almas engañadas. El cambio se ha hecho tan imperceptiblemente y el poder de Satanás ha sido tan seductor y astuto, que se han conformado al mundo y no notan que se han separado de Cristo, y que no son ya sus siervos sino de nombre.

Satanás obra con los hombres con más cuidado que con Cristo en el desierto de la tentación, porque sabe que allí perdió la batalla. Es un enemigo vencido. No se presenta al hombre directamente para exigirle el homenaje de un culto exterior. Pide simplemente a los hombres que pongan sus afectos en las cosas buenas de este mundo. Si logra ocupar la mente y los afectos, los atractivos celestiales se eclipsan. Todo lo que quiere del hombre es que caiga bajo el poder

seductor de sus tentaciones, que ame el mundo, la ostentación y los altos puestos, que ame el dinero y ponga sus afectos en los tesoros terrenales. Si lo logra, obtiene todo lo que pidió de Cristo.

El ejemplo de Cristo nos muestra que nuestra única esperanza de victoria reside en resistir continuamente a los ataques de Satanás. El que triunfó sobre el adversario de las almas en el conflicto de la tentación, comprende el poder de Satanás sobre la especie humana, pues lo venció en nuestro favor. Como vencedor, nos ha dado la ventaja de su victoria, para que en nuestros esfuerzos por resistir las tentaciones de Satanás podamos unir nuestra debilidad a su fuerza, nuestra indignidad a sus méritos. Y si en las fuertes tentaciones somos sostenidos por su poder prevaleciente, logramos resistir en su nombre todopoderoso y vencer como él venció.

Es por medio de sufrimientos indecibles como nuestro Redentor puso la redención a nuestro alcance. En este mundo no fue honrado ni reconocido, para que por medio de su maravillosa

condescendencia y humillación pudiera ensalzar al hombre hasta ponerlo en situación de recibir honores celestiales y goces imperecederos en las cortes del Rey. ¿Murmurará el hombre caído porque el cielo puede obtenerse únicamente mediante lucha, humillación, trabajo y esfuerzo?

Más de un corazón orgulloso pregunta: ¿Por qué necesito humillarme y arrepentirme antes de poder tener la seguridad de que Dios me acepta y alcanzar la recompensa inmortal? ¿Por qué no es más fácil, placentera y atrayente la senda del cielo? Remitimos a todos los que dudan y murmuran al que fue nuestro gran Ejemplo mientras sufría bajo las cargas de la culpabilidad humana y soportaba las más agudas torturas del hambre. En él no había pecado. Aun más; era el Príncipe del Cielo; pero se hizo pecado por toda la especie humana. “Herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados” (Isaías 53:5)

Cristo lo sacrificó todo por el hombre, a fin de permitirle ganar el cielo. Ahora le incumbe al

hombre caído demostrar que a su vez está dispuesto a sacrificarse por amor de Cristo, a fin de obtener la gloria inmortal. Los que tienen un sentido justo de la magnitud de la salvación y de su costo, no murmurarán nunca porque deben sembrar con lágrimas y porque los conflictos y la abnegación sean la suerte del cristiano en esta vida. Las condiciones de la salvación del hombre han sido ordenadas por Dios. La humillación y el llevar la cruz son provistos para que el pecador arrepentido halle consuelo y paz. El pensamiento de que Cristo se sometió a una humillación y a un sacrificio que el hombre nunca será llamado a soportar, debiera acallar toda voz murmuradora. El hombre obtiene el gozo más dulce por su sincero arrepentimiento ante Dios por la transgresión de su ley, y por la fe en Cristo como Redentor y Abogado del pecador.

Los hombres trabajan a gran costo para obtener los tesoros de esta vida. Sufren trabajos, penurias y privaciones para obtener alguna ventaja mundanal. ¿Por qué debiera estar menos dispuesto el pecador a sufrir y sacrificarse a fin de obtener un tesoro

imperecedero, una vida que se compara con la de Dios, una corona inmarcesible de gloria inmortal? Debemos obtener a cualquier costo los infinitos tesoros del cielo, la herencia cuyo valor sobrepuja todo cálculo, y que constituye un eterno peso de gloria. No debemos murmurar contra la abnegación, porque el Señor de vida y gloria la practicó antes que nosotros. No debemos evitar los sufrimientos y las privaciones, pues la Majestad del cielo los aceptó en favor de los pecadores. El sacrificio de las comodidades y conveniencias no debe provocar en nosotros un pensamiento de protesta, porque el Redentor del cielo aceptó todo aquello en nuestro favor. Aun sumando en su mayor valor todas nuestras abnegaciones, privaciones y sacrificios, nos cuesta mucho menos, en todo respecto, de lo que le costó al Príncipe de la vida. Cualquier sacrificio que hagamos, parecerá insignificante cuando lo comparemos con el que hizo Cristo en favor nuestro.

Capítulo 42

# La presunción

Hay quienes tienen un espíritu temerario, que ellos llaman valor y bravura. Se colocan innecesariamente en lugares donde hay peligro y riesgo, exponiéndose así a ciertas tentaciones que requerirán, para salir de ellas sin perjuicio ni mancha, un milagro de Dios. La tentación que Satanás sugirió al Salvador del mundo de que se arrojara de las almenas del templo, fue resistida firmemente. Satanás citó una promesa de Dios como seguridad de que, basándose en ella, Cristo podía obedecerle sin peligro. Cristo hizo frente a esa tentación con el texto que dice: “Escrito está también: No tentarás al Señor tu Dios”. (Mateo 4:7) La única conducta segura para los cristianos consiste en repeler al enemigo con la Palabra de Dios. Satanás insta a los hombres a colocarse en lugares donde Dios no les pide que vayan, y presenta pasajes de la Escritura para justificar sus sugestiones.

Las preciosas promesas de Dios no son dadas para fortalecer al hombre en su conducta presuntuosa, ni para que confíe en ellas cuando se precipita innecesariamente al peligro. El Señor nos pide que obremos dependiendo humildemente de su providencia. “Ni del hombre que camina es el ordenar sus pasos”. (Jeremías 10:23) Nuestra prosperidad y nuestra vida están en Dios. Nada podemos hacer prósperamente sin el permiso y la bendición de Dios. Él puede poner su mano para dar prosperidad y bendecir o puede volverla contra nosotros. “Encomienda a Jehová tu camino, y confía en él; y él hará”. (Salmos 37:5) Como hijos de Dios, se nos pide que conservemos un carácter cristiano consecuente. Debemos ejercer prudencia, precaución y humildad y andar con circunspección para con aquellos que nos rodean. Sin embargo, no hemos de renunciar en ningún caso a nuestros principios.

Nuestra única seguridad consiste en no dar cabida al diablo; porque sus sugestiones y propósitos tienden siempre a perjudicarnos e impedir que confiemos en Dios. Él se transforma

en ángel de pureza para poder introducir sus planes mediante sus especiosas tentaciones de manera que no discernamos sus astucias. Cuanto más cedamos, más poder ejercerán sus engaños sobre nosotros. No hay seguridad al entrar en controversia o deliberaciones con él. Por cada ventaja que concedamos al enemigo, pedirá más. Nuestra única seguridad consiste en rechazar firmemente el primer paso hacia la presunción. Dios nos ha dado, por los méritos de Cristo, suficiente gracia para resistir a Satanás y ser más que vencedores. La resistencia es éxito. “Resistid al diablo, y huirá de vosotros”. (Santiago 4:7) La resistencia debe ser firme y constante. Perderemos todo lo ganado si resistimos hoy para ceder mañana.

El pecado de esta era consiste en despreciar los mandamientos expresos de Dios. El poder de la mala influencia es muy grande. Eva tenía todo lo que necesitaba. No le faltaba nada para ser feliz; pero su apetito intemperante deseó el fruto del único árbol que Dios le había prohibido. No necesitaba del fruto del árbol del conocimiento, pero permitió que su apetito y curiosidad

dominaran su razón. Estaba perfectamente feliz en su hogar en el Edén, al lado de su esposo, mas, como las inquietas Evas modernas, se hizo la ilusión de que había una esfera superior a la que Dios le había asignado. Pero cuando quiso alcanzar una posición más elevada que la original, cayó mucho más abajo. Éste será, por cierto, el resultado que las Evas de la generación presente obtendrán si descuidan la alegre atención de sus deberes diarios de acuerdo con el plan de Dios.

Hay para las mujeres un trabajo que es aún más importante y elevador que los deberes del rey en su trono. Pueden amoldar la mente de sus hijos y formar su carácter de manera que sean útiles en este mundo y puedan llegar a ser hijos e hijas de Dios. Deben considerar su tiempo demasiado valioso para pasarlo en la sala de bailes o en trabajos inútiles. Hay bastante trabajo necesario e importante que hacer en este mundo necesitado y doliente, sin malgastar momentos preciosos en los adornos o la ostentación. Las hijas del Rey celestial, miembros de la familia real, sentirán el peso de la responsabilidad que significa alcanzar

una vida superior, para llegar a estar en íntima comunión con el cielo y trabajar al unísono con el Redentor del mundo. Las que se dedican a este trabajo no estarán satisfechas con las modas e insensateces que absorben la mente y los afectos de las mujeres de estos postreros días. Si son verdaderamente hijas de Dios, participarán de la naturaleza divina. Al ver las influencias corruptoras de la sociedad, se sentirán movidas de la más profunda compasión, como su divino Redentor. Simpatizarán con Cristo, y en su esfera, según su capacidad y oportunidades, trabajarán para salvar a las almas que perecen, como Cristo trabajó en su exaltada esfera en beneficio del hombre.

Si la mujer es negligente en seguir el plan que Dios tenía al crearla, y se esfuerza por alcanzar puestos importantes para los cuales él no la capacitó, dejará vacante el lugar que podría ocupar aceptablemente. Al salir de su esfera, pierde la verdadera dignidad y nobleza femeninas. Cuando Dios creó a Eva, quiso que no fuera ni inferior ni superior al hombre, sino que en todo fuese su igual. La santa pareja no debía tener intereses

independientes; sin embargo, cada uno poseía individualidad para pensar y obrar. Pero después del pecado de Eva, como ella fue la primera en desobedecer, el Señor le dijo que Adán dominaría sobre ella. Debía estar sujeta a su esposo, y esto era parte de la maldición. En muchos casos, esta maldición ha hecho muy penosa la suerte de la mujer, y ha transformado su vida en una carga. Ejerciendo un poder arbitrario, el hombre ha abusado en muchos respectos de la superioridad que Dios le dio. La sabiduría infinita ideó el plan de la redención que sometió a la especie humana a una segunda prueba, dándole una nueva oportunidad.

Satanás emplea a los hombres como agentes suyos para inducir a la presunción a los que aman a Dios. Ello es especialmente cierto en el caso de los que son seducidos por el espiritismo. Los espiritistas en general no aceptan a Cristo como Hijo de Dios, y por su incredulidad conducen a muchas almas a pecados de presunción. Hasta aseveran ser superiores a Cristo, como lo aseveró Satanás al contender con el Príncipe de la vida.

Hay espiritistas de conciencia cauterizada, cuyas almas están impregnadas de pecados repugnantes, que se atreven a tomar el nombre del inmaculado Hijo de Dios en sus labios contaminados, y con blasfemia unen su nombre excelso con la vileza que señala su propia naturaleza mancillada.

Los hombres que presentan estas condenables herejías desafían a los que enseñan la Palabra de Dios a que entren en controversia con ellos, y algunos de los que enseñan la verdad no han tenido el valor de rechazar un desafío de esta clase por parte de personas cuyo carácter está señalado en la Palabra de Dios. Algunos de nuestros ministros no han tenido el valor moral de decir a estos hombres: Dios nos ha amonestado en su Palabra respecto de vosotros. Nos ha dado una fiel descripción de vuestro carácter y de las herejías que sostenéis. Algunos de nuestros ministros, antes que dar a esta clase de hombres ocasión de triunfar o de acusarlos de cobardía, les han hecho frente en discusión abierta. Pero al discutir con los espiritistas, no hacen frente al hombre solamente, sino a Satanás y sus ángeles. Se ponen en comunicación con las

potestades de las tinieblas, y alientan a los malos ángeles que están en su derredor.

Los espiritistas desean dar publicidad a sus herejías, y los ministros que defienden la verdad bíblica les ayudan en ello cuando consienten en entrar en discusión con ellos. Aprovechan esas oportunidades para presentar sus herejías al pueblo, y en toda discusión que se sostenga con ellos algunos serán engañados. La mejor conducta que podamos seguir consiste en evitarlos.

Capítulo 43

# El poder del apetito

Una de las tentaciones más intensas que el hombre tenga que arrostrar es el apetito. Entre la mente y el cuerpo hay una relación misteriosa y maravillosa. La primera reacciona sobre el último, y viceversa. Mantener el cuerpo en condición de buena salud para que desarrolle su fuerza, para que cada parte de la maquinaria viviente pueda obrar armoniosamente, debe ser el primer estudio de nuestra vida. Descuidar el cuerpo es descuidar la mente. No puede glorificar a Dios el hecho de que sus hijos tengan cuerpos enfermizos y mentes atrofiadas. Complacer el gusto a expensas de la salud es un perverso abuso de los sentidos. Los que participan de cualquier clase de intemperancia, sea en comer o beber, malgastan sus energías físicas y debilitan su poder moral. Experimentarán las consecuencias de la transgresión de la ley física.

El Redentor del mundo sabía que la complacencia del apetito produciría debilidad física

y embotaría de tal manera los órganos de la percepción, que no discernirían las cosas sagradas y eternas. Cristo sabía que el mundo estaba entregado a la glotonería y que esta sensualidad pervertiría las facultades morales. Si la costumbre de complacer el apetito dominaba de tal manera a la especie que, a fin de romper su poder, el divino Hijo de Dios tuvo que ayunar casi seis semanas en favor del hombre, ¡qué obra confronta al cristiano para poder vencer como Cristo venció! El poder de la tentación a complacer el apetito pervertido puede medirse únicamente por la angustia indecible de Cristo en aquel largo ayuno en el desierto.

Cristo sabía que a fin de llevar a cabo con éxito el plan de salvación, debía comenzar la obra de redimir al hombre donde había comenzado la ruina. Adán cayó por satisfacer el apetito. A fin de enseñar al hombre su obligación de obedecer a la ley de Dios, Cristo empezó su obra de redención reformando los hábitos físicos del hombre. La decadencia de la virtud y la degeneración de la especie se deben principalmente a la complacencia del apetito pervertido.

A todos, especialmente a los predicadores que enseñan la verdad, incumbe la solemne responsabilidad de vencer en lo tocante al apetito. Su utilidad sería mucho mayor si dominaran sus apetitos y pasiones; y sus facultades mentales y morales serían más vigorosas si ellos combinaran el trabajo físico con las actividades mentales. Combinando los hábitos de estricta temperancia con el trabajo mental y físico, lograrían hacer mucho más trabajo, y conservarían la claridad de la mente. Si siguieran esta conducta, sus pensamientos y palabras fluirían más libremente, sus ejercicios religiosos serían más enérgicos y las impresiones hechas en sus oyentes serían más notables.

La intemperancia en el comer, aunque se trate de alimentos de la debida calidad, tendrá una influencia agotadora sobre el organismo y embotará las emociones más sensibles y santas. La temperancia estricta en el comer y beber es altamente esencial para la sana conservación y el ejercicio vigoroso de todas las funciones del

cuerpo. Los hábitos estrictamente temperantes, combinados con el ejercicio de los músculos tanto como de la mente, conservarán el vigor mental y físico y darán fuerza y resistencia a los que se dedican al ministerio, a los redactores y a todos los demás cuyos hábitos sean sedentarios. Como pueblo, a pesar de que profesamos practicar la reforma pro salud, comemos demasiado. La complacencia del apetito es la causa más importante de la debilidad física y mental y es el cimiento de la flaqueza que se nota por doquiera.

La intemperancia comienza en nuestras mesas, por el consumo de alimentos malsanos. Después de un tiempo, por la complacencia continua del apetito, los órganos digestivos se debilitan y el alimento ingerido no satisface. Se establecen condiciones malsanas y se anhela ingerir alimentos más estimulantes. El té, el café y la carne producen un efecto inmediato. Bajo la influencia de estos venenos, el sistema nervioso se excita y, en algunos casos, el intelecto parece vigorizado momentáneamente y la imaginación resulta más vívida. Por el hecho de que estos estimulantes

producen resultados pasajeros tan agradables, muchos piensan que los necesitan realmente y continúan consumiéndolos. Pero siempre hay una reacción. El sistema nervioso, habiendo sido estimulado indebidamente, obtuvo fuerzas de las reservas para su empleo inmediato. Todo este fortalecimiento pasajero del organismo va seguido de una depresión. En la misma proporción en que estos estimulantes vigorizan temporalmente el organismo, se producirá una pérdida de fuerzas de los órganos excitados después que el estímulo pasa. El apetito se acostumbra a desear algo más fuerte, lo cual tenderá a aumentar la sensación agradable, hasta que satisfacerlo llega a ser un hábito y de continuo se desean estimulantes más fuertes, como el tabaco, los vinos y licores. Cuanto más se complazca el apetito, tanto más frecuentes serán sus demandas, y más difícil dominarlo. Cuanto más se debilite el organismo y menos pueda pasarlo sin estimulantes antinaturales, tanto más aumentará la pasión por esas cosas, hasta que la voluntad quede avasallada y no tenga ya fuerza para negarse a satisfacer el deseo malsano.

La única conducta segura consiste en no tocar ni probar té, café, vino, tabaco, opio ni bebidas alcohólicas. La necesidad que tienen los hombres de esta generación de invocar en su ayuda el poder de la voluntad fortalecida por la gracia de Dios, a fin de no caer ante las tentaciones de Satanás, y resistir hasta la menor complacencia del apetito pervertido, es dos veces mayor hoy que hace algunas generaciones. Pero la actual tiene menos dominio propio que las anteriores. Los que han complacido su apetencia por estos estimulantes han transmitido sus apetitos depravados y pasiones a sus hijos, y se requiere mayor poder moral para resistir la intemperancia en todas sus formas. La única conducta perfectamente segura consiste en colocarse firmemente de parte de la temperancia y no aventurarse en la senda del peligro.

El principal motivo que tuvo Cristo para soportar aquel largo ayuno en el desierto, fue enseñarnos la necesidad de la abnegación y la temperancia. Esta obra debe comenzar en nuestra mesa, y debe llevarse estrictamente a cabo en todas las circunstancias de la vida. El Redentor del

mundo vino del cielo para ayudar al hombre en su debilidad, para que, con el poder que Jesús vino a traerle, lograra fortalecerse para vencer el apetito y la pasión y pudiese ser vencedor en todo.

Muchos padres educan los gustos de sus hijos y forman su apetito. Les permiten comer carne y beber té y café. Los alimentos a base de carne y altamente sazonados, y el té y café cuyo consumo algunas madres fomentan en sus hijos, los preparan para desear estimulantes más fuertes, como el tabaco. El uso de éste despierta el deseo de ingerir bebidas alcohólicas; y el consumo de tabaco y bebidas reduce invariablemente la energía nerviosa.

Si las sensibilidades morales de los cristianos se aguzaran en el tema de la temperancia en todas las cosas, podrían, por su ejemplo, y principiando en sus mesas, ayudar a los que tienen poco dominio propio, a los que son casi incapaces de resistir a las instancias de su apetito. Si pudiéramos comprender que los hábitos que adquirimos en esta vida afectarán nuestros intereses eternos, y que nuestro

destino eterno depende de que nos habituemos a ser temperantes, lucharíamos para ser estrictamente temperantes en el comer y beber. Por nuestro ejemplo y esfuerzo personales, podemos ser instrumentos para salvar a muchas almas de la degradación de la intemperancia, el crimen y la muerte. Nuestras hermanas pueden hacer mucho en la obra de la salvación de los demás, al poner sobre sus mesas únicamente alimentos sanos y nutritivos. Pueden dedicar su precioso tiempo a educar los gustos y apetitos de sus hijos, a hacerles adquirir hábitos de temperancia en todas las cosas, y a estimular la abnegación y la benevolencia para beneficio de los demás.

No obstante el ejemplo que Cristo nos dio en el desierto de la tentación al negarse a complacer el apetito y al vencer su poder, son muchas las madres cristianas que, por su ejemplo y por la educación que dan a sus hijos, los están preparando para que lleguen a ser glotones y bebedores. Con frecuencia se permite a los niños que coman lo que prefieren y cuando quieren, sin tener en cuenta su salud. Son muchos los niños a quienes se educa

desde su infancia para que lleguen a ser glotones. Por la complacencia del apetito, padecen de dispepsia desde su tierna infancia. La complacencia propia y la intemperancia en el comer se desarrollan y fortalecen con el aumento de vigor. El poder mental y físico es sacrificado por la indulgencia de los padres. Adquieren gusto por ciertos manjares de los cuales no reciben beneficio, sino perjuicio, y como el organismo se recarga, la constitución se debilita.

Los predicadores, maestros y alumnos no se enteran como debieran de la necesidad del ejercicio al aire libre. Descuidan este deber, que es de lo más esencial para la conservación de la salud. Se aplican detenidamente al estudio de los libros, e ingieren la alimentación de un trabajador manual. Con tales hábitos, algunos adquieren corpulencia porque el organismo está obstruido. Otros enflaquecen y se debilitan, porque sus fuerzas vitales se agotan con el trabajo de desechar el exceso de alimentos; el hígado se recarga y le es imposible eliminar las impurezas de la sangre; y la enfermedad es el resultado. Si el ejercicio físico se

combinara con el mental, se apresuraría la circulación de la sangre, la acción del corazón sería más perfecta, las impurezas se eliminarían, y todo el cuerpo experimentaría nueva vida y vigor.

Cuando los ministros, los maestros y los estudiantes excitan continuamente su cerebro por el estudio, y dejan al cuerpo inactivo, los nervios de la emoción se recargan, mientras que los del movimiento permanecen inactivos. Al usarse solamente los órganos mentales, éstos se desgastan y debilitan, mientras que los músculos pierden su vigor por falta de actividad. No hay inclinación a ejercitar los músculos mediante el trabajo físico, porque el ejercicio parece penoso.

Los ministros de Cristo, que profesan ser sus representantes, deben seguir su ejemplo, y ante todo deben adquirir hábitos de estricta temperancia. Deben mantener la vida y el ejemplo de Cristo delante de la gente por medio de su propia vida abnegada, de sacrificio propio y activa generosidad. Cristo venció el apetito en favor de los hombres; y en su lugar ellos deben presentar a

los demás un ejemplo digno de ser imitado. Los que no sienten la necesidad de dedicarse a la obra de vencer al apetito, dejarán de obtener preciosas victorias, y llegarán a ser esclavos del apetito y la concupiscencia, que están llenando la copa de iniquidad de ios que moran en la tierra.

Los hombres que se dedican a dar el último mensaje de amonestación al mundo, un mensaje que ha de decidir el destino de las almas, deben hacer en su propia vida una aplicación práctica de las verdades que predican a los demás. Deben ser para la gente ejemplos en su manera de comer y beber y en su casta conversación y comportamiento. En todas partes del mundo, la glotonería, la complacencia de las pasiones viles y los pecados graves son ocultados bajo el manto de la santidad por muchos que profesan representar a Cristo. Hay hombres de excelente capacidad natural, cuya labor no alcanza a la mitad de lo que podría ser si ellos fuesen temperantes en todas las cosas. La satisfacción del apetito y la pasión embota la mente, disminuye la fuerza física y debilita el poder moral. Sus pensamientos no son

claros. No pronuncian sus palabras con poder; éstas no son vivificadas por el Espíritu de Dios para alcanzar los corazones de los oyentes.

Así como nuestros primeros padres perdieron el Edén por complacer el apetito, nuestra única esperanza de reconquistar el Edén consiste en dominar firmemente el apetito y la pasión. La abstinencia en el régimen alimentario y el dominio de todas las pasiones conservarán el intelecto y darán un vigor mental y moral que capacitará a los hombres para poner todas sus propensiones bajo el dominio de las facultades superiores, para discernir entre lo bueno y lo malo, lo sagrado y lo profano. Todos los que tienen un verdadero sentido del sacrificio hecho por Cristo al abandonar su hogar del cielo para venir a este mundo a fin de mostrar al hombre, por su propia vida, cómo resistir la tentación, se negarán alegremente ellos mismos y resolverán participar de los sufrimientos de Cristo.

El temor de Jehová es el principio de la sabiduría. Los que venzan como Cristo venció, necesitarán precaverse constantemente contra las

tentaciones de Satanás. El apetito y las pasiones deben ser sometidos al dominio de la conciencia iluminada, para que el intelecto no sufra perjuicio, y las facultades de percepción se mantengan claras a fin de que las obras y trampas de Satanás no sean interpretadas como providencia de Dios. Muchos desean la recompensa y la victoria finales que han de ser concedidas a los vencedores, pero no están dispuestos a soportar los trabajos, las privaciones y la abnegación como lo hizo su Redentor. Únicamente por la obediencia y el esfuerzo continuo seremos vencedores como Cristo lo fue.

El poder dominante del apetito causará la ruina de millares de personas, que, si hubieran vencido en ese punto, habrían tenido fuerza moral para obtener la victoria sobre todas las demás tentaciones de Satanás. Pero los que son esclavos del apetito no alcanzarán a perfeccionar el carácter cristiano. La continua transgresión del hombre durante seis mil años ha producido enfermedad, dolor y muerte. Y a medida que nos acerquemos al fin, la tentación de complacer el apetito será más poderosa y más difícil de vencer.

Capítulo 44

# Liderazgo

Hermano A, su experiencia de hace dos años relativa al liderazgo fue para su propio beneficio y le resultó sumamente beneficiosa. Usted tenía puntos de vista muy pronunciados, definidos, respecto a la independencia individual y el derecho al juicio privado. Usted lleva al extremo estas opiniones. Razona que debe tener luz y evidencias personales acerca de su deber.

Me fue mostrado que ninguna persona debiera someter su juicio al de cualquier otro hombre. Pero cuando la Asociación General, que es la máxima autoridad que Dios tiene sobre la tierra, toma sus decisiones, no deben mantenerse la independencia y el juicio privado, sino que deben abandonarse. Su error estuvo en sostener persistentemente su propio juicio en cuanto a su deber, contra la voz de la suprema autoridad que el Señor tiene sobre la tierra. Después que usted tomó su tiempo y que el trabajo se vio trabado por su demora, vino a Battle

Creek en respuesta a las notificaciones urgentes y repetidas de la Asociación General. Usted sostuvo firmemente que había hecho lo correcto al seguir sus propias convicciones del deber. Consideraba que era una virtud suya mantener persistentemente su independencia. Parecía no tener un verdadero sentido del poder que Dios ha dado a la iglesia en la voz de la Asociación General. Usted pensaba que al responder al requerimiento que le había hecho la Asociación General se estaba sometiendo al juicio y la mente de un hombre. Por consiguiente manifestó un espíritu independiente, rígido, voluntarioso, que estaba completamente mal.

Dios le dio una experiencia preciosa en aquel momento que fue de valor para usted y que ha aumentado grandemente su éxito como ministro de Cristo. Usted rindió su voluntad orgullosa, inflexible. Experimentó una conversión genuina. Esto lo indujo a reflexionar y a adoptar su presente postura sobre el liderazgo. Sus principios referentes al liderazgo son correctos, pero usted no los aplica correctamente. Si usted permitiera que el poder en la iglesia, la voz y el juicio de la Asociación

General, estuvieran en el lugar que le ha dado a mi esposo, entonces no habría problemas con el puesto que ocupa. Pero usted yerra grandemente al dar a la mente y el juicio de un hombre esa autoridad e influencia con la que Dios ha investido a su iglesia a través del juicio y la voz de la Asociación General.

Cuando este poder que Dios ha colocado en la iglesia es acreditado a un hombre y a él se lo inviste con la autoridad de ser criterio para otras mentes, entonces se cambia el verdadero orden bíblico. Los esfuerzos de Satanás sobre la mente de tal hombre serán sumamente sutiles y a veces irresistibles, porque a través de esta mente él piensa que puede afectar a muchos otros. Su posición acerca del liderazgo es correcta, si usted le da a la suprema autoridad organizada en la iglesia lo que le ha dado a un hombre. Dios nunca planeó que su obra llevara el sello de la mente de un hombre y el juicio de un individuo.

La gran razón por la que los hermanos B y C en este momento son deficientes en la experiencia que

ya debieran tener es porque no han cultivado la confianza propia. Han rehuido responsabilidades porque al asumirlas se harían visibles sus deficiencias. Han estado demasiado dispuestos a que mi esposo dirija y lleve responsabilidades, y le han permitido que fuera mente y juicio para ellos. Estos hermanos son débiles en donde debieran ser fuertes. No se han atrevido a seguir su propio juicio independiente, no sea que cometieran errores y se los culpara por ello; en cambio estuvieron dispuestos a ser tentados y a hacer responsable a mi esposo si pensaban que podían ver errores en su conducta. No han levantado las cargas con él. Han consultado continuamente a mi esposo, haciéndolo llevar las responsabilidades que debieran haber compartido con él, hasta que se han vuelto débiles en esas cualidades en las que deberían ser fuertes. Son débiles en poder moral cuando podrían ser gigantes, capacitados para permanecer como pilares en la causa de Dios.

Estos hermanos no confían en ellos mismos, no confían en que Dios ciertamente los guiará si siguen la luz que él les ha dado. Dios nunca se

propuso que hombres fuertes e independientes, de intelecto superior, se aferraran a otros en busca de apoyo como la hiedra se aferra al roble. Todas las dificultades, los contratiempos, las privaciones y los chascos que los siervos de Dios enfrentarán en el trabajo activo sólo los fortalecerán en la formación de caracteres correctos. Al poner en uso las energías de su mente, los obstáculos que enfrenten resultarán para ellos bendiciones positivas. Ganarán fuerzas mentales y espirituales para ser usadas en ocasiones importantes con los mejores resultados. Aprenderán a confiar en ellos mismos y ganarán confianza por propia experiencia de que Dios realmente los está conduciendo y guiando. Y al enfrentar el peligro y experimentar verdadera angustia de espíritu se ven obligados a meditar y se los hace sentir la necesidad de orar en su esfuerzo por avanzar inteligentemente y promover la causa de Dios; encuentran que el conflicto y la perplejidad requieren el ejercicio de la fe y la confianza en Dios, y de esa firmeza que desarrolla poder. Constantemente está surgiendo la necesidad de nuevos medios y recursos para enfrentar emergencias. Se pide que entren en uso

facultades que estarían inactivas si no fuera por estas necesidades apremiantes de la obra de Dios. Esto proporciona una experiencia variada de modo que no habrá necesidad de hombres de una sola idea y de aquellos que sólo tienen una preparación parcial.

Los hombres de fuerza y poder en esta causa, a quienes Dios usará para su gloria, son aquellos que han sufrido oposición, frustración y obstrucción en sus planes. Los hermanos B y C podrían haber convertido sus fracasos en victorias importantes; pero en vez de esto, han rehuido las responsabilidades que los expondrían a la posibilidad de cometer errores. Estos preciosos hermanos han fracasado en obtener esa educación que se fortalece por la experiencia, y que la lectura y el estudio y todas las ventajas obtenidas de otro modo jamás les darán.

Usted, hermano A, ha tenido fuerza para llevar algunas responsabilidades. Dios ha aceptado sus labores enérgicas y bendecido sus esfuerzos. Ha cometido algunos errores, pero debido a algunos

fracasos en ninguna manera debiera interpretar mal su capacidad ni desconfiar de la fuerza que puede encontrar en Dios. No ha estado dispuesto y listo para asumir responsabilidades. Se inclina naturalmente a rehuirlas y a elegir un puesto más fácil, a escribir y ejercitar la mente donde no están implicados intereses especiales, vitales. Usted comete un error al depender de mi esposo para que le diga qué hacer. Ésta no es la obra que Dios le ha dado a mi esposo. Usted debiera investigar qué debe hacer y levantar usted mismo las cargas desagradables. Dios lo bendecirá si lo hace. Debiera llevar responsabilidades vinculadas con la obra de Dios de acuerdo con su mejor juicio. Pero debe estar en guardia, no sea que su juicio sea influenciado por las opiniones de otros. Si es evidente que ha cometido errores, es su privilegio convertir esos fracasos en victorias evitando de hacer lo mismo en el futuro. Al decírsele qué hacer usted nunca obtendrá la experiencia necesaria para ningún puesto importante.

Lo mismo se aplica a todos los que están ocupando los diferentes puestos de confianza en las

diversas oficinas en Battle Creek. No se los debe instar y mimar y ayudar a cada paso, porque esto no hará hombres competentes para cargos importantes. Son los obstáculos los que hacen fuertes a los hombres. No son las ayudas, sino las dificultades, los conflictos, los desaires, los que les dan a los hombres fibra moral. Demasiadas comodidades y el evitar responsabilidades han hecho debiluchos y enanos a aquellos que debieran ser hombres responsables de poder moral y de fuertes músculos espirituales.

Hombres que en cada emergencia debieran ser tan fieles como la brújula al polo, han llegado a ser ineficientes debido a sus esfuerzos por protegerse de la censura y al evadir responsabilidades por temor al fracaso. Hombres de intelecto gigantesco son bebés en disciplina porque son cobardes para asumir y llevar las cargas que debieran. Están descuidando la oportunidad de llegar a ser eficientes. Por demasiado tiempo han confiado en un hombre que planee para ellos y que realice el trabajo de pensar, que ellos son altamente capaces de hacer sin depender de otros en el interés de la

causa de Dios. Enfrentamos deficiencias mentales a cada paso. Hombres que están contentos de permitir que otros planeen y piensen en su lugar no están plenamente desarrollados. Si se los dejara planear solos, se encontraría que son hombres juiciosos y prudentes. Pero cuando se los coloca en conexión con la causa de Dios, esto es enteramente distinto para ellos; pierden esta facultad casi por completo. Están contentos de permanecer como personas incompetentes e ineficientes como si otros debieran en gran medida planear y pensar por ellos. Algunos hombres parecen completamente incapaces de abrirse un camino por cuenta propia. ¿Deben depender siempre de otros para que planeen y estudien en lugar de ellos, y para que sean mente y juicio para ellos? Dios está avergonzado de tales soldados. No honran a Dios teniendo ellos cualquier parte en su obra mientras son meras máquinas.

Se necesitan hombres independientes, esforzados, no hombres tan impresionables como masilla. Los que desean que su trabajo se adapte a sus conveniencias, que quieren una cantidad fija

para hacer y un salario fijo, y que desean demostrar que son enteramente aptos para el trabajo sin tomarse la molestia de adaptarse o entrenarse, no son los hombres a quienes Dios llama para trabajar en su causa. La persona que no puede adaptar sus aptitudes a casi cualquier lugar cuando la necesidad lo requiere, no es el hombre para este tiempo. Los hombres a quienes Dios vinculará con su obra no son flojos y sin espina dorsal, sin músculo o fuerza moral de carácter. Es sólo mediante esfuerzo continuo y perseverante que los hombres pueden ser disciplinados para desempeñar una parte en la obra de Dios. Estos hombres no debieran desanimarse si las circunstancias que los rodean son muy desfavorables. No debieran abandonar su propósito y pensar que han fracasado por completo hasta llegar al punto de convencerse fuera de duda que no pueden hacer mucho por el honor de Dios y el bien de las almas.

Hay hombres que se jactan de que podrían hacer algo grande y bueno si tan sólo las circunstancias fueran diferentes, mientras que no hacen uso de las facultades que ya tienen,

trabajando en los puestos donde la Providencia los ha colocado. El hombre puede crear sus circunstancias, pero las circunstancias no debieran modelar al hombre jamás. El hombre debiera apoderarse de las circunstancias como sus instrumentos con los cuales trabajar. Debiera dominar las circunstancias, pero nunca debiera permitir que ellas lo dominen. La independencia y el poder individual son las cualidades que se necesitan ahora. No necesita sacrificarse el carácter individual, sino que éste debiera ser ajustado, refinado y elevado.

Se me mostró que mi esposo debe dejar las responsabilidades que otros estarían contentos que él llevara porque así se liberan de muchas dificultades. El juicio alerta y el claro discernimiento de mi esposo, que ha obtenido a través de la preparación y la práctica, lo han inducido a asumir muchas cargas que otros debieran haber llevado.

Hermano A, usted es demasiado lento. Debiera cultivar las cualidades opuestas. La causa de Dios

demanda hombres que puedan ver rápidamente y actuar en forma instantánea en el momento correcto y con poder. Si usted espera para medir cada dificultad y pesar cada perplejidad que enfrente, hará muy poco. A cada paso encontrará obstáculos e inconvenientes, y usted, con firme propósito, debe estar decidido a dominarlos, o ellos lo dominarán a usted.

A veces, maneras y propósitos diversos, modos de operación diferentes en conexión con la obra de Dios, están casi a un mismo nivel en la mente; pero es precisamente en este punto donde se necesita el discernimiento más delicado. Y si algo se logra en relación con el propósito fijado, debe hacerse en el momento oportuno. Debiera advertirse la más leve inclinación del peso en la balanza y debiera decidirse el asunto inmediatamente. Las largas demoras cansan a los ángeles. Incluso es más excusable cometer a veces una decisión equivocada que estar continuamente en una posición fluctuante, vacilando, a veces inclinados en una dirección y luego en otra. La vacilación y las dudas a veces causan más perplejidad y desgracia que

proceder apresuradamente.

Se me ha mostrado que las victorias más notables y las derrotas más terribles han tenido lugar en cuestión de minutos. Dios requiere prontitud de acción. Las demoras y dudas, la vacilación e indecisión frecuentemente le dan al enemigo todas las ventajas. Mi hermano, usted necesita reformarse. La habilidad de escoger el momento oportuno de las cosas puede decir mucho en favor de la verdad. Frecuentemente se pierden victorias debido a las demoras. Habrá crisis en esta causa. Una acción rápida y decidida en el momento oportuno ganará triunfos gloriosos, mientras que la demora y el descuido resultarán en grandes fracasos y en un deshonor seguro para Dios. Los movimientos rápidos en el momento crítico a menudo desarman al enemigo, y él queda chasqueado y derrotado porque había esperado que hubiera tiempo para trazar planes y valerse de ardides.

Dios quiere que los hombres vinculados con su obra en Battle Creek decidan en forma inmediata y

que sus mentes, cuando es necesario, actúen como relámpago. Se necesita positivamente la mayor prontitud en la hora de riesgo y peligro. Cada plan puede estar bien trazado para lograr ciertos resultados, y sin embargo una demora muy breve puede hacer que las cosas asuman una forma enteramente diferente, y los grandes objetivos que podrían haberse ganado se pierden por falta de una previsión rápida y una eficiencia inmediata. Mucho puede hacerse para entrenar la mente a fin de que venza la indolencia. Hay momentos cuando se necesita cautela y cuidadosa reflexión; actuar en forma arrebatada sería insensato. Pero aun ahí se ha perdido mucho debido a una vacilación demasiado grande. Se requiere cautela, hasta cierto punto; pero la vacilación y la prudencia en ocasiones particulares han sido más desastrosas que lo que habría sido un fracaso debido a la precipitación.

Mi hermano, usted necesita cultivar la prontitud. Deseche su manera vacilante. Usted es lento y descuidado para emprender el trabajo y completarlo. Debe abandonar esta manera estrecha de trabajar, porque corresponde a un sistema de

tiempo equivocado. Cuando la incredulidad se apodera de su alma, su trabajo es tan vacilante, inseguro, fluctuante, que no logra nada e impide a otros que lo hagan. Usted tiene suficiente interés como para ver las dificultades e iniciar las dudas, pero carece del interés o del valor para vencer las dificultades o despejar las dudas. En momentos tales necesita rendirse a Dios. Necesita fuerza de carácter y menos terquedad y obstinación. Esta lentitud, esta pereza de acción, es uno de los mayores defectos en su carácter, y es un impedimento para que llegue a ser útil.

Su lentitud para tomar decisiones en relación con la causa y la obra de Dios es a veces dolorosa. No es en absoluto necesaria. La acción pronta y decidida puede lograr grandes resultados. Usted generalmente está dispuesto a trabajar cuando se siente con predisposición para ello, listo para actuar cuando puede ver claramente qué es lo que debe hacerse; pero falla en prestarle a la causa ese beneficio que podría darle si fuera expeditivo y decidido en el momento crítico, y si venciera el hábito de la vacilación y la demora que ha marcado

su carácter y retardado grandemente la obra de Dios. En casos de grandes crisis, a menos que sea vencido, este defecto resultará desastroso para la causa y fatal para su propia alma. Deben adquirirse la puntualidad y la acción decidida, porque usted no tiene esas cualidades. En la guerra y las batallas de las naciones a menudo se gana más con un buen liderazgo en la acción rápida que con un encuentro intenso y mortal con el enemigo.

La capacidad de hacer negocios con prontitud, y sin embargo hacerlos en forma cabal, es una gran adquisición. Mi hermano, usted realmente sintió que su conducta cautelosa y vacilante era recomendable, que era más bien una virtud que un error. Pero por lo que el Señor me ha revelado en este asunto, estos movimientos lentos de su parte han obstruido grandemente la obra de Dios y han hecho que muchas cosas fueran dejadas sin hacer, las que en justicia deberían haber sido hechas con prontitud. Ahora le será difícil hacer en su carácter los cambios que Dios le requiere que haga, porque en su juventud le resultó difícil ser puntual y actuar rápidamente. Cuando el carácter está formado y se

han fijado los hábitos, y las facultades mentales y morales se han vuelto firmes, es más difícil desaprender hábitos erróneos y actuar con presteza. Usted debiera comprender el valor del tiempo. No tiene excusas por dejar el trabajo más importante, aunque desagradable, esperando verse enteramente libre de hacerlo, o esperando que llegará a ser menos desagradable, mientras que ocupa su tiempo en asuntos agradables que no son realmente importantes. Usted primero debiera hacer el trabajo que debe hacerse y que implica los intereses vitales de la causa, y sólo emprender los asuntos menos importantes después que los más esenciales han sido hechos. La puntualidad y la decisión en la obra de Dios son altamente esenciales. Las demoras son virtualmente derrotas. Los minutos son oro y debieran aprovecharse al máximo. Las relaciones terrenales y los intereses personales siempre debieran ser secundarios. Nunca debería permitirse que la causa de Dios sufra, en un solo detalle, a causa de nuestros amigos terrenales o familiares más queridos.

“Y dijo a otro: Sígueme. Él le dijo: Señor,

déjame que primero vaya y entierre a mi padre. Jesús le dijo: Deja que los muertos entierren a sus muertos; y tú ve, y anuncia el reino de Dios. Entonces también dijo otro: Te seguiré, Señor; pero déjame que me despida primero de los que están en mi casa. Y Jesús le dijo: Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios". (Lucas 9:59-62)

Ningún lazo ni consideración terrenal debiera pesar ni siquiera por un momento en la balanza contra el deber a la causa y la obra de Dios. Jesús cortó su conexión con todas las cosas para salvar a un mundo perdido, y requiere de nosotros una consagración plena y completa. Hay sacrificios que deben hacerse para favorecer los intereses de la causa de Dios. El sacrificio de los sentimientos es el más agudo que se requiere de nosotros; sin embargo después de todo es un sacrificio pequeño. Usted tiene abundancia de amigos, y si los sentimientos están al menos santificados, no necesita sentir que está haciendo un sacrificio muy grande. No deja a su esposa entre los paganos. No se lo llama a hollar el ardiente desierto africano o a

enfrentar prisiones y pruebas a cada paso. Ni intente que lo compadezcan ni permite que los sentimientos humanos y las consideraciones personales se mezclen con sus esfuerzos y labores por la causa de Dios. Él demanda un servicio desinteresado y voluntario. Usted lo puede rendir, y sin embargo cumplir con todos sus deberes para con su familia; pero mantenga esto como un asunto secundario.

Mi esposo y yo hemos cometido errores al consentir en asumir responsabilidades que otros deberían llevar. Al comienzo de esta obra se necesitaba un hombre para proponer, ejecutar con determinación y dirigir, batallando contra el error y obstáculos elevados. Mi esposo llevó la carga más pesada y enfrentó la más decidida oposición. Pero cuando llegamos a ser un cuerpo plenamente organizado, y varios hombres fueron escogidos para actuar en puestos de responsabilidad, entonces era el momento apropiado para que mi esposo dejara de llevar por más tiempo las responsabilidades y las cargas pesadas. Esta labor le correspondía a más de uno. Aquí es donde sus

hermanos cometieron el error de urgirlo, y él el de consentir a continuar bajo las cargas y responsabilidades que había llevado solo por años. Debería haber depuesto esas cargas hace años, las que tendrían que haberse dividido con otros hombres elegidos para actuar en favor del pueblo. Satanás se sentiría complacido en tener la mente de un hombre y el juicio de un hombre controlando las mentes y el juicio de aquellos que creen la verdad presente.

Frecuentemente mi esposo ha sido dejado casi solo para ver y sentir las necesidades de la causa de Dios y para actuar prestamente. Sus hermanos en el liderazgo no tenían un intelecto deficiente, pero carecían de una mente dispuesta a permanecer en el cargo que mi esposo ha ocupado. Inconsistentemente permitieron que un paralítico llevara las cargas y responsabilidades de esta obra, las que ninguno de ellos podía soportar con sus nervios fuertes y sus músculos firmes. A veces él ha usado evidente severidad y ha hablado de tal manera que ha ofendido. Cuando él ha visto a otros que podrían haber compartido sus cargas, evitando

responsabilidades, ha sentido tristeza en su corazón y ha hablado impulsivamente. No fue colocado en esta posición irrazonable por el Señor, sino por sus hermanos. Su vida ha sido apenas un poco mejor que una especie de esclavitud. Las pruebas constantes, las preocupaciones que lo acosaban, el trabajo mental agotador, no han sido valorados por sus hermanos. Él ha llevado una vida sin goces, y sus desdichas han aumentado con las quejas de sus hermanos ministros que se negaban a hacer lo que podrían haber hecho. La naturaleza ha sido maltratada vez tras vez. Mientras sus hermanos han encontrado faltas en él por hacer tanto, no se adelantaron para asumir su parte de responsabilidad, sino que han estado demasiado dispuestos a hacerlo responsable por todo. Usted vino noblemente a llevar responsabilidades cuando no había otros que las levantaran. Si sus hermanos en el ministerio hubieran cultivado una disposición a levantar las cargas que tendrían que haber llevado, mi esposo no habría visto y hecho tanto trabajo que necesitaba hacerse y que él pensó que no se debía descuidar.

Dios no ha permitido que la vida de mi esposo termine ignominiosamente. Él lo ha sostenido. Pero el hombre que cumple doble trabajo, que acumula el trabajo de dos años en uno, está quemando su vela por las dos puntas. Todavía hay un trabajo para que mi esposo realice que él debería haber hecho hace años. Ahora necesitaría tener menos luchas, perplejidades y responsabilidades de la vida, y estar madurando, suavizándose y elevándose para su último cambio. Ahora él debería economizar su fuerza. No debiera permitir que las responsabilidades de la causa descansen sobre él tan pesadamente, sino que debiera permanecer libre de esas cargas, donde los prejuicios y la suspicacia de sus hermanos no perturben su paz.

Dios ha permitido que la preciosa luz de la verdad brille sobre su Palabra e ilumine la mente de mi esposo. Mediante su predicación y sus escritos, él puede reflejar sobre otros los rayos de luz que proceden de la presencia de Jesús. Pero al servir a las mesas, haciendo negocios en conexión con la causa, se ha visto privado, en gran medida,

del privilegio de usar su pluma y de predicar a la gente.

Él ha sentido que fue llamado por Dios para salir en defensa de la verdad, y para reprobar, a veces severamente, a aquellos que no estaban obrando con rectitud en la obra. La presión de las preocupaciones y la aflicción de la enfermedad a menudo lo han hundido en el desánimo, a veces ha visto las cosas en una luz exagerada. Sus hermanos han tomado ventaja de sus palabras y de su maneLiderazgo ra expeditiva de ser, lo que ha estado en marcado contraste con el trabajo lento de ellos y sus estrechos planes de operación. Le han atribuido a mi esposo motivos y sentimientos que él no merecía. El amplio contraste entre ellos y él parecía como un golfo; pero este vacío podría haberse salvado fácilmente si estos hombres de intelecto hubieran puesto sus intereses en forma indivisa y todo su corazón en la obra de edificar y hacer avanzar la preciosa causa de Dios.

Podríamos ejercer una influencia constante en este lugar, en la cabeza de la obra, lo que

promovería la prosperidad de nuestras instituciones. Pero la conducta de otros que no hacen lo que podrían, que están sujetos a tentación y que, si su camino se entrecruza, desprestigiarían nuestros esfuerzos más fervientes por la prosperidad de la causa de Dios, nos obliga a buscar un asilo en otra parte donde podamos trabajar en forma más ventajosa y con menos peligro de ser aplastados bajo la carga. Dios nos ha dado gran libertad y poder con su pueblo en Battle Creek. Cuando vinimos a este lugar el verano pasado, nuestro trabajo comenzó seriamente, y desde entonces ha continuado siempre. Ha sobrevenido una perplejidad y dificultad tras otra, demandando un trabajo exigente para corregir las cosas.

Cuando el Señor mostró que el hermano D podría ser el hombre para el lugar, si permanecía humilde y dependía de la fuerza divina, no cometió un error craso ni escogió al hombre equivocado. Por un tiempo el hermano D tuvo un verdadero interés en el trabajo y actuó como un padre en el Instituto de Salud. Pero se volvió jactancioso y

autosuficiente. Persiguió un rumbo equivocado. Cedió a la tentación. Las excusas que los directores dieron por su descuido del deber son todas erróneas. El haber volcado las responsabilidades sobre el hermano y la hermana White es algo que se registra contra ellos. Simplemente descuidaron su deber porque era desagradable.

Vi que se necesitaba ayuda en la costa del Pacífico. Pero Dios no quería que asumiéramos las responsabilidades o lleváramos las perplejidades que pertenecen a otros. Podemos permanecer como consejeros y ayudarles con nuestra influencia y nuestro juicio. Podemos hacer mucho si no somos inducidos a ponernos bajo la carga y llevar el peso que otros debieran llevar, y que es importante para ellos que lleven a fin de obtener una experiencia necesaria. Tenemos asuntos importantes que poner por escrito que la gente necesita grandemente. Tenemos luz preciosa sobre la verdad bíblica que debiéramos decir a la gente.

Se me mostró que Dios no se propuso que mi esposo llevara las cargas que ha llevado durante los

últimos cinco meses. Se ha dejado que caiga sobre él la carga del trabajo en conexión con la causa. Esto ha ocasionado perplejidad, cansancio y debilidad nerviosa, lo que ha traído como resultado desaliento y depresión. Desde el comienzo de la causa ha habido una falta de acción armoniosa de parte de sus hermanos. Sus hermanos en el ministerio han amado la libertad. No han llevado las responsabilidades que podrían haber cumplido, y han fallado en ganar la experiencia que podrían haber tenido para capacitarlos a fin de permanecer en los puestos de mayor responsabilidad relativos a los intereses vitales de la causa de Dios en el tiempo presente. Justificaron su negligencia en llevar responsabilidades con el argumento de que temían desprestigiarse más adelante.

La religión que profesamos está teñida por nuestra disposición y nuestros temperamentos, por lo tanto es de máxima importancia que mediante el ejercicio fortalezcamos los puntos débiles de nuestro carácter y que se debiliten los puntos fuertes, desfavorables, trabajando en la dirección opuesta y fortaleciendo las cualidades inversas.

Pero algunos hermanos no han hecho lo que podrían y deberían haber hecho, y lo que le habría dado a mi esposo suficiente ánimo y ayuda como para continuar llevando algunas responsabilidades a la cabeza de la iglesia. Sus compañeros de trabajo no avanzaron independientemente, acudiendo a Dios en busca de luz a fin de saber cuál era su deber; no siguieron en las providencias que Dios había abierto ni consultaron juntos en cuanto a planes de operación ni se unieron en sus planes y maneras de trabajar.

Desde que vinimos a Míchigan el verano pasado, el Señor ha bendecido las labores de mi esposo en una manera especial. Ha sido sostenido de un modo muy notable para hacer el trabajo que era tan necesario que se hiciera. Si los asociados con él hubieran estado alertas para ver y entender las necesidades de la causa de Dios en nuestro último campestre de Míchigan, se podrían haber realizado las muchas cosas que no estaban hechas. Se fracasó al no enfrentar las necesidades de la ocasión. Si el hermano A se hubiera mantenido con buen ánimo en Dios, caminando en la luz, listo

para ver qué había que hacer, y ejecutando el trabajo con presteza, estaríamos ahora meses adelantados en nuestro trabajo, y hace mucho tiempo podríamos haber estado trabajando para establecer la imprenta en la costa del Pacífico. Dios no puede ser glorificado cuando caemos en un estado singular de lobreguez y luego permanecemos bajo esa nube. La luz brilla, aunque no comprendamos su bendición; pero si con toda diligencia nos esforzamos para acercarnos a la luz, y si avanzamos tal como si brillara, pronto saldremos de la oscuridad y encontraremos que nos rodea la luz.

En nuestro último campestre los ángeles de Dios vinieron en una forma especial con su poder para iluminar, sanar y bendecir tanto a mi esposo como al hermano Waggoner. Se ganó allí una victoria preciosa que nunca debería perder su influencia. Se me mostró que Dios, en una manera especial, había dado a mi esposo muestras de su amor y cuidado, y también de su gracia sustentadora. Él tuvo en cuenta su celo y devoción a su causa y al trabajo. Esto siempre tendría que

haber inducido a mi esposo a ser humilde y agradecido.

Dios necesita soldados en su ejército. Tendrá hombres que, cuando deban tomarse decisiones importantes, serán tan leales al deber como la brújula al polo; hombres cuyos intereses especiales y personales sean absorbidos, como ocurrió con nuestro Salvador, en el gran interés general de la salvación de las almas. Satanás juega con las debilidades de la mente humana cada vez que se le permite hacerlo; y se aprovecha del tiempo y el lugar exacto donde puede beneficiarse más y realizar el mayor daño a la causa de Dios. Un descuido en hacer lo que podríamos hacer, y que Dios requiere que hagamos en su causa, es un pecado que no puede ser mitigado con excusas de circunstancias o condiciones, porque Jesús ha hecho provisión para todo en cada emergencia.

Mi hermano, al llevar a cabo la obra de Dios usted será colocado en una variedad de circunstancias que requerirán serenidad y dominio propio, pero que lo capacitarán para adaptarse a las

circunstancias y peculiaridades de la situación. Entonces puede actuar sin sentirse avergonzado. Usted no debiera subestimarse en cuanto a su capacidad para hacer su parte en las diversas demandas de la vida práctica. Cuando sea consciente de deficiencias, póngase a trabajar de inmediato para remediar esos defectos. No confíe en otros para que suplan sus deficiencias, mientras usted sigue indiferente, como si fuera natural que su manera peculiar de ser deba siempre permanecer así. Aplíquese seriamente a remediar estos defectos, para que pueda ser perfecto en Cristo Jesús, sin faltar nada.

Si usted se forma una opinión demasiado elevada de sí mismo, pensará que sus labores son de mayor importancia de lo que realmente son, y abogará por una independencia individual que bordea en la arrogancia. Si usted va al otro extremo y se forma una opinión personal demasiado baja, se sentirá menoscabado y dejará una impresión de inferioridad que limitará grandemente la influencia que podría tener para el bien. Debiera evitar ambos extremos. Los sentimientos no deben controlarlo;

las circunstancias no necesitan afectarlo. Usted puede formar una apreciación correcta de su persona, que resultará una salvaguardia contra ambos extremos. Puede actuar en forma digna sin una vana confianza propia; puede ser condescendiente y ceder sin sacrificar el respeto propio o la independencia personal, y su vida será de gran influencia sobre aquellos que pertenecen a las clases altas como a las bajas.

Hermano A, su peligro ahora es el de verse afectado por los informes. Sus labores son decididamente prácticas, minuciosas y penetrantes. Usted somete a la gente a pruebas y requerimientos muy rigurosos. Esto es necesario a veces; pero sus labores están teniendo demasiado este carácter, y perderán su fuerza a menos que estén mezcladas con más de la gracia enternecedora y animadora del Espíritu de Dios. Usted permite que las palabras de sus familiares y amigos especiales influyan sobre sus asuntos y afecten sus decisiones. Les da crédito demasiado rápidamente e incorpora sus puntos de vista dentro de sus propias ideas y demasiado a menudo lo que ellos dicen lo desvía.

Usted necesita estar en guardia. Las familias en _____, con las que usted está tan estrechamente relacionado, han ejercido su influencia. Su juicio, sus sentimientos, sus opiniones, influyen sobre ellos y, a su vez, ellos influyen sobre usted; y una fuerte corriente estará fluyendo en dirección equivocada a menos que usted sea enteramente humilde y esté cabalmente consagrado a Dios. Todos los elementos de estos vínculos familiares son naturalmente independientes y conscientes, y, a menos que estén especialmente equilibrados y controlados por el Espíritu de Dios, se inclinan por ir a los extremos.

Nunca, nunca, se deje influenciar por rumores. Nunca permita que su conducta sea influenciada por sus parientes más queridos. Ha llegado el tiempo cuando se necesita ejercer la mayor sabiduría respecto a la causa y la obra de Dios. Se necesita criterio para saber cuándo hablar y cuándo guardar silencio. El deseo de ser compadecido conduce a la imprudencia de un carácter grave al expresar los sentimientos a otros. Su aspecto frecuentemente incita a la compasión cuando sería

mejor para usted que no la recibiera. Es un deber importante para todos familiarizarse con el tenor de su conducta de día en día y los motivos que impulsan sus acciones. Necesitan familiarizarse con los motivos particulares que impulsan los actos particulares. Cada acción de sus vidas es juzgada, no por la apariencia externa, sino por el motivo que la impulsó.

Todos debieran cuidar los sentidos, no sea que Satanás obtenga la victoria sobre ellos; porque son las avenidas que conducen al alma. Podemos ser tan severos como queramos al disciplinarnos a nosotros mismos, pero debemos ser muy cautelosos de no empujar las almas a la desesperación. Algunos sienten que el hermano White es demasiado severo al hablar de manera enfática a los individuos, al reprobar lo que piensa que está mal en ellos. Puede correr el riesgo de no ser tan cuidadoso en su manera de reprender, de no dar oportunidad para la reflexión; pero algunos de los que se quejan de su manera de reprobar usan el lenguaje más cortante, reprobatorio, condenatorio, sin criterio, para dirigirse a una congregación, y

sienten que han desahogado sus almas y hecho una obra buena. Pero los ángeles de Dios no siempre aprueban dicha labor. Si el hermano White le hace sentir a un individuo que no está haciendo bien, si es demasiado severo hacia esa persona y necesita que se le enseñe a modificar sus modales, a suavizar su espíritu, cuanto más necesario es que sus hermanos de ministerio sientan la falta de lógica de hacer sufrir a una gran congregación con reprensiones cortantes y denuncias fuertes, cuando los verdaderamente inocentes deben sufrir con los culpables.

Es peor, mucho peor, dar expresión a los sentimientos en una gran congregación, disparando a cualquiera y a todos, que ir a los individuos que pueden haber hecho mal y reprobarlos personalmente. El carácter ofensivo de este discurso severo, arrogante, denunciatorio en una reunión grande es de una índole mucho más grave a la vista de Dios que el hecho de reprender en forma personal, individual, considerando que el número es mayor y la censura más general. Siempre es más fácil dar expresión a los

sentimientos ante una congregación, porque hay muchas personas presentes, que ir a los que han errado y, cara a cara con ellos, declararles abierta, franca, llanamente, su conducta equivocada. Pero traer a la casa de Dios sentimientos fuertes contra individuos y hacer sufrir a todos los inocentes como también a los culpables, es una manera de trabajar que Dios no aprueba y que hace daño antes que bien. Demasiado a menudo ha sido el caso que se han dado a una congregación discursos llenos de críticas y denuncias. No fomentan un espíritu de amor en los hermanos. No tienden a estimular en ellos una manera espiritual de pensar para guiarlos a la santidad y al cielo, sino que en sus corazones se despierta un espíritu de amargura. Estos sermones muy fuertes que cortan a una persona en pedazos son a veces positivamente necesarios para despertar, alarmar y convencer. Pero a menos que lleven las características especiales de estar dictados por el Espíritu de Dios, hacen mucho más daño que el bien que pueden hacer.

Se me mostró que la conducta de mi esposo no ha sido perfecta. Ha errado algunas veces en

murmurar y en reprender en forma demasiado severa. Pero por lo que he visto, no ha cometido faltas tan grandes en este respecto como muchos han supuesto y como yo algunas veces he temido. Job no fue entendido por sus amigos. Les devuelve con firmeza sus reproches. Les muestra que si ellos están defendiendo a Dios al declarar su fe en él y al expresar su conciencia de pecado, él tiene un conocimiento más profundo y cabal de ello que el que ellos jamás han tenido. “Consoladores molestos sois todos vosotros”, es la respuesta que dirige a sus críticas y censuras. “También yo -- dice Job -- podría hablar como vosotros, si vuestra alma estuviera en lugar de la mía; yo podría hilvanar contra vosotros palabras, y sobre vosotros mover mi cabeza”. Pero declara que no haría esto. “Yo -- dice -- os alentaría con mis palabras, y la consolación de mis labios apaciguaría vuestro dolor”. (Job 16:2, 4, 5)

Hermanos y hermanas que poseen buenas intenciones, pero que tienen conceptos estrechos y miran sólo lo externo, pueden tratar de ayudar en cosas acerca de las cuales no tienen verdadero

conocimiento. Su experiencia limitada no puede discernir los sentimientos de un alma que ha sido urgida por el Espíritu de Dios, que ha sentido en lo profundo ese amor e interés ferviente e inexpresable por la causa de Dios y por las almas, que ellos jamás han experimentado, y que ha llevado cargas en la causa de Dios que ellos jamás han levantado.

Algunos amigos carentes de previsión y de experiencia, no pueden, con su visión estrecha, apreciar los sentimientos de alguien que ha estado en íntima armonía con el alma de Cristo en relación con la salvación de otros. Aquellos que quisieran decir que son sus amigos malentienden sus motivos e interpretan erróneamente sus actos, hasta que, como Job, él prorrumpe en una ferviente oración: Sálvame de mis amigos. Dios toma el caso de Job en sus manos. Su paciencia ha sido severamente probada; pero cuando Dios habla, todos sus sentimientos quisquillosos cambian. La justificación propia que él sentía que era necesaria para resistir la condenación de sus amigos no es necesaria ante Dios. Él nunca juzga mal; nunca

yerra. Dice el Señor a Job: “Cíñete ahora como varón”, y Job tan pronto oye la voz divina inclina su alma con un sentido de su pecaminosidad, y dice ante Dios: “Me aborrezco y me arrepiento, en polvo y en ceniza”. (Job 38:3; 42:6, NRV)

Cuando Dios ha hablado, mi esposo ha oído su voz; pero sobrellevar la condenación y las imputaciones de sus amigos que no parecen discriminar, ha sido una gran prueba. Cuando sus hermanos hayan soportado bajo las mismas circunstancias, y hayan llevado las responsabilidades que él ha llevado, con tan poco aliento y ayuda como él ha tenido, entonces podrán comprender cómo sostener, cómo consolar, cómo bendecir, sin torturar sus sentimientos con imputaciones y censuras que él de ninguna manera merece.

Capítulo 45

# Pedidos de Recursos

Se me mostró que ha habido resultados desdichados de los urgentes pedidos de recursos que se han hecho en nuestros campestres. Se ha insistido demasiado en este asunto. Muchos hombres de recursos no habrían hecho nada si sus corazones no hubieran sido ablandados y derretidos bajo la influencia de los testimonios que se les presentaron. Pero los pobres han sido afectados profundamente y, en la sinceridad de sus almas, han prometido recursos que habrían deseado dar, pero que eran incapaces de pagar. En muchos casos los pedidos urgentes de recursos han dejado una impresión errónea en algunas mentes. Algunos han pensado que el dinero era el asunto principal de nuestro mensaje. Muchos han ido a sus casas bendecidos porque habían donado para la causa de Dios. Pero hay mejores métodos de levantar recursos, por ofrendas voluntarias, que mediante pedidos urgentes en nuestras grandes asambleas. Si todos siguiéramos el plan de benevolencia

sistemática, y si nuestros obreros que distribuyen publicaciones y hacen obra misionera fueran fieles en sus respectivos territorios de la obra, la tesorería estaría bien suplida sin esos urgentes pedidos en nuestras grandes asambleas.

Pero ha habido un gran descuido del deber. Muchos han retenido recursos que Dios reclama como suyos, y al hacerlo han robado a Dios. Sus corazones egoístas no han dado la décima parte de todos sus ingresos, que Dios reclama. Ni tampoco han venido a las reuniones anuales con sus ofrendas voluntarias, sus ofrendas de gratitud, y sus ofrendas por el pecado. Muchos han venido ante el Señor con las manos vacías. “¿Robará el hombre a Dios? Pues vosotros me habéis robado. Y dijisteis: ¿En qué te hemos robado? En vuestros diezmos y ofrendas. Malditos sois con maldición, porque vosotros, la nación toda, me habéis robado. Traed todos los diezmos al alfolí y haya alimento en mi casa; y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde”. (Malaquías 3:8-10)

Recaerá el pecado sobre nosotros como pueblo si no hacemos los esfuerzos más fervientes para cerciorarnos de quiénes son los que han donado para los diferentes proyectos y que son demasiado pobres como para dar algo. Todo lo que ellos, en la liberalidad de sus almas, han dado les debería ser devuelto con un regalo adicional para aliviar sus necesidades. La recolección de dinero ha sido llevada a extremos. Ha dejado una mala impresión en muchas mentes. Hacer pedidos urgentes no es el mejor plan para reunir fondos. Se ha manifestado una indiferencia para investigar los casos de los pobres y devolverles lo que han dado para que no sufran por las necesidades de la vida. Un descuido de nuestro deber en este respecto, de familiarizarnos con las necesidades de los menesterosos y aliviarlos de sus necesidades apremiantes devolviéndoles recursos que han sido dados para promover la causa de Dios, sería de nuestra parte descuidar a nuestro Salvador en la persona de sus santos.

Capítulo 46

# Nuestro deber hacia los desafortunados

Se me han mostrado algunas cosas con referencia a nuestro deber hacia los desafortunados, que siento la responsabilidad de escribirlas ahora.

Vi que en la providencia de Dios las viudas y los huérfanos, los ciegos, los sordos, los cojos y los afligidos en una diversidad de formas, han sido colocados en estrecha relación cristiana con su iglesia, para probar a su pueblo y desarrollar su verdadero carácter. Los ángeles de Dios están observando para ver cómo tratamos a estas personas que necesitan nuestro apoyo, amor y benevolencia desinteresada. Así es como Dios prueba nuestro carácter. Si profesamos la verdadera religión de la Biblia, sentiremos que tenemos con Cristo una deuda de amor, bondad e interés en favor de sus hermanos; y no podemos menos que evidenciar nuestra gratitud por el amor

inmensurable que nos mostró mientras éramos pecadores indignos de su gracia, teniendo un profundo interés y un amor desinteresado por aquellos que son nuestros hermanos y que son menos afortunados que nosotros.

Los dos grandes principios de la Ley de Dios son el amor supremo a Dios y el amor desinteresado a nuestros prójimos. Los primeros cuatro mandamientos y los últimos seis dependen, o se originan, en estos dos principios. Cristo explicó al intérprete de la ley quién era su prójimo en la ilustración del hombre que viajaba de Jerusalén a Jericó y que cayó en manos de ladrones, y a quien le robaron, lo golpearon y lo dejaron medio muerto. El sacerdote y el levita vieron a este hombre sufriendo, pero sus corazones no simpatizaron con sus necesidades. Lo evitaron pasando de largo. El samaritano vino por ese camino, y cuando vio la necesidad de ayuda que tenía el desconocido, no preguntó si era un familiar o si era de su país o credo, sino que se puso en acción para ayudar al sufriente, porque había una tarea que necesitaba hacerse. Lo alivió lo mejor

que pudo, lo puso sobre su propia bestia, y lo llevó a una posada e hizo provisión para sus necesidades a sus propias expensas. Este samaritano, dijo Cristo, fue el prójimo de aquel que cayó entre ladrones. El levita y el sacerdote representan a una clase de miembros de iglesia que manifiestan indiferencia precisamente hacia aquellos que necesitan su compasión y sus apoyo. Esta clase de gente, no obstante su puesto en la iglesia, son transgresores de los mandamientos. El samaritano representa a una categoría de cristianos que son verdaderos ayudadores de Cristo y que imitan su ejemplo al hacer el bien.

A los que se compadecen de los desafortunados, los ciegos, los cojos, los afligidos, las viudas, los huérfanos y los necesitados, Cristo los representa como guardadores de los mandamientos, que tendrán vida eterna. Hay una gran falta de religión personal y de un sentido de obligación individual para sentir los pesares de otros y para trabajar con benevolencia desinteresada por la prosperidad de los desafortunados y afligidos. Algunos no tienen

experiencia en estas obligaciones. Toda su vida han sido como el levita y el sacerdote, que pasaron de largo junto al camino. La iglesia tiene un trabajo que hacer, el cual, si no se hace, les acarreará tinieblas. La iglesia como conjunto e individualmente debiera examinar fielmente sus motivos y comparar sus vidas con la vida y las enseñanzas del único Modelo correcto. Cristo considera todos los actos de misericordia, benevolencia y cuidadosa consideración por los desafortunados, los ciegos, los cojos, los enfermos, las viudas y los huérfanos como hechos a él mismo; y estas obras están preservadas en los registros celestiales y serán recompensadas. Por otra parte, se escribirá un registro en el libro contra los que manifiestan la indiferencia del sacerdote y el levita hacia el desafortunado, y aquellos que se aprovechan de los infortunios de otros y aumentan su aflicción a fin de sobresalir egoístamente. Dios seguramente retribuirá cada acto de injusticia y cada manifestación de indiferencia negligente y de descuido de los afligidos que hay entre nosotros. Finalmente cada uno será recompensado según hayan sido sus obras.

Se me mostró que el hermano E no ha sido tratado con justicia por sus hermanos. Los hermanos F, G y otros siguieron un curso de conducta hacia él que desagradaba a Dios. El hermano F no tenía ningún interés especial en el hermano E, excepto cuando pensaba que podía aprovecharse de él. Se me mostró que algunos consideraban al hermano E como una persona mezquina y deshonesta. A Dios le desagrada este juicio. El hermano E no habría tenido dificultades y habría tenido recursos para sostenerse abundantemente si no hubiera sido por la conducta egoísta de sus hermanos que tenían visión y propiedades, y que trabajaban contra él tratando de encauzar sus aptitudes para beneficio de su propio interés egoísta. Aquellos que se aprovechan del estudio empeñoso de un hombre ciego y procuran beneficiarse con sus inventos, están robando y son virtualmente violadores del mandamiento.

Hay algunos en la iglesia que profesan estar guardando la Ley de Jehová, pero que son transgresores de esa Ley. Son hombres que no

disciernen sus propios defectos. Poseen un espíritu egoísta, mezquino y ciegan sus ojos a su pecado de codicia, que la Biblia define como idolatría. Hombres de esta índole pueden haber sido estimados por sus hermanos como cristianos sumamente ejemplares; pero el ojo de Dios lee el corazón y discierne los motivos. Él ve lo que el hombre no puede ver en los pensamientos y el carácter. En su providencia coloca a estas personas en puestos que con el tiempo revelarán los defectos de su carácter, para que si desean verlos y corregirlos puedan hacerlo. Hay algunos que toda su vida han buscado su propio interés y han estado absortos en sus propios planes egoístas y han estado ansiosos de beneficiarse sin pensar mucho si otros se sentirían afligidos o perplejos por cualquier acción o plan que ellos tengan. El interés egoísta avasalla la misericordia y el amor de Dios. El Señor a veces permite que esta clase de personas continúe con su conducta egoísta estando ellos ciegos espiritualmente, hasta que sus defectos sean evidentes a todos los que tienen discernimiento espiritual y ellos evidencien con sus obras que no son cristianos genuinos.

Hombres que tienen propiedades y una medida de salud, y que disfrutan de la inestimable bendición de la vista, tienen toda ventaja posible sobre un hombre ciego. Muchos caminos les están abiertos en su carrera comercial que están cerrados para un hombre que ha perdido su vista. Las personas que disfrutan del uso de todas sus facultades no debieran buscar su propio interés egoísta y privar a un hermano ciego de una pizca de su oportunidad para tener entradas. El hermano E es un hombre pobre. Es un hombre débil; también es un hombre ciego. Ha tenido un intenso deseo de ayudarse a sí mismo y, aunque vive bajo el peso de dolencias desalentadoras, su aflicción no ha secado los impulsos generosos de su alma. En sus circunstancias limitadas ha tenido corazón para hacer y ha hecho más a la vista de Dios por aquellos que estaban en necesidad de ayuda que muchos de sus hermanos que están bendecidos con el don de la vista y que tienen una buena propiedad. El hermano E tiene un capital en su sagacidad comercial y su facultad inventiva. Él ha trabajado esforzadamente con la elevada esperanza

de inventar un negocio mediante el cual podría sostenerse a sí mismo y no depender de sus hermanos.

Quisiera que todos pudiéramos ver como Dios ve. Quisiera que todos pudiéramos comprender cómo Dios mira a esos hombres que profesan ser seguidores de Cristo, y que tienen la bendición de la vista y la ventaja de poseer recursos, y que sin embargo envidian la pequeña prosperidad que disfruta un pobre ciego, y quisieran beneficiarse, aumentar su reserva de recursos, a expensas de su hermano afligido. Esto es considerado por Dios como un robo y como la manifestación más criminal de egoísmo, y es un pecado agravante, que él seguramente castigará. Dios nunca olvida. No examina estas cosas con ojos humanos y con un juicio humano frío e insensible. Ve las cosas no desde el punto de vista mundano, sino desde el punto de vista de la misericordia, la compasión y el amor infinito.

El hermano H trató de ayudar al hermano E, pero no con motivos desinteresados. Al principio

se despertó su compasión. Vio que el hermano E necesitaba ayuda. Pero pronto perdió su interés y ganaron fuerza sentimientos egoístas, hasta que la conducta de sus hermanos trajo como consecuencia que el hermano E se viera perjudicado antes que beneficiado. Estas cosas han desanimado grandemente al hermano E y han tendido a sacudir su confianza en sus hermanos. Como resultado estos asuntos lo han involucrado en deudas que él no pudo pagar. Cuando comprendió los sentimientos egoístas que algunos de sus hermanos tenían hacia él, esto lo afligió y a veces lo perturbó. A veces sus sentimientos han sido casi incontrolables al comprender su condición desvalida, sin vista, sin recursos, sin salud, y con algunos de sus hermanos trabajando en contra de él. Esto ha aumentado grandemente su aflicción y ha producido un efecto terrible sobre su salud.

Se me mostró que el hermano E tiene algunas buenas cualidades mentales que podrían ser mejor apreciadas si poseyera más dominio propio y no se alterase. Cada exhibición de impaciencia y de mal humor habla en contra de él, y es aprovechada al

máximo por algunos que son culpables de pecados mucho más serios a la vista de Dios. Los principios del hermano E son buenos. Tiene integridad. No es un hombre deshonesto. No defraudaría a nadie conscientemente. Pero tiene faltas y pecados que deben ser vencidos. Él, al igual que otros hombres, tiene que lidiar con la naturaleza humana. Demasiado a menudo es impaciente y a veces, arrogante. Debiera albergar un espíritu más amable y cortés y cultivar gratitud de corazón hacia aquellos que se han interesado en su caso. Por naturaleza tiene un temperamento impetuoso cuando es incitado repentinamente o se lo provoca en forma irrazonable. Pero, a pesar de esto, tiene una disposición para hacer lo recto, y siente arrepentimiento sincero hacia Dios cuando reflexiona sobre sus errores.

Si ve que sus hermanos están inclinados a hacerle justicia, él será generoso para perdonar y suficientemente humilde como para desear la paz, aunque tenga que hacer grandes sacrificios para obtenerla. Pero se excita fácilmente; es de un temperamento nervioso. Él necesita la influencia

subyugadora del Espíritu de Dios. Si aquellos que están listos para censurarlo consideraran sus propios errores y bondadosamente pasaran por alto las faltas de él tan generosamente como debieran, manifestarían el espíritu de Cristo. El hermano E tiene una tarea que hacer para vencer. Sus palabras y su modo de tratar a otros debieran ser gentiles, amables y agradables. Debiera precaverse estrictamente contra todo lo que tenga sabor de un espíritu dictatorial o de modales o palabras altaneras. Si bien Dios es amigo del ciego y el desdichado, no excusa sus pecados. Les requiere que venzan y perfeccionen un carácter cristiano en el nombre de Jesús, quien obtuvo la victoria en su favor. Pero Jesús se compadece de nuestras debilidades y está listo para dar fuerzas a fin de soportar las pruebas y resistir las tentaciones de Satanás, si echamos todas nuestras cargas sobre él. Se envía a ángeles para ministrar a los hijos de Dios que son físicamente ciegos. Hay ángeles que cuidan sus pasos y los salvan de mil peligros, los cuales, sin que ellos lo sepan, asedian su camino. Pero su Espíritu no los acompañará a menos que alberguen un espíritu de bondad Nuestro deber

hacia los desafortunados 527 y busquen seriamente ejercer control sobre su naturaleza y colocar sus pasiones y cada facultad en sumisión a Dios. Deben cultivar un espíritu de amor y controlar sus palabras y acciones.

Se me mostró que Dios requiere de su pueblo que sean mucho más compasivos y considerados hacia los infortunados que lo que son. “La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo”. (Santiago 1:27) Aquí se define la religión genuina. Dios requiere que la misma consideración que debiera darse a la viuda y al huérfano sea dada al ciego y a los que sufren bajo la aflicción de otras debilidades físicas. La benevolencia desinteresada es muy rara en esta época del mundo. Se me mostró, en el caso del hermano E, que aquellos que de cualquier forma lo trataran injustamente y lo desanimaran en sus esfuerzos por ayudarse a sí mismo, o que, codiciando la prosperidad del pobre ciego, se aprovecharan de su situación inferior, acarrearían sobre ellos mismos la maldición de

Dios, quien es el amigo del ciego. Se dieron órdenes especiales a los hijos de Israel con referencia al ciego: “No oprimirás a tu prójimo, ni le robarás. No retendrás el salario del jornalero en tu casa hasta la mañana. No maldecirás al sordo, y delante del ciego no pondrás tropiezo, sino que tendrás temor de tu Dios. Yo Jehová. No harás injusticia en el juicio, ni favoreciendo al pobre ni complaciendo al grande; con justicia juzgarás a tu prójimo”. (Levítico 19:13-15) “Maldito el que redujere el límite de su prójimo. Y dirá todo el pueblo: Amén. Maldito el que hiciere errar al ciego en el camino. Y dirá todo el pueblo: Amén. Maldito el que pervirtiere el derecho del extranjero, del huérfano y de la viuda. Y dirá todo el pueblo: Amén”. (Deuteronomio 27:17-19)

Es extraño que profesos cristianos hagan caso omiso de las enseñanzas claras y positivas de la Palabra de Dios y no sientan remordimiento de conciencia. Dios coloca sobre ellos la responsabilidad de cuidar del infortunado, el ciego, el cojo, la viuda y el huérfano; pero muchos no hacen el menor esfuerzo por tenerlo en cuenta. A

fin de salvar a los tales, Dios frecuentemente los pone bajo la vara de la aflicción y los coloca en situaciones similares a las que ocupaban las personas que necesitaban comprensión y apoyo, pero que no lo recibieron de sus manos.

Dios considerará responsable a la iglesia, como un cuerpo, por la conducta equivocada de sus miembros. Si se permite que en cualquiera de sus miembros exista un espíritu egoísta e indiferente hacia el infortunado, la viuda, el huérfano, el ciego, el cojo, o aquellos que están enfermos en su cuerpo o en su mente, él ocultará su rostro de su pueblo hasta que cumplan con su deber y quiten el mal que hay entre ellos. Si cualquiera que profesa el nombre de Cristo representa mal a su Salvador olvidándose de su deber hacia el afligido, o si en cualquier forma procuran sacar ventaja de la lesión de los desafortunados, robándoles así de sus recursos, el Señor considera a la iglesia responsable por el pecado de sus miembros hasta que hayan hecho todo lo que pueden para remediar el mal existente. Él no oirá la oración de su pueblo mientras el huérfano, el cojo, el ciego y el enfermo

que están entre ellos sean descuidados.

La frase “estar del lado del Señor” significa más que meramente repetirla en la reunión. El lado del Señor es siempre el lado de la misericordia, la compasión y la solidaridad con el sufriente, como se verá en el ejemplo que nos es dado en la vida de Jesús. Se nos requiere que imitemos su ejemplo. Pero hay algunos que no están del lado del Señor en cuanto a estas cosas; están del lado del enemigo. Al darles a sus oyentes una ilustración sobre este tema, Jesús dijo:

“De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis. Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui forastero, y no me recogisteis; estuve desnudo, y no me cubristeis; enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis. Entonces también ellos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento,

sediento, forastero, desnudo, enfermo, o en la cárcel, y no te servimos? Entonces les responderá diciendo: De cierto os digo que en cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco a mí lo hicisteis. E irán éstos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna". (Mateo 25:40-46)

Aquí en su sermón Cristo se identifica con la humanidad sufriente e inculca claramente en todos nosotros la verdad de que la indiferencia o la injusticia hechas al menor de sus santos son hechas a él. Aquí está el lado del Señor, y cualquiera que esté en el lado del Señor, que venga con nosotros. El amado Salvador es herido cuando herimos a uno de sus humildes santos.

El justo Job se lamenta por sus aflicciones y defiende su causa cuando es acusado injustamente por uno de sus consoladores. Dice: "Yo era ojos al ciego, y pies al cojo. A los menesterosos era padre, y de la causa que no entendía, me informaba con diligencia; y quebrantaba los colmillos del inicuo, y de sus dientes hacía soltar la presa". (Job 29:15-17)

El pecado de un hombre causó la derrota de todo el ejército de Israel. Una conducta equivocada que una persona sigue hacia su hermano apartará la luz de Dios de su pueblo hasta que se investigue el mal y se vindique la causa del oprimido. Dios requiere de su pueblo que sus sentimientos y juicios sean tiernos; mientras se ensanchen sus corazones, sus sentimientos debieran ser amplios y profundos, no estrechos, egoístas y mezquinos. Se necesitan nobleza y grandeza de alma, así como benevolencia desinteresada. Entonces la iglesia puede triunfar en Dios. Pero mientras la iglesia sufra de egoísmo que seque la bondad compasiva y la ternura, el amor considerado y el interés por sus hermanos, cada virtud se desgastará. Debiera estudiarse el ayuno de Isaías y efectuarse un cuidadoso autoexamen para discernir si hay en ellos los principios que se le requiere al pueblo de Dios que posea a fin de que puedan recibir las ricas bendiciones prometidas.

Dios requiere que su pueblo no permita que los pobres y afligidos sean oprimidos. Si quebrantan

todo yugo y liberan a los oprimidos, y son generosos y tienen una consideración bondadosa hacia los necesitados, entonces las bendiciones prometidas serán suyas. Si hay en la iglesia quienes hacen que los ciegos tropiecen, debieran ser llevados a la justicia: porque Dios nos ha hecho guardianes de los ciegos, los afligidos, las viudas y los huérfanos. El obstáculo al que se refiere la Palabra de Dios no significa un trozo de madera colocado ante los pies del ciego para hacerlo tropezar, sino que significa mucho más que esto. Significa cualquier conducta que pueda seguirse para lesionar la influencia de su hermano ciego, para obrar en contra de sus intereses, o para impedir su prosperidad.

Un hermano que es ciego y pobre y enfermo, y que se está esforzando al máximo para ayudarse a sí mismo a fin de no ser dependiente, debiera recibir aliento de sus hermanos en toda forma posible. Pero aquellos que profesan ser sus hermanos y que tienen el uso de todas sus facultades, que no son dependientes, pero que olvidan su deber hacia el ciego hasta el punto de

confundir y entorpecer su camino, están haciendo una obra que requerirá arrepentimiento y restauración antes que Dios acepte sus oraciones. Y la iglesia de Dios que ha permitido que su infortunado hermano sea injustamente tratado será culpable de pecado hasta que hagan todo lo que está en su poder para corregir la injusticia.

Sin duda todos están familiarizados con el caso de Acán. Está registrado en la historia sagrada para todas las generaciones, pero más especialmente para aquellos sobre quienes los fines del mundo han llegado. Josué yacía sobre su rostro lamentándose ante Dios porque el pueblo fue obligado a retirarse vergonzosamente delante de sus enemigos. El Señor le ordenó a Josué que se levantara: “Levántate; ¿por qué te postras así sobre tu rostro?” ¿He humillado sin causa quitando mi presencia de ti? ¿Abandona Dios a su pueblo sin una causa? No; le dice a Josué que hay algo que tiene que hacer antes que su oración pueda ser contestada. “Israel ha pecado, y aun han quebrantado mi pacto que yo les mandé; y también han tomado del anatema, y hasta han hurtado, han

mentido, y aun lo han guardado entre sus enseres". Declara: "Ni estaré más con vosotros, si no destruyereis el anatema de en medio de vosotros". (Josué 7:10-12)

Aquí en este ejemplo tenemos una idea de la responsabilidad que descansa sobre la iglesia y la obra que Dios les requiere que hagan a fin de tener su presencia. En cualquier iglesia es un pecado no investigar la causa de su oscuridad y de las aflicciones que han estado en medio de ellos. La iglesia en _____ no puede ser una iglesia activa, próspera, hasta que sean más conscientes de las injusticias que hay entre ellos, y que impiden que la bendición de Dios descienda sobre ellos. La iglesia no debiera permitir que se trate injustamente a sus hermanos que están en aflicción. Son precisamente ellos los que debieran despertar la compasión en todos los corazones y apelar a que se manifiesten sentimientos nobles y benevolentes de parte de todos los seguidores de Cristo. Los verdaderos discípulos de Cristo trabajarán en armonía con él y, siguiendo su ejemplo, ayudarán a aquellos que necesitan ayuda. La ceguera del

hermano E es una calamidad terrible, y todos debieran tratar de ser ojos para el ciego y de ese modo hacerle sentir su pérdida tan pequeña como sea Nuestro deber hacia los desafortunados 531 posible. Hay algunos que mejoran sus ojos estando atentos en busca de oportunidades para trabajar para su propio beneficio a fin de obtener ganancias, pero Dios puede traer confusión sobre ellos en una manera que no esperan.

Si Dios en su misericordia le ha dado al ciego facultades inventivas que puede usar para su propio bien, no permita Dios que alguien le tenga envidia por este privilegio y lo despoje de los beneficios que podría derivar de este don que Dios le ha dado. El ciego enfrenta desventajas por todas partes por la pérdida de su vista. El corazón en el cual no se despiertan la compasión y la solidaridad al ver a un ciego tanteando su camino en un mundo que para él está cubierto de tinieblas, ciertamente es un corazón duro y debe ser ablandado por la gracia de Dios. El ciego no puede mirar el rostro de nadie y leer allí compresión y verdadera benevolencia. No puede contemplar las bellezas de la naturaleza y

descubrir el dedo de Dios en sus obras creadas. Los alegres mensajes del mundo natural no le hablan para consolarlo y bendecirlo cuando el desaliento se cierne sobre él. Cuán rápidamente canjearía su ceguera y cada bendición temporal por la bendición de la vista. Pero él está encerrado en un mundo de tinieblas, y los derechos que Dios le ha dado han sido pisoteados para que otros puedan conseguir ganancias.

Capítulo 47

# El deber del hombre hacia sus semejantes

Se me han mostrado algunas cosas en cuanto a la familia del hermano I, que me han preocupado tan fuertemente desde que estoy en este lugar, que me atrevo a expresarlas por escrito. Se me ha mostrado, hermano I, que en su familia hay un elemento de egoísmo que se adhiere a ustedes como la lepra. Este egoísmo debe ser descubierto y vencido, porque es un pecado grave a la vista de Dios. Como familia ustedes han tenido en cuenta por tanto tiempo sus propios deseos, sus propios placeres y conveniencias, que no sienten que otros tienen derechos sobre ustedes. Sus pensamientos, planes y esfuerzos son para el beneficio de ustedes. Viven para el yo; no cultivan la benevolencia desinteresada, la cual, si la ejercitaran, aumentaría y se fortalecería hasta ser su delicia vivir para el bien de otros. Sentirían que tienen un objetivo en la vida, un propósito que les traería ganancias de

mayor valor que el dinero. Ustedes necesitan tener un interés más especial por la humanidad, y al hacerlo pondrían sus almas en una conexión más estrecha con Cristo y serían imbuidos de tal manera con su Espíritu y se unirían a él con una tenacidad tan firme que nada podría separarlos de su amor.

Cristo es la Vid viviente; y si ustedes son los sarmientos de esa Vid, el alimento vivificador que corre por ella los alimentará para que no sean improductivos o infructíferos. Ustedes, como familia y como individuos, se han vinculado abiertamente con el servicio de Cristo; y sin embargo son pesados en las balanzas del santuario y hallados faltos. Todos ustedes necesitan experimentar una transformación completa antes que puedan hacer esas cosas que los cristianos altruistas y consagrados debieran hacer. Nada sino una conversión cabal puede darles un sentido correcto de sus defectos de carácter. En gran medida, todos ustedes tienen el espíritu y amor del mundo. Dice el apóstol Juan: “Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él”. (1 Juan 2:15) Su espíritu egoísta estrecha y empequeñece

sus mentes restringiéndolas a sus propios intereses. Necesitan una religión pura e incontaminada. La sencillez de la verdad los inducirá a sentir compasión ante las aflicciones ajenas. Están aquellos que necesitan su comprensión y amor. Cultivar esos rasgos de carácter es parte del trabajo de la vida que Cristo nos ha dado a todos para que hagamos.

Dios no lo excusará por no tomar la cruz y practicar la abnegación haciendo bien a otros con motivos desinteresados. Si se esfuerza para practicar la abnegación requerida de los cristianos, usted puede, por la gracia de Dios, estar calificado para ganar almas para Cristo. Dios tiene derechos sobre usted a los que nunca ha respondido. Hay muchos a nuestro alrededor que tienen hambre de comprensión y amor. Pero, como muchos otros, usted ha estado casi desprovisto de ese amor humilde que fluye naturalmente en compasión y solidaridad por los destituidos, los sufrientes y los necesitados. El rostro humano en sí mismo es un espejo del alma, leído por otros, y tiene una influencia reveladora sobre ellos para el bien o para

el mal. Dios no nos pide a ninguno de nosotros que observemos a nuestros hermanos y nos arrepintamos de sus pecados. Nos ha dejado un trabajo para hacer, y nos pide que lo hagamos resueltamente, en su temor, con el solo propósito de buscar su gloria.

Toda persona, ya sea fiel o no, debe dar a Dios razón de sí, no de otros. El ver faltas en otros profesos cristianos y condenar su conducta no nos excusará ni contrapesará siquiera un error nuestro. No debiéramos convertir a otros en nuestro criterio ni excusar nada en nuestra conducta porque otros han hecho mal. Dios nos ha dado nuestra propia conciencia. En su Palabra han sido expuestos grandes principios, que son suficientes para guiarnos en nuestra trayectoria cristiana y conducta general. Ustedes, mis queridos amigos, como familia, no han guardado los principios de la ley de Dios. Nunca han sentido la carga del deber que le incumbe al hombre respecto a sus semejantes.

“Y he aquí un intérprete de la ley se levantó y dijo, para probarle: Maestro, ¿haciendo qué cosa

heredaré la vida eterna? Él le dijo: ¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees? Aquél, respondiendo, dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo. Y le dijo: Bien has respondido; haz esto, y vivirás. Pero él, queriendo justificarse a sí mismo, dijo a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo? Respondiendo Jesús, dijo:

"Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de ladrones, los cuales le despojaron; e hiriéndole, se fueron, dejándole medio muerto. Aconteció que descendió un sacerdote por aquel camino, y viéndole, pasó de largo. Asimismo un levita, llegando cerca de aquel lugar, y viéndole, pasó de largo. Pero un samaritano, que iba de camino, vino cerca de él, y viéndole, fue movido a misericordia; y acercándose, vendó sus heridas, echándoles aceite y vino; y poniéndole en su cabalgadura, lo llevó al mesón y cuidó de él. Otro día al partir, sacó dos denarios, y los dio al mesonero, y le dijo: Cuídamele; y todo lo que gastes de más, yo te lo

pagaré cuando regrese. ¿Quién, pues, de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones? Él dijo: El que usó de misericordia con él. Entonces Jesús le dijo: Ve, y haz tú lo mismo". (Lucas 10:25-37)

Aquí nuestro Salvador, de la manera más sencilla, expresa claramente las condiciones para heredar la vida eterna. El hombre que fue herido y robado representa a aquellos que necesitan nuestro interés, comprensión y apoyo. Si descuidamos los casos de los necesitados y desafortunados cuya situación viene a nuestro conocimiento, no importa quiénes puedan ser, no tenemos seguridad de la vida eterna; porque no satisfacemos las demandas que Dios nos hace. No manifestamos compasión y comprensión por la gente porque quizás ellos no son amigos ni parientes nuestros. Han sido hallados transgresores del segundo gran mandamiento, del cual dependen los últimos seis mandamientos. Cualquiera que ofende en un punto es culpable de todos. Aquellos que no abren sus corazones a las necesidades y sufrimientos de la humanidad no abrirán sus corazones a las demandas de Dios

como se las declara en los primeros cuatro preceptos del Decálogo. Los ídolos reclaman el corazón y los afectos, y Dios no es honrado ni reina supremo.

Ustedes, como familia, han fracasado tristemente. En el sentido más estricto, no son observadores de los mandamientos. Pueden ser enteramente exactos en algunas cosas, sin embargo descuidan los asuntos más importantes: el juicio, la misericordia y el amor de Dios. Aunque las costumbres del mundo no son nuestro criterio, sin embargo se me ha mostrado que la comprensión compasiva y la benevolencia del mundo hacia los desafortunados en muchos casos avergüenzan a los profesos seguidores de Cristo. Muchos manifiestan indiferencia hacia aquellos a quienes Dios ha colocado entre ellos con el propósito de probarlos, y revelar lo que está en sus corazones. Dios lee. Él anota cada acto de egoísmo, cada acto de indiferencia hacia los afligidos, las viudas y los huérfanos; y anota junto a sus nombres: “Culpables, deficientes, transgresores de la ley”. Seremos recompensados según hayan sido nuestras

obras. Cualquier descuido del deber hacia los necesitados y los afligidos es un descuido del deber hacia Cristo en la persona de sus santos.

Cuando los casos de todos pasen en revista ante Dios, no se formulará la pregunta: ¿Qué profesaron?, sino, ¿qué hicieron? ¿Han sido hacedores de la Palabra? ¿Han vivido egoístamente, o han practicado obras de benevolencia, actos de bondad y amor, dando preferencia a otros antes que a ustedes mismos, y negándose para poder bendecir a otros? Si el registro muestra que ésta ha sido su vida, que sus caracteres se han distinguido por la ternura, la abnegación y la benevolencia, recibirán la bendita certeza y bendición de Cristo: “Bien hecho”. “Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo”. (Mateo 25:34) Cristo se ha apenado y ha sido herido debido a su manifiesto amor egoísta y su indiferencia hacia las aflicciones y necesidades de otros.

Muchas veces nuestros esfuerzos en favor de

otros pueden ser pasados por alto y aparentemente perderse. Pero esto no debiera ser ninguna excusa para que nos cansemos de hacer el bien. Cuán a menudo Jesús ha venido para encontrar fruto en las plantas que están bajo su cuidado y no ha encontrado sino hojas. Podemos chasquearnos ante el resultado de nuestros mejores esfuerzos, pero esto no debiera inducirnos a ser indiferentes ante las aflicciones de otros y a no hacer nada. “Maldecid a Meroz, dijo el ángel de Jehová; maldecid severamente a sus moradores, porque no vinieron al socorro de Jehová, al socorro de Jehová contra los fuertes”. (Jueces 5:23) ¡Cuán a menudo Cristo se chasquea con aquellos que profesan ser sus hijos! Les ha dado evidencias inequívocas de su amor. Él se hizo pobre, para que mediante su pobreza nosotros pudiéramos ser enriquecidos. Murió por nosotros para que pudiéramos no perecer, sino tener vida eterna. ¿Qué habría pasado si Cristo se hubiera negado a llevar nuestra iniquidad porque fue rechazado por muchos y porque tan pocos apreciaron su amor y las bendiciones infinitas que vino a traerles? Necesitamos estimular los esfuerzos pacientes y

cuidadosos. Ahora se necesita el valor, no el abatimiento perezoso ni la murmuración malhumorada. Estamos en este mundo a fin de trabajar para el Maestro y no para analizar nuestras inclinaciones y placeres, con el fin de servirnos y glorificarnos a nosotros mismos. ¿Por qué, entonces, tenemos que ser inactivos y desanimarnos porque no vemos los resultados inmediatos que deseamos?

Nuestra tarea es trabajar en la viña del Señor, no meramente para nosotros mismos, sino para el bien de otros. Nuestra influencia es una bendición o una maldición para otros. Estamos aquí para formar caracteres perfectos para el Cielo. Tenemos algo que hacer además de quejarnos y murmurar frente a las providencias de Dios, y de recriminarnos a nosotros mismos. Nuestro adversario no nos permitirá descansar. Si somos ciertamente los hijos de Dios seremos hostigados y asediados severamente, y no necesitamos esperar que Satanás o aquellos bajo su influencia nos traten bien. Pero hay ángeles sumamente poderosos que estarán con nosotros en todos nuestros conflictos si

tan sólo somos fieles. Cristo conquistó a Satanás en nuestro favor en el desierto de la tentación. Él es más poderoso que Satanás, y en breve lo aplastará bajo nuestros pies.

Ustedes, como familia y como individuos, se han excusado de prestar un servicio ferviente, activo, en la causa de su Maestro. Han sido demasiado indolentes y han dejado que otros lleven muchas de las cargas más pesadas que ustedes podrían y deberían haber llevado. Su fuerza espiritual y sus bendiciones estarán en proporción al trabajo de amor y a las buenas obras que realicen. La orden del apóstol Pablo es: “Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo”. (Gálatas 6:2) La observancia de los mandamientos de Dios requiere de nosotros buenas obras, abnegación, sacrificio propio y devoción para el bien de otros; no es que nuestras buenas obras solas puedan salvarnos, pero seguramente no podemos ser salvos sin buenas obras. Después que hemos hecho todo lo que somos capaces de hacer, tenemos que decir entonces: No hemos hecho nada más que nuestro

deber, y a lo sumo somos siervos inútiles, indignos del favor más pequeño de Dios. Cristo debe ser nuestra justicia y la corona de nuestro regocijo.

La justicia propia y la seguridad carnal los han cercado como un muro. Como familia ustedes poseen un espíritu de independencia y orgullo. Este elemento los separa de Dios. Es una falta, un defecto, que debe ser visto y vencido. Para ustedes es casi imposible ver sus errores y faltas. Tienen una opinión demasiado buena de ustedes mismos, y les resulta difícil ver los errores de sus vidas y quitarlos mediante la confesión. Se sienten inclinados a justificar y defender su conducta en casi todo, ya sea bueno o malo. Mientras no es demasiado tarde para corregir los errores, acerquen sus corazones a Jesús mediante la humillación y la oración, y procuren conocerse a ustedes mismos. Están perdidos a menos que se despierten y trabajen con Cristo. Ustedes se encierran en una armadura fría, insensible, carente de comprensión. Hay poca vida y calor en la relación que tienen con otros. Viven para ustedes, no para Cristo. Son insensibles e indiferentes hacia las necesidades y

condiciones de otros menos afortunados que ustedes. En torno a ustedes están aquellos que tienen hambre del alma y que ansían un amor expresado en palabras y hechos. La comprensión y los verdaderos sentimientos de tierno interés en otros traerían a sus almas bendiciones que ustedes nunca han experimentado todavía y que los pondrían en estrecha relación con nuestro Redentor, cuyo advenimiento al mundo fue con el propósito de hacer bien y cuya vida hemos de imitar. ¿Qué están haciendo por Cristo? “Esforzaos a entrar por la puerta angosta; porque os digo que muchos procurarán entrar, y no podrán”. (Lucas 13:24)

## Ternura y solidaridad en el hogar

Hay muchos en nuestro mundo que están hambrientos del amor y la comprensión que tendría que dárseles. Muchos hombres aman a sus esposas, pero son demasiado egoístas para manifestarles su amor. Tienen orgullo y una dignidad falsa y no mostrarán su amor mediante palabras y hechos. Hay muchos hombres que nunca saben cuán

hambriento está el corazón de la esposa de escuchar palabras de tierno aprecio y afecto. Entierran a sus seres queridos y murmuran contra la providencia de Dios que los ha privado de sus compañeras, cuando, si pudieran mirar en la vida interior de esas compañeras, verían que su propia conducta fue la causa de su muerte prematura. La religión de Cristo nos inducirá a ser amables y corteses y no tan persistentes en nuestras opiniones. Debiéramos morir al yo y estimar a otros como mejores que nosotros mismos.

La Palabra de Dios es nuestra norma, ¡pero cuán lejos de ella se ha apartado su pueblo profeso! Nuestra fe religiosa debe ser no sólo teórica sino práctica. La religión pura y sin mancha no nos permitirá pisotear los derechos de la más pequeña de las criaturas de Dios, mucho menos de los miembros de su cuerpo y los miembros de nuestra propia familia. Dios es amor, y quienquiera que mora en él vive en amor. La influencia del egoísmo mundano, que algunos llevan consigo como una nube, enfriando la misma atmósfera que otros respiran, hace que el alma se enferme y

frecuentemente provoca la muerte.

Para usted será una gran prueba cultivar un amor puro, abnegado, y una benevolencia desinteresada. Renunciar a sus opiniones e ideas, desistir de su juicio y seguir el consejo de otros será una gran prueba para usted. Los diversos miembros de su familia tienen ahora sus propias familias. Pero el mismo espíritu que existió en mayor o en menor medida en la casa paterna se encuentra en los hogares de sus hijos y nietos y lo sienten quienes están fuera del círculo de sus familias. Les falta la dulce sencillez, la ternura semejante a la de Cristo y su amor desinteresado. Tienen que esforzarse para vencer estos rasgos egoístas de carácter a fin de ser sarmientos fructíferos de la Vid verdadera. Cristo dijo: “En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto”. (Juan 15:8) Necesitan traer a Jesús cerca de ustedes, tenerlo en sus hogares y en sus corazones. No sólo debieran tener un conocimiento de lo que es correcto, sino que debieran practicarlo con motivos correctos, teniendo el único propósito de glorificar a Dios. Usted puede ayudar, si cumple

con las condiciones dadas en la Palabra de Dios.

La religión de Cristo es más que hablar. La justicia de Cristo consiste en actos correctos y en buenas obras que proceden de motivos puros y altruistas. La justicia exterior, mientras esté faltando el adorno interior, será en vano. “Este es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él. Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado”. (1 Juan 1:5-7) Si no tenemos la luz y el amor de Dios no somos sus hijos. Si no recogemos con Cristo, esparcimos. Todos ejercemos una influencia, y esa influencia afecta el destino de otros para su bien presente y futuro o para su pérdida eterna.

Ambos, J y K, carecen de comprensión y amor hacia los que están fuera de sus propias familias. Están en peligro de ver los defectos de otros mientras que en ellos existen males mayores no

percibidos. Si estas queridas almas alguna vez han de entrar al cielo, deben morir al yo y obtener una experiencia en el bien hacer. Tienen lecciones que aprender en la escuela de Cristo a fin de perfeccionar caracteres cristianos y mantenerse unidos a Cristo. Dijo Jesús a sus discípulos: “De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos”. (Mateo 18:3) Él les explicó lo que quería decirles. No quería que se volvieran como niños en el entendimiento, sino en la malicia. Los niños no manifiestan sentimientos de superioridad y aristocracia. Son sencillos y naturales en su apariencia. Cristo quisiera que sus seguidores cultivasen modales no afectados, que todo su porte pudiera ser humilde y semejante a Cristo. Nos ha asignado el deber de vivir para el bien de otros. Vino de las cortes reales del cielo a este mundo para mostrar cuán gran interés tenía en el hombre, y el precio infinito pagado por la redención del ser humano muestra que las personas son de un valor tan grande que Cristo sacrificó sus riquezas y honor en las cortes reales para levantarlo de la degradación del pecado.

Si la Majestad del cielo pudo hacer tanto para mostrar su amor por el hombre, ¡qué no debieran estar dispuestos a hacer los hombres para ayudarse mutuamente a salir del abismo de oscuridad y sufrimiento! Dijo Cristo: “Como yo os he amado, que también os améis unos a otros” (Juan 13:34); no con un amor mayor, porque “nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga sus vida por sus amigos” (Juan 15:13) Nuestro amor es frecuentemente egoísta, porque lo confinamos a límites prescritos. Cuando nos coloquemos en estrecha unión y compañerismo con Cristo, nuestro amor y comprensión, así como nuestras obras de benevolencia se profundizarán y ensancharán y fortalecerán con el ejercicio. El amor y el interés de los seguidores de Cristo debe ser tan amplio como el mundo. Aquellos que viven meramente para “mí y lo mío” no alcanzarán el cielo. Dios los llama a ustedes como familia a cultivar el amor, a ser menos sensibles acerca de ustedes mismos y más sensibles a las tristezas y pruebas de otros. El espíritu egoísta que han acariciado toda su vida está representado correctamente por el sacerdote y

el levita que pasaron de largo junto al infortunado. Vieron que necesitaba ayuda, pero lo evitaron deliberadamente.

Cada uno de ustedes necesita despertar y enfrentar honestamente la necesidad de abandonar el tren del egoísmo. Mejoren el breve tiempo de prueba que Dios les da, trabajando con todas sus fuerzas para redimir los fracasos de su vida pasada. Dios los ha colocado en un mundo de sufrimiento para probarlos, para ver si serán hallados dignos del don de la vida eterna. Alrededor de ustedes hay quienes tienen aflicciones, que necesitan palabras de comprensión, amor y ternura, y nuestras oraciones humildes y solidarias. Algunos están sufriendo bajo la mano de hierro de la pobreza, algunos con enfermedad, y otros con angustias, desaliento y tristeza. Como Job, ustedes debieran ser ojos para el ciego y pies para el cojo, e inquirir en la causa que no conocen y estudiarla con el propósito de aliviar sus necesidades y ayudar precisamente donde más ayuda necesitan.

Necesita cultivar amor por su esposa, esa clase

de amor que se expresa en palabras y hechos. Debiera cultivar un afecto tierno. Su esposa tiene una naturaleza sensible, dependiente, y necesita recibir afecto. Cada palabra de ternura, cada expresión de aprecio y de aliento afectuoso, serán recordadas por ella, y redundarán en bendiciones sobre su esposo. Su naturaleza indiferente necesita ser puesta en estrecho contacto con Cristo, para que esa rigidez y reserva fría puedan ser subyugadas y suavizadas por el amor divino. No será un acto de debilidad o un sacrificio de la virilidad y dignidad darle a su esposa expresiones de ternura y comprensión mediante palabras y actos; y que esto no termine dentro del círculo familiar, sino que se extienda a aquellos que están fuera de la familia. L tiene una obra que hacer por sí mismo que nadie puede hacer por él. Puede llegar a ser fuerte en el Señor llevando cargas en su causa. Sus afectos y amor debieran centrarse en Cristo y en las cosas celestiales, y debiera estar formando un carácter para la vida eterna.

La apreciada K tiene ideas muy limitadas de lo que significa ser cristiano. Se ha liberado de las

cargas que Cristo llevó por ella. No está dispuesta a llevar la cruz de Jesús y no ha ejercitado de la mejor manera la capacidad, los talentos, que Dios le ha dado. No ha llegado a ser fuerte en fortaleza moral y en valor, ni ha sentido el peso de la responsabilidad individual. No ha querido sufrir oprobio por causa de Cristo, considerando la promesa: “Si sois vituperados por el nombre de Cristo, sois bienaventurados, porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros”. (1 Pedro 4:14) “Si sufrimos, también reinaremos con él”. (2 Timoteo 2:12) El Maestro tiene un trabajo para que cada uno haga. Ninguno puede estar ocioso, ninguno puede ser negligente y egoísta, y sin embargo perfeccionar un carácter cristiano. Quiere que todos los miembros de su familia abran sus corazones a la influencia benigna del amor y la gracia de Dios, para que su compasión por otros pueda desbordar las fronteras del yo y los cercos de los muros familiares, como hizo el samaritano en favor del extranjero pobre y sufriente a quien el sacerdote y el levita descuidaron y lo dejaron muriéndose. Se me mostró que hay muchos que necesitan nuestra comprensión y consejo; y cuando

consideramos que podemos pasar por este mundo sólo una vez, que nunca podemos regresar para reparar los errores que hemos cometido, ¡cuán importante es que pasemos por él como debemos!

Hace un tiempo se me mostró el caso de J. Le fueron presentados fielmente sus errores y faltas; pero en el último cuadro que se me reveló vi que todavía existían las faltas, que ella era fría y carente de ternura para con los hijos de su esposo. Ella no corrige y reprende meramente por ofensas graves, sino por asuntos triviales que debieran pasarse por alto. La crítica constante es mala, y el Espíritu de Cristo no puede morar en el corazón donde ella existe. J se siente inclinada a pasar por alto lo bueno que hay en sus hijos sin una palabra de aprobación, pero está siempre lista para atacar con censuras si ve alguna falta. Esto siempre desanima a los niños y los induce a formar hábitos de descuido. Despierta lo malo en el corazón y hace que éste arroje lodo y suciedad. En los niños que son censurados habitualmente habrá un espíritu de “No me importa”, y frecuentemente se manifestarán malas pasiones sin considerar las

consecuencias.

Toda vez que la madre pueda hablar una palabra de alabanza por la buena conducta de sus hijos, debiera hacerlo. Debiera animarlos mediante palabras de aprobación y miradas de amor. Esto será como rayos de sol para el corazón de un niño y lo llevará a cultivar el respeto propio y la dignidad de carácter. La hermana J debiera cultivar la ternura y la comprensión. Debiera manifestar tierno afecto por los hijos sin madre que están bajo su cuidado. Esto sería una bendición para esos niños, conferida por el amor de Dios, y recaería sobre ella nuevamente en afecto y amor.

Los niños tienen una naturaleza sensible y amante. Fácilmente se los complace y fácilmente se los hace desdichados. Mediante la disciplina bondadosa con palabras y actos amantes, las madres pueden atar a sus hijos a su corazón. Manifestar severidad y ser exigente con los hijos son grandes errores. La firmeza uniforme y un control sereno son necesarios para la disciplina de cada familia. Diga con calma lo que quiere decir,

proceda en forma considerada, y cumpla con lo que dice sin desviarse.

Usted se verá recompensada al manifestar afecto en su trato con sus hijos. No cause en ellos aversión al no simpatizar con sus juegos infantiles, sus goces y alegrías. Nunca tenga el ceño fruncido ni permita que se escape de sus labios una palabra dura. Dios escribe todas estas palabras en su libro de registros. Las palabras duras agrian el temperamento y hieren los corazones de los niños, y en algunos casos estas heridas son difíciles de sanar. Los niños son sensibles hacia la menor injusticia, y algunos se desaniman por ello y no prestarán atención a las órdenes dichas en voz alta y airadamente ni se inquietarán por las amenazas de castigo. Demasiado frecuentemente se afirma la rebelión en los corazones de los hijos a través de la disciplina equivocada de los padres, cuando si se hubiera seguido una conducta apropiada, los niños habrían formado caracteres buenos y armoniosos. Una madre que no tiene perfecto control de sí misma no es idónea para tener la conducción de los hijos.

El hermano M está moldeado por el temperamento enérgico de su esposa. En cierta medida se ha vuelto egoísta como ella. Su mente está ocupada casi completamente por “mí y lo mío”, con exclusión de otras cosas infinitamente más importantes. No ocupa su lugar en la familia como padre de su rebaño ni lleva una conducta uniforme con sus hijos, libre de prejuicios y de influencias. Su esposa no es una verdadera madre para sus hijos sin madre, y jamás podrá serlo sin una transformación. El hermano M, como padre de sus hijos, no ha permanecido en el puesto que Dios quisiera. Estos niños sin madre son pequeñitos de Dios, preciosos a su vista. El hermano M tiene por naturaleza un carácter tierno, refinado, afectuoso, generoso y sensible, mientras que su esposa es exactamente lo opuesto. En vez de que él moldeé y suavice el carácter de su esposa, ella lo está transformando a él.

Él piensa que a fin de tener paz debe ignorar lo que le preocupa. Ha descubierto que no debe esperar que su esposa se someta y ceda su opinión.

Ella dominará; llevará a la práctica sus ideas a cualquier costo. A menos que ambos se empeñen seriamente en sus esfuerzos por reformarse, no obtendrán la vida eterna. Han tenido luz, pero se han descuidado en seguirla. El amor egoísta al mundo ha cegado sus percepciones y endurecido sus corazones. J necesita ver que a menos que ponga a un lado su egoísmo, y venza su voluntad y su mal genio, no puede tener el cielo. Ella echaría a perder todo el cielo con estos elementos de su carácter. Amonesto a la Hermana J que se arrepienta. Le ruego en el nombre de mi Maestro que se despierte rápidamente de su indiferencia estúpida, que preste atención al consejo del Testigo Fiel y Verdadero, y que se arrepienta celosamente, porque está poniendo su alma en peligro.

Dios es misericordioso. Aceptará ahora la ofrenda de un corazón quebrantado y un espíritu contrito. ¿Se excusará la hermana J como lo hicieron el levita y el sacerdote, de no ver y sentir las aflicciones de otros, y seguirá de largo? Dios la considera responsable de descuidar el deber al no manifestar compasión y amor hacia los

desafortunados. Ella no guarda los mandamientos de Dios que le muestran claramente su deber hacia su prójimo. Cristo le dijo al intérprete de la ley: “Haz esto, y vivirás”. (Lucas 10:28) Así que un descuido del deber hacia nuestro prójimo resultará en nuestra pérdida de la vida eterna.

## Exclusividad de la familia

K, pobre criatura, como muchos otros tiene por delante un trabajo que nunca había soñado. Se ha apartado de Dios. Sus pensamientos se concentran demasiado en ella misma, y busca agradar al mundo, no mediante el amor desinteresado por las almas, tratando de guiarlas a Cristo, sino por su falta de espiritualidad y su conformidad con el mundo en espíritu y en obras. Ella debiera morir al yo y obtener una experiencia en el bien hacer. Es fría y carente de ternura. Necesita que todo este espíritu glacial e inaccesible sea subyugado, que sea derretido con el sol del amor de Cristo. Se encierra mucho en sí misma. Dios vio que era una pobre planta raquítica, que no llevaba fruto, nada sino hojas. Los pensamientos de ella estaban

ocupados casi exclusivamente con “mí y mío”. Misericordiosamente él ha estado podando esta planta de su amor, cortando las ramas, para que las raíces puedan entrar más profundamente. Ha estado tratando de atraer a esta hija a sí mismo. Su vida religiosa ha sido casi enteramente estéril. Ella es responsable por el talento que Dios le ha dado. Puede ser útil, puede ser una colaboradora de Cristo si derriba el muro de egoísmo que la ha aislado de la luz y el amor de Dios.

Hay muchos que necesitan nuestra comprensión y consejo, pero no aquel consejo que implica superioridad en el dador e inferioridad en el recipiente. K necesita el amor suavizador y enternecedor de Dios en su corazón. Las miradas y tonos de la voz debieran modularse con cuidadosa consideración y con un amor tierno y deferente. Cada mirada y cada tono de voz que implica la idea de “Soy superior”, enfrían la atmósfera de su presencia y se asemeja más a un carámbano que a un rayo de luz que da calor. Mi hermana, su influencia es categórica. Usted moldea a aquellos con quienes se asocia, o de lo contrario no puede

estar de acuerdo con ellos. No tiene la menor intención de ser moldeada por la mejor influencia de otros ni de ceder su juicio y sus opiniones ante ellos. Usted razonará buscando su conveniencia y justificará sus ideas y su conducta. Si no convence a otros, recurrirá vez tras vez al mismo punto. Este rasgo de su carácter sería valioso si estuviera santificado para Dios y controlado por su Espíritu Santo; pero si no, resultará en una maldición para usted y una maldición para otros. Afirmaciones y consejos que tienen el sabor de un espíritu dictatorial no son un buen fruto. Usted necesita el amor enternecedor de Cristo en su corazón, el cual se reflejará en todos sus actos hacia su familia y hacia todos los que son colocados bajo su influencia.

Temo, temo grandemente, que J no llegará al cielo. Ama tanto al mundo y las cosas del mundo que no le sobra amor para Jesús. Está tan cubierta de egoísmo que la luz iluminadora del cielo no puede penetrar las paredes frías, oscuras, del amor propio y la autoestima que ella ha estado construyendo por toda una vida. El amor es la llave

para abrir los corazones, pero la preciosa planta del amor no ha sido cultivada. J ha cegado por tanto tiempo sus ojos a su egoísmo que ahora no puede discernirlo. Ha tenido tan poca religión experimental que en el corazón ella es del mundo, y me temo que este mundo es todo el cielo que ella alguna vez tendrá. Su influencia sobre su esposo no es buena. Ha sido desviado por ella y no ve la necesidad de ser fortalecido por la gracia de Dios para mantenerse de parte de lo recto con verdadero valor moral. Ella no sólo falla en comprender y hacer la obra que Dios le requiere, sino que ejerce una influencia irresistible para retener a su esposo y atarle las manos. Y en gran medida ha tenido éxito. Él está cegado.

El hermano M debiera considerar que Dios tiene derechos sobre él que están por encima de toda relación terrenal. Necesita el colirio, las vestiduras blancas y el oro, para que pueda tener un carácter simétrico y una abundante entrada en el reino de Dios. Nada sino una conversión completa puede alguna vez abrir el alma de su esposa para ver sus errores y confesar sus faltas. Ella tiene que

hacer grandes cambios, que no ha hecho porque no ha comprendido su verdadera condición y no ha podido ver la necesidad de una reforma. Lejos de estar dispuesta a aprender del Maestro celestial, que era manso y humilde de corazón, ella considera que la mansedumbre es servilismo; y estima como degradante y humillante un espíritu digno, y la humildad de corazón para considerar a otros mejores que ella.

J tiene un espíritu terminante, autoritario, orgulloso y voluntarioso. No ve nada particularmente deseable en un espíritu manso Exclusividad de la familia 547 y calmado para que ella lo ambicione. Para ella este valioso ornamento posee tan poco valor que no puede consentir en usarlo. Demasiado frecuentemente tiene un espíritu de resentimiento que está tan opuesto al Espíritu de Dios como el este está del oeste. La verdadera bondad es una joya de gran valor a la vista de Dios. Un espíritu manso y sereno no estará siempre buscando la felicidad para sí, sino que procurará olvidarse de sí mismo y encontrará dulce contentamiento y verdadera satisfacción en hacer

felices a otros.

En la providencia de Dios, la hermana N ha sido separada de la familia de su padre. Aunque comparte con otros las características de la relación familiar, el hecho de llevar grandes responsabilidades la ha inducido a olvidarse de ella misma y la ha interesado en las aflicciones ajenas. En cierta medida, ha abierto su corazón en solidaridad y amor por la familia de Dios, interesándose en los demás. La obra y la causa de Dios han ocupado su atención. En cierto grado, ha sentido que los pobres mortales caídos son una gran hermandad. Ha tenido que educarse para pensar por otros, actuar por otros, y olvidarse del yo; y sin embargo no ha cultivado por otros, tan cabalmente como debiera, el interés, la comprensión y el afecto que los seguidores de Cristo necesitan. Necesita tener más compasión y ser menos justicieros y rígidos. Cuando daba su interés y tiempo al gran tema de la reforma pro salud procuró alcanzar a otros aparte de sí misma. Al hacerlo fue bendecida. Cuanto más hace por el bien de otros, más cosas encuentra para hacer y

más se siente inclinada a realizar.

Su trabajo por otros frecuentemente la lleva donde se necesita ejercer fe para poder superar situaciones penosas. Pero son contestadas oraciones fervientes, y la fe, el amor y la confianza en Dios se fortalecen. Se gana experiencia mediante reiteradas perplejidades y pruebas. Dios está moldeando el corazón en algo más semejante a él mismo. Y sin embargo el yo clama constantemente por obtener la victoria. La hermana N necesita cultivar más ternura y solícito interés en su trato diario con los demás. Necesita esforzarse para subyugar el yo. Si es ciertamente una cristiana sentirá que debe dedicar la mejor parte de su vida, y si es necesario toda la vida, al trabajo altruista y paciente y así mostrar su amor por el Maestro. Sin esta experiencia no alcanzará la perfección del carácter cristiano.

La hermana N ha dado algunos pasos de progreso, y la farnilia considera que ella los ha abandonado, lo cual es una prueba muy dolorosa para ellos. No sienten que tenga ahora los mismos

intereses y afectos y objetivos en la vida como ellos. Creen que ya no pueden gozar más, como antes, el compañerismo de su hermana. Consideran que es culpable, que ha cambiado, y que sus simpatías ya no se identifican más con las de ellos. La razón de esta falta de integración de sentimientos es que la hermana N ha ido avanzando en la experiencia de ser sensible a las aflicciones de los demás, mientras que ellos han sido siervos perezosos, que no están realizando la obra que Dios les ha dado que hagan en la tierra. Consecuentemente han estado retrocediendo. La familia ha limitado egoístamente sus intereses y afectos a ellos mismos y al amor al mundo.

N ha sido una obrera en una causa buena. La reforma pro salud ha sido para ella un tema de gran importancia, porque su experiencia le ha mostrado su necesidad. La familia de su padre no ha visto la necesidad de la reforma pro salud. No han percibido la parte que desempeña en la obra final de estos últimos días, porque no han estado dispuestos a ver. Se han colocado en la rodada del carruaje de la costumbre, y es una tarea difícil

hacer el esfuerzo que se necesita para salir de ella. Preferirían que se los dejara solos. Es algo terrible oxidarse debido a la inacción. Pero esta familia seguramente será pesada en las balanzas del cielo y hallada en falta a menos que comiencen inmediatamente a hacer algo. “Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él” (Romanos 8:9) Éste es un lenguaje definido. ¿Quién puede resistir la prueba? La Palabra de Dios es para nosotros una reproducción de la mente de Dios y de Cristo; también del hombre caído y del hombre renovado a la imagen de Cristo, poseyendo la mente divina. Podemos comparar nuestros pensamientos, sentimientos e intenciones con el retrato de Cristo. No tenemos relación con él a menos que estemos dispuestos a realizar las obras de Cristo.

Cristo vino para hacer la voluntad de su Padre. ¿Estamos siguiendo en sus pasos? Todos los que llevan el nombre de Cristo debieran estar buscando constantemente una relación más íntima con él, para que puedan caminar incluso como él caminó, y hacer las obras de Cristo. Debiéramos apropiarnos de las lecciones de su vida para

nuestras vidas. Cristo “se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras”. (Tito 2:14) “En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos”. (1 Juan 3:16) He aquí la obra de abnegación que debemos abrazar con alegría, en imitación del ejemplo de nuestro Redentor. La vida del cristiano debe ser una vida de conflicto y de sacrificio. Debiera seguirse la senda del deber, no la senda de la inclinación y la preferencia.

Cuando la familia del hermano I vea el trabajo que tienen por delante y realicen la obra que Dios les ha dejado para hacer, no estarán tan ampliamente separados del hermano y la hermana O, de la hermana N ni de aquellos que trabajan en unión con el Maestro. Puede requerir tiempo alcanzar la perfecta sumisión a la voluntad de Dios, pero jamás podemos conformarnos con menos que eso y ser idóneos para el cielo. La verdadera religión conducirá a su poseedor a la perfección. Sus pensamientos, palabras y acciones, como

también sus apetitos y pasiones, deben ser puestos en sujeción a la voluntad de Dios. Usted debe llevar fruto en santidad. Entonces será guiado para defender a los pobres, a los huérfanos y a los afligidos. Hará justicia a la viuda y aliviará al necesitado. Usted hará justicia, amará la misericordia, y caminará humildemente delante de Dios.

Si queremos caminar en la luz debemos permitir que Cristo entre en nuestros corazones y en nuestros hogares. Debiera hacerse del hogar todo lo que la palabra implica. Debería ser un pequeño cielo en la tierra, un lugar donde se cultiven los afectos en vez de que se los reprima deliberadamente. Nuestra felicidad depende de que cultivemos el amor, la comprensión y la verdadera cortesía mutua. La razón por la que hay tantos hombres y mujeres de corazón duro en nuestro mundo es porque el verdadero afecto ha sido considerado como debilidad y se lo ha desalentado y reprimido. La mejor parte de la naturaleza de personas de esta clase fue pervertida y deformada en la infancia, y a menos que los rayos de la luz

divina puedan derretir su frialdad y su egoísmo insensible, la felicidad de los tales está enterrada para siempre. Si queremos tener corazones tiernos, como tuvo Jesús al estar en la tierra, y compasión santificada, como los ángeles la tienen por los mortales pecadores, debemos cultivar esa ternura de la infancia, que no tiene doblez. Entonces seremos refinados, elevados y dirigidos por principios celestiales.

Un intelecto cultivado es un gran tesoro; pero sin la influencia suavizadora de la ternura y el amor santificado, no es de mayor valor. Debiéramos tener palabras y hechos de amorosa consideración hacia otros. Podemos manifestar mil pequeñas atenciones en palabras amigables y miradas agradables, lo cual se reflejará sobre nosotros nuevamente. Los cristianos desconsiderados manifiestan por su descuido de los demás que no están unidos a Cristo. Es imposible estar unidos a Cristo y sin embargo ser poco amables con otros y olvidarnos de sus derechos. Muchos anhelan intensamente ser objeto de la comprensión y la amistad. Dios nos ha dado a cada uno de nosotros

una identidad propia, que no puede fusionarse en la de otra persona; pero nuestras características individuales serán mucho menos prominentes si ciertamente somos de Cristo y su voluntad es la nuestra. Nuestras vidas debieran estar consagradas al bien y a la felicidad de otros, como estuvo la de nuestro Salvador. Debiéramos olvidarnos del yo, buscando siempre oportunidades, aun en las cosas pequeñas, para mostrar gratitud por los favores que hemos recibido de otros, y estando atentos para ver oportunidades de alegrar a otros y aligerar y aliviar sus tristezas y cargas mediante actos de tierna bondad y pequeños actos de amor. Estas atentas cortesías que, comenzando en nuestras familias, se extienden fuera del círculo familiar, contribuyen a formar la suma de la felicidad de la vida; y el descuido de estas cosas pequeñas constituye la suma de la amargura y tristeza de la vida.

Es la obra que hacemos o que dejamos de hacer lo que impacta con tremendo poder en nuestras vidas y destinos. Dios nos pide que aprovechemos toda oportunidad que se nos ofrece para ser útiles. El descuido en hacer esto es peligroso para nuestro

crecimiento espiritual. Tenemos una gran obra que hacer. No pasemos en ociosidad las horas preciosas que Dios nos ha dado para perfeccionar caracteres para el cielo. No debemos ser inactivos o perezosos en esta obra, porque no tenemos un momento para perder sin un propósito u objetivo. Dios nos ayudará a vencer nuestros errores si oramos y creemos en él. Podemos ser más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Cuando la corta vida en este mundo termine, y veamos como somos vistos y conozcamos como somos conocidos, cuán breves en duración y cuán pequeñas nos parecerán las cosas de este mundo en comparación con la gloria del mundo mejor. Cristo nunca habría dejado las cortes celestiales y tomado la humanidad, ni se habría hecho pecado por la raza humana, si no hubiera visto que el hombre, con su ayuda, podría llegar a ser infinitamente feliz y obtener riquezas perdurables y una vida que correría paralela con la vida de Dios. Sabía que sin su ayuda el hombre pecador no podría alcanzar estas cosas.

Deberíamos tener un espíritu de progreso. Debemos estar en guardia continuamente contra la

tendencia a concentrarnos en nuestras opiniones, sentimientos y acciones. La obra de Dios va hacia delante. Deben efectuarse reformas, y debemos aferrarnos al carro de la reforma y ayudar a que éste avance. Cada cristiano necesita ahora energía mitigada con paciencia, y ambición equilibrada con sabiduría. Se nos ha dejado a nosotros, los discípulos de Cristo, la obra de salvar almas. Ninguno de nosotros está excusado. Muchos se han achicado y empequeñecido en su vida cristiana debido a la inacción. Debiéramos emplear diligentemente nuestro tiempo mientras estamos en este mundo. ¡Cuán fervientemente debiéramos aprovechar cada oportunidad de hacer bien, de traer a otros al conocimiento de la verdad! Nuestro lema debiera ser siempre: “Hacia adelante, más arriba”, avanzando segura y firmemente al deber y a la victoria.

Se me ha mostrado en cuanto a los individuos mencionados que Dios los ama y que los salvará si ellos quieren ser salvados en la manera establecida por el Señor. “Y se sentará para afinar y limpiar la plata; porque limpiará a los hijos de Leví, los

afinará como a oro y como a plata, y traerán a Jehová ofrenda en justicia. Y será grata a Jehová la ofrenda de Judá y de Jerusalén, como en los días pasados, y como en los años antiguos". (Malaquías 3:3, 4) Éste es el proceso de refinación y purificación que realiza el Señor de los ejércitos. Es una obra muy penosa para el alma, pero es el único proceso por el cual pueden eliminarse las escorias e impurezas contaminadoras. Nuestras pruebas son todas necesarias para acercarnos a nuestro Padre celestial en obediencia a su voluntad, para que podamos llevar al Señor una ofrenda de justicia. A cada una de las personas cuyos nombres se mencionan aquí Dios les ha dado capacidades y talentos que deben aprovechar. Cada uno necesita una experiencia nueva y viva en la vida divina, a fin de hacer la voluntad de Dios. Ninguna experiencia pasada nos bastará para el presente, ni nos fortalecerá para vencer las dificultades de nuestra senda. Debemos tener diariamente nueva gracia y fortaleza para ser victoriosos.

Con muy poca frecuencia somos colocados dos veces en circunstancias exactamente iguales.

Abraham, Moisés, Elías, Daniel y muchos otros fueron todos probados duramente, pero no de la misma manera. Cada uno tiene sus pruebas individuales en el drama de la vida. Pero es muy raro que se presenten dos veces las mismas pruebas. Cada uno tiene su propia experiencia peculiar, según su carácter y circunstancias, para realizar cierta obra. Dios tiene una obra, un propósito en la vida de cada uno de nosotros. Cada acto, por pequeño que sea, tiene su lugar en la experiencia de nuestra vida. Debemos tener continuamente la luz y la experiencia que provienen de Dios. Todos necesitamos estas cosas, y Dios está más que dispuesto a que las tengamos si queremos aceptarlas. Él no ha cerrado las ventanas de los cielos a nuestras oraciones, pero ustedes se han sentido satisfechos con seguir adelante sin la ayuda divina que tanto necesitan.

¡Cuán poco reconocen la influencia de sus actos diarios sobre la historia ajena! Tal vez piensan que lo que hagan o digan no tendrá seria repercusión, cuando los resultados más importantes para el bien o para el mal son la consecuencia de

sus palabras y acciones. Las palabras y las acciones consideradas pequeñas y sin importancia, son eslabones en la larga cadena de los sucesos humanos. Ustedes no han sentido la necesidad de que Dios nos manifieste su voluntad en todos los actos de nuestra vida diaria. En el caso de nuestros primeros padres, el deseo de satisfacer una sola vez el apetito abrió las compuertas de la desgracia y el pecado sobre el mundo. Ojalá que ustedes, mis amadas hermanas, comprendieran que cada paso que dan puede tener una influencia duradera y dominante sobre sus vidas y el carácter de otros. ¡Oh, cuánta necesidad hay, pues, de comunión con Dios! ¡Qué necesidad de gracia divina para dirigir cada paso, y mostrarnos cómo desarrollar un carácter cristiano!

Los cristianos tendrán que pasar por nuevas escenas y nuevas pruebas, donde la experiencia pasada no podrá ser una guía suficiente. Tenemos mayor necesidad de aprender del divino Maestro ahora que en cualquier otro período de nuestra vida. Cuanto más experiencia ganemos, cuanto más nos acerquemos a la luz pura del cielo, tanto mayor

número de defectos discerniremos que es necesario reformar en nosotros. Todos podemos hacer una buena obra en beneficio de los demás, si procuramos el consejo de Dios y lo seguimos con obediencia y fe. La senda de los justos es progresiva, y va de fuerza en fuerza, de gracia en gracia, y de gloria en gloria. La iluminación divina aumentará más y más; corresponderá a nuestros movimientos de adelanto, y nos preparará para afrontar las responsabilidades y emergencias que nos esperan.

Cuando las pruebas los rodean, cuando el abatimiento y la sombría incredulidad dominan sus pensamientos, cuando el egoísmo amolda sus acciones, no ven la necesidad que tienen de Dios, ni de un conocimiento profundo y cabal de su voluntad. No conocen la voluntad de Dios, ni pueden conocerla mientras viven para el yo. Confían en sus buenas intenciones y resoluciones, y la suma principal de sus vidas se compone de resoluciones hechas y resoluciones quebrantadas. Lo que todos necesitan es morir al yo, dejar de aferrarse a él y entregarse a Dios. Yo gustosamente

los consolaría si pudiera. Gustosamente alabaría sus buenas cualidades, buenos propósitos y buenos actos; pero Dios no se complació en mostrármelos. Me presentó las cosas que les impiden ganar el carácter noble y elevado de la santidad que necesitan para no perder el reposo celestial y la gloria inmortal que él los quisiera ver alcanzar. Aparten los ojos de ustedes mismos y diríjanlos a Jesús. Él es todo en todos. Los méritos de la sangre de un Salvador crucificado y resucitado bastarán para purificarlos del menor y del mayor pecado. Con fe y confianza, entreguen la custodia de sus almas a Dios, como a un Creador fiel. No alberguen continuamente aprensiones y temores de que Dios los abandonará. No lo hará nunca a menos que os aparten de él. Cristo vendrá y morará con ustedes si le abren la puerta de su corazón. Puede haber perfecta armonía entre ustedes y el Padre y su Hijo, si quieren morir al yo y vivir para Dios.

¡Cuán pocos se dan cuenta de que tienen ídolos favoritos y acarician pecados! Dios ve estos pecados que ustedes quizás no ven, y obra con su

podadera para separarlos de ustedes. Todos quieren elegir por cuenta propia el proceso de purificación. ¡Cuánto les cuesta someterse a la crucifixión del yo! Pero cuando se somete todo a la obra del Dios que conoce nuestras debilidades y nuestra pecaminosidad, él emplea el mejor método para producir los resultados deseados. Enoc anduvo con Dios por medio de un conflicto constante y una fe sencilla. Todos podemos hacer lo mismo. Ustedes pueden convertirse, transformarse cabalmente, ser de veras hijos de Dios, y disfrutar no sólo del conocimiento de su voluntad, sino conducir también por su ejemplo a otros por la misma senda de humilde obediencia y consagración. La verdadera piedad se difunde y comunica. El salmista dice: “No encubrí tu justicia dentro de mi corazón; he publicado tu fidelidad y tu salvación; no oculté tu misericordia y tu verdad en grande asamblea”. (Salmos 40:10) Dondequiera que haya amor de Dios, hay siempre un deseo de expresarlo. Dios les ayude a todos a hacer esfuerzos fervientes para ganar la vida eterna y conducir a otros por la senda de la santidad.

Capítulo 48

# El pecado de la codicia

Querido hermano P: Haré un esfuerzo más para amonestarlo a que se esfuerce para ganar el reino. Se le ha dado amonestación tras amonestación, a las que usted no ha prestado atención. Pero, oh, si usted aun ahora quisiera arrepentirse de su conducta pasada equivocada y volverse al Señor, podría no ser demasiado tarde para corregir los errores. Todas las facultades de su mente han sido dedicadas a conseguir dinero. Usted ha adorado el dinero. Ha sido su dios. La vara de corrección de Dios pende sobre usted. Sus juicios pueden sorprenderle en cualquier momento y usted ir a la tumba sin estar listo, con sus vestiduras sucias y manchadas con la corrupción del mundo. ¿Cuál es su registro en el cielo? Cada dólar que usted ha acumulado ha sido como un eslabón extra en la cadena que lo sujeta a este pobre mundo. Su pasión por hacer ganancias se ha ido fortaleciendo continuamente. Su gran preocupación ha sido cómo podría obtener más recursos. Usted ha tenido una

experiencia terrible, que debería ser una advertencia para aquellos que permiten que el amor al mundo tome posesión de sus almas. Usted ha llegado a ser un esclavo de las riquezas. ¿Qué dirá cuando el Maestro le pida cuenta de su mayordomía? Usted ha permitido que el afán por conseguir dinero llegue a ser la pasión dominante de su vida. Está tan intoxicado con el amor al dinero como el ebrio lo está con su licor.

Jesús ha intercedido para que el árbol infructífero pueda ser preservado un poco más de tiempo y yo le ruego una vez más que realice no un esfuerzo débil, sino uno muy intenso, para alcanzar el reino. Líbrese de la trampa de Satanás antes que la palabra, “es dado a ídolos; déjalo” (Oseas 4:17), sea dicha con respecto a usted en el cielo. Todos los amantes del dinero, como usted, un día clamarán con amarga angustia: “¡Oh, el engaño de las riquezas! He vendido mi alma por dinero”. Su única esperanza ahora es no dar ningún paso equivocado, sino hacer un vuelco completo al respecto. Llame resueltamente en su ayuda a la fuerza de voluntad que usted por tanto tiempo ha

ejercido en la dirección equivocada, y ahora trabaje en la dirección opuesta. Ésta es la única manera para que usted venza la codicia.

Dios ha abierto caminos por los cuales la codicia puede ser vencida: realizando actos de benevolencia. Por su vida usted está diciendo que estima los tesoros del mundo más altamente que las riquezas inmortales. Usted está diciendo: “Adiós, cielo; adiós, vida inmortal; he elegido este mundo”. Usted está canjeando la perla de gran precio por ganancias presentes. Mientras Dios así lo amonesta, mientras en su providencia él ya ha colocado sus pies en el río oscuro, por decirlo así, ¿se atreverá usted a cultivar su propensión a amar el dinero? ¿Se extralimitará, como el acto último de una vida malgastada, y retendrá aquello que con justicia es de otro? ¿Razonará creyendo que está haciendo justicia a su hermano? ¿Añadirá otro acto de intriga y engaño a los ya escritos contra usted en los registros de arriba? ¿Caerá sobre usted el golpe del juicio retributivo de Dios y será llamado, sin advertencia, a cruzar las aguas oscuras?

Nuestro Salvador reprendió el pecado de la codicia frecuente y seriamente. “Y les dijo: Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee. También les refirió una parábola, diciendo: La heredad de un hombre rico había producido mucho. Y él pensaba dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, porque no tengo dónde guardar mis frutos? Y dijo: Esto haré: derribaré mis graneros, y los edificaré mayores, y allí guardaré todos mis frutos y mis bienes; y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repósate, come, bebe, regocíjate. Pero Dios le dijo: Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será? Así es el que hace para sí tesoro, y no es rico para con Dios” (Lucas 12:15-21)

Dios ha hecho una ley para su pueblo indicando que una décima parte de todas las ganancias serán de él. Yo les he dado, dice Dios, nueve décimas partes; pido una décima parte de todas las ganancias. El hombre rico ha retenido esa décima parte que le pertenece a Dios. Si él no hubiera

hecho esto, si hubiera amado a Dios supremamente en vez de amarse y servirse a sí mismo, no habría acumulado tan grandes tesoros hasta el punto de que no hubiera espacio para colocarlos. Si él hubiese otorgado sus bienes a sus hermanos pobres para suplir sus necesidades, no habría habido necesidad de derribar los graneros y construirlos más grandes. Pero él ha hecho caso omiso de los principios de la ley de Dios. No ha amado al Señor con todo su corazón y a su prójimo como a sí mismo. Si él hubiera usado su riqueza como un regalo que Dios le había prestado con el cual hacer bien a otros, habría depositado tesoros en el cielo y sido rico en buenas obras.

La extensión y la utilidad de la vida no consisten en la cantidad de nuestras posesiones terrenales. Aquellos que usan su riqueza en hacer bien no verán la necesidad de acumular muchos bienes en este mundo; porque el tesoro que se usa para hacer avanzar la causa de Dios y que es dado a los necesitados en el nombre de Cristo, es dado a Cristo, y él lo deposita por nosotros en el banco del cielo en alforjas que no envejecen. El que hace esto

es rico para con Dios, y su corazón estará donde sus tesoros estén seguros. El que usa humildemente lo que Dios le ha dado para el honor del Dador, ofrendando generosamente como él ha recibido, en todos sus negocios puede sentir paz y la certeza de que la mano de Dios está sobre él para bien, y él mismo llevará el sello de Dios, teniendo la sonrisa del Padre.

Muchos han sentido compasión por la suerte del Israel de Dios, que se sentía constreñido a dar sistemáticamente, además de dar ofrendas anuales liberales. Un Dios omnisapiente sabía mejor qué sistema de benevolencia estaría en armonía con su providencia, y le dio a su pueblo instrucciones al respecto. Siempre se ha demostrado que para ellos nueve décimas partes valen más que diez décimas. Aquellos que han pensado aumentar sus ganancias reteniendo lo que es de Dios, o trayéndole una ofrenda inferior -- el animal cojo, ciego o enfermo --, con toda seguridad sufren pérdidas.

La Providencia, aunque invisible, siempre interviene en los asuntos de los hombres. La mano

de Dios puede prosperar o retener, y él frecuentemente le retiene a uno mientras parece prosperar a otro. Todo esto es para probar a los hombres y revelar lo que hay en el corazón. Permite que la desgracia sorprenda a un hermano mientras que prospera a otros para ver si aquellos a quienes él favorece tienen delante de sus ojos el temor de Dios y cumplen el deber que se les ha ordenado en su Palabra de amar a su prójimo como a ellos mismos y de ayudar a sus hermanos más pobres en base al amor de hacer el bien. Los actos de generosidad y benevolencia fueron concebidos por Dios para mantener tiernos y llenos de compasión los corazones de los hijos de los hombres, y para estimular en ellos un interés y afecto mutuo en imitación del Maestro, quien por nuestra causa se hizo pobre, para que a través de su pobreza nosotros fuéramos enriquecidos. La ley del diezmo fue fundada sobre un principio permanente y fue ideada para ser una bendición para el hombre.

El sistema de benevolencia fue dispuesto para prevenir el grave mal de la codicia. Cristo vio que en la práctica de los negocios el amor a las riquezas

sería la mayor causa de la extirpación de la verdadera piedad del corazón. Vio que el amor al dinero congelaría en forma profunda y dura las almas de los hombres, deteniendo la corriente de impulsos generosos y cerrando sus sentidos a las necesidades del sufriente y el afligido. “Prestad atención -- fue su advertencia repetida a menudo --, y guardaos de la codicia”. “No podéis servir a Dios y a las riquezas”. (Mateo 6:24) Las advertencias reiteradas e impresionantes de nuestro Redentor están en contraste marcado con las acciones de sus profesos seguidores que evidencian en sus vidas tan grande avidez de ser ricos y que muestran que no saben apreciar las palabras de Cristo. La codicia es uno de los pecados más comunes y populares de los últimos días, y tiene una influencia paralizadora sobre el alma.

Hermano P, el deseo de riquezas ha sido la idea central de su mente. Esta pasión por conseguir dinero ha embotado todo motivo elevado y noble, y lo ha vuelto indiferente a las necesidades e intereses de otros. Usted se ha hecho casi tan insensible como un pedazo de hierro. Su oro y su

plata se han corrompido, y han llegado a ser una úlcera devoradora para el alma. Si su benevolencia creciera con sus riquezas, usted habría considerado el dinero como un medio por el cual podría hacer el bien. Nuestro Redentor, que conocía el peligro del hombre respecto a la codicia, ha provisto una salvaguardia contra este terrible mal. Ha dispuesto el plan de salvación de tal modo que comience y termine con benevolencia. Cristo se ofreció a sí mismo, un sacrificio infinito. Esto, en sí y por sí, va directamente en contra de la codicia y exalta la benevolencia.

La benevolencia constante y abnegada es el remedio de Dios para los pecados ulcerosos del egoísmo y la codicia. Dios ha dispuesto que la benevolencia sistemática sostenga su causa y alivie las necesidades de los sufrientes y menesterosos. Ha ordenado que la dadivosidad se convierta en un hábito que puede contrarrestar el pecado peligroso y engañoso de la codicia. Dar continuamente da muerte a la codicia. La benevolencia sistemática está concebida en el plan de Dios para arrancarle los tesoros al codicioso tan pronto como son

ganados y consagrarlos al Señor, a quien le pertenecen.

Este sistema está dispuesto de tal manera que los hombres pueden dar algo de su salario cada día y poner aparte para su Señor una porción de las ganancias de cada inversión. La práctica constante del plan de Dios de la benevolencia sistemática debilita la codicia y fortalece la benevolencia. Si las riquezas aumentan, los hombres, aun los que profesan piedad, colocan sus corazones en ellas; y cuanto más tienen, menos dan a la tesorería del Señor. Así las riquezas hacen egoístas a los hombres y su acumulación alimenta la codicia; y estos males se fortalecen mediante el ejercicio activo. Dios conoce nuestro peligro y nos ha protegido contra él con medios que previenen nuestra propia ruina. Se requiere el ejercicio constante de la benevolencia, para que la fuerza del hábito en las buenas obras pueda quebrar la fuerza del hábito en una dirección opuesta.

Dios requiere una asignación de medios a objetivos benevolentes cada semana, para que en el

ejercicio frecuente de esta buena cualidad el corazón pueda mantenerse abierto como una corriente que fluye sin permitir que se cierre. Mediante el ejercicio, la benevolencia constantemente se agranda y fortalece, hasta que llega a ser un principio y reina en el alma. Es altamente peligroso para la espiritualidad concederle al egoísmo y la codicia el más pequeño lugar en el corazón.

La Palabra de Dios tiene mucho que decir en cuanto a sacrificio. Las riquezas proceden del Señor y a él pertenecen. “Las riquezas y la gloria proceden de ti”. (1 Crónicas 29:12) “Mía es la plata, y mío es el oro, dice Jehová de los ejércitos”. (Hageo 2:8) “Porque mía es toda bestia del bosque, y los millares de animales en los collados”. (Salmos 50:10) “De Jehová es la tierra y su plenitud; el mundo, y los que en él habitan” (Salmos 24:1) Es el Señor tu Dios quien te da el poder para obtener riquezas.

Las riquezas, por ellas mismas, son transitorias y poco satisfactorias. Se nos amonesta a no confiar

en riquezas inciertas. “Las riquezas se harán alas como alas de águila, y volarán al cielo” (Proverbios 23:5) “No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan”. (Mateo 6:19)

Las riquezas no proporcionan alivio en las más grandes angustias del hombre. “No aprovecharán las riquezas en el día de la ira”. (Proverbios 11:4) “Ni su plata ni su oro podrá librarlos en el día de la ira de Jehová”. (Sofonías 1:18) “Por lo cual teme, no sea que en su ira te quite con golpe, el cual no puedas apartar de ti con gran rescate”. (Job 36:18) Esta advertencia, mi hermano, es apropiada en su caso.

Hermano P, ¿qué provisión ha hecho para la vida eterna? ¿Tiene usted un buen fundamento para hacer frente al tiempo venidero, que le asegurará los goces de la vida eterna? ¡Oh, quiera Dios despertarlo! Ojalá, mi querido hermano, que usted comience ahora, precisamente ahora, a trabajar fervientemente para colocar algunas de sus ganancias y riquezas en la tesorería de Dios. Ni un

dólar de ellas es suyo. Todo es de Dios, y usted ha reclamado como suyo lo que Dios le ha prestado para que lo dedique a las buenas obras. Su tiempo es muy breve. Trabaje con todas sus fuerzas. Mediante el arrepentimiento usted puede ahora encontrar perdón. Usted debe renunciar a su interés en las posesiones terrenales y cifrar sus afectos en Dios. Debe ser un hombre convertido. Luche desesperadamente con Dios. No se conforme con perecer para siempre, sino haga un esfuerzo para conseguir la salvación antes que sea eternamente demasiado tarde.

No es ahora demasiado tarde para corregir los errores. Muestre su arrepentimiento por los errores pasados redimiendo el tiempo. Donde usted ha perjudicado a alguien, haga una restitución cuando el asunto acude a su mente. Ésta es su única esperanza de recibir el amor perdonador de Dios. Será como sacarse el ojo derecho o cortarse el brazo derecho, pero no hay otro camino para usted. Usted ha hecho esfuerzos repetidamente, pero ha fracasado porque ha amado el dinero, parte del cual no ha sido ganado muy honestamente. No trató de

redimir el pasado mediante la restitución. Cuando comience a hacer esto, habrá esperanza para usted. Si durante los pocos días que le restan de su vida usted decide continuar como hasta ahora, su caso será sin esperanza; perderá ambos mundos; verá a los santos de Dios glorificados en la ciudad celestial y usted echado fuera; no tendrá parte en esa vida preciosa que fue comprada para usted a un costo infinito, pero que usted valoró tan poco hasta el punto de venderla por riquezas terrenales.

Ahora le queda poco tiempo. ¿Trabajará? ¿Se arrepentirá? ¿O morirá completamente sin preparación, adorando el dinero, glorificando sus riquezas, y olvidando a Dios y el cielo? Ninguna lucha débil o esfuerzos vacilantes cortarán sus afectos por el mundo. Jesús le ayudará. En cada esfuerzo ferviente que usted haga, él estará cerca suyo y bendecirá sus intentos. Debe hacer esfuerzos fervientes o se perderá. Le amonesto que no demore un momento, sino que comience precisamente ahora. Usted ha deshonrado por mucho tiempo el nombre de cristiano con su codicia y sus tratos mezquinos. Ahora puede

honrarlo trabajando en una dirección opuesta y permitiendo que todos vean que hay poder en la verdad de Dios para transformar la naturaleza humana. Usted, en la fuerza de Dios, puede salvar su alma si lo quiere.

Usted tiene una obra que hacer, que debería comenzar inmediatamente. Satanás estará a su lado, como estuvo al lado de Cristo en el desierto de la tentación, para vencerlo con sus razonamientos, para pervertir su juicio y paralizar su sentido de lo correcto y de lo justo. Si usted hace justicia en un solo caso, no debe esperar que Satanás venza sus buenos impulsos mediante su razonamiento. Usted ha estado dominado por el egoísmo y la codicia por tanto tiempo que no puede confiar en usted mismo. No quiero que pierda el cielo. Se me han mostrado los actos egoístas de su vida, sus maquinaciones y cálculos ocultos, sus trueques, y la manera como se ha aprovechado de sus hermanos y de sus semejantes. Dios tiene cada caso escrito en el libro. ¿Acudirá usted en oración a Dios para que ilumine su mente a fin de que vea dónde ha engañado, para que entonces se

arrepienta y redima el pasado?

Hermano P, quiera Dios ayudarlo antes que sea demasiado tarde.

Capítulo 49

# Diligencia en el ministerio

Se me ha mostrado que existe el peligro de que nuestros jóvenes ministros entren en el campo y se ocupen en la obra de enseñar la verdad a otros cuando no están capacitados para la sagrada obra de Dios. No tienen un sentido justo del carácter sagrado de la obra para este tiempo. Sienten un deseo de estar vinculados a la obra, pero fallan en llevar las cargas que se encuentran directamente en la senda del deber. Hacen aquello que les cuesta poco esfuerzo e inconvenientes, y descuidan de volcar toda su alma en el trabajo.

Algunos son demasiado indolentes como para tener éxito en asuntos comerciales y son deficientes en la experiencia necesaria para hacerlos buenos cristianos en una capacidad privada; sin embargo se sienten competentes para ocuparse en la obra que de todas es la más difícil, la de tratar con las mentes y procurar convertir a las almas del error a la verdad. El corazón de algunos de estos ministros

no está santificado por la verdad. Los tales son meramente piedras de tropiezo para los pecadores y están obstruyendo el camino de los verdaderos obreros. Se requerirá un esfuerzo más firme para educarlos de modo que tengan las ideas correctas, y no perjudiquen la causa de Dios, que para hacer el trabajo. Dios no puede ser glorificado, ni su causa puede progresar con obreros no consagrados y enteramente deficientes en las cualidades necesarias para ser ministros evangélicos. Algunos ministros jóvenes que salen a trabajar por otros necesitan ellos mismos convertirse a la religión genuina de la Biblia.

Se me mostró el caso del hermano R de _____, quien en diversos sentidos ilustra los casos de otras personas. Se me mostró que el hermano R no es una verdadera ayuda para la causa de Dios y nunca podrá serlo a menos que experimente una conversión cabal. Tiene numerosos defectos de carácter que tiene que detectar antes que pueda ser aceptado por Dios como un obrero en su viña. La Palabra de Dios es sagrada. En primer lugar, el hermano R no ha experimentado ese cambio de

corazón que transforma al hombre y que se llama conversión. Tiene una religión intelectual, pero necesita que se lleve a cabo en su vida la obra de la gracia de Dios en el corazón antes que pueda, en forma inteligente, señalar a otros al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. La obra para este tiempo es demasiado solemne e importante como para ser conducida con manos inmundas y corazones impuros.

El hermano R es de temperamento irritable. Esto crea problemas para él y para sus mejores amigos. Por naturaleza es celoso, suspicaz y criticón. Las personas vinculadas más de cerca con él sentirán esto más profundamente. Tiene mucho egoísmo y una exagerada autoestima, y si no se es tenido en cuenta en forma especial para sentirse objeto de la máxima atención, enseguida busca a quien culpar por ello. La falta está en él. Le encanta que se halague su vanidad. Sospecha de los motivos de otros y muestra en estos sentimientos una mente muy estrecha y egoísta. Piensa que hay mucho para cuestionar, para encontrar faltas y para censurar en los planes de trabajo de otros, cuando

el verdadero mal existe en su propio corazón desprovisto de humildad y no consagrado. El yo en él debe morir, y debe aprender de Jesús, que es manso y humilde de corazón, o fallará en perfeccionar un carácter cristiano y en ganar finalmente el cielo.

El hermano R ha fracasado en su manera de enseñar la verdad a otros. Su espíritu no es atractivo. El yo está mezclado con todos sus esfuerzos. Es muy puntilloso en el aspecto externo, en lo que se refiere a su vestimenta, como si esto lo designara como un ministro de Cristo; pero ha descuidado el adorno interior del alma. No ha sentido la necesidad de buscar un carácter hermoso, armonioso, que se parezca al carácter de Cristo, el Modelo correcto. La mansedumbre y la humildad que caracterizaron la vida de Jesús ganarían los corazones y le darían acceso a las almas; pero cuando el hermano R habla con su propio espíritu, la gente ve expuesto tanto de su yo y tan poco del espíritu de humildad, que sus corazones no se conmueven, sino que se endurecen y enfrían bajo su predicación, porque carece de la

unción divina.

El espíritu de confianza propia y de autoexaltación del hermano R debe ser eliminado, y él debe ver que es pecador y que necesita de la continua gracia y poder de Dios para avanzar en medio de la oscuridad moral de esta era degenerada y para alcanzar a las almas que necesitan ser salvadas. Él ha colocado externamente la dignidad de un ministro evangélico, mientras que no ha sentido que para tener éxito en la presentación de la verdad eran esenciales una experiencia real en el misterio de la piedad y un conocimiento de la voluntad divina.

El hermano R es demasiado frío y carente de comprensión. No llega directamente a los corazones mediante la sencillez cristiana, la ternura y el amor que caracterizaban la vida de Cristo. En este respecto es esencial que cada hombre que trabaja por la salvación de las almas imite al modelo que le es dado en la vida de Cristo. Si los hombres fracasan en educarse a ellos mismos para llegar a ser obreros en la viña del Señor, podría ser

mejor que se prescindiera de ellos. Sería una norma pobre sostener con la tesorería de Dios a aquellos que realmente desmejoran y dañan su obra, y que constantemente están rebajando la norma del cristianismo.

A fin de que un hombre llegue a ser un ministro de éxito, es esencial algo más que un conocimiento libresco. El que trabaja por las almas necesita integridad, inteligencia, diligencia, energía y tacto. Todas estas cualidades son altamente esenciales para el éxito de un ministro de Cristo. Ningún hombre con estas características puede ser inferior, sino que tendrá una influencia convincente. A menos que el obrero en la causa de Dios pueda ganar la confianza de las personas por quienes trabaja, no puede hacer sino poco bien. El obrero en la viña del Señor diariamente debe derivar fuerza de arriba para resistir el mal y para mantener la rectitud en medio de las diversas pruebas de la vida, y su alma debe ser puesta en armonía con su Redentor. Puede ser un colaborador con Jesús, trabajando como él trabajó, amando como él amó, y poseyendo, como él, poder moral para resistir las

pruebas de carácter más fuertes.

El hermano R debiera cultivar la sencillez. Debiera poner a un lado su falsa dignidad y permitir que el Espíritu de Dios entre en él y santifique, eleve, purifique y ennoblezca su vida. Entonces puede llevar la carga por las almas que un verdadero ministro del evangelio debe sentir cuando presenta un mensaje de solemne amonestación a aquellos que están en peligro, quienes perecerán en su oscuridad a menos que acepten la luz de la verdad. Esta dignidad tomada en préstamo de su Redentor lo adornará con gracia divina, porque mediante ella es conducido a una estrecha unión con Jesucristo.

Se me transportó más adelante en la vida del hermano R, y luego hacia atrás para examinar el resultado de sus labores, mientras intentaba enseñar a otros la verdad. Vi que unos pocos escucharían y, en cuanto a la parte intelectual, podrían estar convencidos; pero el hermano R no tiene un conocimiento experimental, diario, viviente de la gracia de Dios y su poder salvador, y no puede

comunicar a otros lo que él mismo no posee. No tiene la experiencia de un hombre verdaderamente convertido. ¿Cómo, entonces, puede Dios transformarlo en una bendición para los pecadores? Él mismo está ciego, mientras procura guiar a los ciegos.

Se me mostró que su trabajo ha estropeado buenos campos para otros. Algunos hombres que estaban verdaderamente consagrados a Dios y que sentían la carga de la obra podrían haber hecho bien y conducido almas a la verdad en lugares donde él ha hecho intentos sin éxito, pero después de su trabajo superficial la oportunidad áurea se esfumó. Las mentes que podrían haber sido convencidas, y los corazones que podrían haber sido suavizados, se habían endurecido y llenado de prejuicios bajo sus esfuerzos.

Miré para ver qué almas de valor se mantenían aferradas a la verdad como resultado de sus labores. Observé cuidadosamente para ver qué atención le había dado a las almas, para fortalecerlas y animarlas, un trabajo que siempre

debería acompañar al ministro de la Palabra. No pude ver a nadie que no habría estado en una condición mucho mejor si no hubiera recibido las primeras impresiones de la verdad de parte de él. Es casi imposible para una corriente de agua elevarse más alto que su fuente de origen. El hombre que lleva la verdad a los pecadores se coloca en una situación de terrible responsabilidad. O convertirá las almas a Cristo o sus esfuerzos las inclinarán en la dirección equivocada.

Se me ha mostrado que el hermano R es un hombre indolente. Ama el placer y la comodidad. No le agrada el trabajo físico, ni le gusta aplicar su mente en forma rigurosa al estudio de la Palabra. Quiere tomar las cosas en forma indolente. Irá a un lugar e intentará introducir allí la verdad, cuando su corazón no está en eso. No siente el peso de la obra, ni una carga real por las almas. No tiene el amor de las almas en el corazón. Permite que sus inclinaciones lo aparten del trabajo, acepta que sus sentimientos lo controlen, y deja el trabajo y vuelve a su familia. No tiene una experiencia en materia de abnegación, en sacrificar su comodidad y sus

inclinaciones. Trabaja demasiado en relación con el salario. No se aplica rigurosamente a su trabajo, sino que meramente toca aquí y allá sin perseverancia ni esfuerzo, y así no tiene éxito en nada. Dios desaprueba a tales profesos obreros. Son infieles en todo. Sus conciencias no son sensibles ni tiernas.

Introducir la verdad en algunos lugares y luego carecer de valor, energía y tacto para completar el trabajo es un gran error, porque se deja el trabajo sin que se haga ese esfuerzo completo y perseverante que es positivamente esencial en estos lugares. Si las cosas son difíciles, si surge la oposición, él hace una retirada cobarde en vez de acudir a Dios con ayuno, oración y llanto, aferrándose por fe a la Fuente de luz, poder y fortaleza hasta que las nubes se despejen y se disperse la oscuridad. La fe se fortalece al entrar en conflicto con dudas e influencias opositoras. La experiencia obtenida en estas pruebas es de más valor que las joyas más costosas.

El resultado de sus labores, hermano R, debiera

avergonzarlo. Dios no puede aceptarlas. Sería mejor para la causa de Dios si usted dejara de predicar, y tomara un trabajo que implique menos responsabilidad. Sería mejor si fuera a trabajar con sus manos. Humille su corazón ante Dios; sea fiel en los asuntos temporales; y cuando usted muestre que es fiel en las responsabilidades menores, Dios puede encomendarle cometidos más elevados. “El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel; y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto”. (Lucas 16:10) Usted necesita una experiencia más profunda en los asuntos religiosos. Le aconsejo que vaya a trabajar con sus manos y que le ruegue fervientemente a Dios que le dé una experiencia espiritual personal. Aférrese a Jesús y nunca, nunca se atreva a asumir las responsabilidades de un ministro del evangelio hasta que sea un hombre convertido y tenga un espíritu manso y apacible. Necesita mantenerse alejado de la obra de Dios hasta que sea dotado con poder de lo alto. Ningún hombre puede tener éxito en salvar almas a menos que Cristo obre con sus esfuerzos y el yo sea puesto a un lado.

Un ministro de Cristo debiera estar plenamente equipado para toda buena obra. Usted ha sido un fracaso miserable. Debe mostrar en su familia esa amable consideración, esa ternura, amor, bondad, noble paciencia y verdadera cortesía que es propia de quien es la cabeza de la familia, antes que pueda tener éxito en ganar almas para Cristo. Si usted no tiene sabiduría para manejar el grupo pequeño con quien está estrechamente unido, ¿cómo puede tener éxito al manejar un número mayor, que no están especialmente interesados en usted? Su esposa necesita estar verdadera y cabalmente convertida a Dios. Ninguno de ustedes está en condiciones de representar correctamente nuestra fe. Ambos necesitan una conversión cabal.

Retirarse actualmente de la obra de Dios es lo mejor para usted. Hermano R; usted no tiene perseverancia ni espina dorsal moral. Es muy deficiente en esos rasgos de carácter que son necesarios para la obra de Dios en este tiempo. No ha recibido esa educación en la vida práctica que usted necesita a fin de tener éxito como un ministro útil de Cristo. Su educación ha sido deficiente en

muchos respectos. Sus padres no han estudiado su carácter, no lo han instruido para que venza sus defectos totalmente a fin de que pueda desarrollar un carácter simétrico, y posea firmeza, abnegación, dominio propio, humildad y poder moral. Usted conoce muy poco de la vida práctica o de tener perseverancia bajo las dificultades. Tiene un fuerte deseo de rebatir las ideas de otros y de promover las suyas. Éste es el resultado de sus sentimientos de suficiencia propia y de seguir sus propias inclinaciones en su juventud.

Usted no se ve a sí mismo y sus errores. No está dispuesto a aprender, pero tiene un gran deseo de enseñar. Se forma sus propias opiniones y se aferra a sus ideas peculiares con una persistencia tediosa. Está ansioso de promover sus puntos de vista, y en su opinión, sus ideas son de mayor importancia que el juicio experimentado de hombres de valor moral que han sido probados en esta causa. Usted se ha ilusionado con la idea de que tenía aptitudes que serían apreciadas y que lo convertirían en un hombre valioso; pero estas cualidades no han sido probadas. Usted tiene una

educación unilateral. No posee ninguna inclinación o amor por los deberes domésticos y cotidianos de la vida. Su indolencia sería suficiente razón para descalificarlo para el trabajo del ministerio, si no hubiera ninguna otra razón por la que usted no tendría que ocuparse en él. La causa no necesita tanto a predicadores como a obreros. De todas las vocaciones de la vida, no hay ninguna que requiera obreros esforzados, fieles, perseverantes, abnegados como la causa de Dios en estos últimos días.

La empresa de obtener la vida eterna está por encima de toda otra consideración. Dios no desea holgazanes en su causa. La obra de amonestar a los pecadores a huir de la ira venidera requiere hombres fervientes que sientan la carga por las almas y que no estén inclinados a aprovecharse de toda excusa a fin de evitar cargas o para dejar el trabajo. Los pequeños motivos de desánimo, como el tiempo desagradable o las enfermedades imaginarias, parecen razón suficiente al hermano R para excusarlo de hacer un esfuerzo. Aun apelará a su compasiva comprensión, y cuando surjan

deberes que no se siente inclinado a cumplir, cuando su indolencia clama por ser complacida, él frecuentemente presenta la excusa de que está enfermo, cuando no hay razón por la cual debería estar enfermo, a menos que debido a hábitos indolentes y a la complacencia del apetito todo su sistema se haya trabado por la inacción. Podría tener buena salud si observa estrictamente las leyes de la vida y la salud, y practicara la luz sobre la reforma pro salud en todos sus hábitos.

El hermano R no es el hombre para el trabajo en estos últimos días a menos que se reforme enteramente. Dios no llama a ministros que son demasiado indolentes para ocuparse en trabajo físico, para que lleven el mensaje probatorio de advertencia al mundo. Quiere obreros en su causa. Los obreros verdaderos, fervientes, abnegados, lograrán algo.

Hermano R, su enseñanza de la verdad a otros ha sido un completo error. Si Dios llama a un hombre, no cometerá un desacierto tan grande como tomar a alguien de tan poca experiencia en la

vida práctica y en las cosas espirituales como la que usted ha tenido. Usted tiene capacidad para hablar, en lo que a eso respecta, pero la causa de Dios requiere hombres de consagración y energía. Usted puede cultivar estos rasgos, puede obtenerlos si quiere. Al cultivar perseverantemente los rasgos opuestos a aquellos en los que ahora falla, usted puede aprender a vencer esas deficiencias de su carácter que se han incrementado desde su juventud. Salir meramente y hablar a la gente de vez en cuando no es trabajar para Dios. No hay verdadero trabajo en ello.

Aquellos que trabajan para Dios apenas han comenzado la obra cuando dan un discurso en el púlpito. Después de esto viene el verdadero trabajo, hacer visitas de casa en casa, conversar con miembros de la familia, orar con ellos, y acercarse solidariamente a aquellos a quienes deseamos beneficiar. No le restará dignidad a un ministro de Cristo estar alerta para ver y comprender las cargas y cuidados temporales de las familias que visita, y ser útil, tratando de aliviarlos donde pueda al ocuparse en trabajo físico. De esta manera tiene un

poder de influencia para desmontar la oposición y derribar el prejuicio, que dejaría de tener si en todo lo demás fuera plenamente eficiente como un ministro de Cristo.

Nuestros ministros jóvenes no tienen la responsabilidad de escribir, que los de más edad y experiencia tienen. No llevan una multiplicidad de responsabilidades que abruman la mente y desgastan a la persona. Pero son precisamente estas cargas de servicio solícito lo que perfecciona la experiencia cristiana, da poder moral, y convierte en hombres fuertes, eficientes, a aquellos que están ocupados en la obra de Dios. El evitar cargas y responsabilidades desagradables nunca hará de nuestros ministros hombres fuertes de quienes puede dependerse en una crisis religiosa. Muchos de nuestros ministros jóvenes son tan débiles como bebés en la obra de Dios. Y algunos que han estado ocupados en el trabajo de enseñar la verdad por años no son todavía obreros capaces, que no necesitan avergonzarse. No han crecido fuertes en experiencia al ser desafiados por influencias opuestas. Se han excusado de practicar ese

ejercicio que fortalecería los músculos morales, dando poder espiritual. Pero ésta es precisamente la experiencia que necesitan a fin de alcanzar la plena estatura de hombres en Cristo Jesús. No obtienen poder espiritual al rehuir deberes y responsabilidades, y entregarse a la indolencia y al amor egoísta de la comodidad y el placer.

El hermano R no carece de habilidad para revestir sus ideas con palabras, pero le falta espiritualidad y verdadera santidad de corazón. No ha bebido profundamente en la fuente de verdad. Si hubiera aprovechado sus momentos de oro para estudiar la Palabra de Dios podría ser ahora un obrero capaz, pero es demasiado indolente como para aplicar su mente rigurosamente y aprender por sí las razones de nuestra esperanza. Está contento con tomar material que otras mentes y plumas han trabajado para producir, y con usar sus pensamientos, que están listos a su disposición, sin esfuerzo ni empeño de su mente, ni reflexión cuidadosa, o meditación acompañada de oración que él mismo practique.

Al hermano R no le agrada aplicarse profundamente ya sea al estudio de las Escrituras o al trabajo físico. Prefiere un camino más fácil, y todavía no conoce nada experimentalmente de la carga de la obra de Dios. Es más fácil para él repetir los pensamientos de otros que investigar diligentemente la verdad por sí mismo. Es sólo mediante el esfuerzo personal, la rigurosa aplicación de la mente y una dedicación completa al trabajo que los hombres llegan a ser competentes para el ministerio.

Dice Cristo: “Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada?” (Mateo 5:13) El sabor de la sal es gracia divina. Todos los esfuerzos hechos para hacer avanzar la verdad no son sino de poco valor a menos que el Espíritu de Dios los acompañe. Usted ha convertido la enseñanza de la verdad en un juego de niños. Su mente ha estado concentrada en su propia comodidad y placer, siguiendo sus inclinaciones. Usted y su esposa no tienen un sentido real del carácter sagrado de la obra de Dios. Ambos piensan más en agradar sus caprichos y en

estudiar cómo gratificar sus deseos de comodidad y placer que en dedicarse a los deberes severos de la vida, especialmente las responsabilidades vinculadas con la obra de advertir al mundo en cuanto al juicio venidero.

Usted ha visto al hermano S doblegado bajo las cargas y desgastado por el trabajo físico; pero ha tenido un apego tan grande a su comodidad y ha querido tanto mantener su propia importancia que se ha mantenido distante, excusándose de ocuparse en los deberes que alguien estaba obligado a realizar. Ha pasado días en confortable indolencia sin beneficiar a nadie, y luego su conciencia pudo permitirle, sin remordimiento, informar tiempo mayormente gastado en haraganería y recibir paga de la tesorería de Dios.

Usted ha mostrado por su conducta que no tenía un sentido elevado de las cosas sagradas. Ha robado a Dios y ahora debería tratar de hacer una obra completa de arrepentimiento. No intente enseñar a otros. Cuando esté convertido, entonces puede ser capaz de fortalecer a sus hermanos, pero

Dios no necesita hombres de su estampa de carácter en su viña. Cuando usted se quite esa estampa, y lleve la impronta de lo divino, entonces podrá trabajar para la causa de Dios. Debe aprender casi todo y apenas tiene un corto tiempo en el cual aprender estas lecciones. Dios le ayude a trabajar fervientemente y concentrándose en lo que hace. He escrito mucho más sobre principios generales, pero no puedo encontrar tiempo para darle a usted por ahora.

Capítulo 50

# Los padres como reformadores

El 3 de enero de 1875 me fue mostrado que ninguno de nosotros comprende los peligros que nos acechan a cada paso. Tenemos un enemigo vigilante, y sin embargo no estamos despiertos ni nos aplicamos seriamente en nuestros esfuerzos para resistir las tentaciones de Satanás y vencer sus engaños.

Dios ha permitido que la luz de la reforma pro salud brille sobre nosotros en estos últimos días, para que caminando en la luz podamos escapar de los muchos peligros a los cuales estaremos expuestos. Las tentaciones de Satanás sobre la familia humana son poderosas para conducirlos a complacer el apetito, gratificar las inclinaciones, y vivir una vida de insensatez descuidada. Presenta atracciones en una vida de placeres personales, tratando de gratificar el instinto animal. El

libertinaje prevalece en un grado alarmante y está arruinando el organismo de las personas para toda la vida, y no sólo esto, sino que las facultades morales son sacrificadas. La complacencia intemperante está reduciendo las energías vitales del cuerpo y la mente. Coloca al que es vencido en el terreno del enemigo, donde Satanás puede tentar, molestar y finalmente controlar la voluntad a su placer.

Aquellos que han sido vencidos en el área del apetito y están usando tabaco abundantemente están degradando sus facultades mentales y morales y colocándolas en servidumbre de lo animal. Y cuando se complace el apetito por el licor fermentado, el hombre voluntariamente coloca en sus labios la poción que lo degrada por debajo del nivel del bruto, a él que fue hecho a la imagen de Dios. La razón es paralizada, el intelecto es entorpecido, las pasiones animales son excitadas, y luego siguen crímenes del carácter más vil. Si los hombres llegaran a ser temperantes en todas las cosas, si no tocaran, ni gustasen, ni manejaran, los licores fermentados y los

narcóticos, la razón sostendría las riendas del gobierno en sus manos y controlaría los apetitos animales y las pasiones. En esta era de tensiones, cuanto menos excitantes sean los alimentos, mejor. La temperancia en todas las cosas y la firme negación del apetito son el único camino seguro.

Satanás viene al hombre, como vino a Cristo, con sus tentaciones avasalladoras para complacer el apetito. Conoce bien su poder para vencer al hombre en este punto. Venció a Adán y Eva en el Edén en el apetito, y ellos perdieron su dichoso hogar. Cuánta miseria y crímenes acumulados han llenado nuestro mundo a consecuencia de la caída de Adán. Ciudades enteras han sido borradas de la faz de la tierra a causa de los crímenes degradantes y la iniquidad repugnante que las convirtió en una mancha sobre el universo. La indulgencia del apetito fue el fundamento de todos sus pecados. A través del apetito, Satanás controló la mente y el ser entero. Miles que podrían haber vivido, pasaron prematuramente a sus tumbas, arruinados física, mental y moralmente. Tenían buenas facultades, pero sacrificaron todo a la complacencia del apetito

que los indujo a someterse al dominio de la concupiscencia. Nuestro mundo es un vasto hospital. Los hábitos viciosos están aumentando.

Es desagradable, si no peligroso, permanecer en un coche de ferrocarril o en una habitación atestada que no está completamente ventilada, donde la atmósfera está impregnada con las propiedades del licor y el tabaco. Los ocupantes dan evidencia por el aliento y las emanaciones del cuerpo que el sistema está lleno del veneno del licor y el tabaco. El uso del tabaco es un hábito que frecuentemente afecta el sistema nervioso en una manera más poderosa que el uso del alcohol. Ata a la víctima con fajas de esclavitud más fuertes que las de la copa intoxicante; el hábito es más difícil de vencer. En muchos casos, el cuerpo y la mente están más gravemente intoxicados con el uso del tabaco que con los licores fermentados, porque éste es un veneno más sutil.

La intemperancia está aumentando por todas partes, pese a los esfuerzos intensos hechos durante el año pasado[1] para detener su progreso. Se me

mostró que el poder gigantesco de la intemperancia no será controlado por ninguno de esos esfuerzos tal como han sido hechos. La obra de la temperancia debe comenzar en nuestras familias, en nuestras mesas. Las madres tienen una importante obra que hacer para que puedan dar al mundo, a través de la correcta disciplina y la educación, hijos que serán capaces de ocupar casi cualquier puesto, y que también puedan honrar y disfrutar de los deberes de la vida doméstica.

La obra de la madre es muy importante y sagrada. Desde la cuna debería enseñar a sus hijos a practicar hábitos de abnegación y dominio propio. Si su tiempo se ocupa mayormente con las insensateces de esta era degenerada, si los vestidos y las fiestas absorben su precioso tiempo, sus hijos dejarán de recibir esa educación que es esencial que tengan para poder formar caracteres correctos. El afán de la madre cristiana no debiera concentrarse meramente en lo externo, sino en que sus hijos puedan tener organismos sanos y buena moral.

Muchas madres que deploran la intemperancia que existe por doquier no miran suficientemente profundo para ver la causa. Están preparando diariamente una variedad de platos y comida altamente sazonada que tientan el apetito y estimulan el comer en exceso. Las mesas de nuestro pueblo norteamericano están generalmente preparadas como para formar borrachos. El apetito es el principio dominante en un gran grupo de personas. Quienquiera que complazca el apetito comiendo demasiado a menudo y consumiendo comida que no es saludable, está debilitando su poder para resistir los clamores del apetito y la pasión en otros respectos, en proporción a cuánto ha fortalecido la propensión a tener hábitos incorrectos de alimentación. Las madres necesitan ser impresionadas acerca de su obligación hacia Dios y el mundo de proporcionar a la sociedad hijos que tengan caracteres bien desarrollados. Los hombres y mujeres que llegan al escenario de la acción con principios firmes estarán capacitados para permanecer sin mancha en medio de la contaminación moral de esta era corrupta. Es el deber de las madres aprovechar sus oportunidades

áureas para educar correctamente a sus hijos a fin de que sean útiles y cumplan con su deber. Su tiempo pertenece a sus hijos en un sentido especial. No debiera dedicarse el tiempo precioso a trabajos innecesarios en la vestimenta con fines de ostentación, sino que se lo debiera emplear pacientemente en instruir y enseñar cuidadosamente a los hijos sobre la necesidad de la abnegación y el dominio propio.

Las mesas de muchas profesas mujeres cristianas están puestas diariamente con una variedad de platos que irritan el estómago y producen una condición febril del sistema. La comida a base de carne constituye el artículo principal del alimento sobre las mesas de algunas familias, hasta que su sangre se llena de humores cancerosos y escrofulosos. Sus cuerpos se componen de lo que comen. Pero cuando viene sobre ellos el sufrimiento y la enfermedad, se considera que es una calamidad procedente de la Providencia.

Repetimos: la intemperancia comienza en

nuestras mesas. Se complace el apetito hasta que su gratificación se convierte en una segunda naturaleza. Por el uso del té y el café se forma un apetito por el tabaco, y esto estimula el apetito por los licores.

Muchos padres, para evitar la tarea de educar pacientemente a sus hijos en los hábitos de la abnegación y enseñarles cómo utilizar correctamente todas las bendiciones de Dios, los consienten en el comer y beber toda vez que ellos quieren. El apetito y la complacencia egoísta, a menos que sean positivamente restringidos, aumentan con el crecimiento y se fortalecen con la fuerza. Cuando estos niños comienzan a vivir por cuenta propia y toman su lugar en la sociedad, son impotentes para resistir la tentación. La impureza moral y la iniquidad grosera abundan por doquiera. La tentación a complacer el gusto y gratificar las inclinaciones no ha disminuido con el aumento de los años, y la juventud en general está gobernada por impulsos y es esclava del apetito. En el glotón, el devoto del tabaco, el borrachín y el ebrio vemos los resultados malignos de la educación defectuosa.

Cuando oímos las tristes lamentaciones de hombres y mujeres cristianos sobre los terribles males de la intemperancia, inmediatamente se levantan preguntas en la mente: ¿Quiénes han educado a la juventud y les han dado su sello de carácter? ¿Quiénes han fomentado en ellos los apetitos que han adquirido? ¿Quiénes han descuidado la más solemne responsabilidad de moldear sus mentes y formar sus caracteres para que sean útiles en esta vida, y aptos para la sociedad de los ángeles celestiales en la vida venidera? Una gran cantidad de seres humanos que encontramos por doquiera son una maldición viviente para el mundo. Viven para ningún otro propósito que complacer el apetito y la pasión, y para corromper el alma y el cuerpo con hábitos disolutos. Éste es un reproche terrible para las madres que son devotas de la moda, que han vivido para los vestidos y la ostentación, que han descuidado de hermosear sus propias mentes y formar sus propios caracteres según el Modelo divino, y que también han descuidado el sagrado cometido confiado a ellas, de criar a sus hijos en el

nutrimiento y la admonición del Señor.

Vi que Satanás, a través de sus tentaciones, está instituyendo modas siempre cambiantes y fiestas y entretenimientos atractivos, para que las madres puedan ser inducidas a dedicar a asuntos frívolos el tiempo de prueba que Dios les ha dado, de modo que tengan apenas poca oportunidad para educar e instruir debidamente a sus hijos. Nuestros jóvenes necesitan madres que les enseñen desde su misma cuna a controlar la pasión, a negar el apetito, y a vencer el egoísmo. Necesitan instrucción línea sobre línea y precepto sobre precepto, un poquito aquí y un poquito allá.

A los hebreos se les dieron instrucciones sobre cómo educar a sus hijos para evitar la idolatría y la maldad de las naciones paganas: “Por tanto, pondréis estas mis palabras en vuestro corazón y en vuestra alma, y las ataréis como señal en vuestra mano, y serán por frontales entre vuestros ojos. Y las enseñaréis a vuestros hijos, hablando de ellas cuando te sientes en tu casa, cuando andes por el camino, cuando te acuestes, y cuando te levantes”.

(Deuteronomio 11:18, 19)

Tenemos un deseo ferviente de que la mujer ocupe el puesto que Dios le designó originalmente, como igual a su esposo. Necesitamos tanto madres que sean madres no meramente de nombre, sino en todo el sentido de lo que la palabra implica. Podemos decir con seguridad que la dignidad e importancia de la misión y los deberes distintivos de la mujer son de un carácter más sagrado y santo que los deberes del hombre.

Hay especulaciones en cuanto a los derechos y deberes de la mujer respecto al ejercicio del voto. Muchas no están de ninguna manera disciplinadas para entender el alcance de cuestiones importantes. Han vivido vidas de gratificación en el momento presente porque esto era la moda. Mujeres que podrían desarrollar buenos intelectos y tener verdadero valor moral son ahora meras esclavas de la moda. No tienen amplitud de pensamiento ni han cultivado el intelecto. Pueden hablar con conocimiento de la última moda, de los estilos de vestido, o de esta o aquella fiesta o delicioso baile.

Tales mujeres no están preparadas para asumir inteligentemente una puesto prominente en cuestiones políticas. Son meras criaturas de las modas y las circunstancias. Ojalá que cambie este orden de cosas. Ojalá que la mujer comprenda el carácter sagrado de su obra y, con la fuerza y el temor de Dios, emprenda su misión en la vida. Ojalá que eduque a sus hijos para que sean útiles en este mundo e idóneos para el mundo mejor.

Nos dirigimos a madres cristianas. Rogamos que sientan su responsabilidad como madres y que vivan no para agradarse a ustedes mismas, sino para glorificar a Dios. Cristo no se agradó a sí mismo, sino que tomó sobre sí la forma de un siervo. Dejó las cortes reales y condescendió a vestir su divinidad con humanidad, para que mediante su condescendencia y su ejemplo de abnegación pudiera enseñarnos cómo llegar a ser elevados a la posición de hijos e hijas de la familia real, hijos del Rey celestial. Pero ¿cuáles son las condiciones de estas bendiciones sagradas y elevadas? “Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os

recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso”. (2 Corintios 6:17, 18)

Cristo se humilló desde la autoridad más elevada, desde la posición de uno igual a Dios, al lugar más humilde, el de un siervo. Su hogar estuvo en Nazaret, que era proverbial por su maldad. Sus padres estaban entre los pobres de baja posición. Su oficio era el de un carpintero, y él trabajaba con sus manos para hacer su parte en el sostenimiento de la familia. Durante treinta años estuvo sujeto a sus padres. Aquí la vida de Cristo nos señala nuestro deber de ser diligentes en el trabajo y de proveer e instruir a los débiles e ignorantes. En sus lecciones de instrucción a sus discípulos, Jesús les enseñó que su reino no era un reino mundanal, donde todos están luchando por alcanzar el puesto más elevado.

La mujer ha de ocupar un puesto más sagrado y elevado en la familia que el rey en su trono. Su gran obra es hacer de su vida un ejemplo viviente que quisiera que sus hijos imitasen. Por precepto

como también por ejemplo ha de almacenar en sus mentes conocimiento útil y guiarlos para que realicen trabajo abnegado por el bien de otros. El gran estímulo para la madre llena de afanes y cargas debería ser que cada hijo que es educado rectamente, y que tiene el adorno interior, el ornamento de un espíritu manso y apacible, será idóneo para el cielo y brillará en los atrios del Señor.

¡Cuán pocos ven algo atractivo en la verdadera humildad de Cristo! Su humildad no consistió en tener una baja estima de su propio carácter y cualidades, sino en humillarse tomando la humanidad caída a fin de elevarlos consigo a una vida superior. Los mundanos tratan de encumbrarse al puesto de quienes están por encima de ellos o llegar a ser superiores a ellos. Pero Jesús, el Hijo de Dios, se humilló a sí mismo para elevar al hombre, y el verdadero seguidor de Cristo tratará de encontrar a las personas donde ellas están a fin de elevarlas.

¿Sentirán las madres de esta generación el

carácter sagrado de su misión y no tratarán de rivalizar con sus vecinos ricos en las apariencias, sino que tratarán de superarlos en el cumplimiento fiel de la obra de instruir a sus hijos para la vida mejor? Si los hijos y los jóvenes fueran entrenados y educados para tener hábitos de abnegación y dominio propio, si se les enseñara que han de comer para vivir en vez de vivir para comer, habría menos enfermedades y menos corrupción moral. Habría poca necesidad de cruzadas de temperancia, que significan tan poco, si en la juventud que forma y modela a la sociedad, pudieran implantarse principios correctos en cuanto a la temperancia. Tendrían entonces valor e integridad moral para resistir, en la fuerza de Jesús, la contaminación de estos últimos días.

Es un asunto sumamente difícil desaprender los hábitos a los que se ha cedido a lo largo de la vida y que han pervertido el apetito. No se conquista fácilmente el demonio de la intemperancia. Es de fuerza gigantesca y difícil de vencer. Pero que los padres comiencen una cruzada contra la intemperancia en sus propios hogares, en sus

propias familias, con los principios que enseñan a sus hijos a seguir desde su misma infancia, y podrán esperar el éxito. Valdrá la pena, madres, usar las horas preciosas que Dios os ha dado en formar, desarrollar y entrenar los caracteres de vuestros hijos, y en enseñarles a adherirse estrictamente a los principios de temperancia en la comida y la bebida.

Los padres pueden haber transmitido a sus hijos tendencias al apetito y la pasión, las que harán más difícil la obra de educar e instruir a estos hijos para ser estrictamente temperantes y para que tengan hábitos puros y virtuosos. Si el apetito por comida insalubre y por estimulantes y narcóticos les ha sido transmitido como un legado de sus padres, ¡qué responsabilidad terriblemente solemne descansa sobre los padres para contrarrestar las tendencias malignas que les han dado a sus hijos! ¡Cuán ferviente y diligentemente debieran trabajar los padres para cumplir con su deber, en fe y esperanza, en favor de su infortunada descendencia!

Los padres debieran considerar que su primera tarea es comprender las leyes de la vida y la salud, para que nada sea hecho por ellos en la preparación de los alimentos o mediante cualquier otro hábito, que desarrolle tendencias erróneas en sus hijos. Cuán cuidadosamente debieran estudiar las madres cómo preparar sus mesas con el alimento más sencillo y saludable, para que los órganos digestivos no se debiliten, las fuerzas nerviosas no se desequilibren, y la instrucción que debieran dar a sus hijos no se vea contrarrestada por el alimento colocado ante ellos. Este alimento debilita o fortalece los órganos del estómago y tiene mucho que ver con el control de la salud física y moral de los hijos, que son propiedad de Dios comprada por su sangre. ¡Qué cometido sagrado se les confía a los padres para que protejan la constitución física y moral de los hijos, de modo que el sistema nervioso pueda estar bien equilibrado y el alma no se vea en peligro! Aquellos que complacen el apetito de sus hijos, y no controlan sus pasiones, verán el terrible error que han cometido, en el esclavo que ama el tabaco y el consumo de licores, cuyos sentidos están entorpecidos y cuyos labios

declaran falsedades y profanidad.

Cuando padres e hijos enfrenten el rendimiento final de cuentas, ¡qué escena se presentará! Miles de hijos que han sido esclavos del apetito y el vicio degradante, cuyas vidas son ruinas morales, comparecerán cara a cara con los padres, que los hicieron lo que son. ¿Quiénes sino los padres deben llevar esta terrible responsabilidad? ¿El Señor hizo corruptos a estos jóvenes? ¡Oh, no! Él los hizo a su imagen, un poco menor que los ángeles. ¿Quién, entonces, ha hecho la terrible obra de formar el carácter de la vida? ¿Quién cambió sus caracteres de modo que no llevaran el sello de Dios, y deban estar separados para siempre de su presencia como demasiado impuros para tener algún lugar con los ángeles puros en un cielo santo? ¿Fueron los pecados de los padres transmitidos a los hijos en apetitos y pasiones pervertidos? ¿Y la madre amante de los placeres completó la obra al descuidar de educarlos debidamente de acuerdo con el modelo que ella recibió? Todas estas madres pasarán en revista ante Dios tan seguramente como ellas existen. Satanás está listo para hacer su obra y

presentar tentaciones que ellas no tendrán voluntad ni poder moral para resistir.

Nuestro pueblo está retrocediendo constantemente en cuanto a la reforma pro salud. Satanás ve que no puede tener tal poder controlador sobre ellos como podría tenerlo si se complaciera el apetito. Bajo la influencia de alimentos malsanos la conciencia se embota, la mente se oscurece, y su susceptibilidad a las impresiones se entorpece. Pero la culpa del transgresor no disminuye porque la conciencia violada se entumezca y se vuelva insensible.

Satanás está corrompiendo las mentes y destruyendo las almas a través de sus tentaciones sutiles. ¿Verá y sentirá nuestro pueblo el pecado de complacer el apetito pervertido? ¿Descartarán el té, el café, la carne y todos los alimentos estimulantes, y dedicarán los medios gastados en estas complacencias dañinas a la diseminación de la verdad? Estos estimulantes sólo causan daño, y sin embargo vemos que un gran número de los que profesan ser cristianos están usando el tabaco.

Estos mismos hombres deplorarán el mal de la intemperancia, y mientras hablan contra el uso de los licores expulsarán de su boca el jugo de tabaco. Mientras que un estado saludable de la mente depende de la condición normal de las fuerzas vitales, debiera ejercerse un gran cuidado para que no se usen ni estimulantes ni narcóticos.

El tabaco es un veneno lento, insidioso, y sus efectos son más difíciles de eliminar del sistema que los del licor. ¿Qué poder puede tener el partidario del tabaco para contener el progreso de la intemperancia? Debe haber una revolución en nuestro mundo sobre el tema del tabaco antes que se coloque el hacha a la raíz del árbol. Insistimos aun más en el tema. El té y el café están fomentando el apetito que se está desarrollando por estimulantes más fuertes, como el tabaco y el licor. Y llegamos a un punto más cercano a nosotros: las comidas diarias, las mesas servidas en las casas. ¿Se práctica la temperancia en todas las cosas? ¿Son practicadas allí las reformas que son esenciales para la salud y la felicidad? Cada verdadero cristiano dominará su apetito y pasiones.

A menos que se vea libre de la esclavitud del apetito, no puede ser un verdadero y obediente siervo de Cristo. Es la complacencia del apetito y la pasión

lo que hace que la verdad no tenga ningún efecto sobre el corazón. Es imposible que el espíritu y el poder de la verdad santifiquen a un hombre -- alma, cuerpo y espíritu --, cuando está controlado por el apetito y la pasión.

**Nota:**

1. Este Testimonio fue publicado primeramente en 1875.

Capítulo 51

# “No puedo ir”

“Yo hago una gran obra -- dice Nehemías --, y no puedo ir; porque

cesaría la obra, dejándola yo para ir a vosotros”. (Nehemías 6:3) El 3 de enero de 1875, me fue mostrado[1] que el pueblo de Dios no debe cejar por un momento en su vigilancia. Satanás nos sigue la pista. Está resuelto a vencer con sus tentaciones al pueblo que guarda los mandamientos de Dios. Si no le damos lugar, sino que resistimos sus designios, firmes en la fe, tendremos fuerza para apartarnos de toda iniquidad. Los que guardan los mandamientos de Dios serán un poder en la tierra, si viven a la altura de su luz y sus privilegios. Pueden ser modelos de piedad, santos de corazón y conversación. No gozaremos de comodidad, para que no cesemos de orar y ser vigilantes. A medida que se acerca el tiempo en que Cristo ha de revelarse en las nubes de los cielos, las tentaciones de Satanás se intensificarán

para con aquellos que guardan los mandamientos de Dios; porque él sabe que su tiempo es corto.

Satanás realizará su obra por medio de agentes. Los ministros que aborrecen la Ley de Dios emplearán cualquier medio de que dispongan para desviar a las almas de su lealtad a Dios. Nuestros peores enemigos se hallarán entre los adventistas del primer día. Su corazón está plenamente resuelto a hacer guerra contra los que guardan los Mandamientos de Dios y tienen la fe de Jesús. Esta clase considera que es una virtud hablar, escribir y actuar con el más acerbo odio contra nosotros. No necesitamos esperar un trato justo de su parte. A muchos de ellos Satanás les inspira una insana iracundia contra los que guardan los Mandamientos de Dios. Seremos vilipendiados y calumniados; todos nuestros motivos y actos serán mal juzgados y se atacará nuestro carácter. De esta manera se manifestará la ira del dragón. Pero vi que no debemos desanimarnos en lo más mínimo. Nuestra fuerza está en Jesús, nuestro Abogado. Si con humildad confiamos en Dios y nos aferramos a sus promesas, nos dará gracia y sabiduría celestial para

resistir todas las trampas de Satanás y salir vencedores.

En mi reciente visión, vi que no aumentará nuestra influencia ni nos dará favor ante Dios el buscar represalias o descender de nuestra gran obra al nivel de los enemigos para contestar sus calumnias. Hay quienes recurrirán a cualquier especie de engaño y grosera mentira para alcanzar su objetivo y engañar a las almas, y arrojar estigmas sobre la Ley de Dios y sobre aquellos que se deleitan en obedecerla. Repetirán las mentiras más absurdas y viles, hasta creer ellos mismos que éstas constituyen la verdad. Tales son los argumentos más enérgicos que tienen contra el sábado del cuarto mandamiento. No debemos permitir que nos dominen nuestros sentimientos ni nos distraigan de la obra de amonestar al mundo.

Me fue presentado el caso de Nehemías. Estaba empeñado en edificar las murallas de Jerusalén, y los enemigos de Dios habían resuelto que dichos muros no se reedificaran. “Pero aconteció que oyendo Sanbalat y Tobías, y los árabes, los

amonitas y los de Asdod, que los muros de Jerusalén eran reparados, porque ya los portillos comenzaban a ser cerrados, se encolerizaron mucho; y conspiraron todos a una para venir a atacar a Jerusalén y hacerle daño". (Nehemías 4:7, 8)

En este caso, un espíritu de odio y de oposición a los hebreos formó el vínculo de unión y creó simpatía mutua entre diferentes grupos de hombres que de otra manera habrían guerreado entre ellos. Esto ilustra bien lo que con frecuencia presenciamos en nuestra época en la unión de personas de diferentes denominaciones para oponerse a la verdad presente, individuos cuyo único vínculo parece ser lo que pertenece a la naturaleza del dragón, y que manifiestan amargura y odio contra el remanente que guarda los mandamientos de Dios. Esto se ve especialmente entre los adventistas que guardan el primer día, los que no guardan ninguno, y los que consideran que todos los días son iguales, que se destacan por la manera en que se odian y se calumnian mutuamente, cuando les dejan tiempo los esfuerzos

que hacen para representar falsamente, calumniar y ultrajar de toda manera posible a los adventistas del séptimo día.

“Entonces oramos a nuestro Dios, y por causa de ellos pusimos guarda contra ellos de día y de noche”. (Vers. 9) Corremos constantemente el peligro de creer que nos bastamos a nosotros mismos, de confiar en nuestra propia sabiduría y no hacer de Dios nuestra fortaleza. Nada perturba tanto a Satanás como nuestro conocimiento de sus designios. Si sentimos nuestro peligro, sentiremos nuestra necesidad de orar, como la sintió Nehemías, y como él obtendremos esa sólida defensa que nos dará seguridad en el peligro. Si somos negligentes e indiferentes, seremos ciertamente vencidos por los designios de Satanás. Debemos ser vigilantes. Aunque, como Nehemías, recurramos a la oración, llevando todas nuestras perplejidades y cargas a Dios, no debemos creer que no tenemos nada que hacer. Debemos velar y orar. Debemos vigilar la obra de nuestros adversarios, no sea que ellos obtengan ventaja al engañar a las almas. Debemos, en la sabiduría de

Cristo, hacer esfuerzos para derrotar sus propósitos, aunque sin permitirles que nos distraigan de nuestra gran obra. La verdad es más fuerte que el error. La justicia prevalecerá sobre el mal.

El pueblo del Señor está procurando reparar la brecha que ha sido hecha en la Ley de Dios. “Y los tuyos edificarán las ruinas antiguas; los cimientos de generación y generación levantarás, y serás llamado reparador de portillos, restaurador de calzadas para habitar. Si retrajeres del día de reposo tu pie, de hacer tu voluntad en mi día santo, y lo llamares delicia, santo, glorioso de Jehová; y lo venerares, no andando en tus propios caminos, ni buscando tu voluntad, ni hablando tus propias palabras, entonces te deleitarás en Jehová; y yo te haré subir sobre las alturas de la tierra, y te daré a comer la heredad de Jacob tu padre; porque la boca de Jehová lo ha hablado”. (Isaías 58:12-14)

Esto perturba a los enemigos de nuestra fe, y ellos emplean todos los medios de que disponen para estorbarnos en nuestra obra. Sin embargo, la

muralla derribada se va levantando con firmeza. Se está amonestando al mundo, y muchos ya se apartan de la costumbre de pisotear el sábado de Jehová. Dios acompaña esta obra y el hombre no puede detenerla. Los ángeles de Dios cooperan con los esfuerzos de sus siervos fieles, y la obra progresa constantemente. Encontraremos oposición de toda clase, como la encontraron los que edificaban las murallas de Jerusalén; pero si velamos, oramos y trabajamos como ellos lo hicieron, Dios peleará nuestras batallas y nos dará preciosas victorias.

Nehemías “siguió a Jehová, y no se apartó de él, sino que guardó los mandamientos que Jehová prescribió a Moisés. Y Jehová estaba con él”. (2 Reyes 18:6, 7) Le enviaron repetidas veces mensajeros para solicitar un parlamento, pero él se negó a recibirlos. Los enemigos hicieron audaces amenazas con respecto a lo que se proponían hacer, y mandaron mensajeros a arengar al pueblo que se dedicaba a la obra de reconstrucción. Estos mensajeros presentaron incentivos halagadores y prometieron a los constructores dejarlos libres de

restricciones y concederles maravillosos privilegios, si unían sus intereses a los suyos y dejaban su labor de construcción.

Pero se dio al pueblo la orden de no entrar en controversia con sus enemigos y de no contestarles, a fin de no darles la ventaja de las palabras. Los enemigos recurrieron a las amenazas y al ridículo. Dijeron: “Lo que ellos edifican del muro de piedra, si subiere una zorra lo derribará”. Sanbalat “se enojó y se enfureció en gran manera, e hizo escarnio de los judíos”. Nehemías oró así: “Oye, oh Dios nuestro, que somos objeto de su menosprecio, y vuelve el baldón de ellos sobre su cabeza”.

“Y les envié mensajeros, diciendo: Yo hago una gran obra, y no puedo ir; porque cesaría la obra, dejándola yo para ir a vosotros. Y enviaron a mí con el mismo asunto hasta cuatro veces, y yo les respondí de la misma manera. Entonces Sanbalat envió a mí su criado para decir lo mismo por quinta vez, con una carta abierta en su mano”. (Nehemías 4:3, 1, 4; 6:3-5)

Encontraremos la más feroz oposición de parte de los adventistas que se oponen a la ley de Dios. Pero, como los que edificaron las murallas de Jerusalén, no debemos dejarnos distraer ni estorbar de nuestra obra por los informes, por los mensajeros que desean entrar en discusión o controversia, ni por las amenazas amedrentadoras, la publicación de mentiras, o ninguno de los recursos que Satanás pueda instigar. Nuestra respuesta debe ser: Estamos empeñados en una gran obra y no podemos ir. A veces no sabremos qué conducta debemos seguir para preservar el honor de la causa de Dios y vindicar su verdad.

La conducta de Nehemías debiera ejercer una gran influencia sobre nuestra mente acerca de cómo hacer frente a esta clase de oponentes. Debemos llevar todas estas cosas al Señor en oración, como lo hizo Nehemías cuando dirigió sus súplicas a Dios con espíritu humillado. Se aferró a Dios con fe inquebrantable. Tal es la conducta que debemos seguir. El tiempo es demasiado precioso para que los siervos de Dios se dediquen a vindicar su propio carácter calumniado por los que

aborrecen el sábado del Señor. Debemos avanzar con confianza inquebrantable, creyendo que Dios dará a su verdad grandes y preciosas victorias. Con humildad, mansedumbre y pureza de vida, confiados en Jesús, debemos ir acompañados de un poder convincente de que tenemos la verdad.

No entendemos como nos es dado entenderlas la fe y la confianza que podemos depositar en Dios, y las grandes bendiciones que la fe nos dará. Nos espera una obra importante. Debemos obtener idoneidad moral para el cielo. Nuestras palabras y nuestro ejemplo deben hacerse sentir sobre el mundo. Los ángeles de Dios están activamente empeñados en ministrar a los hijos de Dios. Nos han sido hechas preciosas promesas a condición de que obedezcamos a los requerimientos de Dios. El cielo está lleno de las más ricas bendiciones que esperan todas para sernos comunicadas. Si sentimos nuestra necesidad y acudimos a Dios con sinceridad y fe ferviente, seremos puestos en íntima comunión con el cielo y seremos conductos de luz para el mundo.

Es necesario que se haga resonar a menudo la amonestación: “Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar”. (1 Pedro 5:8) Fechas de primera publicación Los Testimonios para la iglesia en este tomo fueron publicados primeramente en Battle Creek, apareciendo en los siguientes años: no 21, 1872; no 22, 1872; no 23, 1873; no 24, 1875; no 25, 1875.

**Nota:**

1. Es un placer declarar aquí lo referente a la misericordiosa visión manifestada por el Espíritu Santo el 3 de enero de 1875 a la Sra. White, que había estado enferma con un severo ataque de gripe, y había guardado cama durante una semana, hasta que los médicos del Instituto de Salud llegaron a preocuparse por su caso. En esta condición siguió las indicaciones dadas en el capítulo cinco de la epístola de Santiago, y después de un gran esfuerzo de fe, como el hombre del Evangelio que extendió su mano seca, fue librada del

dolor y la enfermedad, y pronto fue arrebatada en una visión que duró diez minutos. Se vistió luego para la reunión, caminó hasta la capilla y después de hablar veinte minutos a la muchedumbre congregada, regresó a su casa caminando. Desde entonces ha escrito mucho, y ha hablado con libertad a la gente. Se está preparando ahora para el largo viaje a la costa del Pacífico. -- Jaime White.